La biografía del autor de *Vida y destino*

VASILI GROSSMAN

Y EL SIGLO SOVIÉTICO

ALEXANDRA POPOFF

CRÍTICA

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Cita
Prefacio y agradecimientos
Introducción
1. En la ciudad de Berdíchev
2. De la ciencia a la literatura y la política
3. Hechos sobre el terreno
4. Grandes esperanzas
5. Un mundo infeliz
6. La guerra inevitable
7. 1941
8. La batalla de Stalingrado
9. La aritmética del salvajismo
10. Un Tolstói soviético
11. Hacia Vida y destino
12. La novela
13. Un hereje irredento
14. Todo fluye
15. «Guardad mis palabras para siempre»
Epílogo
Bibliografía
Notas
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Si la obra maestra de 1961 de Vasili Grossman, Vida y destino, se hubiera publicado en vida del autor, lo hubiera hecho a la vez que Doctor Zhivago de Pasternak y antes del Gulag de Solzhenitsyn, pero *Vida y destino* fue secuestrado por la KGB. Cuando se publicó póstumamente, décadas después, fue reconocida como la *Guerra y Paz* del siglo xx . Tras el estallido de la segunda guerra mundial, Grossman (1905-1964) se convirtió en corresponsal de guerra para el Ejército Rojo, publicando para el diario *Estrella Roja* aclamadas crónicas de primera mano de las batallas de Moscú, Stalingrado, Kursk y Berlín. Su testimonio sobre los campos de exterminio nazis, escrito tras la liberación de Treblinka, se encuentra entre los primeros documentos escritos acerca del Holocausto judío y fue utilizado como prueba en los juicios de Núremberg. Las poderosas obras antitotalitarias de Grossman comparan los crímenes de los nazis contra la humanidad con los de Stalin, a la vez que su prosa tiene la calidad eterna del gran arte. La biografía autorizada de Alexandra Popoff ilumina la vida y el legado de Grossman.

VASILI GROSSMANN Y EL SIGLO SOVIÉTICO

Alexandra Popoff

Traducción de Gonzalo García

CRÍTICA

Su atrevimiento y franqueza nacían de la pura desesperación.
También su rebelión.

ELIE WIESEL *, Souls on Fire*

Prefacio y agradecimientos

En 2014, durante el Congreso Internacional que organizó en Moscú el Centro de Estudios Vasili Grossman de Turín, pude darme cuenta de hasta qué punto el legado de este escritor concierne por igual a expertos de Rusia, Italia, Alemania, Inglaterra y Estados Unidos. En aquel marco conversé sobre el presente libro con Robert Chandler, el principal traductor de las obras de Grossman al inglés, a quien doy las gracias tanto por autorizarme a citar sus versiones de la prosa grossmaniana como por leer el manuscrito y transmitirme sus ánimos y consejos de experto. También quiero expresar mi gratitud para con el autor y estudioso literario Joshua Rubenstein por sus valiosos comentarios. Este libro es más preciso gracias a las aportaciones del autor e historiador Peter Crane, cuyas sugerencias resultaron tan perspicaces como meticulosas.

Quiero dar las gracias a Yekaterina Korotkova-Grossman, que compartió historias sobre su padre. Nuestras conversaciones en su apartamento moscovita, donde el propio Grossman también había estado, tuvieron una especial relevancia. En Baden-Baden, Alemania, pude entrevistar a un testigo destacado de la vida del escritor, Fiódor Gúber, su hijastro. Agradezco a Gúber y su esposa, Irina Nóvikova, que respondieran a mis preguntas y me permitieran utilizar cartas y fotografías de su archivo. Irina, que estaba con Grossman cuando el KGB confiscó *Vida y destino* , me hizo partícipe de esta y otras historias. Ha sido fascinante escuchar cómo la hija de la pareja —Yelena Kozhíchkina, que acoge en su apartamento de Moscú la biblioteca de Grossman y un estudio en su memoria— hablaba sobre su abuela, la segunda esposa del escritor. Gracias a la meticulosidad descriptiva de Yelena, en este libro se ha podido reconstruir el estudio original de Grossman.

Estoy en deuda con María Lobodá (Kárpova) y su hermana Liudmila Yefrémova, que conocieron a Grossman cuando eran adolescentes. La familia Lobodá arriesgó la vida al conservar, durante tres decenios, la redacción definitiva de *Vida y destino* . (Se trata tan solo de una parte del archivo del escritor que el KGB no alcanzó a encontrar nunca.) Tanto las historias de María como las memorias inéditas de la madre han arrojado luz sobre las fuentes de Grossman; también han sido de un valor incalculable las fotografías del archivo familiar.

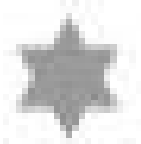
Quiero dar las gracias a Aleksandr Zelinski por autorizarme a reproducir una foto inédita de Grossman, del archivo privado de Korneli Zelinski. Estoy asimismo en deuda con Natalia Zabolótskaia, hija de un amigo de Grossman, el poeta Nikolái Zabolotski, pues me aportó una información que me permitió descubrir la fuente principal de Grossman sobre la hambruna en Ucrania. También fue revelador que se negara en redondo a hablar de Grossman, vecino de la familia; puso de manifiesto que la relación del escritor con su madre, en la década de 1950, había calado muy hondo.

Agradezco a Yelena Súrits que compartiera sus recuerdos de Grossman, el mejor amigo de sus padres; a Tatiana Sharápova, que me narrara su encuentro con Grossman y el genuino interés de este por las personas y sus historias; a Arnold Sharápov, que me recomendase bibliografía indispensable para el presente libro; y a Yelena Makárova, que me autorizara a reproducir fotografías de su padrastro (y buen amigo de Grossman) Semión Lipkin. También deseo dar las gracias a la periodista y directora rusa Yelena Yákovich, por contarme que en 2013, mientras ella estaba rodando su biografía de Grossman, el FSB (el servicio de seguridad que sucedió al KGB) puso por fin en libertad, en el dominio público, los manuscritos «arrestados» de *Vida y destino* .

Mi más profundo agradecimiento a Memorial (Mezhdunaródny Memorial, International Memorial), una organización pro derechos humanos de Moscú; al difunto historiador y activista pro derechos humanos Arseni Roguinski, con quien debatí sobre varias partes de este libro; a Irina Scherbakova, de Memorial, que me recomendó bibliografía sobre las represiones de Stalin, y a Svetlana Fadéieva, que me sugirió utilizar las ilustraciones de Thomas Sgovio, un artista

estadounidense que había estado preso en el Gulag y escribió *Dear America! Why I Turned against Communism* . Tatiana Goriáieva, directora del Archivo Estatal Ruso de Literatura y Arte, así como otros responsables de este fondo, han facilitado mi investigación durante varios años. Estoy igualmente en deuda con los conservadores del Museo Estatal V. I. Dahl de Historia de la Literatura Rusa (el Museo Literario Estatal), que han autorizado reproducir fotografías de Grossman de su abundante colección. Gracias en particular a Alekséi Nevski, subdirector del Museo; Vasili Vysokolov, jefe del departamento de fotografía; y Yevguenia Varentsova, jefa del departamento de manuscritos, que me facilitó investigar la redacción final de *Vida y destino* .

Estoy en deuda con mi esposo, Wilfred, que revisó el libro, se interesó por su progreso y lo apoyó infatigablemente a lo largo de sus varios años de gestación. Y quiero dar las gracias a mi editora de Yale University Press, Jaya Chatterjee, y al corrector Robin DuBlanc, que trabajaron con denuedo sin perder la fe en mi proyecto. Por último, este libro no habría sido viable sin las ayudas del Consejo Canadiense de las Artes y el Saskatchewan Arts Board.



En los últimos tres o cuatro lustros se han publicado en inglés varias traducciones y estudios de importancia. Me refiero a *Vasily Grossman: The Genesis and Evolution of a Russian Heretic* , de Frank Ellis, y la biografía de Carol y John Garrard: *La vida y el destino de Vasili Grossman* . [1] Robert y Elizabeth Chandler han traducido con excelencia *Todo fluye* (*Everything Flows*), una colección de prosa breve: *The Road* , y *Que el bien os acompañe* (con el título de *An Armenian Sketchbook*). Robert Chandler, que ya puso *Vida y destino* en manos de los lectores en inglés, está a punto de publicar su traducción de la novela *Por una causa justa* , que verá la luz con el título original del autor: *Stalingrad* . El memorable *A Writer at War* (*Un escritor en guerra*) de Antony Beevor explora los escritos y cuadernos que Grossman redactó como corresponsal

de guerra. La sagacidad de Beevor me ha permitido comprender mejor las circunstancias de «un escritor en guerra».

Como ha apuntado Patrick Finney, la riqueza y el carácter polifacético de la obra de Grossman explican por qué tantos historiadores, filósofos, teóricos políticos y estudiosos del Holocausto «han dirigido la mirada a Grossman, que abordó con una agudeza y sensibilidad sin parangón algunos de los principales horrores del siglo totalitario: desde el Terror estalinista de la década de 1930 a las brutales batallas del Frente Oriental de la segunda guerra mundial, así como el Holocausto». [2] El superventas histórico *Stalingrado* , de Beevor, partió de la narración grossmaniana de la guerra y aquella batalla en particular. Timothy Snyder utilizó a Grossman como fuente en *Bloodlands* (*Tierras de sangre: Europa entre Hitler y Stalin)* . Antes había aparecido *The Complete Black Book of Russian Jewry* (*El libro negro*), compilado por Grossman e Iliá Ehrenburg, cuya publicación sirvió de acicate para nuevos estudios. Así, Iliá Altman y Joshua Rubenstein —a partir de materiales censurados del archivo del Comité Antifascista Judío— recopilaron *The Unknown Black Book: The Holocaust in the German-Occupied Soviet Territories* .

Sería inviable mencionar aquí a los muchos estudiosos cuyos artículos han contribuido a que comprendamos mejor a nuestro escritor, como Polly Zavadivker, que tradujo al inglés el artículo de Grossman «Ucrania sin judíos»; Maxim Shrayer, que ha escrito sobre Grossman, la resistencia al Holocausto y el recuerdo soviético de la Shoá; y los estudios biográficos de David Feldman y Yuri Bit-Yunan (publicados en ruso).

Introducción

Vasili Grossman empezó *Vida y destino* , una potente novela antitotalitaria, cuando Stalin aún vivía. En esas fechas no había posibilidad de publicarla. Pero tras la muerte del dictador, cuando el régimen admitió algunas medias verdades sobre los crímenes de Stalin, hubo un atisbo de esperanza. Aunque sabía que el estado represivo no había cambiado en lo esencial y seguía controlado por los estalinistas, sin embargo Grossman tomó la valiente decisión de dar a la imprenta su testimonio sobre el siglo soviético y el estalinismo. Fue el primer gran intento de resucitar tanto la verdad histórica como los nombres de aquellas personas que el régimen había matado y eliminado de los archivos. En *Vida y destino* Grossman sometió a juicio al estalinismo, yuxtaponiendo los crímenes contra la humanidad que los soviéticos perpetraron con los cometidos por los nazis. En 1960, dos años antes de que el mundo conociera la experiencia de Solzhenitsyn en el Gulag, Grossman completó su denuncia de las dos dictaduras y los sistemas de esclavitud que fundaron. Decidirse a intentar publicarla en la URSS fue un desafío de extremada valentía.

La novela de Grossman se abre con una imagen de la estructura urbana de los campos de concentración de la Europa del siglo XX : un mundo de calles largas y rectas, con una sucesión de barracones idénticos donde la individualidad se borra: decenas de miles de personas comparten el mismo destino. Tanto si viven y mueren en un campo nazi como en las heladas estepas del Extremo Oriente de Rusia, a esas personas se las trata como a muertos vivientes.

Tras comparar el Gulag con el Holocausto, Grossman narró la historia de toda su generación, que había vivido dos dictaduras gemelas y la segunda guerra mundial. Quería que la Rusia

posestalinista afrontara el pasado igual que había hecho Alemania después del nazismo. Grossman estaba preparado para luchar por una causa justa, pero un editor informó al respecto al KGB. La policía secreta no arrestó al autor pero sí le secuestró la novela: un castigo aún peor.

En febrero de 1961 el KGB registró el apartamento de Grossman y las oficinas de la editorial a la que había enviado *Vida y destino* y se incautó de todos los borradores y las copias mecanografiadas. Al escritor se le dijo que su libro resultaba más peligroso para el estado Soviético que el *Doctor Zhivago* de Pasternak y «si en algún momento cabe la posibilidad de que vea la luz no será antes de, pongamos, unos dos cientos cincuenta años». La voz principal de la ideología soviética, Mijaíl Súslov, comparó el potencial explosivo de la obra de Grossman con una bomba nuclear, admitiendo con ello que su revelación de hechos históricos ponía en peligro un régimen levantado sobre engaños.

Al apelar ante el gobierno soviético, Grossman escribió: «No hay lógica ni verdad en la condición presente, en que yo esté materialmente en libertad cuando el libro al que he dado mi vida está en prisión. Como yo lo he escrito, no he renunciado a él y no renuncio ... pido que mi libro quede en libertad». Sin embargo, el régimen suprimió la verdad —y la novela de Grossman— tanto tiempo como pudo. El estado Soviético —con «su pesada masa de millones de toneladas», en palabras del propio Grossman— [1] logró destruirle físicamente: el autor falleció de resultas de un cáncer, en 1964, tres años después de que le confiscaran la novela, sin llegar a saber si *Vida y destino* podría ver la luz algún día. Se creía que la novela se había perdido o quemado. Pero en 1980, de pronto, *Vida y destino* apareció en Occidente. Unos amigos de Grossman la habían preservado, microfilmado y pasado clandestinamente. Desde Lausana, se publicó en toda Europa (donde se convirtió en un superventas), en Estados Unidos y por fin —en 1988, bajo el gobierno de Mijaíl Gorbachov— se imprimió también en la URSS.

Grossman no llegó a conocer la valoración de sus lectores. Por otro lado, desde que se le confiscó *Vida y destino* , se convirtió en un autor proscrito: durante casi tres décadas, la prensa soviética no mencionó su nombre. Mucho antes, en cambio, había sido un autor

célebre: durante la segunda guerra mundial informó sobre las grandes batallas, desde Moscú a Stalingrado y Berlín; tanto sus artículos como sus obras de ficción contaban con muchos lectores. A finales de la década de 1940 había vendido más de ocho millones de ejemplares en la URSS y se le conocía también en el extranjero. En Occidente aún se le recuerda como corresponsal de guerra soviético, autor de un famoso artículo de 1944: «El infierno de Treblinka».

«El infierno de Treblinka» —que es uno de los primeros reportajes sobre el Holocausto— se utilizó como prueba en Núremberg. Todavía sorprende al lector por la claridad del análisis, la descripción de un genocidio sin precedentes y su potencia emocional. En esta obra, que de hecho se anticipa a los juicios de Núremberg, Grossman presenta las pruebas «ante la conciencia del mundo, ante los ojos de la humanidad». [2] El autor, cuando pensaba en el público, siempre se había dirigido a la humanidad en su conjunto. No a la humanidad entendida como una idea abstracta, sin embargo; poseía una capacidad sin igual para describir las experiencias de millones de personas sin que se perdiera el carácter individual.

Al ser judío y haber perdido a su madre en su Berdíchev natal (en Ucrania), asesinada por los nazis, Grossman sintió con suma intensidad las calamidades del siglo XX . Su madre había perecido en septiembre de 1941, durante una de las primeras masacres de judíos en los territorios ocupados a la Unión Soviética. Este destino constituyó el pilar de la motivación vital de Grossman. Lo llevó a destacar como uno de los primeros cronistas del Holocausto y explica la determinación con la que se esforzó por contar toda la verdad sobre el mal global que trajeron consigo los regímenes totalitarios del siglo XX .

En 1943, en el artículo «Ucrania sin judíos» (que en vida del autor no llegó a ver la luz en Rusia), Grossman ya dilucidó el significado de la «Solución Final», que describe como el asesinato de una nación en cuerpo y alma. Aquel mismo año participa en una empresa única, la recopilación y edición colectiva de noticias que documenten el Holocausto menos conocido: el que se produjo en territorio soviético. El compendio resultante, *El libro negro sobre el*

exterminio de los judíos , al que Grossman también aportó artículos originales, se prohibió en 1948, cuando Stalin inició una colosal campaña antisemita. Se ordenó destruir todos los ejemplares y todas las planchas de impresión. Durante el «pogromo secreto» de Stalin se detuvo a varios miembros del Comité Antifascista Judío que habían contribuido a que *El libro negro* viera la luz; se les juzgó en secreto como «nacionalistas judíos» y se les ejecutó. Por todo el país se expulsó a los judíos de las posiciones de autoridad y se hicieron preparativos para deportarlos en masa. La purga solo se interrumpió por la muerte de Stalin, en 1953, según narra el propio Grossman en su novela final, *Todo fluye* .

Así pues, Grossman sufrió el antisemitismo por duplicado: durante la guerra, con los nazis, y de nuevo en la Unión Soviética. Los estalinistas solían referirse a los judíos como «cosmopolitas desarraigados», con un sintagma recurrente en toda la prensa soviética de la época. Cabe imaginar qué sentiría Grossman durante la campaña que se desató en su propio país, una vez concluida la guerra contra el fascismo, contra las personas de etnia judía. Pero aunque la comparación que se establece en *Vida y destino* entre el estalinismo y el nazismo derivaba de la realidad, él fue el único que, en la URSS, tuvo el coraje de plantearla.

Pese a las diferencias ideológicas —de raza y de clase—, estos dos sistemas totalitarios se asemejaban en su completa falta de humanidad, en el rechazo a la noción fundamental de que toda vida humana individual es valiosa. Así, el mero hecho de pertenecer a una «raza inferior» en la Alemania nazi o una «clase inferior» en la URSS sellaba el propio destino. Como apunta Grossman en *Vida y destino* , el régimen estalinista identificaba a los enemigos de clase por medio de «el método estadístico»: «Había más probabilidades de encontrar al enemigo entre las gentes que no pertenecían a la clase de los trabajadores que entre las de origen proletario. Pero también los nazis, apoyándose en el mismo tipo de probabilidad, exterminaban pueblos, naciones. Era un principio inhumano ... Solo había una manera aceptable de relacionarse con la gente: la humana». [3]

La guerra y el Holocausto abrieron los ojos de Grossman a la inhumanidad de los sistemas totalitarios. En 1946, en el artículo «En

memoria de los caídos», escribió que los millones de muertos de la segunda guerra mundial no bastan para disminuir el valor de una sola vida: «No hay nada más precioso que la vida humana; su pérdida es definitiva e insustituible». Instó a los escritores soviéticos a seguir los pasos de otros predecesores literarios como Tolstói y Chéjov, abogando por «los derechos humanos esenciales y sagrados: el derecho de toda persona a vivir en nuestro planeta, a pensar y a ser libre». Todas y cada una de las palabras de ese artículo se dirigían contra el régimen estalinista, que consideraba que el estado era crucial y el pueblo, prescindible.

Tras la guerra, Grossman se encontró con que la URSS consideraba como un estricto tabú todos sus temas. Se tenía a sí mismo por un cronista de lo que ocurría y defendía que (en palabras de su artículo sobre Treblinka) el deber de todo escritor era «contar la terrible verdad». La verdad sobre la guerra, en cambio, no se podía contar: los estalinistas habían creado su propia versión de los hechos, un relato victorioso que omitía el carácter devastador de las bajas sufridas. La prensa soviética debía guardar silencio sobre una extensa serie de cuestiones —desde el sufrimiento de los judíos durante la guerra a las descomunales purgas de Stalin, el genocidio de los campesinos o la hambruna, debida a decisiones humanas— que afectaban a decenas de millones de habitantes de la Unión Soviética. En su defensa de la libertad y la verdad histórica, Grossman batallaba contra el olvido y, al mismo tiempo, contra el poder totalitario.

En 1952, después de tres años de tira y afloja con editores soviéticos, logró publicar una versión censurada de la novela *Por una causa justa* . Se trataba de la primera parte de *Vida y destino* . Con una estructura que se inspiraba en *Guerra y paz* de Tolstói, en la que la narración alternaba entre los hechos globales y las escenas particulares, pretendía mostrar cómo había cambiado el mundo en los últimos cien años. Los retratos de Mussolini y Hitler, la precisa descripción de la guerra desde el campo de batalla y el tema judío —que coincidía con el apogeo de la campaña de Stalin contra los «cosmopolitas desarraigados»— carecían de precedentes entre los escritores soviéticos. El protagonista principal de la novela es un físico judío, Víktor Shtrum, que trabaja en el proyecto atómico de la

URSS. Grossman se vio obligado a introducir muchos cambios, pero pudo mantener a Shtrum y un breve análisis del Holocausto. En febrero de 1953, un mes antes de que Stalin muriera, la prensa soviética lanzó un ataque coordinado contra Grossman y su novela. Fue un período dramático para el autor, que estuvo a punto de acabar detenido. En la era posestalinista *Por una causa justa* se convirtió en un clásico de las letras soviéticas en cuyas ediciones posteriores Grossman pudo ir restaurando elementos de la redacción original.

Aunque Grossman vivió siempre, como adulto, en el estado Soviético totalitario, poseía la mentalidad de un hombre del mundo libre. En una de sus primera novelas, de género histórico —*Stepán Kolchuguin* , que dio a la imprenta antes de la guerra—, el protagonista de Grossman postula que Rusia necesita una larga escuela de democracia, «introducir *glásnost* [‘transparencia, apertura’]» y «todas las libertades inherentes a una sociedad democrática». Con el paso de los años, el punto de vista de Grossman se fue modificando o, mejor dicho, intensificando. En la última de sus novelas —la más radicalmente antitotalitaria, *Todo fluye* , escrita tras la confiscación de *Vida y destino* — declara que «no hay en el mundo objetivo por el cual se pueda sacrificar la libertad del hombre». [4]

Durante sus últimos años, Grossman vivió vigilado por el KGB; aun así se esforzó en completar su testimonio sobre el siglo soviético. En *Todo fluye* investiga cómo el Estado Popular, fundado sobre los principios de la libertad y la igualdad de derechos, se transformó en una de las dictaduras más sangrientas del mundo. Según se afirma en esta novela, para los bolcheviques «estaba claro que un nuevo mundo se construía para el pueblo», pero «no les preocupaba que los principales obstáculos que se oponían a la construcción de aquel mundo nuevo se encontraran en el mismo pueblo». [5] La acusación más severa contra el régimen la plantea una mujer que había sido testigo de la colectivización de Stalin y la Hambruna del Terror.

La capacitación de Grossman fue de una diversidad inusual en un escritor. Tras una formación científica, trabajó durante un tiempo como ingeniero químico en las minas de carbón del Dombás (la

cuenca del río Donets). Esta educación y experiencia laboral resultó beneficiosa para su arte. Como científico era capaz de emprender un análisis desapasionado; como artista manejó una emoción profunda y una imaginación extraordinaria. La suma de estas dos facetas de su personalidad y talento le permitió comprender singularmente bien los hechos del siglo XX .

Su fe en la democracia y la igualdad universal era típica de una generación de idealistas que Stalin exterminó casi por completo. El internacionalismo de Grossman —que era genuino, en nada semejante a aquella ideología oficial de la «amistad entre los pueblos soviéticos» con la que se justificó la deportación de pueblos enteros— explica que pudiera describir con la misma solidez el Holocausto, la hambruna de Ucrania y el genocidio de Armenia. La exuberante memoria de su viaje por Armenia, *Que el bien os acompañe* , quedó inédita en vida del autor porque este se negó a eliminar los pasajes que comparaban los padecimientos de las naciones judía y armenia.

Grossman, criado por una madre discapacitada (sus padres se divorciaron cuando él era un niño de muy corta edad), siempre se mostró sensible al sufrimiento de los más vulnerables. El tema de la madre y el hijo ocupa un lugar destacado en sus obras. Su relato de 1934 «En la ciudad de Berdíchev» —con el que cobró fama de un día para otro— trata de una comisaria que da a luz en Berdíchev durante la guerra civil rusa.

Para Grossman, la maternidad era una fuerza espiritual que nada puede esclavizar, ni siquiera la violencia totalitaria. Su ensayo de 1955 «La Madonna Sixtina» describe el destino de una madre y su hijo en la época del fascismo y el estalinismo. Para el autor, este cuadro de Rafael no solo era una obra perdurable, sino también un símbolo contemporáneo del dolor de la humanidad y la fortaleza imbatible de los seres humanos. El ensayo concluye con las reflexiones de Grossman sobre una humanidad que se adentra en la era de los reactores atómicos y las bombas termonucleares, con la perspectiva de una nueva guerra global.

Como Grossman se convirtió en un autor prohibido, sus grandes obras solo han visto la luz con mucho retraso. A lo largo de los años su legado ha atraído la atención de expertos que estudiaban el

totalitarismo, la hambruna de Ucrania, la segunda guerra mundial y el Holocausto. Sus escritos han cobrado reconocimiento como una fuente histórica de primera magnitud, testimonio de las calamidades del siglo XX . El capítulo que *Todo fluye* dedica a la hambruna fue de especial utilidad al historiador anglo-estadounidense Robert Conquest, que en su libro *The Harvest of Sorrow* utiliza el material de Grossman con valor fáctico. Para Conquest, la descripción grossmaniana de la hambruna se cuenta entre «los escritos más conmovedores sobre este período». [6] Anne Applebaum también cita *Todo fluye* como documento histórico en su *Hambruna roja: la guerra de Stalin contra Ucrania.* Hoy ya resulta habitual hacer referencia a Grossman en los libros de autores occidentales sobre la historia soviética, la segunda guerra mundial y la hambruna de Stalin. Grossman, sin embargo, es mucho menos conocido en la Rusia de Putin, dado el ascenso sostenido tanto de la popularidad de Stalin como del nacionalismo: el mito de la gloria del pasado soviético está reviviendo.

Solo ahora, cuando ha pasado más de medio siglo desde la muerte de Grossman, acaecida en 1964, empezamos a comprender adecuadamente la vida y el legado del autor. Lo primero que se constata es que su prosa no ha envejecido: las ideas de Grossman son esenciales para entender no solo el pasado totalitario de Rusia, sino su presente autoritario. La genialidad artística de Grossman, la pericia de sus descripciones y la humanidad de su prosa explican que esta aún posea un atractivo perdurable y universal.

1

En la ciudad de Berdíchev

> Se tenía a Berdíchev por la ciudad más judía de Ucrania. Antes de la revolución, los antisemitas y las Centurias Negras la llamaban «la capital judía».
>
> VASILI GROSSMAN ,
> «El asesinato de los judíos de Berdíchev»

En 1929, en el artículo «Berdíchev en serio, no en son de broma», Vasili Grossman, que a la sazón contaba veinticuatro años, lamentaba que su ciudad natal poseyera una reputación injustificadamente negativa. «¿Qué sabe sobre Berdíchev el ciudadano de a pie? No sabe nada, salvo que nacer en Berdíchev, desposarse allí o vivir allí por uno o dos años no es algo que deba admitir en voz alta.» El personaje chejoviano del doctor Chebutykin (en *Las tres hermanas*) —¿qué sabe sobre Berdíchev?— ¡se horroriza al saber que Balzac se casó allí! Los antisemitas describen la ciudad como «la capital *de aquellos* ». [1]

Cuando Grossman escribió este artículo Berdíchev había dejado de ser un centro de la vida cultural y religiosa de los judíos. Tras la revolución de 1917, se convirtió en una ciudad soviética, con varias fábricas y una clase trabajadora numerosa. Entre su población predominaban los judíos, pero la educación religiosa se había

abolido y todas las clases se impartían según el currículo soviético estandarizado. Los rabinos ya no enseñaban la Torá en el jéder (la escuela tradicional). Los artesanos de Berdíchev, antaño numerosos, aún producían sus famosos muebles y el calzado de cuero, muy demandados por toda Ucrania y el Asia Central. Pero «después de la revolución, el comercio había muerto», escribe Grossman. De la vieja prosperidad de los mercaderes solo quedaban las hileras de almacenes vacíos y cerrados del casco viejo de la ciudad.

En los siglos XVIII y XIX Berdíchev había sido un centro comercial destacado, primero integrado en la República de las Dos Naciones (la mancomunidad polaco-lituana) y, tras el reparto de Polonia, como territorio del imperio ruso. La riqueza de la ciudad se cimentaba en parte en su situación geográfica, que era estratégica. En la década de 1870 se construyó una vía férrea que acabó conectando Berdíchev con dos líneas principales, la que la unía con San Petersburgo pasando por Kiev, y la que la enlazaba con esta última ciudad, Brest [2] y Varsovia.

Hasta que fue absorbida por el imperio ruso en 1793, Berdíchev fue una ciudad polaca. Quedó integrada en la Zona de Residencia Permanente de los Judíos, donde estos se vieron obligados a vivir desde 1791, cuando el gobierno de Catalina la Grande impuso restricciones a la libertad de comercio y asentamiento de los judíos. En un principio, esta medida pretendía proteger los intereses de los mercaderes de Moscú, que se quejaban de la interferencia de los comerciantes judíos venidos de los territorios anexionados de Polonia. El decreto, que entró plenamente en vigor en 1835, prohibía a los judíos tanto abandonar la Zona sin un permiso especial (que solo los más ricos podían costearse) como establecerse en las grandes ciudades. La Zona, que se extendía por los márgenes occidental y meridional de Rusia, desde el Báltico hasta el mar Negro, ocupaba una superficie de unos 1.225.000 kilómetros cuadrados. Tales restricciones al asentamiento de los judíos no perdieron su vigencia hasta la revolución de 1917, cuando Grossman contaba doce años.

Berdíchev, situada en mitad de un sector empobrecido, la región suroccidental de la Zona de Residencia, se hallaba en una condición

mucho mejor que Voronkov, la población natal de Shólom Aléichem, y su creación literaria: Anatovka. En las aldeas y los *shtetl* judíos de la Zona abundaban la pobreza, el aislamiento y la superpoblación. Para Aléichem, aquellos lugares estaban «perdidos en un extremo del mundo, aislados de los alrededores» y de la civilización. Para este autor, los judíos de la Zona vivían «atestados como los arenques de un barril». [3] Pero Berdíchev era otra cosa. En 1898, el propio Aléichem le había escrito a un pariente, en tono de humor: «Acabo de volver de París —o sea, de Berdíchev— y me encuentro con una carta tuya». [4]

Berdíchev y la vecina Kiev eran centros notables de comercio e industria ligera. A principios del siglo XIX , algunas compañías de Berdíchev hacían incluso tratos internacionales. En cierto momento la ciudad amenazó con dejar atrás a Kiev, lo que llevó a Alejandro II, en 1852, a levantar temporalmente el veto que impedía a los judíos residir en la metrópoli ucraniana. [5] En Berdíchev se reaccionó erigiendo un monumento al zar que había emancipado a los siervos y autorizado a los judíos a asentarse en colonias agrícolas emplazadas fuera de la Zona de Residencia. El abuelo y los padres de León Trotski estuvieron entre los 65.000 pioneros judíos que se beneficiaron de este decreto. Recibieron tierras vírgenes en la provincia de Jersón, en el sur de Ucrania, y prosperaron pese a carecer de experiencia agrícola. [6]

En la década de 1860, su fase de apogeo, Berdíchev contaba con varios miles de comerciantes y artesanos. Sus ochenta sinagogas y casas de oración estaban organizadas de acuerdo con ocupaciones específicas: sastres, zapateros, caldereros, herreros o panaderos tenían sus propios lugares de devoción. El destacado movimiento jasídico de Berdíchev había llegado a la ciudad en el siglo XVIII , con el *tsadik* Levi-Yitzhak ben Me'ir. Este rabino, conocido por no dejarse amedrentar en la denuncia de las injusticias, pidió a los jefes judíos que se opusieran a las restricciones gubernamentales. El escritor y premio Nobel de la Paz Elie Wiesel, que nació en Rumanía más de un siglo después de la muerte de Levi-Yitzhak, lo imaginaba como «un poderoso, invencible paladín de los débiles ... dispuesto a arriesgarlo todo y perderlo todo en la búsqueda de la verdad y la justicia ... "¿Qué hizo

grande a Levi-Yitzhak de Berdíchev?", preguntó mi abuela, y respondió: "Era un luchador"». [7] Ni Grossman ni su familia eran religiosos, pero todos conocían la historia del famoso maestro rabínico de Berdíchev.

Durante la infancia de Grossman, Berdíchev aún contaba con barrios discretos de polacos y judíos; sus habitantes hablaban yídish, polaco y ucraniano. En su novela *Stepán Kolchuguin* Grossman describe los lugares de oración de Berdíchev, situados en cabañas sencillas, encaladas y con techados de paja, que en Ucrania se denominan *mazanki* ; y el distrito polaco, más antiguo: «La ciudad contaba con dos iglesias católico-romanas y un monasterio carmelita medieval cuyas poderosas murallas y minúsculas ventanas hacían pensar antes en una fortaleza que en una casa de Dios». [8] En 1850 Honoré de Balzac y Eveline Hańska, una aristócrata polaca, contrajeron matrimonio en Berdíchev, en la iglesia de Santa Bárbara. [9]

A finales del siglo XIX , cuando en su mayoría los grandes comerciantes y banqueros habían trasladado la actividad a Kiev y Odesa, Berdíchev declinó. Kiev era el imán que atraía a los jóvenes con talento de los *shtetl* de la zona: a todos aquellos que deseaban escapar de la trampa económica y cultural de la Zona de Residencia. Al entrar el siglo XX , los mercaderes judíos, aunque eran minoritarios en la ciudad, controlaban dos tercios del comercio kievita. [10] Los judíos poseían la mayoría de las fábricas de tabaco, las azucareras, la curtiduría principal y la mayor planta harinera. Hacia esta misma época, en Odesa, la mayor parte de los bancos estaban dirigidos también por judíos, al igual que las industrias rusas de la madera y la exportación. [11] Los bancos judíos ocupaban un lugar señero entre las entidades crediticias del imperio ruso. Favorecieron el desarrollo industrial de Rusia: las empresas judías financiaron (entre otros) proyectos de construcción ferroviaria, minas de oro, producción de petróleo, transportes fluviales. La industrialización rusa de finales del siglo XIX se benefició mucho de las inversiones judías. [12] Pero pese a la cuantiosa contribución a la economía, la vida pública y la cultura rusas, la población judía seguía enfrentándose a restricciones legales y recibía un trato peor

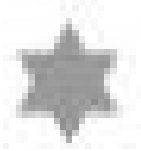
que otras minorías. En la década de 1880, cuando Alejandro III tomó el Ferrocarril Suroccidental, eligió los siguientes términos para quejarse de la lentitud del tren a Serguéi Witte, que por entonces dirigía el Departamento de Asuntos Ferroviarios: «He recorrido otras líneas y en ninguna otra se me había reducido la velocidad; su tren es imposible porque esa vía es una sucia judiada». [13]

La política gubernamental oficialmente antisemita, sumada a los pogromos, hizo que los judíos ocuparan en el imperio ruso un lugar de *primus inter non pares* . [14] En la década de 1880 una serie de pogromos letales se extendió por Kiev, Kishiniov y Odesa. En 1891 el gobernador de Moscú, el gran duque Serguéi Aleksándrovich, expulsó de la ciudad a unos treinta mil judíos. En San Petersburgo el gobierno municipal deportó a otros dos mil: comerciantes, médicos, ingenieros y otros profesionales cualificados abandonaron la ciudad entre grilletes. [15] En aquel clima de incansable persecución gubernamental y de pogromos, una quinta parte de la población judía del imperio (que totalizaba unos 5,2 millones de personas) emigró entre 1897 y 1915, en su mayoría a Estados Unidos. [16]

En 1897, cerca de un decenio antes de que Grossman naciera, el censo conjunto del imperio ruso concluía que en Berdíchev residían 41.167 judíos, unas tres cuartas partes del total de la población. En 1929, por el contrario, cuando Grossman dio a la imprenta el citado artículo sobre Berdíchev, la población judía había menguado en más de diez mil personas.

Las dos ramas de la familia de Grossman descendían de comerciantes acomodados. En época soviética era necesario ocultar este origen, pero Grossman le reveló la verdad a su hija Katia: «Nuestra familia no se parecía a los judíos pobres de los *shtetl* que ha descrito Shólom Aléichem, los que vivían en casuchas y dormían apiñados en el suelo. No, nuestra familia viene de un entorno judío muy diferente: poseían carruajes y caballos trotones; sus esposas lucían diamantes; los niños se educaban en el extranjero». [17] El tío de Grossman, el médico y empresario David Sherentsis, tenía una consulta pujante e invirtió en la construcción; levantó el teatro de Berdíchev, en el que actores de Kiev y Odesa interpretaban óperas

italianas y leían los cuentos de Aléichem en yídish. La clínica privada del tío David, situada en un edificio impresionante de tres plantas, contaba con el único aparato de rayos X de la ciudad. La familia vivía en una casa adyacente, de dos pisos. Aquí pasó Grossman la infancia y la adolescencia.



La madre de Grossman, Yekaterina Savélievna (de soltera, Vitis), había nacido en 1871. Su familia procedía de Lituania, pero emigró a Odesa, y Yekaterina creció en esta ciudad. La bautizaron con el nombre judío de Malka, pero nunca lo utilizó. La familia se había asimilado y las cuatro hermanas Vitis (al igual que los miembros de la generación precedente) recibieron una educación europea, que les permitió dominar el ruso y el francés. Adoptaron nombres cristianos: María, Anna, Yekaterina y Yelizaveta.

La familia del padre de Grossman, Solomón Iósifovich, emprendió un lucrativo comercio de cereales en Besarabia, una región suroccidental de la Zona de Residencia, limítrofe con Rumanía. Semión Osipóvich, como se hacía llamar, al estilo ruso, [18] había nacido en 1870 en Reni (actualmente, Ucrania), a orillas del Danubio. Pertenecía a una generación que rechazaba el estilo de vida de sus padres, su religión y sus tradiciones, y aspiraba a abandonar para siempre la Zona de Residencia. En aquella época un número creciente de judíos superaba las restricciones que el gobierno imponía en su formación y profesiones, y trabajaba en la abogacía, la medicina o la ingeniería. En la Odesa de 1886, casi la mitad de los juristas de la ciudad eran judíos. En San Petersburgo, el porcentaje de médicos y dentistas judíos ascendía al 52 % en 1913. Y en la cultura rusa entraron decenas de artistas, músicos y escritores judíos. El gobierno contestó imponiendo cuotas que frenaran su avance en tales profesiones. [19] El hecho de que se limitara el acceso de los judíos a las universidades y a determinados empleos (por ejemplo, no podían ser funcionarios públicos), unido a

la existencia misma de la Zona de Residencia, atrajo a un gran número de judíos al movimiento revolucionario.

Witte, el ministro de Hacienda y primer político en ostentar el cargo de primer ministro de Rusia, escribió que en lugar de ir eliminando paso a paso las leyes que discriminaban a los judíos, el gobierno no hacía más que añadir trabas legales. La brutalidad de las medidas antijudías que el gobierno empleó en el imperio y la persistencia de los pogromos contribuyen a explicar por qué «ninguna otra nacionalidad engendró un porcentaje de revolucionarios tan alto como los judíos». [20] Los ultranacionalistas apoyados por el estado, como las Centurias Negras y la Unión del Pueblo Ruso, abogaban abiertamente por la violencia antisemita. En 1905, inmediatamente después del Manifiesto de Octubre, en el que el zar Nicolás II prometía ampliar las libertades civiles, los ultranacionalistas culparon a los judíos de la agitación antigubernamental y organizaron un pogromo letal en Kiev, que supuso la muerte de docenas de personas, con cientos de heridos e incontables negocios destruidos. Los pogromos más mortíferos de Kishiniov, Gómel y Kiev, entre otros, se realizaron no ya con el consentimiento del gobierno, sino con ayuda del Ministerio del Interior, la policía y las autoridades locales.

Un cuadro de un artista polaco, que ilustraba el pogromo de 1905 contra los judíos de Kiev —con la figura de Nicolás II al fondo — produjo conmoción al exponerse en Fráncfort en 1910. Como el emperador y la familia real estaban en esta ciudad alemana, la policía intentó convencer al organizador de la exposición de que retirase la pintura. [21] La autocracia rusa estaba empleando una fuerza brutal para implantar la política de un solo zar, una única religión y una sola nacionalidad. Aunque pretendía alejar a los judíos de la actividad revolucionaria, en realidad consiguió el efecto contrario: los radicalizó. [22]

Los judíos contaron con una representación cuantiosa en todos los partidos revolucionarios, incluido el bolchevique. El Bund judío, creado en 1897, fue el primer partido socialdemócrata del imperio ruso; fomentaba el marxismo en lengua yídish. [23] Muchos de los principales revolucionarios judíos —León Trotski (Leiba Bronstéin), Grigori Zinóviev (Ovséi-Gersh Apfelbaum), Lev Kámenev

(Rózenfeld), Grigori Sokólnikov (Girsh Brilliant)— destacaron entre los líderes bolcheviques próximos a Lenin. No eran religiosos ni querían que los definieran como judíos. Si le preguntaban por su nacionalidad, Trotski decía que era «socialdemócrata». [24]

Al igual que millares de judíos del imperio, que fueron abogados, ingenieros o médicos, los padres de Grossman aspiraban a ingresar en la clase de los profesionales más cualificados. Una formación de calidad abría camino a la igualdad y la libertad. Yekaterina Savélievna estudió en Francia; Semión Osipóvich se licenció en ingeniería química en la Universidad de Berna. La pareja se conoció en Italia, con algo más de treinta años; la única fotografía conservada de los dos juntos se tomó en Turín. Yekaterina Savélievna estaba casada con un judío italiano del que solo sabemos que era tan celoso que no se le podía contar nada al respecto. Cuando ella se enamoró de Osipóvich, en consecuencia, tuvo que escapar en secreto de su marido. Romper un matrimonio requería de no poca valentía para una mujer de su tiempo y con su discapacidad: Yekaterina Savélievna adolecía de displasia de cadera (un defecto en el encaje de la articulación de la cadera). El nuevo matrimonio no duró: él dejó a la familia cuando el hijo era muy pequeño. Aun así, padre e hijo conservaron la amistad y mantuvieron una correspondencia regular. Pese a que más adelante Semión Osipóvich se volvió a casar, no tuvo más hijos. Él y Yekaterina Savélievna se ocuparon con gran cuidado de su único hijo.

El padre de Grossman participaba activamente en la clandestinidad revolucionaria. La Europa del cambio de siglo estaba repleta de socialistas y emigrados políticos rusos. Las ideas marxistas cobraron popularidad en Rusia en la última década del XIX , y en los años iniciales del nuevo siglo proliferaron las colonias de marxistas rusos en Alemania, Suiza, Inglaterra y Francia. En Suiza, por ejemplo, uno podía encontrarse con Gueorgui Plejánov, el destacado periodista y pensador marxista que inauguró el Primer Congreso del Partido Socialdemócrata de los Trabajadores Rusos (PSDTR), y con el prominente revolucionario anarquista Mijaíl Bakunin. (En *Vida y destino* , el bolchevique Mostovskói y el menchevique Chernetsov, encarcelados ambos en un campo de

exterminio nazi, recuerdan los días de la fundación de su partido: «Hablaban emocionados sobre las relaciones entre Marx y Bakunin, de qué habían dicho Lenin y Plejánov sobre los moderados y los radicales del periódico *Iskra* . Con qué afecto Engels, viejo y ciego, daba la bienvenida a los jóvenes socialdemócratas rusos que acudían a visitarle».) [25]

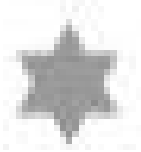
El padre de Grossman se unió al PSDTR hacia 1903. (Hacia finales de 1917, el partido adoptó el nombre ligeramente distinto de Partido Obrero Socialdemócrata Ruso: POSDR.) Durante el segundo congreso, que tuvo lugar aquel mismo año de 1903 en Bruselas y Londres, el partido se dividió en bandos; Semión Osipóvich se sumó a los mencheviques. Los bolcheviques, encabezados por Lenin, creían que solo se debía dar cabida a los revolucionarios profesionales. En cambio los mencheviques, dirigidos por Yuli Mártov (Tsederbaum), querían un partido más inclusivo. En particular se oponían a las fanáticas ansias de Lenin de construir el socialismo de la noche a la mañana.

En 1905, cuando los mencheviques se esforzaron por fomentar la agitación, Semión Osipóvich ayudó a organizar un levantamiento en la Flota del Mar Negro, en Sebastopol. Grossman citaría algunas de sus proclamas en *Stepán Kolchuguin* : «¡Larga vida a la libertad y la democracia, larga vida a la jornada laboral de ocho horas, larga vida al socialismo!». [26] El motín de Sebastopol, que empezó el 1 de octubre, estuvo encabezado por Piotr Schmidt, un héroe de la guerra de Crimea que era teniente de navío en la Marina imperial rusa. Schmidt envió un telegrama a Nicolás II para comunicar que la flota dejaba de obedecer a los ministros del gobierno y para exigir la convocatoria de una Asamblea Constituyente. El alzamiento se sofocó y el teniente Schmidt fue ejecutado. Pero su nombre quedó asociado con la lucha de Rusia por la libertad, y Borís Pasternak hizo una interpretación romántica de su figura en un poema de 1927, titulado con su graduación militar y apellido, en el que comparaba su padecimiento con el de Cristo en el Gólgota.

El de 1905 fue un año turbulento que puso en jaque a la monarquía Románov. La derrota en la guerra con Japón y el «Domingo Sangriento» del 9 de enero —cuando tropas gubernamentales masacraron a obreros que participaban en una

marcha pacífica— acabaron con la credibilidad del régimen. El imperio se vio recorrido por una ola de terrorismo político, disturbios del campesinado y amotinamientos. A principios de octubre, poco después del alzamiento de la marina en Sebastopol, se produjo una huelga general que obligó a Nicolás II a realizar concesiones. El 17 de octubre el zar dio a conocer un manifiesto que prometía libertades civiles y la elección de un primer Parlamento ruso: la Duma. Pero no acabó dando frutos claros: Nicolás II retuvo la mayoría de sus poderes autocráticos e impidió crear un órgano parlamentario genuino.

Grossman nació a finales de este año revolucionario: el 12 de diciembre de 1905. La madre contaba treinta y cuatro años cuando dio a luz al que sería su primer hijo. La familia de Berdíchev, Anna (la tía Aniuta, hermana de Yekaterina) y el tío David temían que el parto se complicara, dada la edad y la discapacidad de la madre. Asistió como matrona una familiar, Rozalia Samóilovna Menáker. En su famoso relato «En la ciudad de Berdíchev», Grossman conserva el nombre de la matrona. Esta narración cuenta cómo Vavílova, una comisaria, da a luz en Berdíchev durante la guerra civil. La protagonista, ligeramente mayor que la madre de Grossman, se aloja con la extensa familia Magazánik en una casita humilde e insuficiente. Durante el parto, que dura muchas horas, la matrona se confía con Beila Magazánik: «Si crees que era mi deseo tener mi primer hijo a esta edad de treinta y seis años, entonces te equivocas, Beila». El padre del niño, un revolucionario del que en la historia solo se dice que era un «hombre triste, taciturno», muere en combate mucho antes de que el hijo nazca. [27] Semión Osipóvich estuvo ausente durante la mayor parte de la infancia de Grossman y, más adelante, al trabajar como inspector de minas, viajaba sin descanso; con lo cual era raro que padre e hijo se vieran. Grossman esperaba ansiosamente la oportunidad, como puede leerse en esta carta escrita a los veintitrés años: «Te echo mucho de menos, tengo muchas ganas de verte; cada vez que pienso en que estás aquí imagino que me siento en tu regazo, como de niño, y toco tu bigote, que me pincha». [28]



El nombre de pila oficial de Grossman, Iósif, solo aparecía en sus papeles oficiales. La familia y los amigos lo llamaban como la madre quería: Vasia. (Sus lectores lo conocerían como Vasili Grossman, o Vas. Grossman, según solía firmar los reportajes del frente.) Vasili era, por supuesto, un nombre ruso: ningún niño judío se llamaba así. Su familia asimilada pertenecía a una reducida minoría de la provincia de Kiev que tenía el ruso como lengua materna. La familia no lo envió al jéder, con lo que Grossman aprendió tan solo un puñado de palabras en yídish. [29] En San Petersburgo —la ciudad en la que creció también Ósip Mandelshtam— el 37 % de los judíos indicaban que su lengua materna era el ruso. [30] El ruso era una lengua del gran mundo, un mundo laico; la lengua que permitía «soñar con la libertad» a los judíos que deseaban escapar de la Zona de Residencia. [31] Tanto Mandelshtam como Isaak Bábel, dos escritores contemporáneos a los que Grossman apreciaba, se manejaban con fluidez en ruso y francés. Bábel incluso ayudó a editar y traducir al ruso las obras completas de Maupassant. [32] Mandelshtam, aunque sus padres habían contratado a un maestro de hebreo, no se familiarizó de niño con las costumbres judías (al igual que Grossman), hasta el punto de que los nombres de fiestas tan populares como el Rosh Hashaná o el Yom Kipur le rechinaban. [33] (Ahora bien, pese a que Grossman no era religioso, leyó la Biblia y no fue ajeno a la tradición bíblica. Recibió una influencia directa de la creencia judía en la importancia de la compasión, en la necesidad de amar la vida y resistirse a morir hasta el último minuto, en la necesidad y obligación de recordar el pasado y honrar a los muertos, e igualmente en la necesidad de dar testimonio.)

Yekaterina Savélievna enseñaba francés y quería que su hijo dominara esta lengua. En 1910, cuando Grossman contaba cinco años, se lo llevó a Suiza, donde este pasó dos años estudiando en una escuela primaria del cantón de Ginebra. Más adelante,

Grossman leería sin traducción los pasajes franceses de *Guerra y paz* de Tolstói, y recitaría poemas de Alfred de Musset; se sabía de memoria páginas enteras de las *Cartas desde mi molino* , de Alphonse Daudet, y de *Una vida* de Guy de Maupassant, que era a su vez la lectura favorita de su madre. Pero en los dos años de Ginebra no absorbió tan solo una lengua, sino que entró en contacto con los valores occidentales, incluido el respeto a los derechos individuales y las libertades, que luego siempre defendió como esenciales.

El regreso de ambos a Berdíchev, en 1912, fue memorable para Grossman, que introdujo una descripción en *Vida y destino* . El chico judío David, que comparte la fecha de nacimiento y otros detalles biográficos con Vasili —salvo que David perece en un campo de concentración nazi— recuerda así el regreso de madre e hijo a Berdíchev:

> Era de noche cuando David y su madre volvieron de la estación. Caminaron por una calle pavimentada, iluminada por la luna, y pasaron por delante de una iglesia católica blanca que albergaba en un nicho a un Cristo delgado, del tamaño de un niño de doce años, inclinado, y en la cabeza, una corona de espinas. Dejaron atrás la escuela de magisterio donde una vez había estudiado su madre.
>
> Y algunos días después, un viernes por la noche, David vio a los viejos que se dirigían a la sinagoga entre el polvo dorado que levantaban los pies desnudos de unos chicos jugando al fútbol en un solar.
>
> Había un encanto conmovedor en aquella yuxtaposición de casas blancas ucranianas, el chirrido de las grúas del pozo y los antiguos bordados negros y blancos de los mantos de oración... [34]

David lee literatura rusa y ucraniana —Pushkin, Tolstói, poemas de Tarás Shevchenko— e igualmente manuales de física, como hacía Grossman durante la infancia y adolescencia. En cualquier caso hallamos un retrato más claro del Grossman adolescente en su relato de 1935 «Cuatro días», donde vuelca sus vivencias en Kolia, el joven hijo del médico, al que nunca se le ve sin un libro.

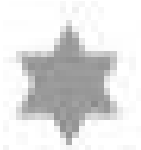
«Cuatro días» describe bien cómo era crecer en «el hogar tranquilo y abundante» del tío David. Era un lugar hospitalario, donde se trataba a los invitados como si fueran de la familia, la salud era prioritaria, se amaba a los niños y mucha gente acudía a cenar, incluso en los años turbulentos de la guerra civil. La familia no

perdió nunca la pasión por la comida tradicional de los judíos (lo que Solomón Mijóels describió jocosamente como «nacionalismo gastronómico»); en *Vida y destino* se menciona el típico *gefilte fisch* o «pescado relleno». [35]

Los tíos tenían dos hijos —Piotr y Víktor— de la edad aproximada de Grossman; sin embargo, en su prosa el autor se presenta repetidamente como el hijo único del médico. El relato evidencia que Grossman se avergonzaba de la riqueza de su pariente. Era algo característico de los jóvenes de ambición revolucionaria: Trotski también rechazaba «la codicia, la mentalidad pequeñoburguesa y el estilo de vida» de su familia. [36] En nuestro caso, a Kolia, el *alter ego* de Grossman, le molestan las ideas «pequeñoburguesas» de su padre y sueña con huir con los comisarios bolcheviques que durante la guerra civil se ocultan en casa del médico.

En la narración, la esposa del médico, un carácter dominante, es una réplica de la tía Aniuta, que sustentó y alimentó a docenas de familias necesitadas de Berdíchev. La inmensa mayoría de la población judía de la provincia de Kiev adolecía de enfermedades y pobreza. El tío David les proporcionaba asistencia médica gratuita, pero quien se entregó sin reservas a la filantropía fue la tía Aniuta. Grossman admiraba a esta mujer por la fortaleza de su carácter y el desdén por las posesiones materiales; la generosidad la llevaba a ser casi tiránica e irrumpir en el despacho de su marido para exigir dinero para la beneficencia. [37] El relato describe así a los tíos de Grossman: «María Andréievna era dura como el acero. El médico sabía que ningún poder del universo podría obligarla a cambiar, de modo que se conformaba con la presencia de los pobres, que cenaban en la cocina; los paquetes que ella enviaba a sus sobrinos y sobrinas; y los comisarios que, habiendo venido por una radiografía, aparecían de pronto en la despensa». [38] En el relato, el médico se queja de que ni la fortuna de un Rothschild bastaría para costear la ayuda de ropa y alimentos que su esposa daba a los indigentes; ella le responde que nadie la iba a ver nunca rechazando ni a una sola persona. En la casa todo el mundo simpatiza con los comisarios, salvo el médico, que demuestra bastante sentido común: «Yo solo quiero saber una cosa: por qué durante la

revolución —que se hace por la felicidad de todos— los niños, los viejos y en general todos los inocentes y vulnerables son los que más sufren?». [39] La pregunta del médico queda sin respuesta. Grossman no quería que su familia leyera esta narración, pero en 1935 su primo Víktor la llevó a Berdíchev. El tío David y la tía Aniuta se ofendieron con el retrato de la casa familiar y las burlas ocasionales del sobrino, como en la escena en la que el médico se pone de puntillas para dar un beso en el cuello a su gran esposa.



En verano de 1914, en vísperas de la guerra mundial, Grossman y su madre se mudaron a Kiev, donde el chico asistiría a una secundaria de orientación científico-técnica. El currículo, que se inspiraba en los programas de los institutos europeos (en particular en la *Realschule* alemana), hacía hincapié en un enfoque práctico de la educación. Aquí el interés de Grossman por las ciencias floreció, aunque en el año de ingreso tuvo que asistir a una clase preparatoria. El porcentaje de alumnos judíos, en este tipo de centros, era inferior al de otros institutos. [40] Como estudiaba en un centro cristiano, Grossman tuvo que aguantar las bromas antisemitas de los compañeros, al igual que por ejemplo Trotski, que asistió a la *Realschule* de San Pablo, en Odesa. Yuli Mártov, correvolucionario que estudió en el mismo instituto, contaba cómo el profesor de Geografía le preguntaba cuál era la capital de Rusia antes de que se la trasladara a San Petersburgo. Mártov respondió acertadamente que Moscú. ¿Y antes de Moscú? Mártov dio de nuevo en el clavo: antiguamente, la capital de Rusia había sido Kiev. El maestro fingió sorprenderse y comentó que había esperado que Mártov la situara en Berdíchev. [41] Los judíos eran la minoría religiosa más numerosa de Kiev. Pero si querían ingresar en las universidades y los institutos preparatorios, debían solicitar un permiso de residencia y estudio a las autoridades, incluso para un simple período de exámenes. Esta norma discriminatoria estuvo en vigor hasta la revolución de 1917. [42]

En *Stepán Kolchuguin* , Serguéi Kravchenko —el protagonista grossmaniano, que es medio judío— llega a Kiev para estudiar poco antes de la guerra mundial. [43] Como procede de una ciudad minera de la cuenca del Donets, aquella gran ciudad europea le impresiona, por el medio millón de habitantes y la grandiosa calle de Bezakóvskaia, con numerosos hoteles de tres plantas. Las sensaciones de novedad y placer del héroe, que sueña con convertirse en un estudioso reputado, se hacen eco de las del propio Grossman al entrar en un mundo mayor. En Kiev se respiraba cierto aire a futuro: era una ciudad europea relevante, con numerosas escuelas, institutos y universidades, como la Universidad de San Vladimiro y el Instituto Politécnico, que destacaban entre los mejores de Rusia.

La peripecia de Serguéi Kravchenko es autobiográfica: es otro lector voraz, hijo único de un médico. La relación con su madre, una fuerza poderosa en su vida, se narra con sensibilidad. A la madre del autor le encantaba esta novela; en abril de 1941 escribió que se sentía «atraída» por sus personajes principales, Serguéi Kravchenko y Stepán Kolchuguin; los sentía cercanos y deseaba saber qué más les deparaba la vida. [44]

En Kiev, donde estuvo hasta principios de 1919 (y adonde regresó poco antes de que concluyera la guerra civil, en 1921), Grossman hizo amistades que le acompañaron toda la vida. Entre ellas estaba Semión (o Sioma) Tumarkin, un chico judío de la provincia ucraniana de Poltava, que se convertiría en un celebrado profesor de Matemáticas. Lev Tumarkin, su hermano mayor, sería aún más famoso, como decano del Departamento de Mecánica y Matemáticas de la Universidad de Moscú. Grossman se reencontró con ellos en Moscú. Con Semión compartió un pupitre doble en la *Realschule* kievita. Su otro gran amigo de la época fue Viacheslav Lobodá, un chico sensible y musical de familia ucraniana, dos años mayor. El padre, Iván Lobodá, enseñaba lengua y literatura rusas en el Instituto n.° 2 de Kiev. Grossman utilizó el apellido de su amigo (pero no su imagen) en *Stepán Kolchuguin* . Viacheslav Lobodá, que trabajaría como maestro e inspector educativo en Chukotka, en el Extremo Oriente, representó una fuente de información crucial para Grossman en los temas de la hambruna de Ucrania y el Gulag.

Grossman confiaba tanto en él que le entregó una copia de su novela prohibida, *Vida y destino* . En Kiev Grossman conoció asimismo a su primer amor y futura esposa, Anna Petrovna Matsiuk, una ucraniana hermosa, alegre y libre de convencionalismos, de una familia cosaca de Chernígov.

La prosa de Grossman muestra de forma palmaria su temprana obsesión por la ciencia. Tanto Serguéi Kravchenko como el Kolia del relato «Cuatro días» son niños prodigio, que leen manuales teóricos de física, química, acústica y matemáticas. Kolia piensa en átomos y moléculas nada más despertarse. La curiosidad le lleva a sumergirse en volúmenes de geología, astronomía, paleontología y biología evolutiva; disfruta en particular de *El origen de las especies* y *Diario del viaje de un naturalista alrededor del mundo* , de Darwin. Kolia también lee la primera parte de *El capital* , del que toma notas abundantes, aunque sin comprender gran cosa. (*Das Kapital* se tradujo al ruso en 1872; los censores autorizaron la publicación porque lo confundieron con un tratado de economía.) Al igual que Kolia, Grossman soñaba con hacer descubrimientos rompedores; más adelante bromearía sobre esta fe extraordinaria en su propia genialidad. A Kolia le atormenta el futuro, pero nunca pone en duda que está destinado a la grandeza: «Le inquietaba sobremanera el dilema de si debía dedicarse a la ciencia y dar a la humanidad una nueva Teoría de la Materia o bien unirse a las filas de los combatientes comunistas ... ¿Debía convertirse en un Newton o en un Marx? No era una cuestión baladí pero Kolia, pese a su gran erudición, era incapaz de resolverla». [45] En *Stepán Kolchuguin* Grossman proyecta la aspiración científica incluso sobre el joven proletario Stepán, que revela una gran capacidad de aprendizaje y estudia química con especial empeño.

En el otoño de 1914, aun a pesar de la movilización para la guerra, en Kiev la vida seguía transcurriendo con tranquilidad. Los tranvías circulaban; los teatros, los museos, las escuelas y las universidades seguían abiertos. En cambio, el repertorio musical de las óperas y los conciertos empezó a reflejar el sentimiento general antigermánico: se prohibió interpretar a Wagner, Beethoven y Schubert, y el *Fausto* de Goethe se limitó a la versión operística de Gounod. [46] Al empezar la guerra, el patriotismo era intenso. En

agosto, las masas tomaron la calle de Kreschatik —la arteria principal de Kiev— con marchas patrióticas que portaban retratos del emperador y la emperatriz, así como banderas de Rusia y Serbia. Por entonces muchos consideraban que la guerra se libraba para defender Rusia y Serbia. Se dejaron de lado los enfrentamientos étnicos. En *Stepán Kolchuguin* , al describir una manifestación progubernamental por las calles de Kiev, Grossman escribe que los judíos marchaban «con el retrato del zar, con banderas y rollos de la Torá; ancianos con sus barbas tradicionales al lado de la Unión del Pueblo Ruso». [47] Resultaba especialmente llamativo ver a judíos sumándose a las mismas convocatorias patrióticas que los ultranacionalistas, en particular después del caso Beilis, el «caso Dreyfus» de Rusia; más adelante nos ocuparemos de cómo se instigó este asunto en Kiev y concluyó allí con un juicio de gran resonancia, en 1913.

Al estallar la guerra, miles de judíos del imperio se alistaron en el ejército, muchos de ellos convencidos de que se les otorgaría la igualdad de derechos civiles. Pero sucedió lo contrario. Aunque más de medio millón de soldados judíos prestaron servicio en el ejército ruso, las autoridades acusaron a la población judía de la Zona de Residencia de dar apoyo a los alemanes. A partir de marzo de 1915 cientos de miles de civiles judíos de la región fronteriza occidental, donde se estaban desarrollando en gran parte los combates, fueron considerados sospechosos y se les obligó a abandonar sus casas de un día para otro; los deportaron al este, al interior de Rusia, en vagones de carga u obligados a caminar. [48]

Rusia había entrado en la guerra con optimismo y unidad: las diferencias se aparcaron y se puso fin de inmediato a las huelgas que, antes del verano de 1914, habían movilizado a 1,5 millones de trabajadores. [49] Los estudiantes se presentaban voluntarios para el frente; las chicas y las mujeres se unían a la Cruz Roja. La Duma estatal dio un apoyo incondicional a la guerra, lo que contribuyó a intensificar el optimismo del zar. Nicolás II preveía que la contienda sería breve y victoriosa, una «repetición» de lo que había «sucedido durante la guerra de 1812» con Napoleón. [50] Pero a los pocos meses, el ánimo patriótico había decaído. En 1915 Rusia perdió las provincias occidentales. «Por la noche el cielo aparecía rojo, lo que

hacía pensar en los incendios de Galitzia y la sangre de los soldados», escribe Grossman en *Stepán Kolchuguin* . [51] Con los miles de heridos que buscaban amparo en la retaguardia, Kiev se convirtió en una ciudad hospital: se instalaron camas en los edificios públicos, los refugios y los centros de enseñanza. Las fábricas se centraron en la producción bélica, con una mano de obra compuesta principalmente por mujeres, niños, refugiados y prisioneros de guerra. [52]

Durante los años de Grossman en Kiev, el recuerdo del caso Beilis estuvo muy presente. La ordalía había empezado en la primavera de 1911, cuando justo antes de la Semana Santa un niño judío, Andréi Yuschinski, fue asesinado por unos criminales. Sin embargo se culpó de la muerte a Méndel Beilis, el gerente judío de una fábrica de ladrillos kievita (la de Záitsev). La única relación del sospechoso con el caso era que el cuerpo de la víctima se había hallado cerca de la fábrica. Aun así, Beilis pasó dos años encarcelado, mientras el asunto se arrastraba. Al igual que la experiencia de Dreyfus en Francia, el caso de Beilis dividió a la sociedad rusa. Las autoridades presionaron al fiscal. El ministro de Justicia Iván Scheglovítov se aseguró de que el asunto se juzgara como un libelo sangriento. Por su parte los ultranacionalistas distribuyeron hojas volantes denunciando que los judíos habían cometido un asesinato ritual.

Las autoridades rusas ya habían utilizado anteriormente los libelos sangrientos para fomentar pogromos, incluido uno de los más graves: el de Kishiniov de abril de 1903. Incitado por las autoridades, un periódico derechista local publicó un artículo que acusaba a los judíos de haber asesinado ritualmente a un niño cristiano, pese a que se sabía que la muerte había sido obra del tío. El pogromo de Kishiniov levantó protestas en todo el mundo, también entre los intelectuales rusos. El gobierno de Nicolás II, no obstante, no varió el rumbo, y aquel mismo año se instigaron pogromos en varias ciudades de Ucrania y Bielorrusia.

El juicio de Beilis pasó a la historia como la reaparición más infame del libelo de sangre en Europa desde la Edad Media. El proceso tuvo lugar en el Tribunal Superior de Kiev, entre septiembre y octubre de 1913, con una amplia cobertura de la prensa y

protestas por toda Rusia, Europa y América. La publicidad avergonzó al zar porque puso de manifiesto el sesgo antisemita de su gobierno. El equipo defensor, formado por eminentes abogados judíos y rusos, llamó al estrado a rabinos respetados que dilucidaron las costumbres y creencias judías. La fiscalía, por su parte, trajo a varios destacados activistas antisemitas. Beilis fue declarado no culpable por un jurado cuyos miembros eran todos cristianos, pero —con el apoyo gubernamental— emitieron un veredicto ambiguo que, pese a confirmar la inocencia de Beilis, insistía en que el asesinato había sido de carácter ritual. [53] De resultas, el caso sigue sin cerrarse hasta nuestros días. Más de un siglo después, los ultranacionalistas peregrinan a la tumba de la víctima cristiana, donde en 2006 instalaron una lápida con una inscripción tomada del veredicto del jurado. [54]

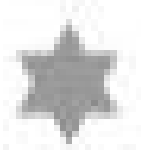
Durante el caso, los judíos sufrieron ataques al azar por toda Ucrania y vivieron aterrorizados por los pogromos. En *Stepán Kolchuguin* Grossman muestra cómo la administración de una fábrica de una ciudad minera del Dombás impulsaba la publicación de textos derechistas; a los gestores fabriles (muchos, ultranacionalistas) la propaganda antisemita les resultaba útil para distraer a los obreros de la agitación revolucionaria. En la misma novela, Grisha Bajmutski, hijo de un bolchevique exiliado, le dice a su primo Serguéi Kravchenko que el caso Beilis fue un invento del gobierno, y califica a Vladímir Golúbev —un líder estudiantil de las Centurias Negras kievitas, que fue el primero en acusar a Beilis de asesinato ritual— de «fanático del antisemitismo». Golúbev es tan fanático que se niega a viajar en tren porque la vía la habían «tendido los judíos». [55] El zar, a juicio del chico, está aliado con los ultranacionalistas y el clero.

De hecho, en efecto, la Unión del Pueblo Ruso y los grupos de matones conocidos como Centurias Negras contaban con el apoyo del régimen. Miembros de la policía secreta rusa, la Ojrana, redactaron y publicaron en 1905 un texto tan netamente antisemita como *Los protocolos de los sabios de Sion* , que contribuyó a promover la violencia contra los judíos en los años de agitación revolucionaria. Nicolás II, aunque reconocía que la obra era falsa, guardaba una edición de 1906 en su biblioteca. [56] Irónicamente, los

retratos de los zares Alejandro III y Nicolás II, que colgaban no solo en todos los despachos gubernamentales sino también en las casas de los nobles rusos, habían sido pintados por Valentín Serov, un notable retratista de origen judío.

Los intelectuales rusos comprendieron que era inevitable que en su país se produjera un cambio político: las masas vivían entre la pobreza y la explotación, las minorías religiosas estaban perseguidas y el zar, ya en el siglo XX , aún conservaba un poder absoluto. En el medio en el que creció Grossman, uno de los grandes temas de conversación era el futuro del país. «¡Rusia! ¡Cuántas veces repitió Serguéi esta palabra y cuántas veces la oyó! "Solo en Rusia son posibles tales cosas" ... "la ignorancia rusa" ... "Rusia lleva trescientos años de atraso".» [57]

La autocracia era incapaz de lidiar con las complejidades de una guerra total, y el gobierno era cada vez más impopular. Nicolás II, que asumió en persona el mando de las fuerzas armadas, delegó la tarea de regir el país en la emperatriz Alejandra, que gozaba de escaso aprecio entre el pueblo por su origen alemán y los vínculos con Rasputín. En el frente había carestía tanto de municiones como de comandantes competentes. Las pérdidas que Rusia sufrió durante la primera guerra mundial —casi dos millones de muertos y cerca de cinco millones de heridos— fueron las más elevadas de todos los participantes. [58] Todo este padecimiento, sumado a la carga económica de la guerra, a la creciente escasez de alimentos y a la inflación, desembocaron en un malestar generalizado. Las múltiples huelgas, cada vez más numerosas, culminaron en marzo de 1917 cuando salieron a la calle los obreros de la fábrica de Putílov, la más grande de la capital.



Aquella monarquía de varios siglos de antigüedad cayó a los pocos días de que se iniciara un levantamiento popular en Petrogrado. [59] El 8 de marzo estallaron disturbios por el pan en Výborg, un barrio obrero. [60] El 11 de marzo una muchedumbre imposible de controlar

tomó el centro de la capital. La policía abrió fuego contra la multitud, lo que solo provocó más desórdenes. Muchos soldados, en lugar de enfrentarse a los manifestantes, se unieron a sus filas. El 12 de marzo Petrogrado estaba en manos de los insurgentes. Fue una revolución pacífica y espontánea, no encabezada por ningún partido político. Nicolás II, tras perder el apoyo tanto del ejército como de los parlamentarios de la Duma, se vio obligado a abdicar. El 15 de marzo llegó a su fin el reinado de la dinastía Románov.

Le sucedió un «poder dual» constituido por los ministros liberales del Gobierno Provisional (en su mayoría, miembros del Partido Demócrata Constitucional) y el Sóviet de Petrogrado de los Diputados de los Obreros y Soldados. [61] Aleksandr Kérenski, un abogado señero, fue la única persona que ocupó cargos en los dos organismos gubernamentales, al ser tanto ministro de Justicia como vicepresidente del Sóviet de Petrogrado.

El nuevo gobierno se enfrentaba a una tarea hercúlea: desmantelar las estructuras de la autocracia e iniciar la transición hacia un régimen democrático y socialmente justo. [62] Dio su aprobación a las primeras leyes liberales de Rusia, que garantizaban la libertad de prensa, de reunión y de conciencia. El 22 de marzo el Gobierno Provisional abolió asimismo toda la legislación que discriminaba de acuerdo con los orígenes étnicos, la clase y la religión: todos los ciudadanos pasaron a gozar de los mismos derechos. El príncipe Lvov, que encabezó la primera de las administraciones temporales, soñaba con convertir a Rusia en una democracia parlamentaria y el país más libre del mundo. No en vano, Rusia fue el primer país que autorizó el sufragio femenino. Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña e Italia reconocieron de inmediato al Gobierno Provisional, que aspiraba a hacer de Rusia una nación capitalista moderna y socia de confianza de las occidentales. [63]

La revolución de febrero de 1917 introdujo la etapa de mayor libertad de la historia de una Rusia que transitó de la esclavitud a la libertad. Grossman, que entonces contaba doce años, pudo degustar una libertad e igualdad que no olvidaría nunca. En su última novela, *Todo fluye* , reflexiona sobre el destino de su país y la corta vida de su democracia, y escribe: «En febrero de 1917 se

abrió ante Rusia el camino de la libertad. Rusia escogió a Lenin». [64] Si Rusia en efecto hubiera adoptado el camino de la democracia, según se lo ofrecía el Gobierno Provisional, la nación se habría ahorrado el Terror Rojo de Lenin y la guerra civil, la grave hambruna consiguiente y el terror y los genocidios de Stalin.

Los judíos rusos, en su mayoría partidarios de los mencheviques, consideraban que el interludio de ocho meses comprendido entre la caída de la monarquía y el golpe de estado bolchevique había sido la época más feliz de la historia de su país. [65] En el tercer Gobierno Provisional la mayoría recayó sobre los mencheviques y miembros del Partido Social-Revolucionario. Los primeros entendían que Rusia, como país campesino, no estaba lista para el socialismo y primero debía experimentar el desarrollo capitalista. Semión Osipóvich, aunque se distanció de los mencheviques, veía bien los cambios que comportó la revolución de febrero. Cuando Grossman escribió *Stepán Kolchuguin* , su principal fuente de información sobre los partidos políticos y el movimiento revolucionario anterior a 1917 no fue otra que su propio padre. Aunque en la novela no podía hacer referencia explícita a los mencheviques, el protagonista Lobovánov presenta sus ideas de una forma convincente y creíble:

> Nuestro país necesita una larga educación en democracia y libertades parlamentarias, fomentar la conciencia pública, y varios años de ir sacándose de encima al esclavo, como dijo Chéjov ... El pueblo ruso necesita desarrollar la confianza en sí mismo y en la propia dignidad, la capacidad de pensar con independencia ... Rusia siempre ha sido un país de fachadas pintadas que ocultaban la enfermedad, los cementerios del cólera, el abuso del alcohol y la ausencia de derechos políticos. Esto solo puede desaparecer si se disuelve la autocracia, esta fuerza terrible del despotismo ruso ... y se introduce la transparencia, la libertad de prensa, la libertad de expresión y de conciencia y todas las libertades inherentes a una sociedad democrática. [66]

Sin embargo, el Gobierno Provisional se mostró incapaz de resolver los asuntos más urgentes del país: poner fin a la guerra y redistribuir la tierra. De hecho, creía que tales cuestiones solo podrían solventarse con un gobierno permanente, elegido democráticamente. En consecuencia el primer paso fue convocar elecciones a una Asamblea Constituyente. No obstante, las ideas de

democracia y legalidad no podían competir con las promesas populistas de Lenin: paz, tierra y pan. En palabras de Grossman, Rusia «siguió» a Lenin porque «él le había prometido montañas de oro y ríos de vino». [67]

La elección de una Asamblea Constituyente se produjo en vísperas del golpe de Estado. Los bolcheviques, tras hacerse con el poder el 7 de noviembre de 1917, proclamaron un régimen socialista. Se impidió trabajar a la Comisión Electoral Panrusa y los resultados de la primera votación democrática de la historia rusa no se dieron a conocer. Mucho más tarde, cuando los expertos reconstruyeron aquellos resultados, resultó que los bolcheviques habían quedado por detrás del Partido Social-Revolucionario, el preferido por los campesinos. [68]

Al tomar el poder, Lenin se apresuró a desmantelar la legislación que había posibilitado que su partido, prohibido en Rusia antes de la revolución de febrero, volviera del exilio. Canceló la Asamblea Constituyente elegida democráticamente, lanzó una ofensiva contra el Partido Demócrata Constitucional (de orientación liberal) y empezó a deportar y arrestar a los mencheviques y socialrevolucionarios. En 1919 la Cheká, la policía secreta bolchevique, hizo detenciones de todos aquellos que, simplemente, se sospechaba que pertenecían a los socialrevolucionarios de izquierdas. En 1921 las cárceles ya estaban llenas de socialistas a los que se mantenía en prisión durante meses aun sin que se hubieran formulado siquiera acusaciones. [69] En el verano de 1922 se celebró el primero de los grandes juicios amañados de la era soviética. Treinta y cuatro miembros de los socialrevolucionarios de derechas, a los que el zar había ordenado encarcelar por actividades revolucionarias, fueron condenados a la pena de muerte (que luego se conmutó por otros castigos). *Pravda* los calificó de «traicioneros lacayos de la burguesía». [70] Los mencheviques también sufrieron una sucesión de arrestos y, en 1922, se ilegalizó su partido. (La persecución no terminó aquí: en los primeros años de la década de 1930, Stalin también dio caza a sus antiguos partidarios.) Como escribiría Grossman en *Todo fluye* , «para [Lenin] la revolución rusa no significaba la libertad de Rusia». Impulsado por

una «fe fanática en la autenticidad del marxismo», Lenin impuso una dictadura dirigida al ideal comunista. [71]

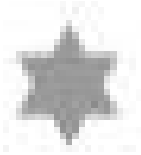
El 11 de diciembre de 1917 los bolcheviques institucionalizaron el concepto de «enemigo del pueblo». A los pocos días, el 20 de diciembre, se fundó asimismo la Cheká, que en 1921 había engordado hasta contar con más de 280.000 empleados. [72] Se crearon nuevos tribunales revolucionarios para juzgar los delitos «contra el estado proletario», «de sabotaje», «de espionaje», etcétera. En 1918 Lenin reintrodujo la pena de muerte —que el Gobierno Provisional había abolido— y, aquel mismo otoño, la Cheká ya había llevado a cabo miles de arrestos y ejecuciones.

La Constitución soviética de 1918 privó del derecho a voto a millones de kulaks, sacerdotes y nobles, quienes quedaron fuera de la ley y perdieron, literalmente, la condición de personas, pasando a ser «ex hombres». [73] En la primavera de aquel año no quedaba en todo el país ni un solo periódico que no fuera bolchevique. Como dijo Grossman en su última novela: «Fue enorme la fractura que produjo Lenin en la vida rusa». [74]

En nombre de «la dictadura del proletariado», los bolcheviques desataron el Terror Rojo. El decreto justificó detener y ejecutar incluso a obreros en huelga. [75] En mayo de 1918, después de medio año en el poder, el gobierno bolchevique promulgó un decreto «sobre el monopolio de los alimentos» que privaba a los campesinos del derecho a poseer lo que producían. Como fue incapaz de hacer realidad la promesa del «pan», el gobierno de Lenin autorizó a incautarse del «excedente» de cereales para dar de comer a las ciudades. Así, se envió a las zonas rurales a destacamentos especiales formados por miles de obreros sin empleo. En contra de lo que los bolcheviques afirmaron, la incautación no fue una medida extraordinaria que obedeciera a la guerra civil; el decreto se aprobó varios meses antes de la guerra, como parte integral de la intención leninista de imponer el control estatal sobre la producción y la distribución. [76] Entre 1918 y 1922 las incautaciones fueron implacables y se acompañaron de palizas y ahorcamientos públicos, lo que desató revueltas campesinas que, a su vez, fueron sofocadas con brutalidad por el ejército regular. Este

proceso acabó con los incentivos para producir más, de modo que los campesinos redujeron considerablemente la extensión que sembraban. Hay que concluir, por lo tanto, que la hambruna general de 1921-22, que costó cinco millones de vidas, obedeció en buena parte a las medidas draconianas que Lenin adoptó en las zonas rurales. [77]

El Terror Rojo de Lenin derivó en una guerra civil que cabe calificar de apocalíptica porque, según algunos cálculos, provocó la muerte de trece millones de personas. [78] (Entre 1918 y 1922 el país perdió entre siete y catorce millones de personas por efecto de los combates, el hambre y las epidemias. [79] Sin lugar a dudas, estos totales fueron superiores al derivado de la participación de Rusia en la primera guerra mundial.) A ello debe sumarse la pérdida de otros dos millones de personas que emigraron a Occidente; en su mayoría, integrantes de la élite, con una buena formación profesional y cultural.



A lo largo de 1918, Grossman y su madre continuaron en Kiev, donde fueron testigos de las consecuencias de la guerra civil. (En junio de 1941, poco antes de que los nazis ocuparan Berdíchev, Yekaterina Savélievna escribió al padre de Grossman que los ataques aéreos eran cotidianos y le traían recuerdos de la guerra civil: «Recuerdo cómo las bombas redujeron a cenizas nuestro apartamento de Kiev ... y que pasamos aquel año horrible con Malina y Tinushka».) [80] María Savélievna Beniash —la tía de Grossman, apodada «Malina»— y Tina, su compañera alemana, acogieron a madre e hijo cuando se quedaron sin casa. Esto ocurrió, probablemente, en febrero de 1918, durante la batalla de Kiev, cuando los destacamentos rojos dirigidos por el teniente coronel Muraviov bombardearon la ciudad, durante varios días, desde la orilla opuesta del Dniéper. [81] El gobierno ucraniano, contrario a los bolcheviques, perdió la plaza, que cayó en manos de los rojos.

Durante aquel año Grossman y su madre fueron testigos de la pesadilla que se vivió en la política ucraniana, con una rápida sucesión de cambios de gobierno. El tratado de paz de Brest-Litovsk, negociado entonces por los bolcheviques, exigía entregar territorios de Rusia en Polonia, los estados bálticos y Ucrania. El 2 de marzo, un día antes de que se suscribiera el convenio, las tropas alemanas entraron en Kiev. El 29 de abril un golpe de estado apoyado por los alemanes llevó al poder al general Pavló Skoropadski, descendiente de un aristócrata cosaco del siglo XVIII , que se nombró a sí mismo *guetman* (caudillo). El régimen dictatorial de Skoropadski cayó en diciembre: cuando los soldados alemanes se marcharon de Kiev, el *guetman* abdicó y se dio a la fuga. La ciudad pasó al control de las fuerzas nacionalistas de Semión Petliura, hasta que en enero de 1919 los rojos la tomaron otra vez.

Después del «año horrible» de Kiev, Grossman y su madre emprendieron el camino —no poco peligroso— de Berdíchev. Ucrania estaba asolada por la guerra y abundaban los pogromos. Buena parte de los combates se libraban dentro del territorio de la antigua Zona de Residencia y en los alrededores. [82] El área se convirtió en campo de batalla entre el Ejército Rojo, encabezado por Trotski, y las fuerzas blancas, zaristas; hubo asimismo batallas menores con ejércitos de campesinos ucranianos y bandas de anarquistas. La población judía vivía aterrorizada por todos los bandos y se perdieron varias decenas de miles de vidas. Aunque los rojos fueron responsables de menos pogromos que el Ejército Blanco o los hombres de Petliura, la Caballería Roja de Semión Budionny también era claramente antisemita. Entre 1918 y 1920 se produjeron por toda Ucrania más de 1.200 pogromos contra los judíos. [83]

Nadiezhda Mandelshtam, que desde Kiev fue testigo de cómo el poder, durante la guerra civil, cambiaba de manos catorce veces, describe atrocidades perpetradas por turnos por los rojos, los blancos y los nacionalistas ucranianos: «La sangre corría por todas las calles, frente a todas las casas. Nos habíamos acostumbrado a encontrar cadáveres acribillados por las carreteras o el pavimento, pero más que las balas, temíamos las indignidades y torturas que podían infligirse antes de la muerte». Los años de la guerra civil

fueron «tan abrumadores como un desastre natural y su efecto primero fue agudizar la percepción del propio presente». Como la gente sabía que la muerte podía presentarse en cualquier momento, «aprendieron a sacar el máximo partido a cada instante pasajero». [84] Grossman era un adolescente cuando, en Kiev y Berdíchev, fue testigo de la muerte y la devastación y pudo reflexionar por vez primera sobre su propia mortalidad. En *Stepán Kolchuguin* , Serguéi Kravchenko, que se presenta voluntario para el frente durante la primera guerra mundial, camina por el campo de batalla y, al pasar al lado del cráter de una bomba, siente de pronto «la felicidad y el temor de estar vivo en la Tierra». [85]

Al igual que Kiev, Berdíchev pasó de un grupo a otro catorce veces. Como explica Grossman en el relato «En la ciudad de Berdíchev», «había estado en manos de Petliura, de Denikin, de los bolcheviques, de los galitzianos y polacos, de los bandidos de Tytiúnik y los bandidos de Marusia, y del demencial 9.° Regimiento, que iba siempre a la suya». La narración describe los acontecimientos de la guerra ruso-polaca de 1920: cuando se expulsa a los rojos, los polacos están a punto de entrar en la ciudad. Durante este interludio el esposo de Beila, Magazánik, comenta: «Para ser sincero ... esta es la mejor fase para nosotros, la gente de la ciudad. Una panda se ha ido y la otra no ha llegado aún. No hay incautaciones, no hay “contribuciones voluntarias”, no hay pogromos». [86]

El cuento «Cuatro días», que también aprovecha las experiencias de Grossman en esta época, refleja que los asesinatos y saqueos eran algo cotidiano en Berdíchev: «Durante la cena hablaban del terrible día de ayer. Nombraban a los muertos, detallaban a quién habían robado y cómo, y bebían a la salud del mejor médico de la ciudad». Toda la población se acabó acostumbrando a «un terrible alarido humano en el que resonaban con fuerza el miedo y la desesperación». [87] Según explica el médico, en efecto, cada vez que los soldados se acercan a una casa sus habitantes y los vecinos empiezan a aullar; este alarido dificulta los saqueos y violaciones y de paso sirve de advertencia a otros. Llama la atención que las descripciones de los comisarios rojos, en este cuento, son sarcásticas. El protagonista adolescente

de Grossman, Kolia, no confía plenamente en ellos cuando prometen que la vida socialista será una maravilla. Paralelamente, en *Stepán Kolchuguin* , cuando el bolchevique Abram Bajmutski anuncia el advenimiento del paraíso socialista, Serguéi Kravchenko lo recibe con escepticismo: no puede imaginar una vida sin hambre, pobreza, enfermedades y un trabajo agotador.

Acabada la guerra civil, la clínica de David Sherentsis fue nacionalizada, y la inflación hizo que la familia perdiera también los ahorros. A los quince años, Grossman trabajaba en una aserradora y estudiaba en una escuela profesional unificada. Estos centros mixtos fueron introducidos por un decreto gubernamental de 1918, como parte de la reforma soviética de la enseñanza. Las escuelas profesionales hacían hincapié en los aspectos técnicos e industriales de la educación, al igual que en el adoctrinamiento político, y excluían del programa, casi por completo, las humanidades. [88]

En 1921 Grossman volvió a Kiev e ingresó en una clase preparatoria de un centro de nueva fundación: el Instituto de Educación Popular. Esta clase de institutos, concebidos para preparar a maestros para los grados superiores y las escuelas vocacionales, ocuparon el lugar de las universidades de Ucrania. [89] Después de aprobar la educación universal obligatoria, además, hacían falta maestros para los tres millones de huérfanos provocados por la guerra civil. [90]

La revolución acarreó un descenso abrupto de la calidad de la educación. Por otro lado, el currículo no satisfacía a Grossman, que optó por formarse a sí mismo en materia de literatura y ciencia. A los quince años leía a Tolstói, Kipling y Conan Doyle, así como los relatos de Jack London sobre las minas de oro del Klondike. Su libro preferido era *La interpretación del radio y la estructura del átomo* , del radiólogo inglés (y futuro premio Nobel) Frederick Soddy. Admiraba las obras que el físico y filósofo austríaco Ludwig Boltzmann había dedicado a la conductividad térmica. También soñaba con imitar la trayectoria científica de Dmitri Mendeléiev y descubrir un nuevo elemento para la tabla periódica. «Solo el amor a su madre, que jamás flaqueó durante toda su vida, le parecía ... más importante que la universidad, los catedráticos y la

gloria con la que soñaba, como soñaba con su propia genialidad, en la que tenía una fe tan inquebrantable como la que puede tener una anciana en el Reino de Dios.» [91]

2

De la ciencia a la literatura y la política

> No hallo reposo. Tengo sed de infinito.
> Mi alma languideciente aspira a las misteriosas lejanías.
> Gran Más Allá, ¡qué profunda es la llamada de tu flauta!
> Olvido siempre, siempre, que no tengo alas para volar, que estoy eternamente atado a la tierra.
>
> RABINDRANATH TAGORE , «No hallo reposo» [1]

La guerra civil no redujo el deseo de Grossman de convertirse en científico, pero sí provocó otros cambios en el autor. Le hizo ser consciente de la violenta inestabilidad del mundo y el carácter pasajero de la existencia humana. Grossman aprendió que se puede ejecutar a un hombre por un reloj de oro o un par de zapatos; vio asimismo a soldados polacos que cortaban con sables las barbas de ancianos judíos, y cómo despedazaron a un vecino que intentó impedirlo. Este último episodio se describe en «Cuatro días»: Kolia es testigo de la escena en Berdíchev, a los quince años. Grossman mostró en muchas de sus obras la guerra vista a través de unos ojos infantiles.

A los dieciséis años, la idea de la propia mortalidad, y de que la existencia carecía de sentido porque la muerte era ineludible, parecía perseguirle incluso mientras leía libros de astronomía. En *Stepán Kolchuguin* , donde se retrata en un Serguéi Kravchenko que tiene la ambición de estudiar, muestra también el estado anímico y espiritual del muchacho:

> Poseía una memoria excelente, leía con fruición y tenía la cabeza repleta de citas de estudios, poemas y novelas que decían que el mundo era vasto, inmenso; que la historia de la raza humana no era sino un breve interludio entre dos edades de hielo; que el universo era infinito en el espacio y el tiempo; que todo en él estaba condenado a la destrucción; que las aspiraciones, los pensamientos, las emociones humanas, los gozos y pesares de todas las personas, eran hueros y vanos ante la ausencia de límites de los años luz ... la infinitud del tiempo, que carecía tanto de principio como de fin; que el polvo cósmico que recorre zumbando el oscuro espacio exterior... [contenía] vestigios de sistemas planetarios desaparecidos, de soles extintos, de mundos desvanecidos; que la existencia humana carecía de propósito y sentido. A los dieciséis años, estos pensamientos se habían apoderado de él con tanta fuerza que dejó de lavarse los dientes y hacer los deberes. Estas ideas le causaban un gran sufrimiento. [2]

Antes del estallido de la primera guerra mundial, Serguéi Kravchenko imagina que desarrollará una carrera brillante y, al terminar los estudios universitarios, se marchará a Alemania o Inglaterra a complementar su formación. A los veinticuatro años sería ya un profesor respetado y haría su primer descubrimiento científico: «Sí, sí, por descontado será un gran hombre que, desde lo alto de una tarima, anunciará: “¡Caballeros! ¡Se ha resuelto el mayor desafío al que la humanidad debía hacer frente!”». Ya con un estado de ánimo más realista, Kravchenko se pregunta angustiado por el futuro que le espera en Rusia, un país cuyas masas empobrecidas y analfabetas parecen vivir en la Edad de Piedra: «Su país natal le hacía pensar en un desierto poblado por tribus salvajes». Sin embargo, el héroe de Grossman siente la necesidad de compartir el destino de su país: «Este es su país natal; aquí ha nacido, aquí vivirá toda su vida y aquí morirá. Pero ¿cómo vivir?». [3] La familia más próxima del autor no sopesaba la posibilidad de emigrar; por otro lado, Grossman se sentía muy ligado a su país, como hombre y también como escritor.

Mientras estudiaba en el Instituto de Educación Popular de Kiev, Grossman se sintió atraído por Anna Matsiuk, una chica despreocupada y muy sociable. (En ucraniano se llamaba Ganna, y ella misma usaba el hipocorístico de Galia. En *Stepán Kolchuguin* , Grossman la describe con la figura de Olesia, una guapa chica ucraniana con malas notas en geometría y matemáticas.) Galia, que era «muy bonita y agradable», formaba parte de su grupo de amigos. Los dos mantuvieron una relación romántica hacia 1922, durante el segundo —y último— año de Grossman en Kiev. Galia, que más adelante se casó con el autor, lo describía como «el joven más ingenioso de Kiev». [4] Él estaba enamorado, pero adoptaba una perspectiva tan racional que no disfrutaba de la felicidad: «¡Qué período más hermoso! ¡Y con qué habilidad envenenaba y malgastaba él los mejores días de su vida con pequeñas inquietudes, temorcillos y pesares triviales! ... Ora le poseía el temor a que, si se casaba y se ataba a ella por el resto de sus días, arruinaría su futuro como científico. Ora, al admirar la belleza de Olesia, sentía las punzadas del deseo sexual insatisfecho. Ora se tornaba frío por la idea espantosa de que, en un momento crucial, resultaría ser impotente. Ora le parecía que no estaba enamorado: todo es un error, ella es tonta, anodina y ridícula, y él también es ridículo con su amor y todos se ríen del uno y la otra». [5] Para Grossman, la diferencia de origen étnico carecía de importancia; la revolución había acabado con tales tradiciones. Como escribiría en la novela *Por una causa justa* , la generación revolucionaria formaba las uniones a partir del amor, pasando por alto las diferencias educativas, de sangre o de idioma. Sin embargo, relacionarse con una virgen sin casarse con ella resultaba imposible para un hombre como Grossman, de formación conservadora.

En 1923 lo aceptaron en el Departamento de Química, integrado en la Facultad de Física y Matemáticas de la Universidad de Moscú. Desde esta ciudad escribió a Galia para decirle que la relación había sido «infantil» y que todo «había terminado» entre ellos. [6] Sentía una necesidad urgente de recuperar la libertad, aunque unos años después, al reencontrarse con Galia en Kiev, constató que la relación distaba mucho de haberse terminado.

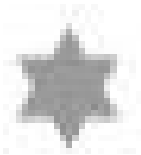
Durante el primer año moscovita, Grossman quedó absorbido por la vida cultural de la ciudad, sus nuevos amigos y los estudios. En la primavera de 1923 el escritor Mijaíl Bulgákov anotó en su diario: «La vida de Moscú es bulliciosa, sobre todo en comparación con Kiev». [7] La energía y la curiosidad intelectual de Grossman quedan de manifiesto en el siguiente pasaje de *Stepán Kolchuguin* :

> Su primer trimestre universitario de invierno pasó con celeridad. Serguéi leyó algunas decenas de libros especializados sin relevancia directa para su currículo, asistió a conferencias que no se limitaban al departamento de física y matemáticas, sino que trataban también de filosofía y psicología; iba al teatro un par de veces por semana... iba a fiestas y cantaba canciones ucranianas... No dormía más de cinco o seis horas al día; aun así le faltaba tiempo: quería verlo todo, trabajar en todos los laboratorios al mismo tiempo, porque también le interesaban la fisiología y la anatomía animal; quería escuchar diez conferencias cada día, leer muchos libros no solo de física teórica y astronomía, sino también ... *La vida amorosa en la naturaleza* , de [Wilhelm] Bölsche, *Los enigmas del universo* , de [Ernst] Haeckel y [obras de Herbert] Spencer ... A veces estudiaba dieciséis o incluso dieciocho horas por día, lo que no le dejaba tiempo para pensar con independencia. [8]

En los primeros años de la década de 1920 había en Moscú mucho que ver y aprender. Lenin murió el 21 de enero de 1924 y, durante los días y las noches siguientes, mientras su cadáver yacía en una capilla ardiente de la Sala de las Columnas (en la Casa de los Sindicatos), la gente formaba colas por toda la capital. El funeral de Lenin fue, en palabras de Nadiezhda Mandelshtam, «el último destello de la revolución en tanto que movimiento genuinamente popular», cuando se veneraba al líder sin que ello fuera consecuencia del terror. [9] En *Vida y destino* Grossman describe las hogueras que se encendieron en el centro de Moscú para que los que estaban de duelo no se congelaran, y luego la procesión en sí misma: «Los restos mortales de Lenin fueron transportados desde Gorki hasta la estación en un trineo de campesino. Los patines crujían, los caballos bufaban. El féretro era seguido por su viuda, Krúpskaia, que llevaba en la cabeza un pequeño sombrero redondo de piel sujeto con un pañuelito gris; por las dos hermanas de Lenin, Anna y María; por sus amigos... Los amigos políticos del gran Lenin —Rýkov, Kámenev, Bujarin—, que seguían el trineo a pie con las barbas escarchadas por el frío, miraban de vez en cuando con aire

ausente a aquel hombre de tez morena y picado de viruelas que llevaba un largo capote y botas de cuero blando». [10] Stalin solía llevar botas blandas, al estilo caucásico; cuando lo retrató de nuevo en el relato de 1960 «Mamá», Grossman hizo hincapié en que el dictador caminaba sin hacer ruido, moviéndose con la agilidad de un felino.

Lenin había muerto, pero Stalin aún no había conquistado la supremacía. El escritor Varlam Shalámov recordaba que, en este tiempo, a finales de 1924, en Moscú imperaba una libertad intelectual creciente, como había sucedido ya en el año revolucionario de 1917. La Universidad de Moscú era un «caldero en ebullición», un hervidero de debates. Nadie sabía cómo construir un estado socialista, escribió Shalámov: había que poner a prueba, por primera vez, todas y cada una de las medidas del gobierno. Los estudiantes polemizaban sin miedo sobre las decisiones políticas, con la libertad y la energía que la revolución había desatado. [11] Estos jóvenes de mentalidad independiente eran sumamente distintos de los de generaciones posteriores, que crecieron adoctrinados por el estalinismo.



Volviendo a 1921, para hacer frente a un descenso catastrófico en la producción industrial, Lenin introdujo la Nueva Política Económica (NEP, en sus siglas rusas), que recuperaba métodos de mercado; la NEP estuvo en vigor durante siete años. Según informó Bulgákov en 1921: «En Moscú solo se puede sobrevivir o con la empresa privada o con el comercio». La escasez de alojamientos era grave y las habitaciones disponibles, casi imposibles de costear por la inflación disparada. Bulgákov retrata bien cómo era la vida en Moscú el año en que se introdujo la NEP: «Lo más importante es encontrar un techo que nos acoja ... En Moscú [el dinero] solo se cuenta en cientos de miles, o en millones ... ¡Y los precios siguen subiendo sin parar! Las tiendas están llenas de productos, pero ¿qué puedes comprar?... En Moscú hay de todo: calzado, telas, carne, caviar,

conservas, exquisiteces, ¡de todo! Se van abriendo cafés por todas partes, surgen como setas. Pero dondequiera que mires, ¡cientos de miles de rublos!, ¡cientos de miles!». En 1922, cuando dar con una habitación todavía resultaba casi imposible, Bulgákov apuntó: «Los alquileres están subiendo. Un millón y medio por abril ... Hago lo que puedo por encontrar una habitación. Pero es imposible. Tan solo por decirte dónde puedes encontrar una ya te exigen sumas enormes». [12]

La situación no había cambiado en 1923, cuando Grossman se marchó a estudiar a Moscú. Batallaba por mantenerse mediante clases particulares, trabajando en una comuna para niños sin hogar, y también con fondos de su padre. Semión Osipóvich había reforzado la relación con su hijo mientras vivió en Kiev, donde dispuso de un apartamento por cierto tiempo. Aun así, pese a la ayuda del padre en los años universitarios, el dinero tan solo alcanzaba para las necesidades más básicas. El problema principal, para Grossman, era encontrar un lugar donde dormir y estudiar. Como no podía pagarse un alquiler, dormía en el suelo, en los apartamentos de sus amigos. Por suerte, Sioma Tumarkin, el mejor amigo de Grossman en la *Realschule* kievita, también se había marchado a Moscú, junto con su acomodada familia. Sioma era un estudiante destacado en la Facultad de Física y Matemáticas. Sus padres lo adoraban y abrían la puerta de casa a los amigos del hijo.

Aun con la penuria, Grossman recordaría los años de estudiante universitario como una época bendita. Su relato de 1962 «Fósforo» describe a los compañeros más próximos, entre ellos el matemático Sioma Tumarkin; el futuro ingeniero químico Yefim Kúguel; el historiador, educador y etnógrafo Viacheslav Lobodá; y el ingeniero e inventor Aleksandr Nítochkin. «Tenía unos amigos extraordinarios: inteligentes, divertidos, unos cabezas locas que se interesaban por todo: la política, Einstein, la poesía, la pintura ... Juntos discutíamos, leíamos mucho, bebíamos vodka y cerveza, vagábamos de noche por los bulevares, nos bañábamos en el río Moscova ... A veces cantábamos a coro, hacíamos el tonto, en una ocasión provocamos una pelea [en los Estanques del Patriarca] con un nutrido grupo de chicos borrachos.» [13] A Grossman le gustaba mucho cantar y lo hacía con especial sentimiento, pero carecía de oído para la música.

Los mejores cantantes del grupo —Lobodá y Sioma Tumarkin— dirigían un coro poco disciplinado. Aleksandr Nítochkin (Niúrenberg) y Grossman se conocían de los años de Berdíchev. Los padres de Aleksandr eran miembros del Bund judío; su madre, Faina Niúrenberg (que cambió este apellido por el de Niurina), se unió al Partido Bolchevique en 1920. Faina trabajó en el Comisariado Popular de Justicia y, en 1934, era ministra de Justicia en funciones de la Federación Rusa. Tanto Niurina como su esposo fallecieron durante la Gran Purga.

Lobodá, con quien Grossman trabó amistad en Kiev, se unió a este núcleo de buenos amigos en 1925. El año en que Lobodá llegó a estudiar a Moscú él y Grossman juntaron sus recursos económicos para alquilar una habitación propia, pero el acuerdo duró poco: Lobodá no tardó en contraer matrimonio y mudarse a un piso comunitario en la calle Nóvaia Basmánnaia n.° 10. Casualmente, al llegar a Moscú, Lobodá se había presentado en el mismo lugar a entregar unos documentos para el tío de Aleksandr Blok, empleado por el Comisariado Popular de Ferrocarriles. A lo largo de los años, Grossman acudió a visitar a su amigo a este piso, en el que Lobodá tenía una habitación. Mediada la década de 1920, Lobodá estudiaba historia y economía en la Universidad de Moscú. Su hermano mayor, Nikolái, había sido el segundo de Anatoli Lunacharski en el Comisariado Popular de Educación y luego trabajó como decano del Departamento de Historia del Instituto Pedagógico de Moscú. Nikolai Lobodá había conocido a Bujarin y Trotski, y esto lo condenó. (Tenía una fotografía con Trotski que uno de los hermanos Lobodá acabó destruyendo.) En 1928 Nikolái, acusado de trotskismo, se vio forzado a exiliarse en Kazajistán. Luego vivió en la ciudad de Aleksándrov, no lejos de Moscú, donde trabajó como contable. Pero el estado no lo dejó en paz. En 1934 Nikolái fue detenido de nuevo y enviado a Vorkutá, sede del Vorkutlag, uno de los campos de trabajo más duros del Gulag, situado por encima del círculo polar ártico. Allí murió, fusilado, en 1941. Su hermano Viacheslav, el amigo de Grossman, evitó la detención al vivir y trabajar en Chukotka, cerca de Kolymá, el complejo de campos más letal del Extremo Oriente. Viacheslav

Lobodá y Grossman mantuvieron correspondencia durante muchos años y se veían cuando él podía ir a Moscú. [14]

En 1928 Guedda Súrits, que sería geofísica y era la hija de los primeros diplomáticos del gobierno soviético, Yákov Súrits, contrajo matrimonio con Aleksandr Nítochkin, el amigo de infancia de Grossman. En 1918, el padre de Guedda había sido nombrado jefe de la misión soviética en Dinamarca, [15] y quizá por eso su hija tenía un nombre escandinavo. Cuando en 1921 se encargó a Súrits la embajada de Afganistán, la madre de Guedda se negó a marcharse con él y la familia se deshizo. El escritor Iliá Ehrenburg, que conoció a Súrits en 1922 en Berlín, lo describe como un apasionado coleccionista de arte que poseía pinturas y dibujos de Matisse, Rodin y Benois. [16] En aquella fecha Súrits se había distanciado de su familia y se había vuelto a casar; aun así, Guedda visitó a su padre en Europa. [17] Grossman fue un invitado frecuente en el acogedor apartamento de Guedda, en la calle de Tverskaia-Yamskaia. Según fuentes amigas, a nuestro autor Guedda le gustaba mucho y flirteaba con ella cuando el marido no estaba cerca. Por su parte Guedda tenía «un poco de miedo» de Grossman, que se burlaba de ella y la llamaba «señora» e «hija de mamá». El escritor era aficionado a contar chistes verdes; cuando ella se avergonzaba al escucharlos, él se divertía todavía más. Que ella fuera aficionada a la poesía también fue motivo de chanzas. «Te gustan demasiados poemas —le dijo Grossman en una ocasión—. Y eso es como amar a demasiadas chicas al mismo tiempo.» En 1964, Guedda escribió unas memorias en las que describió la amistad con Grossman desde los años universitarios. «A Vasia lo apodaban “el Viejo”. Muy delgado, alto, irónico, parecía esconder sus enormes ojos detrás de unas gafas gruesas. Fuera por su miopía o por el alto concepto que tenía de sí mismo —y que lo caracterizó toda su vida—, o quizá por su actitud hacia los demás, a quienes prestaba una atención especial que nadie igualaba, el caso es que se trataba de un hombre al mismo tiempo observador, interesado y, sin embargo, siempre un tanto apartado, como si lo contemplara todo desde la distancia en las reuniones y paseos que tanto amaba». [18]

Los amigos de Grossman lograron sobrevivir, en su gran mayoría, a las purgas y la segunda guerra mundial. Todavía se veían en la década de 1960, con la excepción de Abram Perelmúter, antiguo líder de la Komsomol que en cierta fase había pertenecido al círculo. Grossman lo describe en el relato «Fósforo», por medio del personaje de Abrasha-Abrameo, un estudiante con barba y el pelo desordenado, que calzaba sandalias durante todo el año y tenía por mote «Jesucristo». Abrasha desarrolló una biografía impresionante: durante la guerra civil, a los quince años, era comandante de una sección. Poco después destacó entre los investigadores de la Cheká y, a los diecisiete años, decidía sobre la vida y la muerte; también fue secretario de una organización provincial de la Komsomol. Para Grossman, Abrasha no llamaba la atención por su fanatismo; ambos eran muy aficionados a ir gastando bromas. En cierta ocasión, Abrasha fue llamando por teléfono para decir que unos matones habían atacado, apaleado brutalmente y robado a Grossman, y acababa cada conversación pidiendo ayuda. Por su parte, Grossman estaba medio vestido, tendido en un sofá, tapado con periódicos a falta de mantas. En la cabeza le habían pegado una hoja de papel con una salpicadura de tinta roja y una grosería escrita. Querían comprobar quién, entre todos los amigos, acudiría el primero a socorrerlo. Yefim Kúguel, el más compasivo del grupo, fue el primero en presentarse con un atado de ropa. Grossman recordaría esta broma «estúpida y gamberra» en la década de 1960, cuando, después de que le confiscaran la novela, tuvo verdadera necesidad de la ayuda de sus amigos.

El destino de Abrasha no queda claro. En «Fósforo», Grossman cuenta que murió en el apogeo de las purgas, en 1937. Pero en la novela *Todo fluye* , donde retrata a Abrasha mediante el líder judío de la Komsomol Lev Mekler, que también paseaba por la ciudad en sandalias, Grossman escribe que sobrevivió a recorrer «todos los círculos del infierno de las prisiones y todos los campos». [19] No obstante, en esta novela, el destino de Abrasha se utiliza como elemento de una historia más amplia sobre revolucionarios judíos y la generación de la guerra civil.

En los meses de verano, Grossman y sus amigos preparaban los exámenes en la zona rural de Moscú, en Cherkízovo, en las tierras

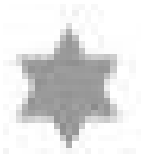
de una granja administrada por Aleksandr Taratuta. Su hijo Leonid era compañero de clase y buen amigo de Grossman. Nuestro autor, Nítochkin y los hermanos Tumarkin se alojaban en una casita separada en esa granja. «Los amigos de mi hermano solían pasar todo un verano con nosotros —recuerda Yevguenia Taratuta—. Vivían en una casita de madera en la que, en invierno, se guardaban las colmenas para proteger del frío a las abejas. El lugar despedía un maravilloso olor a miel. [Los estudiantes] dormían en el suelo, sobre paja. De día estudiaban para los exámenes y al caer la tarde hacían una hoguera, preparaban gachas de mijo, comían *vobla* [salazón de pescado] y escuchaban las historias de mi padre. Vasia se quedaba completamente absorto con las narraciones de mi padre, que era seguidor de Kropotkin.»

Yevguenia y el padre de Leonid, Aleksandr Taratuta, formaban parte de una familia judía pobre y crecieron en un *shtetl* . A los dieciséis años, Taratuta huyó y se sumó a los revolucionarios. Era partidario de Piotr Kropotkin, teórico del movimiento anarquista, que proponía una sociedad comunista descentralizada. Taratuta acabó siendo detenido, acusado de sembrar la agitación entre los obreros, y pasó un año confinado en solitario en la fortaleza de Pedro y Pablo, en San Petersburgo. Lo condenaron a realizar trabajos forzosos en Siberia oriental; logró escapar, pero en Minsk lo encontraron y arrestaron de nuevo. En esta ocasión pasó cuatro años encadenado. Aun así, organizó clases de alfabetización y charlas para otros internos, tanto delincuentes como presos políticos y, con la ayuda del sacerdote de la cárcel, creó una biblioteca. En 1911 lo deportaron de nuevo a un campo de trabajo de la Siberia oriental. Antes de que lo trasladaran, el sacerdote le dio un libro de poemas religiosos con ilustraciones de Gustave Doré. (El libro sobrevivió y Grossman quizá pudo verlo; en *Vida y destino* menciona las ilustraciones de Doré.) Taratuta consiguió escapar otra vez, antes de llegar a su destino siberiano, que era una mina de oro cerca de Bodaibó, en la región septentrional de Irkutsk. En Tobolsk, de camino a Bodaibó, conoció a una joven revolucionaria, Agnia Márkova, que organizó la huida y lo puso en contacto con personas que le ayudaron a refugiarse en el oeste de Europa; más adelante se reunió con él y se casaron. Tras instalarse en París, Taratuta

estudió lenguas y agronomía. También trabajó en las oficinas de la compañía de Louis Dreyfus, que comerciaba con productos agrícolas. Los hijos de Taratuta nacieron en París, donde la familia se quedó hasta la revolución bolchevique de 1917. Tras ser repatriado, Taratuta aparejó una granja en la zona rural de Moscú, que abastecía de carne y verduras a un orfanato vecino; también levantó una estación generadora de electricidad y una escuela para obreros. Este era su concepto de una sociedad comunista descentralizada, inspirado en las ideas de Kropotkin. Mediada la década de 1920, su granja, que se consideraba modélica, recibió la visita de delegaciones extranjeras y se escribió mucho sobre ella. Pero cuando Stalin quiso consolidar el dominio de la agricultura, las personas con iniciativa tuvieron que ceder el puesto a obedientes empleados gubernamentales. Así, Taratuta no pudo seguir administrando la granja. En la década siguiente, en sus viajes por el país, quedó horrorizado por las consecuencias de la colectivización obligatoria y habló con la familia y los amigos sobre la hambruna de Ucrania, donde encontró pueblos muertos. En 1934 fue detenido; tres años después, en el apogeo de las purgas, lo fusilaron. [20]

La familia de Taratuta mantenía una estrecha relación con Vera Fígner, la legendaria líder de La Voluntad del Pueblo, el grupo terrorista conocido sobre todo por haber asesinado a Alejandro II en 1881. Fígner, que había participado en la planificación del asesinato, pasó veinte años encerrada en la fortaleza de Shlisselburg. La familia de Taratuta se ofreció incluso a adoptar a la hija de Fígner, Yevguenia, pese a que andaban muy cortos de dinero. La habían conocido en Francia, donde Fígner viajó antes de la revolución, y luego se habían visto en Moscú. Los relatos de Taratuta sobre el populismo revolucionario de los *naródniki* y sobre los miembros de La Voluntad del Pueblo fascinaban a Grossman. Más adelante, nuestro escritor se planteó dedicar un libro a la figura de Andréi Zheliábov, uno de los principales responsables del complot contra Alejandro II. (De haberse llegado a escribir, quizá Grossman habría podido explicar por qué Zheliábov, que había nacido siervo, quiso eliminar al zar que había abolido la servidumbre.) En 1881 Zheliábov fue ejecutado junto con otros miembros de La Voluntad del Pueblo y su socia principal, la aristócrata Sofia Peróvskaia.

Muchos años más tarde, en una carta de 1961 a Yevguenia Taratuta, Grossman expuso las contradicciones que le generaban los terroristas revolucionarios: «Me hago viejo, estoy canoso, pero el sentimiento hacia los miembros de La Voluntad del Pueblo no envejece... Aunque sus acciones fueron horribles y sangrientas, había en ellos algo divino, algo santo». [21] En la era soviética estos primeros revolucionarios cayeron en un olvido casi completo, entre otros factores porque, en los tiempos de Stalin, el tema de la resistencia personal al estado pasó a ser tabú. En su narración de 1962 «El alce», Grossman se refiere a los «revolucionarios olvidados» (los populistas y los miembros de La Voluntad del Pueblo) y la «trágica batalla que libraron». En muchas obras, Grossman se interesa por la idea de que el fervor revolucionario se parece al fanatismo religioso. En *Stepán Kolchuguin* lo aborda en una conversación entre el bolchevique Abram Bajmutski y su padre, Yákov Moiséievich. Este, «un hombre de gran sabiduría» y espíritu independiente, le reprocha a su hijo bolchevique que haya renunciado a la tradición familiar de la libertad y el escepticismo y «regresado al dogma y al fanatismo de la fe». [22]



A los veintidós años, Grossman sentía que las ciencias ya no lo fascinaban tanto como antes. El mundo de los laboratorios químicos se le hacía demasiado pequeño y le impedía abordar temas más amplio. “Bat’ko” —le escribía a su padre, con la palabra típicamente ucraniana—, he estado pensando en cuánto he cambiado sin darme cuenta: entre los catorce y los veinte años, más o menos, me apasionaban las ciencias naturales y nada más, y solo alcanzaba a imaginarme el futuro con un trabajo científico. Pero ahora ha habido un cambio extremo ... Mi interés se ha trasladado a las cuestiones sociales y me parece que es en este ámbito donde desarrollaré la vida.» Además se había dado cuenta de que su capacidad como investigador era limitada: «Está claro que no seré un científico brillante. Por supuesto puedo manejar sin problemas un proceso

industrial rutinario, sé lo suficiente para hacerlo bien, pero [ser] un químico —una fuerza capaz de impulsar la ciencia, un explorador—, bueno, creo que no es lo mío». [23] Le atraían las novedades y los viajes. Los estudiantes avanzados de química harían una ruta por Alemania y Suiza, pasando por Berlín, Baden y el Rin. «En total cuesta 70 rublos. Es tentador, desde luego, pero dejaré pasar la ocasión. No iría ni aunque pudiera pagarlo.» [24]

El problema no era que el viaje no le atrajera, por descontado; pero no le parecía compatible con el hecho de que su padre le estuviera enviando dinero. Semión Osipóvich recibía un salario modesto, pese a que su trabajo como inspector de minas era peligroso y agotador. Su salud se estaba deteriorando; a Grossman le preocupaba que, aunque los médicos le habían prohibido que siguiera bajando a las minas, su padre continuaba trabajando. El padre enviaba al hijo todo lo que podía ahorrar, pero la suma todavía era insuficiente para alquilar ni siquiera «un rinconcito» en Moscú. Sin un lugar permanente, no tenía «ninguna posibilidad de leer y estudiar en casa». [25] Al final, Grossman alquiló una habitación en el campo, sin calefacción, que mantuvo durante menos de un año; en general aprovechó la hospitalidad de sus amigos pero, con el temor a excederse, se obligaba a buscar una salida distinta cada noche. La carestía constante, aunque a su padre se la describía en tono de humor, le resultaba abrumadora. Como escribió en 1928: «¿Sabes? Cuando cae la noche vivo lo que vivían nuestros antepasados salvajes, en la Edad de Piedra: tener que buscar refugio. Es muy angustiante. Nuestros ancestros lo tenían mejor: trepaban a un árbol o se arrastraban al interior de una cueva o una grieta. Mi situación, en el bosque primigenio de una gran ciudad, es peor: todas las cuevas y grietas están ocupadas y siempre tengo que negociar: "¿Te importaría si me quedo a dormir en tu casa?"». [26]

El padre reprendía a Grossman por ser poco diligente y salir demasiado. «Sobre los bares —se explicaba Grossman a los veintitrés años—. Pues sí, voy muy a menudo. Pero no es lo mismo salir que emborracharse ... Se corre el riesgo de la adicción, podrías decir. Es cierto, desde luego. Pero la adicción puede afectar a quien se encuentre muy mal. Cuando a mí me vencen la tristeza o la

soledad, no siento ningunas ganas de beber ... Sé que tu punto de vista al respecto es distinto y que la bebida, incluso en poca cantidad, te parece propia de animales.» [27]

En las pausas universitarias, Grossman visitaba a su madre en Berdíchev. Yekaterina Savélievna adolecía de varios males, pero no le gustaba ni quejarse ni pedir ayuda. Cuando en 1925 necesitó acudir a la consulta de unos médicos de Kiev, fue Grossman quien escribió a su padre para preguntarle si podría quedarse en el piso vacío. «¿Qué ha pasado con nuestro apartamento kievita? ¿Vive alguien allí?» A Grossman le atraía la idea de que su madre se alejara de la «atmósfera opresiva de Berdíchev. Cada vez que estoy allí, aunque sean pocas semanas, la ciudad es tan miserable que me atormenta. Y ella tiene que vivir allí años, e inmovilizada. Es duro». [28] Berdíchev, como es lógico, no se podía comparar con el bullicio de Moscú; si Grossman regresaba alguna vez a su ciudad natal, era solo por amor a su madre. En otra carta le decía a Semión Osipóvich: «Me preguntas por mamá. Se encuentra bien (relativamente, claro); la pierna se modera, en buena medida, pero los riñones no tiran mucho; en Berdíchev se siente sola y triste y, aunque no se lo digo, su coraje me admira. A pesar de las circunstancias, está manteniendo el optimismo y la vitalidad; da clases de forma regular, lee mucho, no se rinde, sigue adelante ... Solo una persona con unos recursos espirituales de primera puede vivir así». [29]

Pero lo que verdaderamente ansiaba Grossman era la compañía de su padre. En verano, en alguna ocasión viajaban hasta Krinitsa, un pequeño pueblo del mar Negro, próximo al centro turístico de Gelendzhik. La aldea, fundada en la década de 1880 por populistas revolucionarios, contaba con una larga historia de disidencia política. En los tiempos de Grossman Krinitsa albergaba una comuna agrícola de tolstoiana: defensores de las enseñanzas de Tolstói sobre no enfrentarse a la violencia con violencia.

Las comunas agrícolas tolstoianas, surgidas en esa década, tuvieron una vida corta. Los colonos, en su mayoría, eran jóvenes intelectuales de ciudad, sin experiencia en los trabajos de campo ni recursos para resolver los problemas prácticos. Aunque se inspiraban en la concepción tolstoiana de la vida moral, pronto

descubrieron que muchos de sus principios —como por ejemplo el rechazo absoluto del dinero, la propiedad, las instituciones sociales y el sexo— eran irrealizables. Pero en los primeros años de la década de 1920, después de la guerra civil, los tolstoianos formaron cooperativas agrícolas que funcionaron bien y suministraron verduras y leche a las ciudades. Eran comunas más inclusivas y diversas que las precedentes, pues no admitían tan solo a los adeptos de las enseñanzas de Tolstói, sino también a anarquistas, comunistas y, más adelante, campesinos que huían de la colectivización. Pero las autoridades hostigaron y detuvieron a sus miembros y, mediados los años treinta, estas comunas dejaron de existir.

En Krinitsa, donde Grossman estuvo repetidamente en la década de 1920, el autor se encontró con defensores radicales de las ideas de Tolstói. Como los primeros seguidores del clásico ruso, aplicaban reglas morales inflexibles a todos sus asuntos. Esto provocaba situaciones cómicas como las que describe en *Stepán Kolchuguin* : «Una vez estaban decidiendo si era correcto, desde el punto de vista moral, cultivar tabaco para venderlo, y el debate duró cincuenta horas sin interrupción». [30] Los cultivos más económicos y prácticos para la región —el tabaco y la uva— eran contrarios al principio tolstoiano de abstenerse de todo estimulante. La actitud de Grossman hacia los tolstoianos evolucionó, sin embargo. En *Vida y destino* crea un poderoso personaje tolstoiano en la figura de Ikónnikov, al que detienen —primero, los comunistas, más adelante, los nazis— por predicar la no violencia.

En 1927, transcurridos diez años de la revolución, la Unión Soviética se estaba convirtiendo en un inmenso país en obras. Los periódicos anunciaban el ingente crecimiento económico que se esperaba obtener con el Primer Plan Quinquenal, que estaba a punto de implantarse. Al año siguiente destacó el rápido desarrollo de Magnitogorsk, una ciudad industrial emplazada en los Urales. La URSS adolecía de una acuciante escasez de ingenieros, porque muchos habían huido después de la revolución; de modo que se invitó a cientos de especialistas extranjeros para dirigir la construcción de la Magnitka, como se solía llamar a la Siderúrgica de Magnitogorsk. Se esperaba que fuera capaz de superar la

producción incluso de las principales acererías de Estados Unidos, como la de Gary, en Indiana.

Cuando, en otoño de 1927, se trasladó a Semión Osipóvich a una ciudad minera del Dombás —a Donetsk, que por entonces se llamaba Stálino—, Grossman sintió envidia de su padre, que se dirigía al corazón industrial del país. Pero la inspección de minas era un trabajo tan peligroso como ingrato, y el autor no tardó en comprender que la realidad quizá no era tan atractiva como podía parecer desde la distancia. «Tal vez tú no te envidias a ti mismo», añadió, pensativo. [31] Aun así estaba ansioso por trabajar como ingeniero químico en la cuenca del Donets.

La idea de la construcción socialista inspiraba un entusiasmo general al que Grossman no era inmune. Sin embargo era capaz de reconocer la brecha abierta entre la promesa de erigir un futuro brillante para las masas y la vida real de estas. En 1927-1928 se trasladó diariamente del poblado de Vishniaki, donde alquiló una habitación, a Moscú, en un tren cargado de obreros.

> Hoy, cuando volvía a casa en tren, el vagón de pasajeros estaba repleto de obreros, todos con una borrachera terrible (se acerca la Pascua). Vi a un viejo que estaba cantando algo con una vocecilla aguda, de «celebración»; tenía la cara comida por el polvo de la fábrica, la mirada tan inerte y empañada como si estuviera muerto ... Todo esto me provocó una depresión infernal: la gente vive afanándose por sacar adelante un trabajo agotador, día tras día y, cuando viene una fiesta que se está esperando todo el año —la Pascua—, agarran una curda histérica. Acaban la «celebración» abatidos y enfermos, tardan una semana en recuperarse, y a esperar la fiesta siguiente. Gorki dice: «Siento lástima por el pueblo». Y ciertamente, me dan pena. [32]

En 1928 Grossman le confió a su padre que deseaba comprometerse con la sociedad y dedicarse a «la literatura y la política». [33] Fueron en efecto dos ámbitos cruciales durante toda su vida. A los veintitrés años había escrito unos pocos relatos y artículos que le leyó a su padre. Sin embargo Semión Osipóvich no animó a su hijo a proseguir con la ambición literaria, sino a centrarse en completar los estudios universitarios.

Hacia esta época, Grossman halló una buena amiga, comprensiva y bien conectada, en su prima Nadia Almaz, que le abrió la puerta al debut periodístico. Nadia, ocho años mayor que

Grossman, era hija de su tía materna Yelizaveta Savélievna, y creció en Berdíchev. Durante la primera guerra mundial había trabajado en hospitales, como enfermera, y colaborado con organizaciones socialdemócratas en Ucrania. En 1917 se incorporó al Partido Bolchevique e intervino en la guerra civil. En 1920 la trasladaron a Moscú, donde trabajó para algunos sindicatos y fue editora de uno de sus periódicos. [34] En 1925, en el apogeo de su carrera, fue nombrada asesora y secretaria personal de Solomón Lozovski, que por entonces encabezaba la Profintern o Internacional Sindical Roja. En lo que respectaba a Grossman, Nadia tenía contactos con la prensa, incluido *Pravda* , la publicación principal del partido.

Así, en 1928 Grossman recibió de Nadia su primer encargo periodístico pagado, que completó de forma rauda y competente: redactó un informe de setenta páginas para la Academia Comunista. Dos mecanógrafas se iban turnando para tomar nota de su dictado en el apartamento de Nadia, lo que le hizo sentirse importante. [35] En marzo Nadia le envió a cubrir un congreso moscovita de la Internacional Sindical Roja. Grossman quedó impresionado por las decenas de delegados extranjeros —alemanes, estadounidenses, japoneses, indios y turcos— «que vociferaban todos en sus distintas lenguas». [36] Como secretaria de Lozovski, Nadia se relacionaba con diversas organizaciones sindicales y la Internacional Comunista (Komintern). En el apartamento de su prima, Grossman conoció a miembros de la élite soviética y comunistas fanáticos que contaban historias de la guerra civil y soñaban con una revolución mundial. Mucho más tarde, en la novela *Por una causa justa* y su revisión, *Vida y destino* , creó el personaje de Krýmov, un comunista intransigente que se incorpora a la Komintern en 1919, al mismo tiempo que Lenin, su fundador. En *Todo fluye* , la última novela del autor, Grossman vuelve a describir la generación de los fanáticos: «Para ellos, los tiempos de la revolución ... del primer y segundo congresos de la Komintern eran su juventud, la época romántica y feliz de sus vidas. Estaban sentados en sus despachos provistos de teléfonos y secretarias, habían sustituido las guerreras por las americanas y las corbatas, viajaban en automóvil ... y, sin embargo, los tiempos de la *budiónovka* , [37] las cazadoras de cuero, las sopas

de mijo, las botas gastadas, las ideas planetarias y de la Comuna mundial seguían siendo la gran época de su vida». [38]

A principios del mes de mayo, Nadia organizó que Grossman acompañara a un grupo de estudiantes al Asia Central, durante dos meses. La expedición analizaría las condiciones de la economía y la vida en Uzbekistán, visitaría una refinería petrolífera del valle de Ferganá y estudiaría las industrias locales, que producían algodón y seda cruda. Grossman no cabía en sí de gozo. Por Ferganá pasaba la variante más septentrional de la Ruta de la Seda y el autor ansiaba visitar este territorio antiguo, que antaño habían poblado tribus iraníes y mongolas, y escuchar relatos aún más emocionantes que *Las mil y una noches* . Como entusiasta de la botánica, Grossman soñaba con ver «el desierto en flor», el desierto de Kyzylkum, cuyos tulipanes silvestres florecen en mayo. [39] Semión Osipóvich le envió a su hijo su viejo traje, que este recibió con la alegría de poder vestir como todo un «legado diplomático». [40]

Mediado el mes, Grossman, impresionado por el viaje, escribió a su padre desde la antigua ciudad de Kaunchi, cerca de Tashkent, para describir el colorido bazar del lugar y sus caravanas de camellos, un espectáculo que parecía venir de la Edad Media. Tashkent había sido destruida por Gengis Kan a principios del siglo XIII y conquistada por el imperio ruso seis siglos después; en aquellos años estaba siendo reformada de acuerdo con la política soviética. De pronto se implantaron la colectivización, la emancipación de las mujeres y la reforma educativa. Se prohibió la formación religiosa; las mezquitas quedaron vacías; las escuelas adoptaron el currículo soviético, y poco antes se había introducido la radio para favorecer el adoctrinamiento político soviético. Grossman visitó una extensa granja colectiva (koljós) cuyos campesinos estaban aprendiendo a manejar su primer tractor. Vio extensas plantaciones de algodón en un prado irrigado desde hacía poco, escuchó historias sobre la redistribución de la tierra y el agua, y acogió con simpatía el hecho de que los pobres se estuvieran beneficiando de las reformas, por primera vez en sus vidas. En cambio, la campaña por la emancipación femenina topaba con muchas dificultades. «Es habitual que los maridos maten a sus mujeres por quitarse el burka. Hace dos días se produjo aquí un

caso trágico. Una uzbeka quería estudiar, y el esposo le negaba el permiso. Ella decidió divorciarse. Fueron al sóviet de Kaunchi y, cuando se acabó la ceremonia del divorcio, el marido sacó un cuchillo y la apuñaló en el corazón. Murió a las pocas horas; solo tenía diecisiete años. ¡Pobrecilla! La sección de mujeres le había prometido enviarla a estudiar a Tashkent.» [41] Dos meses más tarde —habiéndose acostumbrado ya a comer arroz *pilaf* y brochetas *shashlik* , pero no tanto al calor ni los mosquitos—, Grossman filosofaba: «Por cierto, es interesante ver cómo una persona se habitúa a todo. Durante los primeros días de estar aquí miraba boquiabierto las caravanas de camellos, a los uzbekos con sus turbantes y trajes tradicionales, y otros motivos de Oriente; pero ahora me he acostumbrado y no le presto atención a un camello ni a un grupo de orientales pintorescos sentados en una *chaijaná* [tetería]». Lamentaba que la novedad se desvaneciera tan pronto. También había «una desgracia: la comezón de viajar. Desde aquí uno está a tan solo dos días de China, dos días de la cordillera del Pamir, y dos días de la India, Persia y Afganistán, con lo que de noche no logro dormir. ¡Me gustaría tanto ver todos esos países!». [42]

Tras regresar a Moscú a principios de julio, Grossman publicó dos artículos sobre la expedición. El primero, sobre tiendas cooperativas abiertas por mujeres uzbekas, apareció en la *Nasha Gazeta* , el periódico cooperativo que Nadia editaba. Una semana más tarde, el 13 de julio, *Pravda* publicó su artículo «Islajat», sobre la reforma agraria en Uzbekistán. Debutar con seriedad en la cabecera más influyente del país le abriría puertas.

En aquel momento, no obstante, Grossman estaba demasiado ocupado para saborear el éxito. A los pocos días de dar a luz el artículo partió hacia Kiev para ver a Galia, con la que se había casado aquel mismo año. En enero había escrito a su padre para decirle que amaba a Galia, y ella a él: «Si Alá lo quiere, quizá nos casaremos». [43] Por entonces Grossman se mostraba discreto sobre sus «hazañas kievitas». Había mucho más que contar: cuando iniciaron la relación, Galia estaba casada y embarazada. Más adelante, en otra carta a su padre, Grossman dio a entender que ella había abortado. La pareja contrajo matrimonio al poco

tiempo, pero siguió viviendo separada, porque ella estudiaba y trabajaba en Kiev.

En verano, con el dinero ganado con sus artículos, pudo pagarse una luna de miel. El padre ayudó a los recién casados a disponer de una habitación en la casa de un amigo en Krinitsa. [44] Antes de acudir allí con Galia, Grossman pidió a su padre que tomara un barco para reunirse con ellos. En aquellas fechas Semión Osipóvich estaba casado con Olga Semiónovna Rodánevich, que era médica; y como era de esperar Grossman invitó también a la madrastra, pero esta no acudió. Más adelante Grossman recordaba cómo su padre llegó «a Krinitsa cubierto del polvo del camino y enfermo, y yo me sentí terriblemente avergonzado a la hora de presentarte a Galia». [45]

En agosto Grossman llevó a Galia a Odesa, para que conociera a su madre. Yekaterina Savélievna estaba allí con unos parientes, para recibir tratamiento médico. Sin embargo, el primer contacto entre la madre y la novia —las dos mujeres a las que más amaba— no fue demasiado bien. Más tarde, Yekaterina se lamentaba ante el padre de Grossman de que su hijo solo una vez se había mostrado irritable con ella: «cuando, después de casarse, vino a Odesa a verme, desde Krinitsa». [46] Lo cierto es que Galia no convencía ni al padre ni a la madre del escritor. En 1929 Yekaterina Savélievna la describió como una mujer «histérica», de poca voluntad y estrecha de miras, sin más intereses que las cartas y la ropa de calidad. Le disgustaba que su hijo, tan «crítico con todos», no supiera ver los defectos de su esposa. A juicio de Yekaterina no era un buen partido para su único hijo. Por otro lado, Galia ya estaba casada —le escribió a Semión Osipóvich— y era Vasia quien le había trastornado la vida: «Se había casado, trataba bien a su marido y ya estaba embarazada; tuvo que abortar, pobrecita. Una vez me dijo: “Vasia me rompió la vida familiar”». [47] En la vida de Grossman se repitieron las aventuras con mujeres casadas.

En septiembre Grossman dijo a su padre, desde Moscú, que el artículo de *Pravda* había gozado de una recepción «muy favorable» y le animaban a seguir escribiendo para el periódico. [48] Entre tanto, un relato breve sobre una inundación (que le había leído a su padre

en Krinitsa) fue aceptado por una revista literaria ilustrada, *Proiéctor.* Era una publicación prestigiosa, que se adjuntaba como suplemento de *Pravda* ; en su consejo editorial estaba también el director de *Pravda* , Bujarin. Aun así le advirtieron que el relato tardaría en aparecer y, de hecho, no está claro si llegó a ver la luz. En cualquier caso, ser un escritor publicado le permitió obtener un contrato bien pagado para redactar un prospecto sobre «cooperativas y emancipación de la mujer en Uzbekistán». [49] Lo escribió durante dos semanas de noviembre de 1929, tras haber investigado, en sus propias palabras, con la lectura de «unos veinte libros e informes aburridos». [50]

Durante el sexto y último año de universidad, Grossman tuvo que recuperar. En octubre de 1928 alquiló una habitación a las afueras de Moscú, lo que le facilitó ahorrar tiempo en los traslados. [51] Grossman estaba estudiando diez horas al día, aunque sin más meta que la de aprobar. Los manuales de química teórica le aburrían. Las conferencias sobre gases tóxicos daban ganas de vomitar: el profesor disfrutaba de cada uno de los detalles de las inhalaciones ponzoñosas, y Grossman pensaba que especializarse en venenos era «la ocupación idónea para una persona malvada y desilusionada con la vida». [52] Se había hartado de las tareas académicas y resolvió acabar la universidad en un tiempo récord.

Para aquellas fechas, la mayoría de sus amigos ya se había graduado. «Mi vida ha sufrido un gran cambio —le escribió a su padre—: mis amigos y yo nos hemos distanciado. Hace tan solo un año ocupaban un lugar importante en mi vida; ahora somos casi como extraños.» [53] Sus amigos eran ingenieros y científicos, mientras que Grossman quería prosperar como escritor. En enero de 1929 *Ogoniok* aceptó su propuesta de redactar un artículo sobre Berdíchev. Ya tenía en mente una obra literaria más extensa: «Tengo una trama y me tienta desarrollarla», le escribió a su padre sin más precisiones. [54] Poco después arrojó algo de luz sobre su propósito: «Tengo un proyecto literario magnífico, en el que estoy trabajando poco a poco, esta obra ... me ocupará por lo menos un año. No tengo prisa por escribir; estoy leyendo toda clase de cosas; pienso, y trazo un plan». [55]

Aquel mes Grossman releyó *La muerte de Iván Ilich* , la novela corta de Tolstói. A los veintitrés años, se sentía terriblemente solo, distanciado de los amigos y también de Galia: la echaba mucho de menos, pero ella seguía viviendo en Kiev. La narración tolstoiana sobre la soledad de un hombre que muere de cáncer le impresionó sobremanera:

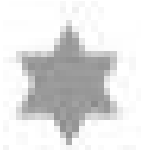
> Es un libro aterrador ... El espanto de la muerte que se acerca de forma ineludible, toda la tragedia de la soledad humana, me parecen terroríficos precisamente porque son muy comunes; él [Iván Ilich] está rodeado de personas que lo contemplan con gran indiferencia, que se ocupan de asuntos mundanos: colgar cortinas, ir al teatro; e Iván Ilich se muere, sufre dolores atroces, insoportables, pero nadie se conmueve, nadie grita aterrado; es como si una muerte así fuera lo más normal y esperable. Lo que más me afecta es que todo el mundo va a morir así. Tolstói hace hincapié en que es una narración ordinaria, que Iván Ilich ha muerto. El libro me ha impresionado profundamente, no puedo dejar de pensar en él. Por favor no te rías de mí; a fin de cuentas, el tema de la vida y la muerte es de los más importantes. [56]

La novela corta de Tolstói hablaba sobre el valor de la vida individual y la necesidad de honrar el sufrimiento y la muerte. Hizo que Grossman comprendiera el gran poder de la literatura. Tras haber contemplado las muertes y los padecimientos de la guerra civil —en cuyo transcurso miles de personas desaparecieron sin dejar huella—, el autor encontró un medio para dar salida a sus pensamientos y emociones. Como escritor, Tolstói le influyó mucho.

En marzo, Grossman quedó conmocionado por el suicidio de una joven cerca del alojamiento que él tenía alquilado. «Había venido hasta aquí desde la ciudad para pegarse un tiro. Fue aterrador: una mañana de primavera, temprano, con un sol brillante ... y una joven muerta sobre la nieve blanca, con el cráneo destrozado y el pelo negro cubierto de sangre.» [57] La muerte siempre le resultó chocante e incomprensible, pero la muerte de esta joven parecía tener aún menos sentido por haber ocurrido en primavera, cuando la tierra despertaba a una nueva vida.

Leer a Tolstói reforzó la ambición literaria de Grossman, su deseo de ser escritor. El interés de Tolstói por el alma humana, la búsqueda de un sentido profundo de la vida, se correspondía con el afán de Grossman de hallar una vocación genuina. Por entonces

esperaba poder combinar los proyectos literarios con su profesión de ingeniero, escribiendo por las tardes, al acabar el trabajo. En febrero, durante los exámenes finales, Grossman soñaba con licenciarse, empezar una nueva vida y ocuparse del «trabajo, nuevas personas, nuevos lugares, literatura». [58] Quería escribir sobre los trabajadores. En aquel momento ya conocía la diferencia entre ser un gacetillero, con la escasa paga habitual de las revistas soviéticas, y la verdadera literatura, que abordaba la vida real.



Los breves períodos de reencuentro con Galia, seguidos por largos meses de separación, acongojaban a Grossman. Su padre se burlaba de él por ser excesivamente sentimental y estar «apegado a unas faldas». El hijo contestaba que no era así; que aunque estaba muy enamorado de su mujer, la relación distaba de ser armoniosa; esto lo inquietaba. [59] En la primavera de 1929 Galia consiguió trasladar las prácticas a Moscú, a la delegación ucraniana del Consejo de Comisarios del Pueblo (Sovnarkom). [60] En consecuencia, la pareja pudo vivir junta desde junio, aunque solo durante siete meses. Galia había quedado embarazada y Grossman, no sin cierto temor —a fin de cuentas, era tan solo un estudiante universitario que aún recibía una asignación paterna—, le contó la noticia a Semión Osipóvich: «Por cierto, este invierno seré padre, y tú, abuelo. No sé si te parecerá bien o mal. En todo caso, un médico que ha examinado a Galia nos ha dicho que es demasiado tarde para poner fin al embarazo. Y Galia quiere tenerlo. Me encanta, ¡tendré un hijo! (¿O quizá una hija?) ¿Qué te parece la noticia?». [61] Semión Osipóvich le respondió que si Galia amaba a su marido, «tiene que ser consciente de que te va a hacer cargar con una cruz». Grossman, ofendido por ella, replicó que las responsabilidades de la madre serían diez veces más pesadas que las propias y que en cualquier caso él asumía cualquier peso «voluntariamente». Abortar en aquel estadio de embarazo, ya

avanzado, era peligroso; por otro lado, el aborto anterior le había supuesto a Galia varias complicaciones dolorosas. [62]

Aunque estaba casado y a punto de tener un hijo, Grossman rechazó un trabajo gubernamental, seguro y bien pagado, en el Sóviet Supremo de Economía Nacional (el VSNJ o Vesenjá). La entrevista se la había proporcionado una amiga de su padre, Galina Flákserman-Sujánova, una de las primeras bolcheviques, que trabajaba en el Comité Central. [63] Pero Grossman descartó la oferta con la tranquilidad de que «estos asuntos burocráticos no me satisfacen lo más mínimo». Tampoco le interesaron otros puestos vacantes, como trabajar en una azucarera de Kursk o en una bodega; no quería quedar sepultado en las provincias. [64] Cuando Semión Osipóvich le ofreció ayudarle con la búsqueda de empleo, Grossman lo aprovechó. Su padre trabajaba en Donetsk, en el Instituto de Patología e Higiene Laboral de la ciudad, y aquella región, el Dombás, mostraba un dinamismo especialmente atractivo. «Quiero participar en la vida, dejar de ser un espectador», escribió Grossman. [65]

El Primer Plan Quinquenal, aprobado en octubre de 1928 para implantarse desde el principio del año siguiente, aspiraba a una industrialización rápida, haciendo hincapié en la industria pesada. Se preveía que el desarrollo industrial soviético creciera un 250 % en el plazo de cinco años. [66] Los políticos establecieron objetivos irrealizables y se presionó a los economistas para que los aprobaran, a pesar de la falta de realismo y del hecho de que, en 1930, más de la mitad de los ingenieros soviéticos carecían de la formación adecuada (solo el 11 % había cursado estudios universitarios). [67] Ello causó problemas y accidentes industriales de los que Stalin culpó a saboteadores que instó a descubrir entre los ingenieros y demás especialistas.

Los ataques contra los peritos —en particular contra los expertos formados antes de la revolución— se prolongaron durante tres años consecutivos. En el gran juicio de Shajty, de 1928, cincuenta y tres ingenieros de minas, rusos y alemanes, tuvieron que responder de acusaciones de contrarrevolución y sabotaje económico. El proceso, del que se ocupó en abundancia la prensa tanto local como

nacional, tuvo consecuencias en toda la región de la cuenca del Donets, de la que la ciudad de Shajty formaba parte. Stalin declaró culpables a los acusados antes incluso de que se iniciara el juicio. Los fiscales aseveraron que los ingenieros —un grupo de «especialistas burgueses»— habían recibido dinero de Occidente para debilitar el conjunto de la industria carbonífera soviética. El juicio de Shajty —celebrado en la Sala de las Columnas, en la Casa de los Sindicatos— empezó el 19 de mayo de 1928 y duró cuarenta y un días. Lo presidió Andréi Vyshinski, como juez principal; el mismo magistrado que más tarde presidiría los juicios de la Gran Purga estalinista. Era el segundo gran juicio amañado de la era soviética, y las imperfecciones de la teatralización fueron objeto de escarnio en la prensa extranjera. La pena de muerte exigida por la fiscalía recayó solo sobre cinco de los acusados, pero Stalin ya estaba preparando una campaña más ambiciosa: en sus palabras, «los hombres de Shajty se han instalado en todas las ramas de nuestra industria». [68] El juicio de Shajty se presentó como un episodio de la guerra de clases, en el cual todos los ingenieros y peritos formados antes de la revolución se convertían en enemigos en potencia.

El padre de Grossman, que trabajaba en el Dombás, pertenecía a la minoría de los ingenieros expertos con buena formación académica. Pero como especialista educado antes de la revolución, Semión Osipóvich pasó a vivir y trabajar bajo la sombra de la sospecha. En 1929, cuando una delegación de ingenieros soviéticos se dirigía a la Renania (provincia de Westfalia) y Luxemburgo para visitar varias instalaciones del imperio industrial Krupp, las autoridades empezaron denegando la solicitud de Osipóvich. Grossman aconsejó a su padre que planteara un ultimátum: si no le dejaban ir, presentaría la dimisión. Cuando Osipóvich logró su objetivo, Grossman escribió satisfecho que su padre podría ver los gigantescos altos hornos y siderúrgicas de Dortmund, visitar Düsseldorf e inspeccionar una metalúrgica en Essen. «El Dombás parecerá una miniatura, en comparación con esos gigantes que extraen montañas de carbón y arrojan ríos de acero ... Juro por Dios que daría los cinco dedos de mi mano izquierda para ver todo eso con mis propios ojos.» [69]

Según reconoció Grossman un decenio más tarde, su padre tuvo un peso específico en la profesión que eligió: «Estaba pensando en las cartas que me enviabas desde la cuenca del Donets, que escribiste en 1927-1928, y creo que han tenido un gran papel en mi vida, en mi interés por el trabajo industrial y los obreros; de hecho, esas cartas me llevaron a ir al Dombás. Y te lo agradezco, porque los años que pasé en esa región fueron centrales en mi vida y, durante mucho tiempo, determinaron mis intereses y mi labor literaria». [70] En junio de 1929 el autor hizo un primer viaje para conocer a la persona que le daría un trabajo en Donetsk.

Grossman se licenció en diciembre de 1929. Las prácticas las realizó en una fábrica de jabones de Moscú a la que se trasladaba en un tranvía atestado de viajeros. El trabajo incluía cálculos y pruebas de laboratorio que no pasaban de ser rutinarios; quedaba muy lejos del sueño infantil de producir una proteína sintética. Después de nueve horas en la jabonería, más las dos horas de viaje de ida y vuelta, regresaba a casa exhausto. La ambición de escribir al volver del trabajo era irrealizable, en aquellas circunstancias.

Cuando estaba a punto de recibir el diploma, los padres le sugirieron que se cambiara el nombre oficialmente. «Es curioso —le dijo por carta a Semión Osipóvich— que hoy he recibido unas letras de mamá, que me escribía sobre el mismo tema usando exactamente tus mismas palabras.» [71] Pero Grossman se negó a dejar de ser Iósif Solomónovich para «transformarse de golpe» en Vasili Semiónovich, aunque a un Vasili Semiónovich quizá la vida le sería más fácil.

El 23 de enero de 1930, Galia dio a luz a una niña, Katia. Pero el trío no volvió a experimentar la vida en común. Grossman, que ahora era el responsable principal de ganar el sustento para la familia, se marchó a trabajar al Dombás poco después del nacimiento de Katia. Como escribe en el relato «Fósforo», le impulsaban dos grandes fuerzas: la poesía y el sueño romántico. [72] En una carta a su padre citaba un poema de Rabindranath Tagore, «No hallo reposo», que describía muy bien la aspiración de encontrar un camino auténtico en la vida: «Gran Más Allá, ¡qué profunda es la llamada de tu flauta!». [73]

3

Hechos sobre el terreno
El Dombás

> Me destinaron a la mina más profunda, la más calurosa y la más rica en gas de la Unión Soviética.
>
> VASILI GROSSMAN , *Que el bien os acompañe* [1]

Como cuenta Grossman en «Fósforo», lo enviaron a un empleo como químico, en un laboratorio de análisis de gases que examinaba el aire de una mina de carbón del Dombás, la Smólianka II. La mina alcanzaba una profundidad de 832 metros y algunos de sus tramos orientales recorrían más de un kilómetro bajo tierra. Era tristemente famosa por las colosales explosiones de metano y polvo de carbón, cuyos estallidos eran «comparables a tsunamis subterráneos». [2] Grossman, que contaba veinticuatro años cuando se dirigía a la cuenca del Donets, partía con una concepción romántica de los peligros y azacaneos de los mineros. Las ciudades mineras recordaban a zonas de guerra, con sirenas que gemían para anunciar los accidentes letales; el resplandor amenazante que se elevaba sobre sus plantas metalúrgicas emitía un humo denso y venenoso.

En el invierno de 1930, Grossman llegó a Makéievka, una ciudad minera que distaba doce kilómetros de Donetsk (conocida entonces como Stálino). Como en la nueva colonia no quedaban casitas

disponibles para la administración y los ingenieros, se le asignó un piso en el poblado de los mineros. Eran casetas semiderruidas, ennegrecidas por el polvo de carbón y vencidas hacia un lado, que le hicieron pensar en una multitud de borrachos en un mercado callejero. [3] En el poblado, de hecho, se bebía mucho. El alojamiento de Grossman —dos habitaciones más cocina— era demasiado espacioso para un hombre solo cuyos únicos muebles eran un colchón tirado en el suelo y una maleta que también hacía las veces de mesa. Esta ausencia de muebles, ropa de cama y otras posesiones se convirtió en un motivo de burla local. Como escribe en «Fósforo», las mujeres echaban un vistazo por la ventana para reírse de él.

Grossman echaba de menos a su esposa y su hija, que habían vuelto a Kiev. Esperaba que Galia se reuniera pronto con él, y dedicaba muchas tardes a escribirle cartas; pero ella le contestaba de forma esporádica y poco entusiasta. Los amigos tampoco prestaban especial atención a la correspondencia epistolar. Por las tardes, en su apartamento vacío, la soledad le resultaba terrible; echaba de menos a los amigos y la vida en Moscú. Por otro lado, se vio aquejado de un fuerte dolor de muelas; como no había dentistas en el lugar, optó por aliviar el tormento con aspirinas continuas y fumando sin tregua. Cada mañana, la lata que utilizaba como cenicero aparecía a rebosar de colillas. El tabaco también le ayudaba a soportar el hambre: en la cantina de los obreros, la comida escaseaba; en 1929 se había impuesto un racionamiento. En noviembre de aquel año, Stalin lanzó una campaña de choque para avanzar en la colectivización: en un plazo de tres años, debían surgir granjas comunitarias por toda la URSS. [4] El partido consideraba que la agricultura individual a pequeña escala, pese a que es la espina dorsal del cultivo contemporáneo, era incompatible con el socialismo. En consecuencia, se gravó a los campesinos individuales con un impuesto exorbitante que solo pretendía acabar con ellos: si el agricultor lograba pagarlo, se le exigía de inmediato uno más elevado. Así se inició el asalto violento contra la agricultura tradicional. Esta clase de medidas del partido provocaría tanto éxodos de las zonas rurales como una hambruna generalizada. En

el invierno de 1930 ya no se podía encontrar pan en Donetsk ni en ningún otro lugar de Ucrania, ni siquiera a cambio de dinero.

El país sobrevivía a duras penas a la acelerada industrialización de Stalin, la clave del Primer Plan Quinquenal. En 1929 Stalin había anunciado: «Avanzamos a todo vapor hacia el socialismo por medio de la industrialización y dejamos atrás los siglos de atraso de "Rusia". Nos estamos convirtiendo en un país de metales ... automóviles ... tractores». [5] El combustible de aquella industrialización estalinista era el carbón, que resultaba tan esencial para la Unión Soviética de aquellos años como lo había sido durante la revolución industrial en Occidente, hacía más de un siglo. Las condiciones de trabajo en las minas soviéticas eran parecidas a las que había descrito Émile Zola en su novela *Germinal* , de 1885, que narra la explotación de esclavos blancos en una ciudad minera del norte de Francia. En los tiempos soviéticos, la extracción de carbón seguía siendo un trabajo peligroso, en el que era fácil perder la vida a consecuencia de las explosiones, los incendios o la inhalación de polvo tóxico.

Smólianka II, la mina que Grossman inspeccionó en 1930, carecía tanto de aireación como de ayudas mecánicas. La ventilación se limitaba a un sistema de trampillas. El carbón se extraía a pico y pala: los mineros, tendidos de costado o arrodillados, trabajaban la veta con el pico. Un hombre hacía de bestia de tiro: amarrado con un arnés a un vagón de carbón que podía pesar seiscientos kilos, lo arrastraba por los túneles estrechos con ayuda de otros hombres encargados de empujar por detrás, hasta que la carga llegaba a la boca de la galería. Desde allí unos caballos, cuyos establos eran subterráneos, la trasladaban hasta la base del pozo. Estas eran las condiciones en las que los mineros soviéticos se veían obligados a prolongar la jornada laboral durante muchas horas, por exigencia de un Plan Quinquenal cuyas metas eran irrealizables. Grossman intentaría describir lo que había visto en *Glückauf* , su primera novela sobre la minería.

El trabajo de Grossman consistía en medir la concentración de metano y otros gases venenosos exhalados en la zona de extracción. El carbón se había originado por la descomposición de la materia vegetal: los gigantescos árboles y helechos de un bosque

primigenio que había existido en una zona pantanosa hacía cientos de millones de años. El carbón era el vestigio de esta vida vegetal que antaño había dominado el planeta y contenía la energía del sol que lo había alimentado. Los gases de invernadero —monóxido de carbono y metano, conocido también como «gas de los pantanos»— podían provocar explosiones colosales en las minas. [6]

La concentración de metano en Smólianka II excedía todos los límites. De hecho no había condiciones de seguridad: ni siquiera había circulación de aire en una mina calurosa en la que la temperatura ascendía a treinta cuatro grados con una humedad del 100 %. En tales circunstancias, un minero podía trabajar unos veinte minutos, no más. El carbón estaba saturado de gases «como una esponja de agua», dice Grossman en *Glückauf* . La luz de las lámparas de seguridad no traspasaba las partículas del polvo de carbón, un polvo que a su vez podía provocar combustiones espontáneas. En la novela, Grossman describe las condiciones de la galería más calurosa y profunda de la mina, a más de un kilómetro bajo tierra. «Aquí el aire era más estático que el agua de un pantano. Tapaba los pulmones como si fuera algodón húmedo y caliente, debilitaba el cuerpo, entorpecía los movimientos, invitaba a dormir ... Después de trabajar un rato, todo el mundo se tendía a descansar. Pero era un descanso que no aliviaba nada. La cabeza daba vueltas, uno quería dormir más y, cuanto más tiempo dormía, menos ánimos tenía para ponerse en pie o moverse. Un silencio pesado como el aire —como los millones de toneladas de rocas que había por encima— te oprimía.» [7] El polvo de carbón ocasionaba una diversidad de problemas pulmonares, desde la silicosis al asma laboral —que el propio Grossman contrajo en Smólianka II—. En *Glückauf* el escritor se retrata en el personaje de un ingeniero miope, que se presenta con un brillante frontal para medir la calidad del aire en una zona de trabajo especialmente calurosa, oscura y abarrotada. Pero el trabajo de los inspectores de seguridad, que medían las concentraciones de polvo y gases tóxicos, no se respetaba; los mineros no los acogían con agrado: «Más valdría que nos midieras el sufrimiento». A veces se insultaba a los inspectores, tildándolos de «parásitos». [8]

En su relato «El inspector de seguridad», de 1936, Grossman presenta a un ingeniero de minas de mediana edad, entregado sin reservas a su peligroso trabajo. Al igual que Semión Osipóvich, el protagonista pasa muchos años ocupado en «las minas más duras y remotas». La narración arroja luz sobre los riesgos de la profesión y explica por qué a los mineros (y, en particular, a sus jefes) no les gustaban las inspecciones de seguridad.

> Los amigos le aconsejaron a menudo que dejara el trabajo como inspector de seguridad. «Todo esto no tiene sentido, no sirve de nada —le decían—; es el peor trabajo de la mina. Si el inspector intenta cumplir con su cometido, los mineros se enfadan: ... "Hizo que los hombres dejaran de clasificar y los puso a reforzar estructuras!"; "¡Cerró una veta gaseosa!" ... Y si el inspector de seguridad renuncia a cumplir con su cometido, es peor aún: tiene que responder de las vidas de los demás con su propio pellejo. Pase lo que pase, es el primero al que se le exige la responsabilidad. En una mina puede pasar de todo: que caigan rocas, se desmorone una cavidad, haya cables defectuosos, incendios, explosiones, vagones descontrolados, que se parta una cuerda, que un hombre caiga a un pozo, que una madera falle.» [9]

En las minas, las explosiones letales eran una realidad y, por lo tanto, también lo eran los funerales en las ciudades mineras. Aunque el trabajo de Grossman ayudaba a salvar vidas, nadie lo veía así. Los mineros no se lo tomaban en serio —según revela en «Fósforo»— y, cuando expresaba admiración por su heroísmo, se reían de él. De hecho, ni el deslome ni los peligros cotidianos tenían nada que ver con ninguna gloria. No era una vocación elegida; sencillamente, en la ciudad no había otros puestos de trabajo. Grossman lo refiere en *Stepán Kolchuguin* : los chicos bajaban a la mina en la adolescencia para ocupar el lugar de los padres y hermanos fallecidos en explosiones.

Los primeros meses de Grossman en Makéievka no le reportaron ningún motivo de alegría. Ser judío, miope y un intelectual urbano le distanciaban de su entorno. Como afirma en «Fósforo», hubo más preocupaciones, aparte de la soledad y el dolor de muelas. Durante las noches de insomnio no dejaba de pensar en que sus aspiraciones juveniles de liberar la energía nuclear y producir una proteína sintética habían quedado en nada.

Inspeccionar la mina y una nueva responsabilidad como jefe del laboratorio de Smólianka II consumían toda su energía.

Aunque la vida y el empleo en la ciudad minera le proporcionaron material para las novelas *Glückauf* y *Stepán Kolchuguin* , en privado describió este período como de «muerte moral». Según le confió a su padre en 1931: «No hay ni una sola persona con la que pueda charlar. Y para los intelectuales como nosotros, poder conversar con franqueza es de lo más importante». [10] La prensa alardeaba de los logros de la industrialización y la colectivización estalinistas, aunque nadie podía ver más que campesinos harapientos que huían de sus poblados y abarrotaban las estaciones de tren para acudir a buscar trabajo a cualquier otro lugar. Algunos campesinos intentaron fundirse con la clase obrera y aceptaron empleos muy humildes en las minas. En el entorno de Grossman nadie hablaba de esto: se chismorreaba, se hablaba de la causa de las carestías, se contaban «chistes verdes de una torpeza extraordinaria» y el vodka derivaba en «tremendas borracheras sin sentido». «En contraste con la magnitud de la tarea que se emprendía en el país, mis compañeros de trabajo —jefes de sector, capataces y el propio director de la mina— me exasperaban por su estrechez de miras, más propia de un pequeñoburgués.» [11]

Al cabo de unos meses, menos de un año, de trabajar en Smólianka II, Grossman mostró síntomas de tuberculosis: tos, sudores nocturnos, pérdida de peso y fatiga. Tras radiografiarle el pecho le diagnosticaron, en efecto, un estadio inicial de tuberculosis en los dos pulmones. Según cuenta en «Fósforo», el diagnóstico le cayó como si lo hubieran condenado a muerte: en aquel tiempo aquella enfermedad terrible carecía de un verdadero remedio. Desesperado, Grossman envió un telegrama a Galia, que no respondió, y una carta a su mejor amigo, Sioma Tumarkin. Sioma hizo correr la noticia y, para gozo del escritor, el bueno de Yefim Kúguel acudió a visitarle al poblado minero. A su madre, sin embargo, Grossman no le contó nada, pues temía que «habría enfermado a causa del disgusto». [12] En *Glückauf* , el ingeniero de minas Lunin desarrolla tuberculosis y muere en el trabajo, algo que el autor temía que le pudiera pasar a él mismo. La novela refleja su estado de ánimo: de noche, las armazones de madera que coronan

los pozos son terroríficas; los conos de escoria próximos a las minas hacen pensar en montañas de cráneos humanos. A la luz de la luna, las cabañas del poblado minero «parecen túmulos funerarios». [13] Grossman vio la muerte de cerca. El rescate llegó gracias a su padre: en 1930, Semión Osipóvich logró que trasladaran a su hijo al Instituto de Patología e Higiene Laboral de Donetsk, donde él mismo había trabajado.

En el laboratorio del instituto de investigación de Donetsk, el trabajo de Grossman consistía en analizar muestras del acero producido por la planta siderúrgica local. Aquí, el problema principal era el aburrimiento. «No me siento animado: la vida es bastante sosa: la planta, la cena, tres horas de lecturas y paseos ... Me gustaría mucho escribir ahora, y tengo el material ... pero no el tiempo. Solo Dios sabe cuándo lo tendré.» (Aunque Grossman se lamentó a menudo de que le faltaba tiempo para escribir, a la postre demostró que era capaz de hacerlo en cualquier circunstancia.) La vida de alrededor era sombría. Al autor le llamó la atención que nadie era libre y que él mismo, dado su horario de trabajo, tenía menos libertad que un prisionero. Los obreros de las fábricas estaban «encadenados» por la faena y «las varias cuotas y obligaciones ... Estoy seguro de que entre cuarenta o cincuenta mil obreros no encontrarías ni a diez que se van a trabajar a gusto y voluntariamente a las seis de la mañana». [14] Grossman no vigilaba qué decía en sus cartas, pero sugerir que en la Unión Soviética el trabajo no era gozoso ni libre se consideraba una herejía que podía salir muy cara. En 1923, la OGPU (Dirección Política Unificada del Estado, heredera de la Cheká) abrió y leyó cinco millones de cartas y ocho millones de telegramas, mucho más de lo que inspeccionaron las «oficinas negras» de la Rusia zarista. [15]

Las ideas de Grossman sobre la falta de libertad respondían a la atmósfera deprimente del instituto de investigación, donde se trabajaba bajo el escrutinio fanático de diletantes del partido. Aunque el personal cualificado era insuficiente, el partido seguía hostigando a la intelectualidad técnica. El 25 de noviembre de 1930 se inició en Moscú el juicio contra el Prompartia («Partido Industrial»), otro proceso amañado en el que se acusó a figuras de la ingeniería, economía y universidad, formadas antes de la

revolución, de haber saboteado la industria y el transporte soviéticos y haber conspirado contra el régimen del país. Algunos acusados fueron condenados a muerte, aunque la pena se conmutó luego por largos años de cárcel. Como en el juicio de Shajty, el tribunal estaba presidido por Vyshinski. Este proceso sembró el pánico entre muchos ingenieros y personal cualificado. En 1931 Grossman afirmaba que el trabajo en el laboratorio se había «hundido: todo el mundo se ha marchado o planea marcharse». [16] Grossman y su padre pertenecían a una minoría cada vez más reducida, que perseveraba. «Tú estás solo en una cuenca carbonífera, y yo... en otra», le escribió el autor a Semión Osipóvich. [17] También le recalcó cuánto le importaban las cartas: “Bat’ko”, no te olvides de mí: recibo tus cartas con suma alegría (cuando no me riñes en ellas); sería mejor aún que pudiéramos vernos». [18] En un contexto en que el partido aterrorizaba a ingenieros, catedráticos y científicos, su trabajo resultaba desazonador.

Las medidas que el partido adoptó en materia de agricultura causaron un desastre de una escala aún mucho mayor. Se suponía que la colectivización era voluntaria, pero en realidad el estado libró una guerra contra los agricultores de ingresos altos y medios, obligándoles a ceder el ganado y sus recursos en general a la propiedad colectiva. La campaña contra los kulaks, que empezó en 1928, se acompañó de detenciones, confiscaciones de la propiedad, fusilamientos y deportaciones. Stalin dio continuidad a la política de Lenin en las zonas rurales, que ya había causado la hambruna de 1921-1922. Más aún, Stalin exigió «eliminar a los kulaks como clase», lo que supuso deportar a cientos de miles a campos de trabajo y asentamientos especiales en los que carecían de medios de supervivencia. El destino de los campesinos que se quedaban en los poblados no era mucho mejor: se les apremiaba a unirse a los koljoses y trabajar sin sueldo para cumplir con las cuotas del partido.

La colectivización estalinista fue un proyecto de choque que se desarrolló sin ningún plan económico, sin una preparación administrativa siquiera. En las reuniones convocadas en los pueblos se decía a los campesinos que el que no se uniera a un koljós se convertiría en «enemigo del régimen soviético». [19] Grossman quizá lo supo a través de *Pravda* . En 1930 este periódico informó de que,

en un pueblo ucraniano, después de una de estas reuniones, unas mujeres gritaron: «¡El gobierno soviético está recuperando la servidumbre!». [20] Hubo campesinos que se opusieron a la colectivización en toda la URSS; la resistencia más feroz procedía de Ucrania, el norte del Cáucaso y el Asia Central, según la OGPU. Los agricultores, reacios a trabajar sometidos al control del gobierno, sacrificaron millones de cabezas de ganado que, de otro modo, podrían haberse expropiado para las granjas colectivas. Durante los años siguientes, el exceso en la confiscación de cereales, junto con otras medidas draconianas, causaron una hambruna general que se calcula que costó la vida, tan solo en Ucrania, a 3,9 millones de personas. [21]

En el verano de 1930 llegó a Donetsk Gareth Jones, un joven periodista galés que sería el primero en informar sobre la hambruna soviética. (La ciudad, fundada en 1869 por un empresario galés, John Hughes, se llamó inicialmente Hughesovka, en ruso Yuzovka, en su honor. Hughes levantó una planta acerera y fomentó la minería; sus empresas atrajeron hasta Donetsk a inmigrantes galeses.) El periodista, cuya madre había sido institutriz en la casa de John Hughes, se había licenciado poco antes por Cambridge con una especialización en lengua rusa. Había trabajado como asesor de política exterior para el primer ministro británico David Lloyd George, asimismo galés. Jones aspiraba a escribir sobre la Unión Soviética, pero tuvo que conformarse con visitar Donetsk porque no disponía de cartilla de racionamiento y solo pudo conseguir un panecillo. [22] En 1932 regresó a Ucrania, consciente ya de que los periódicos soviéticos habían mentido sobre la situación real del país. Llegó con sus propias provisiones y recorrió a pie la región de la tierra negra, que antaño había destacado por su potencial agrícola, y fue testigo del principio de la gravísima carestía de alimentos. En la primavera de 1933 le dieron permiso para viajar a Járkov. Pero en vez de acudir allí directamente, bajó del tren a unos sesenta kilómetros de la ciudad y marchó a pie, a través de veinte pueblos y granjas colectivas. En el apogeo de la crisis en Ucrania pudo ver con sus propios ojos qué impacto estaba teniendo en la provincia de Járkov, una de las más afectadas. El 30 de marzo, en una conferencia de prensa celebrada en Berlín, Jones afirmó que la

Unión Soviética estaba sufriendo una hambruna terrible: «Por todas partes gemían: "¡No hay nada de pan! ¡Nos morimos!". Era un grito que venía de todos los rincones de Rusia, del Volga, Siberia, Bielorrusia, el Cáucaso norte, el Asia Central». Varias publicaciones británicas y estadounidenses se hicieron eco de las palabras de aquella conferencia de prensa, y poco después el *Evening Standard* de Londres, el *Daily Express* y el *Cardiff Evening Mail* publicaron artículos donde Jones narraba su periplo por Ucrania. [23] El gobierno de Stalin se enfureció. Las autoridades negaron la hambruna y presionaron a los corresponsales extranjeros destacados en Moscú para que refutaran las afirmaciones de Jones. Walter Duranty, el periodista más destacado —y complaciente— del cuerpo de la prensa de Moscú, publicó un artículo en el *New York Times* titulado «Los rusos pasan hambre, pero nadie se muere». Aunque Duranty tenía claro que la hambruna estaba costando millones de vidas, usó su posición de privilegio, así como la reputación de su periódico, para rebajar la gravedad del tema en Occidente. Por su parte, las autoridades soviéticas no solo limitaron estrictamente la presencia de periodistas a la ciudad de Moscú, sino que además castigaron penalmente el simple uso de la palabra «hambruna». [24] En 1935, Jones fue secuestrado mientras estaba en Mongolia, y lo asesinaron, probablemente a instancias de Stalin.

Aunque se prohibió que la prensa soviética informara sobre la hambruna, resultaba imposible ocultar la muerte de millones de personas. El canadiense Andrew Cairns, un experto en agricultura que viajó por Ucrania y el norte del Cáucaso en 1932 como representante del Consejo de Mercadotecnia del Imperio (británico), habló de «campesinos hambrientos. Algunos mendigaban pan, en su mayoría a la espera (casi siempre en vano) de cupones, muchos subidos a los estribos o atiborrando en masa los techos de los vagones, todos ellos míseros y mugrientos». [25] En 1932-1933, los Mandelshtam estuvieron en Crimea y vieron «campesinos que parecían espectros», inflados por el hambre, muriendo por las estaciones de tren y las cunetas. Tras la experiencia, el poeta Mandelshtam compuso sus versos más arriesgados, en los que calificaba a Stalin de «asesino y verdugo de los campesinos». [26]

En 1933, los Mandelshtam tenían claro qué precio iba a pagar el campo por la colectivización de Stalin.

Grossman, que pasó unos dos años en Donetsk y atravesó Ucrania en dirección a Rusia, también era consciente de la hambruna. Décadas más tarde, en el cuento «La Madonna Sixtina», describió a una campesina moribunda en una estación de tren, cerca de la frontera ruso-ucraniana: «La vi en 1930 en la estación de Konotop, cuando, renegrida a causa de la penuria, se acercó al vagón de un tren expreso, alzó sus ojos de mirada arrebatadora hacia la ventanilla y rogó sin voz, únicamente con los labios: "Pan..."». [27] Cuando Grossman retrató la hambruna de Ucrania en *Todo fluye* , sabía cuán grave había sido la catástrofe por medio de muchas fuentes; en particular por su amigo Lobodá, que primero fue movilizado para dirigir confiscaciones y más adelante vio a campesinos morir por las calles de Kiev. Pero algunas de las impresiones más poderosas las recibió durante sus propias visitas a esta ciudad, en 1932 y 1933, los años de mayor carestía. En el verano de 1931, a Grossman le dieron vacaciones, y repartió el tiempo entre Moscú, Kiev y Berdíchev. En la capital soviética buscó empleo. Aunque se le exigía que permaneciera tres años en su primer destino, Grossman intentó sortear la norma. Gracias a la falta de expertos le ofrecieron trabajo de inmediato en un instituto minero y una planta militar, pero, como no sabía si el jefe de Donetsk autorizaría su salida, los rechazó. En todo caso, pasó en Moscú quince días que lo reanimaron. En una carta para su padre bromeaba con que se lo había «pasado muy bien en Moscú (entre otras cosas, he bebido mucho) y tan contento (porque la bebida no la pagaba yo)». [28] Estaba rodeado de todos sus amigos, salvo Lobodá, que había partido a Chukotka, con una expedición que estaría fuera veinte meses.

Mediado el mes de julio vio a Galia en Kiev. Estaba viviendo en el sótano de un apartamento comunitario, con su madre y unos pocos parientes sin recursos que habían huido de su poblado cosaco, próximo a Chernígov, para buscar refugio en Kiev. Aunque Galia tenía noticia de los horrores de la colectivización y el hambre, siguió siendo prosoviética y refiriéndose a Stalin como «el líder supremo». [29] En Berdíchev el escritor se reunió con su madre, que

cuidaba a su vez de la hija del escritor, Katia, a la sazón de dieciocho meses. Como a Galia le estaba resultando muy difícil alimentar a la pequeña en Kiev, se había decidido que se quedaría en Berdíchev, pues sus campos no estaban devastados y se podía comprar leche en un poblado. «Katiusha habla, camina y te manda una reverencia», escribió Grossman a su padre, en tono animado. [30] Katia crecía en la casa del tío David, como él mismo había hecho, alimentada por su madre y la tía Aniuta. La tía llevó a Grossman a la dacha familiar, donde, en poco tiempo, el autor ganó algo de peso; antes de la era de los antibióticos, la tuberculosis se trataba con alimentos y descanso, por lo cual bebió leche en abundancia.

En una carta de Berdíchev, Grossman informó a su padre de que una pariente moscovita, Rozalia Grigórievna, había salido de la cárcel, donde había pasado siete meses en conexión con el juicio a los mencheviques. Catorce economistas ex mencheviques habían predicho con exactitud hasta qué punto se cumplirían las previsiones del Primer Plan Quinquenal y habían dado cifras realistas para la producción industrial de 1932. Sin embargo, como su pronóstico era tan solo la mitad de los objetivos establecidos por el partido, se acusó a estos expertos de sabotaje económico. [31] El juicio propagandístico de marzo de 1931 se ajustó al guion conocido, en el que los acusados confesaban sus «delitos». El más destacado del grupo, Vladímir Groman, era el principal economista del país y formaba parte del presídium del Comité de Planificación Estatal (Gosplán). Lo obligaron a reconocer que su célula contrarrevolucionaria del Gosplán pretendía entorpecer los objetivos de producción del partido. La fiscalía solicitó la pena de muerte para él y otros líderes, pero el tribunal los condenó a diversos períodos de cárcel. En 1931, los jueces todavía conservaban cierta independencia frente a los fiscales. Para los intelectuales que leían tales noticias en la prensa, la gran pregunta era: ¿por qué confesaban todos?

Tras regresar a Donetsk en agosto, Grossman retomó el trabajo en el laboratorio, donde había ascendido un grado en la escala de los asistentes de investigación. Además aceptó un puesto como conferenciante de Química en el instituto médico local. La atmósfera

laboral de este instituto era igual que en todas partes: la dirección había recaído en miembros del partido y los colegas más brillantes se estaban marchando. A principios del invierno de 1931, se envió por fin al escritor a que se tratara de la tuberculosis en un sanatorio de Sujumi, a orillas del mar Negro. Para llegar a Sujumi desde el centro turístico de Gelendzhik había que recorrer cuatrocientos kilómetros en coche. Hacía un frío inusitado: en la zona subtropical estaba nevando con gran intensidad. Grossman viajaba en compañía de otros enfermos de tuberculosis cuando el coche se salió de la carretera y cayó a una acequia. Pasaron la noche en el campo, intentando refugiarse del viento, la nieve y la lluvia helada. Por suerte, el escritor tenía un abrigo decente y le fue mejor que a los demás. A los otros enfermos —pensó Grossman—, la excursión al sanatorio les habría reducido la vida restante a la mitad.

Sujumi, la capital de Abjasia —«una ciudad de luto, tabaco y fragantes aceites vegetales», en la descripción de Ósip Mandelshtam—, hizo pensar a Grossman en Berdíchev. [32] Bastaba con plantar unas pocas palmeras por las calles de Berdíchev —bromeó el escritor— para tener «una típica ciudad abjasia». En el sanatorio, un experto en radiología le indicó que los pulmones estaban sanos, por lo que lo incluyeron entre los convalecientes. Cuando comunicó la buena noticia a su padre, Grossman le pidió que no la difundiera: el diagnóstico original le podía resultar útil. Saber que estaba sano, sin embargo, le hizo temer que durante la estancia en el sanatorio pudiera contagiarse de la tuberculosis. [33] Los pacientes eran mineros y obreros industriales de toda Rusia y el Cáucaso. Grossman quedó impresionado por su valentía: «Nadie sabe morir tan humilde y tan alegremente —te lo juro: alegremente— como la gente sencilla, los obreros. Más de la mitad de los que están aquí son candidatos a marcharse al otro mundo en el plazo de un año o dos. No obstante abundan las risas, el buen humor, se habla de todo salvo de la enfermedad. Sabes que están enfermos, y de gravedad, pero no son la clase de pacientes que se compadecen de sí mismos y contemplan el mundo por el prisma de su propia enfermedad. Aun así, ¡Dios mío!, solo aquí he comprendido lo terrible que es la tuberculosis. ¡Qué mal lo pasan los tuberculosos! Y aquí he sentido auténtico miedo». [34]

El «tratamiento» que se recibía en el sanatorio —un edificio mal aislado, en el que la temperatura rondaba los siete u ocho grados— consistía en exponerse al frío. No había asistencia médica: el doctor en jefe había sido ginecólogo en una ciudad y carecía de experiencia con la tuberculosis. La comida escaseaba y los pacientes pasaban hambre. Aun así, en Sujumi no podía hablarse de inanición: en el mercado local todavía podían adquirirse provisiones. A consecuencia de la nieve y la lluvia gélida, los pacientes quedaban confinados en sus habitaciones, donde jugaban a las cartas y al ajedrez. A las tres semanas de vivir así, Grossman apenas podía soportar el aburrimiento. La mayoría de los pacientes tan solo deseaban poner fin a la «cura»: «Se envidia a los que se marchan del sanatorio como a los internos que abandonan una cárcel». [35]

La estancia en el sanatorio dio a Grossman más tiempo para leer y escribir. De hecho, siempre había conseguido escribir. En 1928-1930 había esbozado relatos y un poema y llenado páginas con dibujos y retratos de las personas que lo rodeaban. Tomó nota de reflexiones aún rudimentarias sobre varios temas: «La felicidad se encuentra en moverse hacia la felicidad ... Está bien que la gente sea infeliz. Si hubieran encontrado la felicidad, la humanidad se extinguiría». (Este pensamiento quizá se inspiraba en la filosofía de Tolstói, que creía en un proceso continuo de autoperfeccionamiento.) Desde que entró en la veintena Grossman fue tomando apuntes sobre arte, amor, muerte y libertad: sus temas perpetuos. El titulado «En una taberna» versa sobre un viejo que ha trabajado veinte años como guardia en una prisión, todavía en tiempos de los zares. «Sé qué es la libertad», dice el guardia, que a continuación refiere la historia de un preso político que ha pasado un año confinado en solitario, a la espera de que se ejecute su pena de muerte. Se le ha asignado vigilarlo, y se extraña de que el preso pase mucho tiempo junto a las rejas de su celda, dado que una pared tapa toda la vista. «“¿A qué tanto mirar a la ventana? ¿Esperas invitados?”, le pregunté. Me dice: “... El aire es más fresco al otro lado”.» [36] «Destino», un poema redactado en 1930, trata de un barco que, durante una tormenta, se ve arrastrado contra las rocas.

El tema del destino como algo a lo que se acerca inevitablemente resurge en el relato «Camarada Fiódor», compuesto en 1931. Un revolucionario y su médico, enfermos ambos de tuberculosis, charlan sobre el miedo a morir. «La muerte —repetía el médico— ... podría escribir un libro sobre ella ... titulado *¿Qué me asusta de la muerte?* ¿Y sabes qué es? Su carácter inevitable.» [37] Esta narración también se ocupa de la revolución de febrero de 1917, que seducía a Grossman. Otro apunte de la misma época, «Piedras preciosas», refleja la fascinación del escritor con la fe de Lenin en la revolución mundial. Ahí describe a Lenin como «el mayor rebelde de la humanidad ... Nadie ha sido tan amado ni tan temido». [38]

Las primeras prosas de Grossman también abordan el tema de las parejas que viven separadas. A finales de 1931 era consciente de que su matrimonio estaba naufragando. En la novela *Glückauf* , redactada en 1931-1932, un joven ingeniero alemán, August Schwartz, piensa de forma obsesiva en su novia, María, que vive en Bochum. Ella no responde a las cartas y él vive atormentado por los celos. «¿Qué está pasando? —pensaba él—. Es como una enfermedad. Si no logro controlarme, me volveré loco... A fin de cuentas, ¿qué está pasando? Que él está siendo ridículo. Quizá porque solo tiene veintiséis años.» [39] En «Un relato sobre la felicidad» vuelve sobre la separación conyugal: una joven se niega a acompañar a su marido, destinado a una ciudad remota, porque no quiere vivir en una mísera cabaña. Las novelas cortas *Un cocinero* y *Un cuento de amor* (esta, publicada en 1937) las protagonizan parejas que sopesan divorciarse.

Cerca de cumplir los veintisiete años, Grossman estaba harto del aislamiento de las ciudades mineras; añoraba el círculo intelectual de Moscú y quería regresar a la capital para siempre. El diagnóstico original de la tuberculosis le dio la libertad: lo adjuntó a la carta de dimisión que presentó a los jefes de Donetsk. Volvió a la capital en julio de 1932 y se puso a buscar trabajo y un lugar que compartir con Galia. Pero en agosto ya sabía que era imposible salvar el matrimonio: su mujer tenía un amante en Kiev. Las infidelidades de Galia no fueron ninguna novedad para Grossman y su familia. Nadia, en cuya casa Grossman se alojaba, quizá le refirió la última

aventura de su esposa. Tras llegar a Kiev descubrió que el amante era un conocido de ambos, Víktor Baránov, quien sería el tercer marido de Galia y padrastro de Katia. [40] Para la madre de Grossman, la ruptura fue un alivio. En una carta a Semión Osipóvich mostró su gratitud por la intervención de la prima del escritor: «A Nadia siempre le estaré agradecida por haber "divorciado" a Vasia de Galia. Ella vio que [el matrimonio] era un fiasco». [41]

Galia había sido el primer amor de Grossman y la decisión de divorciarse, según le reconoció a su padre, le costó muchas noches de insomnio. La separación fue traumática: Galia, con la intención de salvar el matrimonio, negó la infidelidad. No estaba al corriente de las circunstancias de su marido y se presentó en Donetsk, desde donde «bombardeó» a su esposo con una lluvia de cartas en las que amenazaba con suicidarse si él no volvía a la ciudad. «Esto me da miedo —le escribió Grossman a Semión Osipóvich—; si se suicida por mí será espantoso. Pero me tengo que divorciar.» El autor pidió a Galia que regresara a Kiev, porque allí no estaría sola. Ella, sin embargo, fue a buscarlo a Moscú. Pero la decisión estaba tomada: «Galia ha dejado de ser mi esposa. No la amo, todo se ha acabado, es imposible que volvamos a vivir juntos como antes». Quería que su padre creyera que la voluntad de acabar con el matrimonio era «muy firme» y definitiva. «Escúchame, viejo. Imagino tu ojo verde azulado [el padre de Grossman había perdido un ojo] contemplándome con escepticismo, sabiduría, preocupación y un triste recelo masculino: tú, más que nadie, conoces bien la fuerza de una mujer y la debilidad de un hombre. Así que escúchame: estoy decidido.» [42]

Katia seguía en Berdíchev con la familia de Grossman. Galia amenazó con llevársela, pero no era una idea nada práctica. En el verano de 1932, las colas del pan, en Kiev, eran de medio kilómetro. Había que guardar el sitio durante varias horas pero aun así, e incluso con los cupones, no estaba garantizada la ración diaria de pan (entre doscientos y cuatrocientos gramos). Los últimos cientos de personas de la cola tan solo recibían una impresión en la mano, con un número que debían presentar al día siguiente. [43] Katia vivió con la abuela hasta cumplir los cinco años. En agosto, mientras estuvo en Berdíchev, Grossman pudo mantener las primeras

conversaciones con su hija: «Katiusha y yo hablamos sobre cabras, gatos, niños malos y niñas impecables y, la verdad, me ha sorprendido descubrir que la suerte de un padre separado no es dolorosa; antes al contrario, es un placer». [44]

Aquel verano Grossman retomó la vida y la actividad en Moscú, como escritor y también como ingeniero. Halló empleo como químico en una fábrica de lápices y escribió un librito sobre mecanización y ventilación de las minas carboníferas. Durante la fase de investigación leyó montones de textos técnicos, pero cuando llevó el manuscrito de *Shajtny gazy* («Gases de la minería») a un editor de Moscú, resultó que acababa de ver la luz un manual similar.

Nadia siguió cuidando de su primo y guiándole en la carrera literaria. Entre los dos sometieron a examen el plan de Grossman de convertirse en escritor profesional. En aquellas fechas era imposible publicar nada sin un mandato del partido. La edición independiente se había eliminado a finales de la década de 1920 y los autores estaban a merced de los editores estatales y los funcionarios del partido en el Glavlit, el departamento censor. En 1932 se acuñó el término «realismo socialista» para describir el único estilo de arte y literatura que gozaría de la sanción oficial. En la práctica era una especie de «hiperrealismo» que por otro lado obligaba a los escritores a embellecer la vida soviética. [45] La literatura había pasado a quedar al servicio de las necesidades del gobierno. Aquel mismo año la independencia de las letras se vio aún más menguada con la aparición de la Unión de Escritores Soviéticos, una poderosa organización cuya dirección era elegida por el partido. Los autores que anunciaban el mensaje del partido disfrutaban de un prestigio y una prosperidad con las que un ingeniero soviético no podía siquiera soñar. Aun así, Grossman era reticente a cumplir «encargos sociales» ajustados a la línea del partido. De hacerlo así, irremediable, «acabaría siendo un simple gacetillero». Según le escribió a su padre: «He decidido (junto con Nadia) que para intentar desarrollar una carrera literaria necesito otra profesión». [46]

Nadia, que ayudaba a Grossman en varios frentes, consiguió que le pasaran a máquina los relatos breves y la novela *Glückauf* . Este último título fue una sugerencia de Semión Osipóvich, que

había visitado explotaciones mineras en Alemania y Bélgica. (Grossman sopesó varios títulos, incluido *El negro y el rojo* , inversión del clásico de Stendhal *Rojo y negro*) En el prefacio de 1935, el escritor explica qué significa: «En el Ruhr, la gente ... no dice “Hola”, “Hasta luego” o “Adiós”. Dicen: “*Glückauf* ”». [47] Cuando regresan a la superficie tras la jornada de trabajo, en Alemania los mineros se saludan en efecto con un *Glückauf* que literalmente desea suerte en el ascenso. Grossman utilizó las vivencias de su padre en la Renania y Westfalia. Los ingenieros alemanes de la novela, que instalan un nuevo sistema de ventilación en una mina del Dombás, proceden del Ruhr. Los dos son socialdemócratas. El final de la obra trata de manifestaciones antifascistas en Alemania y purgas en la socialdemocracia, en 1933.

La novela introduce un tema que fue muy relevante en la vida posterior de Grossman: el del fascismo y el comunismo. El auge de estas dos ideologías, que pronto dominarían el mundo, era por entonces evidente. Ya en septiembre de 1923, después del Putsch de Múnich —en el que dos mil nazis marcharon hasta el centro de la ciudad bávara—, Bulgákov observó en su diario: «Nuestros periódicos dedican todos sus medios a exagerar lo ocurrido, pero ¿quién sabe?, quizá el mundo ya se está dividiendo en dos: comunismo y fascismo». [48] La novela de Grossman menciona que en Alemania se produjeron palizas a los manifestantes antifascistas y detenciones entre los comunistas. Las dos ideologías parecían ser polos opuestos; pero con el paso de los decenios, el escritor percibió también sus semejanzas.

Glückauf llamó la atención de Profizdat, el mismo editor sindical que había dado a la imprenta el folleto de Grossman sobre las mujeres de Uzbekistán. En agosto, el escritor estaba revisando la novela junto con «una encantadora editora de veinticuatro años». [49] Además de carismática, la editora era muy tenaz. Sher Niúrenberg, hermana menor de uno de los amigos de Grossman, Aleksandr Nítochkin, sembró el manuscrito de *Glückauf* de revisiones. La novela recibió una «tunda implacable»: en una imagen del propio autor, los interrogantes rojos y azules de la editora dejaron las páginas cubiertas de moratones. [50] Al final, la novela fue rechazada por contener «tendencias

contrarrevolucionarias». En otoño, Grossman rogó a Maksim Gorki que le diera su opinión sobre el libro.

> La casa editorial ha rechazado mi manuscrito; además la editora pretendía convencerme de que el libro tiene un aire contrarrevolucionario. Escribí lo que pude ver en los tres años que trabajé en la mina Smólianka II. Escribí la verdad. Quizá sea una verdad amarga. Pero la verdad no puede ser contrarrevolucionaria. En nuestros días no podemos separar la verdad y la revolución. No logro comprender qué tiene mi libro de contrarrevolucionario. ¿Es porque se bebe en el Dombás? ¿Porque abundan las peleas? ¿Porque trabajar en la mina resulta muy duro o porque la gente, los mineros del carbón ... no sonríe veinticuatro horas al día? ... La segunda cuestión que me atormenta es la faceta artística de lo que he escrito. [51]

Además de *Glückauf* , Grossman pidió a Gorki que leyera su relato «Tres muertes». (El título aludía a una de las primeras narraciones de Tolstói, que versaba sobre las muertes de un noble, un cochero y un árbol.) Gorki gozaba de una autoridad imponente y una carta suya podía impulsar la carrera de un escritor. Aunque, por ello mismo, recibía un aluvión de manuscritos, Gorki no se demoró en leer la novela y el relato de Grossman, y el 7 de octubre de 1932 le contestó con una carta larga. Fue brusco. El cuento le parecía tan superficial como innecesario. El tema de la mortalidad había sido abordado a la perfección por Tolstói («Tres muertes», *La muerte de Iván Ilich*), Chéjov y otros rusos. Un escritor contemporáneo debía contemplar la muerte exclusivamente «como un fenómeno biológico». La faceta espiritual del cuento —un intento de hacer pensar al lector sobre el final inevitable— era «estéril: un asunto religioso y, en consecuencia, obviamente dañino». En cuanto a *Glückauf* , contaba con buenos materiales para una novela, pero no se elevaba por encima de ellos. Además, la moralina estropeaba el trabajo. «Personalmente no veo ninguna tendencia contrarrevolucionaria en esta novela; pero me parece razonable que los críticos sí la vean en el “naturalismo” del autor.» (Con ello Gorki sugería que la obra mostraba la influencia de *Germinal* , de Zola, el padre del naturalismo.)

Gorki, no se olvide, era defensor del realismo socialista, que embellecía la realidad. A su entender, el naturalismo era «el negocio de los fotógrafos», según decía en la misma carta. El método no se

podía aplicar a la realidad soviética porque la «distorsionaba»: «Dice el autor: “Escribí la verdad”. Debería haberse planteado dos preguntas, primero: ¿qué clase de verdad?, y segundo: ¿por qué?». La «sucia verdad del pasado» ha muerto y en su lugar ha nacido una nueva verdad. «El autor es capaz de ver bien la verdad del pasado ... Ha descrito con veracidad la torpeza de los mineros, su alcoholismo, las riñas ... Por descontado, todo esto es verdad; pero una verdad muy negativa y atormentadora.» Gorki estaba dándole las claves del realismo socialista. Grossman debía preguntarse: «¿Por qué escribe? ¿Qué clase de verdad afirma? ... Es usted un hombre competente, que debería ser capaz de dar respuesta a estas preguntas». [52] En el fondo, la carta de Gorki era una invitación didáctica a reescribir *Glückauf* y someterla de nuevo a aprobación. Nuestro autor hizo exactamente eso. Gorki lanzó la carrera de muchos escritores, como por ejemplo Isaak Bábel: *La Caballería Roja* vio la luz en la década de 1920, con el respaldo de Gorki.

Glückauf es la más floja de las obras de Grossman: el mensaje político nubló su talento y originalidad. Las revisiones introdujeron material obligatorio sobre el Plan Quinquenal y las brigadas de choque que trabajaban con un denuedo entusiasta para mecanizar la mina de carbón. El autor redujo las partes negativas y en la introducción precisó que la novela hablaba de los mineros soviéticos que «tenían la suerte de ascender» de las profundidades de la explotación capitalista. [53] Aunque ello aguaba el mensaje personal, sin embargo la novela destacó por la veracidad de sus descripciones. La escoria del Dombás se lanzaba al aire, lo que convirtió la región en una de las más contaminadas del mundo. [54] Donetsk estaba cubierta por un esmog persistente, provocado por las industrias. [55] Grossman describe una Makéievka cubierta por una neblina polícroma, que pasaba del negro al verde y el ámbar. El escritor logró revelar algunas realidades de la ciudad de los mineros: los accidentes, la contaminación, la escasez de alojamientos (dos familias por cada habitación) y la ineficiencia de la burocracia soviética. En la novela, los ingenieros alemanes no tardan en aprender dos palabras en ruso: *niet* (no) y *zavtra* (mañana). Por el contrario, otras novelas industriales de la época, como *Tiempo,*

porvenir , de Valentín Katáiev, sobre la construcción de la planta siderúrgica de Magnitogorsk; *Energía* , de Fiódor Gladkov; y *La central eléctrica* , de Marietta Shaguinián, sobre las presas hidroeléctricas, pregonaban los logros del estado Soviético.

Cuando el libro salió por fin de la imprenta se vendió con rapidez. En diciembre de 1935, durante una conferencia de jóvenes escritores en Donetsk, Bábel elogió la precisión con la que *Glückauf* describía la minería y la metalurgia. Entre los escritores que acompañaron a Bábel en aquella ocasión estaban el novelista Yuri Olesha; el poeta y dramaturgo judío Péretz Márkish; y el escritor comunista alemán Willi Bredel, que había emigrado a Moscú después de pasar un año en un campo de concentración nazi. [56]

4

Grandes esperanzas

> Me vestí y fui andando a la fiesta en un estado de gran excitación. A fin de cuentas, era un mundo nuevo para mí, el mundo al que aspiraba a entrar. Un mundo que estaba a punto de revelárseme desde la mejor de sus caras: se esperaba que asistieran a la fiesta los principales representantes de la literatura, la flor y nata.
>
> Mijaíl Bulgákov, *Novela teatral*

Los años de 1933 a 1935 fueron los más felices en la vida de Grossman: partiendo de una posición marginal, fue aceptado por el mundo literario, logró el éxito y conoció a su nuevo amor. Pero no fueron años nada fáciles. Tuvo que poner todo su empeño para triunfar como escritor al mismo tiempo que seguía empleado como ingeniero químico en una fábrica. En 1933 tuvo su primer encontronazo de importancia con la OGPU, la policía secreta soviética. Además, para quedarse en Moscú se vio obligado a librar una batalla legal.

En diciembre de 1932 Stalin introdujo los pasaportes internos. Era una medida restrictiva, concebida para detener la huida desde

las zonas rurales devastadas por la colectivización. Según la nueva norma, un campesino que pretendía escapar de una granja colectiva para trabajar en otro sitio necesitaba el permiso de las autoridades locales y un contrato de su futuro empleador. [1] Los pasaportes internos ataron a los campesinos a la tierra; el estado socialista reintrodujo de hecho la servidumbre abolida por la Reforma de la Emancipación, de 1861. Pero los agricultores no fueron los únicos que perdieron la libertad de movimiento. Los obreros tenían que vivir donde se ganaban el pan, con lo que también estaban atados a sus trabajos. Si Grossman no hubiera logrado huir del Dombás, quizá se habría visto forzado a seguir empleado allí durante toda su vida.

Los pasaportes internos dotaron al estado de un grado de control sin precedentes. Para vivir en una ciudad había que solicitar a las autoridades un permiso de residencia que en los principales núcleos urbanos no era fácil de obtener. La policía podía denegar las instancias sin dar explicaciones. Antes de la revolución Grossman, como judío, necesitaba un permiso legal para vivir y estudiar en Kiev. La revolución abolió la Zona de Residencia de los judíos, pero las nuevas restricciones afectaron a la población soviética en general.

En 1933 el escritor trabajaba como analista químico en una fábrica de lápices de Moscú, bautizada en honor de Sacco y Vanzetti. (Los anarquistas estadounidenses Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti, de origen italiano, fueron ejecutados en 1927, acusados de asesinato. Pero muchos creyeron que se les había juzgado por sus creencias y el caso atrajo la atención internacional. En la Unión Soviética fue una causa popular y se dio el nombre de Sacco y Vanzetti a varias calles y una fábrica notable.)

Aunque Grossman había pasado a trabajar en Moscú solo llevaba allí cinco meses de residencia continua, un plazo inferior a lo exigido; en consecuencia, las autoridades le denegaron el permiso para continuar en la capital. Cuando el supervisor de la fábrica tuvo noticia de este rechazo, lo despidió. Grossman quedó pues atrapado en la pesadilla de la burocracia soviética: vivía en Moscú ilegalmente y no podía comprar comida, porque la cartilla de racionamiento dependía del trabajo en la fábrica y, al perder este, se quedó asimismo sin cupones. Por suerte se alojaba con Nadia y su

madre, la tía Yelizaveta (Liza), con lo que no se moría de hambre. Durante tres meses, ante la amenaza de que lo expulsaran de Moscú, Grossman batalló para que revisaran su caso.

En *Vida y destino* , Yevguenia Nikoláyevna Sháposhnikova debe librar una batalla similar para quedarse en Kúibyshev (Samara), pese a que su propio padre había destacado entre los revolucionarios de la ciudad. En la cola de la comisaría oye historias dramáticas de personas a las que se ha denegado la solicitud: «hijas que no habían obtenido permiso para vivir con sus madres, una mujer paralítica a la que le habían denegado la residencia para su hermano, una mujer que había ido a cuidar a un inválido de guerra y no le habían dado la autorización». De cara al estado se trataba de solicitantes sin rostro, no de seres humanos. La heroína de Grossman siente impotencia en la reunión con el jefe del departamento de pasaportes, un joven burócrata en cuyo despacho cuelga, como no podía ser de otro modo, el retrato de Stalin.

> Yevguenia Nikoláyevna entró en el despacho de Grishin. Este le indicó con un gesto que tomara asiento, miró sus documentos y dijo:
>
> —Se lo han denegado —dijo—. ¿Qué quiere?
>
> —Camarada Grishin —dijo ella con voz trémula—, entiéndalo, durante todo este tiempo no he recibido la cartilla de racionamiento.
>
> El hombre la miró con ojos imperturbables, su cara ancha y joven expresaba una indiferencia ausente. [2]

Como la heroína de su novela, Grossman logró su meta: de hecho, cualquier problema podía resolverse con celeridad si uno disponía de contactos en el partido. En abril, el escritor residía oficialmente en Moscú, volvía a contar con la cartilla de racionamiento, y no solo había recuperado el empleo, sino que lo habían ascendido.

Cuando suponía que sus problemas se habían terminado, vino la OGPU a detener a Nadia. El 28 de marzo la policía se presentó en el apartamento de noche, realizó un registro concienzudo y se la llevó. Grossman quedó desolado: «¿Por qué? ¿Para qué? Ninguno de nosotros lo puede entender, pero pronto hará tres semanas que está encarcelada en la prisión interior de la OGPU [la Lubianka]. Confiamos en que se trate de un error absurdo que se resolverá un día de estos ... Lo que más me preocupa es la salud de Nadia». [3]

(Su prima, en efecto, tenía problemas de corazón.) Durante el registro la policía interrogó al escritor sobre su familia, el trabajo en la fábrica y la obra literaria. Para su sorpresa, confiscaron una parte de *Glückauf* . Grossman se lo tomó a broma: «No creo que lo hayan hecho con la intención de publicarlo. En todo caso, ¡me siento muy halagado por sus atenciones!». [4] Al tener la carta protectora de Gorki, que afirmaba que la novela no era contrarrevolucionaria, no había razón para temer. En aquellas fechas, Grossman estaba revisando la novela para una cooperativa editorial, MTP (la Asociación de Escritores de Moscú). Su nuevo editor solicitó nuevos cambios y supresiones, y el autor trabajaba de noche para seguir retocando «este libro mío que tanto ha sufrido». [5]

Mientras que en aquella fase la mayoría de las detenciones no obedecían a ninguna causa concreta, sin embargo en el caso de Nadia era fácil hallar una explicación: había mantenido correspondencia con un socio de Trotski, el escritor y revolucionario Victor Serge (Víktor Kibálchich). Serge, hijo de unos populistas revolucionarios rusos exiliados en tiempos de los zares, había nacido en Bruselas. Tras la revolución fue a la Rusia soviética, se unió al Partido Bolchevique y empezó a trabajar para la Komintern. A principios de la década de 1920 se asoció con la facción trotskista de la Oposición de Izquierda. Como otros miembros discrepantes, fue expulsado del partido a finales de aquella década. Al ser discípulo de Trotski, Serge fue detenido en dos ocasiones. El segundo arresto se produjo en marzo de 1933, coincidiendo con el de Nadia.

Mucho después de que se aplastara a la Oposición de Izquierda todavía se detenía a centenares de supuestos trotskistas. En 1936 Serge tuvo la fortuna de ser deportado de la URSS, gracias a una campaña internacional en apoyo de su liberación, encabezada por influyentes escritores franceses. [6] Sin embargo, los familiares que permanecieron en Rusia, y sus allegados, sufrieron mucho: algunos pasaron varios decenios en el Gulag.

Nadia había conocido a Serge a través de la Komintern. Durante el registro de su apartamento la policía encontró varias cartas del escritor belga. Estas misivas, calificadas de «extremadamente contrarrevolucionarias», se adjuntaron al dosier de la OGPU sobre

Nadia. [7] En 1933 los castigos eran relativamente leves. Tras ser acusada de «agitación antisoviética», la prima de Grossman fue expulsada del partido y condenada a tres años de exilio interior. [8] A principios de junio fue desterrada a Astracán, a orillas del Volga, desde donde envió un telegrama al escritor. A lo largo de los años, este la ayudó económicamente y también viajó a Astracán para visitarla. Tras la detención de Nadia, el administrador de la finca amenazó con reducir el espacio vital de la familia, un apartamento de tres habitaciones. Grossman, que se quedó allí con su tía Liza, se dio cuenta de que perderían uno o dos dormitorios. En aquella época la mayoría de la gente seguía viviendo en apartamentos comunitarios abarrotados. El alojamiento cooperativo solo estaba al alcance de la élite soviética: según le contó Grossman a su padre, en 1934 un piso de dos habitaciones costaba una suma descomunal, entre 15.000 y 20.000 rublos, algo del todo inalcanzable para un ingeniero, un médico o un maestro. El espacio vital fue una de las cuestiones más espinosas del país hasta la muerte de Stalin. Como era casi imposible adquirir una propiedad, para poder disponer de una sala adicional hubo quien optó por denunciar a un vecino. Grossman se ocupó del tema tanto en *Todo fluye* como en la narración «Espacio vital», escrita después de la guerra.

El trabajo de Grossman en la fábrica de lápices absorbía sus energías casi por completo; en la faceta literaria apenas avanzaba, aparte de la revisión de *Glückauf* . [9] Aun así, la ocupación le proporcionó material para «Grafito de Ceilán», una historia atractiva, que vio la luz en 1935 en la revista *Znamia* . Yefim Kúguel, amigo y compañero de trabajo de Grossman, sirvió de modelo para el personaje de Krugliak, un ingeniero químico judío cuya iniciativa ahorra una fortuna a la fábrica. Como se ve en la propia narración, las fábricas de lápices soviéticas dependían en buena medida de importaciones onerosas: «Podíamos levantar Magnitogorsk, pero no producir lápices decentes. Para fabricar un lápiz necesitamos cera japonesa, *Juniperus virginiana* [una variedad de cedro norteamericano] para la madera, anilinas alemanas, violeta de genciana». [10] Krugliak es un auténtico entusiasta que considera inimaginable que se detenga la producción de lápices en un país

que hace muy poco que ha aprendido a escribir. Si la planta se queda sin grafito de Ceilán, afirma, «usaremos estiércol, si es necesario; pero los lápices seguirán escribiendo». [11] Al final encuentra un sustituto nacional válido. Aunque Krugliak ahorra millones a la fábrica con la adquisición de grafito de los Urales, sin embargo el salario de ingeniero no le alcanza ni para comprarse un abrigo de invierno. Los sueldos soviéticos eran muy escasos: a un médico, un ingeniero o un maestro les costaba mucho llegar a fin de mes. El salario de un maestro era la mitad que el pagado a un empleado de alto nivel de la OGPU, que, a su vez, podía comprar comida y productos en economatos especiales. Sumando los beneficios, el sueldo de un trabajador de la OGPU era varias veces superior al de un maestro. [12]

A mediados de junio de 1933 la fábrica envió a Grossman a un viaje de negocios a Kiev, donde pasó varios días. [13] Aquella primavera, la hambruna en la provincia kievita había sido sumamente grave: pueblos enteros habían fallecido y las casas seguían vacías. En la misma Kiev, el escritor vio colas del pan en las que mucha gente había empezado a coger sitio la tarde anterior. Vio campesinos desesperados que lograban esquivar los bloqueos de carreteras de la OGPU hasta llegar a la ciudad. En *Todo fluye* describe escenas trágicas a partir de los propios recuerdos y referencias ajenas: «[Los campesinos] ahora ya no pueden caminar, únicamente pueden arrastrarse ... Se me ha quedado grabado en la memoria aquel Kiev, aunque solo pasé tres días allí». [14] Sin embargo, el verdadero análisis de las impresiones no llegó hasta más adelante. El autor necesitó varios decenios para comprender la auténtica magnitud de aquel desastre, originado por la acción humana. En apariencia, la vida en la ciudad seguía funcionando: los tranvías recorrían las calles, los habitantes, acostumbrados a la presencia de campesinos moribundos, continuaban con sus asuntos. La gente del campo apenas despertaba simpatía porque oficialmente se les acusaba de acaparar cereales y ser los causantes de la escasez de comida. La campaña reciente de eliminación de los kulaks había sembrado la insensibilidad en la opinión pública, que no se compadecía del sufrimiento ni la muerte. Por otro lado, los periódicos guardaban silencio sobre la hambruna;

nadie hablaba de ella y, en aquellos años, Grossman no exploró sus propias impresiones e ideas.

Desde Kiev se trasladó a Berdíchev para pasar unos pocos días con su madre y su hija Katia, que a la sazón contaba tres años y medio. «Katiusha ha crecido, es más alta, más "adulta", charla sobre cualquier cosa y brinca con alegría; me ha reconocido; se me cuelga del cuello y le va diciendo a todo el mundo: "Este es mi papá".» [15] A Yekaterina Savélievna se la veía cansada y nerviosa: «Sé que para mamá es duro tener a Katiusha, pero también sé que ella colma la vida de mamá». [16] La siguiente parada del viaje de negocios fue Leningrado.

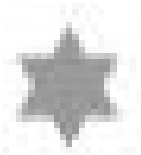
Trabajar en la fábrica de lápices en verano era infernal. Durante una ola de calor del mes de julio las temperaturas —a la sombra— ascendieron a entre treinta y seis y cuarenta grados. Sin una ventilación adecuada, el aire estaba colmado por los gases de las pinturas, barnices y tintes como la anilina (un compuesto venenoso utilizado para producir lápices indelebles); olía a pescado podrido. Según escribe Grossman en «Grafito de Ceilán»: «Era especialmente duro trabajar en los sofocantes talleres de la fábrica: los vapores del barniz y el disolvente llenaban el aire de un olor dulce y repulsivo; parecía que los poderosos ventiladores jadearan como criaturas vivas: en vez de refrescar el aire, lanzaban un aliento seco y caluroso a la cara de los obreros». Grossman se sentía exhausto y ansiaba descansar; perdió más de siete kilos y volvió a sufrir asma.

Aquel verano su padre fue despedido del instituto de investigación de Novosibirsk, la mayor ciudad industrial de Siberia, y la de crecimiento más rápido. Como poco antes el propio Grossman había vivido la experiencia de quedarse sin trabajo, le aconsejó que no se preocupara, citando a aquel funcionario de Chéjov que consuela a un amigo en circunstancias similares: «¡Tómatelo como un fenómeno atmosférico!». [17] Le sugirió que buscara empleo en una ciudad grande, como Dnepropetrovsk, o incluso en un centro de investigación moscovita. Semión Osipóvich tuvo la prudencia de no hacerle caso. Como ex menchevique, le parecía más seguro continuar en comunidades mineras remotas. Ir trasladándose sin descanso y no llamar la atención le ayudaba a evitar un arresto. Así,

su siguiente destino fue la ciudad carbonífera de Léninsk-Kuznetski, en el suroeste de Siberia. La ciudad se llamaba antes Kolchúguino, el nombre que Grossman adoptó para el personaje central de su novela *Stepán Kolchuguin* . Semión Osipóvich empezaría a trabajar allí en octubre; hasta entonces, propuso a su hijo un viaje conjunto a Altái, la cordillera más alta de Siberia. Grossman no cabía en sí de contento: «1) Quiero ver paisajes nuevos y hermosos. 2) Quiero verte. 3) Quiero vacaciones». [18]

En septiembre de 1933 tomó un expreso de Moscú a Novosibirsk; desde allí él y su padre recorrieron quinientos kilómetros hasta Bisk, cerca de la frontera con Kazajistán. Acamparon en el pintoresco pueblo de Chemal, a orillas del río Katún, que bebe de los glaciares del monte Beluja. Estuvieron paseando al amparo de este gran macizo de tres picos, recogiendo *edelweiss* . [19] La química de padre e hijo era perfecta: podían hablar de cualquier tema, desde la historia a la literatura y la vida contemporáneas. Semión Osipóvich era un buen narrador, ingenioso e irónico, y un entendido en cuestiones literarias. En la montaña, padre e hijo podían hablar sin temor a que los oyeran, y charlar sobre cualquier circunstancia, desde la detención de Nadia a la colectivización. Era ya el segundo año de una hambruna que desoló las regiones cerealistas de Ucrania, el norte del Cáucaso, la Siberia occidental, el Bajo Volga y también Kazajistán, que, en el cálculo per cápita, fue la zona más afectada. [20] Semión Osipóvich, cuyos empleos le obligaban a viajar mucho, vio multitudes fatigadas de hombres, mujeres y niños congregados en las pequeñas estaciones de ferrocarril. Por todas partes se veía a gente que intentaba huir del campo, arruinado por la colectivización, para buscar trabajo y comida en las ciudades. [21] En Ucrania, según informes de la OGPU, entre mediados de diciembre de 1932 y los primeros días de febrero de 1933 unos noventa y cinco mil campesinos abandonaron sus hogares. [22] Sin embargo el régimen suprimió toda la información, tanto sobre el éxodo rural como sobre la inanición y, no solo eso: en 1933, la población sabía que era peligroso hablar sobre lo que estaba viendo con sus propios ojos.

Las cartas de Grossman, en este período, se centran en las cuestiones familiares y su carrera literaria, que deseaba desarrollar a tiempo completo. Aunque había ascendido a una posición de asistente en jefe de ingeniería, consideraba que el empleo en la fábrica era un estorbo. «Me levanto a las 7 de la mañana ... Trabajo hasta las 4. Vuelvo a casa directamente desde el trabajo y entonces me entrego a las ocupaciones útiles: comer, leer y escribir». [23] Aun a pesar del agotamiento laboral, Grossman logró escribir relatos y novelas cortas. Una destacada revista literaria, *Krásnaia Nov* («Innovación Roja») le aceptó tres cuentos. *Innovación Roja* , editada a la sazón por Aleksandr Fadéiev, había publicado antes a figuras tan señeras como Gorki, Maiakovski y Yesenin, y ensayistas como Nikolái Bujarin y Karl Rádek.



A finales de 1933 Grossman leyó algunas obras ante un público de autores experimentados. Fue su presentación en la sociedad literaria. «Ayer leí tres cuentos en una reunión de diez escritores. En realidad no los leí yo mismo, sino [Iván] Katáiev. Era mi debut, y fue un éxito. Los cuentos les impactaron. Me criticaron (algunos) por no tener una posición ideológica bien definida, pero todos me elogiaron el estilo.» [24]

En enero de 1934, Grossman dejó el trabajo en la fábrica de lápices. Antes se había formulado esta pregunta: «Si uno deseara ser químico, ¿por qué serlo en el nivel más bajo, faenando con lápices y encima diez horas al día ... entre gente quejica y repulsiva?». [25] El jefe se negó a aceptar el cese hasta que hubiera encontrado un sustituto y Grossman tuvo que pelear por la libertad. Fue su último empleo como ingeniero. Aparte de la vocación como escritor, descubrió que el trabajo literario se pagaba mucho mejor que la ingeniería. Dejó de tener dudas sobre si era positivo o negativo depender de los ingresos de las letras. Había recibido una oferta generosa de la revista *Dombás Literario* , que prometió pagarle 3.000 rublos por la publicación de *Glückauf* en dos números

consecutivos. Además, la revista quería sacar el texto como libro, en paralelo, un plan que a Grossman le pareció excelente porque «me dará otros varios miles de lectores y me permitirá vivir bien y ayudar a mamá y a Nadia durante algunos meses». [26] *Glückauf* se había alejado mucho de la versión original. En el último minuto, el editor del libro recortó otras setenta páginas. [27] *Dombás Literario* hizo aún más revisiones sin consultar al autor. En abril, cuando recibió la revista con un extracto de su novela, a Grossman se le cayó el alma a los pies. «Los literatos del Dombás» habían dejado un texto irreconocible, escribió. «Después de leer las modificaciones de esos zopencos, fue como si se apagara la luz de repente. Lo único bueno es que en la Unión Soviética, fuera de la región, nadie lee esa revista.» [28] Aun así, a los mineros les encantó la novela, y Grossman se alegró de que fuera popular en Makéievka, donde él había empezado a trabajar como ingeniero de seguridad.

Grossman era consciente de que el primer libro había requerido demasiadas cesiones para ver la luz; como escritor consolidado nunca lo reeditó. Entre tanto comenzó con la novela histórica *Stepán Kolchuguin* y leía cuanto podía. «Soy un ignorante ... No sé de historia ni de filosofía o de literatura.» [29] Esta novela se situaba en el decenio de 1905 a 1916. Semión Osipóvich fue su principal fuente de conocimiento sobre el período anterior a la revolución, las huelgas y otros detalles de la época. Al bucear en la historia Grossman podía evitar más fácilmente las intrusiones editoriales y contar la realidad de una ciudad minera como no había podido hacer en *Glückauf* . Pero pocos lectores de *Stepán Kolchuguin* entendieron que el retrato que el escritor hizo de los accidentes, la contaminación y las vidas de los mineros no eran tan solo históricas, sino que se extendían al propio presente. Las condiciones de la minería soviética apenas habían cambiado y Grossman pudo aprovechar su propia experiencia en la cuenca del Donets.

En agosto de 1934 se iba a celebrar el Primer Congreso de Escritores Soviéticos, el gran acontecimiento de la vida literaria soviética de aquel momento. El congreso aprobaría el realismo socialista como método principal de la literatura y el arte soviéticos. Se contaba con que Gorki y algunos miembros del gobierno, como Bujarin, pronunciarían los discursos de apertura. La carrera de

Grossman recibió un impulso poderoso durante los meses previos, de ambiente electrizante.

En abril, Gorki leyó la nueva versión de *Glückauf* y le gustó tanto que la incluyó en el almanaque que editaba, *Año XVII* (el título hacía alusión al origen de la era soviética: 1934 era el decimoséptimo año tras la revolución). El almanaque vería la luz antes del congreso, y Gorki ensalzaba la novela de Grossman (mejor dicho, la versión mutilada) como un modelo de la escritura soviética.

MTP también iba a producir un almanaque antes del congreso. En el invierno anterior Grossman les había enviado varios de sus cuentos, incluido «En la ciudad de Berdíchev». El manuscrito llegó a manos de los editores Iván Katáiev y Nikolái Zarudin, que tenían fama de ser críticos «severos». El escritor aguardaba el veredicto con inquietud: «Notaba un dolor constante en el hígado; preveía que me dejarían verde». A finales de marzo Katáiev y Zarudin enviaron un telegrama a la empresa, que por lo tanto le llegó también a él: «Saludos al espléndido escritor Grossman, autor de “En la ciudad de Berdíchev”». Grossman no cabía en sí de gozo: «Admito que la alegría por la noticia me ha dejado tieso. Por desgracia, el efecto se va pasando. De pronto todo el mundo se mostraba muy solícito conmigo, incluso me prometían darme acceso al economato de GORT, reservado a los escritores considerados “excepcionalmente de fiar”. Bueno, ¿qué te parece? ¡A eso lo llaman *reconocimiento* !». [30] Grossman se refería a una tienda especial de Moscú, donde una selección de escritores, directores de fábrica y funcionarios del partido podían adquirir alimentos y otros productos a precios reducidos. La posición oficial de una persona podía depender del lugar que ocupara en las distintas jerarquías del sistema de distribución soviética. La condición de Grossman como escritor soviético se reconoció oficialmente cuando recibió la autorización para comprar comida en un economato restringido. Aunque se lo tomaba a broma, también estaba complacido por haber medrado.

Además de Gorki, Grossman contaba ahora con el apoyo de Katáiev y Zarudin. Estos editores llevaron «En la ciudad de Berdíchev» al periódico de los grandes escritores, la *Gaceta Literaria* , que lo publicó el 2 de abril, en un doble suplemento (una decisión sin precedentes). De inmediato hubo una explosión de

interés: la *Gaceta Literaria* recibió un aluvión de respuestas tanto de lectores como de otros escritores. La revista organizó un debate al que invitó a Grossman y varios críticos literarios. Se expresaron opiniones opuestas. Entre los elogios, para algunos el cuento de Berdíchev «superaba todo lo de Bábel», para otros era un principio poderoso «a lo Tolstói». Los críticos en cambio lo acusaron «de todos los pecados mortales». Tanto ruido y vocerío dejó a Grossman con mal sabor de boca. Él habría deseado mantener una conversación seria sobre literatura, y tan solo encontró «palabrería, retórica y gritos estúpidos». [31]

El cuento también llamó la atención de otras figuras de las letras soviéticas: Bábel, Bulgákov, el referido Gorki y Borís Pilniak. Pilniak (pseudónimo de Borís Vogáu) envió sus felicitaciones a través del periódico y expresó su deseo de conocer al autor. (Había adquirido notoriedad con una novela corta —*Historia de la luna inextinguible* , de 1926— que daba a entender que Stalin era el responsable de la muerte de Mijaíl Frunze, uno de los principales comandantes militares de la guerra civil. La narración fue confiscada nada más ver la luz, y el número de *Novy Mir* en el que apareció se requisó y publicó de nuevo con otro texto. Esta obra acabó por costarle la vida al autor.) Más adelante, Grossman averiguó que Bulgákov había expresado su sorpresa ante el hecho de que «aún es posible publicar cosas decentes». [32] Para nuestro autor, quizá el elogio más valioso fue el de Bábel. Esta gran pluma de las letras judías de Rusia, cuya colección de cuentos *La Caballería Roja* gozó de fama internacional, afirmó que «En la ciudad de Berdíchev» suponía dirigir una mirada fresca «a nuestra capital judía». (Bábel había sido periodista, propagandista y oficial del Estado Mayor del I Ejército de Caballería de Semión Budionny, donde era el único judío entre todos los cosacos.) [33] Grossman admiraba *La Caballería Roja* y había leído multitud de veces *Cuentos de Odesa* . [34] De hecho, «En la ciudad de Berdíchev» muestra cierta influencia de *La Caballería Roja* , cuando menos a nivel temático. El relato de Grossman también retrata la ofensiva polaca que se produjo durante la guerra civil, y a una sección de la Caballería Roja encabezada por la comisaria Vavílova.

Mientras que Bábel explora la masculinidad y la violencia revolucionaria, en cambio el cuento de Grossman ahonda en el mundo femenino, donde encuentra humanidad y amor. «En la ciudad de Berdíchev» no se asemejaba a nada de lo escrito sobre la guerra civil; después de un gran derramamiento de sangre, con la muerte de millones de personas, era la afirmación de una vida humana única. La batalla de los revolucionarios, que estaba sirviendo de base a la mayoría de las novelas y narraciones soviéticas de la época, queda en un segundo plano. El relato de Grossman se ocupa ante todo de los seres humanos y sus decisiones. Fue asimismo el primero en llamar la atención sobre el destino que las mujeres corrieron en la guerra. La comisaria Vavílova queda embarazada y permanece en Berdíchev hasta el parto. Hasta ese momento, en su sección nadie la ha contemplado como mujer: «Siempre con su Mauser, siempre con los pantalones de cuero. Ha dirigido el ataque del batallón incontables veces. Ni siquiera tiene voz de mujer». [35] A Vavílova no le resulta fácil comprender su nuevo papel como futura madre. En su mundo no hay lugar para el amor, la feminidad, un niño. Pero la naturaleza resulta ser más poderosa que ella: aunque ha intentado abortar muchas veces, «el hijo ha tenido la terquedad de seguir creciendo y ahora le dificulta moverse, le dificulta ir a caballo». La transformación de la comisaria en una madre amorosa fascina a sus huéspedes, la familia Magazánik: «“No te lo vas a creer —le dijo Beila a su esposo—. Esa mujer se ha trastornado por completo. Ya ha corrido al médico tres veces con la criatura ... En pocas palabras: se ha convertido en una buena madre judía”». La escena del nacimiento, en la que se da la bienvenida al bebé, es reveladora: incluso la abuela ciega se suma a la familia y sonríe «ante aquel gran milagro... Quería escuchar la voz de la vida, que siempre triunfa». [36] Pero los polacos se acercan ya a la ciudad, están expulsando a los rojos, y los jóvenes cadetes bolcheviques se quedan para proteger la retirada. Cuando se marchan hacia el frente, Vavílova se les incorpora y da la vida por la revolución. Aunque la idea del sacrificio personal por la causa era un tópico de la literatura contemporánea, que una madre dejara atrás a un bebé de diez días resultaba inédito. Grossman logró que el lector

percibiera el conflicto de una manera enteramente novedosa. El relato gozó de un reconocimiento internacional inmediato: en abril, a los pocos días de publicarse, se tradujo al alemán.

Gorki elogió el relato e invitó al autor a su residencia. [37] Sentía un gran respeto por el pueblo judío y el papel que este había interpretado en la historia. Después de haber sido testigo de un pogromo en Nizhni Nóvgorod, en 1887, Gorki consideraba necesario luchar contra el antisemitismo, dando a conocer a los lectores rusos tanto la literatura escrita en yídish como la de los autores judíos de lengua rusa. En su ensayo «Rusia y los judíos» Gorki expresa su admiración por la nación judía y «su fe indomeñable en la victoria del bien sobre el mal y la posibilidad de que haya felicidad en esta tierra». [38] Añade que los judíos han salvado el mundo de la sumisión por medio de su energía y «la búsqueda infatigable de la verdad». Los rusos podían aprender mucho sobre la forma en que los judíos hacían realidad sus objetivos: «En materia tanto de beneficio personal como de servicio a la sociedad, el judío invierte más entusiasmo que el ruso, con su prolijidad; en el análisis último, por muchas tonterías que digan los antisemitas, si no les gustan los judíos es porque son obviamente mejores, más diestros y capaces de lo que ellos mismos son». [39] No fue extraño, por ende, que Gorki respaldara a Bábel, al que ensalzó como «un Gógol soviético», [40] y le dio trabajo como reportero y redactor de plantilla en su periódico *Nóvaia Zhizn* . Cuando, tras la publicación de *La Caballería Roja* , el general Semión Budionny atacó a Bábel en *Pravda* , Gorki defendió al joven escritor (que, a su vez, expresó su gratitud dedicándole a su protector «Historia de mi palomar»). [41] El 5 de mayo Grossman llegó a la casa de Gorki, una céntrica e impresionante mansión diseñada por el eminente arquitecto Fiódor Shéjtel en 1902. Antes de la revolución había pertenecido al millonario Serguéi Riabushinski, que en 1916 había fundado, junto con su hermano Stepán, la primera fábrica de automóviles de Rusia. El gobierno soviético asignó la residencia a Gorki al volver este del extranjero. La cita de los dos escritores fue una cena que se prolongó hasta la medianoche.

> La conversación me ha interesado mucho. Hemos debatido sobre temas eternos: la humanidad, el amor, el progreso, la religión, la felicidad, la ciencia. Algunos de sus comentarios [esto es, de Gorki] me han impresionado por su novedad y originalidad. Le ha parecido bien que yo haya decidido dedicarme por entero a la literatura, estaba muy interesado por el nuevo libro que he empezado a escribir [*Stepán Kolchuguin*] y, con respecto a *Glückauf* y los cuentos que había leído, me ha dicho: «*Glückauf* debería estar más condensada, los relatos [ponen de manifiesto] cuánto has crecido». Luego ha sonreído y ha añadido: «No creo, la verdad, que te hagan falta elogios». Durante la cena me contó varias historias del Volga: de capitanes, marinos, pescadores... ¿Qué puedo decir? Ha sido un encuentro inolvidable, la clase de encuentro que te va a acompañar toda la vida. [42]

Gorki sopesó redactar un prólogo para *Glückauf* , pero no pudo hacerlo. El 11 de mayo falleció su hijo Maks, enfermo de neumonía; el padre, desolado, se vio incapaz de trabajar durante mucho tiempo. [43] Las circunstancias de la muerte de Maks fueron turbias. Había estado bebiendo en compañía del secretario de Gorki, Piotr Kriuchkov, y —quizá de forma deliberada— quedó tendido en el suelo durante una noche gélida. Guénrij Yagoda, que con el tiempo dirigiría el NKVD (Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos, heredero de la OGPU), estaba enamorado de la esposa de Maks, Timosha, y se cree que tramó la muerte de su rival. [44]

Grossman se volvió a ver con Gorki, de manera informal, en la lujosa dacha que este ocupaba cerca de la autopista de Rubliovo-Uspénskoie, en una zona donde abundaban las dachas de los principales funcionarios del gobierno soviético. El escritor proletario vivía en la antigua hacienda de un potentado textil: Savva Morózov. Según Guedda Súrits, Grossman fue a aquella casa de campo en compañía del escritor Konstantín Paustovski. [45] En un cuento posterior, «Una joven y una anciana», describiría las dachas de los máximos funcionarios del gobierno.

El apoyo de Gorki dio un impulso poderoso a la carrera de Grossman: en pocos meses, pasó de ser un autor prácticamente desconocido a una pluma buscada por las revistas literarias y las casas editoriales. En abril Gorki había enviado a la *Gaceta Literaria* la narración de Grossman sobre el viaje a Altái. Además incluyó a Grossman entre los colaboradores de dos proyectos prestigiosos: la colección *Figuras del Segundo Plan Quinquenal* , que editaban

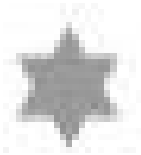
Bujarin y el propio Gorki, y un libro sobre la construcción de la planta siderúrgica de Magnitogorsk.

Grossman gozaba cada vez de más oportunidades. Durante los dos años siguientes publicó dos libros de cuentos: *Felicidad* (1935) y *Cuatro días* (1936), escribió guiones de cine y dio a la imprenta el primer volumen de *Stepán Kolchuguin* . En la primavera de 1934 estaba tan ocupado que rechazó sumarse a su padre en una nueva expedición de verano a Altái. En referencia a su carrera literaria, le escribió: «Las cosas me van muy bien. El único problema, grave y preocupante, es que aquí estoy solo del todo. Los que me sois próximos —mamá, tú, Nadia— estáis a miles de kilómetros. Pero tanto en la prosperidad como en la adversidad, o en esta quizá más aún, hace falta tener cerca a la gente que uno quiere». [46] Grossman estaba ahora en condiciones de ayudar económicamente a su padre y también le envió algo de dinero a Galia, que pasaba apuros. Nadia le escribía con frecuencia. Se había casado en el exilio, noticia que Grossman recibió con alegría. «¿Por qué crees que la noticia me va a desagradar? —le preguntó a su padre—. Yo sabía que ella se sentía muy sola y, por lo tanto, deseaba que pudiera encontrar alguna solución.» [47]

Aunque Grossman tenía amigos entre los escritores, siguió lamentándose de su soledad: «Estoy solo en una ciudad de 3,5 millones de personas», se quejaba aquel año. Al menos pudo ver a su padre, que visitó Moscú por breve tiempo. A los sesenta y cuatro años, Semión Osipóvich seguía inspeccionando minas de carbón, por entonces en Prokópievsk, una ciudad minera del Kuzbás (la cuenca de Kuznetsk), en la Siberia occidental, en pleno territorio del Gulag. [48] Grossman le aconsejó que solicitara un empleo en el Consejo Central de los Sindicatos, o como ingeniero en alguna fábrica moscovita. La madrastra del escritor, que era médica, podía ofrecerle trabajo en una clínica de la capital.

Grossman también contemplaba la posibilidad de llevar a su hija a Moscú, donde irían juntos al zoo y hablarían de qué animal era más grande: un elefante o un hipopótamo. En mayo fue a Berdíchev, a ver a su madre y su hija. Katia recuerda la visita de su padre: «Un día, toda la casa cobró vida de repente: “¡Ha venido papá! ¡Papá!”. Me cogió y me levantó por los aires. Luego recuerdo estar sentada

en la habitación de la abuela, en su cama. Y a mi padre —joven y alegre—, sentado delante de mí, en un sillón bajo, cubierto con un tapete. Me recita los poemas infantiles de Kornéi Chukovski, en voz alta, rápida, enérgica. Y me encanta que lo haga, aunque el torrente de palabras es tan intenso que estoy un poco abrumada». [49]



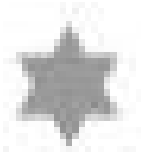
Cuando Grossman insistía tanto en su soledad, su padre acertó al interpretar que su hijo deseaba el matrimonio. Como estrella literaria emergente, la suya era una compañía buscada, pero la mayoría de sus amigos eran hombres. Poco antes se había unido a una asociación literaria informal, la Konotop, que incluía a numerosos autores, editores y críticos literarios bastante conocidos: entre ellos, Konstantín Paustovski, Arkadi Gaidar, Aleksandr Roskin, Vasili Bóbryshev, Andréi Platónov y Semión Guejt. [50] Las reuniones se celebraban en el céntrico apartamento de un escritor de obras infantiles, Ruvim Fraiermán, cuya esposa, Valentina, servía la clase de tortitas que antaño habían dado fama a la ciudad de Konotop. [51] Entre los miembros habituales de estas veladas en el apartamento de Fraiermán, algunos acabaron siendo buenos amigos de Grossman durante muchos años: Bóbryshev, Guejt, Platónov, Roskin y el propio Fraiermán.

También trabó amistad con escritores del grupo literario Pereval, desmantelado en 1932. Entre sus miembros figuraban Katáiev y Zarudin, los responsables de la publicación de «En la ciudad de Berdíchev». Grossman se sintió especialmente próximo a Borís Gúber, un poeta y narrador de familia alemana. El abuelo de Gúber, Eduard, amigo de Aleksandr Pushkin, había sido el primero en traducir al ruso el *Fausto* de Goethe. Pereval se había fundado en 1923 por iniciativa de Aleksandr Voronski, una figura de la crítica y el marxismo, y primer director de *Krásnaia Nov* . Este grupo, políticamente inocuo, estaba integrado por más de cincuenta escritores partidarios de reflejar la ideología socialista en las obras artísticas y literarias; su estética fue predecesora del realismo

socialista. [52] Sin embargo, en 1930 se acusó a Pereval de rendir más culto al artista que al partido. [53] Aunque sus miembros eran leales al estado Soviético, muchos —incluido Voronski, que había pertenecido a la Oposición de Izquierda, que encabezaba Trotski— fueron eliminados durante la Gran Purga. En 1937 el NKVD se refería a Pereval como «base organizativa del trotskismo». [54]

Los miembros de Pereval estuvieron bajo vigilancia desde 1931: uno de los escritores que participaban en las reuniones, Piotr Pavlenko, actuaba como informador de la policía secreta. Según las denuncias de este, Gúber, Katáiev y Voronski se mostraban críticos con las medidas agrícolas de Stalin y la incautación de alimentos. En 1931 Gúber habló sobre las causas humanas de la hambruna de la que había sido testigo, en Kazajistán. (Entre 1929 y 1933, cerca de 1,5 millones de personas de etnia kazaja murieron de hambre después de que las autoridades les confiscaran el ganado y bloquearan las rutas de su nomadismo.) [55] Katáiev se lamentó de que la incautación de cereales en la región del Volga dejara sin los mínimos recursos de subsistencia a los campesinos de las granjas colectivas. Por su parte Voronski, más directo que otros, «hizo referencia a la dictadura de Stalin y el fracaso de la revolución». [56] Al ingresar en este círculo, Grossman empezó a figurar también entre los autores políticamente sospechosos. En 1934 —un punto de inflexión en la historia soviética— su nombre comenzó a aparecer en las notas que el delator pasaba al NKVD. Aquel año, después de que Serguéi Kírov muriera asesinado el 1 de diciembre, Stalin puso en marcha los preparativos de la Gran Purga. Kírov dirigía la organización del partido en Leningrado y a su asesinato —el único del que se tiene constancia entre los miembros del Politburó soviético— se respondió con una venganza de una escala inimaginable. [57] Stalin, de hecho, lo usó como pretexto para erradicar cualquier oposición, incluso la meramente potencial. Así, entre febrero y marzo de 1935, más de once mil «vestigios de la burguesía derrotada» fueron deportados de Leningrado al norte de Rusia. Durante los meses posteriores, se purgó las ciudades «de criminales y elementos empobrecidos». El NKVD compiló listas de

sospechosos políticos, incluidos cuantos participaban en «conversaciones contrarrevolucionarias». [58]



En el verano de 1934, Grossman viajó con una brigada de escritores hasta Magnitogorsk, en los Urales, para colaborar en la redacción de una historia sobre la mayor planta de producción de hierro y acero del país. «Este proyecto es de lo más interesante. Estudiar la construcción del gigantesco Primer Plan Quinquenal supone ... comprender la esencia misma de la época». [59] Pero a finales del mes de julio, después de recorrer la planta y hablar con los obreros, se mostraba menos entusiasta con el proyecto. «La planta en sí resulta sumamente impresionante: no me podía imaginar unos altos hornos tan colosales, ¡producen 1.500 toneladas de lingotes de hierro al día! Es como una especie de Vesubio. He conocido a muchas personas interesantes, inolvidables incluso: héroes de la construcción. Pero en conjunto mi impresión es compleja y dispar, porque abundan las contradicciones, a menudo espantosas. Las condiciones de vida [de los trabajadores] son muy duras.» [60] Grossman no podía pasar por alto que la brigada de los escritores, de la que se esperaba que compusiera un volumen glorioso sobre los logros industriales de la nación, se alojaba en apartamentos incomparablemente mejores que los de los obreros, y recibía atenciones y comía «como los zares». [61]

Así pues, Grossman declinó participar en la historia de la Magnitka. Sin embargo accedió a colaborar en un libro sobre cómo se estaban viviendo el Primer y el Segundo Plan Quinquenal. En esta ocasión trabajaría con coautores en los que confiaba: Katáiev y Zarudin. Pensaban escribir sobre los trabajadores de la fábrica de automóviles más antigua del país, la fundada por los hermanos Riabushinski —rebautizada, en aquel momento, en honor de Stalin —. Era un contrato lucrativo, que prometía 4.000 rublos por un centenar de páginas de prosa; además, la investigación práctica se acompañaba de un estipendio mensual de 600 rublos. A partir de

noviembre Grossman, Katáiev y Zarudin se incorporaron a una pequeña línea de montaje de motores. «Estoy trabajando en la fábrica ... Es fascinante: tanto la gente como lo que hacen.» [62] Al principio, los escritores residían en el mismo asentamiento que los trabajadores, una colonia próxima a la planta, en la que compartían una única sala. [63] Pero Grossman descubrió que solo era capaz de escribir en soledad, con lo que optó por alquilar una habitación propia en la calle de Begovaia.

Después de esta fase inicial de éxito, Grossman se topó con los «primeros obstáculos» de su carrera literaria. En septiembre los censores de Glavlit, en los que recaía la decisión última de autorizar una publicación, eliminaron los cuentos de Grossman de un número —ya en pruebas— de la revista literaria *Tridtsat Dnéi* («Treinta días»). Los relatos no pasaron el filtro ideológico. [64] Grossman no se arredró; razonó que el camino «no [sería] fácil» y que le aguardaban obstáculos aún mayores. [65] La escritura era una vocación y el simple hecho de poder aspirar a hacerla realidad le hacía feliz.

Grossman, con su gran capacidad de trabajo, era capaz de gestionar varios proyectos literarios de forma simultánea. La primera parte de su novela *Stepán Kolchuguin* , que envió en verano al almanaque dirigido por Gorki, describe la vida de una ciudad minera a través de los ojos de un niño huérfano, Stepán, cuyo padre ha fallecido en una explosión. La novela, que se convertiría en un superventas de la literatura soviética, convenció a los editores del almanaque pero no al propio Gorki, cuya respuesta fue «agria, por no decir más». La noticia «no complació» al escritor, que sin embargo no le dio mayor importancia, al pensar que resulta «imposible gustarle a todo el mundo»; él no era ningún rubio simpático, apuesto y de ojos azules. [66] Por entonces Grossman ya conocía a Olga Gúber, la esposa de su amigo, que era precisamente esa clase de rubia atractiva y agradable. Pero en el otoño de 1934, cuando escribía estas palabras, estaba tan ocupado en la fábrica que «no [tenía] tiempo de pensar en la vida personal». [67] La relación amorosa de los dos no surgió hasta el año siguiente.

Se había hecho habitual que el nombre de Grossman apareciera en los periódicos y las revistas. Todas las grandes cabeceras reseñaron *Glückauf* ; un extenso artículo de la *Gaceta Literaria* la ensalzaba y atacaba a partes iguales. Entre tanto, Grossman escribía un guion derivado de la novela. En 1935 viajó al Dombás para refrescar sus impresiones personales y visitó Kádievka, un centro minero y «auténtica ciudad socialista». [68] Kádievka no tardaría en cobrar fama en toda la Unión Soviética, e internacionalmente, por el récord de productividad establecido el 31 de agosto de aquel año por Alekséi Stajánov, un trabajador local que era operador de un martillo neumático. Durante su turno Stajánov extrajo 102 toneladas de carbón, lo que multiplicaba su cuota por catorce. Pocos contemporáneos, no obstante, llegaron a saber que el récord respondía a la meticulosa planificación de funcionarios locales del partido y los gestores de la mina. Stajánov contó con dos asistentes (cuya presencia se ocultó) y con las mejores herramientas; además le asignaron la galería más fácil. Los funcionarios, por su parte, se ocuparon de que el trabajo pudiera desarrollarse sin el más mínimo impedimento. A todo ello asistió el editor del periódico local, para dejar constancia de la hazaña.

En septiembre, en unas condiciones similares, Stajánov consiguió duplicar la cifra anterior. Durante el proceso de industrialización estalinista, esta productividad falsa se utilizó como instrumento propagandístico. El partido se apresuró a lanzar el movimiento estajanovista, que instaba a incrementar la producción en todas las ramas de la industria por medio de una dedicación extraordinaria; la gente debía trabajar más por el mismo sueldo. En diciembre, el retrato de Stajánov fue portada de la revista estadounidense *Time* : en los años de la Depresión, la noticia sin duda impresionaba. Stajánov fue galardonado con dos órdenes de Lenin y se integró en la *nomenklatura* soviética. Lo trasladaron a Moscú y le dieron un alojamiento a escasa distancia del Kremlin, en la famosa Casa del Gobierno (o del Malecón). Pero al fallecer Stalin lo devolvieron al Dombás, donde Stajánov murió alcoholizado. [69]

Los objetivos que el partido fijaba en los Planes Quinquenales solo podían hacerse realidad con aquellas inversiones de trabajo extraordinarias. Se decía que los estajanovistas excedían la norma

en un 1.000 %. [70] Fueron «hazañas» glorificadas en novelas y películas como *El petrolero Derbent* , de Yuri Krýmov, y *Los mineros* , de Serguéi Yutkévich. En *Glückauf* , Grossman describe a los mineros del carbón como una muchedumbre gris e indiferente, de rostros «austeros y apáticos»; nada que ver con las exuberantes multitudes estajanovistas de las fotografías contemporáneas. [71] Su película, de hecho, no se terminó, porque en 1936 el estudio soviético-alemán Mezhrabpomfilm, que estaba produciendo el largometraje, entró en período de liquidación. De haberse completado la obra de Grossman se habría unido a la de Andréi Platónov, porque el estudio lo había contratado para revisar el guion. Grossman no viajó al Dombás para la filmación. [72]

En 1935 se hizo oficial la relación de Grossman con Olga Mijáilovna Gúber, o «Liusia», según la llamaba él. En verano, con dinero del guion cinematográfico, Grossman alquiló una dacha en Vnúkovo, cerca de Moscú, y pasó allí algunos meses con Olga y sus dos hijos, Fedia y Misha. [73] En octubre, Olga dejó a su marido y los niños (que contaban cuatro y nueve años) y la cómoda residencia familiar de la avenida de Spasopeskovski, en el prestigioso barrio de Arbat. Al principio la pareja se alojó con Yevguenia, una hermana de Olga que vivía en el mismo barrio de Arbat, lo que hacía más fácil visitar a los niños. Pero dada la escasa oferta residencial de Moscú, Grossman no pudo contar con un espacio propio hasta 1937, cuando pasó a disponer de dos dormitorios de un apartamento comunitario cercano al conservatorio musical de la calle Gertsen (o Herzen; actualmente en la avenida de Briúsov n.° 2). Hasta ese momento, Grossman y Olga vivieron en la casa de unos u otros parientes, donde el escritor continuó con su labor literaria, a pesar de las distracciones.

En sus relaciones con mujeres, Grossman, como Bábel, tendió a buscar parejas no judías. [74] Como Galia, su primera esposa, Olga era ucraniana. Se había casado con Borís Gúber en una iglesia ortodoxa, mediada la década de 1920. Según Yelena Kozhíchkina, su abuela Olga modificó la fecha de nacimiento real para aparentar la misma edad que Gúber, que había nacido en 1903. En realidad era cinco años mayor que su primer marido y tenía siete años más

que Grossman. Gúber estaba enamorado de su esposa, y orgulloso de su belleza; él mismo gustaba de aplicarle maquillaje en sus largas pestañas, que comparaba con mariposas. Sin embargo, no le había sido fiel: tuvo algunas aventuras extramatrimoniales. Aun así acusó como un golpe deprimente que ella se marchara con Grossman.

Olga no había estudiado en la universidad ni se interesaba por la literatura; no obstante pasaba a máquina la poesía y la prosa de Gúber y más adelante lo haría también con la de Grossman. Era una mujer independiente y resuelta, que disfrutaba con las armas de fuego y cazando patos. Había crecido en una finca de sus padres, cerca de Sochi, junto al mar Negro. Su padre, Mijaíl Nikoláievich Sochevets, era un agrónomo licenciado por la academia moscovita de Petrovo-Razumóvskaia. Poseía una finca no muy extensa, con un huerto de frutales, una viña y ganado. Allí, los siete hijos de los Sochevets crecieron en un entorno encantador, entre las montañas y el mar. En 1928, cuando se inició la campaña contra los kulaks, Sochevets repartió la propiedad para evitar que su familia lo perdiera todo. Su hijo Nikolái, de veintiún años, heredó la mitad de las tierras y el ganado. Aun así, los Sochevets figuraron en la lista de los kulaks y, en el invierno de 1930, la familia (con la excepción de las tres hijas mayores: María, Olga y Yevguenia, que ya no vivían con ellos) fue deportada a los Urales a bordo de un vagón de carga sin calefacción. El viaje duró todo un mes; muchos compañeros perdieron la vida por el camino, pero la familia sobrevivió a aquella experiencia. No así al exilio, que se prolongó durante diecisiete años. Solo Nikolái pudo regresar a la Rusia europea, ya en 1947; hasta entonces, tener cierta formación universitaria —estudios de Economía, que no pudo completar— le ayudó a encontrar trabajo como contable cerca de Sverdlovsk. En 1947 se le permitió instalarse en Moscú, donde se alojó con su hermana mayor, María. [75] Nikolái se convirtió en un buen amigo de Grossman, además de fuente de información para su novela *Todo fluye* .

Aunque el régimen destruyó a su familia, Olga no dejó de ser apolítica. Lo que más le interesaba era la mineralogía y la fabricación de joyas. Era una coleccionista apasionada de piedras semipreciosas, que disfrutaba viajando con regularidad a la colonia

de escritores de Koktebel para recoger cornalina y otras gemas en las playas de Crimea. Olga quería más su colección de piedras que a las personas de su entorno —afirma su nieta—, un rasgo que la diferenciaba radicalmente de Grossman. De hecho, eran contrarios. A ella le enamoraban las cosas: las joyas, la ropa, los muebles, las vajillas, las pinturas. «Era dura, despótica, de una obstinación inflexible ... Era difícil tocarle el corazón.» [76] Los hijos quedaron traumatizados por el abandono de su madre y los casi dos años de separación. Cuando Olga los visitaba, el pequeño Fedia solía aferrársele a las piernas, sollozando y gritándole que no se marchara. Misha, que era cinco años mayor, se lo tomaba con más estoicismo.

Olga y Gúber se divorciaron oficialmente el 25 de mayo de 1936; tres días más tarde, Grossman y Olga inscribieron su matrimonio en el registro. [77] Tanto la familia de Olga como sus amigos se enojaron con ella por la decisión de abandonar a marido e hijos. A la madre de Grossman le costó mucho comprender que Olga pudiera dejar a los hijos. En noviembre le escribió a Semión Osipóvich: «Me mata de pena lo que le ha hecho a Gúber y los niños ... ¿Su sentimiento es de verdad tan serio y tan profundo?». A Yekaterina Savélievna también le disgustó que su hijo hubiera hecho pedazos el matrimonio de un amigo. [78]

Grossman también se sentía incómodo con la situación. Visitó a Gúber para hacer las paces con su amigo y le insistió en que aceptara dinero para la crianza de los hijos. En una carta de noviembre, Grossman escribió a su padre sobre el futuro con Olga, en un tono de moderado optimismo: «Y ahora sobre la familia. Parece que la situación ha mejorado un poco. Borís Andréievich [Gúber] sigue en el apartamento del Arbat, su vida ha vuelto a la normalidad (relativamente, claro está); trabaja mucho; le he visto dos veces y hemos hablado de todo como amigos. Olga Mijáilovna y yo convivimos muy bien, con armonía. Y no sé, quizá haya sido una mala decisión, pero nuestra vida en común me hace sentir cada vez más feliz». [79]

5

Un mundo infeliz

> En aquellos días terribles, el asesinato se convirtió en un deber.
>
> ALEKSANDR GERTSEN (HERZEN), *Desde la otra orilla*

> Célebres o anónimas, modestas e insignificantes, aquellas personas eran inocentes.
>
> VASILI GROSSMAN , *Vida y destino*

Después de matar de hambre y esclavizar a los campesinos, Stalin se dispuso a someter al conjunto de la población de la URSS, y para ello trató como a enemigos a varios millones de personas de su propio país. Durante los tres grandes juicios amañados que tuvieron lugar en Moscú entre 1936 y 1938 aniquiló a toda la generación revolucionaria de los Viejos Bolcheviques. La purga de las fuerzas armadas que Stalin organizó secretamente en 1937 privó al Ejército Rojo de sus principales comandantes. Durante las purgas también perdieron la vida los mejores y más brillantes escritores, artistas y científicos del país. En *Vida y destino* , Víktor Shtrum se lamenta por las «decenas de familias desaparecidas que nunca habían vuelto», como la del genetista Nikolái Vavílov, los escritores Mandelshtam, Bábel y Pilniak o el director teatral Vsévolod Meyerhold. [1] Vavílov

había creado el primer banco internacional de semillas de plantas alimenticias, con el que aspiraba a terminar con el hambre en el mundo. Fue denunciado y detenido en 1940, y murió en la cárcel, de inanición; Grossman recuerda estos hechos en *Todo fluye* .

La comunidad de los escritores padeció con severidad: de los dos millares de autores arrestados durante las purgas tan solo unos quinientos regresaron de las cárceles y los campos de trabajo. [2] Según había ironizado Mandelshtam: «La poesía solo se respeta de verdad en este país. La gente muere por ella. En ningún otro lugar muere tanta gente por ella». [3] Shalámov recordaba que, en la década de 1930, te podían condenar a muerte por el simple hecho de poseer un número de *Novy Mir* con la novela prohibida de Pilniak, *Historia de la luna inextinguible* . [4] Pilniak figuraba entre las personalidades literarias que habían dado la bienvenida a «En la ciudad de Berdíchev». Cuando fue detenido, en 1937, la policía prendió fuego a sus papeles en el patio de su dacha de Peredélkino, en la colonia de los escritores. La prosa de Pilniak se tradujo en muchos países, incluidos Estados Unidos y Japón; viajó mucho y trabó amistad con los norteamericanos Theodore Dreiser y Sinclair Lewis. Ni la fama ni sus lazos de amistad con otros autores que admiraban la Unión Soviética de Stalin, como Bernard Shaw y H. G. Wells, le salvaron de un destino horrible. Las cartas que le habían enviado a Pilniak todos ellos, así como Romain Rolland, Stefan Zweig y grandes escritores rusos —como Ajmátova, Bulgákov, Pasternak, Platónov, Serguéi Yesenin y Yevgueni Zamiatin— fueron pasto del fuego, y la hoguera en la que ardieron junto con los manuscritos de Pilniak se mantuvo encendida durante dos días. [5] En abril de 1938, en un «juicio» que duró quince minutos, Pilniak fue condenado a la pena capital.

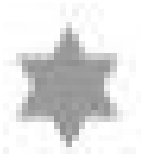
Durante la era de Stalin los escritores genuinos, en su gran mayoría, se vieron obligados a escribir para el cajón. Pasternak se centró en la traducción literaria. Bábel, en sus propias palabras, pasó a practicar «el arte del silencio». Pero hasta el silencio podía ser considerado delictivo. Aunque Bábel no podía publicar lo que escribía, trabajaba de forma productiva; y esto, desde el punto de vista del estado, era punible. Cuando en el interrogatorio de la Lubianka se le instó a que explicara «la verdadera razón» de su

arresto, el escritor contestó: «Durante los años más recientes no he publicado ninguna gran obra, y habría quien tenga esto por un sabotaje y falta de voluntad de escribir en las condiciones de la vida soviética». [6] (Los interrogadores de la Lubianka obligaban a los detenidos a acusarse a sí mismos y les exigían que formularan las causas de su propia detención. Según cuenta Solzhenitsyn en *Archipiélago Gulag* , a menudo esta era la primera pregunta.)

Tras la detención de Bábel, ni siquiera su familia pudo saber qué le ocurrió. Como escribió su hija Nathalie: «Desapareció. Ni una huella, ni una palabra. Se desvaneció. Registraron su apartamento y confiscaron hasta el más mínimo recorte de papel: su correspondencia, sus borradores, manuscritos, todo. Nunca se ha recuperado nada. Borraron oficialmente su nombre y sus obras, como si no hubiera existido nunca». [7] Nadie sabe cuántas obras artísticas se perdieron en los hornos de la Lubianka. La novela de Bábel sobre la Cheká, que se le confiscó el día de la detención, el 15 de mayo de 1939, no se ha encontrado. También se destruyeron las otras veinticuatro carpetas de manuscritos confiscados. La desaparición de escritores durante las purgas —el hecho de que se desvanecieran sin más: Pilniak, Mandelshtam, Bábel y toda referencia a sus nombres— sembró el terror en los demás.

La correspondencia de Grossman entre 1936 y 1939 no se ha conservado, salvo unas pocas cartas menores. En aquella época, archivar documentos solía dar miedo. En 1936 la vida de nuestro escritor transcurrió sin incidentes, lo que podía tenerse por una bendición, en aquel contexto. En noviembre terminó el primer volumen de *Stepán Kolchuguin* , una novela histórica bien escrita que gozó de especial popularidad. Aquel mismo mes, su colección de relatos *Cuatro días* se reseñó en *Pravda* . El comentario no era ni «francamente negativo» ni positivo en extremo; lo importante fue que su carrera recibió respaldo oficial. [8] Los artículos de *Pravda* se leían con nerviosismo porque definían carreras y destinos. Unos meses antes el periódico había atacado una ópera de Shostakóvich, *Lady Macbeth* , y su ballet *El arroyo cristalino* (este último, en una crítica titulada «Notas falsas en el ballet»). Un artículo de título similar, «Brillo superficial y contenido falso», condenó el *Molière* de Bulgákov después de que se hubiera representado con gran éxito.

La vieja casa de dos plantas de la calle Gertsen, donde Grossman se trasladó con su familia en 1937, quedaba delante del conservatorio de música. El escritor pasó ahí un decenio en el que creó *Stepán Kolchuguin* , cuentos, una obra de teatro y parte de la novela sobre Stalingrado: *Por una causa justa* . [9] Se trataba de un apartamento espacioso, en un edificio de paredes gruesas, que había pertenecido a un comerciante; después de la revolución pasó a ser propiedad comunitaria y varias familias compartían una sola cocina. Grossman y Olga ocupaban dos dormitorios con los pequeños, la niñera Natalia Darénskaia y una institutriz alemana, Jenny Guenríjovna Guenrijson. En *Vida y destino* , Grossman usa el mismo nombre y profesión de esta última: «Jenny Guenríjovna Guenrijson, que hacía mucho tiempo había trabajado como institutriz en casa de los Sháposhnikov ... era una criatura tímida, dócil y servicial». También describe el alojamiento común, cuyas habitaciones «estaba[n] dividida[s] con ayuda de biombos, cortinas, alfombras, respaldos de sofás en rincones y esquinas, donde se dormía, comía, recibía a invitados». [10] El apartamento estaba abarrotado, pero fue el primer auténtico hogar de Grossman en Moscú. Ahí, en el terrible verano de 1937, previó la detención tanto de él mismo como de Olga; desde allí, en el verano de 1941, se marchó al frente.



En junio de 1936 *Pravda* publicó los boletines de salud de Gorki, uno de los pocos escritores soviéticos que, siendo figuras públicas, falleció por causas naturales. Aunque hacía varios años que estaba aquejado de tuberculosis complicada con una bronconeumonía, su muerte, el 18 de junio, generó toda clase de conjeturas. En 1938, durante el juicio público a Bujarin, se acusó a Yagoda —ex jefe del NKVD— y Kriuchkov —secretario de Gorki— de haber asesinado al escritor en colaboración con los médicos que lo trataban. En los tiempos de Jruschov se rehabilitó a los médicos, pero no así a Yagoda y Kriuchkov; al parecer el partido seguía creyendo en la

versión de Stalin. Al dictador le habría convenido acelerar el deceso de Gorki porque, en los últimos meses de vida del escritor, él estaba preparando el juicio de Lev Kámenev y Grigori Zinóviev. Estos dos Viejos Bolcheviques habían formado parte del primer Politburó de Lenin, y Kámenev estaba casado con Olga, hermana de Trotski. Como Gorki era amigo de Kámenev, es posible que le hubiera defendido de haber sabido que, antes del juicio, se había iniciado una campaña de prensa para difamar su reputación. Pero no llegó a saberlo: cuando *Pravda* se lanzó en contra de ellos, se imprimieron números falsos del periódico para la lectura exclusiva de Gorki. [11]

Desde 1933, cuando regresó de Italia para quedarse definitivamente, Gorki había vivido bajo vigilancia. El secretario, Kriuchkov —reclutado por Yagoda en la OGPU— formaba parte del equipo de vigilancia. El gobierno proporcionaba a Gorki varias residencias y una asignación económica generosa. Así, además de la gran mansión moscovita de Riabushinski y una dacha que había pertenecido a Savva Morózov, le asignaron una residencia en Crimea ... cuyos trabajadores eran agentes de la policía secreta.

Al morir Gorki, Kornéi Chukovski escribió en su diario que la noticia lo apenaba. «Muy a menudo le malinterpreté. Era un hombre lleno de contradicciones.» [12] El comentario lo habría podido suscribir Grossman. En *Todo fluye* acusó a Gorki de ser cómplice del régimen y haber guardado silencio durante la hambruna de Ucrania: «Por la mañana, los carros de plataforma, tirados por caballos, recogían a los que habían muerto durante la noche. Vi uno de esos carros donde estaban amontonados los niños ... ¿Es posible que Maksim Gorki no estuviese al corriente de aquellos niños que los caballos de tiro llevaban a descargar? O tal vez lo sabía y también se callaba, como hacían todos». [13] Gorki no solo hizo una apología del régimen, sino que lo manipularon para que respaldara el Gulag y su colosal sistema de obras. El canal del mar Blanco (o Bielomor) empleó aproximadamente a 170.000 presos del Gulag, de los que como mínimo, según algunas fuentes, 25.000 perdieron la vida. [14] Provistos de unas herramientas primitivas, los reclusos tuvieron que excavar 227 kilómetros de canal y construir cinco represas y diecinueve esclusas. Sin embargo en 1934 Gorki editó un libro sobre la construcción del Bielomor en el que ensalzaba

al OGPU por saber reformar a los presos: «Habéis logrado algo grande, ¡muy grande!». [15]

En todo el país se ondearon banderas en condolencia por la muerte del escritor. En la capilla ardiente —instalada en la Casa de los Sindicatos— varios escritores actuaron como guardias de honor, en particular Alekséi Tolstói, que emergía como sustituto de Gorki en las preferencias del régimen. Entre ellos estuvo también Platónov, que se convertiría en amigo de Grossman; pero Stalin lo despreciaba y lo consideraba «escoria». Grossman, que aún no había ingresado en el sindicato de escritores, quizá se fundiera con la multitud. Stalin y Mólotov ayudaron en persona a transportar las cenizas de Gorki hasta un nicho de la Muralla del Kremlin, un honor reservado a muy pocos. En cabeza de la procesión, a escasos pasos por delante de Stalin, iba Tolstói. (El conde Alekséi Tolstói, tocayo de un predecesor más ilustre, era un autor de talento pero carente de principios. En 1923 regresó a la Rusia soviética con un grupo de emigrantes que habían huido de la revolución. Sus novelas históricas, como *Pedro I* u *Ordalía* , se concibieron para justificar represiones y halagar a Stalin. En 1937 fue elegido miembro del Sóviet Supremo y por lo tanto llegó a compartir también de hecho la responsabilidad por los crímenes del régimen.)

En agosto de 1936, algunas semanas después de morir Gorki, se dio comienzo —en la misma Casa de los Sindicatos— al primero de los tres grandes juicios amañados. *Pravda* informó a diario sobre el desarrollo del «juicio de los Dieciséis» contra el «Centro Unido Trotskista-Zinovieviano», cuyos acusados principales eran Kámenev y Zinóviev. Stalin no quiso dejar nada al azar y al fiscal general Andréi Vyshinski le dictó en persona el texto de las acusaciones. [16] Stalin también editó los veredictos e indicó a Lázar Kaganóvich, del Politburó, que eliminara expresiones superfluas como «la sentencia es definitiva e inapelable». [17] Se acusaba a los incriminados de formar parte de una conspiración dirigida por Trotski que habría asesinado a Serguéi Kírov, se habría aliado en secreto con la Gestapo y planearía eliminar a diversos líderes soviéticos, incluido el propio Stalin. Los 350 espectadores del juicio —en su mayoría, empleados del NKVD y diplomáticos y periodistas extranjeros— fueron testigos de un espectáculo en el que los acusados admitieron

sus «crímenes» con resignación. Eran hombres destrozados; durante los preparativos del juicio Stalin exigió redoblar la presión hasta forzar las confesiones. Aquellos destacados políticos soviéticos, que habían sido los socios más íntimos de Lenin, habían caído en desgracia. Tras admitir que se habían conjurado contra el estado Soviético, borraron su propio legado e hicieron inevitable su propia eliminación material.

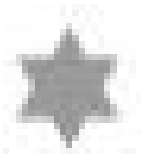
El director de *Pravda* , Lev Mejlis, analizó con Stalin cuál sería la mejor forma de dar publicidad al juicio. El periódico llenó sus páginas de artículos sanguinarios y cartas colectivas que exigían la ejecución de unos acusados descritos en términos inhumanos: «El país denuncia a unos asesinos execrables», «¡Muerte a los asesinos de Kírov!», «Las ciento una noches de los espías de Trotski y la Gestapo». En el editorial del 23 de agosto se decía: «¡Hay que fusilar a esos perros rabiosos!». Se pidió a los colectivos de trabajadores, así como a numerosos artistas, científicos y escritores, que enviaran peticiones en apoyo de la pena de muerte. Entre los escritores cuyas firmas se solicitaron, solo Pasternak se negó a sumarse; y aun así, su nombre apareció en el *Pravda* del 21 de agosto, bajo una carta abierta de muchos escritores titulada: «¡Bórrenlos de la faz de la Tierra!». Lo habían añadido los funcionarios de la Unión de Escritores, que necesitaban su reputación intachable para reforzar la credibilidad de la campaña. El 24 de agosto, cinco días después de que empezara el juicio, *Pravda* salió con el siguiente titular: «El Colegio Militar del Tribunal Supremo de la URSS ha expresado la voluntad popular de nuestra patria: CONDENA DE FUSILAMIENTO PARA LOS VILES ASESINOS TROTSKISTAS-ZINOVIEVITAS QUE SE HAN VENDIDO A LOS FASCISTAS ». En *Vida y destino* , los bolcheviques caídos en desgracia se hallan en la Casa de los Sindicatos escuchando cómo la «voz inhumana y estridente» del fiscal Vyshinski los acusa de haberse conjurado para acabar con la Unión Soviética. Al recordarlo, el protagonista de la novela, Krýmov, piensa lo que quizá Grossman pensara en aquel momento: «¿Por qué confesaron? ¿Y por qué sigo callando?». [18] La campaña de Stalin contra los enemigos del pueblo y la histeria de las denuncias tuvieron un potente efecto desmoralizador.

Stalin, no obstante, estaba descontento con el ritmo y la magnitud de la represión. En septiembre de 1936, con un telegrama para el Politburó, exigió que Yagoda, el comisario de Asuntos Internos, dejara el sitio a Nikolái Yezhov: «Consideramos de todo punto esencial nombrar al com. Yezhov comisario del pueblo de Asuntos Internos. Es evidente que Yagoda se ha mostrado incapaz de desenmascarar a tiempo al bloque trotskista-zinovievita. La OGPU está cumpliendo esta labor con cuatro años de retraso». [19] Yezhov, un *apparatchik* fanático e implacable, había medrado con celeridad, pasando de un puesto de obrero en la fábrica prerrevolucionaria de Putílov en San Petersburgo a posiciones de influencia en el partido. Stalin lo situó en cabeza del Departamento de Personal del Comité Central. Allí presidió una comisión para purgar el partido, se esforzó por afianzar la lealtad de los empleados de la OGPU (NKVD, a partir de 1934) y, en las fechas más próximas, ayudó a Stalin a preparar el juicio de Kámenev y Zinóviev.

Desde la jefatura del NKVD, que ocupó desde abril de 1938, Yezhov dirigió la Gran Purga: una serie de operaciones de eliminación de todos aquellos que el liderazgo estalinista consideraba amenazas potenciales. El 30 de julio de 1939 el NKVD propuso la Orden n.° 00447 contra los «elementos antisoviéticos»: los antiguos kulaks que habían cumplido con su período de encarcelamiento, los oficiales zaristas supervivientes y casos similares. El Politburó dio su aprobación al día siguiente y el 5 de agosto empezó en toda la URSS una operación a gran escala. El NKVD recibió 75 millones de rublos de las reservas para financiar «gastos operativos» tales como el transporte de presos. A ello se añadieron otros 10 millones de rublos para que el NKVD del Gulag soviético organizara campos. [20] Se asignaron cuotas de arrestos y ejecuciones para cada región y república; las autoridades locales podían solicitar cuotas adicionales. Con el apoyo directo de Moscú, el plan inicial se vio más que superado por las cifras finales de la masacre. Entre el verano de 1937 y noviembre de 1938 se detuvo a cerca de 1,6 millones de personas y se ejecutó a unas 700.000. [21] Esto no incluye la elevada cantidad de desconocidos que murieron en las cámaras de tortura del NKVD ni los miles y miles de personas

que perdieron la vida en el Gulag por inanición y exceso de trabajo. [22]

Yezhov también dirigió la purga del Ejército Rojo. A diferencia de los «enemigos del pueblo» que, por ser civiles, tuvieron juicios públicos, el destino de la cúpula militar del país lo decidieron, con el mayor de los secretismos, Stalin, Yezhov y el mariscal Voroshílov. El 11 de junio de 1937, *Pravda* anunció que se acusaba a ocho comandantes del Ejército Rojo de traición y espionaje para la Alemania fascista. El 12 de junio, cuando los periódicos empezaron a pedir que se condenara a muerte a todos esos generales, en realidad ya se los había ejecutado. El mariscal Mijaíl Tujachevski, al que se atribuía la modernización del Ejército Rojo; los comandantes Iona Yakir, Ieronim Uborévich y Avgust Kork; y los comandantes de cuerpo Eideman, Putna, Feldman y Primakov quedaron incluidos en la causa contra la «Organización Militar Trotskista Antisoviética». A los pocos días de la ejecución se había detenido a 980 oficiales destacados. [23] Las purgas militares continuaron durante los años siguientes, en forma de oleadas. En vísperas de la segunda guerra mundial Stalin había acabado con toda la cúpula militar del país: había purgado a entre 30.000 y 40.000 de los oficiales principales y casi todo el Estado Mayor General. [24] En 1941 Grossman fue testigo, en el frente, de las consecuencias trágicas de las purgas militares de Stalin. La responsabilidad del dictador en las pérdidas devastadoras que la Unión Soviética sufrió durante la segunda guerra mundial es uno de los temas principales de *Vida y destino* .



En junio de 1937 se detuvo a varios amigos de Grossman: los escritores Gúber, Katáiev y Zarudin. La vida del propio Grossman corría peligro: él mismo podía haber sido hallado culpable por asociación, como le sucedió en aquellos años a tantos miles de personas. En *Vida y destino* describe el Moscú de aquel verano —período culminante de las purgas— y lo que piensa Krýmov al pasar frente al cuartel general del NKVD:

> Las calles oscuras y sofocantes estaban desiertas. Los edificios se erguían ... al mismo tiempo despoblados y llenos de gente. El silencio era todo menos apacible. En las ventanas iluminadas, cubiertas por cortinas blancas, se entreveían sombras ... A Krýmov le venían a la memoria personas conocidas. La distancia respecto a ellos no podía medirse en el espacio; existía en otra dimensión. No había fuerza ni en la tierra ni en el cielo capaz de abarcar aquel inmenso abismo, tan profundo como la misma muerte. [25]

Gúber, Katáiev y Zarudin tenían relación con la esposa de Yezhov, Yevguenia (de soltera, Feiguenberg), y habían asistido a su salón literario. Entre los invitados a este salón figuraban los escritores Bábel, Mijaíl Shólojov y Samuil Marshak; el director de cine Serguéi Eisenstein; el actor y director del Teatro Estatal Judío de Moscú, Solomón Mijóels; el cantante de *jazz* y actor Leonid Utiósov (Lázar Weissbein); y los escritores del grupo Pereval. Grossman conoció a Yevguenia hacia 1933-1934 —cuando trabajó como editora en MTP— y había asistido a varias de las reuniones que ella organizaba. Después de que ascendieran a Yezhov a la dirección del NKVD, su mujer fue la responsable involuntaria de la muerte de sus amigos, ex maridos y amantes, incluido Bábel.

Yevguenia, que había nacido en Gómel en una familia judía, había vivido luego en Odesa con su primer marido, el periodista Lázar Jaiutin. En la década de 1920 contrajo matrimonio con un diplomático, Aleksandr Gladún, y trabajó como mecanógrafa en la embajada soviética de Londres y la misión comercial de la URSS en Berlín. Según contó Bábel en el interrogatorio del NKVD, había conocido a Yevguenia en Berlín en 1927, y tuvieron una aventura. Más adelante, en Moscú, ella fue subdirectora de una destacada revista literaria, *La URSS en construcción* , que se publicaba en cinco lenguas para promover la imagen del país en el extranjero; Bábel estuvo entre los colaboradores. Yevguenia era una arribista; que se casara con Yezhov y se liara a la vez con Bábel y con el antisemita Shólojov dan a entender que tenía pocos principios. La unión con Yezhov llevó a Bábel a comentar: «¿¡Quién lo iba a decir!? ¡Nuestra niña de Odesa se ha convertido en la primera dama del reino!». [26]

Yezhov, que era bisexual, mantuvo relaciones tanto con hombres como con mujeres, y a Yevguenia ya le iba bien este carácter

abierto de su matrimonio. Sin embargo, los amantes y amigos de esta *femme fatale* soviética pagaron caro haberse acercado a ella. Algunos de los invitados al salón empezaron a desaparecer antes incluso de la decadencia de Yezhov. Según la versión inventada por el NKVD, el salón literario de Yevguenia servía de cobertura a los conspiradores que planeaban matar a Yezhov en su propia residencia. En agosto se acusó a los escritores de Pereval de haberse conjurado contra aquel. Se determinó que el líder del complot era Iván Katáiev, y los otros escritores, copartícipes. El nombre de Grossman también estaba en el informe del NKVD: figuraba como invitado a la casa de Yezhov en la noche prevista para el asesinato. Esto bastaba para detenerlo. Pero durante los interrogatorios, Gúber negó saber nada políticamente «comprometedor» sobre Grossman, lo que quizá le salvó la vida. [27] El 13 de agosto de 1937, el Colegio Militar del Tribunal Supremo de la URSS, presidido por Vasili Ulrich, tardó solo veinte minutos en condenar a Gúber a la pena de muerte. Él y Zarudin fueron fusilados aquel mismo día. A Voronski y Katáiev los atormentaron durante más tiempo y fusilaron el 19 de agosto. [28]

Yezhov dirigió operaciones para exterminar a grupos sociales al completo. Como el estado ya había destruido a todos los que podían haber llegado a ofrecer alguna oposición, los que se incluían entonces en las listas de ejecución eran antiguos miembros del clero, la alta burguesía o los partidos no bolcheviques. La Orden n.° 00486, que Yezhov promulgó el 15 de agosto de 1937, decretaba que debía detenerse a las esposas de los «traidores a la patria», que pasarían entre cinco y ocho años en campos de trabajo. A sus hijos, a partir de los quince años, se los consideraba ya «capaces de emprender actividades antisoviéticas», por lo que se les enviaba a colonias de trabajo; a los niños menores, a orfanatos especiales, si no los acogían parientes. (Hoy sabemos, por una nota secreta de Yezhov a Mólotov, que en mayo de 1938 el NKVD había enviado ya a orfanatos de Moscú y otros lugares de la Unión Soviética a 15.347 hijos de padres afectados por la represión.) [29] La instancia se hacía extensiva a las ex mujeres: el documento estipulaba que también se las arrestaría si se concluía que habían sabido de las actividades contrarrevolucionarias de sus maridos y no las habían denunciado a

las autoridades. [30] En cumplimiento de la orden, se establecieron tres grandes campos de concentración para «esposas de traidores» en Karagandá, Mordovia y Tomsk, donde decenas de miles de mujeres hallaron la muerte.

La policía secreta, que tenía exceso de trabajo, tardó seis meses —desde que se publicó la orden y se ejecutó a Gúber— en detener a Olga. En *Vida y destino* , Grossman transmite la sensación de impotencia que los embargaba en previsión del arresto:

> ¡Cuántas veces por la noche Shtrum, acostado en la cama, prestaba atención al rumor de los automóviles que circulaban por la calle! De repente Liudmila Nikoláyevna, con los pies descalzos, se acercaba a la ventana, corría la cortina. Y miraba, esperaba; después, sin hacer ruido, creyendo que Víktor Pávlovich dormía, se iba a la cama y se acostaba. Por la mañana ella le preguntaba:
>
> —¿Qué tal has dormido?
>
> —Bien, gracias. ¿Y tú? ...
>
> ¿Cómo transmitir ese sentimiento nocturno de inocencia y perdición al mismo tiempo? [31]

El 7 de febrero de 1938 la policía se presentó en el apartamento de Grossman en la calle Gertsen. Los agentes del NKVD no parecían estar al corriente de que Olga y Gúber se habían divorciado. Grossman alegó, en consecuencia, que no debían detenerla. Al parecer se mostró tan convincente que los agentes consideraron necesario consultar por teléfono con el supervisor, que les ordenó proseguir con el arresto. Desde que se llevaron a Olga, Grossman actuó con rapidez. Primero tuvo que evitar que los hijos de Olga —Fedia, de seis años, y Misha, de once— fueran enviados a los orfanatos especiales del NKVD para los hijos «socialmente peligrosos»; para empezar se habría separado a los dos hermanos —otra medida inhumana— por el hecho de ser hijos de «enemigos del pueblo». Los parientes de Gúber se negaron a acoger a los chicos. No era una decisión infrecuente: temiendo por la propia seguridad, la gente se distanciaba no solo de los familiares detenidos, sino también de sus hijos. Hubo casos en los que incluso una abuela se negó a acoger a un nieto huérfano. [32] Grossman no se arredró y obtuvo la custodia legal en el Departamento de Educación del Pueblo. Fedia aún recuerda la noche en que los funcionarios del NKVD lo llevaron desde la casa de la avenida de

Spasopeskovski, donde habían vivido con la niñera, hasta el nuevo piso de Grossman.

El escritor pidió ayuda a mucha gente y envió cartas al gobierno. En la carta que dirigió a Yezhov alegó que el caso de Olga debía revisarse porque ahora ella era su esposa, y no la de Gúber, y los agentes del NKVD no tenían constancia de tal hecho en el momento de la detención. Grossman hizo hincapié en que él y Olga habían estado viviendo en común desde el otoño de 1935 y que la «ruptura con su ex marido» había sido «total» desde mucho antes de la detención. Citó una máxima de Stalin: «El hijo no es responsable de su padre», para defender que una esposa y madre no debía rendir cuentas de un ex marido al que había dejado hacía tres años. «¡Camarada Yezhov! Le ruego encarecidamente que participe en la revisión de la causa de mi mujer; tengo plena confianza en la humanidad de nuestra ley y confío en que mi esposa, que durante estos años ha sido mi amiga más querida y leal, podrá regresar conmigo y con los niños. Aguardaré ansiosamente su respuesta, hora tras hora, pues me inquieta sobremanera la salud y la vida misma de mi mujer, que adolece de una enfermedad coronaria grave y compleja.» [33]

La misiva se redactó en el lenguaje de la época. No era cierto, por descontado, que Grossman tuviera «plena confianza en la humanidad» de la ley soviética. Antes al contrario, que el partido exigiera denunciar a los propios familiares era un ejemplo de inhumanidad. Al apelar directamente a Yezhov, Grossman se estaba poniendo la soga al cuello. En palabras de su amigo Semión : «Solo un hombre muy valiente se atreviría a escribir una carta así al gran verdugo del estado». [34] (Aquel año, Andréi Platónov interpeló a Yezhov en referencia a su hijo, detenido a los quince años. En 1939 Nadiezhda Mandelshtam envió otra carta valerosa a Lavrenti Beria, el sucesor de Yezhov, invitándole a revisar el caso de su marido.) [35] A las pocas semanas, el 25 de febrero, la Lubianka requirió la presencia de Grossman.

El 28 de febrero el escritor entró en el «edificio insomne», «un Instituto Radiológico para el Diagnóstico de la Sociedad», según lo describiría más adelante. [36] El instructor, el «camarada Víjnich», era un agente de seguridad de bajo nivel, especializado en casos de

esposas de «traidores a la patria». No era esencial que confesaran; Víjnich procesaba los casos de modo rutinario, aterrorizando a las mujeres con gritos y alguna que otra paliza. Los interrogadores de la Lubianka solían ser medio analfabetos; el carácter primitivo de su inquisición suponía un tormento adicional para las personas de mayor talento y complejidad. (En 1939 Bábel y Meyerhold fueron interrogados y torturados por Lev Schwartzmann y el infame Borís Rodos, dos tipos brutales que no habían acabado ni la primaria.) [37]

La transcripción del interrogatorio de Grossman demuestra que el escritor no vaciló. Víjnich le tendió una trampa y le preguntó por qué no había oficializado el matrimonio con Olga en octubre de 1935. «Nada me lo impidió. Simplemente no le di importancia». ¡Falso!, replicó Víjnich: el matrimonio no podía inscribirse como tal porque Olga no se había divorciado de Gúber hasta el 25 de mayo de 1936.

«Ahora dime cuánto dinero, y cuándo, le diste a B. A. Gúber, ese enemigo del pueblo, tanto a través de su esposa como directamente.» Grossman contestó que le había dado a Gúber unos 2.500 rublos, como gastos de mantenimiento de los hijos, pero «solo en calidad de préstamo» que en consecuencia se tenía que devolver. «¿Y por qué no te llevaste a los niños ... a vivir contigo?» Grossman explicó que por entonces carecía de apartamento. «¿Y dónde están los niños ahora?» «Viven conmigo.» [38]

Grossman salió del edificio en libertad y, un hecho más sorprendente aún, Olga fue excarcelada antes de que pasara un mes.

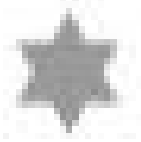
Al principio, Olga estuvo interna en la prisión interior de la Lubianka, en una celda provista tan solo de unas pocas literas, con suelo de madera. En tiempo de los zares, el edificio principal había sido la sede central de la mayor compañía aseguradora de Rusia. Dentro del patio había un hotel. En 1920, tras convertirse en cuartel general de la Cheká, Dzerzhinski transformó el hotel en prisión secreta para los supuestos contrarrevolucionarios y espías peligrosos. Las grandes ventanas del edificio —ahora con barrotes de hierro—, la amplitud de las celdas y los suelos de parqué eran vestigios del pasado. En *Vida y destino* , Krýmov, al ingresar en la

Lubianka, es conducido «a una celda rectangular con un suelo de parqué limpio donde había cuatro catres». [39]

Tras pasar algunas semanas en la Lubianka se trasladó a Olga a la cárcel de Lefórtovo, donde compartía celda con ochenta mujeres. Dos meses después de la detención, el 1 de abril de 1938, la instaron a recoger sus pertenencias. Olga dio por sentado que la enviaban a un campo de trabajo. Entre el laberinto de pasillos, coincidieron con otro guardia y otro preso. El vigilante empujó a Olga a un rincón de la pared, porque se suponía que los reclusos no podían establecer contacto. El segundo guardia preguntó: «¿Dónde la llevas?». «La sueltan.» «¡Ja, ja! ¡Cómo se nota que es 1 de abril!», se rio el otro. [40] Pero no era broma: Olga quedó en libertad.

Conocemos la fecha de la liberación de Olga por una nota de Grossman, que le entregó un ejemplar de *Glückauf* con una inscripción que jugaba con el significado de la expresión que daba título al libro: «¡*Glückauf* , Liúsenka! 1 de abril de 1938». [41] Que Olga hubiera tenido la suerte de regresar felizmente del infierno a la superficie le parecía un milagro. Sin duda fue un hecho extraordinario: en aquella fase tan intensa de las purgas, muy poca gente recobró la libertad. Es muy probable que Grossman recibiera ayuda de algún miembro de la cúpula del gobierno. Quizá Mólotov, el primer ministro soviético, se habría hallado en condiciones de interceder; pero no hay pruebas que demuestren quién ayudó a Grossman a hacer realidad su objetivo. [42]

Olga creía que, de no haber sido por Grossman, sin duda tanto ella como los niños habrían muerto. Lo primero que le dijeron, al regresar al apartamento común, era que sus hijos estaban a salvo.



El régimen destruyó una multitud de vidas y talentos. Durante la Gran Purga, diversos funcionarios del sindicato de escritores ayudaron a la policía secreta a sellar el destino de los miembros del gremio. Vladímir Stavski, que presidió la Unión Soviética de Escritores de 1936 a 1938, fue quien denunció a Mandelshtam ante

Yezhov. En una carta de marzo de 1938, Stavski pedía que Yezhov «ayudar[a] a resolver el problema de Ósip Mandelshtam», autor de «versos obscenos y difamatorios sobre los líderes del Partido y el pueblo soviético en general». Stavski adjuntó una «reseña» de los poemas de Mandelshtam, obra de Piotr Pavlenko, el mismo que había traicionado a los escritores de Pereval, amigos de Grossman. [43]

Mandelshtam fue detenido en mayo de 1938 y falleció en diciembre, en un campo de tránsito, en Vladivostok. El régimen recompensaba a los colaboradores. A Pavlenko le concedieron la Orden de Lenin y cuatro premios Stalin —supuestamente, por sus guiones cinematográficos—. Aquel «hombre siniestro», según lo calificó Nadiezhda Mandelshtam, vivía en una dacha de Peredélkino, en una calle a la que se había dado su nombre. [44]

La detención de Bábel tuvo que ver con la caída de Yezhov. El jefe del NKVD cedió el puesto a Beria en diciembre de 1938 y en la primavera siguiente fue detenido y enviado a una prisión de régimen especial, la de Sujánovo, creada por él mismo para los «enemigos del pueblo de especial peligrosidad». Esta cárcel temible, emplazada en un antiguo monasterio de las afueras de Moscú, estaba pertrechada con una cámara de tortura y un crematorio. [45] En mayo Yezhov «confesó» a los que le interrogaban que Bábel y su esposa Yevguenia eran culpables de espionaje. Bábel no tardó en ser arrestado. Yevguenia se había suicidado unos meses antes; sabía que estaba perdida y se tomó una sobredosis de somníferos. A principios de 1940 se ejecutó a Bábel y Yezhov, con pocos días de distancia, aunque el destino de Bábel se mantuvo en secreto hasta 1954.

Según Nadiezhda Mandelshtam, la «feroz curiosidad» de Bábel había actuado como fuerza impulsora de su vida y explicaba el deseo de conocer a Yezhov y visitarlo en su casa. [46] Grossman, que nunca se sintió próximo a Bábel —y quizá ni siquiera llegó a tratarlo en persona— se preguntaba por qué el escritor se había sentido atraído por Yezhov y si era cierto el rumor de que había celebrado el Año Nuevo en casa de este. El poeta y traductor Semión Lipkin recuerda la pregunta de Grossman: «¿Qué era? ¿Era fascinación por el poder, por las personas con autoridad?». [47]

En 1960, Grossman escribió un cuento sobre los Yezhov que incluía una visita de Bábel al apartamento de aquel en el Kremlin. La fuente del relato, Faina Shkólnikova, era amiga de Yevguenia. También sufrió la purga, pero sobrevivió al Gulag y volvió a Moscú en 1954.

Faina fue la inspiración de un relato espléndido de Grossman, «Mamá», sobre una niña que los Yezhov adoptaron en un orfanato. Si en realidad el bebé, de cinco meses de vida, fue prohijado hacia 1932, en «Mamá» los hechos suceden en el apogeo de las purgas, cuando Yezhov alcanza la jefatura del NKVD y se le destaca como «fiel correligionario del gran Stalin». En el cuento de Grossman, los Yezhov adoptan a una niña de un hogar de alta seguridad para «hijos de los enemigos del pueblo represaliados». Es decir, la niña crece en la casa del hombre que ha destruido a su familia.

Un orfanato de Moscú está en máxima alerta durante la visita de un miembro notable del entorno de Yezhov. Es un oficial del NKVD, de mediana edad, que acude por delante de Yezhov para asegurarse de que el personal ha elegido al bebé mejor desarrollado, «totalmente sano ... normal en todos los aspectos». Tal forma de selección recuerda ejemplos paralelos de los nazis. También pone de manifiesto el cinismo de los verdugos de Stalin, que tenían claro que el hijo de unos «enemigos del pueblo» sería de entrada una buena elección por su buena crianza.

Se desconoce si Grossman inventó las identidades de los padres de la niña o recurrió a información que se le había dado en privado; en todo caso, describe un transcurso típico de los acontecimientos. Al padre del bebé, un joven asesor de la embajada soviética en Londres, y su adorable esposa, con estudios de canto, se les ordena regresar a Moscú. Como casi todos los que volvieron del extranjero durante la Gran Purga, al llegar se les detiene y elimina. Grossman da a entender que su destino es trágico mediante imágenes vagas conservadas en la «memoria inmediata de bebé de cinco meses», durante el viaje final de la familia, de Londres a Rusia. «Aunque sin que ella misma lo supiera, el recuerdo de aquella estación, la niebla londinense, el ruido con que se batían las olas en el canal de la Mancha, los gritos de las gaviotas, las caras de sus padres inclinados sobre ella dentro del compartimento del coche cama

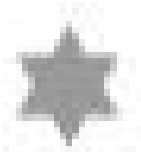
mientras el tren expreso en que viajaban se acercaba a la estación de Negoréloie quedaron sedimentados en las profundidades de su memoria.» [48] A la niña adoptada, que en el relato se llama Nadia, la cuida la niñera del pueblo, una mujer robusta llamada Marfa Deméntievna. (En el cuento usa el nombre real de la niñera, pero no el de la niña, que en realidad se llamaba Natalia.)

Los Yezhov acogen a los invitados por separado, y la niña no tarda en darse cuenta de que «las amigas de mamá jamás coincidían en casa con los convidados de papá». Bábel, por supuesto, llega en ausencia de Yezhov. Era «un hombre calvo con gafas ... [que] tenía una sonrisa que siempre acababa por contagiar a Nadia ... Entraba en casa sonriendo y, al devolverle la sonrisa, mamá anunciaba: "Bábel ha venido a vernos"». Yezhov tenía fama de haber sido un padre tierno, que jugaba y consentía a la chiquilla adoptada. Pero Grossman se preguntaba si un niño podría captar la naturaleza espantosa de las acciones de Yezhov. En uno de los episodios, Nadia mira a su padre a los ojos y grita. Aunque no se explica directamente qué la ha asustado, avanzado el relato el autor comenta: «La mirada de Yezhov tenía paralizada de miedo a toda la inmensa Rusia». El pasaje siguiente conecta el destino de Nadia con el de decenas de miles de las víctimas de Yezhov:

> Día y noche, en las prisiones moscovitas de Lubianka, Butyrka y Lefórtovo, se interrogaba a los detenidos; día y noche los convoyes trasladaban a los presos a los campos de Komi, Kolymá, Norilsk, Magadán y a la bahía de Nagáievo. Al amanecer, los cuerpos de los fusilados en las mazmorras durante la noche se cargaban en camiones entoldados.
>
> ¿Acaso sospechaba Marfa Deméntievna que la funesta suerte del joven funcionario de la embajada soviética en Londres y de su atractiva esposa, a la que no le había dado tiempo de amamantar a su hija recién nacida ni de acabar el curso de canto en el conservatorio, se había decidido con la firma que estampó en una larga lista de nombres su patrono, el antiguo obrero de Petrogrado Nikolái Ivánovich Yezhov? Este las firmaba por decenas, larguísimas listas con nombres de los enemigos del pueblo, al tiempo que las chimeneas del crematorio de Moscú continuaron escupiendo día y noche humo negro. [49]

La detención de Yezhov se describe en una frase: «No tardó en llegar el día en que aquel hombre enjuto de ojos verdigrises, Nikolái Ivánovich Yezhov, no volvió más a casa». Los empleados del NKVD,

con sus miradas de «locura y tensión», emprendieron un registro nocturno. [50] Por la mañana, enviaron a Nadia a un orfanato en la remota Penza. Así ocurrió en realidad: tras el arresto de Yezhov y el suicidio de Yevguenia, la hija adoptada, Natalia, fue enviada a Penza, situada al sureste de Moscú, a unos seiscientos kilómetros de distancia. Se le cambió el apellido —de Yezhova a Jaiútina— y se le apaleó por negarse a olvidar a sus padres adoptivos. La Natalia de carne y hueso sería la única persona viva que guardaba buen recuerdo de Yezhov. Con este relato, Grossman logró escribir sobre los destinos de los seres humanos en una época inhumana.



Antes, en 1938-1940, Grossman había escrito el relato «Una joven y una anciana». Revela que su autor veía la sociedad soviética contemporánea como una sociedad corrupta en la que un abismo separaba al partido del pueblo. El cuento, escrito directamente para el cajón, capta experiencias típicas de dos generaciones. Dos mujeres, la mayor y la joven, trabajan juntas en el Comisariado del Pueblo de la Unión. Los apellidos —Goriácheva y Gagáreva— son similares, y las dos hablan en el lenguaje oficialmente prescrito. Pero su origen es del todo distinto. La joven ha ascendido meteóricamente: de trabajar como limpiadora en un hostal de obreros ha pasado a encabezar un departamento en el Ministerio del Gobierno. El ascenso no solo le resulta sorprendente; de hecho, la promoción no le interesa. El único trabajo que le ha gustado y para el cual se ha formado vocacionalmente es para manejar la cosechadora en la plantación cerealista estatal de su pueblo. Durante la colectivización, a la que siguió la hambruna, su empleo salvó de la inanición a la mitad de su familia, gracias a la ración diaria que le correspondía como trabajadora: ochocientos gramos de pan. Más adelante, en 1937, se detiene a todos los gestores de la granja estatal: se ha denunciado a doce personas, incluidos el director y el agrónomo, por sabotaje y provocación. El comité provincial del partido asciende a la dirección al denunciante, un

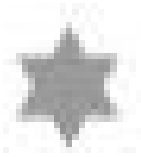
hombre del lugar; pero este tampoco tarda en ser víctima de las purgas. Aquí es cuando la joven, a sus veinticuatro años, se ve obligada a abandonar la cosechadora para ponerse en cabeza de la granja. Dos años más tarde se ordena su traslado a Moscú, donde se le concede un empleo gubernamental que no quiere; intenta protestar, pero tiene que obedecer. De pronto la niña de pueblo está viviendo la vida de la élite soviética y del partido, con todo el boato asociado: «Tuvo a menudo la sensación de que todo era un sueño: los teléfonos, los secretarios, las reuniones del Presídium, los coches, el apartamento de Moscú, la dacha». [51] El chófer la lleva en un ZIS —una limusina de lujo, de la clase que Grossman construía en la fábrica de automóviles— hasta una dacha del gobierno en Kúntsevo, la misma vecindad de la «dacha más cercana» de Stalin. La residencia va pareja con el trabajo y la joven descubre que el anterior ocupante ha sido detenido como enemigo del pueblo. Tan solo ha quedado la colección de piñas piñoneras que había recogido en las costas del Mediterráneo; el hecho de que viajara por Europa fue suficiente para que lo tildaran de espía.

La anciana, por su parte, es una economista experta. Como no es miembro del partido, no la pueden ascender a la dirección del departamento de planificación y trabaja subordinada a la joven colega del ascenso meteórico. La anciana había consumido la juventud en la lucha revolucionaria y quiere creer que los sacrificios de su generación no han sido en vano. El esposo, también revolucionario, pasó un tiempo en una colonia penal zarista; más adelante vivieron en Francia, como emigrados políticos. En 1937, dos decenios después de la revolución, detienen y encierran en el Gulag a la hija de la anciana y el yerno, que es funcionario en el Comisariado del Pueblo para la Industria Pesada. A la antigua revolucionaria le resulta incomprensible. Por la noche llora pensando en que su hija vive en los barracones de un campo de Kazajistán. Pero prefiere no mantener el contacto con ella, por temor a que la arresten por asociación. En realidad (aunque la historia no lo menciona), tiene suerte de que le permitan quedarse en Moscú; por lo general, a los parientes de los presos políticos se los deportaba de la capital.

La joven y la anciana viajan en tren hasta el mar Negro. Hablan sobre la fuerza de la ideología socialista y el poder del ejército soviético. Cuando conversan sobre los conflictos fronterizos que enfrentaron en 1939 a la URSS y Japón, recurren a las frases convencionales de *Pravda* :

> —El Ejército Rojo no tardará en aplastarlos. ¡Esta será la última vez que [los japoneses] intentarán apoderarse de nuestra patria! —dijo Gagáreva.
>
> —Sí, el Primero de mayo me resultaba imposible quitar los ojos de nuestros tanques. ¡Qué montañas de hierro! ¡Pero con qué rapidez se mueven!
>
> —Yo no tuve la buena suerte de estar en persona en la Plaza Roja, pero en cualquier caso tengo claro que la fortaleza de nuestro ejército radica no solo en su material, sino también en la ideología socialista. [52]

En el centro turístico del mar Negro, la joven conoce a un oficial militar que presta servicio en el Extremo Oriente, y al poco tiempo contraen matrimonio. Aquel mismo verano el marido muere en combate en Jaljín-Gol, durante la guerra no declarada que la Unión Soviética y Japón libraron en 1939. Aunque los soviéticos han derrotado a los japoneses, han sufrido pérdidas de gravedad —un hecho silenciado por *Pravda* —. Pero el cuento de Grossman acaba felizmente. La fortuna sonríe a la anciana: el caso de su hija se revisa y se prevé que sea liberada del campo de trabajo. Aunque se trataba de un desenlace improbable, a la vez era reflejo de un suceso real: la milagrosa revisión del caso de Olga y su liberación.



A finales de la década de 1930 Grossman no se hace ilusiones al respecto del régimen estalinista. Durante las purgas colectivas ha perdido a amigos y ha sido testigo de la detención de Olga. Ha leído noticias diarias de los juicios públicos hasta comprender que se juzgaba, por delitos que no habían cometido, a los miembros de la generación revolucionaria que habían ayudado a Lenin a crear el Partido Bolchevique. No se podía creer —y así lo dejó escrito en

Vida y destino — que Nikolái Bujarin fuera un espía extranjero, provocador y asesino.

Durante aquellos años también vio padecimientos en su familia extensa. El tío David —el mejor médico de Berdíchev— fue detenido en 1937 y fusilado. A Nadia, la prima de Grossman desterrada a Astracán —un destino de exilio típico, en esa época— la volvieron a arrestar en 1936 y la acusaron de «propaganda antisoviética». La condenaron a reclusión en un campo de trabajo de Vorkutá, al norte del círculo polar ártico, en la república de Komi. Cuando cumplió la condena vivió en el exilio interior, en la ciudad de Aleksándrov, al noreste de Moscú, más allá de lo que se dio en llamar la «zona de los cien kilómetros». [53]

El padre de Grossman evitó la detención trabajando en Kazajistán. El gélido invierno de 1936 lo pasó en una yurta; el hijo le envió ropa de abrigo. Era una vida dura para un hombre de sesenta y seis años; pero al menos vivía voluntariamente en el límite del Gulag y gozaba de una relativa libertad.

En 1937 se fusiló al ex revolucionario Aleksandr Taratuta; su familia, que incluía a viejos amigos de Grossman, fue desterrada a Tobolsk, en Siberia. Era el mismo destino al que se había deportado a Taratuta en tiempos de los zares, por su actividad revolucionaria, y de donde había escapado con ayuda de su esposa. Pero cuando lo fusilaron por ser «enemigo del pueblo», se envió a la familia a Siberia de forma indefinida. En 1939 Yevguenia Taratuta regresó en secreto a Moscú. Un escritor influyente, Aleksandr Fadéiev, que disponía de contactos en el NKVD, la ayudó a recibir nuevos documentos de identidad que le posibilitaron encontrar trabajo. Guedda Súrits acogió a Yevguenia mientras se escondía de las autoridades y Grossman fue uno de los varios escritores que contribuyeron económicamente.

La persecución de otro amigo de Grossman, Viacheslav Lobodá, fue especialmente reveladora. Después de que volvieran a detener a su hermano en la década de 1930, Lobodá pasó dos decenios trabajando en Chukotka, como inspector escolar y etnógrafo. Primero había viajado allí con una expedición del Comisariado del Pueblo para la Agricultura (Narkomzem). Pero tras el segundo arresto del hermano se estableció allí de un modo permanente.

Chukotka era el rincón más remoto de la Unión Soviética, y el puerto ártico de Pevek, donde Lobodá formó una familia, era la ciudad más septentrional del país. La mujer de Lobodá, Vera Ivánovna, era maestra y directora de escuela en Pevek; las dos hijas de la pareja nacieron allí. El parto de Liudmila, la mayor, contó con la asistencia de un médico del Gulag. En los alrededores de Pevek había varios campos de concentración cuyos internos extraían uranio. Los campos de trabajo de Kolymá estaban al sur de la frontera de Chukotka.

Pero el NKVD no perdió de vista a Lobodá, ni siquiera en aquellos confines del planeta. Cuando en 1936 se marchó de vacaciones a Moscú, la policía se presentó en el apartamento de Nóvaia Basmánnaia con intención de detenerlo; por fortuna, había salido con unos amigos. La policía secreta de Chukotka tenía constancia de que era hermano de un trotskista y por consiguiente lo vigilaba.

La pareja Lobodá despreciaba a Stalin y sentía una profunda aversión antisoviética, y por ello Grossman le pudo confiar, más adelante, el manuscrito prohibido de *Vida y destino* .

Vera Ivánovna (de soltera, Danko) dejó unas memorias que hablan del matrimonio con Lobodá y la amistad con Grossman. Había crecido en una granja y estuvo entre las fuentes que informaron al escritor sobre el desarrollo de la colectivización y el Gulag. La familia, que procedía de la provincia ucraniana de Chernígov, se había trasladado al Extremo Oriente en el siglo XIX . Estuvieron entre los cientos de colonos ucranianos a los que el gobierno ruso adjudicó tierras cerca del lago de Janka, en las proximidades de Manchuria. El asentamiento, situado unos 180 kilómetros al noroeste de Vladivostok, recibió el nombre de Chernígovka. Tras roturar las tierras obtuvieron cosechas singularmente provechosas de trigo, centeno, alforfón, lino y avena. Cuando se construyó el Ferrocarril Transiberiano, la estación local se denominó Muchnaia («de la Harina»). Pero después de la colectivización, de la antigua abundancia solo quedó un nombre, ya huero de sentido. En 1928 se privó de sus propiedades a la mayor parte de las setecientas familias de Chernígovka; se las incluyó entre los kulaks aun a pesar de que habían trabajado la tierra sin

contratar la ayuda de nadie. El padre y el tío de Vera escaparon por los pelos a la detención, gracias a que la propia Vera les avisó al ver que unos hombres de la OGPU se dirigían hacia la casa. Luego la familia, para buscarse el sustento, se tuvo que separar. Vera, que contaba nueve años, empezó a trabajar como criada en Vladivostok. Allí vio columnas de presos que, en buena parte, eran campesinos. «La prisión no estaba lejos de donde vivíamos. A última hora veía a la gente que llevaban a la cárcel; por la mañana y de día, a los que salían. Miraba a los hombres, en su mayoría con barba y harapos, y pensaba: "Si no hubiera acertado a ver al OGPU y darle el chivatazo a papá y el tío Misha, ahora marcharían en esta misma columna".»

Vera, que trabajaba para una dentista, también era la responsable de conseguir el pan de las cartillas de racionamiento. Esta labor era la más dura. Era necesario levantarse a altas horas de la madrugada, para hacer cola; de otro modo, incluso teniendo los cupones, el pan se acababa. Era el efecto de la colectivización: el pan, la mantequilla y la carne, que antes se producían en abundancia, habían desaparecido. En Vladivostok no se podía comprar comida sin dificultad, ni siquiera ya en 1940 (salvo pescado).

Después de afanarse para completar los estudios escolares y de técnica educativa, enviaron a Vera a trabajar a Chukotka. Al llegar, la administración educativa local la instó a mantenerse alejada de Lobodá. Cuando quiso saber por qué, le explicaron que era hermano de un trotskista. Vera desconfiaba de las autoridades y no solo hizo caso omiso de la instrucción, sino que, como a Lobodá lo hostigaban sin tregua, se erigió en su defensora más acérrima.

En 1940 las autoridades de Chukotka emprendieron una campaña contra enemigos del pueblo. La población de toda la península no llegaba a las veintidós mil personas; en la ciudad de Pevek eran solo unos pocos miles. Aun así, encontraron enemigos. Se denunció a las únicas cuatro personas de Chukotka con formación universitaria: Lobodá y otros cuatro expertos del Comisariado del Pueblo para la Agricultura. Si no se les llegó a detener de hecho fue solo por la intervención de un fiscal local, cierto Solonenko. Era amigo de Lobodá y llegó a Anádyr, la capital de Chukotka, justo a tiempo para rescatar a los expertos.

Vera también lo pasó mal. Un funcionario local del NKVD le exigió que informara sobre Lobodá y las conversaciones que mantenían, so amenaza de arrestarla, si se negaba. Lobodá aconsejó a Vera que acudiera en efecto a informar, lo que hizo en unas cuantas ocasiones, pero de tal modo que el NKVD local perdiera el interés.

En 1940 la pareja contrajo matrimonio en Moscú. La alegre ceremonia se celebró en la dacha de Grossman en Lianózovo, donde se reunieron Sioma Tumarkin, Yefim Kúguel y otros amigos de la universidad. (Desde 1938 Grossman pasó veranos en Lianózovo, donde Olga disponía de media casa de madera que había trocado por la habitación del apartamento del Arbat. Antes de la guerra, tanto la madre de Grossman como su hija Katia habían pasado dos veranos seguidos en Lianózovo.) Lobodá y Vera eran los ojos de Grossman en el territorio rural. La ruta de Chukotka atravesaba la tristemente famosa región de Kolymá, con capital en Magadán; antes de llegar a los campos de tránsito de Vladivostok se tenían vistas generales del archipiélago Gulag. En sus memorias, Vera describe «la alambrada que se extendía por toda la región». En 1940 tardó un mes en llegar a Vladivostok. Desde allí continuó viaje a través del Extremo Oriente y Siberia, cruzando ríos en barco y cambiando a menudo de tren. En Siberia veía a gente correr en pos de los vagones, suplicando por pan. Antes de llegar a Moscú había regalado todo lo que llevaba. Le llamó la atención que no solo se pedía comida, sino incluso pareja. «Esto es lo que ha logrado nuestro querido Stalin —escribió varios años más tarde—. Ha arruinado el país. Ha exterminado a los más trabajadores y los más progresistas de Kolymá, Vorkutá, Norilsk, Kazajistán.» En Moscú las tiendas estaban extraordinariamente bien abastecidas y los habitantes de los pueblos y ciudades vecinas se acercaban a la capital a comprar comida. En la estación moscovita de Yaroslavl, Vera vio a una joven que aguardaba la llegada de su tren con dos sacos de pan al hombro, tambaleándose de puro agotamiento. La imagen se le quedó grabada en el recuerdo.

En sus memorias describe las espantosas condiciones de vida de los presos en el campo de trabajo. Durante un breve empleo en la terminal de vehículos de Chukotka, supervisó las tareas de los

prisioneros. En cierta ocasión, mientras llevaba unos papeles a la administración del campo, oyó los gritos que salían de una celda de castigo, en la que un hombre aullaba que se estaba muriendo de frío. [54] En su escritorio, Grossman tuvo una pequeña escultura de un hombre aterido, obra de Nikolái Sochevets, hermano de Olga y antiguo preso.

Vera y Lobodá permitieron que el escritor comprendiera el alcance del archipiélago Gulag. Recordemos la frase ya citada de «Mamá»: «... día y noche los convoyes trasladaban a los presos a los campos de Komi, Kolymá, Norilsk, Magadán y a la bahía de Nagáievo». [55] En *Vida y destino* describe cómo las sirenas que regían la vida de los presos suenan por todo el norte de Rusia, por Siberia, «sobre las nieves de Kolymá, sobre la tundra de la Chukotka, sobre los campos al norte de Murmansk y el Kazajistán del Norte». [56] Así pues, los amigos de Grossman ya le habían hablado de las letales minas de oro de Kolymá antes de que tuviera ocasión de ver Majdanek y Treblinka.

6

La guerra inevitable

> La guerra asolaba Europa ... Muchas emisoras de radio emitían conversaciones alemanas, marchas de la victoria alemanas. ¿Y qué sabíamos nosotros? No sabíamos nada ... Solo la idea intuitiva de que no podríamos evitar la guerra con Alemania.
>
> GRIGORI BAKLÁNOV , *War*

En abril de 1939 *Izvestia* dejó de publicar los artículos sobre la Alemania nazi que Iliá Ehrenburg había estado enviando desde París. [1] Como corresponsal de *Izvestia* , Ehrenburg se había ocupado de la guerra civil española y la creciente amenaza del fascismo en Europa; vio el cambio abrupto de la política soviética como una traición a la causa antifascista. A principios de mayo, Litvínov, comisario del pueblo de Exteriores, cedió el puesto a Mólotov. Alemania recibió positivamente el cambio. Litvínov era judío y además buscaba un pacto con las potencias occidentales. Al nombrar a Mólotov, Stalin abrió una puerta a las negociaciones con Hitler.

Alemania, que planeaba atacar Polonia, quería impedir que la Unión Soviética formara una alianza con Francia y Gran Bretaña.

Por su parte, Stalin sospechaba que las potencias occidentales intentaban atraer a la URSS a la guerra contra Alemania. En la primavera y el verano de 1939 hubo negociaciones secretas entre alemanes y soviéticos. El 20 de agosto Hitler envió un mensaje a Stalin solicitándole que recibiera a su ministro de Exteriores, Joachim Ribbentrop. Para entonces las dos partes estaban de acuerdo en la esencia del pacto de no agresión que Ribbentrop acudiría a firmar.

El pacto de Ribbentrop-Mólotov, suscrito el 23 de agosto, constaba de un acuerdo militar —el compromiso a renunciar a «todo ataque mutuo»— y un tratado comercial. Alemania proporcionaría equipo tecnológico e industrial a la URSS y recibiría a cambio materias primas indispensables para sus industrias militares. Un protocolo secreto adicional delimitaba dos esferas de influencia, una para Alemania y otra para la Unión Soviética, en Polonia, los países bálticos y Rumanía. Stalin, al haber leído *Mein Kampf* , era consciente de que Hitler tenía la intención, a largo plazo, de ocupar territorios de Rusia; pero entendía que el pacto con Alemania aseguraba la paz, al menos de momento. [2] Sin embargo, Hitler no renunció al objetivo de aniquilar el estado comunista. El 22 de agosto, cuando Ribbentrop se encaminó a Moscú, Hitler se dirigió a los oficiales de mayor graduación de su ejército y declaró: «Polonia se despoblará y repoblará con alemanes. Rusia compartirá el mismo destino». [3]

Tras la firma del pacto se prohibió que los medios de comunicación soviéticos publicaran información negativa sobre la Alemania nazi. El 24 de agosto *Izvestia* informó a sus lectores de que el tratado ponía fin a las hostilidades entre Alemania y la URSS. La palabra «fascismo» desapareció por completo de los discursos y la prensa soviética. «Podría pensarse incluso que lo que había desaparecido era el fascismo en sí», escribe Ehrenburg. [4] Si poco antes los periódicos nacionales soviéticos hablaban de los «agresores alemanes» y «los nuevos trucos de la propaganda fascista», a partir de entonces se invitó a los periodistas soviéticos a denunciar el imperialismo británico. Donde antes había «agresores alemanes» se hacía ahora referencia a «las tropas alemanas de Chequia y Eslovaquia». [5] Cuando la Alemania nazi se convirtió en

aliada, el pueblo soviético tuvo que echar al olvido que Kámenev, Zinóviev, Bujarin, Tujachevski y otros muchos habían sido fusilados no hacía tanto por sus supuestos vínculos con los «fascistas» alemanes.

La alianza con Alemania puso de manifiesto que a Stalin no le importaban las diferencias ideológicas entre el nazismo y el comunismo. Según George Orwell y Arthur Koestler, para recibir a Ribbentrop se adornó con esvásticas el aeropuerto de Moscú. Los periódicos nacionales soviéticos publicaron fotografías de Stalin y Mólotov con el enviado nazi. En sus memorias Ehrenburg comentaría cómo le había sentado este cambio de orientación de la política soviética: «Las palabras de Mólotov sobre los “miopes antifascistas” me dejaron de piedra ... Y me quedé pasmado con el telegrama de Stalin a Ribbentrop, que contenía la frase “amistad cimentada con sangre”. La releí una docena de veces y, aunque creía que Stalin era un estadista genial, me hizo hervir la sangre. Aquello era una blasfemia. ¿Cómo se podía comparar la sangre del Ejército Rojo con la de los nazis? ¿Cómo olvidar los ríos de sangre derramados por los fascistas en España, Checoslovaquia, Polonia, por no hablar de la propia Alemania?». [6]

El 1 de septiembre, a los pocos días de firmar el pacto, Hitler atacó Polonia. El bombardeo de diversas ciudades polacas costó la vida a veinticinco mil civiles. Varsovia, que fue bombardeada el 10 de septiembre, fue la primera gran ciudad europea sometida a ataques aéreos regulares. [7] La prensa soviética no se hizo eco de las atrocidades alemanas. El 2 de septiembre hubo solo una breve referencia, en la última página de *Izvestia* , a la entrada de soldados alemanes en Polonia. Aquel mismo día, *Pravda* citó el discurso en el que Hitler había afirmado, ante el Reichstag, que se había respondido a una agresión polaca, después de que su ejército abriera fuego en territorio alemán. [8] Noticias posteriores mencionaron el bombardeo de Varsovia, pero no las bajas, y describieron los ataques como «acciones militares» entre Alemania y Polonia.

La valoración de Mólotov, que los medios de comunicación destacaron con grandes titulares el 1 de septiembre, afirmaba que la firma del pacto «entre los dos mayores países de Europa» servía no

solo para eliminar la amenaza de guerra entre la URSS y Alemania, sino para fomentar «la causa de la paz universal». [9] Lejos de promover la paz, sin embargo, el gobierno de Stalin inició una invasión simultánea de Polonia y, poco después, atacó Finlandia.

El 17 de septiembre, mientras los alemanes estaban bombardeando Lvov, el Ejército Rojo cruzó la frontera polaca desde el este. Mólotov tuvo el cinismo de describir la invasión soviética como una misión de paz. En realidad, Alemania y la Unión Soviética se habían unido en la meta de destruir Polonia como estado viable. Entre septiembre de 1939 y junio de 1941, doscientos mil ciudadanos polacos perdieron la vida y se deportó a un millón. Decenas de miles de polacos perecerían en el Gulag y en Auschwitz. [10] En abril y mayo de 1940 el NKVD perpetró ejecuciones masivas de oficiales, soldados y civiles polacos. Veintidós mil ciudadanos polacos, incluidos 14.500 prisioneros de guerra capturados durante la invasión y recluidos en campos soviéticos, fueron fusilados en secreto en el bosque de Katyn (cerca de Smolensko) y otros lugares. La masacre del bosque de Katyn, concebida por Beria, gozó de la aprobación de Stalin y miembros de su Politburó, que ocultaron este crimen de guerra y luego atribuyeron la culpa a los nazis.

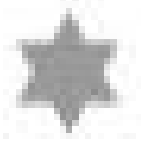
De acuerdo con lo pactado con Alemania, la Unión Soviética no tardó en proceder a anexionarse el oeste de Bielorrusia, el oeste de Ucrania, partes del este y el centro de Polonia, e igualmente la Besarabia (región de Rumanía), territorios todos ellos con un elevado porcentaje de judíos. La guerra con Finlandia también fue resultado del pacto de no agresión. El 30 de noviembre de 1939 la Unión Soviética atravesó la frontera finlandesa y empezó a desplegar casi un millón de soldados. En lo que respectaba a los carros blindados y aviones, los finlandeses solo podían responder con un tercio de las fuerzas soviéticas; pero su ejército era experto y el estado de ánimo, excelente. El Ejército Rojo, muy debilitado por las purgas de Stalin, sufrió bajas de gravedad en la guerra de Invierno, un precedente de lo que le ocurriría en 1941.

Grossman estaba alarmado por el desarrollo de los acontecimientos mundiales. En abril de 1940, después de que los alemanes ocuparan Dinamarca y Noruega, comprendió que «la

guerra ha entrado en una fase nueva, más activa. Leo la prensa con avidez, aguardo las noticias de la radio». [11] En mayo los nazis ocuparon Bélgica, Holanda y Luxemburgo. El 14 de junio las tropas alemanas entraron en París. Tras la rendición de Francia, Alemania controlaba buena parte de la Europa continental. A Grossman y las personas de su entorno no les pasó por alto que era inevitable que la Unión Soviética se viera arrastrada a la guerra.

Ehrenburg, que fue testigo de la caída de París, volvió a Moscú a finales de julio. «Yo tenía la certeza de que los alemanes no tardarían en atacarnos; no se me borraba la impresión de las escenas terribles de los éxodos de Barcelona y París. En Moscú, sin embargo, parecía que imperaba la calma. La prensa aseguraba que las relaciones de amistad entre la Unión Soviética y Alemania se habían reforzado.» [12] Ehrenburg solicitó reunirse con Mólotov, pero lo recibió el nuevo segundo de este: Solomón Lozovski. Mientras Ehrenburg hablaba «sobre la situación de Francia» y la inminencia de un ataque alemán a la Unión Soviética, Lozovski lo escuchaba «con un aire ausente». Ehrenburg exclamó: «¿Acaso no le interesa nada lo que le digo?». Lozovski contestó que, personalmente, la información le parecía útil, «pero ya sabe usted que la política oficial es distinta». [13] Stalin, por supuesto, se negaba a creer que Hitler fuera a traicionarlo.

Ehrenburg no tardó en comprender que al gobierno soviético no le interesaba adecuar la política exterior a una información lo más certera posible. «Resultó tratarse exactamente de lo contrario: necesitaban información que confirmara una política predeterminada.» [14] Lozovski era un hombre íntegro, pero Ehrenburg se sintió impotente. Tanto Ehrenburg como Grossman trabajaron con Lozovski cuando, durante la guerra, dirigió tanto la Oficina de Información Soviética como las tareas del Comité Antifascista Judío.



En 1940, para culminar su novela épica *Stepán Kolchuguin* , Grossman describió el principio de la primera guerra mundial. Escribió la sección final con el presentimiento de que una nueva catástrofe mundial se acercaba con rapidez; de que la historia se repetía. El personaje que procede de Berdíchev, Mark Rabinóvich, afirma que no existe ninguna «guerra pasada». Grossman estaba leyendo varias obras históricas y de filosofía de la historia, con especial interés en la interpretación de la historia como un ciclo de hechos que se repiten.

Aquel mismo año, cuando el teatro moscovita de Vajtángov le propuso que escribiera una obra, Grossman se entusiasmó. Tardó solo unas semanas en esbozar *Si tuviéramos que creer a los pitagóricos* . Andréi Shatavskói, el protagonista, es un hombre ya entrado en años, descendiente de una familia noble. Defiende la filosofía pitagórica, en la creencia de que todos los elementos del mundo y el cosmos forman parte de un ciclo natural eterno. «Todo se repite. La guerra, por ejemplo, que nos parecía de lo más remoto, está estallando de nuevo.» Como Pitágoras, el gran matemático y filósofo de la Antigüedad, Shatavskói cree que «en la vida todo está subordinado a una gran ley cíclica. En todas las cosas, todas —en las hojas que amarillean y caen en septiembre, las estrellas que poco a poco se extinguen para renacer y extinguirse otra vez, en el movimiento de los planetas y en el renacer eterno de los sueños de juventud y su expiración—, la misma ley general parece gobernar en todas las cosas». [15] El teatro Vajtángov pensó en representar la obra, pero la guerra interfirió en el proyecto. En 1946, cuando Grossman dio a la imprenta *Los pitagóricos* , fue objeto de ataques feroces por contradecir el concepto de la historia marxista-leninista-estalinista, según el cual la historia progresa en línea recta; en cambio, si tuviéramos que creer a los pitagóricos, el socialismo no sería irreversible.

En 1939-1940, cuando *Stepán Kolchuguin* se estaba publicando por entregas, los editores de Grossman no se lo pusieron fácil. Desde el principio, ocho editores de la revista *Znamia* examinaron el contenido ideológico del manuscrito y fueron exigiendo cambios sin tregua. La novela no era convencional y, además, parecía contener algunas ideas heréticas, como en el pasaje siguiente: «Soy

sumamente escéptico. No creo que las personas vayan a ser mejores, más ricas, más felices o más amables ... En cambio los marxistas creen que la vida será buena y noble y que todas las personas se volverán altruistas y filosóficas. Sé que ninguna fuerza en el mundo puede cambiar la naturaleza humana, que Voltaire ha definido como de *tigre-singe* . [16] ... Las guerras existirán siempre y un hombre nunca dejará de ser un hombre. Yo soy partidario de la clase de estructura social que da libertad incluso a las mentes más atrevidas, poderosas y escépticas». [17]

Sin embargo Grossman tuvo suerte. Los críticos todavía lo consideraban el protegido de Gorki. Un artículo de *Izvestia* , del 2 de diciembre de 1939, elogiaba la novela por su protagonista, un joven obrero que se une a la lucha revolucionaria. Aunque Stepán Kolchuguin no era bolchevique, el artículo se titulaba «Una novela sobre un bolchevique», y esto representaba el *summum* de los elogios en un crítico soviético. Los lectores de Grossman, que fueron de toda edad y condición, valoraron la obra porque resultaba interesante de veras y estaba bien escrita. En palabras de un estudiante, era «un libro especial, vivaz y muy comprensible ... Compartí todos los sentimientos de los personajes». Para un ingeniero de Leningrado, la novela de Grossman sonaba veraz y estaba poblada por «personas reales y no los personajes estereotipados que, por desgracia, se han convertido en habituales en la literatura contemporánea». [18]

En 1939, el mayor estudio cinematográfico del país, Mosfilm, le hizo a Grossman una oferta para adaptar la novela a la pantalla «y yo no he puesto objeciones. Pero no pueden acabar el papeleo hasta que la propuesta haya pasado por los canales más oficiales». [19] (El proyecto se aparcó. En 1957 un estudio de Leningrado, Lenfilm, sí terminó una película cuyo resultado, sin embargo, no satisfizo a Grossman.)

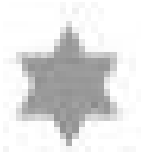
Estaba previsto que los dos volúmenes de *Stepán Kolchuguin* aparecieran a principios de 1941. El libro fue una producción conjunta de la editora estatal Gosizdat y *Znamia* . En el último momento, uno de los censores empezó a dudar de la novela «y estuvo a punto de sugerir que yo empezara de cero con el proceso de revisión ... [Gosizdat] nombró una comisión; esta se puso de mi

parte y el libro se envió a la imprenta». Ante los inconvenientes, el escritor buscó refugio en el trabajo: «Me he dado cuenta de que lo mejor es trabajar cada día, sistemáticamente, sin interrupciones». [20] Gosizdat publicó setenta mil ejemplares de *Stepán Kolchuguin* y, en enero, *Pravda* reseñó favorablemente el libro. Se le nombró candidato al premio Stalin, recién creado, y era expectativa general que ganaría, de modo que se fotografió, entrevistó y felicitó al autor. Según Yevguenia Taratuta recibió incluso llamadas de periódicos que redactaban anticipadamente la noticia de la concesión. En consecuencia, Grossman hizo preparativos para celebrar el premio: como el apartamento no podía dar cabida a los amigos, les compró entradas para una obra de teatro. En la mañana del anuncio, sin embargo, su nombre no figuraba en la lista de laureados; parece ser que se le eliminó a última hora. Yevguenia recordaba que «los amigos, desconcertados, se cruzaban llamadas de teléfono. Pero Vasia confirmó la invitación al teatro. Nos reunimos, con tristeza, frente a la puerta del Teatro de la Revolución, en la calle Gertsen (hoy teatro Maiakovski). Vasia, sin arredrarse, estaba allí repartiendo las entradas. Era un día de viento y nevaba ligeramente. Lo recuerdo todo: el acceso cubierto de nieve, los amigos reunidos, la indignación a punto de estallar y la calma filosófica de Vasia; lo único que no recuerdo es qué obra representaron aquella noche». [21]

Semión Lipkin, amigo de Grossman, cuenta una historia parecida: «Se sabía que, antes de la guerra, Stalin en persona había tachado *Stepán Kolchuguin* de la lista de obras candidatas al premio Stalin ... La noche antes de que la lista de premiados se diera a conocer Grossman había recibido llamadas de felicitación de todos los grandes periódicos del país». [22] La versión de Lipkin se ha citado con especial frecuencia. [23] Otras fuentes confirman que Stalin decidió quién recibiría el premio que llevaba su nombre. Sin embargo, resulta menos creíble la afirmación de Lipkin de que Stalin había calificado *Stepán Kolchuguin* de «novela menchevique». De haberlo hecho así, la carrera de Grossman se habría acabado. Cuando Stalin escribió varios insultos («necio», «miserable», «canalla») en los márgenes de una novela corta de Andréi Platónov —*Vprok* («Provecho»), de 1931, sobre la colectivización—, el

escritor pasó a ser impublicable. En una nota para la revista *Krásnaia Nov* , que había dado a la imprenta la novelita de Platónov, Stalin exigía castigar al autor con severidad: «Es la narración de un agente de nuestros enemigos, escrita con la meta de destruir el movimiento de los koljoses». [24] Si Stalin hubiera criticado la novela de Grossman, nuestro autor también se habría convertido en un paria literario. En cambio, los críticos mencionaron *Stepán Kolchuguin* junto a una obra de publicación reciente: la parte final del voluminoso *El Don apacible* , de Mijaíl Shólojov.

Grossman planeaba escribir una continuación de *Stepán Kolchuguin* , que se ocuparía de los acontecimientos de las revoluciones de febrero y octubre; pero solo redactó unos pocos capítulos. Su amigo Lipkin era escéptico con el proyecto porque entendía que «si el autor no falta a la verdad» el destino de sus héroes no podía ser favorable. «Grossman formó unos prismáticos con los dedos, los puso delante de las gafas y me miró sonriente. Solía hacer este gesto ... cuando entendía que su interlocutor había dado en el clavo. No es casual, por cierto, que nunca se escribiera esta continuación de *Stepán Kolchuguin.* » [25] En la secuela Grossman habría tenido que describir el animado y diverso panorama de partidos políticos que había existido antes de la revolución —y antes de que Lenin y Stalin los destruyeran—. La intención de concluir la novela con la incorporación del héroe a la Internacional Comunista era, por lo tanto, irrealizable. [26] Stalin disolvió la Komintern en 1943 y, después de la guerra, el lugar de la solidaridad internacional de los obreros lo ocupó una campaña vergonzosa contra occidentales y judíos.



En diciembre de 1940 Grossman cumplió treinta y cinco años. Su madre le envió unos regalos y una carta conmovedora, en la que le contaba que recordaba su nacimiento como si fuera ayer. «Te deseo buena salud, *anima mia* , [27] creatividad; que estés satisfecho con tu trabajo (y que lo estén tus lectores y críticos); que seas feliz con las

personas que te rodean.» El paquete de Yekaterina Savélievna, que recordaba el título de un libro infantil que ella misma había escrito en alemán, «Du weiβ t nicht wie lieb ich dich hab'» («No sabes cuánto te quiero»), contenía su propia cucharilla de plata —«Para que así me recuerdes al tomarte un té»—, un portaplumas de vidrio —«No te preocupes, no es plata, no he gastado mucho»— y un tigre de peluche para el escritorio. «También te envío mi amor y te beso en los ojos, la frente, el pelo y la carita.» Le habría gustado mandarle una caja de manzanas, pero el dinero no había alcanzado más; a Nadia también le enviaba un paquete. [28] Yekaterina Savélievna escribía a su hijo con regularidad, pero solo se han conservado unas pocas cartas suyas. La salud de la madre se estaba deteriorando, y le resultaba cada vez más difícil moverse; decía de sí misma que era «una policlínica ambulante». Grossman le mandaba dinero y algún que otro paquete. Como en el resto del país, en Berdíchev no era fácil obtener siquiera los productos más básicos. En diciembre Grossman le envió algo de azúcar, té y jabón. «¡Se ha puesto muy contenta!» [29]

Lipkin, que había trabado amistad con Grossman unos dos años antes de la guerra, lo recuerda como un hombre feliz:

> Gozaba del éxito literario ... amigos interesantes e inteligentes y una mujer hermosa. «Me sorprendió ver lo bellas que eran las esposas de los escritores», me dijo cuando nos hicimos amigos, y rememoró sus primeros pasos en la literatura. Era un hombre alto, de pelo rizado; cuando se reía —y esto era habitual, en aquellos días— se le formaban hoyuelos en las mejillas. Sus ojos, miopes, tenían un aspecto peculiar; eran a la vez socarrones y amables, una rara combinación. Gustaba a las mujeres. Irradiaba salud. Por entonces yo no sabía que le daba miedo atravesar las plazas y las calles más anchas de Moscú, por una fobia compartida con otra distinguida amiga mía: Anna Ajmátova. [30]

Esta no era la única fobia de Grossman: en 1940, invitado a una conferencia de lectores, declinó «por mi viejo terror a las grandes concurrencias». [31] También evitaba el transporte público y nunca cogía el metro.

En menos de una década, Grossman se había convertido en un autor de éxito, respetado por el mundo literario. Se sentía especialmente próximo a los escritores Semión Guejt y Aleksandr

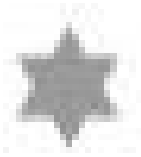
Roskin —ambos reseñaron su prosa— y a Vasili Bóbryshev, editor de la revista *Nashi Dostizhenia* («Nuestros Logros»). Bóbryshev y Roskin se alistaron en las fuerzas armadas poco después de que Hitler atacara la Unión Soviética y perecieron a principios del otoño de 1941.

En 1948 Grossman escribió un homenaje a Roskin, que lo celebraba como un hombre de talento y sensibilidad. Compartía con él el amor por Chéjov y la literatura francesa. Roskin, biógrafo de Gorki y de Chéjov, también escribió ampliamente sobre escritores de Francia y Estados Unidos como Jack London, O. Henry, Maupassant, Prosper Mérimée y Anatole France. Grossman había compartido con él algunas estancias en Yalta (Crimea). Las últimas vacaciones conjuntas fueron en mayo de 1941, poco antes de la invasión de Hitler. Durante esta última primavera de paz pasearon por los frutales de Derekói, un poblado de los tártaros crimeos, situado en un valle rodeado de montañas. Los huertos en flor de las laderas parecían «corrientes de lava brillante arrastrándose hacia el mar». El aire estaba saturado por el olor de las flores de cerezo y manzano; en este «paraíso bíblico» se podía disfrutar plenamente de la alegría de estar vivo. Sin embargo, este placer contrastaba con la clara conciencia de que la guerra estaba cada vez más cerca. Roskin tuvo la premonición de que moriría y comentó: «Creo que esta es mi última primavera crimea». [32] Por la tarde los dos leían periódicos, escuchaban las noticias de la radio y conversaban de política.

Aquella estancia en Crimea, aquella primavera sin nubes, fue la calma anterior a la tormenta. Grecia estaba ocupada; la Luftwaffe bombardeaba las islas británicas. «Europa había quedado sumergida en la oscuridad; colosales ejércitos de langostas pardas con armaduras de acero corrían hacia las costas del Atlántico Norte y el Mediterráneo después de haber conquistado Europa sin apenas derramar sangre; los paracaidistas tomaban tierra en Creta. Quizá durante los mismos días en los que paseábamos por los huertos en flor de Yalta ... y contemplábamos el mar en calma, Hitler sacaba el plan de la Operación Barbarroja de la cámara acorazada secreta de la Nueva Cancillería del Reich y lo distribuía entre sus mariscales de campo y generales.» Grossman y su amigo comprendieron que

Hitler no se conformaría con tomar Europa. Roskin, que lo sabía, «relacionó el destino del mundo con el suyo propio». [33] Así pues, el ensayo grossmaniano sobre Roskin expresa la misma idea central de *Vida y destino* . En *Por una causa justa* (la primera parte de esta novela) el escritor describe los meses anteriores al ataque de Hitler, cuando «en los hogares, en los balnearios y en los centros de trabajo se hablaba de política y de los asuntos de la guerra. En aquella época los acontecimientos a escala mundial repercutían directamente en la vida privada de las personas». [34]

En su ensayo de 1948 sobre Roskin, Grossman menciona a propósito el pueblo de los tártaros de Crimea. Durante la guerra Stalin deportó a nacionalidades enteras, acusadas de colaborar con los nazis; entre los desterrados de 1941 a 1944 hubo 905.000 alemanes del Volga, 191.000 tártaros crimeos, 485.000 chechenos y 101.000 kalmukos. [35] El pueblo de Derikói, según Grossman lo recordaba antes de la guerra, dejó de existir.



De acuerdo con la fatídica Directiva n.° 21 de Hitler, firmada el 18 de diciembre de 1940, durante el invierno y la primavera siguientes se fueron desarrollando los preparativos de la Operación Barbarroja: «Las fuerzas armadas alemanas deben estar listas *para aplastar la Rusia soviética en una campaña rápida* , antes incluso de que concluya la guerra contra Inglaterra ... Los preparativos que requieran de más tiempo deben iniciarse ahora ... y haberse completado el 15 de mayo de 1941». [36] Con la intención de haber derrotado a la Unión Soviética en octubre de 1941, los alemanes concentraron el 90 % de sus efectivos en su frontera oriental. Hitler tenía claro lo sucedido con la *Grande Armée* napoleónica y pretendía ocupar la Rusia europea antes del invierno.

En vísperas de la invasión las autoridades soviéticas todavía no permitían plantear ni la menor crítica a la Alemania hitleriana. Stalin seguía creyendo que el pacto con los nazis era inquebrantable y le protegería de una guerra; para apaciguar a Alemania, por otro lado,

le aumentó el suministro de materias primas. [37] El 1 de mayo, Ehrenburg apuntó en su diario: «Todo el mundo habla de la guerra». [38] Un mes antes, Yekaterina Savélievna le había transmitido a su hijo el temor a que la Unión Soviética se viera arrastrada a la confrontación armada; pensando probablemente en los censores, añadió: «La guerra me aterroriza, pero creo que nuestro gobierno acierta con su política». [39]

Sin duda Grossman era consciente de que su madre era vulnerable en Berdíchev, una ciudad judía relativamente próxima a la frontera occidental de Ucrania con Rumanía. Aunque la prensa soviética había dejado de informar sobre las medidas antisemitas de Hitler, antes de 1939 habían aparecido algunas informaciones al respecto. En 1936, por ejemplo, Mólotov condenó las leyes de Núremberg y expresó su simpatía por el pueblo que había engendrado a Karl Marx. [40] La prensa en lengua yídish, popular en Berdíchev, explicó de formada detallada el hostigamiento de los judíos en Alemania. El 18 de noviembre de 1938 *Pravda* editorializó contra la *Kristallnacht* , la Noche de los Cristales Rotos. Aquel mismo año —tras una manifestación en Moscú, en respuesta a esta acción— *Pravda* publicó una declaración de protesta por «los actos de inhumana crueldad que los fascistas han perpetrado contra la población judía de Alemania, en situación de indefensión». [41]

La madre de Grossman estaba al corriente del odio de Hitler por los judíos. Como decíamos, sin duda el escritor también lo sabía y percibía que ella corría peligro en Berdíchev. Quería que su madre se reuniera con la familia en Moscú antes de lo que era habitual —antes de mediados del verano, cuando solía visitar la dacha—, pero Olga no quiso saber nada de la idea. Según el recuerdo de Lipkin, Grossman consideraba que «su madre, que murió en el gueto de Berdíchev, habría seguido con vida si Olga Mijáilovna no se hubiera opuesto a que su suegra acudiera a Moscú poco antes de la guerra». [42] Para Grossman, no haber sabido imponerse —y salvar con ello la vida de su madre— representó una carga pesada durante el resto de sus días. En *Vida y destino* , donde Olga se corresponde con Liudmila, la esposa de Shtrum, escribe: «En su corazón reprochaba a Liudmila la frialdad con la que trataba a su madre. Un

día le dijo: “Si hubieras sabido tener una buena relación con mi madre, viviría con nosotros en Moscú”». [43] En la versión anterior de la primera parte, la novela *Por una causa justa* , Grossman narra una historia ligeramente distinta: «Shtrum esperaba recibir a su madre en la dacha a principios de julio, pero la guerra había impedido su viaje». [44] Cuando los alemanes lanzaron el ataque, el 22 de junio, la madre de Grossman, discapacitada, quedó atrapada en Berdíchev.

7

1941

> Es más arduo honrar la memoria de los anónimos que de los renombrados.
>
> WALTER BENJAMIN ,
> «Paralipómena a “Sobre el concepto de historia”»

A pesar de las numerosas advertencias, Stalin no estaba preparado para la invasión alemana. Disponía de información secreta fiable sobre la inminencia del ataque alemán, enviada por gobiernos extranjeros, desde el subsecretario de Estado estadounidense al Foreign Office británico y el propio Churchill. En junio de 1940 Churchill alertó a Stalin del peligro de una hegemonía alemana en Europa. Pero Stalin le dijo a Mólotov que no creía que «los éxitos militares alemanes amenazaran las relaciones de amistad de la Unión Soviética con Alemania»; [1] y Mólotov se lo comunicó así al embajador alemán, para que le transmitiera estas palabras a Hitler. En la primavera de 1941 Stalin recibió un flujo constante de informes de inteligencia que detallaban el despliegue de tropas alemanas a lo largo de la frontera occidental soviética. Un espía soviético —el periodista Richard Sorge, nacido en Alemania— no solo dio información precisa, sino incluso la fecha correcta del ataque alemán. Pero Stalin descartó las advertencias, considerándolas provocaciones que pretendían engañarlo para que entrara en la guerra. Las noticias le habían llegado en persona y no las compartió

siquiera con su nuevo jefe del Estado Mayor, Gueorgui Zhúkov. Pese a todo, el ejército era consciente de que los alemanes habían intensificado la actividad cerca de la frontera. Entre enero de 1941 y la invasión de junio, los aviones germánicos realizaron doscientos vuelos de espionaje en territorio soviético para fotografiar las bases aéreas. Stalin, por el temor a provocar a Alemania, prohibió que el ejército interfiriera en estos vuelos de reconocimiento. [2]

En la novela *Por una causa justa* , Grossman retrata la ciudad bielorrusa de Brest una semana antes de la invasión alemana. Un funcionario nazi que trabaja para la Comisión de Repatriación cruza la calle con el uniforme de las SS y un brazalete con la esvástica. Una anciana judía que vende gaseosa en un quiosco y un campesino que pasa por la misma calle contemplan al funcionario nazi con expresión de alarma. [3] La escena evidencia tanto que los soviéticos no estaban preparados para la guerra como que los civiles de una ciudad fronteriza tenían una clara sensación de peligro grave. También pone de relieve la colaboración de nazis y soviéticos, que luego el régimen estalinista negaría. Brest pertenecía a Polonia hasta que la Wehrmacht tomó la ciudad en 1939, pero de acuerdo con el reparto germano-soviético de las esferas de influencia, quedó asignada a la URSS.

En junio, cuando comprendieron que la guerra era inevitable, Zhúkov y el general Semión Timoshenko —el comisario de Defensa — pidieron a Stalin que pusiera las tropas en estado de alerta. Stalin, que seguía negándose a ver la realidad, replicó que ello supondría la movilización y la guerra. En vísperas del ataque alemán, Zhúkov y Timoshenko lograron convencer a Stalin de que proclamara una directiva para alertar a las tropas de la frontera. En aquel momento, sin embargo, las unidades de sabotaje alemanas habían cortado muchos cables telefónicos, de modo que solo unas pocas unidades recibieron aquella advertencia vital. [4]

El asalto alemán, bien calculado, fue incontenible. El 22 de junio, al amanecer, 3,2 millones de soldados y tropas auxiliares atacaron la frontera soviética a lo largo de una extensión superior a los 3.000 kilómetros, desde el mar Báltico hasta el mar Negro. Cuando llegaron noticias de un ataque a gran escala desde Minsk, Kiev y los estados bálticos, Zhúkov llamó por teléfono a la dacha de Kúntsevo,

que Stalin tenía en las inmediaciones de Moscú. Zhúkov recordaba que Stalin se mostró desorientado e incoherente, y que respiraba con dificultad. Una hora después, en el Kremlin, Stalin aún no fue capaz de hacerse cargo de la situación y no autorizó a sus hombres a combatir. Los líderes soviéticos no reconocieron la realidad hasta que el embajador de Hitler, Schulenburg, le leyó a Mólotov una nota diplomática. «¿Esto es una declaración de guerra? ¡Sin duda que no lo merecemos!», dijo Mólotov. [5] Solo a mediodía, ocho horas después de que se hubiera iniciado la guerra, Mólotov hizo un anuncio radiofónico sobre el ataque alemán no provocado.

A Ehrenburg no le sorprendió la noticia: por medio de emisoras de radio extranjeras ya sabía que los alemanes habían concentrado fuerzas colosales en la frontera oriental. En la mañana del 22 de junio, antes del anuncio de Mólotov, un conocido le llamó por teléfono para decirle que los alemanes habían declarado la guerra y bombardeado ciudades soviéticas. Según el recuerdo de Ehrenburg: «Nos sentamos junto a la radio a la espera de escuchar a Stalin. En su lugar habló Mólotov; sonaba crispado. Me sorprendió que dijera que había sido un ataque a traición. La traición implica romper un juramento de honor o, al menos, de buena fe. A Hitler ¿qué idea de honor o decencia se le podía atribuir? ¿Qué podía esperar nadie de los fascistas? Pasamos mucho tiempo al lado de la radio ... Moscú emitía canciones ligeras y alegres que en ningún caso se correspondían con el estado de ánimo de la gente». [6] Aquel día, los amigos de Grossman fueron a verle. Con Roskin, que pasó la noche allí, Grossman mantuvo conversaciones memorables. El 5 de julio vio a su amigo por última vez: Roskin se iba al frente con la Milicia Popular. Estos batallones de milicianos sin apenas armas ni formación tuvieron que lidiar con los tanques acorazados del general Guderian y casi todos sus integrantes perdieron la vida.

Hasta el 3 de julio —quince días después de la invasión— Stalin no pronunció un llamamiento a la nación, encabezado por un saludo del todo inusual en él: «Hermanos y hermanas». Eran tiempos desesperados. En los diez primeros días la Wehrmacht se había adentrado por más de 550 kilómetros en el territorio soviético, poniendo en peligro la evacuación de las regiones más occidentales, cuya población era mayoritariamente judía. La mayoría desconocía

las medidas raciales de los nazis; un oficial de inteligencia alemán informó desde Bielorrusia, el 12 de julio de 1941, que la población local no sabía cómo se trataba a los judíos en Alemania ni Polonia: «De otro modo sería superfluo que preguntaran si en Alemania se hacían distingos entre los judíos y los otros ciudadanos». [7] Algunos judíos que habían vivido la ocupación alemana de Ucrania durante la primera guerra mundial no se dieron cuenta de que los soldados alemanes de 1941 eran muy diferentes a los de una generación atrás, que se habían ganado la fama de tratar a los civiles con humanidad. Al suprimir las noticias sobre la política antisemita de los nazis, los medios de comunicación soviéticos habían puesto en peligro la vida de millones de judíos soviéticos de Bielorrusia, Ucrania y otras regiones.

Además, las autoridades soviéticas locales retuvieron la información sobre el avance alemán. Ante el temor a que les exigieran cuentas actuaron de acuerdo con la directiva del partido que exigía evitar el «pánico». Pero estos gobernantes sí lograron salvar su propia vida. En Minsk los funcionarios huyeron de la ciudad por la noche, en vísperas de la ocupación, abandonando al pueblo que se suponía debían proteger. El 26 de junio las rutas de huida de Minsk estaban bloqueadas. A consecuencia, solo 7.000 de los 72.000 judíos de la ciudad consiguieron escapar. En Vítebsk las autoridades evacuaron las plantas industriales antes que a los civiles. Aun así, antes de que la población cayera, el 11 de julio, se evacuó de Vítebsk a cerca de veintidós mil judíos, el 58 % (o pudieron huir por sus propios medios). En Zhitómir, que los nazis tomaron el mismo 11 de julio, se desalojó a dos tercios de los treinta mil judíos de la ciudad. [8]

Berdíchev fue ocupada el 7 de julio, dos semanas después del ataque alemán. «Los soldados hacían ondear las armas y, entre risas, gritaban desde los vehículos: “Jude kaputt!”. Sabían que la mayor parte de los judíos estaban aún en la ciudad.» [9] Antes de la guerra, en Berdíchev vivían treinta mil judíos, según escribe Grossman en su artículo «El asesinato de los judíos de Berdíchev»; solo un tercio logró huir antes de la ocupación alemana. [10]

La evacuación de Berdíchev fue desorganizada. La gente escapaba, en su mayoría, a pie. Se quedaron atrás los viejos, los

enfermos y los que no tenían adónde ir. Poco después del ataque se iniciaron también las incursiones aéreas alemanas. El 25 de junio, en una carta dirigida al padre de Grossman, Yekaterina Savélievna describía los bombardeos diarios del aeropuerto de Berdíchev; se preguntaba si Hitler bombardearía a los civiles y qué les pasaría a los judíos. «Creo que esa carroña [Hitler] odia a Berdíchev en especial, por su población judía. Pero que pase lo que tenga que pasar. No me siento sola ni abandonada.» Se preocupaba por Vasia: a los hombres nacidos en 1905, como él, los estaban movilizando para la guerra. «¿Nos volveremos a ver? ¿Cómo crees que deberíamos celebrar la derrota de ese gusano, de Hitler?» [11]

El 26 de junio Yekaterina Savélievna envió una postal a su hijo. Le daba las gracias por el dinero que le había girado e informaba: «La noche ha pasado bien. Por la mañana ha habido alarmas por los bombardeos aéreos, y luego el aviso de que el peligro había pasado. Por ahora todo está tranquilo. Qué pasará a continuación, nadie puede saberlo. Te mando un beso, querido mío, mi amor. Dales a todos saludos cordiales de mi parte. Mamá». El 29 de junio, después de recibir otra transferencia, escribió: «Estoy inquieta por saber si sigues en Moscú o te has marchado. ¿Te llegan mis cartas? ... Ahora estoy más tranquila que en los primeros días; una se acostumbra a las cosas, y ahora ya no siento necesidad de dormir con ropa de día». Escribió que no estaba sola; recibía la visita de conocidos y los vecinos le traían comida del bazar, aunque los precios se habían disparado. El 1 de julio, en respuesta a un telegrama de Grossman (que no se ha preservado, como es lógico), Yekaterina Savélievna escribió que su hija Katia estaba a salvo en el campamento de verano. Sobre sí misma, dijo: «Vivo como todo el mundo, cariño: a la espera de las últimas noticias, leyendo los periódicos y, a veces, muy preocupada». [12] Fue su última carta desde Berdíchev. Pero a Grossman no le llegó hasta mucho después. En septiembre le escribió a su padre: «Los días y las noches son un sinvivir, temiendo por mamá y Katiusha». [13] En octubre, al saber que Katia y Galia habían podido huir de Kiev, escribió: «Estoy muy contento de que hayan encontrado a Katiusha, pero eso redobla mi inquietud por mamá». [14]

En agosto, antes de partir hacia el frente, envió a los servicios centrales de evacuación una consulta sobre su madre. Casi un año más tarde, en mayo de 1942, llegó la respuesta: el nombre de su madre no figuraba en la lista de los evacuados. Grossman le escribió a Semión Osipóvich: «Ya había comprendido que no había conseguido salir, pero al leerlo en negro sobre blanco se me cayó el alma a los pies». [15] Por entonces ya tenía noticia de que la población judía de los territorios soviéticos ocupados había sido masacrada. El 30 de diciembre de 1941, cuando las fuerzas soviéticas liberaron Kerch, en Crimea, se reveló que los pelotones de Einsatzgruppen habían asesinado a siete mil judíos. La masacre se desarrolló de forma organizada, a lo largo de tres días: llevaban a la gente a una trinchera anticarro de las inmediaciones de la ciudad y los fusilaban. La prensa soviética publicó una descripción de la matanza con fotografías de los cadáveres. [16]

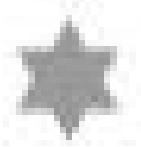
En septiembre de 1941, mientras estaba en el frente, Grossman tuvo un sueño revelador, que describe en su novela *Por una causa justa* : «Aquella noche Shtrum soñó que había entrado en una habitación atestada de almohadas y sábanas tiradas por el suelo en la que había un sillón que, según le pareció, aún conservaba el calor de la persona que se había sentado en él poco tiempo antes. En la estancia no había nadie; al parecer, sus ocupantes se habían ido precipitadamente en mitad de la noche. Contempló largo rato un pañuelo que colgaba del sillón y, de pronto, tuvo la certeza de que su madre había dormido allí. Pero ahora la habitación estaba vacía...». [17] (Su madre pereció de hecho a mediados de septiembre, durante la masacre de doce mil judíos de Berdíchev.) Grossman había tenido noticia de la matanza de la población judía, pero no se resignaba a creer que su madre había muerto así. En noviembre de 1942 escribió a Semión Osipóvich: «Pienso en mamá, y aún no me puedo creer que muriera. Es superior a mi alma. El verdadero dolor solo vendrá más adelante». [18] Grossman quedó excluido del servicio militar por mala salud. [19] Pero como muchos periodistas y escritores soviéticos, quería que lo enviaran al frente como corresponsal de guerra. A finales de julio se dirigió al general de división David Órtenberg, en la central del departamento político

del Ejército Rojo. Órtenberg dirigía *Krásnaia Zvezdá* («Estrella Roja»), el periódico del ejército. Grossman carecía de formación militar y también de la apariencia de un corresponsal de guerra: necesitaba gafas, adolecía de asma y pesaba noventa kilos. (Durante la contienda perdió peso con rapidez.) Órtenberg, no obstante, lo conocía como a un escritor de talento, el autor de *Stepán Kolchuguin* , y quería sumarlo al equipo de corresponsales. Como Grossman nunca había prestado servicio en las fuerzas armadas ni era tampoco miembro del partido, Órtenberg le asignó la graduación de intendente (lo mismo le sucedió a Konstantín Símonov). Ahora bien, antes de enviarlo al frente Órtenberg encargó a un coronel retirado que lo instruyera. Al convertirse en corresponsal especial de *Estrella Roja* , Grossman se incorporó a un grupo de figuras del periodismo y la escritura, como Ehrenburg y Símonov.

Grossman no tardó en demostrar su resiliencia y la capacidad de escribir en cualquier circunstancia. Sus reportajes aparecían dos o tres veces al mes. En el verano de 1942, el periódico publicó su primera novela sobre la guerra, *El pueblo es inmortal* . La novela adquirió una enorme popularidad en el frente y se convirtió en un clásico soviético. Los boletines soviéticos oficiales apenas revelaban la verdad de lo que estaba sucediendo en el frente. Las supuestas victorias eran completamente falsas. Se informó, por ejemplo, de que el 22 de junio la artillería antiaérea del Ejército Rojo había destruido setenta y cinco aviones alemanes. [20] En realidad, la URSS estaba perdiendo cientos de aparatos sin que llegaran siquiera a despegar. [21] Los alemanes, gracias a los vuelos de reconocimiento anteriores a la invasión, sabían dónde estaban exactamente los aeródromos soviéticos. Por otro lado, los comandantes del Ejército Rojo, faltos de experiencia, habían trasladado la mayor parte de sus aviones a aeropuertos civiles próximos a la frontera. [22]

Las purgas militares de Stalin habían privado al ejército de sus mandos principales. Se había liquidado a tres de los cinco mariscales, quince de los dieciséis comandantes, sesenta de los sesenta y siete comandantes de cuerpo, y a diecisiete comisarios. Se los sustituyó por oficiales menores, ascendidos a toda velocidad.

Al comenzar la guerra, todo el Frente Occidental (el antiguo Distrito Militar de Bielorrusia) estaba dirigido por un ex comandante de brigada, Dmitri Pávlov. Esta región crucial había estado al mando del general Uborévich, pero este fue ejecutado en 1937. Durante los primeros días de la invasión alemana, el general Pávlov perdió la comunicación con sus tropas y «en lo esencial, no sabía qué estaba pasando en el frente». [23] Stalin se apresuró a derivar sobre Pávlov toda la culpa del caos y las pérdidas devastadoras. Tras la derrota en la batalla de Białystok-Minsk, se hizo regresar del Frente Occidental al general Pávlov y a Klimovski, el jefe de su Estado Mayor, se les acusó de traición y se les fusiló.



El 5 de agosto Grossman se marchó hacia lo que había pasado a llamarse «Frente Central», dirigido por el general Andréi Yeriómenko, sustituto del general Pávlov. Grossman se dirigía a Gómel, en Bielorrusia, con otros dos corresponsales de *Estrella Roja* : Pável Troianovski y el fotoperiodista Oleg Knórring. Los alemanes tomaron Gómel, al sureste de Minsk, el 28 de junio. «Me contaron que, después de prender fuego a Minsk —apuntó Grossman en un cuaderno—, hicieron caminar a los ciegos de un hogar de inválidos junto a la autopista, formando una larga cadena, atados unos a otros con toallas.» [24] Sus cuadernos de guerra recogieron mucho material de especial valor, que utilizó luego en sus novelas. Ahora bien, todo lo que pudo ver aquel verano —el caos del frente, la desbandada del Ejército Rojo, la incompetencia de los oficiales, las pérdidas devastadoras— se acabaría ocultando, convertido en tabúes soviéticos. El fracaso del gobierno de Stalin, a la hora de aprestar al país para la guerra e informar de la realidad a los civiles, costaría millones de vidas.

En Gómel, el cuartel general del Frente Central, Grossman se compadeció de los civiles que continuaban con su vida sin comprender la gravedad de la situación: «¡Gómel! ¡Qué tristeza en esta ciudad pequeña, tranquila y verde, en los encantadores

jardines públicos, en los viejos sentados en los bancos, en las chicas bellas que pasean por las calles. Los niños juegan en la arena, listos para extinguir las bombas incendiarias ... Los alemanes se encuentran a menos de cincuenta kilómetros». [25] En el aeródromo de Ziabrovo, cerca de Gómel, Grossman entrevistó al teniente coronel Nemtsévich, comandante del 103.° Regimiento de Cazas de la Aviación. Este le habló de su primera noche de guerra en la Bielorrusia occidental, y la «rauda y terrible retirada» del regimiento. En la noche de la invasión, las comunicaciones de esta ciudad fronteriza quedaron cortadas; cuando empezó el bombardeo, los oficiales y sus familias tuvieron que evaluar la situación por sí mismos. «En vísperas de la guerra, muchos de los principales comandantes y generales estaban de vacaciones en Sochi. Muchas unidades de blindados estaban ocupadas instalando motores nuevos; muchas unidades de artillería carecían de proyectiles; los regimientos de aviación no disponían de combustible ... Cuando el alto mando comenzó a recibir las noticias de la frontera, conforme la guerra había empezado, a algunos [oficiales] se les respondió: "No cedan a la provocación".» [26]

Un joven piloto de caza habló con Grossman sobre su primera batalla en los cielos de Białystok. En las primeras horas de guerra, con poca munición, combatió contra varios Messerschmitt. Se quedó sin balas inmediatamente después de haber derribado un avión enemigo. Los alemanes le reventaron los tanques de combustible, incluido uno situado debajo del asiento. Empapado de combustible en llamas, se lanzó en paracaídas, pensando que no podría evitar la muerte. Cuando estaba colgado sobre una masa de agua, las balas de los Messerschmitt cortaron las cintas de su paracaídas. El piloto sobrevivió con quemaduras y, después de un mes de hospital, volvió a la batalla.

Grossman volvió a Gómel en un Polikárpov U-2, un biplano apodado *Kukurúznik* («[fumigador] del maíz»). Los pilotos sonrieron al saber que era la primera vez que volaba y el fotógrafo Knórring retrató a un Grossman sonriente en el avión descubierto. «El vuelo fue una absoluta delicia, cuando de pronto el avión, como una libélula, se levantó con facilidad por encima del bosque y las copas de los árboles y empezó a planear sobre el río y los prados; sentí la

maravilla de tener alas, la ventaja de la libélula sobre el hombre.» [27] Gómel cayó el 19 de agosto; Bielorrusia en su conjunto, poco después.

Ante una situación que cambiaba con gran celeridad, y con unas comunicaciones prácticamente inexistentes, Grossman, Troianovski y Knórring solo evitaron ser apresados gracias a una combinación de suerte e ingenio. Huían hacia el noreste de Ucrania, por la carretera de Kiev, donde los soviéticos no tardarían en sufrir un desastre militar. Stalin, decisivo en tanto que comandante supremo, rechazó una propuesta de Gueorgui Zhúkov, el jefe del Estado Mayor General. Zhúkov, que preveía que Guderian se abriría paso hasta rodear a los ejércitos soviéticos cerca de Kiev, planteó llevar ocho divisiones del Extremo Oriente y retirarse por detrás del Dniéper. Pero Stalin dio la orden de mantener Kiev y el Dniéper al coste que fuera: «Kiev era, es y será soviético». [28] Zhúkov fue sustituido por la figura más dócil del mariscal Borís Sháposhnikov, que había sobrevivido a las purgas. La intromisión de Stalin en las operaciones militares costó una incalculable pérdida de vidas. Los alemanes tomaron Kiev el 18 de septiembre; cinco ejércitos quedaron destruidos y más de medio millón de soldados soviéticos cayeron presos. [29] Los prisioneros de guerra soviéticos recibieron un trato bestial: la mayoría fueron aniquilados mediante marchas letales, por inanición, o hallaron la muerte en los campos de Auschwitz, Dachau, Buchenwald y otros campos de exterminio. En palabras de Timothy Snyder: «En un solo día del otoño de 1941 morían tantos prisioneros de guerra soviéticos como la suma de todos los prisioneros de guerra británicos y estadounidenses fallecidos en el transcurso de la segunda guerra mundial ... Los alemanes fusilaron, según un cálculo conservador, a medio millón de presos soviéticos. Con el hambre y los malos tratos en tránsito, mataron a cerca de 2,6 millones más. En total perecieron quizá 3,1 millones de prisioneros de guerra soviéticos». [30] Es decir, si los hubieran capturado, Grossman y sus compañeros se habrían enfrentado a una muerte segura.

Cuando los alemanes lograron rodear a las tropas soviéticas cerca de Kiev, abrieron el camino a la conquista general de Ucrania. Luego ocuparon el Dombás —apodado «el Ruhr soviético» por sus

recursos de carbón— y Járkov. En Viazma-Briansk atraparon otra enorme bolsa de soldados soviéticos que dejó muy expedito el acceso a Moscú. El 3 de octubre de 1941 los alemanes habían apresado ya a tres millones de militares soviéticos. [31]

Mientras atravesaba en coche los pueblos ucranianos, Grossman fue testigo de que la población local era reticente a huir de los alemanes. De hecho, muchos ucranianos guardaban tan mal recuerdo de la hambruna y la colectivización estalinistas que más bien esperaban a los alemanes como a unos libertadores. Las mujeres encalaban las cabañas con ánimo festivo: «Nos miran con ojos desafiantes: "¡Es la Pascua!"», observó Grossman. Las ucranianas desconfiaban de las historias soviéticas sobre las atrocidades alemanas: «La vieja dijo, sin alterarse: "Hemos visto qué ha pasado, ya veremos qué vendrá"». [32] Grossman llegó a la conclusión, por aquellas conversaciones, de que aquellos lugareños estaban dispuestos a trabajar para los alemanes. Pero las intenciones de Hitler en los territorios ocupados eran similares a las de Stalin: incautarse de las provisiones para alimentar al ejército propio y dejar a la población local en condiciones de inanición y esclavitud.

A finales de septiembre Grossman asistió al interrogatorio de un motociclista austríaco apresado cerca de Briansk. Fue una comedia de los errores, dirigida por un oficial de inteligencia sin la debida formación. El austríaco, que se expresaba a través de un hablante de yídish que le interpretaba sin saber alemán, se esforzaba por explicar que había visto en la región una gran concentración de los blindados de Guderian. Cuando por fin logró comunicar que había quinientos tanques «aquí mismo», el oficial de inteligencia descartó la información y pasó a la siguiente pregunta de su cuestionario escrito. [33] (Al principio de la guerra, la incompetencia de los oficiales soviéticos era proverbial. Las purgas en las fuerzas armadas habían dejado al ejército sin oficiales de edad experimentados; el nuevo personal militar se tuvo que formar durante la propia guerra. Este aprendizaje *in situ* costó la vida a un número incontable de soldados. En 1941 el ejército soviético sufría veinticuatro mil bajas diarias de las que diecisiete mil eran fatales.) [34]

La velocidad de la retirada soviética fue tal que, en tan solo tres días, Grossman y sus compañeros atravesaron en su coche Bielorrusia y Ucrania hasta llegar a Oriol, unos 350 kilómetros al suroeste de Moscú. Allí, en los primeros días de octubre, un fotoperiodista le contó a Grossman que cientos de tanques alemanes avanzaban hacia la ciudad. Comprendió que eran los mismos blindados de los que había hablado el prisionero austríaco. Intentó alertar a los oficiales del departamento de operaciones local, pero resultó inútil: hicieron caso omiso de la información y siguieron bebiendo. [35] En el cuartel general del distrito militar, un oficinista le dijo a Grossman que necesitaba un pase para entrar y que este documento solo se gestionaba a partir de las diez de la mañana. El escritor comentó: «Reconozco esta calma inalterable, que procede de la ignorancia y, casi de golpe, se transforma en miedo histérico y pánico». [36] Grossman y sus compañeros se marcharon de Oriol justo antes de que cayera en manos de los alemanes, el 3 de octubre.

Corrieron hacia el oeste, por la carretera vacía, hasta el cuartel general del frente, situado a la sazón en el bosque de Briansk. Aquella carretera sin vehículos ni peatones daba miedo: Grossman la describió como una tierra de nadie entre las líneas alemanas y soviéticas. De hecho, iban tan solo dos horas por delante de los blindados de Guderian. Desde el cuartel general del frente hubo otra carrera contra el reloj, antes de que los alemanes cortaran la vía de huida. El 4 de octubre, Grossman y los otros corresponsales se unieron a la gran columna de retirada de civiles y de soldados del Ejército Rojo.

> Pensaba que ya había visto la retirada, pero algo como esto no lo he visto nunca, ni imaginado siquiera. ¡El Éxodo! ¡La Biblia! Los vehículos ocupan ocho filas, suena con violencia el aullido simultáneo de docenas de camiones que arrancan las ruedas del barro. Se pastorean campo a través enormes rebaños de ovejas y vacas; los siguen carros que rechinan, tirados por los caballos, miles de carretas cubiertas con arpillera de color, con chapa y latón, cargadas de refugiados de Ucrania. Por detrás caminan multitudes con sus sacos, sus hatos, sus maletas. Esto no es una inundación ni un río; es el movimiento lento de un océano que fluye, con una anchura de flujo de cientos de metros a la derecha y la izquierda. Cabezas de niños ... las barbas bíblicas de los ancianos judíos, chales de campesinos, gorras de tíos ucranianos, las cabelleras

> negras de las mujeres y niñas judías. ¡Qué calma, en sus ojos! ¡Qué pesar más contenido, qué conciencia del destino, de una catástrofe mundial! [37]

El grupo de Grossman, que viajaba en un coche del Estado Mayor soviético —un Emka abollado— y un camión, dejó subir a decenas de personas; el escritor calificó con acierto al camión como «un Arca de Noé». Después de escapar del cerco, los corresponsales siguieron trayecto hacia Tula. Grossman convenció a los demás de que salieran de la autopista para visitar Yásnaia Poliana. En la mansión de Tolstói imperaba la «confusión previa a la huida»: el personal del museo había empaquetado las pinturas, las vajillas y los libros. La escena recordaba los momentos de *Guerra y paz* en los que familias rusas abandonan Moscú y sus fincas por delante de las tropas de Napoleón. A juicio de Grossman, la novela de Tolstói captaba los acontecimientos de 1812 «con tal fuerza y veracidad» que la ficción se convertía en una «realidad superior». La novela preservaba el pasado con toda la autenticidad. Además, Grossman veía conexiones entre los hechos de hacía más de un siglo y los del presente. [38] Yásnaia Poliana no tardó en convertirse en el cuartel del general Guderian, desde donde este planeó la ofensiva de Moscú.

En Tula los corresponsales pudieron hablar por teléfono con el editor de *Estrella Roja* , que les ordenó regresar a Moscú: «Estábamos poseídos por una alegría radiante, irracional. No he dormido en toda la noche, ¿de verdad veré Moscú?». [39] Al llegar, la plantilla de la editorial inspeccionó el baqueteado Emka y las numerosas marcas de la metralla. El general Órtenberg reprendió a los corresponsales por no haber presentado un artículo «sobre la heroica defensa de Oriol». Grossman contestó que no había habido defensa. Entonces, con el aire de «un patricio romano», Órtenberg mandó que el grupo del escritor volviera «directamente al frente». La misión era tan peligrosa como inútil. El cuartel general del frente se había ido trasladando en paralelo a la propia línea del frente y, como no había comunicación que pudiera advertirles de esos cambios, Grossman y sus compañeros tuvieron suerte de no caer presos. Volvieron al periódico y escribieron toda la noche. Aunque se habían mantenido despiertos con cigarrillos y té cargado, «el editor no

publicó ni una sola línea». [40] Los corresponsales solo habían visto caos; el periódico del ejército solo quería ejemplos de heroísmo.

El extrarradio de Moscú estaba repleto de barricadas y obstáculos anticarro (los «erizos»). El gobierno soviético se mudó a Kúibyshev, un millar de kilómetros más al este. La evacuación de los funcionarios del gobierno y el partido, a mediados de octubre, provocó un pánico general. Las carreteras del este quedaron abarrotadas de coches; en las estaciones de tren se apiñaban multitudes; se saquearon tiendas. Stalin sopesó abandonar la capital, pero a la postre no se movió, después de que Zhúkov le asegurase que la ciudad se defendería a cualquier coste. [41] Zhúkov, de nuevo al mando, estaba planeando la batalla de Moscú.

Grossman pudo pasar unos pocos días en la capital, en compañía de su padre. Semión Osipóvich se había mudado a Moscú poco antes de que estallara la guerra y en aquel momento residía en el apartamento del escritor. Padre e hijo conversaron toda la noche; Grossman habló sobre la guerra y el destino de su madre. «Papá y yo hablamos sobre mi mayor inquietud, pero no es algo de lo que pueda escribir; lo llevo en el corazón día y noche. ¿Vive aún? ¡No! Sé que no; siento que no.» [42] Aquel otoño el padre de Grossman se marchó a Kúibyshev, como muchos otros refugiados, antes de seguir camino hacia el Asia Central.

A Olga y los niños los evacuaron a Chístopol, una ciudad del centro-oeste de Rusia, a orillas del río Kama. Permanecieron allí, junto con las familias de otros escritores, hasta que terminó la batalla de Stalingrado y cambiaron las tornas de la guerra. La esposa y los hijos de Grossman vivían al lado mismo de las familias de Borís Pasternak y Aleksandr Tvardovski. En los períodos de permiso, Tvardovski y Grossman se turnaban para visitar a la familia del otro en Chístopol y llevarles noticias y paquetes. El 13 de diciembre, Tvardovski escribió a su esposa desde Vorónezh: «Ha sido una gran alegría ver aquí a Vasili Grossman. Hace un mes había estado en Chístopol y me ha contado que vivís aceptablemente y que no solo no tienes mal aspecto, sino que te ve bastante bien. Eso me ha tranquilizado y contentado mucho». [43] Las cartas que Grossman enviaba desde el frente eran apasionadas. En otoño de 1941 le escribió a Olga:

> Mi amor, cariño, te he enviado dos cartas ... y aún siento el deseo de charlar contigo, decirte lo mucho que te quiero ... Ya he pasado tres días en Moscú y quizá me marche otra vez al frente dentro de dos días ... ¿Qué te puedo contar? Durante la guerra, como es lógico, he visto mucho más de lo que había visto y sufrido durante toda mi vida. Es como si me hubiera convertido en otra persona. Y en esta guerra he entendido lo mucho que te quiero. ¿Recuerdas que a veces me decías: «Vasia, tú no me amas»? Bueno, aquí he comprendido ... que mi amor por ti es lo más grande de mi vida, me he dado cuenta de que te quiero más que a la vida misma. Recuerda lo que te digo, amor mío: ... He visto padecer mucho a muchas personas, esta guerra es de una crueldad infinita. Los fascistas combaten no solo contra los hombres, sino también contra mujeres, niños y ancianos; todos sufren golpes terribles, sin compasión. He visto ciudades y pueblos reducidos a cenizas; he visto tantas cosas que a veces me sorprende no haber estallado. Creo que tú y yo nos volveremos a ver y te podré contar todo lo que he visto y he tenido que sufrir. [44]

En noviembre, Grossman pasó dos semanas en Kúibyshev, en un apartamento compartido con Ehrenburg y otros corresponsales de guerra. Según recuerda Ehrenburg: «Por la noche se iniciaban conversaciones interminables y de día nos sentábamos a escribir. Vasili Semiónovich ... insistía en la confusión [en el frente] y la resistencia: algunas unidades luchaban con tenacidad ... Hablaba sobre Yásnaia Poliana. En esas fechas dio comienzo a su novela *El pueblo es inmortal* ; más tarde, cuando la leí, muchas páginas me resultaban familiares». [45]

La decisiva batalla de Moscú empezó el 15 de noviembre, con cuatro ejércitos situados para proteger la ciudad desde cuatro posiciones críticas. El general Konstantín Rokossovski, que había empezado la guerra en el Gulag, quedó al cargo del XVI Ejército, que defendía Moscú de los ataques desde el noroeste. Las tropas soviéticas combatieron con una determinación feroz y contaron con la ayuda de un invierno riguroso y adelantado. Con unas temperaturas de entre veinticinco y treinta grados bajo cero, los soldados alemanes se helaban. Hitler había previsto que la *Blitzkrieg* («guerra relámpago») obtendría la victoria antes de que llegaran los fríos y, en consecuencia, las fuerzas alemanas carecían de botas y de ropa de abrigo. [46] El abastecimiento tenía que recorrer un millar de kilómetros de vías férreas soviéticas desde la frontera. A principios de diciembre, el general Guderian comprendió

que el intento de tomar Moscú había fracasado; era necesario detener el avance y reorganizar las fuerzas. En ese mismo momento, el 5 de diciembre, el ejército soviético lanzó una gran contraofensiva con setecientos mil soldados de refresco traídos del Extremo Oriente. [47] En los primeros días de enero de 1942, los alemanes habían tenido que retirarse a entre 100 y 250 kilómetros de Moscú.

Cuando Grossman volvió a la capital desde el frente, el 20 de diciembre, escribió a Olga para contarle que la situación había cambiado, había experimentado un giro radical: «Las carreteras, los campos, están cubiertos de vehículos alemanes destrozados, de artillería abandonada; hay cientos de soldados muertos, cascos, armas. ¡Estamos avanzando!». [48] El 1 de enero de 1942 le contó que la moral del Ejército Rojo había mejorado mucho y las tropas «se sienten fuertes y confiadas». [49] A Ehrenburg también le escribió sobre la transformación que había observado tanto en los hombres como en el curso general de la guerra: «Parece que los hombres han cambiado: están ... llenos de iniciativa, valerosos. Las carreteras están sembradas de centenares de coches alemanes, cañones abandonados ... Esto, por supuesto, todavía no es la retirada del ejército de Napoleón, pero hay indicios de que tal retirada es posible ... Sí, se ha producido un cambio muy importante: es como si la gente hubiera despertado». [50]

El invierno de 1941-1942 fue uno de los más rigurosos en la historia de la Rusia europea: en enero las temperaturas cayeron a cuarenta grados bajo cero. En el artículo «Malditos y ridiculizados» Grossman describe la huida de los alemanes desde los pueblos ocupados en las inmediaciones de Moscú. Los soldados cubrían los uniformes de verano con chales de mujer; algunos robaban mantas y almohadas a los aldeanos. [51] Era un paralelismo deliberado con *Guerra y paz* , que a los lectores no les pasaría por alto. Tolstói había descrito la retirada de la *Grande Armée* napoleónica, a finales de otoño y en invierno, después de renunciar a la captura de la capital; eran escenas muy famosas, en las que los soldados franceses sufrían congelaciones y se amparaban del frío como podían, con chales y abrigos de mujer.

La victoria en la batalla de Moscú puso de manifiesto el fracaso de la guerra relámpago. Alemania se enfrentaba precisamente a la clase de guerra que había confiado en evitar: una confrontación prolongada en el tiempo. Grossman se preguntaba si las tropas rusas serían capaces de triunfar en una campaña larga: «En la guerra he observado tan solo dos actitudes hacia los hechos: o el optimismo extraordinario o la desesperación absoluta. El paso del optimismo al abatimiento es rápido, fácil y abrupto; entre medio no existe nada. Nadie piensa que la guerra va a ser larga, que solo el esfuerzo denodado y sin descanso, un mes tras otro, llevará a la victoria ... Solo hay dos sentimientos: uno) se destruye al enemigo; dos) destruir al enemigo es imposible». [52] Durante la batalla de Stalingrado el escritor pudo observar otros rasgos del carácter ruso: paciencia, resiliencia, la capacidad de resistir penalidades increíbles.

8

La batalla de Stalingrado

> El desenlace de esa batalla había establecido la configuración del mapa del mundo de la posguerra, la medida de la grandeza de Stalin o del terrible poder de Adolf Hitler. Durante noventa días la sola palabra Stalingrado había hecho vivir, respirar y delirar al Kremlin y Berchtesgaden.
>
> VASILI GROSSMAN , *Vida y destino* [1]

En el invierno de 1942 se envió a Grossman al Frente Suroccidental con la misión de cubrir las operaciones del XXXVIII Ejército, al sureste de Járkov. La línea del frente atravesaba la región del Dombás y, en cierto lugar, pasaba a tan solo cincuenta kilómetros de la ciudad de Donetsk, donde él había estado empleado como ingeniero de minas. Allí le dijeron que no temían a los blindados alemanes; el trabajo en la mina sí que daba miedo. Algunos mineros lo reconocieron por el retrato que aparecía en su reciente novela, y se referían a él con el nombre del protagonista: Stepán Kolchuguin. «En el ejército me conocen bien —le escribió a su padre en febrero —. Me reciben bien allí donde vaya y a menudo veo mi libro en las trincheras y los búnkeres.» [2]

Aquel invierno estuvo yendo de un lugar a otro, recorriendo la región en camiones, en trineos y en aviones descubiertos, para entrevistarse con aviadores, artilleros y tanquistas. Una vez, durante una tormenta de nieve, se dirigió a un aeródromo próximo a Svátovo, a veinte kilómetros del pueblo donde se alojaba. El conductor se perdió y el coche quedó atascado en un campo. Por suerte un blindado los detectó y pudo devolverlos a su lugar de origen. En una carta a su padre, Grossman bromeaba con la idea de que por fin había montado en tanque: «Estoy bien y hay mucho trabajo ... Recordarás que hace poco me reprochabas (y no sin razón) que yo no viajaba bastante ... Ahora lo he compensado: habrá viajes e impresiones suficientes para toda la Unión de Escritores». [3]

Algunas de sus impresiones más potentes, aquel invierno, las obtuvo al entrevistar a pilotos de caza. Le contaron que trabajaban en pareja y que el movimiento del avión bastaba para conocer el carácter de un aviador. A Grossman le impresionó el espíritu de camaradería, pero también el comentario de que la vida de un piloto de caza es tan corta como la camiseta de un niño. En un día de invierno, especialmente claro, el escritor pudo observar una batalla aérea librada sobre un pueblo y anotar las sensaciones en un cuaderno. «Un paisaje temible: pájaros con cruces negras, pájaros con estrellas. Todo el terror, todos los pensamientos, todo el temor del corazón y la mente del ser humano se encuentran en estos últimos momentos de la vida de un avión ... Estaban luchando a baja altura, por encima mismo de los tejados. Uno de ellos chocó contra el suelo. A los cinco minutos, otro. Un hombre murió delante de ellos, muy joven, muy fuerte, con grandes deseos de vivir ... Un piloto muerto estuvo toda la noche en una colina hermosa, cubierta de nieve; hacía mucho frío y las estrellas relucían con intensidad. Al amanecer la colina estaba rosa del todo; el piloto yacía en una colina rosada.» [4] En *Vida y destino* Grossman utilizó los esbozos de carácter de estos pilotos y, para recordar sus vidas brevísimas, empleó algunos nombres reales. La imagen del piloto muerto «sobre una colina rosa» también halló lugar expreso en la novela. Grossman cuenta la vida y amores de este joven teniente y

concluye: «¡Cuántos otros como él serán olvidados en estos tiempos inolvidables!». [5]

Aquel mes de marzo, Grossman comentó que, en comparación con el otoño anterior, el estado de ánimo de las tropas estaba mejorando: «Ahora es absolutamente distinto. Hay confianza, alegría, luz». [6] Era una impresión derivada de muchos encuentros, entrevistas y un trayecto nocturno al pueblo de Zalimán, en compañía de unos artilleros: «Noche. Nevasca. Camiones, artillería. Se mueven en silencio. En una encrucijada una voz ronca: "Eh, ¿cuál es la carretera de Berlín?". Carcajadas». [7] Grossman seguía preocupado por su familia, repartida por diversos lugares del país. El padre estaba entonces en Samarcanda; Galia y Katia, en Tashkent, en el Asia Central. Olga y los niños seguían en Chístopol; el escritor se comunicaba sobre todo por medio de la institutriz alemana, Jenny Guenríjovna, que continuaba en Moscú. Las cartas de la capital se distribuían con rapidez, a diferencia del correo de Chístopol, en la República Autónoma Tártara. «Trabajo mucho, y es un trabajo interesante —le escribió a su padre—. Me encuentro animado. Mi gran inquietud es la gente que quiero ... Y sueño a menudo con mamá: ¿qué le ha pasado?, ¿vive?» [8]

Como corresponsal de guerra, Grossman tenía el privilegio de acceder a toda clase de información. Leía los diarios de guerra de las divisiones, de los cuales —además de los diversos episodios y ejemplos de heroísmo que el editor le pedía— copiaba informes sobre el estado de ánimo de las tropas, relatos de deserciones, etc. Grossman sabía que toda división del ejército contaba con Destacamentos Especiales del NKVD. Estas unidades del NKVD —que luego se conocerían como SMERSH, acrónimo ruso de «¡Muerte a los espías!»— investigaban casos de traición y deserción y perseguían a los «elementos antisoviéticos» del ejército. Se detenía a los soldados por la mera sospecha de que pudieran desertar o infligirse daño a sí mismos, y eran juzgados por tribunales militares. Grossman quedó impresionado por el coraje de un comisario judío, cierto Mordiújovich, que logró evitar el fusilamiento de un soldado de su batallón de artillería. Era uno de sus hombres más valerosos: un obrero de Tula, acusado en falso. Un tribunal militar castigó la supuesta deserción con la pena de muerte y lo

llevaron a un bosque para ejecutarlo; pero el arma se encasquilló y consiguió huir. En secreto, el soldado regresó con su batallón. El comisario, que sabía de su inocencia, lo mantuvo oculto durante cinco días, mientras solicitaba la revisión de la causa. Se mostró tan enérgico y convicente que el caso llegó a la mesa del comandante del Ejército, que anuló la condena.

Los diarios de las divisiones también informaron a Grossman sobre los soldados de los batallones disciplinarios, los *shtrafniki* . Los tribunales militares les habían perdonado la vida pero a cambio se les situaba en primera línea durante los ataques. Durante la guerra, unos 422.700 hombres prestaron servicio en estos batallones, y pocos sobrevivieron: se les asignaban las misiones más peligrosas y la munición más deficiente. [9] Grossman pudo ver a algunos de estos hombres condenados y describió sus caras congeladas, los capotes harapientos, la tos terrible. Muchos soldados de los batallones disciplinarios eran ex reclusos del Gulag que habían elegido el frente antes que morir de inanición en los campos de trabajo de Siberia.

Los prisioneros de guerra alemanes admitieron que Hitler daba un trato inhumano a sus propios soldados. Aquel invierno Grossman pudo ser testigo de interrogatorios en los que los presos alemanes hablaban de la orden hitleriana de «no ceder ni un palmo del territorio ocupado». Los presos contaban que la orden se había leído en voz alta, junto con las penas de muerte para los desertores. [10] El 28 de julio de 1942, durante la ofensiva de verano alemana, Stalin aprobó una directiva similar, la Orden n.° 227, conocida como «Ni un paso atrás». En la directiva de Stalin se podía leer: «¡A los cobardes y los que siembran el pánico hay que eliminarlos *in situ* !». [11]

Después de un año y medio en el ejército, ya adaptado por completo a su trabajo como corresponsal de guerra, Grossman le contaba a su padre: «A veces parece que siempre haya estado viajando en camiones, durmiendo en casetas y cabañas medio quemadas, y que nunca haya tenido una vida distinta. ¿Lo he soñado, quizá? ... Me he convertido en un auténtico soldado: juro como ellos, y mi voz se ha vuelto ronca por el tabaco y el frío». [12] Los vuelos invernales en aviones de cabina descubierta le costaron

a Grossman una bronquitis. Necesitaba un descanso y le pidió al editor un tiempo de permiso. Había reunido una gran cantidad de material y quería escribir una novela corta sobre el verano y otoño de 1941.

En abril, durante «una relativa tregua en el frente», Grossman llegó a las oficinas moscovitas de *Estrella Roja* . Órtenberg accedió sin problema a la solicitud de dos meses de permiso para escribir una novela corta. Grossman había adquirido buena reputación: sus reportajes se leían con avidez y habían incrementado la popularidad del periódico. Durante tal estancia en Moscú firmó un contrato para un libro breve de escritos bélicos. Su economía lo notó favorablemente: pudo enviar dinero a su padre, a Galia y a Katia, y planeaba llevarle una parte del adelanto editorial a su familia, en Chístopol. El 10 de abril Grossman se puso en camino hacia esta ciudad, con la intención de redactar la novela.

Cuando el tren lo dejó en Kazán empezaron los infortunios. Mientras dormía en la estación le robaron el dinero que pretendía entregar a la familia. Desde Kazán debía viajar 140 kilómetros hacia el sureste. Pero las carreteras estaban tan embarradas que solo se podía llegar a Chístopol a pie, campo a través. Durante la marcha —que duró tres días— también le robaron la comida que llevaba como regalo. María Tvardóvskaia, vecina de Grossman en Chístopol, narró la terrible experiencia en una carta para su marido: «Hoy ha llegado Grossman, a pie desde Kazán. Ha venido caminando porque no había transporte. Tres días de marcha ... Le habían robado el sobretodo cerca de Moscú, y en la capital le dieron otro ... Cogió un tren. En Kazán le robaron todo el dinero; unos tres mil rublos, con lo que tuvo que seguir a pie, sin más alimento que una hogaza de pan. Pero hasta esto se lo quitó un compañero que se había ofrecido a cargar con las cosas de Grossman. La mitad de sus cosas eran paquetes de otras personas ... Se le acabó la suerte. Aun así pudo entregar algunos paquetes ajenos. El mío entre ellos, intacto. He corrido a dejarles quinientos rublos [a los Grossman]». [13]

Tras presentarse en Chístopol con las manos vacías, Grossman comprobó que Olga había pasado de ser «una mujer muy recia a un puro esqueleto» de tan solo cuarenta y cuatro kilos. Por esta

circunstancia, la habían exonerado de su agotador empleo en una granja colectiva; cuando llegó su marido, trabajaba en una cooperativa para impedidos. El adolescente Misha, que conducía camiones, se había convertido en la fuente principal de sustento de la familia.

Grossman procuró quitar importancia al dinero perdido, pero la mala suerte parecía perseguirle. Al poco de llegar a Chístopol les robaron durante la noche, mientras todos dormían. Grossman había ido a casa de un vecino, a escuchar las noticias, y había olvidado cerrar con llave. Por la mañana la familia descubrió que les habían despojado, entre otras cosas, de todos los abrigos de invierno. Cuando la noticia se difundió entre la colonia de escritores, Pasternak acudió a donarles su nuevo abrigo de lana. Algo más tarde, Olga vio a una mujer vendiendo sus pertenencias en el mercado y pudo recuperar algunas.

En Chístopol Grossman trabajó con absoluto denuedo para cumplir con el plazo de entrega. Leyó algunos capítulos de la nueva novela a escritores locales, que la recibieron con grandes alabanzas. Aun así, Grossman entendía que les gustaba no porque el trabajo fuera excelente en sí, sino porque la prosa contemporánea era extraordinariamente mala. [14] Por la tarde, sentado bajo un manzano en flor donde se gozaba de especial tranquilidad, preveía el próximo regreso al frente. Recordaba el comentario de un general que afirmaba que los corresponsales son las figuras más valientes de una contienda bélica: cambian una y otra vez de la retaguardia a la primera línea, y nada hay más duro que la transición de la paz a la guerra.

En mayo Grossman tuvo noticia de que los ejércitos soviéticos habían sufrido un cerco de grandes proporciones cerca de Járkov. El desastre obedecía a las interferencias de Stalin en las estrategias del Estado Mayor General. Aunque los generales habían aconsejado consolidar las propias fuerzas, Stalin insistió en emprender una ofensiva inmediata. Llegó a acuerdos con comandantes individuales y dio su respaldo a una propuesta del mariscal Timoshenko para reconquistar Járkov en mayo. Esta campaña —al igual que la ofensiva soviética por Kerch— supuso un fracaso sonoro. En Járkov los soldados del Ejército Rojo fallecieron

por miles y un mínimo de 237.000 se convirtieron en prisioneros de guerra. En Kerch se perdieron otros 176.000 hombres. [15] El ejército soviético volvía a estar en retirada.

En la nueva novela, *El pueblo es inmortal* , Grossman refiere hechos similares del año anterior. La historia se repetía. En 1942 los alemanes lanzaron su segunda ofensiva de verano y el Ejército Rojo se las veía y se las deseaba para que sus tropas no quedaran rodeadas. El tema de la novela de Grossman era de lo más oportuno. Escribió para honrar el coraje y el sacrificio de aquellos soldados y oficiales corrientes que lograban imponerse a circunstancias imposibles; las historias que narra pretendían animar a las tropas soviéticas en 1942. La idea central se refleja ya en el título: era la guerra de un pueblo que aspiraba a liberarse, y Grossman celebra a los que sacrificaban la vida para obtener la libertad. Compara a los soldados del Ejército Rojo con los revolucionarios que murieron por la igualdad universal. [16] La novela destacó por centrar la mirada en las personas, por lo bien que el autor conocía las realidades de la guerra y por la capacidad de describir un panorama general de lo sucedido.

A partir de los materiales de sus cuadernos, Grossman narra la historia de un valeroso comisario de brigada, Nikolái Shliapin, que reúne a los últimos restos de su 94.ª División de Infantería en un bosque bielorruso para convertir a unos soldados desmoralizados en guerrilleros. A la postre logra comunicarse con el ejército regular y guía a lugar seguro a cientos de personas: soldados y civiles, incluidos refugiados judíos de Minsk. El comisario real le refirió estas vivencias a Grossman en septiembre de 1941, poco antes de hallar la muerte en combate.

La novela también incluye la historia del heroico regimiento del comandante Babadzhanián. En septiembre de 1941, mientras estaba en el frente de Briansk, Grossman tuvo noticia de una batalla desigual, encabezada por el 395.° Regimiento de Infantería. Este, integrado por 120 soldados, luchó con heroicidad para frenar el avance del II Grupo Blindado de Guderian. Pese a hallarse en una inferioridad numérica abrumadora, los guerreros de Babadzhanián acertaron a cubrir la retirada del ejército. La mayoría perdió la vida en el intento. Grossman quiso escribir sobre este regimiento y

entrevistar al que era por entonces su comandante, pero el departamento político consideró que la tarea era demasiado peligrosa. Más adelante, además, le dijeron que Babadzhanián había muerto en la guerra, de forma que, cuando describe su fallecimiento en la novela, no modifica el nombre. Pero en 1944, durante la liberación de Ucrania, Grossman se encontró inesperadamente con su héroe. Babadzhanián había leído la novela y se había reído al enterarse de su propia y prematura muerte.

Grossman quería que la nación conociera a unos héroes que habían luchado con gran valentía. La mayoría sufrieron una muerte anónima: al principio de la guerra se barrió del mapa a divisiones enteras y los soldados quedaron en los campos y bosques en los que habían caído. En 1941 a Grossman le sorprendió el hecho de que el Ejército Rojo careciera de equipos funerarios. Miles de soldados, a los que Rusia debía la salvación, no recibieron sepultura. El escritor vio alguna que otra señal improvisada, pero la tinta de las inscripciones se iba borrando con la lluvia y la nieve. Tanto en sus artículos como en su siguiente novela, *Por una causa justa* , insistió en la necesidad de recordar a los caídos.

Con *El pueblo es inmortal* , Grossman fue el primero en mostrar la retirada masiva del Ejército Rojo en el inicio de la guerra, un tema que ningún otro escritor soviético se atrevió a abordar. Describe «el éxodo»: miles de soldados, la artillería pesada, los refugiados que huían de Bielorrusia y Ucrania. El estado de ánimo del ejército en aquellos días terribles se refleja en un sintagma expresivo: «el polvo gris de la retirada». (La imagen apareció de nuevo en un reportaje posterior de aquel mismo año.)

El capítulo «La muerte de una ciudad» retrata la destrucción de Gómel, de la que fue testigo en agosto de 1941. «Algunas escenas quedaron grabadas para siempre en su memoria: un hombre salió corriendo de su casa al tiempo que gritaba: “¡Fuego, fuego!”. De pronto, al ver que a su alrededor todo se había convertido en una inmensa hoguera, se calmó y, sentado en la calzada, permaneció inmóvil.» En una plaza hay una joven con el cadáver de una niña en brazos. «En la esquina de la calle yacía un caballo herido. En sus ojos vidriosos, pero aún vivos, Bogariov vio reflejada la ciudad en llamas.» [17] Con el ejemplo de Gómel, una ciudad antigua,

Grossman describe la destrucción de la civilización mundial. La idea se proyecta a través de la muerte de un viejo abogado que perece en el intento de salvar su biblioteca, con ejemplares preciosos, como unos *Anales* del historiador romano Tácito. [18]

En esta misma novela Grossman predice la derrota del fascismo. Imagina a unos historiadores del futuro que analizan los mapas militares alemanes para determinar quién había ordenado cometer las masacres y destruir las ciudades y los pueblos. Más importante aún, Grossman contempla una versión de los juicios de Núremberg: «Llegará un día en que el tribunal de los grandes pueblos iniciará sus sesiones». Expresa su confianza en que la nación alemana quedará horrorizada por sus crímenes de guerra y denunciará el fascismo. [19] Sin embargo, en esta primera novela, escrita para su periódico, Grossman no podía examinar la guerra en toda su profundidad.

En junio de 1942 envió el manuscrito, de doscientas páginas, al editor de *Estrella Roja.* Órtenberg la leyó «de una tirada» y convocó al escritor de inmediato, para anunciarle que daría a la imprenta la obra completa, sin recortarla. En julio el periódico empezó a publicar la novela por entregas diarias. Apareció en dieciocho números consecutivos y se leyó con avidez en el frente. Según palabras posteriores de Órtenberg: «No se había escrito nada parecido desde que empezara la guerra. E incluso acabada esta, los historiadores de la literatura destacaban *El pueblo es inmortal* entre las obras más relevantes del período ... La novela hablaba de valor, generosidad y tenacidad, temas que siguen siendo de lo más actuales en nuestros días». [20] La obra se convirtió en efecto en un clásico de las letras soviéticas y gozó de multitud de reimpresiones.

Mientras *Estrella Roja* iba imprimiendo las entregas, Grossman prácticamente se trasladó a vivir a la oficina del editor, donde leía las pruebas hasta entrada la madrugada. Temía las correcciones editoriales porque comprometían la precisión y no perdía de vista a Órtenberg mientras este introducía cambios.

Mediado el mes de julio, Grossman escribió a su padre: «Estoy contento por el éxito, el periódico tiene una cantidad de lectores enorme». [21] Le preocupaba cómo se recibiría la obra en las fuerzas armadas, pero al volver al frente descubrió que todos, «de la cúpula

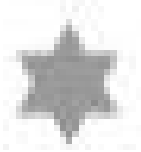
a la tropa», estaban satisfechos con la novela. La última entrega se publicó el 12 de agosto y, al poco tiempo, el escritor le decía a Semión Osipóvich: «Tu corazón paterno se habría henchido de orgullo de haber sabido y visto cómo me han recibido en el ejército después de publicar la novela. Querido padre: mis asuntos no podrían ir mejor —éxito, reconocimiento—, pero me queda un pesar, un pesar grave. Deseo de todo corazón ayudar a todos mis seres queridos, poder reuniros a todos. Me atormenta pensar qué suerte habrá corrido mamá». [22]

El 23 de agosto la Luftwaffe bombardeó Stalingrado, lanzando toneladas de bombas incendiarias y de demolición, que redujeron la ciudad a escombros. [23] Aquel mismo día, Grossman y sus colegas de corresponsalía tomaron un coche hacia el frente. El escritor estaba a punto de hacer la crónica de la batalla más decisiva y sangrienta de toda la segunda guerra mundial. Las bajas totales de la batalla de Stalingrado —muertos, heridos y presos— ascenderían a dos millones.

La batalla de Stalingrado determinó el resultado de la guerra. En realidad, en su versión inicial, la Operación Azul solo pretendía conquistar para Alemania los recursos petrolíferos del Cáucaso. El VI Ejército del general Paulus debía avanzar en dirección a Stalingrado, pero sin tomar la ciudad. Pero el 9 de julio Hitler ordenó simultanear dos misiones: conquistar Stalingrado y avanzar hacia el Cáucaso. Hitler creía que la resistencia rusa se estaba desvaneciendo, que Stalin había agotado los recursos humanos y materiales. Cuando le presentaron informes de inteligencia según los cuales Stalin todavía podía reunir a 250.000 soldados al norte de Stalingrado y medio millón en el Cáucaso, el líder nazi montó en cólera. En buena medida hacía como Stalin: daba más importancia a la ideología que a la experiencia militar, y afirmó: «Ahora necesitamos el ardor nacionalsocialista, no la pericia de unos profesionales». [24] (En *Vida y destino* , Grossman hace que el general Paulus le diga al general Schmidt, jefe de su Estado Mayor, que la orden de capturar «esta ciudad es absurda e innecesaria».) [25] Pero Hitler se aferraba a la importancia simbólica de vencer en Stalingrado, como ciudad bautizada con el nombre de su rival.

Para Stalin esta ciudad representaba su pasado bolchevique: la defensa de Tsaritsyn, que él había organizado durante la guerra civil. [26] Tenía a Stalingrado por una ciudad de su propiedad: la idea de perderla ni siquiera se le pasaba por la cabeza. Al igual que Hitler, Stalin interfirió a nivel operativo para corregir decisiones de su Estado Mayor General. Cuando, por un golpe de suerte, cayeron en manos rusas los planes de una fase inicial de la Operación Azul, Stalin descartó los datos de la inteligencia, considerándolos una estratagema de Hitler. [27] Estaba convencido de que en realidad los alemanes pretendían atacar Moscú, no establecerse en el río Don y avanzar desde allí hacia los yacimientos petrolíferos del Cáucaso. Así, cuando los alemanes empezaron la ofensiva de verano en dirección al sur, fue necesario redistribuir a toda prisa las tropas soviéticas. La intervención de Stalin en los asuntos militares, una vez más, se tradujo en la muerte de decenas de miles de personas. El general Yeriómenko, comandante en jefe del frente de Stalingrado, le diría a Grossman: «Habíamos situado nuestras tropas en posiciones estúpidas ... Lo único que hacíamos era echar más soldados [a la batalla]». [28] Tanto Stalin como Hitler siguieron mostrándose indiferentes al coste humano del enfrentamiento, y enviaron a cientos de miles de soldados a la batalla de Stalingrado. Además, los dos dictadores introdujeron medidas represivas brutales con miras a frenar la deserción. Cuando en *Vida y destino* compara los regímenes de Hitler y Stalin, Grossman parte de esta clase de semejanzas.

En *Vida y destino* , el teniente coronel Darenski, del Estado Mayor del cuartel general del frente, dice en referencia a la orden de Stalin del 28 de julio («Ni un paso atrás») que el temor a desobedecer hizo que se perdieran vidas incontables: «En cierto lugar los alemanes estaban machacando a cientos de los nuestros. Bastaba con replegarse a la otra pendiente de la colina para que los hombres estuvieran a resguardo. Desde el punto de vista táctico no se salía perdiendo, y habrían conservado intacto el equipamiento. Pero la orden era “ni un paso atrás”, así que los dejaron bajo el fuego: los hombres perecieron y el material fue destruido». [29] Tan solo en Stalingrado, los tribunales militares soviéticos dictaron miles de penas de muerte por supuestas retiradas de los soldados.



Stalingrado distaba un millar de kilómetros de Moscú, y Grossman y sus compañeros tardaron casi cinco días en recorrer las carreteras deficientes y hacer paradas nocturnas. Por todas partes, en los pueblos y ciudades por los que pasaban, el escritor veía que la fuerza de trabajo había pasado a recaer principalmente en las mujeres. «En los pueblos reinan las mujeres», apuntó en sus cuadernos, y detalló cómo las mujeres cargaban con todas las labores de la retaguardia: manejaban tractores, producían pan, se afanaban en las fábricas, sacaban de sus líneas aviones y proyectiles. «Una mujer nos da de comer y nos arma. Y nosotros, los hombres, nos ocupamos de la otra mitad del trabajo: combatimos. Y combatimos mal. Nos hemos retirado al Volga.» [30] En los pueblos Grossman pudo ver que a las mujeres jóvenes también las mandaban al ejército; en las fuerzas armadas faltaba personal, así que se reclutaba a las que tenían formación militar o médica. «Hay una tristeza trágica en los pueblos. Se llevan a las chicas, que lloran; y las madres lloran porque se llevan a las hijas al ejército.» [31] En Rusia, las cifras de las bajas propias no se daban a conocer; pero al pasar en coche por los pueblos se podía constatar la despoblación de las zonas rurales.

En total, participaron en la batalla de Stalingrado 75.000 mujeres y chicas reclutadas en la zona de Stalingrado. Las mujeres manejaron por ejemplo las baterías antiaéreas y de artillería que lucharon contra la Luftwaffe y los blindados alemanes. A las enfermeras, que trabajaban bajo el fuego enemigo, les correspondía recoger a los soldados heridos en combate. En Stalingrado las mujeres sirvieron como telefonistas, artilleras de ametralladoras y morteros, francotiradoras y pilotos. En la ciudad actuaron tres regimientos aéreos integrados enteramente por mujeres. También se las encontraba conduciendo tanques. [32] En «Volga-Stalingrado», su primera aproximación a la ciudad sitiada, Grossman describe las instalaciones antiaéreas manejadas por mujeres jóvenes. Los artilleros que batallaban a su lado contaron al

escritor que las habían visto combatir con valentía y que, en una ocasión, habían detenido el avance de una división de carros blindados.

Grossman, que llegó a finales de agosto, halló una ciudad en cenizas. Tomó notas de sus impresiones en el cuaderno: «Stalingrado ha ardido por completo ... Ha muerto. La gente se [oculta] en los sótanos. Todo está calcinado. Las paredes de las casas están calientes, como los cuerpos de las personas que han muerto entre un calor horrible y aún no se han enfriado». Los civiles que sobrevivieron al espanto del arrasador bombardeo alemán parecían «medio locos»: había «muchas caras risueñas». [33] El calor de la ciudad en llamas fue tan intenso que fundía el hierro y el vidrio. Stalingrado hizo pensar a Grossman en la antigua ciudad de Pompeya, destruida por la violenta erupción del monte Vesubio «un día de vida desbordante». También le trajo el recuerdo de Gómel tras el bombardeo. «Cae la noche en una plaza. Extraña hermosura y terror: un cielo ligeramente rosado mira a través de miles y decenas de miles de huecos vacíos de ventanas y tejados ... Y otro bombardeo más, el bombardeo de una ciudad muerta.» [34] Estas imágenes aparecieron en «Volga-Stalingrado» y también en *Por una causa justa* , donde el autor compara la muerte de una ciudad con un niño moribundo (lo que resulta mucho más doloroso): «Sus edificios se venían abajo del mismo modo en que caen muertas las personas ... Miles de casas se cegaron: los cristales de sus ventanas se habían cubierto con las relucientes escamas de las esquirlas que los estallidos habían desprendido de las aceras ... La enorme ciudad agonizaba en medio del humo, el fuego y el estruendo que sacudía el cielo, la tierra y el agua. Aquel cuadro era terrible, pero lo era aún más la mirada, que la muerte había nublado, de un niño de seis años aplastado por una viga de hierro. Existe una fuerza capaz de reconstruir ciudades gigantescas a partir de sus cenizas, pero no hay nada en el mundo que pueda hacer que los ojos de un niño muerto alcen sus delicadas pestañas». [35]

Al menos cuarenta mil civiles murieron durante los bombardeos de Stalingrado. [36] El número exacto de bajas civiles se desconoce porque la ciudad estaba repleta de refugiados; se cree que, en consecuencia, la cantidad real fue todavía más elevada. Stalin no

autorizó la evacuación de civiles, que interpretaba como un paso previo a la capitulación de la ciudad. Por la misma razón tampoco permitió reubicar las fábricas fuera de la ciudad. [37] Como explica Grossman en «Volga-Stalingrado», las tres plantas principales —la de tractores, la acería Octubre Rojo y la fábrica de armas Barrikady — siguieron funcionando durante las noches de bombardeo. Los tanques que salían de la Barrikady pasaban directamente de la fábrica a los combates. En «El frente de Stalingrado», la última pieza que dedicó a la batalla, Grossman pone de relieve el coste humano de mantener las fábricas hasta el último momento. Describe cómo seiscientas personas —obreros fabriles y sus familias— pasan el invierno en la bodega de una única barcaza, a la espera de que los evacuen por el Volga. Destaca una madre que, exhausta, no hace mucho que ha dado a luz «sobre el húmedo entablado de la bodega». [38] En *Vida y destino* este personaje se encarnaría en Vera Sháposhnikova, enfermera de un hospital local, que se enamora de un piloto de caza, el joven teniente Víktorov, cuyo avión cae derribado sobre un pueblo.

Stalingrado era una gran ciudad industrial que se extendía a lo largo de unos sesenta kilómetros por la abrupta orilla occidental del Volga. Las tropas soviéticas recibían los suministros y refuerzos desde la orilla oriental; en esta ribera se hallaba también el cuartel general de los corresponsales. Más al sureste se abrían ya las estepas de Kazajistán; la guerra se había adentrado hasta el pleno interior del país. La Luftwaffe bombardeaba sin tregua el paso fluvial de acceso a Stalingrado, de una importancia crítica; en ese punto el Volga tenía cerca de un kilómetro y medio de anchura. Durante el primer viaje de Grossman a la ciudad el transbordador, abarrotado de vehículos y personas, quedó varado en mitad del río. Con impotencia tuvieron que contemplar como un Ju-88 alemán lanzaba una bomba. «Un inmenso chorro de agua, recto, azul claro. Sentimos miedo. No hay ni una sola ametralladora en el paso, ni un solo cañón antiaéreo. El Volga, tranquilo y reluciente, se antoja tan terrorífico como un cadalso.» [39]

Durante la batalla, los heridos de la orilla occidental eran evacuados en barcazas remolcadas y barcas de pesca. A Grossman le contaron que uno de los pesqueros recibió un impacto directo y

los 75 soldados heridos de a bordo se ahogaron todos. Entre el 24 de agosto y el 10 de septiembre de 1942 se produjo una evacuación limitada de civiles. Probablemente Grossman sabía que la última evacuación oficial a través del Volga tuvo un resultado trágico. Poco después de que un vapor sobrecargado abandonara el muelle, una bomba lo mandó a pique. Una multitud de mujeres y niños, desolados al principio por no haber podido acceder al transporte, contempló la tragedia desde la ribera. [40] En la novela *Por una causa justa* , Grossman describe la evacuación de un orfanato. Cuando el barco sale del muelle se produce un ataque aéreo. Como en la terrible vivencia del escritor, el motor falla y el barco queda varado en mitad del río. A los más vulnerables y enfermos se les traslada con celeridad a un bote salvavidas, con la intención de rescatarlos. Pero la tripulación logra que el motor vuelva a funcionar y, una vez en marcha, los pasajeros contemplan cómo todos los niños del bote fallecen al recibir este el impacto directo de una bomba.

Avanzado aquel otoño, el Volga solo se atravesaba de noche. Algunos hombres del batallón de transporte fluvial le contaron a Grossman cómo se ajustaban a los ataques de la Luftwaffe. Los alemanes —dijeron— se guiaban por un horario rígido: la Luftwaffe actuaba de 9 de la mañana a 5 de la tarde, «como si se tratara de un trabajo corriente». Así pues, entre las 6 de la tarde y las 4.30 de la mañana siguiente el río se podía cruzar. [41]

El 13 de septiembre, el VI Ejército lanzó un asalto mayor contra Stalingrado, que reventó las líneas de defensa soviéticas y avanzó hasta situarse a menos de doscientos metros del Volga. Al día siguiente los alemanes ocuparon el principal cerro de la zona, el Mamáiev Kurgán. Desde esta colina la artillería podía disparar contra los desembarcos fluviales. Stalin en persona ordenó que la 13.ª División de Guardias de Infantería, del general Aleksandr Rodímtsev, corriera a reforzar Stalingrado. La presión del líder soviético fue tal que los soldados tuvieron que atravesar el Volga a la luz del día y remontar la orilla bajo el fuego alemán. Según Rodímtsev le contó a Grossman, una de las barcazas resultó destruida y sus 41 ocupantes fallecieron. En el artículo «La batalla de Stalingrado», Grossman recrea el momento en el que los

soldados de la división de infantería suben a las gabarras con la sensación de que el «enemigo ... parecía estar en todas partes, en el cielo y en la [otra] orilla», sin la tranquilidad «de la tierra firme bajo los pies. El aire era insoportablemente puro y transparente; insufriblemente límpido era el cielo azul; el sol se mostraba implacable en su brillo, y pérfidamente traidora la turbulenta corriente del agua». [42] Grossman analiza el estado psicológico de unos jóvenes que se enfrentan a la muerte, y acto seguido relata las hazañas de la 13.ª División de Guardias de Infantería, que cobró fama internacional por la gallardía con la que actuó en Stalingrado.

En septiembre y octubre estallaron combates furiosos en el sector industrial de la ciudad. El LXII Ejército del general Chuikov tuvo que retirarse hasta el Volga, a una delgada franja de la orilla occidental. A los soldados que se acercaban a Stalingrado les parecía estar entrando en el propio infierno, pero después de pasar uno o dos días en la ciudad sitiada solían afirmar que aquello era «diez veces peor que el infierno». [43] Si un soldado sobrevivía tres días en la ciudad se lo consideraba un veterano. [44] Después de un día de bombardeo intenso el LXII Ejército solía evacuar a entre dos mil y tres mil soldados heridos.

Al comprender que los alemanes basaban sus éxitos militares en la potencia de fuego y la coordinación entre blindados, infantería, artillería y aviación, el general Chuikov optó por mantenerse a escasa distancia del enemigo, una estrategia que limitaba el apoyo tanto de la artillería como del aire. Chuikov ordenó que sus tropas excavaran las trincheras cerca de los alemanes (a veces, a tan solo veinte metros), lo que dificultaba que la Luftwaffe distinguiera bien entre unos y otros.

Dada esta proximidad a las líneas enemigas, el LXII Ejército de Chuikov recibía a menudo el abastecimiento por vía aérea. Los biplanos U-2, pilotados por mujeres, lanzaban las provisiones de noche. Las pilotos solían apagar los motores para deslizarse en silencio sobre las posiciones soviéticas. Como guía, los defensores encendían lámparas de aceite en el fondo de las trincheras. En *Vida y destino* Grossman relata un incidente del que tuvo noticia durante la guerra. Jrénov, comandante de una compañía soviética, olvida encender las luces, y de pronto oye que «una voz furiosa, perversa»

le dice desde lo alto: «Eh, Jren, ¿por qué no has encendido los faroles?». «Por un instante Jrénov se quedó asombrado, luego sintió pánico: ¿quién podía saber su apellido en el cielo?» [45] (*Jren* tiene, además del sentido literal de «rábano picante», el figurado de «capullo», tanto en la acepción sexual como en la despectiva.) El comandante levanta entonces la mirada y ve un *Kukurúznik* .

La proximidad de las posiciones soviéticas y alemanas creó situaciones absurdas que Grossman exploró con acierto en *Vida y destino* . Durante un bombardeo intenso, un soldado alemán y uno soviético se ocultaron en la misma trinchera, primero sin darse cuenta de la coincidencia. Cuando el bombardeo acaba, los dos se miran fijamente, pero ya no como enemigos, sino como dos seres humanos: «Cuando Klímov se puso en pie, vio a un soldado alemán que yacía a su lado ... Se examinaban en silencio, los dos habitantes de la guerra. El automatismo perfecto e infalible, el instinto de matar, que tanto el uno como el otro poseían, no había funcionado ... Cuando Klímov y el alemán alcanzaron la superficie, los dos se pusieron a mirar —uno hacia el este, el otro hacia el oeste—, no fuera a ser que sus jefes hubieran visto que los dos habían salido del mismo agujero sin haberse disparado. Luego, sin volverse, sin ni siquiera un adiós, ambos se dirigieron a sus respectivas trincheras a través de las colinas y los valles recién labrados, todavía humeantes». [46] No fue una invención de Grossman: el general Chuikov le contó que, durante las incursiones aéreas contra Stalingrado, en más de una ocasión los soldados soviéticos y alemanes se habían escondido en las mismas trincheras.

En Stalingrado se produjeron algunos de los combates más encarnizados de toda la guerra: las calles y los bloques de apartamentos cambiaron de manos muchas veces. Chuikov optaba por el combate cuerpo a cuerpo —la infantería alemana carecía de formación en este campo— y los ataques sorpresa de grupos reducidos, que desgastaban al enemigo. Las tropas soviéticas anclaban las líneas de defensa en las fábricas y los edificios altos, que convertían en fortines desde los que los francotiradores podían causar muchas bajas.

Después de haber pasado, de noche, a la orilla occidental, Grossman entrevistó a dos francotiradores famosos: Vasili Záitsev, al que se atribuía la muerte de 225 enemigos, y Anatoli Chéjov, un joven de diecinueve años apellidado como el gran escritor ruso. Grossman acompañó a Chéjov en una misión. Subieron por la escalera rota de un edificio en ruinas y, desde allí, apoyados contra la pared y ocultos a la sombra de esta, el francotirador vigiló la calle y el edificio de enfrente, controlado por los alemanes. En los momentos de silencio podían oír incluso las conversaciones del enemigo. Durante varios días y noches Grossman miró al mundo con los ojos aguzados de este joven francotirador, lo que fructificó en la pieza «Con los ojos de Chéjov». Buscando humanidad entre el infierno de Stalingrado, Grossman cuenta la historia de un niño que amaba los libros y la geografía, al que la lógica de la guerra transforma en un destructor implacable. El escritor pensaba que el joven francotirador era inmune al miedo; no lo conocía, como no lo conoce un águila. En este texto breve Grossman analiza un tema recurrente en toda guerra: el valor. Acuña un aforismo que se hace eco de la famosa apertura tolstoiana de *Anna Karénina* : «Cada uno es valiente a su manera». [47]

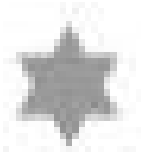
La valentía no era un rasgo natural de Grossman. Para reunir material en primera línea tuvo que superar sus fobias y aceptar misiones arriesgadas. Como escribe en la novela *Por una causa justa* , había podido ver dos clases de corresponsales de guerra: los que obtienen información en el frente y los que la consiguen en los cuarteles generales. Los periodistas que viajaban con las unidades del ejército solían demorarse en la entrega de sus artículos y no enviaban un material del gusto de sus editores. Por el contrario, los que obtenían la información de segunda mano podían transmitirla puntualmente y, por otro lado, las fuentes del alto mando siempre eran positivas, y esto garantizaba que también lo fuera la recepción. [48] Cuando Leonid Kudrevatyj, corresponsal especial de *Izvestia* , le preguntó a Grossman por qué se trasladaba hasta el frente, este contestó: «Para poder escribir sobre la batalla de Stalingrado hay que estar ahí, en la orilla derecha del Volga, con los que luchan entre las ruinas junto al río. Salvo que vaya allí, no tendré el derecho moral de contar la historia de los defensores de Stalingrado». [49]

Pero Grossman ya se había sentido atraído por el epicentro de los acontecimientos antes de convertirse en corresponsal de guerra.

En 1943, en una carta a Olga, había afirmado que «cuando trabajaba en el Dombás, estuve en la mina más calurosa y peligrosa de todas, la Smólianka II; y cuando ha sido el momento de ir a la guerra, me he encontrado en Stalingrado. Doy gracias al destino por esto». [50] Las cartas que le enviaban desde casa tardaban en llegar. En agosto de 1942, Olga le puso al corriente de una tragedia: Misha, aún adolescente, había muerto en un accidente, durante la instrucción militar. Dieciséis chicos se habían reunido en el patio de una oficina de alistamiento para recibir formación. Por alguna negligencia les habían entregado un proyectil real, no de fogueo; la explosión mató a los dieciséis. Pasternak, que siempre era el primero en echar una mano, cavó la tumba de Misha en el cementerio de Chístopol. [51] En septiembre, después de recibir la misiva de Olga, Grossman intentó consolarla:

> Mi querida y dulce Liúsenka ... Veo mucho dolor a mi alrededor ... Veo a mujeres que han perdido a sus esposos e hijos; veo a mujeres cuyos bebés han muerto en un bombardeo ... Intenta ser fuerte, amor mío, no te rindas, nos tienes a Fedia y a mí, y tienes [nuestro] amor y un objetivo en la vida ... Cogí una carta que llevaba un soldado muerto; estaba garabateada con la letra de una niña: «Te echo mucho de menos. Vuelve pronto. Ven a casa. Quisiera verte aunque solo fuera una hora. Te escribo y las lágrimas se me escapan de los ojos. Te escribe tu hija Nina». Esta cartita me hizo llorar, sentí mucho dolor al ver a este padre muerto. Hay mucho, mucho sufrimiento en el mundo, cariño, y ... es más fácil soportarlo cuando se comparte con los demás. [52]

Olga se obsesionó con su propia pena, y la incapacidad de empatizar con Grossman siquiera por la muerte de su madre abrió un abismo entre los dos. Para el escritor, su propia tragedia personal quedaba moderada, en aquel momento, por las tragedias ajenas de las que era testigo día tras día. No olvidaba, por ejemplo, la carta de la chiquilla y el padre muerto. En el apunte «El ejército de Stalingrado» cita la misiva completa y comenta que «aquel padre muerto [s]eguramente estaría releyendo la carta en su hora final, y aquella cuartilla arrugada quedó allí, junto a su cabeza». [53]



En octubre los alemanes intensificaron los ataques con la voluntad de machacar las bolsas de resistencia de la orilla occidental. Chuikov le contó a Grossman que había estado a punto de morir. El cuartel general, en la ribera más pronunciada del río, se alzaba sobre unos tanques de almacenamiento de petróleo vacíos pero que en realidad estaban llenos de combustible. En la noche del 2 de octubre los alemanes alcanzaron los depósitos con balas incendiarias que provocaron una explosión colosal; el petróleo en llamas devoró el cuartel de Chuikov y mató a cuarenta de sus hombres, aunque a él pudieron arrastrarlo vivo al exterior. Grossman tomó nota de la narración de Chuikov: «Torrentes de petróleo afluían en el Volga ... El Volga estaba en llamas. Nos hallábamos a unos quince metros de la orilla ... Una fuente de humo se alzaba a ochocientos metros de altura. Toda aquella sustancia caía al río entre llamas estruendosas. Me arrastraron fuera de aquel río de fuego y nos quedamos al pie del agua hasta la mañana». [54] En *Vida y destino* Grossman utiliza la nota para crear una escena poderosa:

> Parecía imposible salir vivo de aquel torrente de fuego líquido. Las llamas silbaban alzándose con estruendo del líquido que se derramaba llenando las fosas y los cráteres e invadía las trincheras de comunicaciones. La tierra, la arcilla, la piedra, impregnadas de petróleo, empezaron a despedir humo. El petróleo se derramaba en chorros negros y lustrosos de los depósitos acribillados por proyectiles incendiarios, como si enormes rollos de fuego y humo hubieran estado taponados en las cisternas y ahora se desenvolvieran alrededor.
>
> La vida que reinaba sobre la Tierra cientos de millones de años antes, la burda y terrible vida de los monstruos primitivos, se había liberado de las remotas fosas sepulcrales y rugía de nuevo, pisoteando todo a su paso con sus enormes patas, lanzando alaridos, fagocitando con avidez todo a su alrededor. El fuego alcanzaba cientos de metros de altura arrastrando nubes de vapor incandescente que estallaban en lo alto del cielo...
>
> Era sorprendente la rapidez con la que un gran número de soldados había logrado encontrar un camino hacia la orilla y gritaban: «¡Por aquí, corre por aquí, por este sendero!». Algunos habían tenido tiempo de alcanzar dos o tres veces los refugios en llamas y ayudar a los oficiales

del Estado Mayor a llegar a un promontorio en la orilla; en el punto de bifurcación de los torrentes de petróleo que corrían por el Volga había un reducido grupo de supervivientes. [55]

Los defensores de Stalingrado tenían la impresión de que Hitler les había enviado a sus unidades más selectas. [56] Y en Stalingrado, el ataque principal se centró en la zona industrial del norte, donde el LXII Ejército se aferraba a las tres grandes fábricas y la franja circundante. En «El eje de la fuerza principal», Grossman describe cómo la 308.ª División de Infantería del coronel L. N. Gúrtiev defendió la Barrikady durante los peores días de octubre, cuando los alemanes emprendieron un intenso asalto por aire y por tierra. El coronel Gúrtiev asignó dos regimientos a la protección de la fábrica y encomendó a un tercero que mantuviera el flanco y la profunda barrancada de separación. Los defensores sabían que era un destino letal, que «la división debía permanecer allí, luchando a vida o muerte». [57] Para reducir en lo posible los efectos del bombardeo aéreo, los siberianos cavaron trincheras estrechas y profundas, que reducían la exposición a la metralla. El primer día, los regimientos soportaron ocho horas de intensa acometida de los Stuka, bombarderos de picado que potenciaban el efecto psicológico con el ulular de las sirenas. Durante toda la noche la fábrica recibió impactos de morteros y artillería. Por la mañana tuvieron que resistir ataques de los blindados y la infantería.

La defensa de la fábrica Barrikady se prolongó un mes. Durante este tiempo, además de los incesantes ataques aéreos, la castigada división siberiana repelió 117 asaltos de los carros blindados y la infantería. «Hubo un día terrible en el que la infantería y los tanques alemanes lanzaron 23 ataques. Y los 23 fueron rechazados», escribe Grossman. La división, según los cálculos de nuestro autor, había sufrido 320 horas de bombardeos violentos de los bombarderos de picado. «Con este estruendo se hubiera podido ensordecer a toda la humanidad, con este metal y este fuego se habría podido incendiar y destruir un Estado.» Pero los defensores «no solo no se doblegaron, no solo no enloquecieron, no solo no perdieron el dominio de su corazón y de sus nervios, sino que incluso se hicieron más fuertes, más serenos». [58]

Por si fuera poco, Chuikov ordenó que la división, pese a las dificultades que vivía, pasara diariamente a la ofensiva contra las posiciones alemanas. El objetivo era desgastar al enemigo; las fuerzas de los soldados rusos no se tenían en cuenta. En la división siberiana del coronel Gúrtiev, el regimiento de Markélov logró una proeza casi inhumana: atacando bajo el fuego enemigo avanzó un kilómetro. «¡Solo aquí sabe la gente qué representa un kilómetro!», escribe Grossman. «Un viento férreo les fustigaba la cara, pero ellos seguían avanzando, y, seguramente, una suerte de miedo supersticioso se apoderó del enemigo: ¿eran hombres los que iban al ataque, eran mortales? ... Sí, los siberianos eran simples mortales y pocos de ellos sobrevivieron.» [59] (Estas palabras, aunque sin referencia a su autor, están inscritas en una pared del complejo monumental de Mamáiev Kurgán, emplazamiento de las batallas más sangrientas de Stalingrado. De hecho, todas las citas del espacio monumental son anónimas, salvo las de Stalin. En el mausoleo se exhibe un busto del dictador.) [60]

Después de un bombardeo muy intenso, el 14 de octubre, la 14.ª División Acorazada del VI Ejército del general Paulus se lanzó a por la fábrica de tractores de Stalingrado. Los blindados se abrieron paso hasta el interior y se combatió con ferocidad por todos y cada uno de los talleres. Los defensores lucharon «en condiciones imposibles, infernales», escribe Grossman. [61] En *Vida y destino* describe el asalto aéreo y terrestre de la fábrica:

> Una vez hubo comenzado el bombardeo no se produjeron suspensiones ni treguas, y si había una brevísima pausa en medio de aquel fragor incesante enseguida se llenaba con los silbidos de las bombas que impactaban contra el suelo con su carga de hierro. Daba la impresión de que el estruendo continuo y denso, como el hierro fundido, podía partir el cerebro a un hombre, partirle la columna vertebral ... Poliakov cayó de bruces varias veces y, al caer, olvidaba en qué mundo se encontraba, si era joven o viejo, qué había arriba y qué abajo ... Aquella explosión de violencia parecía demasiado extrema para poder prolongarse. Pero el tiempo pasaba y el rugido de las explosiones no cesaba; la niebla de humo negro en lugar de despejarse se espesaba, uniendo cada vez más estrechamente cielo y tierra ... El tiempo había perdido su flujo uniforme, se había vuelto loco, se lanzaba hacia delante, como una onda expansiva; de repente se congelaba, daba vueltas sobre sí mismo como los cuernos de un carnero. [62]

Un piloto de la Luftwaffe calificó de sobrehumana la resistencia soviética: «No logro entender cómo nadie puede sobrevivir a esta clase de infierno; pero ahí están los rusos, aferrados con firmeza a las ruinas, a los agujeros y los sótanos, y a un caos de esqueletos de hierro en el que se han convertido las antiguas fábricas». [63] En la noche del 15 de octubre, los soviéticos evacuaron a 3.500 heridos de posiciones de la orilla occidental. Según le dijo el general Chuikov a Grossman: «Vivíamos por horas, por minutos». [64]

Hacia la misma época, el 27 de septiembre, el sargento Pávlov, de la 13.ª División de Guardias, tomó con su grupo de asalto un edificio de cuatro plantas que se convirtió en un fortín en la misma línea del frente. Aunque se tratara de un acto menor en el conjunto de la batalla, la defensa de la casa de Pávlov adquirió valor simbólico: los rusos no pensaban ceder. Pero la propaganda soviética distorsionó la realidad de la defensa. Se afirmó que Pávlov y su pequeño grupo resistieron el fuego de morteros y de artillería y repelieron los ataques alemanes durante cincuenta y ocho días (el tiempo que Pávlov permaneció en el edificio). En realidad, sin embargo, hubo entre setenta y cien combatientes, y otros dos comandantes, que conservaron la posición durante tres meses y medio, hasta el 10 de enero de 1943.

La defensa de la «casa de Pávlov», uno de los episodios más gloriosos de la batalla de Stalingrado, se recrea en *Vida y destino* con la casa de Grékov, el número 6/1. Los heroicos defensores de la casa son conscientes de que están condenados y esto los libera de cualquier miedo, tanto a los alemanes como al NKVD. Los combatientes hablan sobre las purgas de Stalin y sobre los koljoses, en cuya desaparición confían, una vez acabe la guerra. Así pues, para «erradicar ... el espíritu antisoviético», se envía a la casa de Grékov a Krýmov, el comisario político. Grossman cree que la guerra se libró en defensa de la libertad, como pone de manifiesto el siguiente diálogo entre el comisario y Grékov. Este plantea un modelo de libertad que atañe por igual a los fascistas y los comunistas:

> —Grékov, quiero hablar seriamente con usted, sin rodeos. ¿Qué quiere?
>
> ...

—Quiero la libertad, eso es por lo que lucho.
—Todos queremos la libertad.
—¡Basta! —cortó Grékov—. A usted tanto le da la libertad. Lo único que le importa es dominar a los alemanes. [65]

En «El eje de la fuerza principal», Grossman celebra a la gente corriente que tomó parte en la guerra: soldados, oficiales, también varias auxiliares médicas, chicas de Tobolsk, en Siberia, que se presentaron voluntarias para el frente al terminar la secundaria. De las dieciocho que lo hicieron, quince perdieron la vida, y el escritor las conmemora con su nombre real. Entrevistó a las supervivientes para saber cómo aquellas chicas trataban a los heridos bajo el fuego enemigo y se esforzaban por llevarlos a lugar seguro. [66]

Desde el mes de septiembre, el general Zhúkov —que había sido nombrado comisario de Defensa— y el general Aleksandr Vasilevski dirigieron una contraofensiva a gran escala, bautizada como Operación Urano. Pretendían rodear al VI Ejército y el IV Ejército Acorazado del general Paulus, en un frente de algo más de trescientos kilómetros, cerca de Stalingrado. En las estepas que se extendían al norte y al sur de la ciudad se estaba congregando una fuerza de un millón de soldados, que emprendería una maniobra con el fin expreso de recuperar mucho terreno. La operación, que se puso en marcha el 19 de noviembre, cambiaría las tornas de la batalla. El Ejército Rojo atacó por los flancos de las posiciones alemanas, defendidas por el III Ejército de Rumanía, menos motivado que los propios alemanes. El 23 de noviembre dos puntas de lanza del Ejército Rojo habían penetrado por flancos opuestos hasta encontrarse en la ciudad de Kalach, al oeste de Stalingrado, y completar así el cerco de los dos ejércitos alemanes. Grossman pudo contemplar los primeros pasos desde un puesto de observación. Después de un ataque inicial de la artillería, los blindados soviéticos pasaron las colinas con rapidez, con las tropas de infantería encaramadas en lo alto o siguiéndolos a la carrera. El escritor pudo ver destellos de los disparos a través de la niebla. Luego atravesó en coche el campo de batalla, sembrado de cadáveres de soldados rumanos y rusos, y pensó en los nuevos niños huérfanos de uno y otro bando. [67]

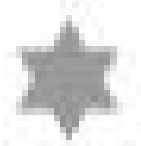
«Por los caminos de la ofensiva», que se publicó el 28 de noviembre, describe esta fase de cambio en la suerte de la batalla. Por el Volga, helado parcialmente, navegan barcazas cargadas de presos rumanos, con sus abrigos insuficientes y los altos gorros blancos. El cadáver de un marino soviético se ha quedado enganchado en el hielo «y lo arrancaron con dificultad. Parecía no querer abandonar el Volga, en el que había combatido y perecido». [68]

Mediado el mes de diciembre, el Volga estaba cubierto por una sólida capa de hielo que permitía abastecer Stalingrado con vehículos terrestres. Grossman se aventuró a cruzar, a pie, hasta la orilla occidental. Era un trayecto peligroso, que debía realizarse de noche; en el sector industrial de la ciudad todavía se combatía, aunque el ritmo de sucesión de las descargas y las explosiones ya no era frenético. El sonido recordaba más bien a una fábrica calmosa cuyos martillos pilones fueron golpeando contra las barras de hierro. La Luftwaffe había dejado de bombardear la ciudad. Los ejércitos alemanes estaban atrapados en una bolsa en la que menguaban tanto los alimentos como la munición. Aun así Stalingrado era un lugar peligroso, con duelos entre los francotiradores. Grossman vio la ciudad en diciembre, no mucho antes de la liberación —el 2 de febrero—, y la describe en un texto expresivo, «El nuevo día»:

> Llega la mañana y el sol se alza por el claro y gélido cielo de Stalingrado ... El sol reluce sobre montones de metal oxidado, el sólido metal de las fuerzas armadas y las fábricas, doblado por la fuerza de las explosiones ... Un sol de invierno brilla sobre las tumbas colectivas y los monumentos improvisados ... Los muertos duermen en las colinas, cerca de las ruinas de los talleres de las fábricas, en los barrancos y las quebradas; duermen donde han luchado ... ¡Tierra sagrada! Uno quiere recordar para siempre la nueva ciudad de la libertad victoriosa de un pueblo que se ha levantado entre las ruinas ... Sí, los soldados han reconquistado el sol, han reconquistado la luz diurna, el magno derecho a pasear por las tierras de Stalingrado, bajo el cielo azul, sin someterse; han conquistado el día. Solo los estalingradenses saben cuánto ha costado esta victoria. [69]

Para este texto, Grossman quizá se inspirase en la famosa cantilena de una famosa novela pacifista sobre la primera guerra mundial, *Sin novedad en el frente* , de Erich Maria Remarque:

«Transitan los camiones con monotonía, suenan las llamadas con monotonía, cae la lluvia con monotonía. Nos cae en la cabeza y cae en las cabezas de los muertos, en el cadáver del pequeño recluta cuya herida es demasiado grande para su cadera, cae en la tumba de Kemmerich, nos cae en los corazones». [70] Tal vez recordara el Eclesiastés: «Sale el sol, y se pone el sol...». [71] (En las obras de Grossman hay una dispersión de referencias bíblicas, expresas algunas, indirectas otras. Así puede verse, por ejemplo, en la descripción de la retirada soviética como un éxodo.)



A mediados de noviembre, Grossman le escribió a Olga desde Stalingrado: «Lo que he visto aquí puede inspirar con justicia la admiración del mundo. El mundo no ha conocido nunca tanto coraje, tanta resistencia. Hay que inclinarse ante las personas que sacrifican la vida con tanta sencillez, en batallas feroces que se prolongan día y noche, sin descanso. Son días duros y sublimes; nunca los olvidaré mientras viva. Me parece que mis sentimientos nunca habían sido tan intensos como ahora». [72] En diciembre, después de pasar tres meses entre la muerte y la desolación, Grossman se hallaba exhausto, física y mentalmente. Pidió al editor un tiempo de permiso, para dejar atrás aquellos tres meses de agotadora tensión y poder hallarse en Moscú en enero. [73] Aquel mes produjo otros tres textos sobre Stalingrado. En «El consejo militar» describe el encuentro con Chuikov, que le habló de cuando estuvo a punto de morir porque el combustible en llamas devoró su cuartel general, y de bombardeos que sacudían el búnker con tal brutalidad que había que atornillar al suelo las sillas y las mesas, como si el consejo militar se estuviera celebrando en un mar tormentoso o «en el epicentro de un gran terremoto». [74]

El apunte «El ejército de Stalingrado» se basa en el viaje de Grossman a la orilla occidental, en diciembre. Allí visitó a la división del coronel Nikolái Batiuk, que defendía una de las fábricas del sector industrial de la ciudad. Contemplar las ruinas del lugar

permitió a Grossman comprender qué habían vivido los defensores. En el techo y los muros de hormigón se veían boquetes abiertos por impactos directos de bombas de demolición, de más de una tonelada de peso. De los agujeros colgaban barras de acero y restos de estructuras que eran como «una fina red de pescar rota por un enorme esturión». La pared occidental de la fábrica estaba destruida por efecto de la artillería de largo alcance; la septentrional se había derrumbado. Por todas partes podían verse huellas de las balas y los proyectiles. Entre toda aquella destrucción todavía colgaba un antiguo cartel de la fábrica: «Cerrad la puerta. Luchad contra las moscas». [75]

El cuartel general de la división, situado en el sótano de la fábrica, contaba con jergones y mesas tomados de los edificios en ruinas. Grossman entrevistó aquí al chuvasio Ilgachkin, comandante de un batallón. El escritor siempre les recordaba a sus lectores las minorías soviéticas, igualmente implicadas en el esfuerzo bélico del país. La cuestión era importante en un período en el que se multiplicaban las deportaciones de nacionalidades a las que Stalin acusaba de traición. Grossman fue expreso: «la hermandad de la defensa de Stalingrado» había unido a personas de todas las nacionalidades. [76] La gloriosa división de Batiuk recibió a Grossman con la «cordial hospitalidad ucraniana». Los soldados dieron cuerda a un gramófono y el autor tuvo la gran alegría de escuchar una de sus piezas musicales favoritas: el arreglo, por Beethoven, de la canción irlandesa «El desertor» (también conocida en alemán e inglés como «La noche anterior a su ejecución»). [77] En «El ejército de Stalingrado», Grossman aborda el gran poder de unificación del arte: soldados rusos hacen sonar la música de Beethoven en las ruinas de la ciudad. La canción de Beethoven no conocía límites y podía reconciliar a la humanidad en un edificio destruido durante una guerra sangrienta. El escritor cita el estribillo en la versión rusa de la canción: «Señora Muerte, le rogamos que espere tras la puerta». Grossman comenta:

> Estas palabras y la ingenua y genial música de Beethoven sonaban aquí con una fuerza indescriptible. En la guerra el hombre pasa por muchos sentimientos: ardientes, felices, amargos, conoce el odio y el hastío, conoce la pena y el miedo, el amor, la compasión, la venganza.

> Pero rara vez visita a la gente la melancolía ... Y aquí, como nunca, experimenté el goce de la grandiosa fuerza del verdadero arte, sentí la alegría de que la canción de Beethoven fuera escuchada con tanta solemnidad, como una misa, por los soldados que hacía ya tres meses se enfrentaban con la muerte en este edificio arruinado, mutilado, pero no entregado a los fascistas. [78]

Ehrenburg, al recordar las conversaciones que mantuvo con Grossman durante la guerra, escribe: «Era un auténtico internacionalista y a menudo me reprendía por describir las atrocidades de los ocupantes llamándolos “alemanes” en lugar de “hitlerianos” o “fascistas”. “No deberíamos atribuir la epidemia a ningún carácter nacional. Karl Liebknecht también era alemán”». [79] En 1943, sin embargo, cuando los dos visitaron el asentamiento judío de Letki, en el distrito de Brovarski, cerca de Kiev —reducido a cenizas con todos sus habitantes—, Grossman pareció cambiar de opinión. Ehrenburg estaba hablando con un preso nazi, uno de los incendiarios, y Grossman escuchaba en silencio. Un emigrado alemán que estaba con ellos intentó justificar la masacre. Cuando Grossman se quedó a solas con Ehrenburg, le contó que quien le había hecho pensar de otro modo no había sido el preso nazi, sino el escritor alemán. [80] Ahora bien, como se pone de manifiesto en el artículo «Ucrania sin judíos», de 1943, Grossman siguió estableciendo una diferencia clara entre el pueblo alemán y los nazis. Al contrario de Ehrenburg, nunca propugnó vengarse de los alemanes. Más adelante, en *Vida y destino* , Grossman creó el personaje del teniente Peter Bach, antiguo socialdemócrata que, mientras se recupera en un hospital próximo a Stalingrado, medita sobre el odio que Hitler le despierta. Bach piensa en la aportación de los judíos a la cultura y la ciencia alemanas: «Einstein será judío pero, disculpe por lo que voy a decir, es un genio». No como a otros oficiales alemanes, a él «la aniquilación de los judíos» le causaba «estremecimiento». [81]

Ehrenburg creía que la colección grossmaniana de *Apuntes de Stalingrado* eran «lo más convincente e impresionante que hemos escrito durante la guerra». Valoraba en particular «El eje de la fuerza principal» y «Con los ojos de Chéjov», por captar la fortaleza espiritual de los combatientes corrientes. Se preguntaba por qué

Órtenberg lo envió a la ciudad kalmuka de Elistá en lugar de permitir que se quedara en Stalingrado para informar sobre la victoria. Los estalingradenses no tenían a Grossman por un simple periodista; lo consideraban uno de los suyos, todo un compañero de armas. [82]

Si bien Grossman cubrió la batalla de Stalingrado durante los meses más difíciles, en cambio el honor de informar sobre su glorioso desenlace recayó sobre un joven poeta popular: Konstantín Símonov. A principios de 1943, en Kalmukia, al sur de Stalingrado, pasaban pocas cosas de importancia. En sus memorias, el general Órtenberg afirma que transfirió a Grossman al Frente Meridional porque le preocupaba su salud. Ahora bien, aunque el escritor en efecto se hallaba exhausto e indispuesto y adolecía de un problema de corazón, Órtenberg no cuenta aquí toda la verdad. Símonov era el favorito de Stalin y, en consecuencia, el periódico se beneficiaba al encargarle los reportajes sobre la victoria de Stalingrado.

Grossman, que se marchó de Stalingrado el día de fin de año, vivió la «separación» con un «sentimiento» que no había experimentado en toda la guerra. [83] Le escribió a su padre que dejar la ciudad tras de sí era como abandonar a un buen amigo. Los recuerdos y pensamientos asociados con el lugar eran incontables. [84]

Los *Apuntes de Stalingrado* , que fueron reimpresos por periódicos nacionales y, en alguna que otra ocasión, por *Pravda* , reportaron mucha popularidad a Grossman. Además los escritos de guerra vieron la luz como obras aisladas que alcanzaron una circulación de más de un millón de ejemplares. En 1943 tres grandes editoriales (Politizdat, Voenizdat y Sovetski Pisátel) sacaron libros con su prosa bélica. [85] Aquel mismo año el escritor adaptó los *Apuntes de Stalingrado* para la película documental *La batalla de Stalingrado.* No se trataba de una obra maestra —«no es un Rembrandt», le escribió a Olga— pero mirarla resultaba interesante. [86]

Estrella Roja modificó libremente los artículos de Grossman. El escritor, molesto con los cambios editoriales, se quejaba así a Olga: «Deberías haber visto cómo mutilan mis pobres piezas, y no solo las mutilan, sino que insertan frases enteras ... Por lo general los editores cortan el final de mis apuntes ... borran las descripciones

más interesantes, cambian los títulos y meten frases como: “Tal confianza y amor estaba creando auténticos milagros”». [87] Aun así, Órtenberg valoraba la prosa de Grossman y le resultaba difícil decidir qué párrafos eliminar. En cierta ocasión le pidió a Símonov que redujera un texto en veinte líneas. [88]

En 1942 se eligió *El pueblo es inmortal* como una de las candidatas al premio Stalin, con el que se galardonó, sin embargo, una novela de Ehrenburg: *La caída de París.* Según le dijeron a Ehrenburg, fue el propio Stalin el que borró de la lista el nombre de Grossman: «No sé si la historia es cierta, pero a Stalin no debía de gustarle Grossman, como no le gustaba Platónov». [89] En cambio el dictador tenía muy buen concepto de Ehrenburg, al que trataba casi como a un embajador cultural oficioso. En abril de 1941 Stalin incluso llamó por teléfono a este autor para preguntarle sobre algunos aspectos de *La caída de París* . En 1943 Grossman admitió delante de Olga que se había sentido «muy molesto y ofendido con la historia del premio. Pero no pasa nada; esto no ha hecho menguar el respeto que despierto en escritores y lectores. Así que por favor no te lo tomes a pecho. Todo esto ya ha quedado atrás y tengo por delante un trabajo serio e importante». [90] En enero de 1943, durante las dos semanas de permiso, Grossman empezó a bosquejar la novela que bautizó en principio como *Stalingrado* (y salió de la imprenta con el título *Por una causa justa*). Así, antes de volver al frente le contó a Órtenberg que estaba escribiendo una novela sobre Stalingrado y ya había terminado los primeros capítulos. [91]

Por sus reportajes, se pidió para Grossman la orden de Lenin, aunque se le concedió solo la Estrella Roja, un galardón menor (para el que ya lo habían propuesto antes en dos ocasiones, sin éxito). Cuando visitó a la familia en Chístopol, en invierno de 1943, su hijastro Fedia se apresuró a felicitarlo por la condecoración, pero Grossman se mostró más bien indiferente. [92] Aunque lució la medalla con orgullo, los premios de esa clase resultaban secundarios. En Stalingrado había conocido a tantas personas que no volverían a ver la luz del día que, en comparación, cualquier reconocimiento individual era insignificante.

En mayo, durante una pausa en el frente, Grossman visitó a Chuikov y varios miembros del consejo militar del LXII Ejército. Los generales debatieron sobre quién había destacado por sus aportaciones a la guerra: «Insatisfacción, ambición, condecoraciones insuficientes, odio a cualquiera que hubiera recibido recompensas mayores, odio a la prensa. Hablaron de la película *Stalingrado* entre maldiciones ... Ni una sola palabra sobre los caídos, sobre monumentos, sobre inmortalizar el recuerdo de que los no habían podido volver. Todo el mundo habla exclusivamente de sí mismo y sus propios logros». [93] Una vez consumada la victoria de Stalingrado, el espíritu de unidad se había perdido: a los militares los consumía la rivalidad.

9

La aritmética del salvajismo

> Es un ejemplo de la aritmética sencilla del salvajismo.
>
> VASILI GROSSMAN , «El viejo profesor» [1]

Antes de que Hitler atacara la Unión Soviética —el 22 de junio de 1941—, vivían en este país unos cinco millones de judíos. [2] Durante la ocupación alemana se masacró aproximadamente a la mitad. La invasión de la Unión Soviética supuso el principio de la Solución Final. Cuatro unidades de exterminio móviles (los Einsatzgruppen), cuya misión era aniquilar a los judíos, los funcionarios del Partido Comunista y los comisarios políticos del Ejército Rojo, entraron en territorio soviético en pos del ejército alemán. Durante los seis primeros meses de la invasión se asesinó a casi un millón de judíos, en su mayoría, mujeres, niños y ancianos, esto es: a cuantos los alemanes pudieron encontrar en los territorios ocupados. [3]

El 24 de agosto de 1941 el gobierno soviético autorizó una manifestación de artistas e intelectuales judíos. Eran personajes famosos que pidieron a los «hermanos judíos» de todo el mundo unidad y apoyo contra la agresión fascista. Entre los participantes figuraron los escritores Iliá Ehrenburg y Samuil Marshak, así como Pérets Márkish, poeta y narrador en lengua yídish. Solomón Mijóels, el reputado actor y director del Teatro Estatal Judío de Moscú, habló del proyecto hitleriano de erradicar al pueblo judío. *Pravda* publicó

una noticia detallada y en Estados Unidos se imprimieron cien mil ejemplares de una traducción al inglés y el yídish de estos discursos, que tuvieron cierto eco. Aquel mismo otoño se creó el Comité Estadounidense de Escritores, Artistas y Científicos Judíos, con Albert Einstein en la presidencia honoraria.

En febrero de 1942 se fundó en la Unión Soviética el Comité Antifascista Judío (CAJ), con Mijóels como presidente. Su objetivo principal era apelar a la opinión pública de Occidente, buscando más respaldo a la alianza de guerra con la Unión Soviética. (Se crearon otros cuatro comités antifascistas soviéticos, para mujeres, jóvenes, eslavos y científicos, que transmitieron información sobre las atrocidades alemanas.) La Oficina de Información Soviética (Sovinformburó), que supervisaba la actividad del CAJ, autorizó la publicación de cientos de artículos y opúsculos para la opinión pública de otros países, como parte de la campaña de obtención de apoyos para las fuerzas armadas soviéticas. [4]

Solomón Lozovski, responsable directo de controlar la tarea del CAJ desde el Sovinformburó, declaró en una conferencia de prensa, en 1942: «Hitler ha asumido el objetivo de destruir al pueblo judío ... No es de extrañar que los judíos hayan creado un Comité Antifascista para contribuir a que la Unión Soviética, Estados Unidos e Inglaterra pongan fin a la demencia sangrienta de Hitler». [5] En aquel momento, las autoridades daban respaldo oficial a la actividad del CAJ, que colaboraba tanto con el Partido Comunista como con el Comité Estatal Soviético para la Investigación de los Crímenes Nazis. [6] Sin embargo un decenio más tarde, durante la guerra fría, Stalin liquidó el CAJ; sus miembros fueron juzgados en secreto, acusados de nacionalismo judío, y ejecutados.

En 1941 y 1942, los periódicos soviéticos dieron a conocer noticias sobre masacres concretas de los judíos del país. El 7 de enero de 1942 *Pravda* publicó la protesta diplomática de Mólotov contra las atrocidades que los alemanes cometían en los territorios ocupados; por ejemplo, específicamente, la matanza de los civiles judíos de Kiev. Aquel mismo año (el 18 y 19 de diciembre, respectivamente) *Pravda* e *Izvestia* sacaron a la luz sus primeros comentarios sobre la Solución Final. El artículo de *Izvestia* se titulaba: «El plan hitleriano de exterminar a la población judía de

Europa se está cumpliendo». [7] Esta noticia describía la deportación y masacre de judíos tanto en toda Europa como en los territorios soviéticos ocupados.

Grossman, que sin duda estaba al corriente de estas revelaciones, tuvo aún más noticias sobre los actos de barbarie de los nazis a medida que las tropas soviéticas fueron liberando territorios ocupados. En el invierno de 1942 visitó la brigada acorazada del coronel Jazin, en el Frente Meridional; más adelante descubrió que toda la familia de Jazin había perdido la vida a manos de un Einsatzgruppe que perpetró ejecuciones colectivas de civiles en la ciudad ocupada de Kerch. Cuando un periódico local publicó fotografías de una zanja llena de muertos, el coronel reconoció entre ellos a su esposa e hijos. Grossman se preguntaba qué sentiría aquel hombre cuando dirigía a los blindados en combate. [8]

En febrero de 1943, cuando Grossman llegó a Elistá, al sur de Stalingrado, la ciudad había quedado reducida a cenizas. Elistá, capital de Kalmukia, había estado ocupada desde mediados de agosto a finales de diciembre de 1942. La población local contó a Grossman que las noventa y tres familias judías que residían en la ciudad —todas ellas— habían sido asesinadas durante la ocupación. [9] (Era un dato exacto: habían llevado a un barranco a todos los habitantes judíos de la ciudad y los habían fusilado. Unas trescientas personas en total perecieron allí.) [10]

En marzo, tras unirse al III Ejército de Guardias, en el sector norte del Dombás, Grossman viajó por las ciudades recién liberadas de la Ucrania oriental y fue preguntando por la suerte de la población judía. Aquel mismo mes visitó Lugansk (llamada entonces Voroshilovgrado). Antes de caer en manos de los alemanes, esta ciudad había albergado a once mil judíos. Lugansk estuvo ocupada de julio de 1942 a mediados de febrero de 1943. El 1 de noviembre de 1942 varios miles de judíos fueron fusilados en una trinchera anticarro del extrarradio; a otros se les mató en camiones de gas. [11] Grossman escribió a su padre:

> Sueño a menudo con mamá, pero durante este viaje [a Lugansk] he soñado con ella toda la noche y la he visto con toda claridad, como si estuviera viva. Después pasaba todo el día en un estado horrible. No, no creo que siga con vida. No paro de recorrer las regiones que los

> alemanes habían tomado y de ver lo que esas malditas bestias han estado haciendo a los viejos y los niños. Y mamá era judía. Siento un deseo muy intenso de trocar la pluma por un fusil. [12]

En esa época Grossman empezó a redactar la narración «El viejo profesor», una de sus primeras obras de ficción sobre el Holocausto. La acción se desarrolla en una ciudad ucraniana innominada en la que se han sucedido varias generaciones de judíos. Cae en manos de los alemanes el 5 de junio de 1942, un año más tarde que Berdíchev. A menos de veinte kilómetros de la ciudad ocupada se levanta el pueblo ficticio de Malye Nízgurtsy; al este de Berdíchev, e igualmente a unos veinte kilómetros, existe un pueblo real que encaja con la descripción: Bolshie Nízgortsy. Sin lugar a dudas Grossman estaba pensando en el destino de su madre cuando escribió esta narración protagonizada por un maestro ya muy entrado en años, como su madre. Los residentes judíos de esta ciudad tienen tiempo de huir; salvo los ancianos, los enfermos y los niños, que se quedan atrás y se enfrentan a lo que Lawrence Langer, historiador experto en el Holocausto, ha caracterizado como «alternativas sin alternativa». [13] El viejo maestro, Borís Rózenthal, no tiene un céntimo ni, como los demás, tiene de hecho adónde ir. A sus ochenta y dos años tampoco tiene edad de soportar una evacuación a los Urales en un tren de carga abarrotado hasta el extremo que tardaría varias semanas en llegar a su destino. En vísperas de la ocupación, el viejo profesor y el mejor médico de la ciudad, Váintraub, que hace cuarenta años que ejerce en el lugar, saben que están atrapados.

> —¿Qué puede salvarnos ahora? —se apresuró a preguntar Váintraub.
>
> —El veneno ... Epicuro enseñaba que, si el propio padecimiento acaba por resultar insufrible, un hombre sabio se puede quitar la vida por amor a la vida. Pues bien, yo amo la vida no menos que Epicuro. [14]

Después de que los nazis ocupen la ciudad, hacen aparición los elementos más desagradables del lugar. Voluntarios locales como Yashka Mijailiuk, desertor del ejército soviético, se unen al cuerpo de auxiliares de la policía nazi. (Aunque más adelante el tema del colaboracionismo local se consideró tabú, en otoño de 1943, cuando

la narración se publicó en la revista *Znamia* , todavía se podía afirmar que algunos ucranianos habían prestado servicio voluntario en las unidades policiales nazis y ayudado a exterminar judíos.) El relato habla de un jefe policial ucraniano, venido desde Vínnitsa; cuenta que, ante la inminencia de la ocupación alemana, la población ucraniana expulsaba de sus casas a las familias judías. «Koriako recorría el patio arriba y abajo y, con una sonrisa torcida, preguntó a las mujeres: “Bueno, ¿qué les ha pasado a nuestros judíos? Los niños, los viejos... No he visto a un solo judío en todo el día. Es como si se los hubiera tragado la tierra. ¡Y eso que ayer mismo venían todos del mercado cargados con cestas de veinte kilos!» [15]

La narración aborda el carácter único del Holocausto: «El asesinato de toda una nación». El maestro Rózenthal —el único de la ciudad que ha comprendido qué mueve a los alemanes— explica la teoría nazi de la raza superior y el «sistema paneuropeo de trabajos forzosos» establecido en los territorios ocupados. A diferencia del maestro, Váintraub aún tiene un concepto ilusorio de los alemanes como «pueblo europeo culto». La idea queda hecha trizas cuando contempla cómo los nazis aterrorizan a la población judía y la segregan en un gueto. Como señala Grossman en el relato, los guetos soviéticos sirvieron, en lo esencial, como simple lugar de agrupación de los condenados antes de su ejecución inminente. La población judía no debía saber que les aguardaba una masacre: en el relato, se les dice que los enviarán a trabajar en granjas. Pero Grossman cree que «las mujeres, los viejos, los niños de corta edad: todo el mundo entendía qué estaba pasando». La verdad emerge cuando los soldados alemanes empiezan a vender la ropa de las víctimas en el mercado: por el gueto corre el rumor de que, en vez de llevarse a los judíos a trabajar, los nazis los conducen hasta «barrancos y quebradas» donde los fusilan. Pero la psique humana tiende a rechazar los hechos más espantosos: «Todos los judíos sabían qué les esperaba; todos podían adivinarlo. Pero en lo más profundo de su corazón, no se lo creían. El asesinato de la nación al completo era demasiado terrible. Nadie se lo podía creer». [16]

Al ser testigo del interrogatorio de oficiales nazis, Grossman conocía detalles de las ejecuciones masivas. En 1942 los Einsatzkommandos (un subgrupo de los pelotones de exterminio móviles) actuaban de acuerdo con instrucciones uniformes. El oficial de las SS, en esta historia, razona con detalle sobre la logística y los modos más eficientes de llevar a cabo una matanza. Un «organizador experimentado» —afirma— debería tardar de dos horas a dos y media en eliminar a un millar de personas. El pelotón de ejecución debería estar formado exclusivamente por voluntarios y en número reducido: «no más de veinte hombres por cada mil judíos». [17]

Las referencias al Éxodo y al Libro de Job sirven para hacer hincapié en dos centros de gravedad del relato: el bien y el mal. En vísperas de la ocupación nazi, Rózenthal recuerda al azar pasajes de la Biblia: «El cieno se levantaba del lecho de los lagos y los ríos; los sapos asomaban en la superficie; crecían malas hierbas donde se había plantado trigo». Aun así, el viejo profesor no es religioso: «su Dios era la Vida». En comparación, los nazis devalúan la vida humana y solo traen muerte y destrucción al mundo. A pesar de los horrores de los que está siendo testigo, el maestro mantiene la fe en la humanidad. Sabe que está «condenado a morir» en una época terrible en la que «las leyes del mal rigen» la vida, pero cree que el fascismo ha fracasado en todas las metas que se ha propuesto. Los nazis «pretendían excitar el odio, pero ha nacido compasión ... Con mis propios ojos he podido ver que el destino de los judíos solo ha despertado pesar y compasión». (Este mensaje no es coherente con la forma en que Grossman ha descrito antes la colaboración de los ucranianos con los nazis. Pero quizá el autor estaba pensando en el impacto del Holocausto en el mundo, a largo plazo.) Poco antes de la ejecución colectiva, el maestro y el médico se despiden. El médico elige suicidarse, pero el maestro decide «vivir la última hora de amargura» en compañía de los suyos. [18]

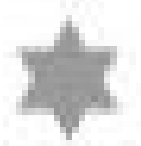
La capacidad de amor y humanidad de las víctimas contrasta con la completa amoralidad de los perpetradores. Cuando los conducen al punto de la ejecución, una niña pequeña pierde a su familia entre la multitud. El maestro piensa cómo podría consolarla, pero a la postre es la niña quien consuela al anciano: «Maestro, no

miréis hacia ese lado, que os asustará». [19] La idea de que la humanidad y la compasión acabarán por imponerse a la violencia y la tiranía se hallaba en el núcleo de las creencias de Grossman. Según escribe en la narración, durante la guerra nadie se «conmovía por la sangre, el sufrimiento y la muerte; lo que sorprendía y conmocionaba eran la bondad y el amor». [20]

En el momento de escribir «El viejo profesor», el antisemitismo oficial de la Unión Soviética se estaba intensificando, y se censuraban las referencias al padecimiento de los judíos. Ehrenburg cuenta que en sus artículos se borraban los nombres hebreos. Después de la victoria de Stalingrado, el dictador soviético ya no necesitaba jugar la carta de los judíos. Se empezó a expulsar de sus posiciones a las personas de etnia judía. El editor de Grossman, el general Órtenberg, fue de los primeros en perder el trabajo. En la primavera de 1943, Aleksandr Scherbakov, jefe del Departamento Político del Ejército Rojo, convocó a Órtenberg para decirle que había «demasiados judíos» entre sus corresponsales y debía prescindir de varios. «Ya lo he hecho», alegó Órtenberg, y enumeró a ocho corresponsales judíos que habían muerto en el frente. «Y puedo añadir a otro: yo mismo», dijo, y se marchó. [21] A finales de julio se comunicó oficialmente que el general Talenski sustituiría a Órtenberg al frente de *Estrella Roja* . Fueron los primeros prodigios de la campaña antisemita que Stalin lanzó después de la guerra.

Durante la conflagración Grossman se topó con sentimientos antisemitas en el ejército soviético y en la sociedad en general; el más habitual se resumía en la denuncia de que los judíos no habían combatido en la contienda. En 1941 Ehrenburg escribió a Grossman que había oído el comentario en boca de Mijaíl Shólojov: «Tú estás luchando, pero Abram está haciendo negocios en Tashkent». Ehrenburg se enfureció y acusó a Shólojov de «inducir pogromos». En noviembre Grossman respondió a Ehrenburg: «La calumnia antisemita de Shólojov me provoca pesar y desprecio. Aquí, en el Frente Suroccidental, hay miles, decenas de miles de judíos. Se adentran con ametralladoras en las nevascas, se abren paso en las ciudades ocupadas por los alemanes, pierden la vida en combate. Todo esto, yo lo he visto ... Si Shólojov está en Kúibyshev, asegúrate de que sepa que, en el frente, los camaradas están al corriente de lo

que anda diciendo. ¡Que se avergüence!». [22] Era infrecuente que la prensa soviética reconociera la participación de los judíos en la guerra. Sin embargo, aun a pesar de su carácter minoritario entre la población soviética, los judíos obtuvieron el mayor número de las medallas militares por detrás tan solo de las tres nacionalidades mayoritarias: rusos, ucranianos y bielorrusos. Aproximadamente 150 judíos recibieron, durante la guerra, la condecoración más señalada de todas: Héroe de la Unión Soviética. De los cerca de 450.000 judíos que prestaron servicio en el Ejército Rojo, el 40 % pereció. [23]



Grossman aún debía cubrir la mayor batalla de carros blindados de la historia militar. En julio de 1943 Hitler lanzó la Operación Ciudadela, que pretendía atacar las líneas defensivas rusas entre Kursk y Oriol. En preparación, los alemanes concentraron unos veintisiete mil tanques y cañones de asalto, más mil ochocientos aviones. Pero la Wehrmacht había perdido la superioridad militar: el ejército soviético y el comandante del Frente Central, el mariscal Rokossovski, reunieron en la zona más tanques, más aviones y a cerca de un millón de soldados. En aquella fase, la producción bélica soviética aventajaba a la alemana: cada mes salían de sus fábricas dos mil carros blindados y piezas de artillería autopropulsada, así como dos mil quinientos aviones. [24] Además, como puede leerse en los cuadernos del propio Grossman, la nueva generación de comandantes soviéticos luchaba con inteligencia. [25] Habían aprendido de los costosos errores de la fase anterior de la guerra y, para la batalla de Kursk, prepararon unas líneas de defensa efectivas. A diferencia de lo sucedido en 1941, ahora se dio importancia a la información que el servicio de espionaje soviético transmitía sobre los planes militares alemanes. De hecho, sabedor de que la Operación Ciudadela debía iniciarse el 5 de julio, Rokossovski se anticipó y su artillería lanzó un bombardeo que desmoralizó al enemigo.

En «Julio de 1943» —la primera pieza de Grossman sobre la batalla de Kursk— se nos presenta una brigada anticarro, encabezada por el coronel Nikífor Chevolá. Se hallaba emplazada en el sector crucial del combate y pasó tres días y tres noches disparando contra los Tiger alemanes. Grossman pudo observar una parte de la lucha:

> Un humo negro pendía en el aire; las caras de la gente estaban negras por completo. Todos estaban roncos porque, entre todo el estrépito, no se podía oír nada que no se hubiera dicho a gritos. Se comía a la carrera, y hasta el tocino más blanco se ennegrecía de inmediato por el polvo y el humo. Nadie pensaba en dormir, pero si, pese a todo, alguien robaba un minuto de descanso, solía hacerlo de día, cuando el estruendo de la batalla era particularmente poderoso y el suelo temblaba como en un terremoto. De noche el silencio era aterrador, los nervios estaban de punta y nadie podía dormir. De día uno se sentía mejor, en un caos que se había vuelto lo normal. [26]

En otro sector, la estación de Pónyri, cerca de Kursk, una unidad multinacional, el Regimiento de Cañones Anticarro del coronel Shevernózhuk, luchó con denuedo durante cinco días. Con su actitud típica, Grossman describe el compañerismo entre unos soldados de distintas nacionalidades —rusos, ucranianos, uzbekos, kazajos, tártaros y judíos— que luchan sin mostrar diferencias de valor. En esta pieza el escritor menciona al comandante de una batería, el judío Kétselman, que resulta herido y «muere en un charco de sangre negra». [27] Los censores, alertados tanto por el nombre judío como por la brutalidad del retrato de la guerra, intentaron suprimir el pasaje. A Órtenberg, que aún era editor de Grossman, aunque ya por poco tiempo, le costó un gran empeño lograr que el texto se publicara íntegro: «Vasili Grossman había visto el campo de batalla con sus propios ojos. Vio los blindados enemigos destruidos, vio nuestros tanques y cañones autopropulsados en llamas. Vio cómo nuestras tropas se retiraban y cómo atacaban. También vio a los soldados soviéticos muertos y heridos. Y le parecía deshonroso guardar silencio al respecto». [28]

El 12 de julio, al terminar la primera semana de combates, el ejército soviético contraatacó en las inmediaciones del pueblo de Prójorovka, donde más de un millar de carros blindados alemanes y

soviéticos batallaron con ferocidad durante dieciocho horas. [29] Los dos bandos sufrieron daños enormes. Cuando el ejército alemán se retiró, Grossman pudo ver el campo cubierto de tanques calcinados, de las divisiones acorazadas de la Waffen-SS, con nombres tan siniestros como SS Calavera, SS Adolf Hitler o SS Das Reich. [30] Para la Wehrmacht fue una derrota decisiva, de la que nunca se recuperó. Grossman cierra «Julio de 1943» afirmando que el Ejército Rojo vuelve a estar a la ofensiva.

Tras el avance del ejército en agosto, Grossman recorrió la carretera principal hasta Oriol, pasando Tula y Mtsensk, y atravesando las muchas ciudades y pueblos que el ejército alemán, en su retirada, había reducido a cenizas: «Regiones enteras se habían convertido en "zonas desérticas". Entre los ríos Desná y Dniéper, los alemanes han talado casi todos los árboles. Vastas regiones de los distritos de Smolensko y Oriol se han transformado en páramos deshabitados. Las fuerzas alemanas han condenado a los residentes de estas zonas, de forma deliberada, al mayor de los sufrimientos —extinguirse por inanición— y al terrible frío del invierno». [31] Por toda la zona comprendida entre Mtsensk y Oriol aún humeaban las isbas (cabañas de troncos) de los campesinos; los viejos y los niños rebuscaban entre las ruinas con la esperanza de rescatar alguna cosa de utilidad. «¡Qué imagen tan triste y tan frecuente!», exclama Grossman en su artículo «Oriol». [32]

El ejército soviético transitaba por las mismas carreteras que en otoño de 1941, solo que en dirección contraria. «Estamos liberando las mismas ciudades que entregamos a los alemanes en aquellos meses horribles de agosto, septiembre y octubre de 1941. Nos movemos hacia el oeste en el espacio y también en el tiempo. Ahora hemos liberado Oriol, Bóljov, Mtsensk, Járkov, Bélgorod y Stálino [Donetsk], y hemos vuelto a octubre de 1941.» [33] Grossman estaba cubriendo la liberación de su patria, Ucrania. En «Ucrania», publicado por *Estrella Roja* en octubre de 1943, escribe: «¿Cómo podría explicar el sentimiento que nos invadió cuando volvimos a ver las cabañas blancas, los lagos repletos de espadañas ... los altos álamos de copas piramidales, las dalias que te contemplan desde detrás de las vallas de zarzo, y cuando la leve brisa de Ucrania nos

abanicó desde los campos y el cielo, cuando sus tierras aparecieron ante nosotros con toda su belleza indescriptible, tristes y airadas, con sus parcelas fértiles y las negras cicatrices de los incendios, con sus ricos y encantadores jardines, entre el fuego y las lágrimas?». [34]

En el pueblo de Kozary, entre Nezhin y Kozelsk, se erigieron cruces de madera en la tierra quemada. Kozary fue uno de los numerosos asentamientos que sufrieron un castigo colectivo porque los alemanes los acusaron de alojar a partisanos. Aquí se encerró en sus casas a 750 familias y se las quemó vivas. «He visto decenas de aldeas, en los alrededores de Chernígov y Kiev, reducidas a cenizas por los alemanes mientras se retiraban a la otra orilla del Dniéper», escribe Grossman. «Ucrania» concluye con la historia de un muchacho huérfano al que el autor conoció en el pueblo de Tarasévichi, cerca de Kiev. Aunque solo contaba catorce años, «sus ojos miraban cansados; en ellos no había ni alegría ni pena, no había vida. Son terribles esos ojos seniles, cansados y sin luz de los niños». [35] Los padres habían muerto y a la hermana se la habían llevado a Alemania; los demás familiares habían ardido vivos en el pueblo, con los partisanos.

Cuando Grossman estaba acabando el texto conoció a civiles de Kiev que habían conseguido escabullirse por el frente de combate. Contaban que «las tropas alemanas han rodeado la inmensa tumba de Babi Yar, donde, a finales de septiembre de 1941, habían lanzado los cadáveres de 50.000 judíos», con la intención de destruir las pruebas de aquella matanza. (Aunque antes de la ocupación alemana más del 70 % de los judíos de Kiev había logrado escapar, todavía quedaron allí atrapados entre sesenta y setenta mil. Los días 29 y 30 de septiembre de 1941, víspera del Yom Kipur, entre los profundos barrancos de los alrededores de la ciudad, en Babi Yar, los alemanes ejecutaron a 33.771 judíos. [36] Luego se usó el mismo emplazamiento para asesinar a otras varias decenas de miles de personas; en total, más de cien mil personas perdieron allí la vida. En su mayoría las víctimas fueron judíos.) En 1943 los alemanes obligaron a 300 prisioneros de guerra del campo de concentración de Syrets a desenterrar y quemar los cadáveres. Fueron hogueras gigantescas, que ardieron durante varios días. Los

huesos se machacaban con unos rodillos grandes, diseñados especialmente para tal fin. [37] Pero como escribió el propio Grossman, el afán de ocultar todas las pruebas era fútil: «¿Acaso están tan locos que realmente confían en borrar sus espantosas huellas? Su rastro está grabado para siempre con la sangre y las lágrimas de Ucrania. Brilla por muy negra que la noche sea». [38]

Kiev fue liberada el 6 de noviembre de 1943, y se guio a la prensa extranjera hasta Babi Yar. El 30 de noviembre, la Agencia Telegráfica Judía anunció, en Londres, que antes de marcharse de Kiev los alemanes habían «vaciado las tumbas» de decenas de miles de cadáveres que luego habían incinerado. [39] Había sido una operación de máximo secreto, con el nombre en clave de Aktion 1005, dirigida por el *Standartenführer* (coronel) Paul Blobel. En 1941-1942 Blobel había estado al frente del Sonderkommando 4a, responsable de la masacre de Babi Yar y demás lugares de Ucrania. Al declarar en los juicios de Núremberg, Blobel reveló que, en junio de 1942, Heinrich Müller, como director de la Gestapo, le había encargado «destruir las pruebas de las ejecuciones que los Einsatzgruppen han realizado en el Este ... La orden tenía el rango de secreto de Estado». [40] Cuando la prensa soviética dio a conocer las atrocidades nazis, Himmler comprendió que era necesario eliminar pruebas. En el verano de 1943, durante su retirada, el ejército alemán movilizó a prisioneros de guerra para extraer y quemar cientos de miles de cadáveres de las fosas comunes de los territorios ocupados. Blobel, formado en arquitectura y construcción, creó una máquina para aplastar cuerpos humanos (en Núremberg se pudo ver una fotografía) y parrillas gigantes en las que se incineraban cientos de cadáveres al día. [41] Blobel no solo fue condenado en el juicio a los Einsatzgruppen, sino que, entre los principales criminales de guerra, fue uno de los pocos cuya pena de muerte se hizo realidad.

Mientras atravesó Ucrania de este a oeste, por regiones que antes de la guerra habían contado con porcentajes elevados de población judía, Grossman tan solo encontró a un teniente judío que hubiera sobrevivido. Tras quedar atrapado en el cerco de 1941, una campesina lo ocultó. Nuestro escritor oyó por todas partes historias

sobre la ejecución colectiva de los judíos. En otoño envió a *Znamia* un extenso artículo titulado «Ucrania sin judíos». Debía aparecer en el número de diciembre, pero los censores lo impidieron. Pese a todo «Ucrania sin judíos» se tradujo al yídish y vio la luz en dos números de *Eynikayt* , el periódico del Comité Antifascista Judío, el 25 de noviembre y el 2 de diciembre de 1943. Más adelante se creyó que el original se había perdido; por fortuna, esta obra importante y poderosa ha sobrevivido completa en el Archivo Estatal Ruso de Literatura y Arte. [42] Como el propio título da a entender, el artículo investiga la implantación de la Solución Final en la Ucrania ocupada por Alemania. «Los judíos guardan silencio en toda Ucrania. No queda ninguno en Ucrania. En ninguna parte; ni en Poltava, ni en Járkov, ni en Kremenchug, ni en Boríspol ni en Yagotín, en ninguna de las grandes ciudades, de los cientos de ciudades pequeñas, de los miles de pueblos, se pueden ver ahora los ojos negros y llorosos de una joven, oír la voz apenada de una anciana, ver la carita morena de un chiquillo hambriento. Silencio. Mutismo. Un pueblo entero asesinado.» (Según un informe alemán fechado el 20 de noviembre de 1941: «Ya no quedan judíos en Nezhin ... En la región administrada desde la Orstkommandatur de Pereiáslav ya no quedan judíos. Lo mismo cabe decir de la región subordinada al Ortskommandant de Priluki». La población judía de estas regiones fue asesinada entre noviembre de 1941 y febrero de 1942.) [43]

Grossman, que fue de los primeros en escribir sobre el Holocausto, comprendió que la matanza de millones de personas debía explicarse yendo más allá de la estadística. Una persona no puede relacionarse con una masacre colectiva del mismo modo que lo hace con una muerte individual. Nuestro escritor poseía un talento único para describir multitudes incluyendo detalles personales. En el artículo crea un monumento conmovedor contando quiénes eran las víctimas, enumerando las profesiones y las características reconocibles de los viejos artesanos judíos, los médicos, los ingenieros, los agrónomos, las abuelas, los estudiantes, los discapacitados: «Han muerto los violinistas y los pianistas; han muerto los niños de tres años y los de dos años; han muerto los ancianos de ochenta años con los ojos nublados por las

cataratas ... Han muerto los bebés ruidosos que mamaron del pecho de sus madres hasta el último minuto». A continuación explica la naturaleza de este crimen sin precedentes: el asesinato de una nación en cuerpo y alma.

> Todos han sido asesinados, muchos cientos de miles, un millón de judíos en Ucrania. No es la muerte de los soldados armados durante una guerra, de las personas que han dejado atrás un hogar, una familia, un campo, canciones, libros, tradiciones, cuentos. Es el asesinato de un pueblo, el asesinato de una casa, de una familia, de los libros, de la fe; es el asesinato del árbol de la vida; es la muerte de las raíces, no de las ramas y las hojas; es el asesinato del alma y el cuerpo de un pueblo, el asesinato de una experiencia grande y múltiple, creada generación a generación por miles de artesanos e intelectuales listos y talentosos. Es el asesinato de la moralidad de un pueblo, de las costumbres, de los relatos humorísticos que han pasado de abuelos a nietos; es el asesinato de los recuerdos, de una canción triste, de los poemas de la gente sobre las alegrías y amarguras de la vida; es la destrucción de las chimeneas familiares, la destrucción de los cementerios; es la muerte de un pueblo que ha vivido durante siglos al lado del pueblo ucraniano, que ha trabajado, pecado y obrado bien, que estaba muriendo en el mismo país.

Como indica el propio Grossman, las comunidades judías no eran precisamente unas recién llegadas al país: «Nuestros abuelos han vivido aquí, nuestras madres nos han parido aquí, las madres de nuestros hijos han nacido aquí. Tanto se ha sudado aquí, tanto se ha llorado que solo unos pocos calificarían de extranjero a un judío o podrían decir que este país no era su país». Resulta imposible olvidar a los ancianos judíos que, con sus chales de oración, caminan los sábados hacia las sinagogas, o a los niños judíos que corren entre sus iguales ucranianos. «¿Dónde están los judíos? ¿Quién planteará esta grave pregunta a un Caín del siglo XX ? ¿Dónde está el pueblo judío que ha vivido en Ucrania? ... Están todos muertos, pisoteados, aplastados.» Hubo ejecuciones masivas tanto en las grandes ciudades como en las pequeñas. «Basta con decir tan solo que, si en una ciudad pequeña había cien judíos, se les ha ejecutado a los cien, ni uno menos; y si en una ciudad extensa había cincuenta y cinco mil judíos, se les ha ejecutado a todos, a los cincuenta y cinco mil, ni uno menos. Hay que añadir que estas ejecuciones se realizaron a partir de listas detalladas y redactadas con toda precisión, que estas listas no omitían ni a los ancianos de cien años ni a los recién nacidos, que todos los judíos

que aún vivían en la Ucrania tomada por los alemanes fueron incluidos en esta lista de la muerte, todos y cada uno de ellos.»

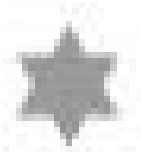
Analiza la ideología racial nazi, que sirvió de inspiración y justificación para la matanza de inocentes: las ancianas y ancianos, los enfermos y los niños, que representaban la mayoría de las víctimas que no habían huido de la ocupación. «Los alemanes ejecutan a los judíos por la sola razón de que son judíos. A su modo de ver no hay judíos que tengan derecho a vivir. Ser judío es el mayor de los crímenes y se castiga con la muerte.» Grossman pone de relieve que el Holocausto carece de precedentes: «A lo largo de su existencia, la humanidad no ha visto ninguna masacre de personas inocentes e inermes tan bien organizada, tan extensa y tan brutal. Estamos ante el mayor crimen de la historia, pese a que la historia humana ha conocido muchos crímenes, está escrita con sangre ... Pero aquí estamos, hablando sobre la ejecución de todo un pueblo, de millones de niños, mujeres y ancianos indefensos».

Escribe en nombre de su generación, condenada a vivir «una época terrible y cruel» en la cual la vida de las personas, y de naciones enteras, se ha devaluado. Al ascenso del fascismo le ha acompañado el hundimiento de los valores morales y la destrucción de principios como la igualdad y los derechos individuales; el asesinato y la tortura se han vuelto habituales; se ha machacado el valor de la libertad personal. Grossman apela a la humanidad en su conjunto y hace hincapié en la necesidad de rechazar la filosofía fascista —por ser una «completa amoralidad»— y establecer estándares elevados que garanticen los derechos de las personas y los estados en su totalidad.

Grossman fue testigo de decenas de interrogatorios de presos nazis. «Las conversaciones se desarrollaron entre ruinas y rescoldos, en las ciudades y los pueblos asolados, y se centraban en las masacres —las ejecuciones de poblaciones ucranianas y rusas, la aniquilación total del pueblo judío— y ni siquiera en una sola ocasión he observado remordimiento, horror, desesperación, el deseo de abjurar de los vergonzosos crímenes asociados con el nombre de un alemán.» Por el contrario, los presos nazis seguían proclamando que eran de una raza superior y que «no hay crimen contra la humanidad si el crimen se realiza en beneficio de

Alemania». De hecho, muchos de los oficiales de las unidades de exterminio móviles que perpetraron las ejecuciones masivas eran profesionales con una prolongada formación universitaria, como abogados, médicos y arquitectos. Uno de los comandantes del Einsatzgruppe C, Ernst Biberstein, era un clérigo: un pastor protestante afiliado al Partido Nazi y las SS. [44]

La guerra puso a prueba la confianza de Grossman en el humanismo, el pacifismo y el internacionalismo. En su momento el autor entendió la guerra como una batalla entre el internacionalismo y el fascismo. Ehrenburg recuerda una conversación que tuvieron en Moscú, durante un permiso de Grossman. «Estuvimos sentados hasta las tres de la madrugada. Él hablaba sobre el frente, y hacíamos conjeturas sobre cómo sería la vida después de la guerra. Grossman dijo: “Ahora dudo de muchas cosas. Pero no de la victoria. Quizá esto sea lo más importante”.» [45]



Como los nazis habían empezado a borrar las pruebas de sus crímenes, el Comité Antifascista Judío emprendió la tarea de documentar las atrocidades. En julio de 1943, el periódico del CAJ *Eynikayt* apeló a sus lectores, solicitando testimonios. Tras la liberación de Ucrania el Comité y su publicación empezaron a recibir las narraciones de testigos que formarían la base de *El libro negro sobre el exterminio de los judíos.* La idea de producir este compendio surgió de forma casi simultánea en Estados Unidos y en la URSS. A finales de 1942 Einstein y el periodista en lengua yídish Borís Góldberg (yerno de Shólom Aléichem) propusieron que el CAJ reuniera material para esa clase de obra. Entre tanto Ehrenburg, que dedicó muchos escritos al sufrimiento de los judíos, había recopilado su propio archivo de respuestas de los lectores a sus artículos, en forma de testimonios y diarios. Según recuerda el propio Ehrenburg: «A finales de 1943 empecé a trabajar, junto con Grossman, en una colección de documentos que llamábamos, literalmente, *El libro negro* ». [46] Los dos desempeñaron un papel

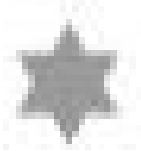
destacado tanto en este proyecto como en la labor del CAJ. Ehrenburg y Grossman confiaban en poder publicar una edición de *El libro negro* para el público soviético.

El Kremlin, por el contrario, no tenía ningún interés en producir tal clase de edición. Solo sancionó expresamente la participación del CAJ en el proyecto internacional; por ejemplo, enviando los materiales reunidos sobre las atrocidades nazis para que se publicaran en Estados Unidos. En la primavera de 1943, a la estela de la victoria de Stalingrado, el Kremlin mandó a dos eminentes legados —Solomón Mijóels e Itsik Féfer, un poeta en lengua yídish — en un viaje sin precedentes, de siete meses, por Norteamérica e Inglaterra. Su misión era recaudar fondos y apoyo político para la campaña bélica soviética y la apertura del Segundo Frente. Con la ayuda de organizaciones judías de Estados Unidos, Mijóels y Féfer llevaron millones de dólares a la Unión Soviética. Cerca de cincuenta mil personas se reunieron para escucharles en el estadio Polo Grounds de Nueva York, decorado con banderas estadounidenses y soviéticas, símbolo de la alianza de guerra entre los dos países. [47]

Durante esta gira, el Sovinformburó autorizó a Mijóels y Féfer a colaborar con la redacción estadounidense de *El libro negro* . Después de la guerra, cuando Stalin hizo juzgar en secreto a los miembros del Comité Antifascista Judío, se manipuló esta misma colaboración para presentarla como prueba de un complot contra la URSS, de inspiración sionista y estadounidense. En realidad, la política oficial de la Unión Soviética con respecto a la Solución Final fue engañosa desde el principio. A Stalin, toda la información sobre los padecimientos de los judíos le interesaba tan solo para sus fines de propaganda. Así, el CAJ tenía permiso del Kremlin para transmitir información en el extranjero, pero en la propia Unión Soviética las referencias a los judíos se eliminaban. Stalin dio instrucciones de ocultar las diferencias entre los muertos, y las autoridades las acataron. [48] La prensa debía limitarse a hablar de atrocidades contra «civiles soviéticos», sin más caracterización.

En este contexto, Ehrenburg, Grossman y diversos miembros del CAJ —muchos de los cuales habían perdido familias en el Holocausto— trabajaron para crear una edición de *El libro negro*

para el público ruso. En 1944 Ehrenburg fue elegido presidente de la Comisión Literaria del CAJ y reclutó para el proyecto a numerosas figuras de la literatura y el periodismo. Grossman aportó sus artículos originales «El asesinato de los judíos de Berdíchev» y «Treblinka». En 1945, cuando Ehrenburg dimitió de su puesto en la comisión, Grossman pasó a encargarse de la dirección general, redactó una introducción y batalló para que *El libro negro* viera la luz. Pero a finales de la década de 1940, la edición rusa se prohibió. Aunque el CAJ, Mijóels, Ehrenburg y Grossman se esforzaron denodadamente por llevar a la imprenta su investigación, en la URSS no se llegó a contar nunca la historia del Holocausto perpetrado en territorio soviético.



Berdíchev fue liberada el 5 de enero de 1944. Hacia esta fecha, mientras estaba en Kiev, Grossman buscó a familiares que hubieran vivido allí durante la guerra. Sin embargo, como le escribió a Olga, no halló supervivientes: «Mi querida Liúsenka ... Ayer estuve en Kiev. Me resulta difícil transmitir lo que sentí en las pocas horas en que fui visitando las direcciones de los parientes y conocidos. [Solo hay] tumbas y muerte. Hoy iré a Berdíchev. Mis camaradas ya han estado allí; cuentan que la ciudad está completamente destruida, vacía, y que de los muchos miles, las decenas de miles de judíos que habían vivido allí, solo poquísimos —unos diez, quizá— han sobrevivido. No tengo ninguna esperanza de encontrar a mamá con vida. Quizá al menos logre descubrir algo sobre sus últimos días y su muerte». [49]

Años más tarde, Grossman escribió dos cartas para su madre, allá en la ultratumba. Ni siquiera la familia sabía de la existencia de estas cartas; escritas por las dos caras de una hoja única, se hallaron tras la muerte de Grossman. Las guardaba en el mismo sobre que una fotografía de una ejecución colectiva de mujeres y chicas judías. Los cuerpos aparecen abarrotando una trinchera anticarro hasta donde la vista alcanza. La imagen, tomada por un

oficial nazi, era el último vínculo del autor con su madre. Conservarla representaba el compromiso de no olvidar nunca, contar la verdad sobre la guerra y el Holocausto. Narró la historia de su madre en la novela que le dedicó, *Vida y destino* . Pero del dolor personal solo podía hablar dirigiéndose en privado a su madre.

La primera carta se la escribió en 1950, noveno aniversario de la masacre de Berdíchev. En ella recuerda cuando llegó a la ciudad en invierno de 1944.

> Llegué a Berdíchev, entré en la casa en la que vivíais —la casa que había sido el hogar de la tía Aniuta, el tío David y Natasha— y comprendí que ya no estabas entre los vivos ... Pero no sabía cuán terrible había sido tu muerte; esto solo lo averigüé cuando ... pregunté a varias personas sobre la masacre del 15 de septiembre de 1941. En decenas, quizá cientos de ocasiones he intentado imaginar cómo moriste, cómo te dirigiste hacia la muerte. He intentado imaginar al hombre que te mató. Él fue la última persona que te vio con vida ... Para mí estás hoy tan viva como cuando nos vimos por última vez, tan viva como cuando tú me leías, de pequeño. Y mi dolor sigue siendo el mismo que cuando uno de tus vecinos de la calle Uchílischnaia me dijo que te habías ido y no había esperanza de hallarte otra vez entre los vivos. [50]

Durante su estancia en Berdíchev, Grossman había recogido testimonios sobre los veinte mil civiles judíos masacrados en la ciudad. [51] Entre otros entrevistó a un sacerdote ortodoxo, el padre Múromski, que le habló del gueto de Yatki. El 26 de agosto, cincuenta días después de que se ocupara esta ciudad, se ordenó a la población judía trasladarse a un gueto en el barrio viejo de Yatki, cerca del bazar. Miles de personas se apiñaban en casuchas ruinosas sin instalaciones sanitarias. El gueto, vigilado por tropas alemanas y auxiliares ucranianos, era un primer paso hacia la aniquilación total. El jefe de la policía ucraniana, Koroliuk, interpretó un papel activo en la selección y el fusilamiento colectivo de la población judía. [52]

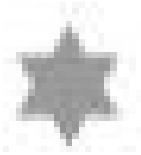
En el artículo «El asesinato de los judíos de Berdíchev», escrito para *El libro negro* , Grossman refiere que en la ciudad se produjeron varias ejecuciones masivas. Primero los nazis eliminaron a todas las personas capaces de ofrecer resistencia. El 4 de septiembre se detuvo y reunió a mil quinientas personas —para hacerles trabajar en el campo, se dijo— y se les fusiló. Quince días

después las tropas alemanas rodearon el gueto, obligaron a todos los habitantes a salir a la plaza del mercado e iniciaron la selección. Se apartó a cuatrocientas personas, médicos y expertos de diversos campos a quienes se permitió mantener también a las familias. Mientras los privilegiados gritaban los nombres de sus parientes, «cientos de madres condenadas alzaban los brazos para entregarles a sus hijos e hijas, rogándoles que los adoptaran como propios, para salvarlos de la muerte». Pero incluso estos especialistas tan solo sobrevivieron unos pocos meses más.

El 15 de septiembre hicieron marchar a los condenados —unas doce mil personas— hasta un campo próximo al aeropuerto; a los más pequeños y los ancianos los llevaron en camiones. «La monstruosa carnicería de inocentes e indefensos se prolongó durante todo el día; todo el día estuvo fluyendo la sangre ... Todo el día, en una columna interminable, la gente pasaba junto al punto de ejecución y veía que sus madres, hermanas e hijos ya estaban al borde de la fosa a la que el destino los llevaría al cabo de una hora o dos. Y todo el día el aire estuvo repleto de palabras de adiós.» [53] Dos niños sobrevivieron a la masacre. A uno lo salvó su madre al gritar que ella sabía que el chico era ruso. Otro, Chaím Roitman, de diez años, engañó a un oficial de las SS: desde el borde de la fosa señaló un trozo de cristal brillante y dijo: «Mire, ¡un reloj!». Cuando el pistolero alemán se inclinó para cogerlo, el chico se dio a la fuga. Un ucraniano lo ocultó y adoptó.

Hubo otras ejecuciones en Berdíchev, pero ninguna causó tantas víctimas como la del 15 de septiembre, fecha del fallecimiento de la madre de Grossman. En 1946 el escritor recibió una carta de Rozalia Menáker, la partera de Berdíchev que había ayudado a la madre a dar a luz. Los Menáker habían huido de Berdíchev antes de la ocupación nazi y salvaron la vida. Rozalia contó a Grossman cuanto había podido averiguar sobre la vida de su madre en el gueto. Yekaterina Savélievna se había puesto al servicio del médico de Berdíchev, el doctor Vurvarg, para enseñar francés a sus hijos con la lectura de una edición francesa de *Guerra y paz* . Vurvarg estuvo entre el grupo de especialistas que salvó la vida en la primera selección. Pero luego toda su familia pereció igualmente,

salvo una hija, la que luego pudo informar a Rozalia sobre los últimos días de Yekaterina Savélievna. [54]



En marzo de 1944, tras ser asignado al cuartel general del Tercer Frente Ucraniano, dirigido por el general Rodión Malinovski, Grossman siguió al ejército en su avance hacia el mar Negro. En el texto «Reflexiones sobre la ofensiva de primavera», publicado por *Estrella Roja* a finales de abril, el autor describe un movimiento sin precedentes, un «avance insomne, que continuaba día y noche». La lluvia y la nieve fundida deshacían literalmente las carreteras. Las divisiones alemanas, que no lograban ir tan rápido como el ejército soviético, se vieron obligadas a abandonar los vehículos y la artillería en el barro. No había dónde descansar, no había ni un sitio seco en el que sentarse, pero los soldados soviéticos se alegraban pensando que «a los alemanes» seguro que les resultaba «aún más duro». Los soldados soviéticos, que avanzaban «bajo la lluvia incesante y la nieve húmeda, deshecha, tres veces maldita», tenían que empujar y tirar de la artillería pesada y los camiones; había días en los que se quedaban encallados incluso los transportes con oruga. Tenían que atravesar ríos crecidos y construir puentes con un agua gélida que les llegaba hasta la cintura. El caso más arduo de todos fue el puente tendido en el río Bug Meridional. Los zapadores tuvieron que trabajar en una marisma y bajo el fuego enemigo. Levantaron el puente en tres días. [55]

Odesa fue liberada el 10 de abril de 1944. Grossman vio cómo las fuerzas militares soviéticas entraban en tropel en la ciudad, ocupada por el III Ejército de Rumanía desde mediados de octubre de 1941. Algunas escenas se quedaron grabadas en su memoria. Del edificio de la Gestapo sacaron cadáveres carbonizados, incluido el de una joven cuyo pelo dorado seguía intacto. Antes de la guerra Odesa contaba con una población judía de más de doscientas mil personas. Cerca de la mitad lograron huir. Los otros cien mil judíos de Odesa, junto con miles de refugiados judíos de la Transnistria,

tuvieron que inscribirse ante las autoridades rumanas. Pocos alcanzaron con vida el día de la liberación: el informe reunido en mayo de 1944 por un abogado judío soviético, I. Leenzón, constata que en Odesa murieron cerca de cien mil judíos. [56] Unos setenta mil perdieron la vida en los guetos y campos que los rumanos instalaron cerca de Odesa: los puntos de exterminio de Domaniovka, Bogdánovka y Akmechetka. [57] Según averiguó Grossman, las masacres de Domaniovka las perpetraron milicianos ucranianos.

En Odesa encontró a unos pocos supervivientes judíos. Áisenshtadt Amnón, hijo de un rabino de la ciudad de Ostrovets, al norte de Odesa, le contó a Grossman que una muchacha rusa lo había escondido en su habitación durante más de un año. [58] Amnón también le habló del Levantamiento del Gueto de Varsovia y el campo de exterminio de Treblinka.

El 6 de junio de 1944, mientras cubría el avance por Bielorrusia del LXV Ejército del general Bátov, Grossman tuvo noticia de que se abría el Segundo Frente. Esta noticia del desembarco aliado en Normandía se recibió con entusiasmo en el ejército soviético: aquel día hubo disparos y salvas espontáneas. [59] A finales de junio, dos ejércitos soviéticos rodearon Bobruisk y apresaron a unos cinco mil soldados alemanes de la 38.ª División de Infantería. Después de treinta horas de batalla, el general Bátov asaltó la ciudad, que los alemanes habían incendiado. Cuando entraron los vehículos de Grossman y su compañía, las llamas aún ardían. Según escribió en el texto «La “bolsa” de Bobruisk», se había dicho a los soldados que debían luchar hasta la muerte: no solo se ejecutaría a los desertores, sino que se haría una purga con sus familias. [60]

Grossman pudo hablar con varios presos alemanes. El comandante de su regimiento, «un asesino de ojos azul celeste», guardaba en la cartera una serie de «fotografías espantosas». Una mostraba a un partisano ruso ahorcado, con una mujer agarrada a los pies del muerto.

> —Eso fue en Polonia —dijo el alemán, como si perpetrar tal cosa en Polonia no mereciera castigo.
>
> —Pero ¿y por qué ese cartel, al lado del cuerpo, está en ruso? ...

—Eso no significa nada; fue en la frontera entre Rusia y Polonia. [61]

Aquel mismo día, Grossman fue testigo del interrogatorio del teniente general Adolf Hamann, comandante de la 383.ª División de Infantería y conocido criminal de guerra. En su artículo «El bien es más fuerte que el mal», el escritor comenta:

> Cuando miras a Hamann se apodera de ti una sensación horrible. Parece un ser humano. Las manos, los ojos, el pelo, el habla, son como los de otras personas. Pero en el pensamiento se te destacan imágenes: de las fosas comunes en las que hemos hallado cientos, miles de cadáveres de mujeres y niños enterrados vivos (y en cuyos pulmones la anatomía forense ha encontrado arena); de las ruinas de Oriol que ordenó asolar el 4 de agosto de 1943, o las de Karáchev, que borró de la faz de la tierra; de Bobruisk, la ciudad que hoy ha calcinado ... Como es propio de un criminal, lo niega todo: la matanza en masa de los hebreos, las masacres de guerrilleros ... todo acto de violencia. [62]

Hamann fue condenado a la pena de muerte por sus crímenes de guerra contra los civiles, y ejecutado en diciembre de 1945. [63] En el mismo texto, Grossman escribe: «Hay veces en que lo visto nos deja completamente trastornados, hiela la sangre en nuestras venas, y la certeza de que aquel cuadro horrible quedará grabado en el alma para siempre y le perseguirá a uno hasta la muerte, oprime angustiosamente el corazón». [64] El mensaje principal del autor, sin embargo, es que la guerra no había logrado destruir la humanidad de la gente y que el nazismo —el peor de los males del mundo— contenía las semillas de su propia destrucción. Describe un incidente que reforzó su confianza en la buena voluntad de la humanidad. Un soldado alemán, herido, está sentado en la cuneta, cerca de Bobruisk, contemplando cómo los blindados y la artillería soviética irrumpen en la ciudad en llamas. Un soldado del Ejército Rojo se le aproxima y le da un poco de agua. Conmovido por el episodio, Grossman lo cuenta para recordar al Ejército Rojo —que pronto entrará en Alemania— la antigua tradición de compadecerse del débil. Por el contrario, Ehrenburg, en sus columnas, expresó odio por Alemania y exigió venganza contra el pueblo alemán, al que calificaba de «patulea colosal». [65]

A finales de julio, Grossman estaba informando desde la Polonia oriental. Vieron frutales abundantes junto a los caminos rurales,

chiquillos campesinos que vendían cubos de cerezas a un precio tan económico que incluso los soldados podían comprar fruta; las primeras impresiones del autor fueron de este estilo. Polonia soportó la ocupación alemana más tiempo que otros países europeos. En Lublin habían tenido que cerrar la universidad local, los teatros, los museos y las escuelas. Los polacos sufrieron una enormidad durante el dominio nazi, y Grossman oyó muchos lamentos. Pero como escribe en «Ciudades y pueblos de Polonia», ni uno de los lamentos salió de boca de un judío. No quedaban judíos en Polonia. «En Lublin, una ciudad en la que antes de la guerra había más de cuarenta mil judíos, no encontré ni a un niño, ni a una mujer ni a un anciano que hablaran la lengua que mi abuelo y mi abuela habían hablado.» [66]

Grossman todavía no había leído el lamento y manifiesto «Nosotros, los judíos polacos», de Julian Tuwim. Este poderoso texto de Tuwim sobre el destino de los judíos de Europa se tradujo a muchas lenguas, incluido el ruso. (Grossman guardaba un ejemplar de la traducción rusa.) «Nosotros, los judíos polacos ... Los que vivimos por siempre —es decir, los que murieron en los guetos y los campos— y los espectros, es decir: los que hemos vuelto a nuestra patria desde la otra orilla de los océanos y los mares.» [67] Las palabras de Tuwim —escritas en Nueva York para el primer aniversario del Levantamiento del Gueto de Varsovia— se leyeron con avidez en muchos lugares, de Palestina a Moscú. [68]

El 23 de junio de 1944 el ejército soviético entró en Majdanek, el primero de los seis centros de exterminio que se liberó en Polonia. Situado en el extrarradio de Lublin, se fundó como campo de concentración para civiles y prisioneros de guerra, pero más adelante funcionó como campo de exterminio. La mayoría de los internos de Majdanek fueron judíos (120.000) y polacos (100.000). [69] En Majdanek perecieron unas 80.000 personas, de las que 60.000 eran judíos. [70] A diferencia de Treblinka y otros centros de exterminio, allí las SS no tuvieron tiempo de destruir las pruebas del asesinato colectivo, con lo que los soviéticos pudieron grabar cómo eran las instalaciones. El documental se proyectaría también, más tarde, en Núremberg.

Grossman entró en Majdanek con un grupo de corresponsales y escritores: Yevgueni Dolmatovski (un escritor popular, de poesía y letras de canciones), Símonov, Borís Gorbátov, Leonid Kudrevatyj y Yákov Makárenko. A Símonov —el compañero de corresponsalía en *Estrella Roja* que había informado sobre la victoria de Stalingrado— se le encargó ahora redactar un artículo sobre Majdanek. Su texto, de redacción estudiada, se tituló «Campo de exterminio» y vio la luz en la misma *Estrella Roja* . Símonov describe Majdanek como «un ejemplo aterrador ... de crimen contra la humanidad ... tan colosal y tan aterrador que no se puede comprender en su totalidad». En Majdanek encontraron cámaras de gas y crematorios cuyos hornos aún estaban repletos de restos humanos a medio incinerar. Los almacenes del campo estaban a rebosar de ropa y zapatos. Había «botas de soldados rusos, zapatos de soldados polacos, botas de hombre, zapatillas de mujer, chanclos de goma y —lo que más dolía ver, con diferencia— decenas de miles de zapatos de niño: sandalias, las pequeñas zapatillas y zapatos de niños de diez años, de ocho años, de seis años, de un año». [71] En las oficinas de Majdanek se apilaban los documentos de los ejecutados, pasaportes y certificados de toda Europa. Tal clase de documentación permitió demostrar que Majdanek era un campo internacional: por el centro pasaron personas de más de cincuenta nacionalidades. Había pasaportes polacos, franceses, alemanes, italianos, griegos, croatas e incluso chinos; «había documentos bañados en sangre, borrados por el agua, partidos en dos o pisoteados». [72] Símonov hace referencia a los judíos, pero calla que fueran la mayoría de las víctimas. También presenta la versión oficial soviética de la masacre de Katyn, afirmando que la matanza de oficiales polacos fue obra de los nazis, en 1941, y no del NKVD, en 1940. (En 1944 Alekséi Tolstói suscribió el informe de la Comisión Estatal Especial que investigó el asesinato masivo de ciudadanos polacos en el bosque de Katyn. Tolstói, entre otras figuras de fama nacional, prestó su respaldo a un informe cuya falsedad le constaba.)

Cerca de un millar de presos, incluidos algunos ciudadanos rusos, vivieron para ver la liberación de Majdanek. Los corresponsales soviéticos asistieron a los interrogatorios de los

hombres de las SS y pudieron entrevistar al médico ruso que había dirigido la enfermería del campo. Por estos medios Grossman averiguó, por ejemplo, que la construcción y gestión del centro se había asignado a los propios presos y que las SS apenas aparecían por los barracones. En *Vida y destino* utilizó esta información para describir un campo de concentración alemán de carácter multinacional y gestionado por los internos. Sin embargo, las notas de estudio que sirvieron de preparación a la novela nos indican que hacía alusión a Dachau, no a Majdanek. [73]

Dolmatovski, que era de etnia judía, publicó más adelante sus recuerdos sobre sus encuentros con Grossman en el frente. Majdanek les causó una profunda impresión a los dos. Después de regresar a Lublin desde «la Ciudad de la Muerte» no lograban dormir ni comer. Grossman decía que la humanidad había cruzado la última raya y que «nunca volveremos a ver nada tan horrible como esto». Pero sí lo vieron: a Grossman se le encargó escribir sobre Treblinka y su fábrica letal, y Dolmatovski le acompañó.

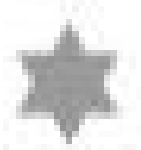
Llegaron a Treblinka a principios de septiembre y fueron testigos del interrogatorio, realizado por fiscales e investigadores soviéticos, de los ucranianos apresados, guardias y un verdugo. Más adelante, ya de memoria, Dolmatovski dejó constancia del diálogo:

> —¿A cuántas personas gaseabais cada día? ...
> —Novecientas, creo. —No usa la palabra «personas». Tras una pausa, añade—: Hasta mil doscientas...
> —¿Luego, cómo pasabais el tiempo?
> —Cantábamos.
> —¿Qué canciones, por ejemplo?
> —«O Tannenbaum, O Tannenbaum».
> En este momento, Vasili Semiónovich [Grossman] saltó fuera del búnker, literalmente. Yo le seguí. Estaba de pie en el viento frío y se le veía llorar por debajo de las gafas... Luego me dijo que había sido por la fuerza del viento. Recuperó la compostura, se abotonó el capote y volvió al búnker donde se estaba desarrollando el interrogatorio. [74]

Aunque el artículo de Grossman sobre Treblinka no hace referencia a esta canción, en *Vida y destino* los soldados alemanes cantan «O Tannenbaum» en Stalingrado mientras abren sus regalos de Navidad.

Dolmatovski también recuerda haberse encontrado antes con Grossman. En 1942, en las inmediaciones de Stalingrado, este lo rescató durante un bombardeo. Grossman había encontrado a su colega de corresponsalía herido, en una casa afectada por los impactos, y lo tomó a la espalda para llevarlo a un hospital de campaña. Dolmatovski se sorprendió al comprobar que Grossman nunca había mencionado el episodio a nadie. Por otro lado, en Grossman era memorable su capacidad de escribir con suma rapidez, algo que contrastaba con su conducta general, deliberadamente pausada. De hecho, pese a que el artículo sobre Treblinka es muy completo, Grossman lo redactó con asombrosa celeridad.

Pasaría más de un decenio hasta que el mundo estuvo preparado para lidiar con las espantosas pruebas de los campos de exterminio nazis. Como ha escrito Bettina Stangneth, en 1953 aún no se había escrito ni una sola obra sobre el Holocausto, «salvo el juicio de Núremberg», y en 1957 la bibliografía sobre el Holocausto seguía siendo insignificante. [75] Pero ni siquiera en Núremberg se centró la atención en el destino de los judíos: la primera acusación, a instancias de los estadounidenses, fue de conspiración para cometer crímenes internacionales; la segunda, promovida por los británicos, fue crímenes contra la paz; y la tercera, aportada por la delegación francesa, fue «crímenes de guerra, incluido el genocidio». [76] Los estudiosos y la opinión pública tardaron varias décadas en comprender el infierno de Treblinka y los demás campos de exterminio. Algunas memorias de lo vivido en Treblinka no vieron la luz hasta varias décadas más tarde; las del superviviente Richard Glazer solo se publicó en 1992. Al historiador Raul Hilberg le resultó difícil hallar editor para su gran estudio del Holocausto, *La destrucción de los judíos europeos* . [77] Este silencio no hace sino amplificar el valor del artículo de Grossman sobre Treblinka.



«El infierno de Treblinka», publicado en *Znamia* en noviembre de 1944, trasciende su época y la unidad de género, porque es a la vez una obra de periodismo de investigación, un ensayo histórico y filosófico, y un réquiem por las víctimas. El texto tiene la cualidad perdurable del arte genuino y puede compararse al *Guernica* de Picasso. Grossman presenta pruebas de crímenes sin precedentes «ante la conciencia del mundo, ante los ojos de la humanidad». [78]

Treblinka II —el segundo mayor campo de exterminio, por detrás de Auschwitz— se fundó en julio de 1942, con la autorización de la Operación Reinhard. En este centro letal, levantado a cerca de un kilómetro y medio del campo de trabajos forzosos de Treblinka I, se asesinó a unas ochocientas mil personas. «Himmler pretendía que el campo quedara sumido en el secreto: que ni una sola persona quedara con vida», escribe Grossman. Estaba situado en una zona escasamente poblada, al este de Varsovia, entre los pueblos de Treblinka y Małkinia.

Grossman llegó a Treblinka a principios de septiembre de 1944, trece meses después de que se hubiera producido un levantamiento de los presos, el 2 de agosto de 1943. Lograron huir unos trescientos reclusos, aunque no sobrevivió ni un tercio. Poco después de esta sublevación, las autoridades de Treblinka empezaron a eliminar todas las pruebas de la masacre, junto con las propias estructuras del campo. En el emplazamiento de las fosas comunes se levantó una plantación ordenada de pinos y altramuces. «Durante trece meses, desde julio de 1942, el cadalso estuvo en funcionamiento; y durante trece meses, desde agosto de 1943, los alemanes estuvieron intentando destruir todos los vestigios de su trabajo.»

En julio de 1944, cuando el Ejército Rojo liberó Treblinka, se halló en el bosque a cuarenta supervivientes. Grossman pudo entrevistar tanto a judíos empleados en el trabajo forzoso como a miembros de los Sonderkommandos de Treblinka I y Treblinka II: «Cuanto se escribe a continuación se toma de los relatos de testigos que aún viven, de los testimonios de personas que han trabajado en Treblinka ... A estas gentes las he visto yo personalmente, hablé larga y detalladamente con ellas, sus declaraciones escritas están ante mí sobre la mesa». También habló con un preso ucraniano que

había prestado servicio voluntario con las SS, un guardia que figura en el cuaderno de Grossman con el nombre de Iván Shevchenko. En este cuaderno hay asimismo dibujos de la estructura del campo de exterminio: la estación de tren, la carretera, la valla de seis metros de altura que rodeaba el campo, los «rectángulos uniformes» de los barracones, las instalaciones para los alemanes, entre ellas una panadería y una barbería. Grabó el himno que, compuesto por hombres de las SS, los trabajadores de Treblinka debían cantar antes de que los ejecutaran.

El artículo aborda Treblinka desde dos perspectivas paralelas: la de las víctimas y la de los verdugos. Habiendo visto las zonas de exterminio de Berdíchev, Babi Yar y Majdanek, Grossman se hallaba en una posición inigualable para reconstruir la imagen conjunta de «el inmenso patíbulo de Treblinka». Treblinka II era un campo para judíos, creado para hacer realidad la Solución Final de Hitler. En este campo, «nada estaba preparado para la vida, todo estaba dispuesto para la muerte».

Grossman explica cómo fue posible que unos pocos miembros de las SS, más sus auxiliares, llevaran al matadero a cientos de miles de personas. «Los oficiales de las SS, como psiquiatras de la muerte», recurrían al engaño para minimizar los intentos de huida y resistencia. El nuevo comandante de Treblinka —el capitán de las SS Franz Stangl, anteriormente al mando de Sobibor— lo convirtió en el más «perfecto» de los campos de exterminio. [79] Hizo reconstruir la zona de llegada, para que se asemejara más a una estación de tren corriente. Se instalaron puertas y ventanas falsas en lo que aparentaba ser un edificio de estación con despacho de billetes. También se colgaron carteles falsos: «Billetes», «Sala de espera», «Información», etc. Había incluso horarios falsos de llegada y salida, para dar la impresión de que los trenes circulaban normalmente en ambas direcciones, cuando en realidad era el término final de una vía única. (Stangl fue detenido en Brasil, en 1967, y juzgado en Alemania en 1970. Afirmó que los deportados judíos eran una «carga» que se debía destruir: «Normalmente no los veía como personas, era siempre una masa enorme».) [80] Este engaño contribuyó a que las SS hallaran pocos casos de huida y resistencia. Cuando se decía a los deportados que habían llegado a

un campo de tránsito y debían dirigirse a las duchas, aún tenían la esperanza de sobrevivir. Grossman habla de los judíos deportados de los guetos polacos, que abarrotaban vagones de carga y ya comprendían «que el final está cerca», y los viajeros judíos de la Europa occidental que, sin sospechar nada, habían pagado para que los transportaran a un país neutral, y sin embargo los llevaban a Treblinka. «Es difícil decidir qué resulta más terrible: dirigirte a la muerte con pavor ... o estar contemplando tranquilamente el paisaje desde la ventana de un cómodo vagón, al mismo tiempo que alguien, desde el pueblo de Treblinka, llama por teléfono al campo para dar los detalles de tu tren, que acaba de llegar.»

Imagina el estado psicológico de los recién llegados, cuyos pensamientos y sentimientos oscilan entre la esperanza y la desesperación. Mientras están en la zona de recepción, no les pasa por alto que el campo está rodeado por una valla de seis metros de altura, disimulada con ramas de pino amarillentas; pero desoyen la voz interior que les advierte de que han caído en una trampa. Los hombres de las SS dan órdenes abruptas que nublan la razón de los recién llegados: se les manda dejar las cosas en la plaza y dirigirse a las duchas con su identificación, objetos de valor y toallas. La gente querría hacer preguntas, pero «una fuerza extraña les hace apresurarse en silencio ... Y todos están abatidos por la sensación de indefensión, la sensación de condena». Atraviesan la puerta —«una abertura en un recinto alambrado»— y entran a un lugar del que «no hay escapatoria, no hay vuelta atrás». Están rodeados por los guardias de las SS y los vigilantes (*Wachmänner*) armados con metralletas; desde las torres de vigilancia se apuntan igualmente ametralladoras pesadas hacia los deportados. Los nazis recurren a reglas simples para hacer funcionar el matadero, dando «una sucesión interminable de órdenes abruptas» que quiebran la voluntad de los nuevos. Grossman, una vez más, contrasta la humanidad e individualidad de las víctimas con la inhumanidad de unos perpetradores que califica simplemente de «bestias». Los hombres de las SS que actúan como depredadores de seres humanos son todos similares en su comportamiento y psicología. Habla en nombre de las víctimas judías que empiezan a comprender cuál es su destino inminente: «Y todos esos miles de personas,

todas esas decenas y centenares de miles de personas —de ojos que interrogan asustados, todos esos rostros jóvenes y viejos, todas esas bellezas de pelo rubio o moreno, esos ancianos encorvados y calvos, y esos adolescentes tímidos—, todos quedan atrapados en un torrente único que engullía la razón, y la ciencia humana más espléndida, y el amor de las doncellas, y la maravilla infantil, y la tos de los viejos y el corazón humano».

La ideología nazi excluye a los judíos del reino de la humanidad. Las pertenencias de los muertos vivientes quedan atrás y se van seleccionando y evaluando: «Todo lo que tenga algún valor se enviará a Alemania». Las cartas, las fotografías, los dibujos infantiles y «los cientos de minucias que resultaban infinitamente preciosas para sus propietarios, pero eran simple basura para los señores de Treblinka» se apila para su destrucción.

La orden de desnudarse deja indefensos a los deportados. «Sabemos, por la cruel realidad de los años recientes, que un hombre desnudo pierde de inmediato su capacidad de resistencia; deja de luchar.» A Grossman le contaron que, cuando se separaba a las familias y sus miembros debían dirigirse a barracones distintos, se producían escenas desesperadas. «El amor —maternal, conyugal o filial— indicaba a aquellas personas que era la última vez que se veían.» El engaño se mantenía prácticamente hasta el final: los hombres de las SS seguían presentando «las regulaciones de la muerte ... como regulaciones de la vida». Así, cuando a las mujeres se les cortaba el pelo, recuperaban la esperanza. Los barberos del campo le dijeron a Grossman que «el corte de pelo de la muerte contribuía más que ninguna otra cosa a que las mujeres creyeran que iban de verdad a las duchas». (Pero en la actualidad sabemos que pocas mujeres creían que el proceso respondiera de verdad a fines higiénicos. Durante el corte, era habitual que las mujeres preguntaran, con angustia, si iban a morir. Los barberos judíos guardaban silencio o intentaban consolarlas.) [81] El pelo de las mujeres, junto con los objetos de valor y cualquier otro elemento que pudiera ser de utilidad, se enviaba a Alemania como materia prima. El régimen de Hitler —escribe Grossman— «aprovechaba» ciertas cualidades del carácter alemán, como la eficiencia, para instituir un «crimen contra la humanidad». Los «bestias» de las SS

usan el oro y los objetos de valor, pero descartan «lo más valioso del mundo: la vida humana».

Por último, los deportados deben entrar al «camino sin retorno», una senda de arena de 120 metros que lleva hasta las cámaras de gas. Los reclusos, obligados ahora a correr hasta el lugar de la ejecución, son apaleados durante el recorrido y quedan reducidos a «un estado de completa parálisis psíquica». (Stangl, el comandante de Treblinka, afirmó que a veces él «estaba sobre la pared y los veía en el "tubo": estaban desnudos, apiñados, los azotaban para que corrieran».) [82]

Los nazis han condenado a la nación judía al «abismo de la inexistencia», escribe Grossman. Los internos de Treblinka dejan tras de sí «una huella fresca de pies desnudos: las huellas pequeñas de las mujeres; las diminutas, de los niños; las pesadas, de los viejos. Este débil rastro en la arena era todo lo que quedaba de los miles de personas que, poco antes, habían pasado por aquel camino». Dentro de las cámaras de gas se completaba el saqueo de aquellos seres humanos: les «privaban del cielo, las estrellas, el viento y el sol». Unos pocos segundos son suficientes «para destruir lo que la naturaleza y el mundo han ido creando, paso a paso, en el inmenso y tortuoso proceso creativo de la vida». La evocación bíblica de Grossman pretende elevar a los condenados por encima del sufrimiento y la muerte: «Las bestias, y la filosofía de las bestias, parecía augurar el crepúsculo de Europa, el crepúsculo del mundo; pero el rojo no era el rojo del crepúsculo, sino el de la sangre de la humanidad; una humanidad que estaba muriendo pero aun así vencía, por medio de la muerte. Las personas seguían siendo personas. No aceptaban la moral y las leyes del fascismo». (Como los nazis habían deshumanizado a los judíos, Grossman hacía hincapié en calificarlos de «personas».)

Dado que Grossman fue uno de los primeros cronistas del Holocausto, era inevitable que cometiera algunos errores. Así, creía que Treblinka era «el principal campo de exterminio de las SS», por delante de Auschwitz. A partir de las entrevistas con los campesinos locales que le dijeron, erróneamente, que algunos días llegaban a Treblinka seis trenes, calculó que habían muerto allí «en torno a ... tres millones de personas». Por otro lado, desconocía durante

cuánto tiempo habían funcionado a plena capacidad las cámaras de gas del campo.

Para explicar el funcionamiento de la maquinaria letal de Treblinka, Grossman se basó en su experiencia como ingeniero químico. «Era un patíbulo con cinta transportadora, que se regía por los mismos principios que cualquier otra empresa industrial moderna a gran escala». El campo recurrió a una diversidad de «expertos en asesinato», que el régimen de Hitler seguía generando en abundancia. En las cámaras de gas, el método de ahogamiento principal eran los gases de escape. Cuando las puertas estaban selladas, un motor instalado fuera del edificio bombeaba monóxido de carbono al interior.

Cuando describe la visita de Himmler a Treblinka, Grossman la sitúa en la fecha correcta: febrero-marzo de 1943. Himmler llegó durante la fase de conclusión de la Operación Reinhard, para decidir el futuro del campo. El escritor también acierta, en lo esencial, en la definición del propósito de la visita: «el ministro de la Muerte» pretendía borrar las pruebas de la matanza. El trabajo de exhumar y quemar cientos de miles de cadáveres empezó de inmediato.

Como fuente de información principal sobre esta fase del funcionamiento de Treblinka, Grossman partió de las memorias *El año en Treblinka* , de Yankel Wiernik. A este carpintero de Varsovia, indispensable en la construcción de las instalaciones del campo, lo mantuvieron con vida todo un año. Durante el levantamiento de Treblinka logró escapar y regresar a Varsovia, donde lo convencieron de que dictara un testimonio de lo vivido. En mayo de 1944 se publicó de forma clandestina en Polonia, gracias al esfuerzo del Comité Nacional Judío y del Bund polaco. Se consiguió hacer llegar el libro a Londres, con lo que, algo más tarde, vieron la luz traducciones al inglés y al yídish, en Estados Unidos. Grossman, por su parte, disponía de una versión rusa que hoy se guarda aún con sus papeles. Wiernik, testigo de especial relevancia de las atrocidades del campo, también describió con brevedad el proceso de eliminación e incineración de los cadáveres. En 1961 participó como testigo en el juicio a Eichmann, en Israel.

Wiernik describe escenas aterradoras: «A lo largo de mi vida he visto muchas cosas, pero ni siquiera Lucifer podría haber creado un

infierno peor que este». [83] Grossman usa escenas de este testimonio para ilustrar el espeluznante verano de 1943, cuando el Sonderkommando quemaba cerca de mil cadáveres al día, en unas parrillas gigantescas. Escribe Grossman: «Más de ochocientos presos —un número superior al de los empleados en los hornos de incluso la mayor de las plantas siderúrgicas— participaban en el trabajo de quemar los cadáveres». La historia de los hombres de las SS que, aburridos, organizaban pícnics junto a las parrillas también procede del testimonio de Wiernik.

Grossman considera imprescindible afrontar los hechos: «Es obligación del escritor contar la verdad, por terrible que sea, y es deber ciudadano de un lector conocer esa verdad. Darle la espalda, cerrar los ojos y pasar de largo es insultar el recuerdo de los que han fallecido». Señala que «no es suficiente hablar de la responsabilidad de Alemania en lo que ha pasado. Hoy es necesario hablar de la responsabilidad de todas las naciones del mundo». Toda la humanidad, de hecho, tiene la responsabilidad adicional de «impedir que el nazismo vuelva a emerger nunca más».

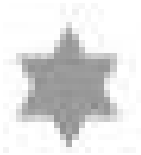
«El infierno de Treblinka» establece una profunda conexión emocional con los cientos de miles de personas que perdieron allí la vida:

> Entramos en el campo. Pisamos la tierra de Treblinka. Las vainas de los altramuces se abren nada más tocarlas; con un tintineo casi imperceptible, millones de semillas diminutas se esparcen por la tierra. El sonido de las semillas que caen y las vainas que se abren forma una melodía única, suave y triste. Se diría que un toque de difuntos —un tañido apenas audible, triste, pacífico— nos llegara desde lo más profundo de la Tierra. Y la tierra, rica e hinchada como si estuviera saturada de aceite de lino, tiembla bajo nuestros pies: tierra de Treblinka, tierra sin fondo, una tierra que se balancea como el mar. Este desierto cercado por una alambrada ha engullido más vidas humanas que todos los mares y océanos de la Tierra desde el origen de la humanidad.

Grossman tiene la intención de honrar a los anónimos y preservar su recuerdo en el mundo.

Después de regresar a Moscú en septiembre, trabajó infatigablemente para completar el artículo en unas pocas semanas. «El infierno de Treblinka» no se aceptó fácilmente: el autor tuvo que luchar por su publicación. Aun así, para los censores soviéticos, el

asesinato de judíos en Polonia no era un tema tan sensible como el destino de los judíos en Ucrania, con lo que *Znamia* dio a la imprenta el texto. En 1945, Voenizdat lo editó como separata. El artículo se tradujo a muchos idiomas y la delegación soviética de Núremberg lo distribuyó como prueba contra los nazis. [84]



Después de completar «El infierno de Treblinka» Grossman sufrió una crisis nerviosa. Cuando Ehrenburg lo invitó a conocer al periodista y traductor francés Jean Cathala, nuestro escritor le dijo que se encontraba demasiado mal para salir. Cathala, que traduciría a Solzhenitsyn, tenía interés por saber qué había visto en los campos de exterminio liberados. [85] Guedda Súrits, por otro lado, recuerda que Grossman hablaba a menudo de Treblinka. Trajo de los campos un zapato y una pieza de un juego de construcción infantil, que más adelante donó al Museo Judío de Vilnius. Súrits también recuerda relatos de Grossman sobre los guetos polacos, en los que la gente seguía adelante con su vida aun sabiendo que el final estaba cerca: los niños acudían a la escuela, los adultos se reunían para charlar de libros. Había incluso una escuela de música en funcionamiento; Grossman se trajo un diploma de graduación de una de esas escuelas de música del gueto, según Súrits. «Vasia conversaba sobre todo esto despacio, conmovido por la valentía humana, e invitando a sus oyentes a comprender el verdadero significado de sus palabras y apreciar el heroísmo genuino de personas que seguían siendo humanas aun en unas circunstancias inhumanas.» [86]

Después de volver al frente en enero de 1945, Grossman vio Varsovia en ruinas. Si antes de la guerra la capital de Polonia contaba con 1,3 millones de habitantes, en el momento de la liberación solo quedaban unas 162.000 personas. [87] Los alemanes la habían bombardeado sin compasión, con sus aviones y piezas de artillería, durante el levantamiento del Ejército Nacional polaco, en 1944; después, como castigo, asolaron amplias zonas de la ciudad.

En el artículo «Moscú-Varsovia», Grossman menciona la tragedia de quienes participaron en un levantamiento «condenado desde el principio». (Cuando las tropas soviéticas se aproximaban a Varsovia, Moscú animó al Ejército Nacional a alzarse en armas contra los alemanes. Pero no solo no ayudaron a los insurgentes, sino que los líderes soviéticos ordenaron que sus tropas se detuvieran en la orilla oriental del río Vístula, hasta que los alemanes aplastaron la sublevación.)

La población judía de Varsovia había sido la más numerosa de Europa: antes de la guerra eran más de 350.000 personas. [88] En noviembre de 1940 el gueto de Varsovia quedó aislado del resto de la ciudad. La zona, de dos kilómetros cuadrados, estaba cerrada por un muro de ladrillo, de tres metros de altura, rematado con una alambrada. [89] «¿Qué manos han levantado este muro?», se preguntaba Grossman en su cuaderno. [90] Llegó a haber más de 300.000 judíos recluidos en este gueto, con más de siete personas por habitación. Desde allí se deportó a Treblinka a más de 250.000 personas. Grossman conoció a varios supervivientes de la sublevación del gueto. Entre ellos había un fabricante de calcetines, que portaba un moisés de mimbre lleno de cenizas judías. «Con estas cenizas, mañana emprenderá el camino de Łódź.» [91]

Cuando las tropas soviéticas atravesaron la frontera alemana, Grossman pensó en los cientos de miles que no llegaron con vida al final de la guerra. Admira el paisaje alemán, sin resentimiento: «Pinares oscuros, campos, casas de labranza, cobertizos, casas de tejados puntiagudos ... Es un paisaje con mucho encanto: sus bosques, pequeños pero muy densos, son preciosos». [92] Tras seguir a las tropas hasta la ciudad de Schwerin, Grossman y otro periodista, Yefim Guéjtman, se alojaron en una de las pocas casas intactas del lugar. Los propietarios habían salido con tanta premura que aún había una tetera caliente en la cocina y los armarios estaban llenos de provisiones. Grossman prohibió «categóricamente» a sus compañeros que tocaran nada de la casa. Cuando un coronel del Estado Mayor General solicitó permiso para quedarse, el escritor asintió: el hombre tenía «la cara de un buen ruso». Por la noche oyó ruidos extraños que procedían de la

habitación del coronel. Por la mañana el militar había desaparecido, al igual que el contenido de los muebles. «El coronel había vaciado los armarios como un auténtico saqueador.» [93]

La guerra se aproximaba a su fin. Las carreteras de Alemania estaban atestadas de prisioneros de guerra de todas las nacionalidades, que regresaban a sus hogares desde los campos de concentración. Según apuntó Grossman en su cuaderno: «Franceses, belgas, neerlandeses, todos van cargados de botín. Solo los estadounidenses caminan ligeros ... solo necesitan bebida. Algunos nos saludan agitando botellas. Una multitud internacional, de civiles de toda Europa, viaja por otras carreteras. Mujeres con pantalones, empujando todas ellas miles de carritos de bebé repletos de cosas; es un caos demencial, gozoso. ¿Dónde está el Este, dónde el Oeste?». [94]

El 20 de abril, Grossman y sus compañeros emprendieron, desde Moscú, el último viaje al frente. Durante el trayecto el autor fue testigo de la batalla de Berlín y la rendición de Alemania. Llegaron a las afueras de Berlín el 26 de abril. «Cuanto más cerca estamos de Berlín, más se parece el paisaje al de Moscú», escribió en su cuaderno. [95] Grossman, asignado al V Ejército de Choque del coronel general Nikolái Berzarin, llegó en un momento en el que varios ejércitos soviéticos competían por el honor de llegar en primer lugar a la capital alemana. La batalla de Berlín fue una de las más sangrientas y crueles de toda la guerra. Muchos de los soldados soviéticos que habían sobrevivido a Stalingrado y las otras campañas perderían la vida durante los últimos días, en las ruinas de Berlín.

El cuartel general de Berzarin estaba en el castillo de Henning von Tresckow. El propietario, el teniente coronel Von Tresckow, había sido un impulsor destacado de la resistencia alemana contra Hitler. Tras haber participado en varios complots para asesinar al Führer, se suicidó un día después de que fracasara el último intento, el 20 de julio de 1944. En su artículo «En el límite de la guerra y la paz» Grossman describe el castillo de Von Tresckow, rodeado por un viejo parque lleno de esculturas. Resultaba surrealista sentarse junto a la chimenea en el hogar ancestral de aquel aristócrata alemán, leyendo un libro de su biblioteca.

El 2 de mayo Alemania se rindió y Grossman se vio poseído por una avalancha de impresiones: de Berlín, en ruinas después del bombardeo aéreo aliado, y de las «colosales muchedumbres de prisioneros». Cientos de muertos yacían en la calle, entre el humo y los edificios asolados. Muchos vestían la camisa parda: eran los activistas nazis que defendían las vías de aproximación al Reichstag. El corresponsal de guerra y escritor Aleksandr Bek recordaba haber subido aquel día al tejado del Reichstag, al lado de Grossman. Desde allí vieron columnas de prisioneros de guerra, la ciudad envuelta en humo y, en la plaza, blindados y cocinas de campaña soviéticos. Grossman guardaba silencio, con su habitual carácter reservado. Luego pronunció unas palabras que Bek no olvidó nunca: «Hemos derrocado al mal». [96]

En los demás sectores de la ciudad la vida iba regresando a la normalidad. Grossman vio mujeres que barrían las aceras. Oyó a un *Bürgermeister* de distrito que preguntaba a Berzarin cuánto pagaría el ejército a los civiles movilizados para trabajar. «Aquí todo el mundo tiene un concepto claro de sus derechos», pensó el autor. [97] En Berlín se produjeron «miles de encuentros» con oficiales a los que reconocía; vio asimismo «miles de refugiados». Con una alemana vestida con abrigo de astracán se produjo una situación cómica. Después de mantener una charla agradable, ella le preguntó: «Pero, por descontado, ¿usted no es un comisario judío, verdad?». [98]

El Reichstag le llamó la atención por su «enormidad, poder». En el interior, los soldados habían encendido hogueras y calentaban las latas de conserva que abrían por medio de las bayonetas. Los vencedores habían expuesto el cadáver de Goebbels, que estaba medio quemado, y Grossman lo pudo ver. «La enormidad de la victoria. Una celebración espontánea.» El escritor también tuvo noticia de que, accidentalmente, varios soldados soviéticos que festejaban la ocasión habían bebido alcohol industrial de unos barriles del Tiergarten. «El veneno empezó a actuar al tercer día y mataba sin compasión.» [99]

Grossman y Guéjtman entraron en la Nueva Cancillería del Reich. En el amplio vestíbulo, un soldado kazajo aprendía a montar en bicicleta. «Enorme hundimiento del régimen, de la ideología, de

los planes, de todo, todo ... El sillón y la mesa de Hitler. Un enorme globo de metal machacado y aplastado.» El techo se había derrumbado parcialmente y por el suelo hallaron, diseminados, trozos de escayola, papeles, recuerdos y libros dedicados al Führer.

> El estudio de Hitler, salas de recepción, despachos de los líderes fascistas diseñados para que su vastedad impresione al visitante. Pero ¿¡qué es la enorme extensión del estudio de Hitler en comparación con la enormidad de los crímenes nacidos en este lugar maldito!? ¿Qué han oído estas paredes, en las horas de las terribles conversaciones nocturnas, cuando Hitler y Goebbels estaban sentados a la mesa, riéndose con las historias de Himmler sobre Polonia, empapadas de sangre, de Bielorrusia, de Ucrania; de Oświęcim, Treblinka, Majdanek? ... Benditas sean las manos que han destruido esta casa. [100]

Grossman recogió varios sellos del despacho personal de Hitler: «El Führer ha confirmado», «El Führer ha aprobado», «Propiedad personal del Führer». [101]

Grossman estuvo entre los pocos corresponsales soviéticos invitados a asistir a la firma de la capitulación de Alemania, en Karlshorst, Berlín; pero no acudió. Le cedió la autorización a Vsévolod Ivánov, escritor y corresponsal de *Izvestia* que había colaborado en *El libro negro.* Cuenta Dolmatovski que Grossman se hacía la siguiente reflexión: como Ivánov no había visto gran cosa de la guerra, le resultaría de interés. [102] Ivánov también formó parte de la delegación de prensa soviética en los juicios de Núremberg. (Entre los representantes de la prensa soviética en Núremberg figuraron Konstantín Fedin, Leonid Leónov, Vsévolod Vishnevski, Borís Polevói, Lev Sheinin, Borís Yefímov, un compañero de Grossman en la corresponsalía de *Estrella Roja,* Pável Troianovski, y el equipo de tres dibujantes que utilizaba la firma de Kukryniksy.) [103] Según el hijastro de Grossman, Fedia, también se invitó a Núremberg al escritor, pero este cedió la posibilidad. Ehrenburg sí viajó a Núremberg y se sumó a los representantes de la prensa soviética en uno de los juicios, en 1945. Yefímov recuerda cómo entró en la sala Ehrenburg, que por entonces era el más celebrado de los periodistas soviéticos, con fama internacional por su actitud antifascista: «Todos los ojos se volvieron hacia él y hubo movimiento incluso en el banquillo de los acusados. Vi que la siniestra mirada de

Rosenberg se volvió hacia [Ehrenburg], que Keitel modificó ligeramente su arrogante fisionomía, que incluso Goering miró a un lado, a Ehrenburg, con un ojo hinchado e inyectado de sangre.» Al parecer hasta Hitler estaba al corriente de los artículos en los que el periodista —al que había apodado como «lacayo cortesano de Stalin»— llamaba a vengarse de Alemania. [104] Ehrenburg dedicó pocas páginas a los juicios de Núremberg. Consideraba que los nazis eran «criminales de segunda que habían perpetrado crímenes gigantescos». [105]

Grossman era de la misma opinión. Aunque en Núremberg podría haber visto al general Paulus —uno de los héroes de su futura novela—, tenía razones propias para no asistir. Ya había sido testigo de muchos interrogatorios de criminales nazis y le resultaba doloroso ver otra vez a los responsables de las masacres. En cuanto a la gloria de haber estado en Núremberg, para él carecía de importancia. Según las memorias de Guedda Súrits, Grossman hablaba sobre la guerra sin mencionar las propias hazañas. Se consideraba un simple cronista de los acontecimientos y era consciente de que en Núremberg podían disponer de su obra sobre Treblinka, tanto en inglés como en ruso. *El libro negro* , en su versión estadounidense, publicó una versión abreviada del artículo junto con el texto de Ehrenburg sobre Sobibor.

10

Un Tolstói soviético

> El héroe de mi relato —al que amo con todo el poder de mi alma, que he intentado retratar con toda su belleza y que ha sido, es y será hermoso — es la Verdad.
>
> LEÓN TOLSTÓI , «Sebastopol en mayo»

En febrero de 1945 la *Gaceta Literaria* publicó una fotografía de Grossman en su escritorio para anunciar que trabajaba en una novela sobre Stalingrado. Se citaba al autor afirmando que ya había estado redactando la novela, de forma esporádica, durante un año y medio. La batalla de Stalingrado había sido una victoria del pueblo —continuaba diciendo—, pero «Stalingrado también determinó destinos humanos y de las naciones». Quería que su libro fuera digno de los «héroes anónimos» a los que no se debe olvidar. [1]

Años más tarde, en la segunda parte de *Vida y destino* , su novela sobre Stalingrado, Grossman dedicó páginas al impacto de aquella batalla victoriosa. El triunfo lo había hecho realidad el pueblo, pero bajo la supervisión de un Stalin que, como vencedor, creó su propia versión de lo sucedido y determinó los destinos tanto de muchas nacionalidades soviéticas como de pueblos de Europa. «La lógica de los acontecimientos hizo que la guerra del pueblo, que alcanzó su punto culminante durante la defensa de Stalingrado, permitiera a Stalin proclamar abiertamente la ideología del

nacionalismo estatal.» [2] En esta misma novela, al comentar la política soviética de posguerra, con su orientación nacionalista estatal y antisemita, Grossman escribió que Stalin había descargado sobre la cabeza de los judíos la misma «espada del aniquilamiento que había arrancado de las manos de Hitler». [3] A las detenciones colectivas de miembros de la comunidad judía y las ejecuciones secretas de actores judíos como Mijóels y Veniamín Zuskin y de integrantes del Comité Antifascista Judío, siguió la campaña —de especial intensidad propagandística— contra los médicos judíos.

La popularidad de Grossman alcanzó el punto culminante durante la guerra, cuando sus artículos y relatos gozaban de una gran difusión. La *Gaceta Literaria* , el influyente periódico de la Unión de Escritores, le entrevistaba de continuo. En mayo de 1945 esta cabecera dedicó un número especial al fin de la guerra. Cuando le pidieron que aportara sus reflexiones, Grossman ofreció un relato. Un día estaba contemplando una batalla, sentado junto al comandante de una división, en un puesto de observación. El coronel no parecía prestarle ninguna atención. Pero en cierto momento sonrió y dijo: «Bueno, ahora estoy sudando la gota gorda, pero cuando la guerra termine os tocará a los escritores sudar para describir todo esto». Grossman utilizó el incidente para dirigirse a los autores contemporáneos: como testigos directos de los hechos, «tenemos la responsabilidad» de proporcionar un retrato fidedigno de la guerra. «¿Acaso dejaremos que los escritores de las generaciones futuras tengan el honor de narrarle todo esto al mundo?» Pedía a los colegas que fueran dignos «de la gran literatura del pasado». Hasta el momento «nuestros intentos» le parecían «deprimentes ... precipitados y superficiales». [4] Sin duda, estos comentarios iban a irritar a no pocos autores soviéticos.

El 22 de junio de 1946, en el aniversario del ataque alemán, la *Gaceta Literaria* publicó un artículo de Grossman: «En memoria de los caídos». Empieza haciendo referencia a las «pérdidas tremendas» que el país ha sufrido en la guerra. Pero millones de muertes no pueden disminuir el valor de una vida concreta: «No hay nada más precioso que la vida humana; su pérdida es definitiva e insustituible». Cada vez que perdemos a una persona, perdemos un universo. «¡Cuántos soles se han extinguido, cuántos mundos han

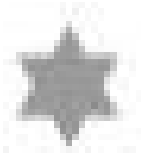
descendido a la oscuridad eterna!» Cuando los nazis aprobaron las leyes de Núremberg, borraron la noción de «ser humano». La victoria soviética frente al fascismo afirma el «derecho a vivir, pensar y ser libre» de todas las personas, independientemente de su color de piel, etnia o ingresos. Los principales escritores de Rusia —Pushkin y Tolstói— habían asumido la misión de defender «los derechos humanos básicos y sagrados: el derecho de toda persona a vivir en este planeta, pensar y ser libre». Tal era la «misión eterna» de la literatura, concluía Grossman. [5]

El artículo al completo, palabra por palabra, se oponía al régimen. Recordar a los caídos socavaba la decisión estalinista de borrar de la memoria los millones de muertos. Stalin nunca mencionaba a los difuntos en sus discursos ni brindis. A su entender había que olvidar las vidas humanas que se habían sacrificado por la victoria. Tras la guerra los estalinistas crearon una versión victoriosa de lo sucedido, que nadie podía contestar. Cuando Stalin hacía referencia a las bajas militares de las fuerzas armadas soviéticas, daba una cifra sacada de la chistera: siete millones, un total muy pero que muy inferior a la estadística real. [6] En 1947 Stalin prohibió incluso celebrar el Día de la Victoria, para que nadie se dedicara a recordar y llorar a los fallecidos. *Izvestia* publicó la nota oficial conforme sería un día laborable. [7]

Que Grossman defendiera en voz alta los derechos humanos y las libertades era una actitud sin precedentes en los tiempos de Stalin. Ocurría en un momento de esperanza: una nación victoriosa confiaba en que, concluida la guerra, el partido relajaría la presión ideológica. Pero las esperanzas liberales de un futuro mejor se frustraron por completo. El partido estaba a punto de iniciar una nueva ronda de purgas y campañas ideológicas. Cuando no habían pasado ni dos meses desde que viera la luz el artículo de Grossman, el principal ideólogo de Stalin, Andréi Zhdánov, atacó la libertad de expresión y restableció el control absoluto del partido sobre la literatura y las artes.

El año de 1946 empezó muy bien para Grossman: su prosa de guerra salió de la imprenta como volumen aislado y recibió reseñas destacadas. Ehrenburg ensalzó los artículos sobre Stalingrado y citó un pasaje de «El infierno de Treblinka». Creía que estos escritos

tendrían un impacto profundo sobre los futuros novelistas, que podrían ver la guerra «con los ojos de Grossman». [8]



En julio, *Znamia* publicó una obra teatral a la que ya hemos hecho referencia: *Si tuviéramos que creer a los pitagóricos* , que Grossman había escrito antes de la guerra, para el teatro Vajtángov. El protagonista, Andréi Shatavskói, es un ingeniero militar de talento, ya anciano, que durante la primera guerra mundial había diseñado un nuevo tipo de arma de artillería. Sin embargo, tanto el ministro de la Guerra zarista como, posteriormente, los burócratas soviéticos habían obstaculizado el desarrollo de su invención. A pesar de las trabas, sus ideas influyen en los físicos y artilleros. Cuando empieza la segunda guerra mundial y los ejércitos de Alemania barren Europa, Shatavskói recuerda la Gran Guerra: la historia se repite. Como admirador de Pitágoras, el ingeniero cree que todos los fenómenos naturales son cíclicos, que la vida se ajusta a «un gran círculo» y las cosas tienden a repetirse. Al igual que Tolstói, Grossman leía a los filósofos e historiadores de la Antigüedad; le fascinaban las ideas de Aristóteles, Lucrecio (*De la naturaleza*), Tácito y Plutarco. [9] Pero difundir las ideas del legendario matemático y filósofo Pitágoras causó muchos problemas a nuestro escritor. El concepto pitagórico del desarrollo cíclico contradecía la noción marxista-leninista de la evolución social como un progreso incesante. Aunque Grossman también daba cabida a la concepción soviética convencional, no por ello se atacó menos su propuesta.

La obra apareció en el momento más inoportuno. Solo hacía unas semanas que Zhdánov había dado a conocer la infame resolución del partido que condenaba a las revistas literarias *Zvezdá* y *Leningrad* por publicar textos apolíticos de Anna Ajmátova y Mijaíl Zóschenko. Zhdánov, que administraba el realismo socialista, llegó a la cumbre de su poder después de la guerra. Stalin le puso al frente de las medidas ideológicas y culturales del Comité Central. El ataque contra los dos autores, con la consiguiente expulsión del

sindicato de las letras, pretendía meter en cintura a todos los escritores. Zhdánov acusaba a Ajmátova de ser «un resto de la vieja cultura aristocrática», «mitad monja, mitad ramera, más bien una monja ramera». [10] A Zóschenko, un satírico popular que había dado a la imprenta un relato titulado *Aventuras de un mono* , le reprochaban que hubiera insertado «en boca del mono la máxima repugnante, ponzoñosa y antisoviética de que es preferible vivir en el zoo a hacerlo en libertad, y que es más fácil tomar aliento en una jaula que entre el pueblo soviético». Zhdánov también atacó la «cultura burguesa» de Europa y Estados Unidos. [11] Fue el principio de una nueva campaña ideológica contra el «cosmopolitismo».

La *Gaceta Literaria* y *Pravda* la emprendieron con Grossman en fechas casi simultáneas. El 4 de septiembre, la segunda cabecera publicó el artículo «Una obra dañina», de Vladímir Yermílov. A Yermílov se le conocía por haber hostigado a varios escritores de talento, de Bulgákov a Platónov o el poeta Nikolái Zabolotski. El reseñista se hacía eco de las ideas y el estilo de Zhdánov y denunciaba a Grossman por haberse alejado del método del realismo socialista para divulgar ideas de «decadencia burguesa»: «Atónitos y ofendidos hallamos pruebas claras de que Vas. Grossman está tonteando con una filosofía del todo ajena al pueblo soviético, con ideas reaccionarias y arcaicas ... Vas. Grossman pretende reflejar la realidad soviética en el espejo deforme del pitagorismo ... Vas. Grossman estaba tan satisfecho con su perversión mística de la realidad soviética, que creó antes de la guerra, que decidió llevar a la imprenta este producto bastardo después de la Gran Guerra Patriótica». Exactamente igual que Zhdánov, que acababa de condenar las revistas literarias de Leningrado, Yermílov censuraba a *Znamia* por publicar la «obra antiartística y reaccionaria» de Grossman. También se le reprochaba que hubiera dado el protagonismo a Shatavskói, un aristócrata. (Este personaje se inspiraba en el príncipe Andréi Zvenigorodski, descendiente de una familia noble y poeta de talento. Era amigo de Grossman, al igual que de Ósip y Nadiezhda Mandelshtam; esta última lo menciona en sus memorias. [12] El príncipe Zvenigorodski también serviría de inspiración para otro personaje de Grossman: el aristócrata y poeta Sharogorodski, en *Vida y destino* .)

El 3 de septiembre, por su parte, la *Gaceta Literaria* publicó un artículo de Iógann (Johann) Áltman, «Si tuviéramos que creer al autor». Áltman era un crítico teatral judío versado en el género dramático, así como en la filosofía griega; era experto en Aristóteles. Haberse sumado al ataque contra Grossman no le salvó de la posterior maniobra de Stalin contra los judíos. El 28 de enero de 1949, *Pravda* atacó a todos los críticos teatrales judíos en un editorial con el que, en palabras de Grossman, «se inició una vasta campaña para desenmascarar a los "cosmopolitas" de todos los campos del arte y de la ciencia». [13] Este editorial de 1949 fue redactado por Fadéiev y revisado por Stalin, que introdujo el sintagma de «cosmopolitas desarraigados», con variaciones del estilo de «cosmopolitismo rabioso». [14] El artículo acarreó al propio Áltman la expulsión del partido y la detención.

En su reseña de 1946, no obstante, Áltman había acusado a Grossman de estar atrapado en la «filosofía pesimista» de los pitagóricos y fomentar los puntos de vista antimarxistas. Citó un texto de Stalin —«Sobre el materialismo histórico y dialéctico», de 1938— según el cual «el mundo se halla en un estado de constante movimiento y desarrollo» por el que el sistema socialista, más progresista y novedoso, ocupa el lugar del viejo y moribundo sistema capitalista. El artículo de Áltman, de hecho, retrataba a Grossman como un hereje que no consideraba imposible la restauración del capitalismo.

Estos ataques se produjeron en un momento crucial: cuando Grossman batallaba por publicar *El libro negro* y estaba trabajando en su gran novela sobre Stalingrado. Ante el temor a que los jefes del partido dieran la orden de cerrarle el paso a la publicación —como les había sucedido a Ajmátova y Zóschenko—, Grossman le preguntó a su esposa qué debía hacer. Esta replicó sin empatía: «Escribe guiones». [15] Lipkin cuenta que Grossman se sintió dolido por la indiferencia. Sin embargo, en opinión de Borís Zaks, uno de los editores de *Novy Mir* , la campaña de prensa no pareció afectar a nuestro escritor: «El destino de la obra, condenada por la prensa soviética, no alteró la compostura de Grossman. Eso, al menos, era lo que se veía desde fuera». [16]

La crítica de Áltman tan solo consiguió que Grossman defendiera sus ideas con más intensidad. En la novela *Por una causa justa* , los físicos teóricos Víktor Shtrum y Dmitri Chepyzhin conversan sobre la naturaleza cíclica y eterna de la energía y la lucha constante entre el bien y el mal. La prensa soviética volvió a emprenderla con el autor por haber dado expresión a este concepto alternativo.

Todos los proyectos de Grossman de este período —la obra teatral, *El libro negro* , la novela *Por una causa justa* y una idea para un libro sobre Dostoievski— resultaban inaceptables para el régimen. En julio de 1945 había enviado a la Editora Literaria Estatal (Goslitizdat) una propuesta para redactar la primera biografía soviética de Dostoievski. Quería analizar la vida, la obra y la influencia de este autor clásico, con la promesa de completar el libro a tiempo para el 125.˚ aniversario del escritor, en noviembre de 1946. Como producto de «mis muchos años de estudiar a Dostoievski —afirmaba—, el libro servirá para iluminar su aportación como el artista genial que creó ... un nuevo tipo de novela que se admira en todo el mundo». [17] Era un proyecto de importancia, pero se descartó. Durante la era soviética, Dostoievski fue el menos reconocido de los autores clásicos y su obra quedó excluida del currículo escolar. Tanto la predicación del cristianismo como el hecho de rechazar categóricamente que la construcción de un paraíso terrestre pudiera merecer sacrificios humanos le hacían inaceptable para el régimen soviético. Como diría Grossman en *Vida y destino* : «Dostoievski sencillamente no encaja con nuestra ideología». [18] Mientras que Lenin «explicó» las enseñanzas de Tolstói sobre la no violencia en el artículo «León Tolstói como espejo de la revolución rusa», en cambio los críticos soviéticos no «rehabilitaron» a Dostoievski hasta 1956.

El otro gran proyecto de Grossman en estos años, *El libro negro* , solo halló eco en la prensa soviética en una ocasión. En 1945 una joven editora, Anna Bérzer, lo entrevistó para la *Gaceta Literaria* y redactó un artículo sobre la colaboración, para aquel volumen, del Comité Antifascista Judío con el Comité Estadounidense de Escritores, Artistas y Científicos Judíos (que presidía Einstein) y el Congreso Judío Mundial. Nuestro autor habló con orgullo de este proyecto internacional. Bérzer logró publicar que, según Grossman,

Einstein había sugerido que el CAJ creara un libro «sobre las atrocidades que los fascistas habían cometido en los territorios ocupados en los que se exterminó por entero a la población judía». Bérzer también afirmó, con optimismo, que *El libro negro* vería la luz en 1945 e incluiría materiales documentales, diarios, las últimas cartas de diversos «mártires de los guetos», extractos de interrogatorios de presos nazis, órdenes de los comandantes militares alemanes y fotografías. «Se publicará en la URSS, en Inglaterra, Estados Unidos y Palestina, en ruso, inglés, hebreo, español, alemán y otros idiomas.» [19]

Dos ediciones distintas del libro, supervisadas por el Sovinformburó, vieron la luz en Moscú y Nueva York. En 1946 Solomón Lozovski pidió a Grossman una reseña de la versión estadounidense. El autor, que veía la edición por vez primera, constató entonces que solo recogía una pequeña parte de los materiales documentales que el CAJ les había enviado. El consejo editor estadounidense y el soviético perseguían fines distintos. Según resumió Grossman las diferencias, la versión estadounidense detallaba cómo se había planificado la Solución Final, y la soviética, cómo se había llevado a cabo. [20]

En un principio, la edición estadounidense contaba con un prólogo en el que Einstein afirmaba que, en proporción, la guerra había causado pérdidas más graves a los judíos que a otras naciones, y apoyaba la idea de que emigraran a Palestina. [21] Sin embargo, a instancias del Sovinformburó, esta introducción se eliminó de la edición neoyorquina. En 1952, durante el juicio al CAJ, Lozovski declaró haber enviado telegramas a Estados Unidos con el fin de asegurarse de que el texto de Einstein no se diera a la imprenta. [22] «El libro contenía un prólogo de Einstein en el que nuestra comisión descubrió tendencias sionistas», dijo ante el tribunal. [23] Mijóels, Féfer y Grossman tuvieron que suscribir una carta que consideraba superfluos para el proyecto los comentarios de Einstein sobre la historia y el futuro del pueblo judío. [24] Einstein aceptó retirar la introducción. [25] En 1946 se imprimieron en Nueva York, y se distribuyeron en Núremberg, varios miles de ejemplares de *The Black Book: The Nazi Crime against the Jewish People* . [26]

Einstein, Eleanor Roosevelt, Thomas Mann y Stephen Wise figuraron entre los famosos que patrocinaron y dieron difusión a la edición estadounidense.

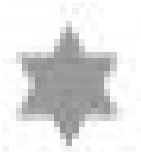
En cambio, el Sovinformburó y el Comité Central impidieron la publicación de la versión soviética que Ehrenburg y Grossman habían preparado. En febrero de 1945, una comisión nombrada por Lozovski hizo una evaluación del conjunto. Se llegó a la conclusión de que el manuscrito debía pasar por una «escrupulosa revisión política y factual» para eliminar la información sobre «la actividad abominable» de colaboradores locales «entre los ucranianos, lituanos, etc.». También se consideró deficiente la estructura del libro. No se podía aceptar que se incluyeran artículos de «destacados escritores soviéticos» junto con los documentos. Tales artículos debían editarse por separado y distribuirse, en lo esencial, en el extranjero. [27] Según dijo Lozovski ante el tribunal, «*El libro negro* ha sido de utilidad para la Unión Soviética» durante los juicios de Núremberg; «pero cuando el Comité Central decidió vetar la publicación de este libro en la URSS hizo lo correcto, porque el pueblo soviético no necesitaba esa clase de libro». [28]

En 1945 Ehrenburg ya tenía la impresión de que no había voluntad real de llevar a la imprenta una edición soviética de *El libro negro* . Cuando, después de discutir con el CAJ, se distanció del proyecto, Grossman asumió las funciones de editor en jefe y presidente de la comisión literaria. El 25 de abril de 1946, en una reunión celebrada en el CAJ, Grossman contó que la comisión había estado solicitando testimonios de supervivientes y testigos presenciales de las masacres judías en los territorios que habían estado ocupados. Afirmó que la creación de *El libro negro* no se podía posponer «porque los supervivientes son escasos, han sufrido grandes tormentos y la mayoría adolece de una salud delicada. Con frecuencia sus días están contados; además, muchos se marchan al extranjero. La segunda tarea que nos hemos impuesto es reunir materiales que sirvieran para acusar a los fascistas alemanes. Por eso he asumido esta tarea tan difícil, aún diría más: esta tortura». [29]

En agosto Grossman escribió a su padre para decirle que estaba revisando las pruebas de *El libro negro* , con la esperanza de que

«se publique este invierno». [30] Mijóels también era optimista y en la reunión del CAJ de noviembre dijo que «*El libro negro* saldrá pronto de la imprenta». [31] Varios miembros del presídium del CAJ enviaron al Comité Central una carta dirigida a Zhdánov, solicitando que se acelerara la publicación. [32] Pero la iniciativa solo trajo consigo una nueva revisión del manuscrito, en esta ocasión a cargo del Departamento de Agitación y Propaganda, que calificó la edición de «inoportuna». Su informe concluía que *El libro negro* transmitía «una imagen falsa de la verdadera naturaleza del fascismo» y creaba la impresión de que «los alemanes habían luchado contra la URSS con el único fin de destruir a los judíos». [33]

El libro negro se prohibió a principios de octubre de 1947. Por entonces el proyecto estaba supervisado por Mijaíl Súslov, como nuevo jefe del Departamento de Agitación y Propaganda del Comité Central. El miembro del equipo de Súslov que se ocupaba de la producción editorial sometió a una nueva valoración el manuscrito y comunicó que «la obra contiene errores políticos de gravedad ... En consecuencia, *El libro negro* no se puede publicar». [34] El 13 de febrero de 1948 Itsik Féfer hizo un ruego desesperado, en nombre del CAJ: dar a la imprenta un número muy limitado de ejemplares, entre 150 y 200, que solo se distribuirían en una lista aprobada de bibliotecas, comités antifascistas y colecciones especiales. [35] La petición de Féfer no recibió respuesta. La edición soviética no solo se prohibió: además se destruyeron los ejemplares ya existentes y las planchas de impresión. [36] Sin embargo, las autoridades no lograron eliminar todas las copias del texto ruso. A principios de 1946 el CAJ había enviado ejemplares de la edición soviética a organizaciones judías de Nueva York, Londres, París, Ciudad de México, Melbourne, Tel Aviv, Sofía, Budapest, Bucarest, Praga y Roma. [37] En 1980 la editorial israelí Tarbut lo sacó a la luz. En 2001 se tiró una traducción en el Reino Unido, algo más tarde en Estados Unidos. Pero en Rusia hubo que esperar hasta 2015 para disponer de una edición financiada con fondos públicos.



En 1947 Grossman escribió una obra teatral basada en el cuento «El viejo profesor». El teatro Vajtángov no se atrevía a llevarla a escena, después de los ataques que había recibido la pieza sobre los pitagóricos. Por otro lado, acabada la guerra, las historias sobre los judíos no se veían con buenos ojos. Mijóels quería representar la obra grossmaniana en el Teatro Estatal Judío y encargó una traducción al yídish. Mijóels invitó a Grossman a estudiar el guion en su céntrico apartamento de la avenida de Tverskói, donde el autor se presentó con su amigo Lipkin. Este último recuerda que Mijóels hizo sugerencias fascinantes para reforzar la estructura y la potencia dramática de la obra. Se encontraron en varias ocasiones, en el mismo piso, donde bebían el vino de cereza que preparaba la segunda esposa de Mijóels, Anastasía Potótskaia, una experta bióloga. Según Natalia Vovsi-Mijóels, la hija, su padre y Anastasía eran buenos amigos tanto del destacado físico Piotr Kapitsa como de la notable bióloga y fisióloga Lina Shtern, que era miembro del CAJ. Kapitsa y Shtern (esta última sería detenida en enero de 1948, durante el «pogromo secreto» de Stalin) frecuentaban en efecto el apartamento de Mijóels. [38] Kapitsa serviría de modelo para un personaje de Grossman, un reputado físico de *Por una causa justa* .

El 7 de enero de 1948 Grossman y Lipkin vieron a Mijóels por última vez. Partía hacia Minsk para reseñar las obras teatrales locales que pudieran recomendarse para los premios del gobierno. Varios amigos y compañeros del Teatro Judío se reunieron en la estación para despedirle. Lipkin recuerda que Mijóels habló de nuevo de representar la obra de Grossman. «Recuerdo el andén de la estación bielorrusa, recuerdo la cara de Mijóels, hermosa y fea, sus ojos de mago y cabalista, el labio inferior con el mohín sarcástico, y sus palabras calmosas, que declamaba en un ruso espléndido y teatral: “Yo interpretaré, no cabe duda, el papel del profesor. Será mi último papel”... Ya no tuvo ocasión de interpretar este último papel ... Como el personaje de la obra de Grossman murió a manos de asesinos. En Minsk lo arrolló un camión; lo

mataron las mismas fuerzas que mataban al maestro Rózenthal.» [39]

Mijóels fue asesinado en Minsk por orden de Stalin. En la noche del 12 al 13 de enero, a Mijóels y al crítico teatral Vladímir Gólubov-Potápov, que le acompañaba, los mataron y luego los atropellaron. Según escribió Jruschov en sus memorias, se quiso hacer pasar el asesinato por un accidente. «Hicieron que pareciera que había caído delante de un camión, pero de hecho el camión arrolló un cuerpo sin vida ... La operación se llevó a cabo con gran pericia, y ¿quién lo hizo? Los hombres de Beria y Abakúmov, por orden de Stalin ... Stalin recibía toda la información y era Stalin en persona el que decidía a quién se mataba y quién seguía con vida.» [40] Sin embargo, la versión oficial de la muerte de Mijóels apenas se la creyó nadie. Aleksandr Borschagovski, un dramaturgo y novelista que colaboraba con el teatro de Mijóels, recuerda que a los pocos días de fallecer el director corría el rumor de que había sido asesinado brutalmente. [41] En mayo, Féfer le dijo a un comunista británico, Alec Waterman, que a Mijóels lo habían asesinado. [42] A Grossman no le cabía duda de que esta muerte había sido obra del régimen.

La purga de la intelectualidad judía asociada al CAJ empezó antes del asesinato de Mijóels. [43] Las detenciones se iniciaron en diciembre de 1947, el año que supuso el principio de la guerra fría. La historiadora del teatro Lidia Shatunóvskaia y su marido, el físico Leonid Túmerman, nativo de Berdíchev, estuvieron entre los primeros arrestados por asociarse con el CAJ, que había pasado a calificarse de «organización espía sionista-estadounidense». Otros dos integrantes del CAJ purgados aquel mismo mes fueron Isaak Goldshtein, miembro destacado del Instituto de Economía, y Zájar Grínberg, del Instituto de Literatura Mundial. Una sucesión interminable de interrogatorios y palizas hizo que ambos firmaran acusaciones falsas contra Mijóels (que aún vivía), así como contra Lozovski, Féfer y Márkish. A los componentes del CAJ se les acusaba de realizar actividades sionistas y antisoviéticas y «mantener contactos con círculos judíos reaccionarios del extranjero». Grossman estaba siendo testigo de la desaparición de la élite judía, incluyendo, en noviembre de 1948, el cierre simultáneo

del CAJ y su órgano de prensa en yídish, *Eynikayt* . También se clausuraron otros dos periódicos en yídish: *Heymland* y *Der Shtern* . [44] El Teatro Estatal Judío dejó de existir en 1949. Se estaba aniquilando de hecho la cultura yídish de la Unión Soviética.

De 1948 a mediados de 1949, desaparecieron cinco escritores y poetas en yídish con los que Grossman había trabajado y a los que conocía bien —Márkish, David Hofshtéin, Féfer, Leib Kvitko y David Berguelsón— y otras diez personas con vínculos con el CAJ. Las detenciones se hacían en secreto; la gente desaparecía sin más, como había ocurrido durante la Gran Purga. A Veniamín Zuskin, un actor famoso que sustituyó a Mijóels al frente del Teatro Estatal Judío, se lo llevaron en diciembre de 1948. Después del asesinato de Mijóels, Zuskin sufrió un insomnio tan grave que tuvo que tratarse en un hospital. Pero los agentes del MGB (la seguridad estatal) se llevaron al actor de la cama del centro sanitario, pese a que estaba sedado y a las protestas de los médicos. [45]

A Lozovski lo detuvieron el 29 de enero de 1949, cerca del bloque de pisos donde vivía. Unos días antes, se había forzado el divorcio del nieto de Lozovski; estaba casado con la hija de Gueorgui Malenkov, el miembro del Politburó que dirigió la destrucción del CAJ y de la vida cultural judía en la URSS. Tras haberse distanciado de su familiar, Malenkov llamó a Lozovski y le anunció que lo expulsaban del Comité Central y del partido. [46] Era uno de los pocos Viejos Bolcheviques que seguían con vida. En enero se arrestó incluso a la esposa de Mólotov, que era judía: Polina Zhemchúzhina. Por un lado había mostrado interés por el teatro de Mijóels y el trabajo del CAJ. Por otro, en septiembre de 1948 la policía secreta había reunido pruebas de su «actividad nacionalista». A los cuatro meses de la fundación del estado de Israel, que la URSS había sido la primera en reconocer, Golda Meir (por entonces aún Meyerson, no Meir) llegó a Moscú con una delegación israelí. En una recepción diplomática, Zhemchúzhina habló con Meir en yídish, una «conducta políticamente indigna» de la que se informó a Stalin. Cuando la detuvieron, Zhemchúzhina negó rotundamente toda acusación de nacionalismo; más adelante su causa se separó de la del CAJ. [47]

Por lo general se entiende que Stalin lanzó su pogromo secreto cuando, después de fundarse el estado de Israel, los judíos soviéticos lo recibieron con tal entusiasmo que el dictador sospechó de su lealtad. La comunidad judía moscovita había recibido como héroes a la delegación israelí en la capital. Cerca del céntrico hotel Metropol se congregaron multitudes para saludar a Meir y siguieron a los visitantes en el camino hasta la sinagoga. Los diplomáticos se dieron cuenta de que, involuntariamente, habían causado un problema a los judíos rusos: según ha escrito Mordejái Namir, les pareció que habían «participado en un acontecimiento muy trágico». [48] Ciertamente, después de la visita israelí, se clausuró el CAJ y empezaron las detenciones en la comunidad judía.

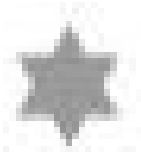
Sin embargo, como sugiere Jruschov en sus memorias, la venganza de Stalin contra el CAJ quizá obedeciera a que el Comité había propuesto crear una república judía en Crimea, en la zona que la deportación de los tártaros crimeos había dejado vacante:

> Stalin conjeturó que la propuesta respondía, a todas luces, a la inspiración de los sionistas de Estados Unidos. Concluyó que los miembros del Comité Antifascista Judío eran agentes del sionismo que pretendían establecer un Estado propio e independiente en Crimea con el fin de romper con la Unión Soviética, tender una cabeza de puente para el imperialismo estadounidense y servir como agentes de ese imperialismo. Dio rienda suelta e ilimitada a la imaginación ... Stalin ... enloqueció, literalmente. Al cabo de cierto tiempo empezaron las detenciones. [49]

Jruschov también escribe que Stalin siempre «apoyó y promovió el bacilo del antisemitismo». [50] En cierta ocasión Stalin le había propuesto incluso que instigara un pogromo: «Hay que organizar a algunos elementos sanos entre los obreros. Darles unas porras y, cuando termine la jornada laboral, que apaleen a esos judíos». [51] Las palabras de Stalin avivaron el recuerdo de un pogromo del que Jruschov había sido testigo, en su juventud, en Donetsk.

El antisemitismo que Stalin desencadenó después de la guerra arraigó en la conciencia pública. Siguió siendo una política gubernamental, aunque no expresa, década tras década; en la de 1990, tras la ruptura de la Unión Soviética, se recrudeció con la creación de organizaciones fascistas como Unidad Nacional Rusa.

Los 150 periódicos antisemitas que se publicaron durante este tiempo también se hicieron eco de las medidas de Stalin. [52]



En 1948, el escritor Víktor Nekrásov conoció a Grossman en Koktebel (Crimea). Su novela *En las trincheras de Stalingrado* había sido reconocida con un premio Stalin en 1947. Aunque se trataba de una obra sincera, no fue objeto de críticas porque, según le dijeron a Nekrásov, el galardón lo había decidido el propio Stalin. Nekrásov había leído los artículos que Grossman había escrito en el frente y estuvo a punto de conocerlo en Stalingrado. Un sobrino de Grossman, Yura Beniash, había sido comandante del batallón de Nekrásov. Grossman visitó este batallón en diciembre de 1942, dos meses después de que Beniash perdiera la vida, y habló con gente que le conocía.

En Crimea, Nekrásov empezó por observar a Grossman desde cierta distancia. Parecía un hombre triste e inaccesible, que daba paseos en solitario y se iba a nadar a una playa lejana. Nekrásov, que había sido actor, tenía un talante sociable, pero ni siquiera así le resultó fácil entablar conversación. Una noche vio a Grossman fumando en la galería inferior del hotel y le preguntó, con aire despreocupado, si no podía dormir. Grossman contestó algo «sobre las estrellas, o sobre el canto de las cigarras, y ahí nació una conversación. Nos sentamos y estuvimos hablando una hora, pues claro, sobre la guerra, Stalingrado, Treblinka». Después de este encuentro se vieron y charlaron diariamente.

> Resultó que Vasili Semiónovich no era un personaje sombrío, en ningún caso, aunque la mirada, por detrás de las gafas, adquiría a veces un aire triste y pensativo. Pero sus ojos también podían sonreír con dulzura e ironía. Apreciaba la ironía ... Como todos los tímidos (y Vasili Semiónovich era tímido, en el sentido de que temía resultar molesto o metijón), se soltaba un poco más después de una copa ... Siempre hablaba sin alzar la voz, le disgustaban las frases vacías y los superlativos y, por raro que pueda parecer, no le gustaba nada entregarse a los recuerdos ... (solo la primera noche estuvimos recordando Stalingrado); en sus preguntas se mostraba reservado y

> discreto. Le disgustaban los *apparatchiki* y, cuando hablaba de ellos, no lo hacía con delicadeza ni moderación. Odiaba con vehemencia las mentiras y la hipocresía. Había soportado ataques graves, con sus repercusiones, pero nunca se quejaba; solo se enojaba y seguía creyendo en lo que siempre había creído. [53]

Grossman se calificaba a sí mismo de «herético» y se alegró al encontrar en Nekrásov a un «amigo hereje». Nekrásov, que procedía de Kiev, mantuvo correspondencia con Grossman y estuvo entre los primeros en escribirle cuando se publicó la novela *Por una causa justa* .

Grossman completó esta novela a finales de 1948, cuando la campaña de Stalin contra los «cosmopolitas desarraigados» estaba cogiendo impulso. Recordando «los pogromos intelectuales y morales» de los últimos años de Stalin, la conocida filóloga de Leningrado Olga Fréidenberg le escribió a su primo Borís Pasternak: «El objetivo de esta última campaña ha sido causar una conmoción cerebral ... Habría que haber visto el pogromo según se ha desarrollado en nuestro departamento. Grupos de estudiantes que hurgan entre las obras de los profesores judíos, escuchan las conversaciones privadas, susurran por las esquinas ... A los judíos ya no se les da una educación completa, no se les acepta más en las universidades ni posgrados ... Han expulsado a los mejores profesores. Al resto de los intelectuales los siguen asesinando sin tregua». [54] Fréidenberg anotó en su diario que toda referencia a expertos extranjeros se consideraba una prueba de «cosmopolitismo» que acarreaba consecuencias temibles; que a un profesor lo «torturaban sin compasión» en las reuniones universitarias por ser alemán; que un viejo profesor, Mark Azadovski —un especialista en folclore, de etnia judía—, se desmayó durante una de estas reuniones; que la atmósfera de la universidad era «de calumnia, chismes y mentiras». [55] Durante esta época se hostigó a los judíos por todo el país; a los veteranos de guerra judíos se les negaba el empleo.

En *Por una causa justa* —en particular en la versión original de esta novela de Grossman— el tema judío ocupa un lugar muy destacado. El protagonista es Víktor Shtrum, un físico judío que admira a Einstein. En 1948 el solo nombre de Shtrum bastaba para

aterrar a los editores. Así, los editores de Grossman le pidieron que eliminara su figura, pero el autor se negó y el personaje central siguió en su lugar. También se cuenta la historia de cómo la madre de Shtrum queda atrapada en un gueto judío, en una ciudad ocupada por los nazis. El texto original incluía una carta de despedida de la madre al hijo. Se vio obligado a retirarla, pero luego la incorporó en *Vida y destino* . Era la clase de cartas y notas que los judíos redactaban antes de ser ejecutados; en *El libro negro* que Grossman editó se incluyen varias. La poderosa historia de Sofía Levintón, una cirujana judía apresada por los nazis, sí se preservó en la versión pública de *Por una causa justa* . También la escena en la que Hitler y Himmler hablan sobre la Solución Final.

Grossman empezó por enviar el manuscrito a *Znamia* , que le había publicado el artículo de Treblinka y algunas otras obras. Pero cuando el influyente Símonov —que además había escrito sobre Majdanek— accedió a la dirección de *Novy Mir* , a Grossman le pareció que esta revista le ofrecía una oportunidad mejor. En noviembre de 1948 retiró el manuscrito de *Znamia* y devolvió el adelanto. [56] El 2 de agosto de 1949 se lo llevó a Símonov; aquel mismo día inauguró un diario para recoger las vicisitudes del paso a la imprenta. El escritor preveía que el libro encontraría algunos obstáculos, pero nunca imaginó que tardaría tres años en ver la luz. Hoy este diario ejemplifica con claridad las interferencias del partido en el mundo del arte.

La primera reacción de los editores parecía increíblemente receptiva. El 11 de septiembre Símonov llamó por teléfono para decir que la novela le había gustado «muchísimo. Solo tengo alguna recomendación sobre unos pocos episodios e incidentes». [57] A los pocos días, el subdirector de *Novy Mir* , Krivitski, transmitió su impresión positiva: «Las sugerencias que planteamos son mínimas. Soy más entusiasta que Símonov». A los quince días, Símonov le dijo a Grossman que había planeado que la publicación empezara en el número de enero de la revista.

El 20 de septiembre Grossman asistió a un consejo editorial que se reunió para hablar de la novela. Borís Agápov, cuyos guiones le habían merecido dos premios Stalin (uno trataba de la reconstrucción de Stalingrado), comentó alarmado que Grossman

se había centrado en las «facetas oscuras, negativas» de la guerra. Y ¿cómo se atrevía Grossman a retratar al líder alemán y afirmar que «Hitler había cometido errores»? (Según el pensamiento soviético, la tarea de analizar a los líderes mundiales era una prerrogativa del partido.) En su diario, Grossman anotó la conversación con Agápov:

> GROSSMAN : Pero ¡estos errores acarrearon la muerte de decenas de millones de personas!
> AGÁPOV : Quiero que tu novela sea segura ... desde el punto de vista ideológico.
> GROSSMAN : Borís Nikoláievich, yo no quiero una novela segura.

En este punto, Símonov medió para decir que la novela le gustaba y a su juicio presentaba «un retrato interesante» de Hitler y los alemanes. [58]

La novela se abre con el encuentro de Hitler y Mussolini en Salzburgo, en abril de 1942. Grossman describe la relación existente entre los líderes fascistas, y cuenta que, en privado, Mussolini siente disgusto ante Hitler; la idea de tener que asistir a cinco horas de monólogos del Führer le enferma. Esta información procedía de los *Diarios* del conde Gian Galeazzo Ciano, yerno y ministro de Exteriores de Mussolini. [59] Grossman fue el primer escritor soviético que habló de la segunda guerra mundial como un acontecimiento global. En la era soviética se le conocía exclusivamente como «Gran Guerra Patriótica», y se fijaba el inicio en 1941, con la invasión alemana de la URSS. El pacto de Ribbentrop-Mólotov debía quedar en el olvido. Los editores censuraron los capítulos iniciales de Grossman, en los que los dos dictadores hablan sobre los destinos del mundo y la ofensiva hitleriana de 1942. El escritor los restituyó en la nueva edición de 1956, concluida ya la era estalinista.

En su mayoría, los escritores soviéticos no pudieron acceder al material del que Grossman dispuso en la década de 1940. Es posible que obtuviera algunos libros a través de Ehrenburg, que había viajado al extranjero. Grossman leyó por ejemplo *El otro lado de la colina* , del corresponsal de guerra y estratega militar británico B. H. Liddell Hart, [60] que se publicó en Estados Unidos en 1948

con el título de *The German Generals Talk: Startling Revelations from Hitler's High Command* , pero no se tradujo al ruso hasta 1957. La obra de Hart explora «el campo enemigo desde el interior», por medio de las conversaciones del autor con varios generales alemanes, como Rommel, o también Rundstedt, que sobrevivió al Reich de Hitler. (Alguien ayudó a Grossman con la traducción; todas las notas de su investigación están en ruso.)

Sobre los generales alemanes también leyó *The Self-Betrayal: Glory and Doom of the German Generals* , del corresponsal de guerra estadounidense Curt Riess, publicado en Nueva York en 1942. Este refugiado judío de la Alemania nazi, después de instalarse en Manhattan, escribía para el *Saturday Evening Post* . Se convirtió en corresponsal de la prensa estadounidense e hizo la crónica de la caída de Hitler y el Tercer Reich. [61]

Grossman también investigó a fondo *Erinnerungen eines Soldaten* («Recuerdos de un soldado»), de Heinz Guderian (Kurt Vowinckel Verlag, 1950). [62] Según demuestran las notas del autor, esta lectura contribuyó sobremanera a que Grossman pudiera entender mejor cómo funcionaban el círculo más próximo a Hitler y el régimen nazi en general. Le inspiró la idea herética de las semejanzas existentes entre el nazismo y el comunismo. En la Alemania nazi, escribió en sus notas, «el poder estatal pasó a manos de los *Gauleiter* , los líderes del Partido. Las instituciones estatales y la jurisprudencia perdieron todo el sentido y la eficacia». (Grossman fue testigo de una situación similar en la Unión Soviética, donde el Partido Comunista no respetaba la vigencia de la ley y los derechos humanos, había un control absoluto del partido y la ideología justificaba los crímenes contra la humanidad.)

En *Por una causa justa* , Grossman plantea su primer análisis de la Alemania nazi sometida a la ideología totalitaria. Según escribió en las anotaciones de la investigación previa: «Hitler se hacía llamar Führer de la nación, comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, jefe del Gobierno, titular del poder ejecutivo, juez supremo y Führer del partido». La idea emerge también en la novela, donde Hitler cree que él *es* Alemania. [63] La orden hitleriana de «Ni un paso atrás» llevó a Grossman a comentar en sus notas: «Pero ¿por qué iban a importarle a Hitler las vidas de cientos de miles de soldados

alemanes?». (También pensaba que a Stalin no le importaba la vida de los soldados rusos, pero era demasiado peligroso expresar esta idea en negro sobre blanco.)

La principal fuente de Grossman sobre el nacionalsocialismo fue un resumen manuscrito de los puntos de vista ideológico y legal de Hans Frank, el abogado personal de Hitler. (Quizá se lo proporcionó un traductor soviético que tomó notas en los juicios de Núremberg, donde se leyeron pasajes de los diarios de Frank, quien fue ejecutado como criminal de guerra.) El cuaderno incluía extractos de los discursos de Frank sobre la pureza de la raza alemana y su afirmación de que «el nacionalsocialismo ha dejado atrás el falso principio de la humanidad».

Símonov, que fue el más diplomático y discreto de los editores de Grossman, nunca insistía; siempre preguntaba. Aun así, propuso cambios de importancia —en particular con respecto al personaje principal, Shtrum— y le pidió a Grossman que redujera el peso del tema judío. [64] El escritor tuvo que eliminar ochenta páginas y redactar partes nuevas, lo que le obligó a trabajar día y noche para cumplir el plazo del 10 de diciembre. Pero en Año Nuevo le presentaron una nueva serie de correcciones. Por entonces, el editor le evitaba, y en febrero Grossman averiguó que Símonov pasaba de *Novy Mir* a la *Gaceta Literaria* .

El nuevo director de *Novy Mir* fue un viejo amigo: Tvardovski, autor de una narración en verso verdaderamente popular, *Vasili Tiorkin* . Contaba la historia de un soldado corriente, sin falso heroísmo. En el invierno de 1942, Grossman había visitado a Tvardovski en Vorónezh, donde este trabajaba en el periódico del Frente Suroccidental, *Ejército Rojo.* En marzo, cuando Grossman estaba a punto de marcharse, Tvardovski le contó por carta a su mujer, María, que le disgustaba separarse de un amigo: «Es mi mejor compañero, lo comprende y explica todo tan bien y con tanta nobleza, que tengo que admitir que me sentiré muy solo, aquí, sin él». Y más adelante, en abril: «V. Grossman se ha ido ... El hombre al que tanto apreciaba se ha marchado; ese hombre tan perspicaz, tan de fiar, que sabía cuándo decir una palabra amable. Es una pérdida enorme». [65] Tvardovski valoraba que Grossman reflejara fielmente la guerra vista desde el campo de batalla, pero no

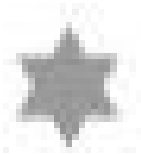
empatizaba en absoluto con los judíos. En marzo de 1950 convocó a Grossman para decirle que «solo puede publicar las partes de la guerra». En su diario, nuestro escritor apuntó que Tvardovski se expresó «con crudeza y brusquedad» sobre el resto. El físico judío Shtrum; la historia de su madre; los Viejos Bolcheviques Krýmov y Mostovskói, miembros de la Internacional Comunista que Stalin disolvió en 1943; la familia de intelectuales Sháposhnikov, todo eso debía eliminarse. Grossman respondió que la revisión de Tvardovski era «insultante, errónea y del todo inaceptable» y la consideró como una negativa a publicar la novela. Tvardovski le pidió que esperase a que el consejo editorial hubiera leído el libro.

Las revistas literarias eran conscientes de que Stalin deseaba contar con un *Guerra y paz* soviético, y ansiaban, por lo tanto, dar a la imprenta una novela de guerra épica que pudiera alzarse con el premio Stalin. La obra de Grossman tenía muchos paralelismos intencionados con la de Tolstói. El ritmo general era épico e incluía secciones de guerra y secciones de paz. Al igual que Tolstói, Grossman retrataba figuras históricas junto a los personajes de ficción, y su narración alternaba entre los acontecimientos generales y los incidentes familiares.

Allá por 1943, cuando Grossman estaba desarrollando la trama global de su novela, la comparó expresamente con la estructura de *Guerra y paz* . Preparó una lista con los protagonistas de la primera parte de la obra épica de Tolstói. Algunos personajes modernos sugerían un paralelismo con otros clásicos; por ejemplo, las tres hermanas Sháposhnikov con las hermanas Rostov. Grossman establecía así un diálogo con Tolstói. Como se puede constatar en las notas de trabajo, pretendía mostrar «cómo ha cambiado la vida a lo largo de cien años». El protagonista de Grossman, el teniente coronel Darenski, descendiente de la nobleza rusa, compartía algunos rasgos personales con el príncipe Bolkonski de la novela de Tolstói, pero ¡qué destino tan distinto! A Darenski no solo no se le aprecia en el ejército, sino que lo detienen cuando Stalin purga las fuerzas armadas. Como escribe Grossman en sus notas: «Solo tú, príncipe, eres un fragmento de los que fueron los personajes principales de Tolstói. Si [Tolstói] quisiera escribir su novela hoy, ¡qué trayectoria [vital] tan diferente tendría que haber elegido!». [66]

Los héroes de Grossman lucharon en Stalingrado; fueron prisioneros de guerra soviéticos en Dachau; los metieron en las cámaras de gas de Treblinka; y, como Shtrum y los físicos que lo rodeaban, trabajaron en el programa nuclear soviético.

Tvardovski no tardaría en descubrir que ni siquiera era seguro publicar las partes de la novela grossmaniana dedicadas a la guerra, porque el autor no había hecho hincapié en los méritos del partido y de Stalin. No les atribuía la victoria a ellos, sino que destacaba ante todo la deuda que Rusia había contraído con los soldados corrientes que habían fallecido de forma anónima. Escribió sobre las pérdidas sufridas y la caótica retirada de 1941; sobre las tropas soviéticas atrapadas en cercos. Una y otra vez destacó el tema de los héroes desconocidos, ya fueran de la tropa u oficiales. Mientras que Stalin trataba a los prisioneros de guerra como a traidores, Grossman atribuyó una honradez incuestionable a Mostovskói y a Sofía Levintón, capturados por los nazis. Con el personaje de Darenski —encarcelado antes de la guerra por una acusación falsa— abordó la purga estalinista de las fuerzas armadas. Grossman se había reunido con al menos dos de los comandantes militares que habían resultado condenados, y los entrevistó: Rokossovski —que sobrevivió a las palizas y torturas— y Aleksandr Gorbátov, que tuvo que pasar por las minas de oro de Kolymá. En 1941, cuando se constató la necesidad de su experiencia y talento, los rescataron del Gulag y enviaron al frente. Grossman narra la historia en *Vida y destino* , donde describe cómo sacan a Rokossovski de su barracón y lo montan «en un Douglas en vuelo directo al Kremlin». [67]



Borís Zaks, adjunto a la dirección en *Novy Mir* , recuerda que a Grossman se lo consideraba un «autor excepcionalmente difícil: terco y problemático ... La novela se encaminó a la publicación con una lentitud exasperante. Grossman apenas cedía a las presiones. A veces, con las cuestiones secundarias, me daba la impresión de que se mostraba innecesariamente obstinado». [68] Para nuestro

escritor, sin embargo, contar la verdad sobre la guerra no era algo secundario: lo consideraba su deber como escritor. Se vio obligado a transigir, a redactar diez versiones de la novela, a insertar pasajes que hacían hincapié en la importancia de Stalin y el partido como organizadores de la guerra; y tuvo que reducir la relevancia del tema judío. Pero logró que llegara a las imprentas cierto grado de veracidad sobre la guerra, en un momento en el que nadie estaba contando la verdad. Fue un período sumamente intenso que estuvo a punto de acarrearle la detención.

A finales de marzo de 1950, Tvardovski y su segundo, Tarasénkov, acudieron a la casa de Grossman. Acordaron que los personajes centrales —tanto los Shtrum, como Mostovskói y Krýmov, los Viejos Bolcheviques— seguirían en el libro. Pero se pidió a Grossman toda una serie de nuevas correcciones, que este incorporó a la obra a mediados de abril. El consejo editorial aprobó entonces, de forma unánime, que la novela viera la luz; Grossman recibió las pruebas el 28 de abril. Al día siguiente, no obstante, escribió en su diario que la impresión se suspendía por una denuncia. Uno de los miembros del consejo editorial, Mijaíl Bubennov, era un estalinista acérrimo que antes había participado en la campaña de prensa contra los «cosmopolitas desarraigados». También se había apresurado a enviar al Comité Central una carta de denuncia contra la novela grossmaniana. La publicación se detuvo y las pruebas se enviaron a Súslov, como jefe del Departamento de Agitación y Propaganda, que supervisaba la destrucción del CAJ a la vez que dirigía la campaña anticosmopolita.

En agosto de 1950, la novela de Grossman se sometió a una nueva evaluación, ahora por parte del Instituto Marx-Engels-Lenin (IMEL). El jefe del instituto, Piotr Pospélov, transmitió su «buena impresión» a Súslov, en el Comité Central. Este la remitió a su vez a la aprobación de Malenkov, que durante la guerra había sido el responsable, junto con Beria, del programa soviético de la bomba nuclear. En aquel momento Malenkov se ocupaba de un asunto que implicaba al CAJ; se acusaba a nacionalistas judíos de planear la venta de Crimea y Birobidzhán (cerca de China) a los estadounidenses o los japoneses. [69]

Hasta hace poco se pensaba que, para crear el personaje central de Shtrum, Grossman se había inspirado en el físico teórico Lev Landáu, que sería galardonado con el premio Nobel. En la década de 1930 Landáu había encabezado el departamento de física teórica del Instituto de Física y Tecnología de Járkov. En 1937 se detuvo a once de los principales investigadores de esta institución, que dejó de ser el gran centro de estudio de la física teórica y experimental. [70] Landáu huyó a Moscú para incorporarse al Instituto de Problemas de Física, de Piotr Kapitsa. Pero con ello no evitó que lo arrestaran, en 1938, junto con su colaborador Moiséi Kórets y el físico teórico Yuri Rúmer. Los había denunciado un informador según el cual los tres físicos habían conversado sobre un opúsculo que comparaba a Stalin con Hitler y Mussolini. Landáu pasó un año en la prisión de la Lubianka, de donde lo liberaron cuando Kapitsa apeló al gobierno, alegando que era indispensable para su investigación. Cuando Stalin lanzó el proyecto atómico, durante la guerra, Landáu dirigió a un grupo de matemáticos que, en el instituto de Kapitsa, trabajaban para el desarrollo de las bombas atómica y de hidrógeno.

En fechas recientes se ha descubierto, en cambio, que el modelo del personaje central de Grossman fue el físico nuclear Lev Shtrum. Desde la jefatura del Departamento de Física Teórica de la Universidad de Kiev, había colaborado con Landáu. Pero en 1936 lo detuvieron y fusilaron por ser «enemigo del pueblo». Grossman lo había conocido bien en su época de estudiante. (El 12 de febrero de 1929 Grossman había escrito a su padre acerca de encontrarse con Shtrum en Kiev para que le prestara dinero.) Lev Shtrum sufrió la aniquilación espiritual, además de la material: se borró su nombre de los registros y se destruyeron sus publicaciones soviéticas. Sin embargo, Grossman utilizó su nombre en la novela y, con ello, resucitó el recuerdo de este físico. [71]

El Shtrum ficticio se caracteriza por una personalidad muy similar a la de Grossman: es el *alter ego* del autor, quien seguía interesándose por la ciencia e intentó mantenerse al tanto de las últimas novedades bibliográficas. En su cuaderno de 1944 incluyó un diagrama de una reacción nuclear en cadena. Pero el brillante científico judío resultaba excesivo para el editor Tvardovski, que le

propuso: «Pues bien, haz de tu Shtrum el dueño de una tienda de material militar», a lo que Grossman replicó: «¿Y qué cargo le asignarías a Einstein?». [72]

En octubre Grossman se encontró con el respaldo inesperado de Fadéiev, presidente del sindicato de escritores. (Fadéiev estaba entre los autores del infame editorial de *Pravda* que había dado inicio a la campaña de Stalin contra los «cosmopolitas». Esta era su posición en público; en privado desdeñaba el antisemitismo. Apoyar a Grossman fue un acto de expiación que le resultaba del todo necesario.) Fadéiev logró inclinar la balanza del lado de Grossman, al expresarse a favor de la publicación de su novela en una sesión conjunta del consejo editorial de *Novy Mir* y la Unión de Escritores. Aun así, Tvardovski todavía no se atrevía a dar la obra a la imprenta sin el permiso explícito del Comité Central.

El 6 de diciembre Grossman envió una carta a Stalin para pedirle que ayudara a resolver «la cuestión del destino de mi novela». No hubo contestación directa; pero el Comité Central convocó a Fadéiev, que había pasado a ser el responsable oficial del proyecto. En enero de 1951 Fadéiev se reunió con Grossman y Tvardovski para informarles de que el Comité Central había expresado su «buen concepto de la novela» y proponía que el sindicato de escritores y *Novy Mir* , de forma conjunta, «decidan sobre la publicación». Poco después Grossman recibió de Fadéiev una lista de correcciones. Debía crear nuevos capítulos sobre la heroica aportación de la retaguardia a la guerra, insertar el punto de vista que era entonces el oficial sobre la alianza bélica con Inglaterra y Estados Unidos, y eliminar a Shtrum. «Respondí que de acuerdo con todo, salvo con Shtrum.» En ese punto Tvardovski propuso introducir a otro físico ruso, Chepyzhin, como maestro de Shtrum, lo cual quitaría peso al tema judío. (Como evidencia la segunda parte de la novela, *Vida y destino* , Chepyzhin se inspira en Piotr Kapitsa, el premio Nobel de reputada independencia que fundó y dirigió el Instituto de Física y Tecnología de Moscú. Kapitsa era amigo de Mijóels y quizá este vínculo resultara importante para Grossman. En 1945 Kapitsa se discutió con Beria, que estaba al cargo del proyecto de la bomba atómica soviética, y antes había mediado a favor de Lev Landáu.)

Fadéiev envió más instrucciones detalladas desde el hospital, donde recibía tratamiento por alcoholismo: «Quita a Malenkov»; «quita Stalindorf» (los habitantes de Stalindorf, una colonia agrícola judía, fueron asesinados por los nazis); «da más relevancia a Chepyzhin»; «amplía el final del capítulo: el Partido, no solo el pueblo». Fadéiev llegó a redactar pasajes él mismo, como este maravilloso ejemplo de realismo socialista: «El Partido de los Bolcheviques logró que millones de personas hicieran realidad la gran hazaña de la producción defensiva. El Partido inspiró la lucha popular por medio de la fe, la palabra y el ejemplo. El Partido se convirtió en la fuerza organizadora de los batallones de combate y los colectivos obreros; lo fue en las fábricas gigantes y los pequeños talleres, en las granjas colectivas y en las estatales». [73] Fadéiev también pidió a Grossman que escribiera sobre la resistencia alemana contra los nazis. (Se consideraba necesario para explicar la sovietización de la Alemania Oriental.)

El capítulo de Grossman sobre los intelectuales y socialdemócratas alemanes en tiempos de Hitler resulta intrigante. El comandante de la compañía motorizada alemana, el teniente Bach, visita Berlín durante un permiso. La Gestapo detiene a algunos de sus amigos, otros quedan marginados: «No tenían futuro. Su moral, su honradez quisquillosa y sus conocimientos pasados de moda ya no hacían falta a nadie». Estos disidentes hablan entre susurros, con temor a que los denuncien. María, amiga de Bach, le confía sus pensamientos secretos sobre la degradación de la literatura y las artes. «Las personas de más talento carecían de la posibilidad de trabajar, y si la física alemana había perdido al genial Einstein, en las demás ramas de la ciencia y el arte, aunque en menor medida, había pasado lo mismo.» Lunz, otro amigo, susurra: «Solo el Führer tiene derecho a pensar, a pesar de que él prefiere la intuición a la reflexión ... Solo te ruego que olvides todo cuanto acabo de decirte y que no se lo cuentes ni a tu propia madre». [74] El nacionalsocialismo había prohibido las nociones de moralidad y humanidad, afirma Lunz. El capítulo establece un paralelismo implícito con el régimen de Stalin.

En 1951 se persiguió a los «nacionalistas judíos» de todas las profesiones. En verano hubo detenciones incluso en el seno del

Ministerio de Seguridad Estatal (MGB, por sus siglas en ruso). Se purgó al personal judío de este departamento, incluido uno de los principales instructores de la causa contra el Comité Antifascista Judío, Lev Shvartsman. Shvartsman se vio obligado a confesar la existencia de una conspiración antisoviética en el interior del MGB, vinculada con el CAJ. La investigación sobre el CAJ se realizó con el mayor de los secretos; Stalin, Malenkov y Beria recibían copias de las actas de los interrogatorios. [75] Lev Sheinin, un escritor y asesor legal que había colaborado con la fiscalía soviética durante los juicios de Núremberg, fue arrestado en octubre de 1951, y se le acusó de mantener lazos con el CAJ. [76] La prensa judía solo mencionaba nombres judíos en contextos negativos. El escritor Mijaíl Bubennov eligió este momento para publicar un artículo que censuraba a los autores judíos que escondían sus orígenes tras pseudónimos rusos.

Lipkin recuerda un incidente antisemita que se produjo en su entorno. Una noche, él y Grossman fueron a cenar al centro. Por cierto congreso que se estaba celebrando en Moscú, solo hallaron mesa en un restaurante de élite, el del hotel Metropol, y aún gracias a que un famoso atleta, Grigori Novak, los invitó a sentarse con él. Cuando estaban a punto de brindar se les acercó un grandullón que entonaba un cántico antisemita. Novak se puso en pie, «hizo un movimiento apenas perceptible» y el hombre salió volando por los aires. «Esa era la única respuesta apropiada», dijo Grossman. [77]

En marzo de 1951, cuando Grossman envió la enésima versión de la obra, con noventa páginas nuevas, Tvardovski exigió «eliminar todos los capítulos de Shtrum, hasta la última línea; si no, la novela no se publicará». El escritor hizo caso omiso del ultimátum. La revista estaba «angustiada» ante la expectativa de que Bubennov actuara de nuevo para «socavar mi trabajo», según apuntó Grossman en su diario. Anteriormente, mientras se preparaba para una reunión con los editores, garabateó lo que pensaba: «La edición tiene que tener unos límites. Cuando un médico y una partera asisten en el nacimiento de un bebé, es algo bueno; pero cuando doce hombres de mediana edad interfieren en una obra creativa, la imagen que resulta es negativa. Estoy categóricamente en desacuerdo con la idea de que se pueden crear novelas y poemas

en colaboración con los editores; aquí el comunismo no tiene nada que ver, igual que el comunismo no tiene nada que ver con los partos ... Los frutos de estos intentos erróneos son anodinos y miserables, como se ve a las claras en la literatura y el cine».

Grossman estaba resuelto a dar publicidad a las «decisiones» semianalfabetas con los que Bubennov había emborronado los márgenes de su manuscrito. Bubennov había aplicado tanta fuerza al lápiz de sus correcciones que había rasgado páginas; y según estos comentarios había que enviar a Grossman a Kolymá. [78] En la sesión editorial, Grossman también alzó la voz en defensa del umbral de la verdad; había que ampliar las propias expectativas de lo admisible y publicable. «[Se] teme que lo inédito sea ilegal. Pero luego, cuando se publica, adquiere la condición de legal. “El infierno de Treblinka”, por ejemplo, y otras muchas obras mías [se han encontrado con obstáculos antes de la publicación].» [79]

En abril, Fadéiev llamó por teléfono desde el sanatorio gubernamental de Barvija. Sonaba contento. La novela tenía la aprobación del Comité Central, el Estado Mayor General y el Instituto Marx-Engels-Lenin, dijo. ¿Quién más podía objetar a la publicación? Con el respaldo de Fadéiev, el manuscrito se mandó de nuevo a los impresores y Grossman recibió una nueva copia de las pruebas. Pero la campaña de Stalin contra los judíos avanzaba a toda máquina. Por todo el país se había detenido a más de un centenar de personas relacionadas con el CAJ. [80] Se estaba preparando una lista más larga, formada por doscientos nombres entre los que se incluía a Ehrenburg y Grossman. [81]

Fadéiev seguía sondeando a Súslov para saber qué pensaba sobre la novela. «El cardenal gris» sugirió que, como se retrataba a Jruschov, habría que preguntarle a él también qué opinaba. Emocionalmente, Grossman estaba al límite: tenía los nervios destrozados, el asma había vuelto y el corazón le daba problemas. Escribió a Fadéiev para decirle que el libro había sufrido cuatro revisiones editoriales durante más de dos años. «He llegado a un punto en el que la esperanza ya no sirve de nada: es un tormento ... Después de siete años de trabajo, más dos años de edición, revisiones y reescritura, quiero decirles a los camaradas ... : “Ya no me quedan fuerzas, respondedme lo que sea, mientras sea

definitivo”.» [82] Aquí fue Fadéiev quien apeló a Stalin para que permitiera publicar el libro. (Se desconoce qué suerte corrió esta solicitud.)

La situación se deterioró hasta extremos grotescos. En otoño, en respuesta a una consulta de Grossman, Tvardovski se puso a gritar histéricamente: «¡Yo no sé nada, pregúntale a Fadéiev!». Este había perdido el optimismo. Le contestó a Grossman que, según una fuente del partido, anónima, la novela «no refleja adecuadamente la clase obrera, los campesinos y el Partido, y ... se ha retratado a los generales equivocados».

Durante el invierno de 1952, Fadéiev y Tvardovski se escondían de Grossman. El escritor tuvo noticia de que Fadéiev se estaba recuperando de una borrachera colosal, de tres semanas de duración, y que Tvardovski también había reventado y se había dado a la bebida. Aun así, en la primavera siguiente la novela recibió la bendición de Fadéiev y un nuevo título: *Por una causa justa* . (En origen se llamaba *Stalingrado.* [83] El nuevo título se hacía eco de unas palabras de Mólotov al empezar la guerra: «Nuestra causa es justa».) [84] La primera entrega debía distribuirse en julio. En junio Grossman leyó las nuevas pruebas, sin mucha esperanza. El 1 de julio anotó en su diario: «El reparto matinal del correo no ha traído la revista». [85] Pero se trató de una falsa alarma, al día siguiente sí tenía su ejemplar. La novela, que salió en cuatro números consecutivos de *Novy Mir* , causó sensación. Las revistas se agotaron, los lectores hacían cola para leer la obra en las bibliotecas públicas y las reseñas eran positivas.

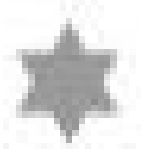
Los lectores soviéticos tenían sed de verdad, de relatos que les permitieran revivir y comprender lo experimentado durante la guerra. Las referencias al partido, obligatorias y omnipresentes, se consideraban un contenido inevitable, que no iba a sorprender a nadie. Los lectores buscaban episodios que fueran más allá de esos contenidos oficiales y les llegaran al corazón. La novela de Grossman inspiraba compasión por los más vulnerables: los huérfanos de guerra y los refugiados; hablaba de los héroes desconocidos de los primeros meses de la guerra, de los soldados de Stalingrado que deseaban vivir, y ser recordados, pero tuvieron que morir jóvenes. En agosto, el escritor Yuri Guerman le transmitió,

desde Leningrado: «Tu libro me ha causado una impresión tremenda. Es el primer libro que aborda la guerra de verdad, y no solo la guerra; habla de cosas que son las más importantes de este planeta ... Has abierto la puerta prohibida, has escrito la verdad». Nekrásov calificó de «gran y gozoso acontecimiento» la publicación de la novela grossmaniana. Sus amigos —siguió diciendo— se peleaban por los ejemplares de la revista «y todavía no me he encontrado a nadie que no esté contento de que la novela haya visto la luz». Muchos episodios le habían impresionado; el del batallón de Filiashkin, que murió defendiendo la estación de tren, «no [tenía] precedentes» en la literatura bélica. [86] La recepción oficial de la novela también fue positiva ... durante unos meses.

La publicación coincidió con el juicio secreto al Comité Antifascista Judío. El proceso contra quince acusados judíos se inició el 8 de mayo, fecha en la que, irónicamente, se festejaba en todo el mundo la victoria frente al nazismo. La audiencia tuvo lugar cerca del edificio de la Lubianka, en el antiguo club del NKVD. El Colegio Militar —una marioneta de tribunal, presidida por el teniente general Aleksandr Cheptsov— recibió cuarenta y dos volúmenes de materiales recopilados durante tres años de interrogatorios. Se había obligado a los acusados a confesar cuatro delitos graves: nacionalismo burgués, creación de una clandestinidad nacionalista y antisoviética, traición contra la Unión Soviética, espionaje. [87] No había prueba ninguna; solo confesiones extraídas mediante tortura. Durante el juicio los acusados se retractaron y alegaron que los habían apaleado y forzado a firmar aquellas declaraciones autoincriminatorias. Borís Shiméliovich, director médico del Hospital Clínico Botkin, recibió doscientos golpes en las nalgas y los talones; tuvieron que llevarlo en camilla al interrogatorio. Lina Shtern, la única mujer aceptada como miembro de la Academia de Ciencias de la URSS y la Academia de Ciencias de la Medicina, era ya septuagenaria; pero tuvo que soportar ochenta y siete interrogatorios, y aun los insultos del ministro de Seguridad Estatal, Víktor Abakúmov, que la tildaba de «agente sionista» y «vieja puta». [88] A Lozovski, también en la setentena, lo apaleó su interrogador, el coronel Vladímir Komarov, un antisemita que se refería a los judíos

como «sucios», «cabrones» y «piojosos». Lozovski alegó que había firmado la autoinculpación para poder llegar con vida al juicio. [89]

Se permitió que los acusados hicieran alegatos prolongados en su defensa, algo que Lozovski usó de hecho para desmontar la causa. Aun a pesar de la tortura y los años de reclusión en solitario, tuvo la presencia de ánimo necesaria para citar documentos y cartas que demostraban que la incriminación del CAJ carecía de toda base. El hecho de que durante la guerra el CAJ hubiera solicitado ayuda de los judíos de todo el mundo se utilizaba ahora como prueba de los vínculos con «nacionalistas burgueses». Reunir materiales sobre el sufrimiento de los judíos se manipulaba para presentarlo como un acto de nacionalismo; pero Lozovski recordó que, durante los juicios de Núremberg, esos mismos materiales habían resultado de provecho para el equipo de la fiscalía soviética. «Digamos pues que esto es nacionalismo, pero entonces quisiera que el tribunal tomara en cuenta lo siguiente ... ¿Acaso los juicios de Núremberg se desarrollaron bajo mi supervisión?» [90] El testimonio de Lozovski fue tan convincente que el presidente del tribunal interrumpió el juicio para pedir a Malenkov que reabriera la investigación. Malenkov se negó. El 18 de julio, se condenó a muerte a trece acusados. (Solomón Bregman había muerto en la cárcel. La sentencia de Shtern, cuyos estudios sobre la longevidad interesaban a Stalin, fue de cinco años de exilio.) El juez hizo una petición de clemencia y envió la declaración personal de Lozovski a Stalin, pero no sirvió de nada. El 12 de agosto se ejecutó a doce miembros del Comité Antifascista Judío; a las familias las deportaron a Siberia o Kazajistán. Recibieron un trato peor que los criminales de guerra nazis: en la década de 1950 se puso en libertad a diversos comandantes de los Einsatzgruppen que habían sido condenados a muerte en Núremberg. [91]



En octubre de 1952, cuando salió de la imprenta la última entrega de la novela, Fadéiev la presentó al premio Stalin. Con ello quería

defenderla de ataques ideológicos. A finales de otoño se pudieron leer reseñas que describían *Por una causa justa* como «un *Guerra y paz* soviético» y «una enciclopedia de la vida soviética». [92] Dos grandes casas editoras, la Editora Militar Estatal (Voenizdat) y Sovetski Pisátel («Escritor Soviético»), querían incluir la novela en su catálogo. Pero esta respuesta elogiosa estaba a punto de cambiar.

En diciembre de 1952 Stalin declaró, en una sesión del Presídium, que «todo judío es un nacionalista y un espía al servicio de Estados Unidos». [93] Se inició una campaña contra médicos judíos. Se arrestó y torturó a Yevguenia Lívshits, una pediatra famosa, y el profesor Mirón Vovsi, un médico distinguido que trabajaba en el hospital del Kremlin y era primo de Mijóels. El 13 de enero de 1953 *Pravda* denunció en primera página la supuesta existencia de un «Complot de los Médicos». TASS, la principal agencia de noticias del país, se hizo eco de la detención de «un grupo de médicos saboteadores». De los nueve galenos implicados, seis eran judíos. Se les acusó de pertenecer a un «grupo terrorista» que pretendía dañar la salud de los grandes líderes del país y de las fuerzas armadas. Se destacó que la culpa recaía, sobre todo, en los médicos judíos:

> La mayoría de los integrantes del grupo terrorista (Vovsi, M. S.; Feldman, A. I.; Grinshtein, A. M.; Étinguer, Yá. G.) tenían contactos con el Comité de Distribución Conjunta, una organización internacional judía, nacionalista burguesa, creada por los servicios secretos de Estados Unidos para —en teoría— proporcionar ayuda material a los judíos de otros países. En realidad esta organización, guiada por la inteligencia estadounidense, realiza toda clase de actos de espionaje, terrorismo y subversión en general en un gran número de países, incluida la Unión Soviética. El detenido Vovsi dijo a los investigadores que este Comité de Distribución Conjunta estadounidense le había encomendado «aniquilar a los líderes de la URSS», a través de un médico moscovita, el doctor Shiméliovich, y de un judío nacionalista burgués bien conocido: Mijóels. [94]

Este anuncio se acompañaba de un editorial titulado «Viles espías y asesinos disfrazados de médicos y catedráticos». El editorial, revisado por el propio Stalin, calificaba a los médicos judíos de «monstruos» y «despreciables traidores a la patria». La nota de

Pravda se reimprimió por todo el país, lo que promovió aún más el odio y el maltrato contra los judíos, que ya estaba intensificándose desde 1949.

En 1953 la prensa diaria nacional publicó artículos sobre los «médicos asesinos». Por Moscú corrían toda clase de rumores: sobre la preparación de pogromos antisemitas, o sobre la inminente deportación de los judíos a Birobidzhán (en la frontera con China) o el Asia Central. Los directores y editores de Grossman se distanciaron de nuestro escritor por ser judío. Pocos días después del anuncio de *Pravda* , el 16 de enero, Sovetski Pisátel organizó una sesión del consejo editorial para criticar *Por una causa justa* , la novela por entregas que poco antes había sopesado recoger como libro. Más adelante Grossman pudo leer la transcripción literal de esta reunión. Entre los escritores que hablaron en contra de la novela había varios conocidos. Dolmatovski, el corresponsal de guerra que le había acompañado en los reportajes sobre Majdanek y Treblinka, objetaba ahora contra el tema judío y pedía la «extirpación quirúrgica» del personaje de Shtrum. El editor y novelista Aleksandr Chakovski —aunque él también era judío— afirmó que «asociar la cuestión judía» con Hitler era «un error histórico ... y político». El autor Iván Arámilev comparó a Grossman con un «judío» conocido por su «nacionalismo burgués», el alemán Lion Feuchtwanger. Pocos se atrevieron a defender la novela: solo la editora Klavdia Ivanova y el escritor Aleksandr Bek. [95]

Tvardovski convocó una reunión similar en *Novy Mir* , la única a la que —por la insistencia del editor— Grossman asistió. Arámilev se presentó allí para decir que el tema judío ostentaba un peso desproporcionado en la novela y que «el objetivo principal de los fascistas no era exterminar a la nación judía». Grossman replicó que la Solución Final era «un hecho histórico». [96]

A finales de enero se produjo un incidente que persiguió a Grossman por el resto de sus días. A instancias de Stalin, los editores de *Pravda* redactaron una carta abierta para denunciar a los médicos judíos en nombre de la propia élite judía. Se reunió una lista de cincuenta y siete figuras destacadas del mundo judío soviético, a quienes se les pidió que firmaran la carta. Grossman recibió una nota conforme debía acudir a *Pravda* para una

conversación sobre «el futuro del pueblo judío». De camino al periódico el escritor tenía los nervios de punta. Llamó a Tvardovski, en *Novy Mir* , y le reprochó que no defendiera la novela que acababa de publicar. «¿Pretendes que cese como miembro del Partido?», bramó Tvardovski. «¡Claro!», contestó Grossman. Tvardovski le gritó, furioso: «Sé bien lo que te espera. Anda, anda, que parece que aún no lo has entendido; ya te lo explicarán allí». [97] En *Pravda* , convocaron a los estudiosos, escritores y artistas judíos a una sala de conferencias donde el historiador Isaak Mints, encargado de recoger las firmas, leyó la carta abierta que exigía castigar con severidad a los «médicos asesinos». En aquella sala, Grossman se sentó al lado de la poeta Margarita Aliguer, colaboradora de *El libro negro* . Los dos suscribieron la carta.

Aunque esta carta abierta no se llegó a publicar, Grossman no se perdonó nunca haber actuado en contra de lo que la conciencia le dictaba. En *Vida y destino* revive el episodio, cuando Shtrum firma una carta parecida en contra de los médicos.

> La angustia, la repugnancia, el presentimiento de su docilidad se apoderaron de Víktor. Sentía la respiración afectuosa del gran Estado, y no tenía arrojo suficiente para lanzarse a la oscuridad helada ... No, no, hoy ya no tenía fuerzas. No era el miedo lo que le paralizaba, era otra cosa: el sentimiento abrumador de la propia sumisión ...
>
> Shtrum no pudo trabajar en todo el día. Nadie le distraía, el teléfono no sonaba. Simplemente no podía trabajar. No trabajaba porque el trabajo, aquel día, le parecía aburrido, vacío, inútil.
>
> ¿Quién había firmado la carta? ... Tenía ganas de esconderse detrás de alguien. Pero negarse hubiera sido imposible. Equivalía al suicidio. No, nada de eso. Podía haberse negado. [98]

El mismo mes de enero, se concedió a Ehrenburg un galardón inesperado: el premio Stalin de la Paz, que hasta entonces solo se había otorgado a dignatarios extranjeros. El 27 de enero, durante la ceremonia de entrega, celebrada en el Kremlin, se pidió a Ehrenburg que dijera unas palabras sobre los «médicos criminales». Contestó que él no había pedido el premio y que estaba dispuesto a renunciar a él, y se negó a hablar sobre los médicos. [99] A los pocos días se presionó a Ehrenburg para que firmara la carta del colectivo judío a *Pravda* . Cuando lo descartó, le dijeron que el texto respondía a los deseos de Stalin. Ehrenburg se dirigió entonces al

propio Stalin, para explicarle qué le impedía firmar la carta abierta. Alegó que una declaración colectiva de figuras judías podía no solo «fortalecer las tendencias nacionalistas» en la propia URSS, sino también «promover la propaganda antisoviética» en el exterior. Ahora bien, si Stalin creía que el país se beneficiaría de la publicación de esa carta —añadió Ehrenburg—, «la suscribiré de inmediato». [100] Stalin ordenó revisar el texto y pidió que Ehrenburg firmara la redacción más moderada. El 20 de febrero Ehrenburg tuvo que acudir a *Pravda* y se vio obligado a firmar aquella carta repulsiva. Según dejó escrito en sus memorias: «Millones de lectores me veían como un escritor capaz de acudir a Stalin para decirle que no estaba de acuerdo con él en esto o en aquello. Pero en realidad yo era tan solo otro diente más del engranaje, como mis lectores. Intenté protestar, sí. Pero lo que decidió el resultado no fue mi petición, sino el destino». [101] *Pravda* quedó a la espera de que Stalin diera la señal definitiva de publicar la carta abierta, pero esta no llegó nunca. La salud de Stalin había menguado mucho y el dictador se retiró a la dacha cercana. El 17 de febrero apareció en el Kremlin por última vez. [102]

Pero sí se había visto una señal favorable a atacar a Grossman y, en febrero, la prensa lanzó un asalto coordinado. El 13 de febrero *Pravda* publicó, en dos extensos suplementos, el artículo «Sobre la novela de Grossman *Por una causa justa* », de Bubennov. La pieza acusaba a Grossman de haber descrito el nazismo con «inexactitud histórica», no haber acertado a atribuir al partido la organización de la victoria, y haber dado relevancia a demasiados personajes judíos. El matrimonio une a Shtrum con la familia Sháposhnikov, que se halla «en el centro de una novela épica sobre Stalingrado». Para colmo, los Sháposhnikov —«la clase de familia que Grossman intenta presentar como una familia soviética típica»— contraen amistad con la médica judía Sofía Levintón. Al artículo de Bubennov siguió una avalancha de reseñas hostiles, con títulos del estilo de: «Un espejo que distorsiona», «Por el camino equivocado», «Las raíces de los errores».

El 2 de marzo la *Gaceta Literaria* publicó la resolución del consejo editorial de *Novy Mir* : las críticas a la novela de Grossman habían puesto de manifiesto —decían— que la obra partía de una

«concepción ideológicamente profundamente equivocada», y el consejo debía admitir que dar a la luz la novela era «un error grave». El 3 de marzo Fadéiev presidió una reunión del sindicato de escritores donde se alzaron varias voces en contra de *Por una causa justa* . Para Bubennov, suponía «escupir al pueblo ruso en la cara». Voenizdat disolvió el contrato y notificó a Grossman que debía devolver el adelanto. [103]

Durante este período turbulento, Grossman, por el temor a ser arrestado, se refugió en la dacha de su amigo Lipkin. Un día la vecina, que era limpiadora, preguntó: «¿Se han enterado de que Stalin está enfermo?». Grossman y Lipkin no se lo podían creer: la noticia parecía demasiado buena para ser cierta. Caminaron hasta la estación para comprar un periódico. El quiosco estaba cerrado pero en la pared, junto al horario de los trenes, colgaba un ejemplar con un boletín sobre la salud de Stalin. (Los periódicos empezaron a incluir estos boletines el 4 de marzo.) Grossman y Lipkin pasaron la noche insomnes, preguntándose sobre la muerte de Stalin. «Sin duda se va a morir; si no, no habrían anunciado la enfermedad en el periódico. Pero ¿y si quizá ya ha muerto? ¿Qué va a pasar? ¿La situación mejorará o empeorará?» [104]

Stalin sufrió una apoplejía en la dacha cercana y quedó tendido en el suelo durante varias horas. Los guardias se daban cuenta de que algo iba mal, pero no se atrevían a entrar. Al final alertaron a Beria y Malenkov; el Politburó se congregó en la dacha y decidió pedir asistencia médica. Llegó entonces un equipo de doctores y enfermeras rusos, que examinó a Stalin con manos temblorosas. Los médicos judíos estaban en la cárcel. Los interrogadores sacaron de la celda a Yákov Rapoport, experto patólogo; esta vez no para darle una paliza, sino para pedirle consejo. ¿Cómo se trataba una apoplejía? ¿Cuán graves eran determinados síntomas? Cuando le pidieron el nombre de médicos que pudiera atender a una «persona importante», Rapoport indicó varios. Todos los que sugirió cumplían condena. [105]

Aunque Stalin murió el 5 de marzo, la campaña antisemita no cesó. Un día después, Símonov, que dirigía la *Gaceta Literaria* , publicó una lista de autores a los que creía necesario expulsar del sindicato de escritores por ser un «peso muerto». [106] El 19 de

marzo la misma *Gaceta Literaria* dio a luz un editorial en el que Símonov encomendaba a los escritores soviéticos la misión de retratar «al mayor genio de todos los tiempos y todos los pueblos: el inmortal Stalin». [107] La pieza disgustó al colectivo de líderes que sustituyó a Stalin en el poder. Jruschov convocó a Símonov y amenazó con cesarlo. [108]

El 24 de marzo, en una sesión del presídium de la Unión de Escritores, Tvardovski calificó la novela de Grossman de «totalmente absurda, totalmente dañina y totalmente falsa». [109] Fadéiev también criticó *Por una causa justa* y se mostró arrepentido por sus errores; a finales de mes publicó en la *Gaceta Literaria* un informe largo y feroz sobre la reunión. La muerte de Stalin, de entrada, no supuso que la campaña contra los judíos amainara. Pero el 4 de abril el Kremlin desacreditó en público el supuesto «Complot de los médicos». Las cosas empezaban a cambiar, por fin.

11

Hacia *Vida y destino*

Estaba vivo, era libre.
¿Qué más necesitaba?

VASILI GROSSMAN , *Vida y destino* [1]

La muerte de Stalin supuso el final de una época que había sido testigo de ejecuciones y deportaciones masivas, hambrunas letales y la guerra más sangrienta de la historia. De un modo incomprensible, el país que tanto había padecido bajo su dominio quedó conmocionado por su fallecimiento, a los setenta y tres años, de muerte natural. Casi todo el mundo lloró durante los días de duelo; muchos por angustia y pesar, pero otros, de alegría. La escritora Yevguenia Guínzburg, que sobrevivió a Kolymá, recuerda que el 5 de marzo «todo Magadán sollozaba». Los ex reclusos de los campos soviéticos más letales «se lamentaban aplicadamente por los difuntos». En las radios de todo el país, y en la misma Magadán, capital de Kolymá, sonaba Bach: «Todos los altavoces de nuestro edificio emitían ... frases musicales majestuosas». [2]

En la novela *Todo fluye* , que elaboró en 1955, Grossman capta el impacto del anuncio de la muerte del tirano. «¡Stalin ha muerto! En aquella muerte había un elemento de espontaneidad repentina, infinitamente extraña a la naturaleza del Estado estalinista. Lo inesperado del hecho hizo estremecerse al Estado como lo había hecho temblar el ataque imprevisto que se abatió contra él el 22 de junio de 1941.» El gobierno totalitario de Stalin, prolongado a lo largo de un cuarto de siglo, lo había convertido en una figura de

culto, un «soberano divinizado», un dios ruso. Los boletines que informaban de su mal estado de salud confundían e impresionaban: la gente empezaba a descubrir que el inmortal Stalin tenía «carne débil y senil». La muerte de «el gran dios, el ídolo del siglo XX» fue devastadora para la nación.

> ¡Stalin había muerto! Algunos se sobrecogieron por el dolor: en ciertas escuelas los profesores obligaron a los alumnos a arrodillarse y, arrodillados también ellos y llorando a lágrima viva, leían el comunicado oficial de la muerte del Vozhd [«Líder»]. Durante las asambleas funerarias, en las instituciones y en las fábricas muchos se sumieron en un estado de histerismo...
>
> A otros les embargó un sentimiento de felicidad. El campo, desfallecido bajo el peso de la mano de hierro de Stalin, suspiró aliviado. El júbilo invadió a millones y millones de personas confinadas en los campos. [3]

Durante tres días, los dolientes hicieron colas interminables para cruzar la Plaza Roja y entrar en la Casa de los Sindicatos, donde Stalin había celebrado los juicios amañados y ahora se hallaba la capilla ardiente. Incluso muerto, Stalin siguió inspirando fanatismo y masacres. «Millones de personas querían ver el cuerpo del difunto —escribe Grossman en *Todo fluye* —. El día del funeral de Stalin no solo todo Moscú sino también las provincias, las regiones, se precipitaron a la Casa de los Sindicatos, donde se había instalado la capilla ardiente.» [4] En las carreteras hubo atascos de cientos y cientos de kilómetros, y auténticas multitudes acudieron igualmente a Moscú a pie. En la capital dejó de circular el transporte público. Las principales avenidas y calles de acceso a la Plaza Roja quedaron ocupadas por largas hileras de camiones militares. Las autoridades temían que se produjeran disturbios.

El físico Andréi Sájarov, que a la sazón estaba trabajando con Ígor Tamm en el desarrollo de una bomba termonuclear, en una instalación militar de alto secreto a las afueras de Moscú, recuerda que el anuncio de la muerte de Stalin los dejó atónitos: «Nos dimos cuenta de que las cosas iban a cambiar, pero ¿de qué forma? La gente se preocupaba por un posible deterioro de la situación, pero ¿acaso podía ser esta aún peor? Algunos, que no se hacían ilusiones con respecto a Stalin y el régimen, temían un hundimiento general, luchas internas, otra oleada de represión colectiva, incluso

una guerra civil». [5] Ehrenburg, que tuvo que presenciar el paso de los dolientes por la Sala de las Columnas, cuenta lo difícil que fue llegar a la Casa de los Sindicatos incluso para él, que vivía cerca de allí. Atravesar la céntrica calle de Gorki era una prueba de fuego porque todas las vías de acceso a la Plaza Roja estaban fortificadas: «El camino estaba bloqueado por camiones gigantes. Si un oficial me daba permiso, podía subirme a un camión y bajar por el otro lado, pero cincuenta pasos más allá me encontraba otro bloqueo y todo se repetía». Las multitudes que recorrían las calles en dirección a la Casa de los Sindicatos formaban una densa marea humana a la que no le resultaba nada fácil ir más allá de los camiones militares. «Se decía que en la plaza Trúbnaia se había producido un aplastamiento mortal ... No creo que nunca en la historia haya habido un funeral como este», dice Ehrenburg. [6] El poeta Yevgueni Yevtushenko, que estaba precisamente en la plaza Trúbnaia, epicentro de esa tragedia, describe «un remolino monstruoso» que engullía a la gente. «Noté que estaba pisando algo blando. Era un cuerpo humano. Levanté los pies y la multitud me arrastró. Durante mucho tiempo tuve miedo de bajar los pies otra vez. Me salvó el ser alto. A los que eran bajos los aplastaron vivos: caían y morían. Quedamos atrapados entre las paredes de las casas, por un lado, y una hilera de camiones del ejército, por otro.» Las cabezas se machacaban contra los paneles de acero de los vehículos, pero los soldados dijeron que, sin instrucciones, no los podían mover. [7]

Grossman, que estaba fuera de Moscú, con Lipkin, recreó la escena según lo que le contaron testigos presenciales. «Torrentes de gente, como negros ríos crujientes en el deshielo, impactaban entre sí, se aplastaban contra las piedras, retorcían y despedazaban los coches, arrancaban de los goznes las puertas de metal ... Las desgracias acaecidas el día de la coronación del zar [Nicolás II] en Jodynka empalidecieron en comparación con el día de la muerte del dios terrenal ruso, picado de viruelas e hijo de un zapatero de la ciudad de Gori. Parecía que la gente iba al encuentro de la muerte en un estado de arrobamiento, con un sentimiento místico, cristiano o budista, de perdición irremediable.» [8] Se cree que murieron miles de personas. Los cadáveres se recogieron de noche y las

autoridades nunca revelaron el total de muertos. Más adelante Jruschov afirmó que en el aplastamiento de Moscú habían perdido la vida 109 personas, pero otros creen que la cifra fue muy superior. [9]

Tras la muerte de Stalin el poder recayó sobre un «liderazgo colectivo», el grupo de los colaboradores más próximos al dictador: Malenkov, Beria, Mólotov, Voroshílov, Bulganin, Jruschov, Kaganóvich y Mikoyán, todos ellos corresponsables personales de las purgas masivas. Sin Stalin, el régimen del terror era insostenible. Comprendieron que había que emprender reformas, pero, en palabras de Jruschov: «Estábamos asustados, más aún: aterrados. Temíamos que se iniciara una avalancha que seríamos incapaces de controlar y nos engulliría ... Queríamos guiar el proceso del deshielo». [10] El término procedía de una novela corta de Ehrenburg, *El deshielo* ; escrita en el invierno de 1953, dio nombre a una nueva época.

A principios de abril, poco después de que el Kremlin desacreditara el «Complot de los Médicos» y anunciara en *Pravda* que la causa se había inventado para incitar los «antagonismos nacionales», el régimen admitió asimismo que con los médicos encarcelados se habían empleado «métodos de investigación ilegales», léase: tortura. Cuando Guínzburg leyó el anuncio, tuvo la sensación de que estaba amaneciendo «una nueva era».

> «Métodos de investigación ilegales.» ¡Increíble! ¡Por fin lo reconocían! Estas cuatro palabras inyectaron una vacuna bajo la piel de los millones de presos y deportados de Kolymá y produjeron una emoción incontenible, las cuatro juntas y palabra por palabra. La gente dejó de dormir. La tensión, la expectativa de que en cualquier momento se produjeran cambios inéditos, tenía ojeroso a todo el mundo. La gente perdía la voz contándose y volviéndose a contar, como enfebrecidos, las mismas viejas historias de los interrogatorios que ya habían referido mil y una veces antes, durante estos largos largos años. Todas las heridas de 1937 y 1939 se reabrieron, escocían de un modo insoportable y pedían alivio. [11]

Las reformas fueron dirigidas por estalinistas acérrimos que, como decíamos, eran corresponsables de las matanzas previas. Beria, el jefe de la policía secreta soviética que, desde 1938, había dirigido el imperio del Gulag, guiado la deportación de

nacionalidades y organizado la masacre de Katyn, fue también el que aprobó una gran amnistía. En 1953 había quedado claro que la economía soviética no se podía sustentar en el trabajo esclavo del Gulag. Según Beria, antes de la amnistía de finales de marzo de 1953, había más de 2,5 millones de reclusos en las prisiones y los campos de trabajo. [12] Los proyectos constructivos e industriales del Gulag estaban controlados por el Ministerio del Interior. Beria ordenó transferirlos a los ministerios económicos, poniendo con ello fin al uso del trabajo del Gulag en la tala, la manufactura, la minería y la construcción. Además, se cancelaron diversos proyectos de Stalin que carecían de utilidad económica. Entre ellos, una línea férrea tristemente famosa, en el noreste de Siberia: la de Salejard-Igarka, apodada «Vía de la Muerte». Desde 1949, este proyecto había empleado a cien mil prisioneros, muchos de los cuales perdieron la vida durante la construcción. Según observa Grossman en *Todo fluye* : «Y el hombre construía cosas que no eran necesarias para el hombre: el canal entre el mar Báltico y el Blanco, las minas del Ártico, las vías férreas tendidas más allá del círculo polar, las industrias ultrapesadas y las centrales eléctricas superpotentes que se escondían en la taiga desierta. A menudo daba la impresión de que aquellas fábricas, aquellos mares y canales en el desierto no solo eran inútiles para los hombres, sino también para el Estado». [13] En todo caso tales proyectos se abandonaron por razones pragmáticas, no porque hubieran costado un número incontable de vidas.

La amnistía de Beria benefició a un millón de presos, en su mayoría delincuentes comunes. En contra de las expectativas, no se aplicó a los presos políticos. Cientos de miles de inocentes siguieron sufriendo en las cárceles, los campos de trabajo y los asentamientos especiales. Aún tuvieron que esperar más de tres años hasta que Jruschov pronunció el «discurso secreto» en el Vigésimo Congreso del Partido, en 1956.

Tras el funeral de Stalin, Beria creó varias comisiones que revisaron un puñado de casos, como el «Complot de los Médicos» o el asesinato de Mijóels. (Pero no se revisó el juicio del Comité Antifascista Judío, pese a estar relacionado con el «Complot de los Médicos», y hasta 1955 ni siquiera se informó a los familiares de

que se había ejecutado a sus seres queridos.) El mismo que había orquestado el asesinato de Mijóels, el Beria cuyos hombres habían torturado a los médicos detenidos, liberaba ahora a supervivientes. Pero la revisión llegó tarde para un médico eminente, el profesor Yákov Étinguer, arrestado en 1950 por comentarios imprudentes sobre Stalin; en la cárcel lo torturaron hasta matarlo. A los doctores judíos los liberaron porque la élite del partido quería que estos profesionales, especialmente cualificados, volvieran a los hospitales del Kremlin.

Cuando emergió la figura de Beria como gran rival por el poder, Jruschov, que sabía que se trataba de «un carnicero y un asesino», comprendió que el liderazgo colectivo corría peligro. Según le dijo a Malenkov: «Beria está afilando los cuchillos contra nosotros». [14] El 26 de junio, durante una sesión del Presídium del Comité Central, se detuvo a Beria con la ayuda del mariscal Zhúkov y sus militares. Primero se custodió al asesino múltiple en el Consejo de Ministros, luego se le trasladó a un refugio antibombas del Distrito Militar de Moscú, de donde no podía escapar.

El 10 de julio Sájarov y otros físicos que trabajaban en la bomba de hidrógeno —un proyecto supervisado por el ex jefe de la policía secreta— se dieron cuenta de que «en la calle Beria, en vez de placas, hay cartones que anuncian: calle Kruglov». Posteriormente supieron que Serguéi Kruglov acababa de ser nombrado nuevo ministro del Interior. [15] Aquel mismo día, la radio anunció que se había detenido a Beria y sus cómplices. En una sociedad cerrada como la soviética, la información sobre los crímenes de Beria —que afectaban a millones de personas— solo se reveló a cargos especiales y organizaciones del partido. Uno de los que pudo leer el documento de Beria fue Sájarov. (Del mismo modo, en 1956, fue de los pocos privilegiados que supo del discurso secreto de Jruschov ante el Vigésimo Congreso del Partido. En realidad, este discurso en el que se denunció a Stalin fue solo medio secreto: en algunas reuniones oficiales también se informó a escritores sobre las revelaciones de Jruschov.) El documento citado versaba sobre las listas de ejecuciones de Beria, que Stalin respaldaba; y contenía algunos datos sobre las «detenciones colectivas, ejecuciones y torturas crueles» que habían perpetrado Beria y sus hombres. [16]

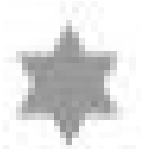
Román Rudenko, el nuevo fiscal general nombrado para investigar a Beria y sus compinches, había sido el jefe de la fiscalía soviética en los juicios de Núremberg. A diferencia de estos últimos, sin embargo, la causa de Beria se vio en secreto; más aún, la transcripción del juicio todavía no se ha dado a conocer al completo. [17] El colectivo de líderes temía que las pruebas socavaran la confianza pública en el Partido Comunista. Así pues, se optó por inventar una larga lista de crímenes y delitos. El 23 de diciembre de 1953, una sesión especial del Colegio Militar del Tribunal Supremo de la URSS escuchó la formulación de cargos: se acusaba, entre otros delitos, de traición, conspiración antisoviética con el fin de restaurar el capitalismo y vínculos con los servicios de inteligencia extranjeros. Beria y sus hombres fueron ejecutados aquel mismo día. [18] La acusación que se dio a conocer a la opinión pública aprovechaba gran parte de la retórica que ya se había dirigido antes contra los médicos judíos. Se describía a Beria —que había sido uno de los secuaces más sangrientos de Stalin— como un «burgués degenerado» que pretendía «debilitar la capacidad defensiva de la Unión Soviética». [19] Al leer estos calificativos, a Grossman no se le pasó por alto que se estaba ocultando la verdad sobre los auténticos crímenes de Beria.

Nadiezhda Mandelshtam recuerda que su hermano dijo, una vez muerto Stalin: «Aún no nos hemos dado cuenta de todo lo que hemos pasado». [20] Alguien tenía que arrojar luz sobre la época que había producido a Hitler y Stalin y destruido toda noción de humanidad: «un tiempo de lobos», en palabras de Grossman. [21] Nuestro escritor consideraba que tenía el deber de comprender su época y plantear preguntas difíciles: «¿Por qué la vida ha sido tan terrible? ¿No se nos debe culpar también a usted y a mí?». [22] No fue el único que reflexionó sobre las semejanzas de los regímenes de Hitler y Stalin y comparó la brutalidad con la que trataron tanto a los opositores políticos como a los judíos.

Mientras vivían en Magadán como exiliados, Guínzburg y su esposo, el médico alemán Anton Walter, superviviente de Kolymá, establecieron comparaciones informales entre las medidas antisemitas de nazis y soviéticos. Durante la campaña final de Stalin

contra los médicos judíos, cuando las autoridades empezaron a deshacerse de los empleados judíos de los hospitales, el doctor Walter recurrió al humor negro para decirle a Guínzburg: «Quizá convenga que pida a Alemania un certificado de pureza racial...». [23] En referencia a las úlceras de piel —habituales entre los ex reclusos de Kolymá, como él mismo—, Walter también le dijo a Guínzburg: «A los presos de Auschwitz y Dachau se les conoce por los números marcados a hierro candente en la muñeca. A los internos de Kolymá se les puede reconocer por esta marca, tatuada por la inanición». El doctor hacía alusión a las úlceras tróficas, un efecto de la desintegración de los tejidos que había podido observar tanto en cientos de presos de Kolymá como en su propia piel. [24]

Tal como afirma Shalámov en *Los cuentos de Kolymá* , los «campos de exterminio» de Stalin proporcionaron los «medios para la destrucción material de los enemigos políticos del Estado». En 1937-1938, dice el autor, Kolymá era un destino letal. Shalámov describe la cárcel de Kolymá —la Serpantínnaia, donde se realizaban los interrogatorios— como un campo de exterminio. En 1938 se llevó allí a miles de personas, para su fusilamiento; nunca volvió nadie de la Serpantínnaia. [25] Hay una ironía amarga en el hecho de que, en 1946, el artículo de Grossman sobre «El infierno de Treblinka» se publicara como opúsculo en la propia capital de Kolymá, Magadán. El artículo circuló poco dentro de la Unión Soviética; que viera la luz en Magadán quizá fuera necesario para que el régimen no se enojara con el autor, que estaría mostrando que los campos de exterminio nazis habían sido aún más letales.



La investigación de Grossman para la primera parte de *Vida y destino* le inspiró las reflexiones sobre las semejanzas entre los regímenes totalitarios de Hitler y Stalin. Cuando los presos del Gulag empezaron a regresar de los campos, el escritor pudo reunir por fin pruebas para comparar cómo se había tratado a los enemigos políticos en la Alemania nazi y la Rusia soviética.

En 1948 Grossman trabó amistad con un nuevo vecino: el distinguido poeta Nikolái Zabolotski, superviviente del Gulag. Fue el primer ex recluso de los campos de trabajo del Extremo Oriente al que Grossman pudo entrevistar por extenso. Como el propio Zabolotski dio a la imprenta su testimonio —*La historia de mi encarcelamiento* , en 1956— sabemos con precisión qué pudo averiguar Grossman durante las numerosas conversaciones con el poeta.

Un año antes, en 1947, se había otorgado a Grossman y su familia un apartamento en un nuevo complejo residencial para escritores y compositores, a las afueras de Moscú. Los habitantes del «pueblo de Begovaia», como se dio en llamar a este asentamiento situado entre la calle Begovaia y la autopista de Joroshovski, vivían en edificios de ladrillo, típicos del extrarradio, de dos o tres plantas y reservados tan solo a unas pocas familias. Además había una distribución de la tierra generosa: los edificios estaban rodeados de huertos de frutas y verduras que se cultivaban en común. En verano, los ocupantes solían sentarse al exterior, en bancos cercanos a las casas, cómodamente vestidos con pijama.

En el verano de 1948 Zabolotski se mudó a esta vecindad con su esposa Yekaterina y dos hijos. Mientras que la mayoría de los supervivientes del Gulag no pudo regresar a las grandes ciudades hasta 1956, Zabolotski contó con la ayuda de escritores tan influyentes como Fadéiev, Ehrenburg, Veniamín Kaverin, Samuil Marshak, Kornéi Chukovski, Víktor Shklovski y Aleksandr Stepánov, que solicitaron una revisión de su caso. No se produjo una rehabilitación oficial, pero se permitió que el poeta se estableciera en Moscú y se le concedió un piso: un lujo inimaginable para la mayoría de los demás ex internos.

Nikita Zabolotski, hijo del poeta, recuerda que su familia y los Grossman trabaron pronto una buena relación; las esposas y los niños se hicieron amigos, y a los dos escritores la compañía mutua les resultaba «sumamente interesante». Después de lo mal que lo había pasado, Zabolotski vivía atemorizado por la idea de que lo denunciaran y volvieran a arrestar. Como es lógico, pues, se sentía muy incómodo con los temas políticos; sin embargo, las «conversaciones con Grossman solían dirigirse hacia el tema que

más exacerbaba las viejas heridas de Z. y más perjudicaba el delicado equilibrio que necesitaba para la vida y para su labor poética». En las memorias de Nikita, Grossman entrevista a Zabolotski con la actitud metódica e implacable de un periodista profesional. «Grossman siempre intentaba descubrir los auténticos motivos de la persona con la que estaba hablando, averiguar qué sucedía en su interior, sin preocuparse por el dolor que pudiera causar con ello.» [26] Durante estos diálogos Grossman también solía trazar una «comparación directa entre determinados rasgos del fascismo alemán y del sistema que se había implantado al mando de Stalin». [27] Tales comparaciones, sin embargo, se basaban en los recuerdos del propio Zabolotski. Este contaba, por ejemplo, que cuando lo torturaban en la prisión interior del cuartel general del NKVD en Leningrado (la «Gran Casa») le parecía estar en manos de unos fascistas que, de algún modo, hubieran logrado meterse en el sistema de castigo soviético. Cuando compartió esta impresión con su compañero de celda, antiguo miembro del partido, este último admitió que esos mismos pensamientos le pasaban a él también por la cabeza. [28] Si los amigos le preguntaban cuán dura era la vida en los campos, Zabolotski respondía: «Pues muy dura. ¿Cómo quieres que sea, cuando trabajas hasta que caes rendido y, si te paras un segundo a tomar aliento, te lanzan los perros encima?». [29]

La desgracia de Zabolotski empezó en 1933, cuando la prensa atacó su poema «Triunfo de la agricultura». El crítico Yermílov publicó un artículo en *Pravda* que calificaba el texto de sátira de la colectivización. [30] Tal acusación política no cayó nunca en el olvido y con el tiempo se consideró una prueba de las actividades antisoviéticas de Zabolotski.

El poeta fue detenido el 19 de marzo de 1938, cuatro días después de la ejecución de Bujarin. Después del juicio a Bujarin el NKVD se puso a «desenmascarar» a trotskistas entre los escritores de Leningrado. Buscaron enemigos del Estado en todos los ámbitos de la vida profesional: para el NKVD, la idea de una conspiración antisoviética entre escritores famosos era una causa prometedora. Por fortuna para Zabolotski, la policía secreta no estaba al corriente

de que este había solicitado a Bujarin ayuda para publicar los poemas. De hecho Bujarin le había escrito una nota que el poeta guardaba entre sus manuscritos, pero el NKVD no la descubrió durante el registro. Era una nota inocua, pero al comprender que, en aquel momento, cualquier vínculo con Bujarin podía acarrear la pena de muerte, Yekaterina Zabolótskaia la destruyó.

Tras el arresto del poeta, el escritor Nikolái Lesiuchevski, que actuaba además como informador, preparó un documento de evaluación de la obra de Zabolotski para el NKVD. Al igual que Piotr Pavlenko, que «evaluó» los poemas de Mandelshtam para la policía secreta, Lesiuchevski tildó los de Zabolotski de contrarrevolucionarios y antisoviéticos. [31] Borís Kornílov, un poeta de Leningrado al que Lesiuchevski había denunciado con anterioridad, fue detenido y fusilado en febrero de 1938. Al denunciante lo ascendieron a la dirección de una gran editorial, Sovetski Pisátel. Grossman se inspira en él para el personaje de Pineguin, quien, como veremos más adelante, denuncia a Iván en *Todo fluye* . Varios episodios del testimonio de Zabolotski sobre su encarcelamiento, e incidentes que refirió a los amigos, se pueden reconocer tanto en *Vida y destino* como en *Todo fluye* .

En *La historia de mi encarcelamiento* , Zabolotski cuenta que un interrogatorio de la Casa Grande de Leningrado duró cuatro días con sus cuatro noches. Protestó por el abuso, apelando a los derechos recogidos en la Constitución soviética, a lo que el interrogador replicó: «Desde el momento en que entras a este edificio, la Constitución ya no cuenta». Pese a las torturas, Zabolotski se negó a autoinculparse o a implicar a terceros en actividades antisoviéticas.

> Durante los primeros días no me pegaban; intentaban quebrantarme moral y físicamente. No me dejaban comer. No me dejaban dormir. Los instructores se iban turnando mientras yo, día tras día, seguía sin poder moverme de la silla, delante de la mesa de los interrogatorios. Las piernas se me empezaron a inflar y, al tercer día, tuve que arrancarme los zapatos porque el dolor de los pies era ya insoportable. Notaba que iba perdiendo la conciencia y reunía todas mis fuerzas para responder de forma racional y no decir nada injusto sobre la gente por la que me preguntaban. A veces el interrogatorio se cortaba y nos quedábamos sentados en silencio. El instructor escribía algo pero, si yo intentaba descabezar un sueño, me despertaba de inmediato ... Al cuarto día, por

> efecto de la tensión nerviosa, el hambre y la falta de sueño, fui perdiendo la razón. Por lo que recuerdo me puse a gritar a los investigadores y a amenazarles yo a ellos. [32]

Este relato dejó rastro en el interrogatorio interminable al que se somete a Krýmov en *Vida y destino* . Mientras está encarcelado en la Lubianka, Krýmov pasa varios días y noches sentado en una silla en el despacho en el que era interrogado.

> Le dolían la espalda y las piernas, el agotamiento le consumía. Solo pensaba en estirarse en la cama y, descalzo, mover los dedos de los pies, levantar las piernas, rascarse las pantorrillas.
>
> —¡Nada de dormirse! —gritó el capitán...
>
> Entretanto el tiempo pasaba y hacía su trabajo ... En la cabeza de Krýmov flotaba una niebla espesa, gris ... No había existido nunca ni pasado ni futuro, no había existido nunca una carpeta con lazos enredados. En el mundo solo había una cosa: quitarse las botas, rascarse, dormir.
>
> Regresó el juez instructor ...
>
> Krýmov pegó un salto, cogió al juez instructor por la corbata [y] luego dio un puñetazo contra la mesa. [33]

El instructor de la Lubianka lo amenaza citando a Gorki: «Si el enemigo no se rinde, hay que aniquilarlo». [34] Esta referencia también procede de las memorias de Zabolotski.

Es probable que un poema de Zabolotski sobre la sede central del NKVD en Leningrado inspirase una imagen de la Lubianka en la novela de Grossman, descrita como un «edificio insomne». El texto no se ha preservado, solo un resumen; según Yekaterina Zabolótskaia hablaba «de la maligna Gran Casa ... de sus ventanas, que permanecían encendidas durante toda la noche, y de las celdas oscuras en las que se torturaba a inocentes». Zabolotski dejó que su esposa leyera este poema peligroso y luego le prendió fuego. [35] En *Vida y destino* , Krýmov pasa por delante del edificio de la Lubianka, en 1937, y piensa sobre el destino del gran número de personas que «desaparecían para siempre» tras sus puertas. «En las ventanas iluminadas, cubiertas por cortinas blancas, se entreveían sombras; en la entrada las puertas de los coches retumbaban, se encendían los faros. Parecía que la inmensa ciudad estuviera paralizada por la mirada vítrea y brillante de la Lubianka.» [36] Es posible que Yekaterina Zabolótskaia le hubiera hablado a Grossman del poema

de su marido sobre la Gran Casa. [37] En 1955, Yekaterina se convertiría en confidente y amante de Grossman.

Zabolotski sobrevivió a las palizas brutales y a la demencia temporal, y quedó recluido en una celda en la que se apiñaban más de cien presos. Por la noche, cuando empezaban a llover palos, oían los gritos que salían de las oficinas de los investigadores. Aunque el NKVD tenía en el patio camiones pesados con los motores siempre encendidos, ni siquiera este ruido bastaba para ahogar los chillidos. Zabolotski fue condenado a cinco años de estancia en un campo de trabajo por actividades contrarrevolucionarias. Lo transportaron en un tren sin calefacción, que tardó sesenta días de invierno en atravesar Siberia. Los reclusos, sin espacio, ateridos y famélicos, también sufrían el tormento de la sed. En cierta ocasión pasaron tres días sin recibir apenas agua y tuvieron que chupar los «carámbanos ennegrecidos por el hollín» que sus propias exhalaciones habían formado en las paredes del vagón. Corría el 1 de enero de 1939 y para Zabolotski, aquella «fiesta» de Año Nuevo fue sin duda inolvidable. Se dirigían a Komsomolsk del Amur, y el trayecto fue especialmente largo porque las vías férreas estaban saturadas por los trenes de prisioneros. En el techo de los vagones se habían instalado focos y ametralladoras; además, los trenes contaban con la vigilancia de soldados provistos de pastores alemanes. Grossman tuvo en cuenta esta información para describir el transporte de los presos del Gulag en *Todo fluye* : «Para los que después de romper el techo del vagón se encaraman a él, han instalado reflectores que, como puñales, atraviesan las tinieblas, desde la locomotora hasta el último vagón; y la ametralladora que vela el convoy sabe qué tiene que hacer si un hombre corre sobre el techo». [38]

Durante la estancia en el Gulag, Zabolotski trabajó en turnos de doce horas, cortando leña o extrayendo piedra con temperaturas que alcanzaban los cincuenta grados bajo cero. Además del frío extremo del invierno y los mosquitos del verano, pasaba hambre. Los presos vivían en barracones fríos y húmedos, dormían sobre planchas de madera distribuidas en torno a una estufa de hierro. Por la mañana, mientras el guardia semianalfabeto los contaba, pasaban horas frente a una verja alambrada con carteles colgados

sobre la puerta, como: «El trabajo es una cuestión de honor, gloria y heroísmo». (Grossman, al oírlo, recordó los campos de Dachau y Auschwitz, donde se exponían los lemas «El trabajo ennoblece» y «El trabajo libera».) [39]

El Gulag tenía por fin destruir físicamente a los presos políticos, a los que se trataba como muertos en vida. A los delincuentes, en cambio, se les trataba con liberalidad; eran los reyes del Gulag. Los presos políticos, sometidos por los gestores de los campos a palizas e inanición, comparaban a sus torturadores con la Gestapo. [40] En 1941 Zabolotski fue testigo de cómo las autoridades del campo hundieron deliberadamente en el río Amur una barcaza con presos políticos; fue un acto de barbarie que no pudo olvidar en toda su vida. [41] Grossman averiguó muchas historias similares por medio de Zabolotski, y también de Yekaterina, que daba todo el apoyo a la férrea voluntad del escritor de contar la verdad sobre el estalinismo.

Según las memorias de Nikita Zabolotski, su madre se sintió atraída por Grossman por ser un hombre de talento y de carisma, mientras que Grossman apreciaba la sensibilidad de Yekaterina y su apoyo moral, en particular durante la campaña antisemita de Stalin. En aquel momento Yekaterina era un alma gemela y una compañera intelectual, pero no aún su amante. En *Vida y destino* Grossman describe los paseos y conversaciones que mantuvieron.

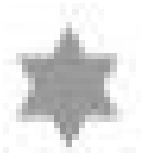
Yekaterina también era una superviviente, por sí misma, y sus experiencias impresionaron a Grossman. En noviembre de 1938 —después de que enviaran a Zabolotski al Gulag, donde este pasó seis años— ella y los niños fueron deportados de Leningrado. Se le permitió elegir un destino y optó por la ciudad de Urzhum, unos mil quinientos kilómetros al este de Leningrado; su esposo había vivido allí durante cierto tiempo. Asumió el riesgo de llevarse consigo la pila de manuscritos que el NKVD no había encontrado al registrarles la vivienda. En 1939, al saber que se estaban revisando los casos de algunos presos políticos, envió un telegrama a Beria para solicitar autorización para volver a Leningrado. Desde aquí empezó a mandar solicitudes de revisión de la causa de su marido. Contactó con personas influyentes y logró, por medio de cartas y paquetes, que Zabolotski no perdiera la esperanza. Yekaterina consiguió el respaldo de alto nivel que necesitaba para una revisión de la

condena; pero el denunciante, que temía perder la credibilidad ante el NKVD, empezó a actuar igualmente a través de sus propios canales para demostrar que había evaluado bien los escritos de Zabolotski. En consecuencia, el poeta siguió en el Gulag hasta agosto de 1944.

Al estallar la guerra, Yekaterina quedó atrapada en Leningrado con sus dos hijos, un niño y una niña. Durante el sitio de la ciudad falleció casi un millón de personas, pero ella y los niños sobrevivieron. En febrero de 1942, aquejados de distrofia, los evacuaron por la superficie helada del lago Ladoga. En 1944, cuando se liberó a Zabolotski del Gulag y empezó a trabajar en semilibertad en el pueblo de Kulundá (Altái), Yekaterina no se arredró y se mudó allí con los niños y los manuscritos rescatados. Antes de la detención Zabolotski había estado traduciendo una obra maestra del siglo XII ruso, el *Cantar de las huestes de Ígor* . Yekaterina llevó este manuscrito a Kulundá y, desde 1945, Zabolotski tradujo de noche para completar la versión. De día trabajaba como delineante, copiando cianotipos; una labor mecánica y embotadora, según le escribió a su amigo Stepánov en enero. En una posdata a la carta de su esposo, Yekaterina describió la pobreza de la vida en el exilio: «Nos vamos acostumbrando a vivir con Kolia [el poeta Nikolái Zabolotski]. Pero nuestra llegada apenas ha mejorado su vida. Al menos yo no soy capaz de darle unas condiciones adecuadas para su obra [de creación]. Vivimos en una cabañita, con ovejas, gallinas y los propietarios. De hecho ni siquiera tenemos un rincón para nosotros. Pero estoy contenta porque el destino me ha dado mucho ... Intento ganar algo de dinero, lo mejor que puedo. Estoy tejiendo jerséis». [42]

Mientras traducía aquella obra maestra de la literatura medieval, Zabolotski no había dejado de ser un prisionero. La vida en el exilio apenas era menos dura que en el Gulag. Según le reconoció a Stepánov: «Mis condiciones —de trabajo, la vida diaria, mis derechos— no han cambiado». [43] En junio, tras completar una primera redacción del *Cantar de las huestes de Ígor* , se describió a sí mismo, en carta a Stepánov, como medio preso, medio poeta. A la par que seguía copiando planos anhelaba intensamente que llegara la hora de poner fin al trabajo diario para reemprender la

obra creativa. «Ahora que he logrado penetrar en el espíritu de este monumento [literario], me siento inmensamente emocionado, sorprendido y agradecido por el destino que nos ha traído este milagro desde tan remota antigüedad.» [44] Mediada la cuarentena, el poeta lamentaba el tiempo perdido: «Se desvanecen los años, se desvanece el arte». [45] Zabolotski y la familia consiguieron volver por fin a Moscú en 1946 y, dos años después, con la ayuda de los amigos, se mudaron al barrio de Grossman.

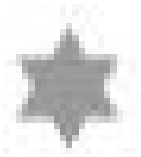


En 1953 Grossman redactó el cuento «Tiergarten», que sugiere paralelismos entre los regímenes de Hitler y de Stalin. Durante las últimas semanas de la guerra, en Berlín, había sido testigo de la batalla por el centro de la ciudad, que asoló el zoológico más antiguo de Alemania, situado en el parque de Tiergarten. Grossman vio el zoo después de los combates y charló con el celador que había pasado cuatro decenios cuidando de los monos. El fuego de artillería había matado a la mayoría de los animales. «En la jaula, el cadáver de un gorila», apuntó Grossman en su cuaderno. [46]

«Tiergarten» es un cuento sobre el viejo celador, Ramm, y sus animales enjaulados, incluido el gorila *Fritzi* , que muere por efecto de la metralla. La historia de Ramm se narra mediante *flashbacks* : tres de sus hijos han perecido en la guerra; el cuarto, socialdemócrata, ha muerto en Dachau. La policía secreta estatal se presenta de noche para detenerlo y, poco después, Ramm recibe una caja con las cenizas de su hijo, enviada desde Dachau. «Numerosas familias recibían urnas de plástico negro con cenizas húmedas dentro procedentes de Dachau y Mauthausen», escribe Grossman, refiriendo hechos de 1933, cuando los nazis estaban mandando a los opositores políticos a los campos de concentración. Aquel año, en Alemania, se encerró en esta clase de campos a cien mil presos políticos (en su mayoría, socialdemócratas y comunistas). Dachau, inaugurado por Himmler en 1933, fue el primer campo de concentración alemán concebido para la oposición política. Como en

el relato de Grossman, para notificar la muerte a los familiares se les enviaba una urna con las cenizas. Sin duda Grossman sabía que, en 1933, la Gestapo envió a Dachau a muchos alemanes por la mera sospecha de que en el futuro pudieran representar un problema político: «La policía no solo se mostraba despiadada con los rebeldes que se habían declarado en lucha contra Hitler. La policía secreta del Estado consideraba que ningún ciudadano podía presumir de ser inocente». [47] (En *Vida y destino* la idea aparece en boca de un antiguo chequista, Katsenelenbogen: «La inocencia personal es un vestigio de la Edad Media».) [48]

En la Alemania nazi, el temor a una denuncia que acarreara la reclusión en un campo de concentración contribuyó a silenciar a la oposición de Hitler. En «Tiergarten», Ramm piensa que el estado hitleriano se creó sobre unos cimientos que excluían por completo la libertad. En este relato, Grossman expresa otra idea que desarrollaría en *Vida y destino* y *Todo fluye* : la naturaleza humana es incompatible con la esclavitud. «Se podía reprimir el ansia de la libertad, pero era imposible destruirla por completo.» [49] Como era de esperar, los censores de Glavlit consideraron que «Tiergarten» era impublicable. Aunque las cenizas de las víctimas del Gulag no se enviaban a las casas de los familiares —estos no recibían siquiera una noticia de la muerte—, este cuento sobre la Alemania de Hitler se interpretó, acertadamente, como un relato sobre la Rusia de Stalin.



Tras la muerte de Stalin, las perspectivas de Grossman mejoraron. El 21 de abril de 1953 ganó el juicio civil contra la Editora Militar Estatal (Voenizdat), que le había exigido la devolución del adelanto correspondiente a *Por una causa justa* , que no se atrevía a publicar. El juez se puso de parte del autor, algo inconcebible en tiempos de Stalin. En junio Voenizdat llamaba de nuevo a la puerta de Grossman con la intención de negociar de nuevo por la edición de la novela. En septiembre, Fadéiev llamó por teléfono para aclarar que

había criticado la novela «por efecto de las circunstancias. Pero debe publicarse [como libro autónomo]». [50] Fadéiev no tardó en actuar como mediador, apretando a Voenizdat para que acelerase la impresión de modo que se llegase a tiempo para el Segundo Congreso de Escritores Soviéticos, de diciembre de 1954. Grossman aprovechó la ocasión para recuperar parte del texto original. El editor tardó más de un año en publicar el libro, pero aun así las cosas se habían acelerado de un modo asombroso.

En julio de 1954 Grossman habló con Lipkin de las novedades. Mientras se hallaba en una dacha alquilada no lejos de Moscú, recibió un telegrama de Fadéiev: *Por una causa justa* en imprenta, todo aclarado, publicación resuelta. A Grossman le costaba creer que su obra hubiera encontrado por fin el semáforo en verde. Primero pensó que el telegrama era «una broma de vete a saber quién». Pero en Moscú, Fadéiev confirmó la noticia: la publicación había quedado resuelta, definitivamente. En una carta a Lipkin, Grossman se mofaba de un Fadéiev que había «decidido eclipsar el milagro del Evangelio participando a la vez en el entierro de Lázaro y en la resurrección de Lázaro». [51] Aquel mismo mes Voenizdat envió un nuevo contrato a Grossman: en 1954 planeaba lanzar dos ediciones de formato grande, de quince mil ejemplares cada una, y otra edición económica de setenta y cinco mil ejemplares, y preveía de entrada que el volumen grande se reeditaría en 1955. [52] Para Grossman supuso una victoria moral. Solo lamentaba que su amigo Lipkin estaba de viaje y no podía compartir la alegría con él. Grossman rememoraba con nostalgia que, en marzo de 1953, cuando se había producido la campaña de prensa contra su novela, que podía haberle acarreado la detención, Lipkin lo había alojado amablemente en su dacha. «Este libro ha pasado por un camino largo y difícil, y mi amistad contigo me ha ayudado a superarlo; has compartido el camino conmigo, como un hermano. Pero estoy lejos de creer que el camino ha llegado a su fin y que nos hallamos ya en el Parque de la Cultura y el Ocio. Me alegra que no haya terminado; si así lo quiere el destino, que sea un camino duro, pero que no se detenga. Me acordaba de Ilínskoe y nuestro idilio en la dacha: la estufa, el *durak* [un juego de cartas], la sopa de macarrones, los paseos a la estación, el deshielo.» [53]

Lipkin, que era un hombre sociable, se trató con muchos de los grandes narradores y poetas de su tiempo. Se complacía en rememorar los encuentros con Mandelshtam, Ajmátova, Bábel, Bulgákov, Pasternak y Marina Tsvetáieva. Lo cierto es que el círculo de amigos de Lipkin era mucho más impresionante que el de Grossman. Lipkin había intentado que Grossman y Ajmátova se conocieran, pero ninguno mostró especial interés por el otro y no llegaron a verse. A Ajmátova no le atraían los temas de Grossman y, al parecer, no leyó *Por una causa justa* . A su vez, a Grossman la poesía de Ajmátova le dejaba indiferente, aunque sí leyó, y en alguna ocasión citó, sus versos famosos.

A pesar de que la novela de Grossman fue un éxito —se vendió mucho cuando por fin vio la luz en 1954—, el nombre del escritor no solía aparecer en la prensa. Los autores y periodistas que le habían denunciado durante la campaña de acoso le evitaban. Una vieja amiga de Grossman, la escritora y superviviente del Gulag Yevguenia Taratuta, le visitó en noviembre de 1954 y recuerda que el teléfono no sonó ni una sola vez, durante toda una tarde.

Taratuta había recobrado la libertad en abril, antes que la mayoría. Había contado con la ayuda de amigos influyentes, entre ellos Fadéiev. Había sido detenida en 1950, en la fase culminante de la campaña antisemita de Stalin, y la encerraron en la Butyrka, una cárcel donde sufrió diez meses de torturas. La interrogaban cada noche, le impedían dormir, la amenazaban y apaleaban, con la intención de que denunciara a dos amigos, los escritores judíos Lev Kassil y Leib Kvitko. Pero Taratuta se negó a firmar una declaración falsa sobre la conspiración antisoviética y los supuestos lazos de estos autores con Estados Unidos. (A Kassil no llegaron a detenerlo, pero Kvitko, que formaba parte del presídium del CAJ, perdió la libertad en 1949 y fue ejecutado en 1952.) Por alguna razón el instructor de su caso también le exigía que admitiera una supuesta amistad con Maiakovski. De hecho, a Taratuta se la habían presentado, en el teatro de Mijóels, tras el estreno de su obra satírica *El baño* ; le dio la mano y el poeta famoso le firmó un ejemplar de su libro. Se desconoce por qué Maiakovski, que se había suicidado en 1930, apareció de pronto en la causa de Taratuta; pero en aquellos días todo resultaba absurdo. (A Taratuta

le confiscaron la biblioteca. También perdió los cuadernos en los que había apuntado conversaciones con Pasternak. El NKVD nunca le devolvió sus documentos: en la Lubianka murieron muchos archivos literarios.) [54] Un año de tortura física y mental dejó inválida a Taratuta cuando contaba tan solo treinta y nueve años. La condenaron —sin juicio— a quince años en el Gulag, y la enviaron a un campo de trabajo secreto, para inválidas, en un asentamiento de negra fama: el de Abez, en la república de Komi, al sur del círculo polar ártico. Las mil quinientas mujeres de este campo habían quedado discapacitadas o por la dureza del trabajo en Siberia o por la tortura. Unas eran campesinas, otras científicas; unas ancianas, otras jóvenes; todas vivían apiñadas en unos barracones en los que hacía tanto frío que, por la mañana, el pelo aparecía congelado y pegado al catre. La temperatura media, en los inviernos de Abez, era de cincuenta grados bajo cero. Las reclusas comían patatas heladas que tenían que pelar con un trozo de hierro, pues no se permitía usar cuchillos. Taratuta dormía cerca de Lina Prokófieva, una ex cantante de ópera, soprano, que había sido la primera esposa de Serguéi Prokófiev. Lina, que había nacido en España, fue condenada a veinte años de reclusión (de los que cumplió ocho) por haber intentado obtener un visado de salida de la URSS, en 1948. Prokófiev murió el mismo día que Stalin, pero a los campos solo llegó la noticia de la muerte del dictador.

Durante su reclusión en el campo Taratuta leyó *Por una causa justa* . Varios números de *Novy Mir* , que traían las entregas de la novela, llegaron a Abez en otoño de 1952. La obra se leyó allí «con admiración». Como el centro también recibía periódicos, Taratuta pudo seguir la campaña contra la novela grossmaniana: «Esta novela admirable y auténtica fue sometida a una crítica monstruosa». Taratuta habló con Grossman sobre los activistas del partido que encontró en el campo. Una era hija del comisario Verjoturski, que aparecía, con su nombre real, en el relato grossmaniano «Cuatro días». [55] El escritor quedó impresionado por el hecho de que aquellas activistas rompieran a llorar cuando tuvieron noticia de la muerte de Stalin. Cada una de ellas creía que la habían condenado por error, mientras que las demás reclusas eran en efecto enemigas del pueblo. Grossman habló poco, aquella

tarde. Antes que nada, le preguntó a Taratuta sobre distintos aspectos del Gulag. *Todo fluye* contiene un capítulo específico sobre los campos de mujeres.

En diciembre de 1954 Grossman se encontró con Konstantín Símonov en el congreso de escritores. Símonov había sido nombrado nuevamente director de *Novy Mir* y le pidió a Grossman que enviara a la revista la segunda parte de su novela. Grossman trabajaba en *Vida y destino* desde 1952, pero cuanto más cerca estaba de completarla, menos esperanzas tenía de que pudiera publicarse. En 1958 le escribió a Olga: «Trabajo de forma sistemática, pero las expectativas de mi obra, como sabes, son más que inciertas». [56] *Por una causa justa* había pasado a considerarse como un clásico de las letras soviéticas, pero Grossman era consciente de que *Vida y destino* era una obra completamente distinta, porque no transigía. La acción se desarrollaba de forma alternativa en el Gulag, un campo de concentración nazi y el frente; en la Alemania nazi y en la Rusia soviética. La estructura pretendía mostrar las numerosas semejanzas que Grossman había detectado entre los regímenes de Stalin y Hitler. Escribió *Vida y destino* sin pensar en lo que le exigirían para publicarla; lo hizo «sin permiso», por decirlo con las palabras de Mandelshtam. Decía Mandelshtam en *La cuarta prosa* : «En todo el conjunto de la literatura mundial, distingo entre las obras escritas con permiso y sin permiso. Las primeras son escoria; las segundas, aire robado». [57]

La previsión inicial de Grossman era haber completado *Vida y destino* en 1954, pero lo que iba descubriendo sobre los campos afectaba a la trama. En el verano de 1955 le escribió a Lipkin que estaba trabajando con afán en la novela, pero que ese trabajo le llevaba en una nueva dirección. [58] Aquel año empezaron a llegar a Moscú supervivientes del Gulag, que debían solicitar la revisión de sus procesos. Se topaban con impedimentos legales a cada paso: las autoridades ni siquiera les liberaban de la prohibición de residir en Moscú. Tras llegar en secreto desde los lugares de su exilio, primero debían presentarse en la oficina de la fiscalía general de la URSS, en la calle de Kírov. Guínzburg, que pasó ocho años recluida en campos y en el exilio, describe la sala de espera de la fiscalía como un espacio repleto de ex reclusos, un hervidero que

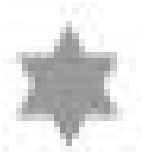
«recordaba a un campo de tránsito». En la cola solo había pelos ya canosos. Reconoció a muchos de los que esperaban; entre las «barbas canosas» se hallaba por ejemplo Nikolái Mordvínov, «que en otros tiempos había sido geólogo, preso político en la cárcel especial de Verjneuralsk, recluso en el campo de Ujtá y, en otros tiempos, un hombre atractivo». La decisión final correspondía al Tribunal Supremo, sito en la calle Vorovski. Allí hicieron cola, durante días, cientos de personas. En 1937 habían bastado unos minutos para condenarlos como traidores y espías; pero cuando apenas se aguantaban ya en pie debían soportar colas interminables para demostrar su inocencia. Guínzburg recuerda que les obligaban a reunir toda clase de documentos, para lo cual porfiaban con «burócratas perezosos que, en el mejor de los casos, se mostraban apáticos, y en el peor, apenas ocultaban el enfado ante aquellas reformas excéntricas e imprevistas». En 1955 el Tribunal Supremo todavía exhibía los retratos de Stalin, y alguien comentó con enojo: «¿Para qué lo tienen ahí, en la pared? ¿Para que nadie se olvide de quién ha causado todo esto?». El comentario se hizo delante de un funcionario, pero ya no había el temor de antaño. [59] Grossman no llegó a conocer a Guínzburg en persona, pero en los primeros años de la década de 1960 leyó el primer volumen de sus memorias: *El vértigo* .

Zabolotski no solicitó el certificado de rehabilitación con la ingenua idea de que las autoridades irían emitiéndolo de forma automática, con las disculpas consiguientes, a todas las víctimas del terror. De hecho redactó el documento, pero lo dejó en un cajón. [60] Ya nunca perdió el miedo a que lo detuvieran, y temía tratar con cualquier autoridad; además guardaba siempre ropa de abrigo a mano por si de pronto volvían a recluirlo en algún campo. Después de regresar del Gulag, se centró en las traducciones. Yekaterina contempló con pesar cómo, en un arranque de pánico, Zabolotski prendió fuego al conjunto de manuscritos con poemas que ella había logrado preservar durante la guerra.

En 1956, Fedia, el hijastro de Grossman, pidió la rehabilitación póstuma de su padre, Borís Gúber, que se le concedió unos meses más tarde. Pero solo en los primeros años de la década de 1990, cuando se abrieron los archivos, pudo consultar de qué se le había

acusado. En 1937 a la familia se le notificó tan solo que el padre había sido condenado a «diez años sin derecho a correspondencia», un eufemismo oficial de la pena de muerte. Nadiezhda Mandelshtam, que fue de las primeras en solicitar la rehabilitación de su difunto marido, recuerda que los funcionarios de la oficina fiscal «no eran ilusos y conocían el verdadero valor de todos los datos y las "confesiones" de los archivos». Sin embargo, se negaban a revelar a los familiares los detalles de los procesos. «Así pues, no llegué a saber nunca con exactitud qué le había pasado a M[andelshtam] en 1938. La fiscal que me impedía verlo echó un vistazo rápido a la carpeta, casi vacía, que tenía ante sí ... y me dijo que era la "segunda causa" de Mandelshtam y que "carecía de base". Luego recibí por correo un documento conforme el caso se había desestimado "por falta de pruebas".» [61] Decenas de miles de personas —ya fueran supervivientes o familiares de las víctimas — recibieron esta clase de documentos con unas pocas líneas de texto estandarizado.

Durante el Deshielo, en la era de Jruschov, siguió estando estrictamente prohibido debatir en público sobre las purgas colectivas, porque todos los miembros del gobierno, el propio Jruschov incluido, habían participado en ellas. En febrero de 1956 Aleksandr Yákovlev, un destacado funcionario comunista que se convertiría en la figura clave de las reformas de Gorbachov, asistió al Vigésimo Congreso del Partido, en el Kremlin. Escuchó a Jruschov formular las revelaciones emocionadas sobre los crímenes de Stalin, en un discurso que fascinó a la audiencia. Yákovlev recuerda que en la sala se hizo un silencio absoluto: «Nadie miraba a nadie; los asistentes estaban demasiado poseídos por el temor que parecía haber arraigado de forma permanente en la psicología del "hombre soviético" y en lo más profundo de su ser». [62] El discurso de Jruschov sobre el culto a la personalidad de Stalin no se publicó en la Unión Soviética hasta 1989. Solo durante la glásnost de Gorbachov, la nación tuvo por fin una noticia clara de la gravedad de los crímenes perpetrados por el régimen de Stalin.



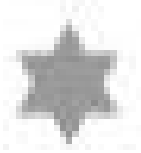
En septiembre de 1956, aprovechando el proceso de las rehabilitaciones, Grossman preparó una lista de escritores aniquilados durante las purgas de Stalin. Al cabo de poco se había puesto al servicio de la literatura de Gúber, Katáiev, Zarudin, Artiom Vesioly y otros autores purgados, para los que solicitó la publicación y rehabilitación póstuma. También batalló por la edición póstuma de la obra de su amigo Andréi Platónov, perseguido en tiempos de Stalin y mayoritariamente inédito. La mayor proximidad de Platónov y Grossman se había dado durante la guerra, cuando nuestro escritor recomendó como corresponsal de *Estrella Roja* a su amigo hostigado. Platónov murió en 1951, de resultas de una tuberculosis; fue un golpe para Grossman, que tenía muy buen concepto del escritor y del hombre. El sindicato de escritores y su órgano de prensa apenas reconocieron la pérdida de uno de los grandes talentos de su tiempo. Grossman pronunció unas palabras en el funeral —una ceremonia poco concurrida— y luego ayudó a la familia, empobrecida, a obtener respaldo económico del Fondo Literario. Dirigió la comisión que velaba por la herencia literaria de Platónov y logró que el vasto archivo del escritor se custodiara en el Museo Literario. También intentó que su trabajo creativo viera la luz. Grossman recopiló un volumen de prosas cortas de Platónov, para el que escribió asimismo una introducción. Pero el librito no salió de la imprenta hasta 1958. «Estoy leyendo los cuentos de Platónov —le escribió a Lipkin—. ¿A quién podrían no gustarle? Los hay muy potentes: “Takyr”, “Tercer hijo”, “Fro”. Oigo la voz de mi amigo como si sonara en un desierto: suena alegre y triste.» [63] En 1960 Grossman consiguió publicar también una primera reseña de este volumen en un periódico recién fundado, *Literatura y Vida.* El texto se inicia con palabras aplicables al propio Grossman: «El reconocimiento a un escritor no siempre ... refleja su verdadera importancia y posición real en la literatura. El gran juez, en la cuestión de la gloria literaria inmerecida, es el tiempo. No es

enemigo de los auténticos tesoros literarios, sino un amigo amable e inteligente, un protector sosegado y leal». [64]

En 1956, Olga Adámova-Sliozberg, antigua economista liberal, recibió el certificado de rehabilitación. La habían detenido veinte años antes por ser la esposa de un enemigo del pueblo. El marido, un biólogo de treinta y siete años, murió fusilado en el sótano de la Lubianka; los hijos crecieron huérfanos; los amigos fueron enterrados en Kolymá; ella perdió tanto el trabajo como el hogar. En sus memorias, *El camino* , publicadas en inglés como *My Journey* , escribe: «Te lo quitan todo, y ningún papel oficial puede devolverte nunca tu lugar en la vida. Solo te queda lo que guardes en el alma. Puedes ser un mendigo o un millonario». En los campos, Adámova decidió que tenía que sobrevivir para poder ofrecer el testimonio de lo vivido; y con ello su vida adquirió un nuevo sentido. [65]

Muchos supervivientes querían contar su historia y Grossman empezó a entrevistarlos hacia 1956. Aquel año, Víktor Sherentsis, hijo del tío David, volvió a Moscú desde el Gulag. Su apartamento fue el espacio donde Grossman habló con decenas de ex reclusos. Entre ellos estaba Lev Konsón, un superviviente del Gulag que se casó con Yelena Súrits, hija de Guedda Súrits y Aleksandr Nítochkin, amigos de Grossman. Konsón, que había sido arrestado en 1943, a los dieciséis años, perteneció al puñado de personas que sí se implicaron de verdad en acciones contra el régimen soviético: distribuyó panfletos que denunciaban las injusticias del sistema. Konsón fue encarcelado en la prisión interior de la Lubianka, donde, para quebrantarle la voluntad, lo mantuvieron en una celda de aislamiento diminuta y sin ventanas. Lo condenaron a veinticinco años en el Gulag, de los que cumplió seis. Habló con Grossman de los abusos que sufrían los presos políticos, a manos tanto de los delincuentes como de los guardias. En 1950 congregaron a internos de varios campos para construir la vía férrea de Taishet-Bratsk, en Siberia: «Frío extremo en invierno, mosquitos en verano y, en todo momento, hambre y extenuación». El trabajo más penoso era traer los troncos desde el río. Los guardias les obligaban a entrar en las aguas gélidas a culatazos. La historia de Konsón emerge en *Todo fluye* en el personaje de un adolescente, Boria Romashkin, condenado a diez años por haber escrito, en octavillas, que el

estado ejecutaba a inocentes. Según cuenta Grossman en la novela, el chico «las había escrito a máquina y las había fijado por la noche en las fachadas de algunas casas de Moscú». Su historia se hizo tan conocida que «su fama corría por todo Kolymá». [66] (Konsón dejó escritos relatos sobre el Gulag, que se publicaron en París en 1983. Luego emigró a Israel.) [67]



En 1955, la redacción de la novela se interrumpió por una calamidad familiar. En mayo, Katia, la hija de Grossman, fue atropellada por un camión, en Járkov, donde vivía con la madre y el padrastro, Víktor Baránov. Katia tuvo secuelas: múltiples fracturas y una herida en la cabeza. Grossman tomó un avión a Járkov y pudo ver a su hija poco después de que la hubieran operado. Pese a los múltiples vendajes, ya charlaba sobre varias cosas que habían pasado en el hospital y «se esforzaba incluso por bromear». Grossman habló con el profesor Tseitlin, «el mejor cirujano de Járkov», que se había encargado de la operación. El cirujano le invitó a cenar; Grossman aceptó, pero no acertó a resolver la duda de si era apropiado llevar un regalo. [68]

Más tarde, aquel mismo año, Grossman ayudó a Katia a obtener un trabajo en Moscú, en la Biblioteca Estatal de Literatura Extranjera. Padre e hija pasaron los ocho años siguientes en la misma ciudad. La relación de ambos era compleja. Grossman le escribía cartas largas y amables a las que Katia pasaba meses sin responder. Como se evidencia en una carta de Semión Osipóvich a la primera esposa de Grossman, Galia utilizaba a Katia para hacerle daño a Grossman. En 1953-1954 Semión Osipóvich le pidió a Galia que no se «entremetiera» en la relación de Katia con su padre. Pero Katia seguía obedeciendo los deseos de su madre, incluso a los veintiún años. En cierta ocasión, antes de mudarse a Moscú, la hija había accedido a pasar algunos días en la capital, con su padre. Pero cuando él fue a recogerla a la estación, ella le dijo que la madre le había dado instrucciones de volver directamente a Járkov,

sin detenerse en Moscú. Grossman se sintió profundamente dolido. [69] Galia seguía enfadada por el divorcio, incluso después de haberse casado de nuevo. Al parecer destruía las cartas que Grossman le enviaba a Katia y los ejemplares firmados que el padre le había dado, e incluso recortaba su cara en las fotografías de familia. [70]

En 1955, la vida personal de Grossman pasaba una fase aún más complicada: se había enamorado de Yekaterina Zabolótskaia, y el matrimonio con Olga se había ido a pique. Las primeras interacciones de Grossman con Zabolótskaia, durante varios años, se habían «limitado a los encuentros familiares». Luego empezaron a pasear juntos por el jardín de Neskuchny. En palabras de Nikita, Zabolotski veía cómo la amistad de Grossman con su mujer estaba «dando paso a un sentimiento más hondo».

> Al principio no se preocupó mucho, porque tenía plena confianza en los sentimientos de ella; pero en los primeros meses de 1956 está claro que empezó a darse cuenta de que le amenazaba un peligro desde donde menos se lo esperaba. Su esposa admitió que amaba a Grossman. Z. exigió que dejaran de verse, pero no resultó nada fácil. Normalmente Yekaterina le obedecía, pero aquí se mostró firme y dijo que en sus relaciones con Grossman no había nada reprochable y que no podía romper con él. [71]

La intensidad del enamoramiento conmocionó a Zabolotski, que planteó la necesidad de divorciarse. Yekaterina podía irse a vivir con Grossman y él se buscaría otra mujer. Al poco, Zabolotski llamó a Natalia Róskina, una editora a la que apenas conocía. (Era la hija de un amigo de Grossman: el escritor Aleksandr Roskin, fallecido en la guerra.) Zabolotski invitó a la joven a un restaurante y le propuso matrimonio. Tuvieron una aventura, pero solo duró unos meses y no fraguó; entre otras cosas, porque Zabolotski empezó a beber sin mesura.

El interés de Grossman por Yekaterina era profundo y genuino. Guedda Súrits recuerda una conversación que mantuvo con Grossman en 1956, poco después de que el escritor se separara de su familia. Mientras paseaban juntos, «con una franqueza inusitada en él», Grossman le habló de la cordialidad y feminidad de Yekaterina. «Le pregunté por su mujer: “¿Aún ves a Liusia [Olga]?”.

“Pues claro —me contestó él—. Esto no es tan sencillo. Llevamos juntos casi veinte años. Quiero a Katia [Zabolótskaia], pero Liusia... Liusia es Liusia, y en ella también hay un poco de mí”.» [72] De hecho, Grossman nunca rompió por completo con su familia y visitaba a Olga y Fedia todas las semanas. En 1956 Fedia se casó y se fue a vivir con su esposa, Irina Nóvikova, a la habitación de Grossman en el pueblo de Begovaia. Algo más tarde el sindicato de escritores concedió a Grossman una habitación en un apartamento comunitario de la avenida de Lomonósovski, donde se estableció con Yekaterina. Ella arregló la relación de Grossman con su hija, que llegó a pasar varias noches en la habitación de los dos, durmiendo en el suelo.

En palabras de Lipkin, el amor tardío de Grossman «le trajo mucha felicidad y mucho sufrimiento». [73] Cabe conjeturar, al hilo de estas palabras, que ninguno de los dos podía evitar el sentimiento de culpabilidad. Yekaterina veía que el alcoholismo de Zabolotski, dados los problemas cardíacos anteriores (infarto incluido), iba a acabar mal. Grossman tenía remordimientos por haberle «arruinado» la vida a su amigo y haber dejado a Olga en la estacada. Ella le enviaba largas cartas lacrimógenas: la aventura con Yekaterina, ¡una buena amiga!, había supuesto un golpe muy duro. El escritor, sin embargo, estaba feliz por vivir con alguien que le comprendía de verdad y compartía su firme voluntad de contar la verdad sobre el estalinismo. En *Vida y destino* , este triángulo amoroso se refleja en la afinidad espiritual de María con Shtrum: «Le parecía que en esa comprensión absoluta residía su única felicidad». Los «sentimientos [de Shtrum] hacia María Ivánovna eran la verdad de su alma». [74]

La unión con Zabolótskaia fue beneficiosa para la obra de Grossman, que usó las historias que ella le contaba en *Vida y destino* y en *Todo fluye* . A partir de 1955 creó algunas de sus prosas más selectas: aquel año empezó *Todo fluye* y compuso un ensayo magnífico, «La Madonna Sixtina». A Zabolótskaia, ya en la cincuentena, se le notaba el cansancio de tantas tribulaciones. En *Todo fluye* hay una referencia evidente a ella: «Era hermosa porque era buena ... Toda ella era bondad, y él comprendía con cada milímetro de su cuerpo que la ternura, el calor, el susurro de aquella

mujer eran hermosos porque su corazón estaba lleno de bondad hacia él, porque el amor es bondad». [75] En *Vida y destino* , Grossman la retrata así: «Estaba sentada como un gorrión, toda gris, delgada, con el cabello peinado como una maestra de escuela y la frente abombada, con una chaqueta de punto remendada en los codos, y cada palabra que salía de su boca le parecía a Shtrum el colmo de la inteligencia, de la delicadeza, de la bondad; cada movimiento expresaba gracia, dulzura». [76] En la novela aparece también un doble ficticio de Olga: la esposa de Shtrum, Liudmila, una buena ama de casa, opuesta, como figura, a la de María.

A diferencia de Zabolótskaia, Olga era una persona difícil y dominante. Grossman la llamaba «la baba de piedra», [77] con un mote que bromeaba tanto sobre su escasa sensibilidad como sobre la afición a coleccionar piedras. Por entonces Grossman llevaba dos decenios con su esposa. Ella había sido testigo de su ascenso como escritor: había sido su modelo, había pasado a máquina sus textos, habían superado juntos muchos juicios. El extrañamiento obedeció ante todo a un agravio insuperable: que Olga se mostrara indiferente con el destino de la madre de Grossman.

En agosto de 1956 falleció el padre de Grossman, a los ochenta y seis años. Siempre le había hecho compañía. El 14 de agosto, el escritor recibió una carta de condolencia de su amigo el príncipe Zvenigorodski: «¡Mi querido Vasili Semiónovich! Ayer tuve noticia de la muerte de tu padre. Acepta, por favor, mis condolencias más sinceras por esta pérdida tan dolorosa. Por desgracia yo también sé qué significa perder a las personas más próximas. ¡Que Dios te ayude a superar este trance! Con todo el amor de mi alma y mi corazón, A. Zvenigorodski». [78]

En aquel año difícil, para Grossman fue importante poder contar con Lipkin. En abril los dos amigos viajaron por el Cáucaso: Georgia, Azerbaiyán y Abjasia, donde los invitaron a una celebración en un pueblo de montaña. Lipkin, que se ganaba la vida como traductor literario, viajaba por toda la Unión Soviética para conocer a sus autores. En 1961, por sugerencia de su amigo, Grossman emprendió un viaje en solitario a Armenia.

La relación amorosa con Zabolótskaia terminó en 1958. A finales del verano, Yekaterina volvió a casa con su esposo, cuya salud se

había deteriorado; el poeta murió dos meses más tarde, en octubre, tras sufrir un ataque al corazón. Más adelante Grossman intentó reanudar la vida en común, pero Zabolótskaia, tras el fallecimiento del marido, se sentía aún más culpable ante la idea de ser feliz; por otro lado, había presiones familiares contra la relación. Pese a que Yekaterina rechazó la propuesta de convivencia de Grossman, la amistad y la confianza perduraron. El escritor regresó con Olga, que deseaba que volviera pero nunca le perdonó la infidelidad.

12

La novela

> Es la época la que pone las imágenes, yo tan solo me limito a ponerle las palabras; aunque, a decir verdad, tampoco será mi destino el tema de mi narración, sino el de toda una generación, la nuestra, la única que ha cargado con el peso del destino, como, seguramente, ninguna otra en la historia.
>
> STEFAN ZWEIG , *El mundo de ayer* [1]

En 1945, los equipos de recuperación de obras de arte del Ejército Rojo llevaron a Moscú, desde Dresde, un tesoro pictórico. Diez años después, el gobierno de Jruschov decidió devolver a Alemania algunas de estas obras, de valor incalculable. Pero antes de enviarlas, las autoridades querían mostrarlas al público. En mayo de 1955 se celebró una exposición con la *Madonna Sixtina* de Rafael, que hasta entonces se había guardado en un almacén. Era todo un acontecimiento cultural y Grossman se sumó a la larga cola que se extendía de la calle Voljonka al Museo de Arte Pushkin. La pintura cautivó al escritor, que quedó «asombrado y confuso», y desarrolló sus impresiones en el magnífico ensayo «La Madonna Sixtina». En verano, mientras estaba redactando este cuento en la dacha de Lipkin en Ilínskoe, se presentó de improviso su amigo Viacheslav

Lobodá, con su hija Liudmila. Muchas décadas más tarde Liudmila ha rememorado el episodio en el que Grossman y su padre cruzaban sus impresiones sobre la pintura. Lobodá no tardó en marcharse, pero la niña, que entonces contaba doce años, se quedó allí otras dos semanas. Describe un Grossman atípico, con delantal, fregando cacharros; la habitación en la que trabajaba estaba llena de papeles dispersos. [2]

Esta vida sencilla no tenía nada que ver con la complejidad de su visión y sus ideas. «En cuanto pones los ojos en esta pintura, te das cuenta de una cosa, acto seguido y por encima de todo: que es inmortal. Por mucho que admiro a Rembrandt, Beethoven y Tolstói, me di cuenta de que ... no había más obra de arte que la *Madonna Sixtina* , ninguna otra obra creada con pinceles, cincel o pluma, ninguna otra obra que me hubiera conquistado el corazón y la mente y fuera a seguir viva mientras tanto viviera alguien en esta Tierra.» [3]

Un siglo antes, Dostoievski también había quedado embelesado por esta pintura, que estuvo contemplando durante horas en la Galería de Arte de Dresde. La consideraba «la manifestación suma del genio humano». [4] Pero si Dostoievski, que era cristiano, la veía como el símbolo de una fe religiosa y una belleza que salvaría el mundo, Grossman, desde el humanismo, interpretaba la *Madonna Sixtina* como «una expresión puramente atea de vida y humanidad». Como afirma en el ensayo: «Lo que vi fue a una mujer joven que tenía un niño en brazos». La pintura la habían visto doce generaciones y, en cada época, la gente le atribuía su interpretación contemporánea del destino humano. Grossman pensaba en una madre joven «en la época del fascismo», que traía al mundo un hijo mientras oía el rugir de las multitudes que daban la bienvenida a Hitler. Imagina a Hitler ante la *madonna* , en la Galería de Arte de Dresde, a punto de decidir sobre el destino de la joven. La *madonna* revivió en Grossman el recuerdo de Treblinka: «Era ella la que, con el paso grácil de sus pies desnudos, había caminado sobre la tierra que se tambaleaba en Treblinka; era ella la que había ido desde la “estación” en la que se descargaban los transportes hasta las cámaras de gas. Lo sabía por la expresión de su rostro, por su mirada. Vi al hijo y lo reconocí por los ojos extraños, nada infantiles.

Este era el aspecto de las madres y los niños, así estaban en lo más profundo del alma cuando veían, frente al verde oscuro de los pinos, las paredes blancas de las cámaras de gas de Treblinka». La *madonna* representa «el poder de la vida, el poder de lo que es humano en el hombre», la fuerza espiritual que ninguna violencia basta a esclavizar. Por eso el rostro de la *madonna* y el niño expresan tranquilidad: son invencibles. «La destrucción de la vida, incluso en esta Edad de Hierro, no es la derrota de la vida.»

Grossman percibía la pintura como el símbolo contemporáneo de la humanidad que sufre; repite que la *madonna* ha padecido «junto con nosotros, porque ella somos nosotros, y su hijo somos nosotros». La idea de la pintura era universal y eterna. Le hizo pensar en la suerte de una joven madre y su hijo en la era de la colectivización total de Stalin. «Aquí está, descalza, con el hijito en brazos, subiendo al vagón del transporte. ¿Qué largo camino le aguarda? ... Y ¿dónde está tu padre, pequeñín? ¿Dónde ha muerto? ... ¿Talando troncos en la taiga?» Pensaba igualmente en una joven durante la hambruna de Ucrania: «La vi en 1930 en la estación de Konotop, cuando, renegrida a causa de la penuria, se acercó al vagón de un tren expreso, alzó sus ojos de mirada arrebatadora hacia la ventanilla y rogó sin voz, únicamente con los labios: “Pan...”». En 1937, otra joven madre sostenía al niño en brazos por última vez, y se despedía de él: «un coche negro la esperaba abajo, con el sello negro ya estampado en la puerta de la habitación». También pensó en un Stalin victorioso, que se situaba frente a la *Madonna Sixtina* en 1945 y contemplaba durante «mucho tiempo las caras de madre e hijo». ¿Había reconocido a esa madre y a su niño? «Pero nosotros, el pueblo, sí la hemos reconocido, y hemos reconocido al niño. Ella somos nosotros; su destino es nuestro propio destino; madre e hijo son lo que hay de humano en el hombre. Y si algún tiempo futuro lleva la *Madonna* a China, o al Sudán, la gente la reconocerá igualmente, donde quiera que esté, como nosotros la hemos reconocido hoy.»

Grossman cierra el ensayo con reflexiones sobre el mundo que ha entrado en la era nuclear, la era de «los reactores atómicos y las bombas de hidrógeno» y, con ella, la expectativa de una nueva guerra global. «Pronto dejaremos la vida; el pelo ya lo tenemos

cano. Pero ella, la joven madre que lleva al niño en brazos, seguirá adelante para cumplir con su destino. Junto con una nueva generación, verá en el cielo una luz potente y cegadora: la primera explosión de una bomba termonuclear.» Pero la *Madonna* también inspiraba en Grossman la confianza en que, al final, la humanidad vencería a la violencia; en el poder de la vida y la incontenible aspiración del ser humano a la libertad: «Conservamos la fe en que la vida y la libertad son una sola cosa, en que nada supera lo que hay de humano en el hombre».

«La Madonna Sixtina», que no se publicó en vida de Grossman, presenta en forma concentrada los grandes temas de *Vida y destino* . En esta novela, el escritor hace converger el Gulag y el Holocausto para narrar la historia de su generación, que había sido testigo de las dos dictaduras gemelas que se alzaron en Europa durante la segunda guerra mundial. En el centro de la obra está el mensaje de que resulta necesario, después de una era de violencia totalitaria, humanizar las sociedades europeas. Grossman creía que incluso la «violencia perfecta» del fascismo y el estalinismo había demostrado su impotencia: no había sido capaz de destruir las necesidades humanas de amor, compasión y libertad. La novela expresa esta idea en la carta de un antiguo tolstoiano, Ikónnikov, que ha visto las atrocidades perpetradas por ambos regímenes, el nazi y el soviético: «Cuanto más se abren ante mí las tinieblas del fascismo, más claro veo que lo humano es indestructible y que continúa viviendo en el hombre, incluso al borde de la fosa sangrienta, incluso en la puerta de las cámaras de gas». [5] Se trata de un concepto central en la novela.

En *Vida y destino* Grossman emprende de nuevo el tema de una *madonna* «terrenal». Sofía Levintón, médica de las fuerzas armadas, capturada por los nazis, ha trabajado durante tres décadas como cirujana, sin casarse ni tener hijos. Ya en la cincuentena experimenta un sentimiento maternal hacia David, un niño de seis años cuyos padres han perdido la vida en un gueto. Se conocen en un tren de transporte que los lleva a un campo de exterminio como el de Treblinka. Durante el proceso de selección, cuando se pregunta si hay médicos o cirujanos, Sofía opta por quedarse con el niño y compartir con él su destino. Recorren juntos

el «camino sin retorno». Dentro de la cámara de gas, Sofía abraza al niño y se hacen inseparables en la muerte. El niño fallece primero y, mientras ella sigue con vida, lo hace con sufrimiento. «“Soy madre”, pensó.» [6]

El Holocausto abrió los ojos de Grossman a la violencia de los sistemas totalitarios y sus ideologías asesinas; contempló las calamidades del siglo a través de este prisma. Como escribe en la novela: «La primera mitad del siglo XX será recordada como una época de grandes descubrimientos científicos, revoluciones, grandiosas transformaciones sociales y dos guerras mundiales. Pero la primera mitad del siglo XX entrará en la historia de la humanidad como la época del exterminio total de enormes extractos de población judía, un exterminio basado en teorías sociales o raciales». [7]

La novela se estructura para poner de manifiesto las semejanzas entre los regímenes de Hitler y Stalin. Los dos han descartado la noción de la humanidad. Las vidas individuales, sometidas a Hitler y Stalin, carecen de valor por sí mismas; a la gente se la distingue en dos grandes categorías: los que se preserva y los que se aniquila. Pero la violencia totalitaria se mostró incapaz de destruir el núcleo de humanidad que el corazón alberga.

La carta de despedida de Anna Shtrum, escrita en el gueto judío en vísperas de que lo liquidaran, deviene una fuente de fortaleza espiritual para su hijo. Las últimas palabras hablan de amor y el poder de la vida: «Recuerda que el amor de tu madre siempre estará contigo, en los días felices y en los días tristes, nadie tendrá nunca el poder de matarlo.» Como el propio autor, Víktor Shtrum está convencido de que «el fascismo morirá porque ha pretendido aplicar sobre el hombre las leyes de los átomos y los guijarros». [8]

La novela se abre con una imagen de los campos de concentración (*Lager* , en su denominación alemana), descritos como «ciudades *Lager* », de una Europa esclavizada. «Era un espacio repleto de líneas rectas», con barracones rectangulares y alambradas electrificadas. Esto capta la esencia del totalitarismo, para el que la vida humana es algo superfluo. «Los barracones alineados formaban calles largas y rectilíneas. Aquella uniformidad

expresaba el carácter inhumano del enorme campo ... Todo lo que vive es irrepetible.»

Como Dachau, los nazis de la novela crearon este campo ficticio, en primer lugar, para los «enemigos del Estado». Durante la guerra se va ampliando para dar cabida a prisioneros de guerra de varias nacionalidades, los «ladrones y asesinos» («que gozaban de un estatus privilegiado»), los «saboteadores», los asociales, los emigrados, y otras categorías, cada uno, con una franja de tela cosida a la chaqueta, de un color identificativo. En este campo nazi, los presos rusos conservan las enemistades políticas previas. Así, el bolchevique Mostovskói se enfrenta al emigrado ruso Chernetsov, antiguo menchevique. De hecho Mostovskói lo detesta más que a sus auténticos enemigos, los nazis. La intolerancia frente a los oponentes políticos, típica de los bolcheviques, la pusieron de manifiesto Lenin y Stalin en sus campañas virulentas. Pero los nazis encarcelaron y destruyeron igualmente a los opositores en los campos de concentración. Como escribe Grossman: «En aquel odio e incomprensión entre hombres que hablaban una misma lengua, se perfilaba de un modo trágico una de las grandes calamidades del siglo XX ». [9]

Las semejanzas entre los dos regímenes quedan claras en el destino del tolstoiano Ikónnikov, al que persiguen y encarcelan tanto los comunistas como los nazis, por haber predicado la compasión. Durante la colectivización estalinista, Ikónnikov vive la destrucción del campesinado como clase y la inanición impuesta a millones de personas en Ucrania. Predica el Evangelio y ruega compadecerse de los enfermos y moribundos, pero lo detienen y someten a un tratamiento psiquiátrico forzoso. Durante la guerra, en Bielorrusia, es testigo de las atrocidades nazis y la matanza de veinte mil judíos, experiencias que le hacen perder la fe en Dios. Intenta salvar a mujeres y niños judíos, pero lo arrestan y acaban confinando en un campo de concentración nazi.

En su conversación con Mostovskói, Ikónnikov rechaza todas las teorías sociales de sus contemporáneos, tanto el nacionalsocialismo como el comunismo, que abogan por la violencia como medio válido para hacer realidad su ideal del bien social: «He sido testigo de los grandes sufrimientos del pueblo campesino, aunque la

colectivización se hacía en nombre del bien. Yo no creo en el bien, creo en la bondad ... Pregunte a Hitler ... le dirá que incluso este campo se erigió en nombre del bien». Ikónnikov escribe una carta en la que desacredita por igual las ideologías estatales y las religiones organizadas, en la medida en que exigen sacrificios humanos para obtener la armonía universal. «Yo vi la fuerza inquebrantable de la idea del bien social que nació en mi país ... Vi cómo se aniquilaba a las personas en nombre de un ideal tan hermoso y humano como el ideal del cristianismo. Vi pueblos enteros muriéndose de hambre, vi niños campesinos pereciendo en la nieve siberiana. Vi trenes con destino a Siberia que transportaban a cientos y miles de hombres y mujeres de Moscú, Leningrado, de todas las ciudades de Rusia, acusados de ser enemigos de la grande y luminosa idea del bien social.» En esa misma carta Ikónnikov expone su fe en el poder del corazón humano: «He visto que no es el hombre quien es impotente en la lucha contra el mal, he visto que es el mal el que es impotente en su lucha contra el hombre». [10]

Ikónnikov desliza la carta bajo el jergón de Mostovskói. En una inspección de los barracones, descubren el texto y el oficial Liss, de las SS, hace llamar a Mostovskói. Se da aquí una conversación hipotética, entre el nazi y el comunista, que resulta irónica: el oficial de las SS le explica a Mostovskói que sus dos regímenes son parecidos. Liss es un alemán del Báltico, con cierto dominio del ruso. Después de leer la carta que predica la compasión, comenta que no ha podido escribirla ni un nazi ni un comunista. Liss, que es un filósofo de sofá, le dice a Mostovskói que no hay diferencia entre sus regímenes: «Cuando nos miramos el uno al otro ... contemplamos un espejo». Los dos son un «Estado-Partido», basado en el terror; los dos están dirigidos por dos «grandes revolucionarios»: Stalin y Hitler. «Stalin nos ha enseñado muchas cosas», admite Liss, porque «para construir el socialismo en un solo país era necesario» liquidar a millones de campesinos, «y Stalin no vaciló ... Nuestro Hitler advirtió que al movimiento nacionalsocialista alemán le estorbaba un enemigo, el judaísmo, y decidió liquidar a millones de judíos».

> —... ¡Piénselo! ¿Quién estaría en nuestros *Lager* si no hubiera guerra, si no tuviéramos prisioneros de guerra? Los enemigos del Partido, los enemigos del pueblo ... Ustedes los tienen en sus campos ... sus prisioneros son nuestros prisioneros.
>
> Liss esbozó una amplia sonrisa.
>
> —Los comunistas alemanes que enviamos a los campos también fueron enviados a sus campos en 1937. Yezhov los encarceló, y el *Reichsführer* Himmler también ... Hoy le asusta nuestro odio a los judíos. Mañana puede darse que ustedes sigan nuestro ejemplo ... He recorrido un largo camino, guiado por un gran hombre. A usted también le ha guiado un gran hombre, también ha recorrido un largo camino, difícil. ¿Cree usted que Bujarin era un *provocateur* ? Solo un gran hombre podía guiar a los demás por un camino como aquel ... Pero hay algo que me tortura: el terror de ustedes ha matado a millones de personas, y en todo el mundo, solo nosotros, los alemanes, hemos comprendido que era algo necesario.

Esta conversación hace que Mostovskói dude de su fe bolchevique, aunque solo por un rato. Los ideales de justicia e igualdad por los que los revolucionarios luchaban no son compatibles con el terror. Para mantener la fe revolucionaria, tenía que «odiar con toda su alma, con toda su pasión revolucionaria el *Lager* , la Lubianka, al sangriento Yezhov, a Yagoda, a Beria. No, no bastaba, ¡tenía que odiar a Stalin y su dictadura! ¡No, no, mucho más! Tenía que condenar a Lenin. Estaba al borde del abismo». [11]

Los bolcheviques fundaron un estado socialista que prometía igualdad y justicia social, pero aniquilaron la libertad. La dictadura del proletariado que Lenin estableció había considerado justo destruir a clases enteras y crear campos de concentración. Los objetivos revolucionarios liberaban al estado de la moralidad y justificaban masacrar tanto a la oposición política como al campesinado.

En los capítulos del Gulag, Abarchuk, un Viejo Bolchevique, le confía a un amigo que él envidia a los reclusos soviéticos de los campos de concentración alemanes porque asumir que los fascistas te den una paliza resulta más fácil que recibirla de los tuyos. [12] La revolución devora a sus hijos, y en el Gulag perecen muchos Viejos Bolcheviques. A pesar de que tiene que pasar por los círculos infernales de la Lubianka y los campos de trabajo soviéticos, donde los delincuentes lo acosan, Abarchuk no renuncia a su fe fanática. En cambio un amigo y maestro, Magar, no recorre en vano las

cárceles y los campos. Cuando Abarchuk le visita en la enfermería, un Magar moribundo le cuenta la verdad: «No comprendimos la libertad. La aplastamos. Ni siquiera Marx la valoró: la libertad es el fundamento, el sentido, la base de la base. Sin libertad no hay revolución proletaria». Los bolcheviques habían cometido un crimen gravísimo: el genocidio de los campesinos. En la enfermería, Magar está al lado de un campesino muerto, testigo mudo de sus palabras. A él y otros muchos los sacrificaban por la causa de la revolución, pero Magar le ha advertido: «Ningún arrepentimiento puede expiar lo que hemos hecho». [13]

Los protagonistas de Grossman —en los campos de concentración nazis, en el Gulag, y los que viven fuera de las alambradas— ansían gozar de la libertad y sufren por su ausencia. El historiador Madiárov le dice a sus amigos, los físicos nucleares Sokolov y Shtrum, que durante todo un milenio de historia el país no ha visto nunca la democracia ni el respeto a los derechos humanos: «Nuestro humanismo ruso siempre ha sido cruel, intolerante, sectario. Desde Avvakum a Lenin nuestra concepción de la humanidad y la libertad ha sido siempre partidista y fanática. Siempre ha sacrificado sin piedad al individuo en aras de una idea abstracta de humanidad». Esta conversación —no poco peligrosa— libera a Shtrum del miedo y le incita a reflexionar: «Qué extraña coincidencia, pensó de repente, que aquella idea se le hubiera ocurrido cuando su mente estaba tan alejada de las reflexiones científicas, cuando las discusiones sobre el sentido de la vida le tenían absorbido; discusiones de un hombre libre, cuando sus palabras y las de sus interlocutores habían sido determinadas por la libertad, la amarga libertad». [14]

La libertad es un tema crucial en *Vida y destino* . La guerra se libra contra el peligro de ser esclavizados, tanto por los nazis como por los bolcheviques, que habían acabado con la libertad en su propio país. Durante los peores bombardeos de Stalingrado, cuando el riesgo es inminente y la muerte acecha, los soldados del Ejército Rojo se sienten liberados del temor al estado Soviético y la policía secreta. «Las llamas de Stalingrado eran la única señal de libertad en un reino tenebroso», dice Grossman. En la casa de Pávlov —la casa sitiada que en la novela se recrea como la casa 6/1, al mando

de Grékov—, este comandante cuenta que, con la sola ayuda de sus hombres y algunas armas, «rechacé treinta ataques e incendié ocho carros». No necesitaron que el partido les guiara; antes al contrario, pudieron combatir con efectividad porque se sentían libres. Pero se ha informado a la Dirección Política del Frente de que en la casa condenada se dicen «toda clase de disparates»; el lugar se ha convertido en «un Estado dentro del Estado» y, por mucho que se combate con heroísmo, la Dirección Política está alarmada. En consecuencia, envían al comisario Krýmov a «restablecer el orden bolchevique» en la casa bombardeada. [15]

Cuando Krýmov se presenta en la casa 6/1 para «acabar con ciertas actitudes de partisano inaceptables», los combatientes no le hacen caso. Las amenazas políticas chocan con la indiferencia: no se puede intimidar a quien ha visto la muerte cara a cara. Allí se habla de temas prohibidos, sin especial inquietud: «A propósito de los koljoses, camarada comisario. Estaría bien que los suprimieran después de la guerra». Pero la herejía de poner en duda la orientación del partido se debe expurgar, con lo que Krýmov coge «el bisturí. A los jorobados políticos no se les endereza con la persuasión». Grékov le planta cara: «En cuanto a los koljoses, ¿qué tiene de extraordinario lo que ha dicho ese hombre? A la gente no le gustan. Usted lo sabe igual que yo». Pero para Krýmov, las estrategias del partido son un dogma de fe. El partido no le ha enviado para «enseñaros a combatir ... Sois vosotros los que podéis dar clases a cualquiera», sino para reforzar el bolchevismo. Pero entre Krýmov y aquellos hombres ha surgido «extrañamiento y hostilidad». Aquella noche, Krýmov resulta herido por una bala perdida (aunque se pregunta si no le habrá disparado Grékov) y lo evacúan de la casa 6/1. Cuando el comisario presenta su denuncia, Grékov y sus hombres ya han muerto, tras un bombardeo de saturación. Será el turno de Krýmov de apreciar la libertad: él mismo ha sido denunciado por trotskista. (Mucho antes, se cuenta que Trotski había elogiado un artículo de Krýmov exclamando: «¡Es puro mármol!»; aquellas palabras bastaban para destruir una vida humana.) Cuando lo arrestan, el juez instructor de la Lubianka hace caso omiso del pasado bolchevique del comisario y lo trata como a un enemigo —igual que Krýmov había tratado a Grékov—. Si hasta

poco antes Krýmov se creía inmune al destino que habían corrido otros Viejos Bolcheviques, ahora, al quedar privado de libertad, comprende que no hay infortunio mayor: «¡La vida sin libertad! Era una enfermedad. Perder la libertad es como perder la salud. La lámpara estaba encendida, del grifo salía agua, en la escudilla había sopa. Pero también la luz, el agua y el pan eran especiales: se los daban porque estaba previsto. Cuando el interés de la instrucción lo requería, los detenidos eran privados temporalmente de luz, comida, sueño. En realidad, todo lo que recibían no era por ellos mismos, sino porque el dispositivo funcionaba así». [16]

Quienes perpetran actos de violencia con el respaldo del estado son, en la novela de Grossman, hombres de familia, normales y corrientes, que no ven nada extraordinario en su labor. La parodia de justicia recae sobre los interrogadores de la Lubianka, que tienen por costumbre torturar y matar a inocentes. Son funcionarios que reciben un salario y otras ventajas por extraer confesiones mediante tortura. En la Lubianka, la brutalidad y el asesinato se justifican por las campañas gubernamentales. El juez instructor de Krýmov es inmune a los sufrimientos del preso; la tortura es una parte más de sus deberes. Antes de autorizar las palizas puede conversar agradablemente por teléfono con su mujer, preguntarle por su estado de salud y charlar sobre la comida que han pedido y que reciben por medio de un sistema de distribución específico.

Los dos regímenes confiaban las campañas de destrucción a fanáticos de la ideología. El estalinista Guetmánov, que ha denunciado a Krýmov, y el general Neudóbnov, que ha ayudado a Yezhov a llevar a cabo la purga militar, han ascendido en el escalafón gracias a tales acciones. (Ambos son personajes ficticios.) Guetmánov describe a Neudóbnov como «un buen tipo. Un bolchevique. Un auténtico estalinista. Un hombre con experiencia de mando ... Lo conocí en 1937. Yezhov lo mandó a limpiar el distrito militar. Bueno, en esos tiempos yo tampoco me ocupaba de un jardín de infancia. Hizo un trabajo concienzudo. No era un blandengue, era un hacha: ¡había liquidado listas de hombres enteras!». El régimen criminal de Stalin recompensa a los perpetradores permitiéndoles robar con impunidad. Además de una dacha gubernamental, Neudóbnov puede disponer de muebles,

alfombras y una vajilla de porcelana, todo ello producto de confiscaciones durante los arrestos. Como verdadero fanático del estalinismo, cuando se vuelve locuaz cuenta «historias sobre saboteadores que habían sido desenmascarados y que actuaban en los campos más inesperados». [17]

El tema de la responsabilidad personal sobre los crímenes se halla en el corazón mismo de la novela, que muestra por igual a los secuaces de Stalin y los criminales nazis. En los juicios de Núremberg los nazis alegaron que eran meros funcionarios que ejecutaban órdenes de su gobierno. La excusa de Adolf Eichmann cuando fue juzgado en Jerusalén, en 1961, conforme él se limitaba a obedecer la ley y «hacer su trabajo», inspiró el famoso concepto de Hannah Arendt sobre «la banalidad del mal». Grossman, que escribía antes de 1960, cuando se detuvo a Eichmann, comprendió su papel, su motivación y su lugar en la historia mejor que Arendt, aunque esta le hubiera visto y oído testificar en Jerusalén. *Vida y destino* muestra a Eichmann de ruta por las obras y fábricas que producen equipos para mejorar la eficiencia de los crematorios y las cámaras de gas. En una escena que describe una apoteosis del mal, Eichmann cena, en el centro de una cámara de gas recién construida, junto con Liss, el oficial de las SS. La escena se basa en hechos constatados. Es probable que Grossman tuviera noticia de que Himmler había visitado Sobibor en 1943 y que, según algunos supervivientes, Himmler y su séquito asistieron al gaseado y cremación de un grupo numeroso de jóvenes. Luego Himmler y sus generales fueron a la cantina, a disfrutar de unas mesas colmadas de alimentos y flores en su honor. [18]

Según evidencia la mencionada escena, Grossman consideraba al asesino de masas Eichmann de un modo muy distinto a como lo hacía Arendt, que, en sus informes, lo califica de burócrata irreflexivo. En la novela, Eichmann es uno de los arquitectos de la Solución Final. Le habla a Liss del plan de exterminio de millones de judíos, una información que solo manejaban Hitler, Himmler y Kaltenbrunner: «¿Se imagina? Dentro de dos años estaremos de nuevo sentados en esta misma cámara ante una confortable mesa y diremos: “¡En veinte meses hemos resuelto un problema que la humanidad no había resuelto en veinte siglos!”». [19] Grossman sitúa

a Eichmann entre la élite de la jerarquía nazi, con los diseñadores del Holocausto. Su retrato del «gestor del Holocausto» se escribió antes que los informes de Arendt, pero demostró ser más exacto. [20]

En Grossman también hallamos a un nazi como ejecutor irreflexivo. Se trata de Kaltluft, comandante de un campo de exterminio, que se enorgullece de ir cumpliendo con toda puntualidad sus deberes para con el estado. Lo veremos trabajando incluso en la noche de Navidad; es una referencia irónica al hecho de que su religión no le impide llevar a cabo masacres. Kaltluft y sus empleados consideran el asesinato como una operación técnica y mundana. «Si Kaltluft hubiera tenido que responder ante un tribunal divino» sobre por qué se había convertido en «un verdugo, el asesino de quinientas noventa mil personas», habría alegado su impotencia «frente a fuerzas tan potentes como la guerra mundial en curso, un movimiento nacional inmenso, la inflexibilidad del Partido, la coerción del Estado». [21]

Hay un paralelo soviético de Kaltluft: el chequista Katsenelenbogen, al que Krýmov conoce en la Lubianka, «había dirigido una gigantesca obra en un Gulag subantártico». Defiende la moralidad de los órganos de seguridad soviéticos y sueña con que todo el país se convierta en un gigantesco Gulag. «Daba la impresión de que [Katsenelenbogen] lo comprendía todo, pero que no sentía nada. Conceptos sencillos como separación, sufrimiento, libertad, amor, fidelidad conyugal, amargura eran un misterio para él.» En cambio, «cuando hablaba de sus primeros años de trabajo en la Cheká» sí que se percibía emoción en su voz: «“¡Qué tiempos, qué gente!”, decía». Como es lógico, también admira a Stalin y Beria, que le había encargado construir una vía férrea a lo largo de las cosmopolitas del Ártico, «un proyecto increíblemente hermoso» que había «costado la vida a decenas de miles de personas». [22]

A pesar de las diferencias ideológicas en cuestión de raza y de clase, los dos sistemas totalitarios funcionaban de un modo similar. Tanto Hitler como Stalin organizaron campañas ideológicas que incitaban a odiar a determinados sectores de la población. En ambos casos se emprendió una matanza de ancianos, mujeres y niños en nombre «de la futura grandeza de la patria, la felicidad de

la humanidad, la nación o una clase, el progreso mundial». Los nazis utilizaron la ayuda de la población local para exterminar a millones de judíos ucranianos y bielorrusos. «En su momento, en aquella misma tierra, después de haber movilizado y atizado la ira de las masas, Stalin abanderó la campaña para la aniquilación de los kulaks como clase, la campaña para la destrucción de los degenerados y saboteadores trotskistas-bujarinistas.» [23]

Los sistemas totalitarios, gracias a su inmensa capacidad de empleo de la violencia, poseen una «potencia ... infinitamente grande» y convierten a los ciudadanos en instrumentos sumisos: «Sirviéndose de la propaganda, el hambre, la soledad, el campo, la amenaza de muerte, el ostracismo y la infamia, esa fuerza paraliza la voluntad del hombre. Pero en cada paso dado bajo la amenaza de la miseria, el hambre, el campo y la muerte, se manifiesta siempre, al mismo tiempo que lo condicionado, la libre voluntad del hombre ... El destino conduce al hombre, pero el hombre lo sigue porque quiere y es libre de no querer seguirlo». A juicio de Grossman, «obrar con conciencia» es lo mejor que tenemos, como seres humanos. En conversación con su colega, el físico Sokolov, Shtrum hará referencia al ejemplo moral de Tolstói: «Recuerda lo que dijo Tolstói a propósito de las penas capitales: “¡No puedo callarme!”. Pero nosotros callamos cuando en 1937 ejecutaron a millones de inocentes ... Nos callamos durante los horrores de la colectivización general ... Y si un hombre encuentra en sí la fuerza para obrar con conciencia, siente una alegría inmensa». [24]

A Shtrum, sin embargo, lo coaccionarán para que participe en la campaña de Stalin contra los médicos judíos. Esto se produce a su vez durante una campaña de acoso personal, por la que teme el físico perder el trabajo y la residencia, aun a pesar de su reciente descubrimiento científico. Pero de pronto recibe una llamada amable del dictador en persona. Stalin había llamado a Pasternak, Bulgákov y Ehrenburg; en la novela, no obstante, Grossman hace que el dictador llame por teléfono a Shtrum en mitad de la campaña antisemita. Sucede así, por descontado, porque tiene interés en desarrollar armas nucleares.

Stalin valora la importancia de la teoría de Shtrum e incluso le pregunta si necesita alguna clase de materiales. ¿Necesita, por

ejemplo, bibliografía extranjera? (Hay una ironía adicional en este pasaje, pues transcurre al mismo tiempo que la campaña anticosmopolita, en la que la simple mención de un libro extranjero podía llevar a la cárcel a un investigador.) Aunque hasta entonces Shtrum no había cedido a la presión ni a las amenazas, la llamada del dictador quiebra su voluntad. Se convierte en un servidor obediente del estado. Tras suscribir la infame carta contra los médicos judíos, no obstante, siente que ha cometido un «terrible pecado»: ha traicionado a su propio pueblo, a su propia madre. Cuando Shtrum pierde la integridad personal pierde también la libertad interior y comprende que el miedo está empezando a transformarlo en un esclavo. Pero entonces «vio con claridad que no era demasiado tarde, que todavía tenía fuerzas para levantar la cabeza, para continuar siendo el hijo de su madre. No buscaría consuelo ni justificación. Aquel acto torpe, vil, bajo, le serviría de eterno reproche: se acordaría de él noche y día ... "Bueno, ya veremos —dijo—. Tal vez tendré la fuerza. Tu fuerza, mamá"». Sabemos que Grossman nunca se perdonó la falta de arrojo moral que había exhibido en esta ocasión. La novela nos da una pista de por qué eligió reprochárselo sin tregua: esto le ayudaba a resistir, a no quedar esclavizado. «Cada día, cada hora, año tras año, es necesario librar una lucha por el derecho a ser un hombre.» [25] Grossman nos está hablando aquí de su propia batalla por preservar la libertad interior en un estado que machacaba la libertad humana.

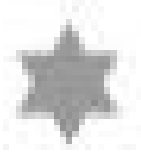
Vida y destino es una obra audaz en la que Grossman alza la voz contra la dictadura y la opresión, en nombre de millones de víctimas del terror. La novela afirma la fe que el autor mantuvo, durante toda su vida, en la democracia y los ideales de la revolución de febrero de 1917, que había prometido libertad, igualdad y respeto a los derechos humanos.

Después de leer *Vida y destino* en 1984, el escritor alemán Heinrich Böll comentó que el libro acierta a captar los acontecimientos históricos en su punto de inflexión, durante la batalla de Stalingrado, y que de hecho contiene más de una novela. Incluye «varias novelas estrechamente entrelazadas» y, por lo tanto, una «multitud de vidas y de destinos». Böll —que había participado en la guerra como soldado de la Wehrmacht— había experimentado

la derrota, la capitulación ante los estadounidenses y el encarcelamiento en un campo de prisioneros de guerra. Le impresionó la humanidad del mensaje grossmaniano y el hecho de que la novela describe a los soldados alemanes derrotados con compasión, no con regocijo. [26]

En 1958, en una carta para su amigo Lipkin, Grossman escribió que creía en el poder de la bondad humana: en compadecerse de los caídos, los débiles y los culpables. [27] Aunque no se trataba de un sentimiento nuevo en el autor (al acabar la guerra había recordado a los soldados soviéticos la tradición de tener piedad con los débiles), había hallado confirmación, poco antes, en los escritos de Churchill. Grossman empezó a leer la extensa historia de Churchill sobre la segunda guerra mundial en marzo de 1958. Los seis volúmenes se abrían con un lema: «En la guerra: determinación. En la derrota: altivez. En la victoria: magnanimidad. En la paz: buena voluntad». Después de leer los dos primeros libros, Grossman comentó que encontraba en ellos muchos hechos interesantes, pero que lo que de verdad le estaba interesando más era la personalidad de Churchill. (La edición rusa de los seis volúmenes históricos de Churchill vio la luz en 1954-1955 en la Chekhov Publishing House de Nueva York. Casi de inmediato, en 1955, los seis libros se imprimieron en la Unión Soviética. Pero se trató de una edición limitada, no venal. Se distribuyeron entre los líderes soviéticos y se enviaron al *Spetsjrán* de las grandes bibliotecas: el «depósito especial» al que solo podían acceder lectores con permisos específicos.) [28]

Con Lipkin, Grossman podía hablar de cualquier tema: desde la política hasta la literatura mundial o la Biblia, el tema preferido de aquel, desde la infancia. [29] A Grossman, por su parte, leer la Biblia le ayudó a darle más sentido a la vida después de las épocas de Hitler y Stalin. Aunque nuestro autor no era partidario de la religión organizada, sus ideales humanistas de amor, piedad, perdón y compasión son esencialmente los mismos que los que hallamos en el corazón de muchos credos religiosos.



En mayo de 1957 Grossman asistió a un congreso de escritores, en Moscú, de cuyo discurso inaugural se encargó Jruschov. El autor tomó notas de los comentarios de Jruschov, que daban a entender, con franqueza, que los escritores no debían esperar mucho del Deshielo: «La muerte de Stalin ha sido una conmoción. Hemos llorado como niños junto al ataúd de Stalin». Jruschov expresó su simpatía por los escritores, artistas y músicos estalinistas que habían cantado las glorias del sistema soviético: «Se les acusa de idealizar. Pero son los más próximos al Partido ... Los idealistas son de los nuestros. No vamos a disparar contra los nuestros. No os vamos a traicionar, porque somos todos uno, vosotros y nosotros; nosotros también somos idealistas ... No creemos en una democracia sin límites ... Hallaremos la fuerza para contenerla ... y detendremos a quien haga falta». Jruschov eligió a autores estalinistas como Semión Babaevski, galardonado por tres veces con el premio Stalin: «Debemos protegerlos poniendo el cuerpo como escudo y ellos nos protegerán a nosotros». [30] El discurso puso de manifiesto que el partido estaba resuelto a seguir manteniendo un control riguroso de la literatura y las artes.

Aquel año una novela soviética logró escapar al control del partido y, de forma clandestina, atravesar el Telón de Acero. *Doctor Zhivago* fue el primer libro de un escritor soviético que pudo leerse en Occidente después de haber sido vetado en la URSS. La obra de Pasternak había sido rechazada por *Novy Mir* . Más adelante, Jruschov lamentó no haber intervenido a favor de la novela, porque el partido había sufrido más por el hecho de que se hubiera publicado en el extranjero en el contexto de la guerra fría. [31]

Cuando Feltrinelli, una editorial italiana de ideología comunista, dio a la imprenta *Doctor Zhivago* en 1957, causó una tormenta política por la crítica al régimen soviético. Hoy nos consta que la CIA reconoció el «gran valor propagandístico» del texto y adquirió miles de ejemplares para favorecer que se publicara en toda Europa. Con ello contribuyó a que la obra causara una sensación internacional y

se otorgara al autor el premio Nobel de literatura. Según los informes desclasificados de la CIA, *Doctor Zhivago* era una buena arma y, durante la guerra fría, «una oportunidad de que los ciudadanos soviéticos se pregunten qué va mal en su gobierno». [32] Se preparó una edición rusa secreta que se distribuyó clandestinamente, con gran éxito, por la Unión Soviética.

Doctor Zhivago circulaba en forma de autoedición clandestina (*samizdat*) desde principios de la década de 1950: Pasternak había compartido el manuscrito con amigos y el libro fue muy leído en el entorno de los escritores. Grossman, que lo leyó en marzo de 1958, unos meses antes de que se le concediera el Nobel, afirmó en carta a su amigo Lipkin que Zhivago, el protagonista de la novela, parece absorbido por su propio talento y carece de la capacidad de amar y empatizar con los demás. El mensaje cristiano de la novela tan solo sirve «para afirmar a Zhivago como un personaje especial y de talento». [33] El escaso aprecio de Grossman por el texto se constata varios meses antes de que la prensa soviética emprendiera una fea campaña de descrédito de Pasternak.

La prosa y la poesía de Pasternak atraían poco a Grossman porque este, por encima del virtuosismo estilístico, apreciaba la claridad y el contenido social. Paralelamente, Pasternak se había mostrado crítico con *Por una causa justa* . Después de leer la novela de Grossman, en 1952, le escribió a Ariadna Efrón, hija de la poeta Marina Tsvetáieva, que solo le habían gustado algunas escenas (por ejemplo, la evacuación del orfanato de Stalingrado a través del Volga) y las «sagaces y profundas» observaciones del autor. Pero a su juicio, en aquella obra de seiscientas páginas solo unas sesenta eran genuinas. «¿Cómo le ha podido pasar esto a un hombre de tanto ingenio y talento?» Pasternak seguía diciendo que la lectura del conjunto había sido tan dolorosa como su nueva dentadura postiza. [34] Los dos escritores se conocían, y se respetaban el uno al otro; pero su arte se regía por intereses muy distintos.

En otoño de 1958, cuando se galardonó a Pasternak con el Nobel, los soviéticos replicaron con una campaña de acoso. La prensa nacional publicó insultos de toda clase; los colegas y amigos de Pasternak denunciaron públicamente la traición del poeta y exigieron que lo deportaran. La Unión de Escritores lo expulsó de

inmediato. Grossman, que no asistió a aquella reunión, lamentó que ni siquiera los antiguos acólitos de Pasternak tuvieran la decencia de respaldarlo. El ejemplo más llamativo fue el de una escritora de Leningrado, Vera Panova, que se sumó con entusiasmo a la campaña pese a que había empapelado la casa con fotos de Pasternak. Grossman, que la conocía, se sintió horrorizado: «Ha recorrido todos estos kilómetros desde Stalingrado —renegaba— para expulsar a su poeta más querido y adorado, ¡para expulsar a su ídolo!». Hacia esta fecha, Grossman envió una carta cordial a Pasternak, que adolecía de varios problemas de salud, para desearle que mejorara y gozara de tranquilidad. [35] No mucho después —en mayo de 1960, a los setenta años— Pasternak murió por un cáncer de pulmón.

Con el caso Zhivago, a Grossman le quedó claro qué le esperaba a su novela si él seguía el ejemplo de Pasternak. Si se publicaba en el extranjero, *Vida y destino* sería toda una sensación; pero los dos bandos utilizarían la obra como arma para la guerra fría. En su propio país, sería imposible salvar el libro: lo presentarían como un hatajo de mentiras antisoviéticas. Habría reuniones públicas en todo el país en las que la gente se vería obligada a denunciar la novela aun sin haberla leído. Grossman tenía otras aspiraciones. Quería que su novela se pudiera leer en la Unión Soviética, que era donde más necesaria resultaba; quería un cambio político iniciado desde el interior.

Muchos años después, cuando Katia le preguntó a su padre por qué no había enviado la novela a otro país —lo que se podía hacer de forma clandestina aprovechando la entrada y salida de ciertos extranjeros, como por ejemplo algunos traductores de su obra—, Grossman contestó que esa no era su forma de actuar. [36] El secretismo iba contra natura en nuestro autor. Pero a Katia no le faltaba razón: la prosa de Grossman sumaba ya cierto número de traducciones. Su primera novela sobre la guerra, *El pueblo es inmortal* , había aparecido en muchas lenguas de la Europa oriental y en Cuba; también la publicó Hutchinson, en Londres, en 1943. Según Grossman, se habían publicado unas veinte ediciones extranjeras de esta novela. Los artículos de Stalingrado, por su parte, se tradujeron al inglés, alemán y francés. Las novelas *Stepán*

Kolchuguin y *Por una causa justa* se habían publicado tanto en países del bloque soviético como en Inglaterra, Francia y Dinamarca. En total, en vida del escritor se llegó a cincuenta publicaciones foráneas. [37] Es cierto que algunas traducciones se hicieron en Moscú, a instancias de Ediciones en Lenguas Extranjeras, una editora estatal que hacía difusión de las letras soviéticas; pero también hubo traductores que vivían fuera de la URSS.

Grossman había invertido siete años en escribir *Vida y destino* ; las dos partes de la novela sumaban dieciséis años. Sabía que publicarla en su propio país sería casi imposible, pero después de dedicarle tanto tiempo a la empresa, ya no le resultaba tan explosivo comparar el comunismo con el nazismo. En enero de 1959, después de recibir una copia mecanografiada —Grossman escribía a mano —, vivió «lo que los padres sienten cuando ven a los hijos que han criado en casa y que, asustados, se visten por vez primera el uniforme escolar. Un sentimiento extraño de compasión y distanciamiento: pobrecillo, ¿qué le espera en la vida?». [38] En octubre, estando con Olga en un pueblo crimeo cercano a Koktebel, Grossman emprendió una revisión concienzuda de *Vida y destino* . Por las tardes solía pasear por la montaña, caminar por la costa, jugar a las cartas con Olga y leer. Entre otros libros, leyó una traducción, recién publicada, de diversos relatos de William Faulkner; Grossman apreciaba su prosa y lo consideraba «un escritor poderoso, de talento». En Crimea también leyó *La filosofía de Mahatma Gandhi* , de Dhirendra Mohan Datta. [39]

En la carta que envió a Lipkin desde Crimea abunda en la inquietud por el futuro de su novela: «¿Tendrá muchos lectores, fuera del gremio de la escritura? ... Estos días [me parece que] el destino de este libro se está separando de mí. Quiere hacerse realidad sin mí, lejos de mí, quizá cuando yo ya no esté vivo». [40] La carta pone de relieve que temía que la publicación no se autorizara nunca. Además se daba cuenta de que se adelantaba a su tiempo al comparar los regímenes de Hitler y de Stalin. «No experimento alegría, euforia ni júbilo. Tengo un sentimiento vago de angustia, de auténtica preocupación. ¿Estoy en lo cierto [con el mensaje]? Eso es lo primero y lo más importante. ¿Estoy en lo cierto, delante del

pueblo y, por lo tanto, delante de Dios? Y luego viene lo segundo, la preocupación de escritor: ¿lo he resuelto bien? Y por último, en tercer lugar: el destino del libro, su camino.» [41] Como dejó escrito en *Vida y destino* : «Nada es más duro que ser hijastro del tiempo ... El tiempo solo ama a aquellos que ha engendrado: a sus hijos, a sus héroes, a sus trabajadores». [42]

Grossman leyó varias partes de la novela a sus amistades, entre ellas Yekaterina Zabolótskaia y Guedda Súrits. Lipkin, que también estuvo entre los primeros lectores del texto, recuerda aquellos capítulos pronunciados con la «voz tranquila, ligeramente ronca» del autor. Al enfrentarse a la carta de despedida de Anna Shtrum a su hijo, Grossman no pudo evitar las lágrimas. [43] Lipkin leyó el libro entero, por primera vez, en el invierno de 1960, y tuvo la convicción inmediata de que se trataba de una «gran obra ... perdurable». [44] Pero tampoco le pasó por alto que no habría modo de publicarla en la Unión Soviética. Para sorpresa de Lipkin —que lo consideraba peligroso— Grossman decidió probar suerte con Vadim Kozhévnikov, editor de *Znamia* y comunista de línea dura. En julio, Grossman le pidió a su amigo que leyera todo el texto y señalara las partes más peliagudas, las que no debía enseñar ni siquiera a los editores. También le preguntó si a su juicio había alguna esperanza de sacar a la luz por lo menos una versión expurgada. Lipkin releyó la obra, como le solicitaban, y concluyó que no había «ninguna esperanza» de que pudiera editarse y, antes que nada: que entregar *Vida y destino* a *Znamia* era inseguro. «Entonces ¿crees que me detendrán cuando la hayan leído?» Lipkin temía, en efecto, que Kozhévnikov lo podía traicionar.

Grossman no solo optó por *Znamia* —y no una posibilidad más liberal como *Novy Mir* — porque antes se había peleado mucho con Tvardovski; también porque creía que, al ser liberal, Tvardovski sería más vulnerable que el editor de *Znamia* , reputado por su conservadurismo. No hacía mucho que *Novy Mir* había rechazado el relato grossmaniano «Tiergarten», que comparaba sutilmente los dos regímenes. A Tvardovski le había dado miedo publicarlo, pero Kozhévnikov lo aceptó en *Znamia* y, cuando los censores de Glavlit se negaron a dar su aprobación, Kozhévnikov defendió la narración todo lo posible. Esto llevó al autor a pensar que quizá no se

arredraría con *Vida y destino* . [45] No olvidaba que Kozhévnikov había sido director de *Pravda* durante la campaña antisemita de Stalin. Pero en los primeros años de la década de 1950, Tvardovski también había puesto reparos al tema judío y había exigido a Grossman eliminar al personaje de Shtrum. En realidad no había ninguna alternativa buena.

A juicio de Lipkin, ningún editor soviético, tampoco el Tvardovski de *Novy Mir* , daría a la imprenta *Vida y destino* . Pero presentarle la obra a Tvardovski no era arriesgado porque se trataba de «un hombre decente». Grossman, aunque valoraba la poesía de Lipkin y había recurrido a sus propios contactos para ayudarle a publicarla, le cortó con sequedad: «Yo no soy un cobarde, como tú; no pienso escribir para el cajón». Tras la explosión de Grossman «se hizo el silencio. Finalmente este, resoplando por el asma, preguntó: "¿Has señalado los pasajes que propones eliminar?"». Lipkin halló unos veinte episodios que podían hacer que Grossman diera con los huesos en la cárcel. Propuso eliminar toda la escena en la que Liss, el oficial de las SS, le dice a Mostovskói, el bolchevique preso, que los dos sistemas políticos eran imágenes especulares, el uno del otro. [46]

En 1960 Grossman logró publicar unos pocos pasajes de *Vida y destino* . Lázar Lázarev (Lázar Shindel), crítico literario y ayudante de edición de la *Gaceta Literaria* , le llamó para pedirle escritos para su publicación. La llamada de Lázarev sorprendió al escritor, porque no era habitual. La campaña de 1953 contra Grossman todavía no se había olvidado, ni siquiera con el Deshielo: todavía se le consideraba un escritor políticamente poco fiable. Cuando, en 1959, un editor moscovita propuso a Grossman reunir sus obras completas, Lipkin escribió para felicitarle. Pero Grossman contestó que la alegría era prematura: la propuesta del editor, que incluía obras de varios autores, aún no contaba con la aprobación oficial, y «si recortan el proyecto, ¿quién crees que se caerá de la lista, sino yo?». [47]

Lázarev admiraba a Grossman, después de haber leído *Stepán Kolchuguin* y el recopilatorio de artículos sobre Stalingrado. Era unos diez años más joven; había participado en la guerra y, en el invierno de 1942-1943, estuvo en el frente de Stalingrado y en

Kalmukia. Aunque otros editores de su periódico describían a Grossman como «un hombre difícil», su impresión personal era distinta. En aquella conversación telefónica, Grossman invitó a Lázarev al apartamento del pueblo de Begovaia, donde estuvieron hablando de Stalingrado con una botella de vino. «Yo apreciaba mucho a Grossman: era amable, me hacía sentir cómodo, le rodeaba un aura de calma y sabiduría.» [48] Lázarev le preguntó si planeaba completar *Stepán Kolchuguin* , a lo que el escritor respondió que había pasado demasiado tiempo y ahora le resultaría difícil volver a entrar en el mundo de aquella novela. «Además, la historia de *Kolchuguin* acaba en 1937, con prisiones, campos de trabajo y ejecuciones. Y mi nueva novela trata de eso.» Grossman le confió entonces tres capítulos del nuevo libro, para que eligiera. El primero versaba sobre Sofía Levintón y David, en el campo de exterminio polaco. El segundo refería un incidente antisemita en el ejército soviético durante la guerra: unos pilotos de caza debaten sobre si es posible ser al mismo tiempo judío y buena persona. (La *Gaceta Literaria* rechazó este capítulo de inmediato: oficialmente, el antisemitismo no existía.) El tercero trataba de una campesina ucraniana, Jristia, y un prisionero de guerra ruso, Semiónov, tan demacrado y próximo a morir que los nazis lo liberan. Esta propuesta se descartó igualmente porque el caso de Jristia rememoraba la hambruna de Ucrania, que había sido provocada por las decisiones gubernamentales de la década de 1930.

El capítulo sobre la muerte de Sofía Levintón y David en la cámara de gas de un campo de exterminio polaco parecía la opción más segura. Pero cuando el texto estaba ya en pruebas, el director, Serguéi Smirnov, enmendó la plana a sus ayudantes y canceló la publicación sin aportar razones. El editor invitó a Grossman a una conversación de la que Lázarev pudo ser testigo. Smirnov declaró haber actuado así para proteger al escritor. Este replicó que si él, como autor, no tenía miedo de publicar el capítulo, hablar de protegerlo era una hipocresía, e insistió en que le contaran la auténtica razón de las reticencias. El diálogo no avanzaba: el editor no admitía la verdad, tan solo instaba a Grossman a proponer otros pasajes. Al final, la *Gaceta Literaria* publicó un capítulo sobre un cuartel general de las fuerzas armadas soviéticas en Stalingrado.

Entre noviembre y diciembre de 1960, otros tres extractos de *Vida y destino* vieron la luz en los periódicos *Literatura y Vida* , el vespertino *Vechérniaia Moskva* y *Soldado Soviético.* Esta última cabecera mutiló el texto de Grossman hasta hacerlo irreconocible. El autor envió una carta de protesta que ni se contestó ni se publicó.

La *Gaceta Literaria* también anunció que *Vida y destino* aparecería en *Znamia* al año siguiente. Luego abundaron las exclamaciones de sorpresa ante esta preferencia por un medio conservador. [49] Pero de hecho Grossman ya había tratado muchas veces con *Znamia* ; la revista había publicado «El infierno de Treblinka» y la obra teatral *Si tuviéramos que creer a los pitagóricos* .

Znamia recibió el manuscrito de Grossman en octubre de 1960. [50] Ese mismo año el escritor también le pasó la novela a Tvardovski, pero solo para que la leyera. [51] Aquel otoño, los dos se encontraron en Koktebel, durante unas vacaciones familiares, y las esposas mediaron para que hicieran la paz. En octubre, Tvardovski escribió en su diario que la novela le había causado «la impresión artística más potente ... en muchos años» y le había obligado a ver «las cosas más importantes de la vida desde una nueva perspectiva». La obra de Grossman «era tan importante» que *Doctor Zhivago* parecía «un juego de niños», en comparación. [52] Si la novela se publicaba, la literatura rusa contemporánea ascendería a un nivel desconocido en mucho tiempo y recuperaría la importancia que había perdido. [53] Pero como Tvardovski reconoció más tarde ante el propio autor, él solo podía publicar las secciones de *Vida y destino* relativas a la guerra. [54]

Grossman pasó un otoño de 1960 enormemente tenso, en previsión de la respuesta de *Znamia* . Lipkin pudo averiguar el parecer del editor a través de un amigo, traductor como él: Nikolái Chukovski, que formaba parte del consejo editorial de la revista. Cuando Chukovski le preguntó sobre la novela al director, Kozhévnikov rezongó: «Grossman nos ha fallado», y cambió de tema. [55] Según Chukovski, el editor en jefe y sus ejecutivos ocultaban el manuscrito a la plantilla. Cuando Lipkin trajo la noticia al apartamento de Grossman, se encontró en mitad de una fiesta.

Olga había invitado a las esposas de dos escritores: Zinaida Pasternak y Berta Selvínskaia. Estaban sentadas en el estudio de Grossman, que al caer la tarde hacía las veces de sala de estar, y jugaban a una variedad de *mahjong* . [56] Cuando su amigo le notificó lo que sucedía, Grossman, con labios temblorosos, le pidió que lo repitiera por favor. [57] Había comprendido que presentar la novela a *Znamia* había sido un error.

13

Un hereje irredento

> Pido que mi libro quede en libertad.
>
> VASILI GROSSMAN A NIKITA JRUSCHOV

El 16 de diciembre de 1960, pocos días después de que Grossman cumpliera cincuenta y cinco años, *Znamia* le envió una carta convocándolo a un consejo editorial. El escritor llamó por teléfono al director de la revista, Kozhévnikov, para sugerirle que se encontraran en privado para debatir sobre la novela. El editor declinó «de forma absoluta y categórica» y afirmó que no había podido leer el manuscrito (aunque se le había entregado hacía más de dos meses). Grossman se dio cuenta de que Kozhévnikov mentía y que el propósito del consejo no era otro que denunciarle, por lo que rechazó acudir, alegando problemas de corazón. No obstante, prometió leer con «suma atención» las actas de la sesión. [1]

Kozhévnikov cumplía órdenes del partido. Después de leer *Vida y destino* en otoño había enviado la novela, en secreto, al Comité Central. El 9 de diciembre recibió una carta de Dmitri Polikárpov, jefe de la sección cultural del Comité Central, que describía la novela grossmaniana como una «sucia calumnia contra la sociedad y el Estado soviéticos». Dio instrucciones a los editores de *Znamia* de que rechazaran el manuscrito y emprendieran «una intensa conversación política con Grossman». Polikárpov especificó que en la reunión debían hallarse los jefes del sindicato de escritores, tres

funcionarios literarios sin talento: Gueorgui Márkov (activo en la campaña contra Pasternak), Serguéi Sartakov y Stepán Schipachov (galardonado con dos premios Stalin). «Es importante que los propios escritores hagan comprender a Grossman que la comunidad literaria será inflexible a la hora de condenar radicalmente todo intento de poner en circulación su manuscrito.» [2] El partido estaba decidido a impedir que la novela llegara clandestinamente al extranjero.

En el consejo editorial del 19 de diciembre, Kozhévnikov denunció *Vida y destino* como un libro «políticamente desleal» a la Unión Soviética. Algunos asistentes —ninguno de ellos había leído la novela— y pesos pesados de las organizaciones de escritores leyeron en voz alta una selección de pasajes realizada por el Departamento de Cultura del Comité Central. Según la transcripción de las actas, al cierre de la reunión el editor llamó a Grossman para comunicarle que la revista había rechazado la novela por ser «ideológicamente dañina». También exigió al escritor que mantuviera toda copia del manuscrito fuera de circulación, para asegurarse de que la novela no caía «en manos del enemigo». [3] El 28 de diciembre se convocó a Grossman a *Znamia* , donde el director, en presencia de los demás ejecutivos, repitió la arenga política. La revista canceló el contrato pero renunció a requerir a Grossman que devolviera el adelanto que había recibido en primavera. [4]

El trío del sindicato de escritores —Márkov, Sartakov y Schipachov— mantuvo luego una reunión independiente con Grossman. Se mostraron de acuerdo en que la novela «no contenía material difamatorio, sino que muchas cosas habían sucedido según se describía». Pero alegaron que «en las circunstancias actuales, de especial dificultad [la guerra fría], publicar la novela sería perjudicial para el Estado, y si en algún momento cabe la posibilidad de que vea la luz no será antes de, pongamos, unos doscientos cincuenta años». [5]

Grossman, que se había preparado para lo peor, había entregado a Lipkin una copia mecanografiada del manuscrito, de más de un millar de páginas, para que la ocultara. Sin decírselo a su amigo también depositó la redacción final de *Vida y destino* en el

apartamento de otra amiga, Liolia Kléstova. Grossman la conocía de los años de estudiante; la mujer carecía de relación con los círculos literarios y vivía en un apartamento comunitario. Kléstova guardó la novela hasta 1964, momento en que otro amigo del escritor, Lobodá, la recogió y escondió en su casa, fuera de Moscú.

En enero de 1961 Tvardovski invitó a Grossman a *Novy Mir* , donde mantuvieron una «larga conversación». Sin duda, en aquel momento Tvardovski ya sabía que el partido había mostrado su absoluto rechazo a *Vida y destino* . Dejó claro que no publicaría ni esta novela ni ninguna otra obra que Grossman pudiera proponer a *Novy Mir* . «Ha sido una conversación cortés, pero ha dejado un regusto difícil», le escribió Grossman a Lipkin. [6] En realidad, Tvardovski había quedado profundamente impresionado con *Vida y destino* . El 6 de octubre de 1960 había escrito en su cuaderno que la novela era uno de esos pocos libros capaces de imponer cambios al lector, «día tras día vas notando que dentro de ti ha pasado algo serio, que tu conciencia ha evolucionado». [7] Aun así, Tvardovski se distanció de la obra disidente y de su autor, una decisión que más adelante se sintió obligado a reconsiderar.

Todos estos movimientos eran tan solo el preámbulo de una catástrofe. El 14 de febrero, hacia el mediodía, llamaron al timbre del apartamento de Grossman. Olga y Fedia habían salido; abrió la puerta la asistenta, Natalia Darénskaia. «Ha venido gente mala», le dijo a Irina, la hija política de Grossman. Darénskaia, que llevaba tres decenios con la familia y en 1937 ya había sido testigo del arresto de Borís Gúber, el padre de Fedia, añadió: «Son la misma clase de personas que vinieron a llevarse a Borís Andréievich». [8] Eran tres oficiales del KGB, vestidos de paisano, y otros dos hombres que actuaban como testigos. Uno de los oficiales entró en el estudio de Grossman y enseñó la orden de registro. Otro llamó a la puerta de Irina: «¿Es usted familiar de Grossman. Venimos a hacer un registro y arrestar la novela. No le pedimos que firme la cláusula de silencio, pero no debe hablar de esto con nadie». Los oficiales hallaron al escritor en su estudio, sentado a la mesa, pálido, pero sereno. Se llamó a Irina para que diera a Grossman las medicinas que pudiera necesitar, porque se había avisado a los oficiales del problema de corazón. Irina se quedó en la sala y fue

testigo de la confiscación. Los oficiales del KGB se llevaron carpetas del escritorio: siete copias pasadas a máquina y varios borradores. Metieron los documentos en sacos y los bajaron al coche.

El teniente coronel Prokopenko y dos comandantes redactaron un informe en el que se podía leer: «Durante el registro se ha confiscado: tras la petición de los agentes de que entregara el manuscrito y todos los borradores de la novela *Vida y destino* , Grossman Iósif Solomónovich [su nombre legal] ha entregado voluntariamente las siguientes copias ... 1) Manuscrito de la novela *Vida y destino* , parte 1, en hojas sueltas, en una carpeta azul oscuro, de cartón. 2) Manuscrito de la novela *Vida y destino* , parte 2, en hojas sueltas, en una carpeta azul oscuro, de cartón. 3) Manuscrito de la novela *Vida y destino* , parte 3, en hojas sueltas, en carpeta de cartón marrón». Una posdata al acta especificaba dónde se hallaban las demás copias mecanografiadas (el KGB estaba tomando nota de la confesión de Grossman): «1) En las oficinas editoriales de la revista *Znamia* : tres copias; 2) en las oficinas editoriales de *Novy Mir* , una copia; 3) en el alojamiento de mi primo Sherentsis, Víktor Davídovich, en Moscú, [calle] Nizhne-Syromiátnicheskaia 5, apt. 53, una copia; 4) en mi estudio de Moscú, avenida Lomonósovski 15, apt. 9, dos copias y borradores». Grossman firmó el documento. La confiscación de la novela duró una hora y veinte minutos, de las doce menos veinte a la una del mediodía. [9]

Cuando el KGB se llevó también a Grossman, Irina se puso «a gritar, histérica: “¿Dónde os lo lleváis? ¿Qué pensáis hacer?”». La propia Irina ha descrito la escena: «Era invierno. Ayudé a Vasili Semiónovich a ponerse el abrigo, un sombrero, y le apreté fuerte la muñeca. Se me escapaban las lágrimas, y él también lloraba». (En 1949, a los quince años, Irina ya había sido testigo de la detención de su padre, Stanislav Nóvikov, experto en orientalismo. Nóvikov fue condenado a veinticinco años de Gulag por sus «conexiones con extranjeros». Fue liberado en los tiempos de la clemencia jruschoviana. Desde 1957 Grossman charló a menudo con él sobre aquellas vivencias. Nóvikov solía decir: «¡En toda mi vida nunca he encontrado a tanta gente interesante como en los campos!».) [10]

El coche del KGB condujo a Grossman y los oficiales a todas las direcciones que el escritor les había dado. También fueron a las oficinas de mecanografía y tuvieron la precaución de llevarse incluso el papel de calco. Al volver a su casa, Grossman llamó a Lipkin para pedirle que viniera de inmediato. Lipkin lo recuerda así: «Comprendí que había pasado algo, pero no se me ocurrió que hubieran secuestrado la novela. No recordaba que nunca se hubiera hecho nada parecido». [11] Por lo general las obras solo se confiscaban en caso de detención del autor. Pero hubo excepciones. En 1926, por ejemplo, se registró la casa de Bulgákov y los agentes se llevaron *Corazón de perro* y los diarios del escritor, sin arrestarlo a él. Más adelante le devolvieron los papeles.

Begovaia era un sitio pequeño y los escritores no tardaron en charlar sobre el hecho de que el KGB hubiera confiscado el libro. Tvardovski visitó a Grossman por dos veces en el plazo de unos pocos días. Escribió en su diario que arrestar una novela sin arrestar a su autor «es, en lo esencial, arrestar un alma sin llevarse el cuerpo. Y ¿qué es un cuerpo sin alma? ... He hablado dos veces con Grossman. Está deprimido. El asunto me parece peliagudo y no digamos ya su naturaleza coercitiva ... También se han llevado mi copia de la caja fuerte de *N[ovy] M[ir]* . Así que una parte de la desconfianza hacia el autor me afecta ahora también a mí. ¡Por el amor de...!». [12]

Grossman analizó las posibilidades con ayuda de Tvardovski, que tenía contactos en el Comité Central. El editor le recomendó que se reuniera con Polikárpov, el jefe de la Sección de Cultura, al que el escritor conocía en persona. Polikárpov había ascendido de su puesto de funcionario literario en la burocracia del sindicato de escritores a la cumbre de la burocracia del Comité Central. Grossman había hablado con él en una playa del mar Negro, en una época en la que Polikárpov, que había perdido temporalmente el favor del partido, tuvo que pasar las vacaciones en un lugar de descanso para escritores, no para políticos destacados. Lo cierto era que Polikárpov en persona había dado a *Znamia* las instrucciones de castigar a Grossman y había buscado la colaboración del KGB. Las relaciones personales quedaron pues de lado: Polikárpov se mostró muy severo con Grossman y le aconsejó

que, si quería apelar, lo hiciera ante el Comité Central. En 1962 Grossman solicitó la intervención de Jruschov.

La confiscación conmocionó a la comunidad de escritores. Algunos afirmaban que se habían requisado todas y cada una de las copias del libro y, por lo tanto, el fruto de tantos años de trabajo se había perdido. Solzhenitsyn escribió en *Memorias (Coces al aguijón)* que no confiaba en que *Novy Mir* pudiera custodiar el manuscrito de su novela *El primer círculo* : «Recuerdo que de la mismísima caja fuerte de *Novy Mir* se llevaron la novela de Grossman». [13]

Grossman llamó a Katia para decirle que habían «arrestado» su novela y que «más valdría que me hubieran matado». El tono de Grossman transportó a Katia al día en que habían hablado de la muerte de su padre, Semión Osipóvich. [14] Según Fedia e Irina, tras la confiscación de la novela, Grossman se sumió en una depresión. Tenía remordimientos por haberle fallado a mucha gente: desde Tvardovski a su primo Sherentsis y las mecanógrafas. Y pensaba sin tregua en el destino del texto: su obra más importante, la que hablaba del Holocausto y estaba dedicada al recuerdo de su madre, estaba ahora en manos del KGB. En esta fase solo se sentía capaz de compartir sus sentimientos más íntimos con su madre; se sentía más próximo a ella que a ningún ser vivo. En septiembre, en el aniversario de la muerte de su madre, Grossman le escribió otra carta.

> *Queridísima mamá:*
>
> *Hace ahora veinte años que moriste. Te quiero; te recuerdo todos los días de mi vida, y durante los veinte años siempre me ha acompañado este pesar. Te escribí hace diez años. Y diez años antes, cuando te escribí la primera carta después de tu muerte, eras la misma que eras en vida: mi madre en mi cuerpo y en mi corazón. Querida mamá, yo soy tú. Mientras yo viva tú también vivirás. Y cuando yo muera, tú seguirás viviendo en este libro que te he dedicado y cuyo destino es tan parecido a tu propio destino.* [15]

Lipkin lo visitaba cada día y lo sacaba a pasear. Hacia estas fechas, el escritor Borís Yampolski los vio sentados en un banco del jardín de Aleksandrovski, cerca del Kremlin. Sin saber lo que había ocurrido, Yampolski se mostró interesado por leer *Vida y destino* y le preguntó si le podía dar una copia. «Grossman contestó secamente:

“Por desgracia, en este momento me resulta imposible hacerlo”. Lipkin me miró con una cara extraña. Solo ahí me di cuenta de que a Grossman le temblaban la cabeza y las manos.» [16]

En la terrible primavera de 1961, cuando no sabía qué hacer con su vida, Lipkin le propuso que asumiera un proyecto de traducción. Le habían contado que un escritor armenio, Rachía Kóchar, buscaba algún autor ruso de prestigio que hubiera participado en la guerra, para pulir una traducción palabra por palabra de su novela bélica *Los niños de la Casa Grande* . En Moscú se había publicado, mediada la década de 1950, la traducción de una versión abreviada de la novela; pero Kóchar quería dar a la imprenta el libro completo, de más de mil cuatrocientas páginas. Al autor ruso se le invitaría a Armenia y se le pagaría bien. Grossman andaba apurado, como la mayoría de la población, porque la reforma monetaria de Jruschov, a principios de 1961, había devaluado el rublo hasta reducir los ahorros a una décima parte de su antiguo valor. Aparte del dinero, Grossman necesitaba desesperadamente cambiar de aires.

Le gustaba la idea de viajar a Armenia y dijo que, si la novela de Kóchar no era infumable desde una perspectiva moral, él se encargaría de traducirla. «Necesito dinero y me vencen las penas; tener el día ocupado quizá me ayude.» [17] Leyó la traducción y, hallándola aceptable, se puso a trabajar. En otoño Grossman había rehecho el borrador (que calificó de «totalmente analfabeto») y a principios de noviembre emprendió el camino de Armenia, para colaborar con el autor en la redacción final. [18]

Desde Armenia, Grossman escribió a Lipkin varias veces por semana: Nina, la mujer de su amigo, estaba siendo sometida a quimioterapia desde que poco antes le habían detectado un cáncer. Las cartas de Grossman expresan genuina empatía y preocupación. Las misivas representan también un cuaderno de viaje en el que el escritor va describiendo los «paisajes bíblicos» de Armenia, sus catedrales milenarias, su gente y sus costumbres, y el trabajo de traducción, que resultaba agotador. [19] De estas cartas a Lipkin emergerían unas exuberantes memorias de viaje, *Que el bien os acompañe* . Escritas en primera persona, no se parecen a ninguna otra obra de Grossman porque el autor ocupa el centro de la escena y va confiando sus impresiones, pensamientos, vulnerabilidades e

incluso problemas psicológicos, que describe con ironía. Aparecen como temas centrales la humanidad, el amor a la vida, el deseo de compañía, la bondad. El título original, *Dobro vam!* , recoge el saludo tradicional armenio, que se traduce literalmente como «Que el bien os acompañe». Estas memorias captan el alma de un país antiguo levantado sobre la roca.

Como dice allí: «Las primeras impresiones de Armenia ... Por la mañana, en el tren. Piedras de un gris verdoso, pero no en las montañas ni en los riscos, sino esparcidas en un terreno llano, campos pedregosos. Una montaña ha muerto, su esqueleto se desparramó por el suelo». Las casas rurales estaban construidas con «bloques de piedra gris», sin vegetación alrededor: ni árboles, ni flores, ni hierba, ni agua. «A veces la piedra gris cobra vida, se mueve. Son ovejas.» Desarrolla la imagen escribiendo que las ovejas de Armenia «tal vez se alimenten de miga de piedra y beban su polvo». El color gris domina el paisaje: los chaquetones acolchados de los campesinos son grises, los pañuelos de las mujeres son grises. Solo las mujeres kurdas llevan vestidos rojos y se tocan la cabeza con pañuelos rojos, una «rebelión roja contra siglos grises entre piedra gris». [20]

Al llegar a Yereván, la capital armenia, Grossman se encontró solo en el andén: Kóchar, el autor, había olvidado venir a recogerlo. Se sintió humillado, como si el olvido pusiera aún más de relieve que a los ojos del mundo él carecía de toda importancia. Al final de su carrera literaria Grossman emprendía un nuevo camino, desde cero, como traductor. Desde este momento se referiría a sí mismo como un «señor mayor»: «el traductor Grossman». [21]

En esta época, el paisaje aún estaba dominado por los retratos y las estatuas de Stalin. En Yereván, sobre una colina, se alzaba una gigantesca estatua de bronce. Esta obra del escultor Serguéi Merkúrov era tan colosal que, mientras se montaba, los obreros podían caminar libremente entre las piernas huecas del dictador. «Si un cosmonauta, al aterrizar de un planeta lejano, viera este coloso de bronce que se eleva sobre la capital armenia, entendería al instante qué es: el monumento a un mandatario grandioso y terrible.» La estatua transmitía dos conceptos de poder, el religioso y el terrenal: un «poder tan inmenso que solo un dios puede

amasarlo» y también «un tosco poder terrenal, el poder de un soldado o un burócrata».

Grossman llegó a Armenia durante el Vigésimo Segundo Congreso del Partido, en cuyo discurso inaugural Jruschov pidió seguir avanzando en la desestalinización. Poco después, se retiraron del Mausoleo de Lenin los restos fúnebres de Stalin y se empezaron a eliminar estatuas por toda la Unión Soviética. El Stalin gigante de Yereván también caería, pero aún se mantenía intacto el 7 de noviembre, aniversario de la revolución bolchevique. Grossman contempló los fuegos artificiales desde la colina dominada por la estatua.

> Con cada salva la larga estela de fuego de los cañones iluminaba las montañas de los alrededores y la gigantesca figura de Stalin emergía súbitamente de la oscuridad ... Era como si el generalísimo comandara por última vez su artillería ... Volvían a retumbar las voces de mando y de pronto el terrible dios de bronce con su capote surgía de entre la penumbra de la montaña. No, es imposible no atribuirle lo que le pertenece por derecho propio: ese instigador de un sinfín de crímenes inhumanos también fue el líder y el constructor despiadado de un Estado grande y terrible. [22]

Grossman quedó horrorizado por la facilidad con la que los armenios pasaron a calificar a Stalin de *mama dzoglu* («hijo de puta»). Se negaban incluso a reconocer el papel de Stalin en la creación del estado y la industria soviéticos. Ante esta falta de objetividad, el escritor sintió nacer dentro de sí «el impulso involuntario de defender a Stalin». «Creo que la adoración histérica de Stalin, así como el rechazo total y categórico de su figura, hunden sus raíces en el mismo suelo.» Nadie se esforzaba por comprender cuáles eran los fallos del estado estalinista. En realidad, la naturaleza del estado coactivo apenas cambió: no hubo ningún auténtico debate público sobre los crímenes de Stalin. El estado aprobó una nueva directiva que ordenaba desmantelar el culto a Stalin, cambiar el nombre a las calles y ciudades que lo honraban, abatir sus efigies. Para Grossman estas medidas estatales tan solo iban a producir el efecto contrario, el deseo de defender a «uno de los más terribles malhechores de la Historia». Sus palabras fueron proféticas. Dos años más tarde, el 7 de noviembre de 1963, hubo disturbios de gravedad en Sumgait, Azerbaiyán, cuando las

autoridades prohibieron que la gente celebrara la festividad llevando broches y retratos de Stalin. [23]

Cuando los funcionarios del partido en Armenia anunciaron el plan de desmantelar la colosal estatua de Stalin, desde una asamblea de una granja colectiva se protestó. No les dolía que se perdiera la estatua —escribe Grossman— sino el dinero: si el estado había recaudado cien mil rublos para erigir el monumento, que destruyeran la estatua si querían, pero que les devolvieran el dinero. Un anciano planteó con prudencia que, si así les parecía, retirasen la estatua, pero la enterraran, en vez de destruirla, porque ¿quién sabe qué gobierno llegará al poder más adelante? La estatua aún podría ser de utilidad ... La referencia era tan pragmática como irónica. (Al final el campesino no andaba lejos de la verdad: en tiempos de Brézhnev, Stalin fue parcialmente «rehabilitado», y en la Rusia de Putin se celebra de nuevo al dictador como un gran líder.)

En Armenia Grossman se sentía muy a gusto porque no había antisemitismo. Los armenios eran diversos, desde el punto de vista genético, al igual que los judíos. Halló personas morenas y rubias, de ojos azules o marrones, con narices aguileñas o rectas y pequeñas, «labios finos de jesuita y gruesos labios abultados de africano». Esta diversidad reflejaba los miles de años de la historia armenia y los contactos de su población con naciones distintas, a través de las incursiones, invasiones, cautiverios y liberaciones. Era la misma diversidad genética que se hallaba en los judíos, en los que pueden verse «rostros asiáticos, africanos, españoles, alemanes, eslavos...». Como los judíos, los armenios habían sufrido un genocidio; en 1915, los turcos habían «extermina[do] bárbaramente a personas pacíficas e inocentes». [24] Los armenios habían demostrado ser muy resistentes. El autor comenta que, aun a pesar de aquel padecimiento extremo, la vida seguiría su curso.

Grossman había leído el ciclo de poemas armenios de Mandelshtam, y probablemente también el relato de su viaje a la región, que *Zvezdá* había publicado en 1933. Nadiezhda Mandelshtam recordaba que el poeta se refería a Armenia —relacionada con la Biblia a través del monte Ararat— como su «tierra de descanso». [25] En *Viaje a Armenia* , Mandelshtam escribió: «Nada es más agradable e instructivo que sumergirse en la

sociedad de un pueblo de una raza totalmente distinta, a la que respetas, con quien empatizas, de la que, aun siendo extranjero, te sientes orgulloso». [26] Mandelshtam concebía a los armenios como los primeros cristianos —porque habían adoptado el cristianismo como religión estatal hacia el año 300— y destacaba la estrecha relación del cristianismo con el judaísmo. [27] Uno de sus poemas describe Armenia como «hermana menor de la tierra de Judea». [28] En su propia memoria de viaje, Grossman contó: «Yo sabía algunos detalles admirables y conmovedores sobre [la] visita de [Mandelshtam] a esta tierra y había leído su ciclo de poemas armenios ... Los poemas de Mandelshtam son espléndidos. Son la esencia misma de la poesía, la música de las palabras». El viaje armenio surtió un efecto similar, de rejuvenecimiento, tanto en la creatividad de Mandelshtam como en la de Grossman.

Para decepción de Grossman, sin embargo, el círculo literario local no recordaba que Mandelshtam hubiera visitado Armenia. Tampoco parecían estar al corriente de la obra del propio escritor: ni de los artículos de guerra (en los que había referencias armenias) ni de las novelas (pese a que se habían traducido a la lengua local). Probablemente estaba en lo cierto al suponer que los escritores locales lo evitaban por «mis recientes desgracias literarias: mi última novela había suscitado la ira de los editores, no se había publicado». [29]

Desde la ventana de la casa de Yereván, Grossman podía ver el monte Ararat, donde se suponía que el Arca de Noé había tocado tierra. «¡Qué maravilla, una montaña bíblica! —le escribió a Lipkin—. Por la mañana es rosada, de día muestra un blanco níveo, al caer la noche es rosada otra vez.» [30] En *Que el bien os acompañe* califica el Ararat como «la montaña más importante de la humanidad: la montaña de la fe». «Justo delante de mí relumbraba al sol la cumbre nevada del Gran Ararat. No solo mis sentimientos, sino también mis pensamientos, se volvieron más penetrantes ... La Biblia y el día actual convergían con sorprendente sencillez, y vi el Ararat con los ojos de quienes vivieron en las laderas de las montañas de Armenia antes del nacimiento de Cristo. Vi las aguas negras y rápidas del Diluvio Universal ... Desde su suela rocosa hasta su cabeza blanca

[la montaña] se erguía, iluminada por el sol de la mañana. Participaba en la vida actual y en la vida de milenios pasados ... Todo pasa, nada pasa.» [31]

Por sugerencia de Lipkin, Grossman se dirigió a Echmiadzín, una ciudad notable y famosa en particular por ser la sede del *katholikós* , prelado supremo de la Iglesia Apostólica Armenia. Vazguén I, el *katholikós* , recibió al autor en su residencia: «Hablamos de literatura y tomamos café. Nos asistió un monje, un joven de una belleza asombrosa. El autor favorito de Vazguén I es un excomulgado: Tolstói. Además Vazguén ha escrito una obra sobre Dostoievski; opina que no se puede conocer a fondo el alma humana sin Dostoievski». [32] De regreso en Yereván, Grossman paseó por el Instituto de Manuscritos Antiguos, donde pudo ver una rica colección de manuscritos medievales y libros escritos en una diversidad de lenguas, incluido el hebreo: «milenios de vida de pensamientos, palabra, color». La Yereván presente también le fascinó; como le escribió a Lipkin: «Mi corazón judío es feliz en los bazares, con sus pilas de frutas y verduras». [33]

A finales de noviembre Grossman y Kóchar viajaron a la residencia de escritores del pueblo de montaña de Tsajkadzor (cuyo nombre significa «valle de flores»), a una hora de coche desde Yereván. Grossman no tardó en hacer amigos entre los lugareños; se sentía aceptado aun a pesar de no hablar la lengua local. Las dos palabras del saludo *Barev dzez* , que es también una expresión de buenos deseos, resultaban suficientes para encontrar confianza y comprensión. Al contemplar a una aldeana preparando el *lavash* y extendiendo la masa del pan en el aire, pensó que sus movimientos «cuidadosos y seguros parecían evocar una hermosa danza antigua». La «verdadera hermandad», la que une a personas, pueblos y culturas distintas, «no nace en los despachos ... sino en las isbas». [34] Los panaderos y artesanos armenios le trajeron recuerdos de los años de Berdíchev.

Grossman trabajaba en la traducción «de la mañana a la noche ... Cuando se va la luz no quedan ideas, solo fatiga». [35] Se hallaba en la cima de su capacidad creativa, pero reducido a reescribir una traducción inculta, realizada palabra por palabra, de

una novela bélica. Kóchar, el cliente, aceptaba el esfuerzo del «traductor Grossman» con una «indiferencia soñolienta» y sin agradecimiento. «Me molesta y entristece que mi cliente nunca responde. Al menos podía darle las gracias a su obrero.» [36] Pero Grossman también notaba que el proyecto le resultaba útil. «El ritmo, la naturaleza sistemática» del trabajo surtían un efecto calmante y fortalecedor. [37] El 2 de diciembre le escribió a Lipkin: «Me alegro de no tener descanso. Estoy agotado, como sabes. Me siento a la mesa hasta que no solo la cabeza está cansada, sino que me salen erupciones en la cara y me duelen los hombros».

Poco antes de fin de año, Kóchar llevó a Grossman a una boda rural. De todas las vivencias del viaje, esta le causó la impresión más profunda. Aquel pueblo, en la falda del monte Aragats, era uno de los más pobres del país. Cuando el carro de la boda accedió a la calle empedrada, entre casuchas de piedra y paredes de piedra, al escritor le pareció que «allí persistiera la Edad de Piedra». Los utensilios que iba viendo lo confirmaban: «barriles también hechos de piedra, tinas de basalto para la colada, pesebres de basalto para las ovejas». La Edad del Hierro no había llegado hasta aquel pueblo: las jarras, los platos, también eran de piedra. Algo de acero sí pudo ver, cuando alguien exhibió unas dagas como trofeo de guerra, en las que se leía el lema *Alles für Deutschland* , «Todo por Alemania». Entre aquellos campesinos armenios se sentía como en casa. En *Que el bien os acompañe* escribió: «Sentía la dureza de su trabajo, la pobreza de su ropa y su calzado, sus arrugas, sus canas, la curiosidad burlona y juvenil de las chicas bellas y no tan bellas, las almas poderosas y la prodigiosa sencillez de los trabajadores. Sentí y comprendí su honestidad, la dureza de sus vidas, su amabilidad y su buena disposición hacia mí. Estaba en mi casa, entre los míos». Sentado entre pastores, artesanos y panaderos, pensaba que «todas estas personas están sólidamente unidas por lazos de parentesco y de comunidad. Estos lazos son eternos. Su solidez se ha puesto a prueba durante milenios ... la familia y la comunidad ... no cedieron [ni siquiera] ante la ira de Stalin».

El ritual del matrimonio, que era complicado, no impresionó tanto a Grossman como la «sonrisa de amor» con la que la novia miraba a su hermano menor; «al instante mi corazón se llenó de alegría, de

calor, de tristeza». El sol se estaba poniendo «sobre los huesos de piedra de las montañas», que bañaba en una luz roja, y «en ese instante Ararat y su mito bíblico parecían actuales». El festejo se prolongó hasta entrada la noche, con los huéspedes sentados a cielo abierto, bajo las mismas estrellas que «brillaban sobre el Ararat cuando aún no se había escrito la Biblia». En el momento de los brindis, los invitados no hicieron alusión a los recién casados, sino que «se hablaba del bien y del mal, del trabajo duro y honesto, del amargo destino del pueblo armenio». Un carpintero vestido con una vieja guerrera de soldado se puso en pie y tomó la palabra. El anfitrión de Grossman tradujo lo que decía: estaba hablando sobre el pueblo judío y su destino trágico. También hablaba de los artículos de guerra de Grossman, que incluían retratos de armenios; leerlos le había llevado a pensar que el autor era «un hombre cuyo pueblo había soportado muchos sufrimientos». En este punto todos los asistentes se pusieron en pie y aplaudieron, y «todos hablaron de los judíos y de los armenios, de la sangre y de los sufrimientos que los habían acercado».

> Nunca en mi vida me he inclinado ante nada ni ante nadie. Pero ahora me inclino ante los campesinos armenios que, durante la celebración de una boda, en una pequeña aldea de montaña, hablaron de los suplicios del pueblo judío en la época de Hitler y del nazismo, de los campos de exterminio donde los nazis asesinaron a mujeres y niños; me inclino ante todos los que escucharon esas palabras en silencio, con solemnidad y tristeza. Sus ojos y sus rostros me dijeron mucho. Me inclino ante sus tristes palabras sobre quienes murieron en fosas de barro, en las cámaras de gas o en los barrancos, ante aquellos entre los vivos a quienes les lanzaron a la cara palabras de odio y desprecio: «Qué pena que Hitler no acabara con todos vosotros». [38]

Grossman empezó a redactar *Que el bien os acompañe* el 29 de diciembre de 1961, el día después de haber acabado el arduo proyecto de traducción al que se había dedicado con la diligencia y tenacidad de una mula. Como le escribió a Lipkin: «Ayer terminé este trabajo agotador, y hoy he empezado ... a tomar nota de mis impresiones armenias. Soy como George Sand, que acabó una novela a las cuatro de la madrugada y, sin acostarse a dormir, empezó otra. Hay una diferencia, desde luego: a ella le publicaban. Pero lo que yo hago es ciertamente difícil de entender. ¿Por qué

debería correr?». [39] Por lo general nuestro escritor se exigía siempre al máximo; él mismo se daba cuenta de que sus ansias de trabajar eran «tan irracionales como el instinto vital: igual de ilógicas e incontenibles». [40]

En *Que el bien os acompañe* abunda el amor a la vida; pero son las memorias de un hombre enfermo. Grossman no se encontró bien de salud durante el viaje; notaba que se moría, pese a contar tan solo cincuenta y seis años. Aquel proyecto de traducción, le escribió a Lipkin, era «un episodio en mi vida, en una vida que se aproxima a su fin». [41]

Los literatos locales seguían evitando a Grossman, que pasó «el día de Año Nuevo solo en mi cuarto de hotel esperando recibir alguna llamada telefónica». (Los funcionarios del partido habían indicado a los autores que debían guardar las distancias con el disidente.) «Pero nadie me llamó, ni siquiera un perro.» [42] Como era característico en él, Grossman trabó amistad con gente corriente. Su habilidad para conectar con ellos, la curiosidad por sus vidas, nunca le abandonó. *Que el bien os acompañe* concede mucho lugar a las historias de la gente que el escritor iba conociendo.

Entrevistó, por ejemplo, al «amable viejo Sarkisián, con problemas respiratorios debido a sus problemas de corazón». De joven había conocido a Lenin, antes de la revolución, y había ascendido a posiciones señeras en el partido; pero durante las purgas lo acusaron de ser un espía turco, lo «golpearon hasta casi matarlo» y lo enviaron al Gulag de Siberia durante diecinueve años. En Yereván, todavía en la cárcel, compartía la celda con ochenta personas: profesores, antiguos revolucionarios, médicos famosos, escultores, artistas. Los guardias eran semianalfabetos y «siempre se equivocaban» en el recuento de aquella «masa humana». De modo que invitaron a un viejo pastor con una «extraordinaria capacidad de cálculo, casi instantánea, para determinar el número al que ascendían esos rebaños de varios cientos, e incluso millares, de ovejas». El pastor abría la puerta de la celda abarrotada y, de un vistazo, calculaba el número de presos. «Era divertido, desde luego:

un pastor contando un rebaño de profesores, escritores, médicos y actores.» [43]

Que el bien os acompañe son unas memorias espléndidas, pero no se publicaron en vida del autor. En 1962 Grossman le dio el texto a una vieja conocida, Anna Bérzer, que le había entrevistado con motivo de *El libro negro* ; en aquel momento era editora en *Novy Mir* . Tvardovski aceptó el manuscrito, pero los censores exigieron eliminar las referencias a los campesinos armenios que hablaban de la nación judía y su destino trágico. Tvardovski, por descontado, estaba dispuesto a sacrificar un pasaje que no le parecía esencial. Tanto Bérzer como Lipkin, conscientes de la importancia de lograr que el relato de aquel viaje llegara a la imprenta, aconsejaron a Grossman que aceptara la revisión. Pero este se negó a publicar la obra sin el pasaje que aludía al Holocausto y transmitía asimismo su convicción de que las naciones debían mantener relaciones de amor y unidad. Tvardovski, que lo interpretó como una terquedad, se quejó en su cuaderno de notas: «Otra vez un escándalo, con el texto de Grossman sobre Armenia. Los censores han tachado el final (que yuxtapone a los pueblos armenio y judío a todo lo demás). Es de esos casos en los que te toca pedir por algo con lo que no simpatizas. Grossman, siempre a las bravas, a por todas. Es como si toda su obra se hubiera escrito para hacer brindis [de bodas] entre los pueblos elegidos». [44] En las palabras de Tvardovski se percibe tanto el escaso aprecio a los armenios como la actitud antisemita típica de la burocracia soviética, que calificaba de nacionalismo toda mención a la experiencia de los judíos. El mensaje de Grossman en *Que el bien os acompañe* es precisamente el opuesto: «Es hora de reconocer que en realidad todos somos hermanos». [45]

Aunque el tema elegido por Grossman le resultaba poco atractivo, Tvardovski se reunió con un funcionario del partido para solicitar que se autorizara la publicación. Pero tampoco se esforzó mucho. Por aquel entonces Tvardovski estaba absorto en su nuevo autor, Solzhenitsyn, y concentró su capacidad de influir en Jruschov en el intento de dar a imprenta la novela corta *Un día en la vida de Iván Denísovich.* Curiosamente, Tvardovski admiraba a Solzhenitsyn por los mismos rasgos que le disgustaban en Grossman. «Dios mío, ¡qué escritor! Va en serio. Un escritor que solo se preocupa por

expresar lo que habita en el fondo de su mente y de su corazón. Sin ningún intento de complacer, de facilitar la tarea de un editor o un crítico.» [46]

Iván Denísovich tardó un año en aparecer en *Novy Mir* ; vio la luz en noviembre de 1962, con la bendición de Jruschov. Grossman lo había leído antes. Bérzer, la editora, le había pasado el manuscrito, recibido de dos amigos de Solzhenitsyn: Lev Kópelev y su esposa Raisa Orlova. Era una copia mecanografiada y anónima que, en vez de título, mostraba el número de identificación de un preso: «Sch-854». Solzhenitsyn vivía por entonces en la ciudad de Riazán, al sureste de Moscú, y carecía de contactos con el mundo literario. Además tenía miedo de qué podría pasarle si publicaba su obra. Kópelev, un lingüista reputado, conocía a Solzhenitsyn desde 1947, cuando los dos habían trabajado en una *sharashka* : una prisión especial para científicos, dentro del Gulag, pero próxima a Moscú. Kópelev, que durante la guerra había sido traductor de las fuerzas armadas, fue detenido en 1945 por afirmar que los soldados del Ejército Rojo no debían torturar a los presos ni saquear los territorios de Polonia y Alemania. Se lo acusó de «propaganda del humanismo burgués y de la compasión por el enemigo» y tuvo que pasar diez años en el Gulag. [47] Kópelev apareció en *El primer círculo* , retratado en el personaje de Lev Rubin, el lingüista judío que mantiene su ideario comunista incluso en prisión.

En mayo de 1961, Solzhenitsyn fue a Moscú para mostrarles la novela a Kópelev y Raisa Orlova, que era experta en literatura. La pareja hizo circular *Iván Denísovich* entre varios escritores destacados y, tras asegurarse su apoyo, desarrolló una estrategia con miras a publicarla. Acabado el Vigésimo Segundo Congreso del Partido, convencieron a Solzhenitsyn de que era un buen momento para proponer el manuscrito a *Novy Mir* . Orlova le dio la obrita a Bérzer para que se la pasara a Tvardovski. En aquellas fechas la revista recibía un alud de manuscritos —que en su mayoría eran rechazados— compuestos por antiguos presos del Gulag; por eso era importante que *Iván Denísovich* llegara a la mesa del editor adecuado.

A Grossman la lectura de aquella novela corta le impresionó profundamente. Cuando acabó el texto llamó a Lipkin para que

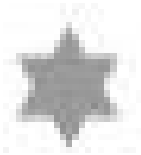
viniera de inmediato. En el recuerdo de su amigo: «Era una historia impresa en papel cebolla, en cuerpo apretado. Una historia anónima ... Me senté a leer aquellas páginas arrugadas y me resultó imposible dejarlas. Las leí con dolor y placer. Grossman, una y otra vez, se acercó a mirarme a los ojos y compartir mi placer. Era *Un día en la vida de Iván Denísovich.* Grossman decía: "¿Te das cuenta de que de pronto, ahí, en el otro mundo, en el reino de la servidumbre penal, ha nacido un escritor? Y no un escritor cualquiera, sino maduro, de un talento enorme. ¿Hay alguien aquí al que se le pueda comparar?"». [48]

Grossman esperaba que Solzhenitsyn quizá querría venir a conocerlo. [49] De haberse dado la ocasión, habría descubierto que la actitud de Solzhenitsyn para con la libertad, la democracia, la ciencia, la historia de Rusia y «la cuestión judía» era incompatible con la suya. Como ha afirmado Sájarov en sus memorias: «El hecho de que Solzhenitsyn desconfiara de Occidente, del progreso en general, de la ciencia y la democracia, le inclina a un concepto romántico de la forma de vida patriarcal ... a esperar demasiado de la Iglesia Ortodoxa Rusa. Para él, la región septentrional de nuestro país es un lugar aún inmaculado, una reserva en la que el pueblo ruso puede lavarse los destrozos morales y materiales que ha causado el comunismo, una fuerza diabólica importada de Occidente». [50]

En 2001-2002, Solzhenitsyn publicó un controvertido estudio, en dos volúmenes, de las relaciones entre rusos y judíos, *Doscientos años juntos.* Como defensor acérrimo de la ortodoxia rusa, no pudo evitar un sesgo al examinar un problema tan delicado como la influencia judía en la historia rusa. Su extenso artículo de 2003 sobre las novelas grossmanianas *Por una causa justa* y *Vida y destino* parece la consecuencia irónica de este ensayo. En él, Solzhenitsyn explica, en tono condescendiente, qué debería haber escrito Grossman sobre la guerra y el Holocausto. Se diría que sabe mejor que el propio autor qué opinaban Shtrum y su madre, sobre el hecho de ser judíos, antes de la guerra. [51]

Entre sus escritores contemporáneos, Grossman destacaba a Yevtushenko, ante todo por su coraje civil. En 1961, después de leer su poema «Babi Yar», Grossman comentó: «Por fin, un ruso ha

escrito que hay antisemitismo en nuestro país. Su poesía es regular, pero lo que importa es la acción, que es hermosa, incluso valerosa». Según Lipkin, Grossman «se sentía molesto y herido porque los escritores de etnia rusa no parecieran afectados por el horror» del Holocausto. [52]



El Vigésimo Segundo Congreso del Partido, a finales de 1951, puso de manifiesto un cambio importante en la política gubernamental. El discurso de Jruschov reavivó la esperanza grossmaniana de que la sociedad soviética se democratizara. Si dejamos a un lado algunas afirmaciones poco realistas —por ejemplo, que en la URSS se implantaría el comunismo en un plazo de veinte años—, Jruschov denunció violaciones graves de la «democracia soviética y la legalidad revolucionaria» y defendió la necesidad de contar la verdad sobre el abuso de poder en la época de Stalin. [53] Tvardovski, en uno de los discursos más prometedores del congreso, pidió a los escritores que revelaran la verdad sobre el pasado, que contaran «toda la verdad». [54]

El discurso de Jruschov, pues, dio nuevas esperanzas a Grossman. Nuestro escritor creía que abordar la verdad sobre el pasado estalinista era esencial para dar un paso hacia delante y construir una sociedad democrática. Cuando redactaba la petición para Jruschov, Grossman sentía que quizá podría convencerlo, si no de publicar *Vida y destino* , al menos sí de que se le devolviera la obra confiscada. [55] El 26 de febrero de 1962, en carta a Jruschov, Grossman defendió poderosamente la necesidad de respetar las libertades democráticas y los derechos individuales. La carta expresaba sus convicciones más profundas.

> *¡Querido Nikita Serguéievich!*
>
> *En octubre de 1960 envié el manuscrito de mi novela* Vida y destino *a la revista* Znamia *. Hacia la misma época se lo di a conocer también a T. Tvardovski, director de* Novy Mir *.*

A mediados de febrero de 1961, agentes del KGB ... se incautaron de las copias y los borradores de Vida y destino que yo tenía en casa. También confiscaron las copias de las oficinas editoriales de las revistas Znamia *y* Novy Mir *.*

Así concluyó el envío de mi obra a las revistas que en el pasado me habían publicado varios escritos...

Tras el secuestro del manuscrito apelé el camarada Polikárpov, en el Comité Central. D. A. Polikárpov se mostró muy crítico con mi obra y sugirió que reflexionara, admitiera que mi libro era falaz y pernicioso y escribiera una carta al Comité Central.

Ha pasado un año. He pensado de forma prolongada e incesante sobre la catástrofe que ha sufrido mi vida como escritor y sobre el destino trágico de mi libro.

Quiero compartir aquí mis pensamientos, con toda franqueza. En primer lugar, tengo que decir lo siguiente: no he llegado a la conclusión de que mi libro contenga falsedades. En este libro he escrito lo que consideraba, y sigo considerando, que era la verdad. Solo he descrito las cosas que he pensado, sentido y sufrido.

Mi libro no es político. He hablado en él, tan bien como he sabido, de las personas, sus pesares, alegrías, prejuicios, muerte. He escrito sobre el amor y sobre la compasión.

Mi libro contiene páginas amargas y difíciles. Aborda nuestro pasado reciente, los hechos de la guerra. Quizá no resulte fácil leer esas páginas. Creedme: escribirlas tampoco fue fácil. Pero tenía que escribirlas.

Empecé a escribir este libro ... cuando Stalin aún vivía. Por entonces, no parecía que pudiera haber ni la más mínima esperanza de publicarlo...

Cuando envié el manuscrito [a Znamia *], contaba con que habría desacuerdos entre el escritor y el*

editor; que el editor pediría eliminar algunas páginas, quizá capítulos. El director de Znamia, Kozhévnikov, e igualmente Márkov, Sartakov y Schipachov, jefes del sindicato de escritores, me dijeron ... que el libro es dañino y no se puede publicar. Pero al mismo tiempo no acusaron al libro de ser falso. Uno de los camaradas dijo: «Todo esto ha sucedido o podría haber sucedido, y han vivido o podrían haber vivido personas parecidas a las que se retratan». Otro añadió: «Sin embargo, el libro solo se puede publicar dentro de doscientos cincuenta años».

Con vuestro discurso en el Vigésimo Segundo Congreso del Partido habéis arrojado nueva luz sobre todas las cosas difíciles y erróneas que se produjeron en nuestro país durante el liderazgo de Stalin. Me ha hecho comprender todavía más que el libro Vida y destino *no contradice la verdad que habéis expresado; que hoy esta verdad está al alcance de todos y no se pospone doscientos cincuenta años.*

Para mí resulta aún más terrible que el libro me lo hayan quitado por la fuerza. Quiero tanto a este libro como un padre quiere a un buen hijo. Quitarme el libro es como quitarle el hijo a un padre.

Hace un año que me confiscaron el libro. Desde hace un año estoy pensando sin descanso en su destino trágico, buscando una explicación para lo ocurrido. ¿Quizá se explica por el hecho de que mi libro es subjetivo?

Pero todas las obras literarias, salvo las escritas meramente por encargo, tienen una huella personal, subjetiva. El libro de un escritor no es la ilustración directa de las ideas de los líderes políticos y revolucionarios. Un libro las menciona, a veces se funde con ellas, las contradice de alguna manera, pero siempre, es inevitable, expresa el mundo interior del escritor, sus sentimientos, las imágenes que le son más queridas; por lo tanto, un libro solo puede ser

subjetivo. Siempre ha sido así. La literatura no es un eco; habla de la vida y de los dramas de la vida a su propia manera ... Sé que mi libro es imperfecto, que en ningún modo se puede comparar a las obras de los grandes escritores del pasado. Pero aquí no se trata de las deficiencias de mi talento. Se trata del derecho a escribir la verdad que uno ha descubierto a través de los largos años de vida y sufrimiento. Así pues, ¿por qué se ha prohibido mi libro, que de alguna manera puede corresponderse con las necesidades espirituales del pueblo soviético, y que no contiene ni falsedades ni calumnias, sino verdad, dolor y amor por las personas? ¿Por qué me lo han quitado, mediante la violencia administrativa, y se ha ocultado tanto de mi vista como de la del pueblo, como si de un criminal o un asesino se tratara?

Transcurrido un año, no sé si mi libro está intacto. ¿Ha sido destruido o quemado?

Si mi libro es mentira, que la gente que quiere leerlo lo sepa. Si mi libro difama, que se anuncie que difama. Que el pueblo soviético, los lectores soviéticos para los que llevo treinta años escribiendo, juzguen por sí mismos qué hay de cierto y de falso en mi libro.

Pero se ha privado al lector de la oportunidad de juzgarme a mí y a mi libro en el juicio más severo de todos: el juicio del corazón, de la conciencia. ¡Cuánto he anhelado y anhelo este juicio!

Además, cuando la revista Znamia rechazó mi libro, se me recomendó que respondiera a las preguntas de los lectores diciéndoles que yo aún no había podido concluir el manuscrito y que terminar la obra requeriría aún mucho tiempo. En otras palabras: se me pidió que mintiera.

Asimismo, cuando se me confiscó el manuscrito, se me exigió firmar una cláusula de silencio que me exponía a un castigo penal si revelaba la existencia de la confiscación.

Estos métodos de ocultación de todo lo que le ha sucedido a mi libro no son los métodos con los que uno lidia con las mentiras y calumnias. No es así como se lucha contra las mentiras. Así se lucha contra la verdad.

¿Qué está pasando, entonces? A la luz de las ideas del Vigésimo Segundo Congreso del Partido, ¿cómo es posible entender lo que sucede? Mi querido Nikita Serguéievich, estos días se escribe y se dice a menudo que estamos regresando a los valores democráticos de Lenin...

En el Vigésimo Segundo Congreso del Partido habéis condenado sin reservas la ilegalidad sangrienta y los actos brutales desempeñados por Stalin. La fortaleza y el atrevimiento de vuestro discurso hacen creer que las normas de nuestra democracia prosperarán, igual que las normas de producción del acero, el carbón y la electricidad prosperaron tras los días del hundimiento económico que acompañó a la guerra civil. A fin de cuentas, la esencia de una nueva sociedad es aún más [manifiesta] en el crecimiento de la democracia y la libertad que en el desarrollo industrial y el consumo económico. Creo imposible imaginar una nueva sociedad sin un crecimiento sostenido de la libertad y la democracia.

¿Cómo se puede entender entonces que, en esta época, en nuestros días, se registre la casa de un escritor, se le confisque el libro ... y se amenace con la cárcel al escritor, si empieza a hablar sobre su tristeza?

Os pido que dejéis mi libro en libertad; pido que mis editores, y no los agentes del KGB, hablen y debatan conmigo sobre el libro. No hay lógica ni verdad en la condición presente, en que yo esté materialmente en libertad cuando el libro al que he dado mi vida está en prisión: como yo lo he escrito, no he renunciado a él y no renuncio... pido que mi libro quede en libertad.

Con mi más profundo respeto,

V. GROSSMAN [56]

Grossman pasó cinco meses a la espera de la respuesta. De día se quedaba siempre en el apartamento, para tener la seguridad de no perderse ninguna llamada de la oficina de Jruschov. En julio, cuando finalmente cedió y salió por fin a pasear, llamó por teléfono alguien del Comité Central. Irina tomó nota del mensaje: Grossman debía reunirse con Mijaíl Súslov el día 23.

Súslov, elegido por Stalin para dirigir el Departamento de Agitación y Propaganda, era considerado como el principal ideólogo soviético. Grossman lo conocía de la época en la que este, como «supervisor» del trabajo del Comité Antifascista Judío en *El libro negro* , acabó prohibiendo el proyecto. Súslov había estado a la vanguardia de los ataques contra el CAJ, al que se acusó de actividades antisoviéticas y espionaje. [57] Luego no movió un dedo por la publicación de *Por una causa justa* . Súslov ha pasado a la historia por hazañas tales como haber supervisado la deportación de minorías étnicas del Cáucaso, durante la segunda guerra mundial, y, una vez acabada la contienda, inclinarse por deportar a los disidentes lituanos a Siberia.

Grossman quizá pensara que podía llegar a despertar algo de empatía en Jruschov, pero sin duda no cabía esperar que convenciera a Súslov. El propio Jruschov, según sus memorias, se dio cuenta de que «cuando se trata con mentes creativas, las medidas administrativas son siempre las más destructivas y menos progresistas». [58] Pero la carta de Grossman fue pasando de mano en mano hasta llegar a Súslov, un comunista de la línea más dura, que dirigió la maquinaria ideológica soviética en tiempos de Stalin y de Jruschov, y siguió haciéndolo en los de Brézhnev.

Como preparación para tratar con el «cardenal gris», Grossman fue apuntando sus pensamientos. «Escribí lo que sentía y pensaba ... Escribí la verdad.» Redactó una lista de lo que se había confiscado: todos los materiales relativos a la novela, incluso los extractos ya publicados. «No me puedo creer que incautarse del manuscrito por la fuerza deba ser la única respuesta a lo que escribí en mi libro.» Intentaría averiguar «qué suerte» había corrido el

manuscrito, si se había «preservado [o] destruido». Le pediría a Súslov que le transmitiera a Jruschov el deseo de que leyera el libro él mismo. También preguntaría cuál iba a ser su propia suerte como escritor. «Pienso decir que la violencia no me intimidará.» ¿Se le cerraría el acceso a toda publicación? Hablaría de la campaña previa contra su novela *Por una causa justa* , que muchos habían denunciado en 1952. Mencionaría, como ejemplo de un exceso de presión, la campaña contra Pasternak. Sin embargo, al parecer las autoridades pensaban que se habían mostrado demasiado blandas con Pasternak, y que Grossman debía pagar los platos rotos. «Habían decidido aplastarme.» Acabaría repitiendo la solicitud de que Súslov, en su nombre, le rogara a Jruschov que leyera el libro. [59]

La reunión de Grossman con el «cardenal gris» duró tres horas. Al volver a casa apuntó, de memoria, los argumentos centrales de Súslov. No tomó nota de sus propias palabras porque, como dice en el mismo documento, «en sus comentarios, Grossman reiteró, ante todo, la carta que había enviado a Jruschov».

> SÚSLOV : ... Tu novela no se puede publicar ... Tu novela es un libro político. Te equivocas cuando afirmas que es solo una obra artística.
>
> Tu novela es hostil, no solo al pueblo y el Estado soviéticos, sino a todo aquel que lucha por el comunismo fuera de las fronteras soviéticas, a todos los obreros progresistas del mundo capitalista, a todo el que lucha por la paz.
>
> Tu novela solo servirá para beneficiar a nuestros enemigos.
>
> Sabes perfectamente, tanto como nosotros ... que hay una batalla férrea e intensa entre nuestros dos sistemas ... Estamos restaurando las normas democráticas de Lenin. Pero las normas democráticas leninistas no son las de la democracia burguesa ... Crees que, en tu caso, hemos violado el principio de libertad. Sí, es así, si uno interpreta la libertad en el sentido burgués. Pero nosotros tenemos otra interpretación de la libertad. No entendemos la libertad como la entiende el mundo capitalista: como el derecho a hacer lo que uno quiera, sin tener en consideración los intereses de la sociedad. Solo los imperialistas y los millonarios necesitan esa libertad.
>
> Nuestro escritor, el escritor soviético, solo debe producir lo que es necesario para el pueblo y útil para la sociedad.
>
> Yo no he leído tu libro. Pero he leído con atención muchas reseñas y respuestas que incluyen una abundancia de citas de tu novela. Aquí puedes ver cuántas notas he tomado de esas reseñas.
>
> Todos los que han leído tu libro dan una evaluación unánime. Todos los que lo han leído creen que es políticamente hostil con nosotros ... Los reseñadores pueden haberse equivocado en la valoración artística del

libro, pero en la evaluación política han sido unánimes y no tengo razones para poner en duda la precisión de su dictamen político.

Es imposible publicar tu libro y no se va a publicar.

No, no se ha destruido. Se quedará donde está. No vamos a cambiar su destino. No debemos subestimar el daño que podría acarrear la publicación de este libro.

¿Por qué deberíamos añadir tu libro a las bombas nucleares que nuestros enemigos están preparando contra nosotros? Su publicación solo ayudará a nuestros enemigos ...

Tu libro contiene paralelismos directos entre nosotros y el hitlerismo. Tu libro describe a los nuestros, a los comunistas, de una forma incorrecta y falsa. ¿Cómo podríamos haber ganado la guerra con la clase de personas que describes? Tu libro habla positivamente de la religión, Dios, el catolicismo. Tu libro defiende a Trotski. En tu libro abundan las dudas sobre la legitimidad de nuestro sistema soviético.

Eres consciente de todo el daño que el libro de Pasternak nos ha causado. Todos los que han leído tu libro, que conocen las reseñas, tienen claro que el daño que *Vida y destino* provocaría sería incomparablemente mayor que el del libro de Pasternak. Tu libro resulta incomparablemente más peligroso, para nosotros, que *Doctor Zhivago* .

Después de cuarenta años de existencia triunfal del régimen soviético, después de haber derrotado al fascismo alemán ... de que un tercio de la humanidad enarbole nuestra enseña, ¿por qué deberíamos publicar tu libro e iniciar un debate público contigo sobre si el pueblo necesita el poder soviético?

Hemos manifestado los errores que acompañaron el culto a la personalidad de Stalin, pero nunca criticaremos a Stalin por haber luchado contra los enemigos del Partido y el Estado. Le criticamos por haber luchado contra nuestro propio pueblo.

Resulta imposible hacer ningún paralelismo entre el destino de esta novela y el del libro *Por una causa justa* . No son libros comparables. Hace muchos años Fadéiev vino a pedirme que leyera *Por una causa justa* . Leí el libro y no encontré en él nada políticamente ofensivo. Pero tu novela *Vida y destino* es políticamente hostil con nosotros ...

El Partido y el pueblo nunca nos perdonarían si publicamos tu libro ...

Todos hemos leído tu carta y hablado de ella. Aquí puedes verla.

Tengo en alta estima *[Stepán] Kolchuguin* , *El pueblo es inmortal* y *Por una causa justa* . Tus otros libros no los he leído. Te insto a recuperar la perspectiva anterior, la que adoptabas cuando escribiste esos libros ...

Hace poco he leído tu relato «El camino». No es lo que esperamos de ti. La historia no me ha gustado. De ti se esperan libros parecidos a *El pueblo es inmortal* ...

Estoy convencido de que renunciarás a tu punto de vista actual y seguirás escribiendo desde la posición que mantenías cuando escribiste los libros anteriores.

Me voy de vacaciones y posiblemente leeré *Vida y destino* . [60]

La retórica de un *apparatchik* soviético que separaba a las personas entre «nosotros» y «ellos» no era ninguna novedad para Grossman. Los comentarios de Súslov eran esperables en la mentalidad de un gran funcionario del partido, nombrado por Stalin; y por eso quiso documentarlos. El periodista que había en Grossman seguía haciendo la crónica de cuanto sucedía. Es de creer que más adelante releyó las notas para reflexionar sobre ellas: en las páginas se observan quemaduras de cigarrillo.

En la reunión, Súslov hizo referencia a reseñas internas de *Vida y destino* y leyó, entre las citas que se incluían, varios pasajes «censurables». Estas reseñas, de entre quince y veinte páginas, las escribían *apparatchiki* del partido. Algunos años más tarde, Lipkin averiguó que uno de los reseñistas había sido Ígor Chernoutsán, consultor del Departamento de Cultura del Comité Central. Era un censor profesional, con fama de ser relativamente liberal, que se jactaba de que la idea de incautarse del libro en vez de arrestar al autor había sido suya. [61]

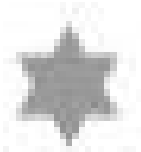
«El camino», el relato de Grossman que tanto había disgustado a Súslov, se publicó en *Novy Mir* en 1962. Es una narración conmovedora, sobre un mulo llamado *Dzhu* , que recorre con su carga los caminos de Italia, Abisinia y Rusia durante la segunda guerra mundial. «El camino» trata de la libertad perdida, de la indiferencia universal al propio sufrimiento y la necesidad de la compasión. Es uno de los mejores relatos de animales de Grossman, comparable con «Historia de un caballo», de Tolstói, y «Tristeza», de Chéjov. En el cuento de Chéjov, un cochero, cuyo hijo ha muerto, no encuentra a nadie con quien compartir su pena, y solo se la puede confiar a su caballo.

El relato de Grossman es conmovedor, como la prosa de Chéjov. Pero la historia del mulo es también una alegoría de su vida como escritor. «El camino» refleja el estado de ánimo de aquella época: después de que el KGB hubiera confiscado su obra maestra, el fruto de muchos años de trabajo, se sentía desesperado y emocionalmente agotado. «El mulo se quedó quieto y cabizbajo, siempre indiferente a la cuestión de ser o no ser, con una total ausencia de rencor u otro sentimiento hacia aquel mundo llano, dado que este se mostraba igual de indiferente mientras le iba

destruyendo.» [62] La «indiferencia» que aparece de forma repetida describe un rasgo de la sociedad posestalinista que a Grossman le resultaba intolerable.

Al final de la narración hay un destello de esperanza. El mulo revive en una granja colectiva, gracias al «aliento cálido y tierno» de una yegua «de belfos inquietos y suaves». Vuelve a la vida con la sensación de que «el terrible sobreesfuerzo, que parecía haber aplastado a *Dzhu* bajo el peso de su indiferencia hasta matarlo, no había logrado acabar con él». El mulo y la yegua, entre lágrimas, conversan sobre su vida y destino. [63]

Tras la confiscación de *Vida y destino* , las revistas se mostraron reticentes a sopesar la publicación siquiera de los textos más inocuos de Grossman. Cada vez que algo llegaba a la imprenta, por lo tanto, era un acontecimiento. Bérzer recuerda que vio a Grossman contento «como un chiquillo» cuando recibió las pruebas de «El camino». En aquel momento, toda promesa de edición —le dijo a Bérzer— le hacía sentir como se habría sentido Robinson Crusoe al poner el pie, de pronto, sobre una vía asfaltada. [64] «El camino» vio la luz con relativa rapidez, sin apenas obstáculos de las autoridades. En 1963 *Novy Mir* publicó otro cuento de Grossman: «Unos días tristes». Hacía referencia a las purgas de Stalin, en cuyo contexto mueren dos miembros de una familia extensa, dejando tras de sí a un huérfano joven y discapacitado. Un pariente lo acoge y lo trata con notable amabilidad, una actitud que prácticamente se ha extinguido en la sociedad soviética. A los censores les pareció un relato pesimista y frenaron la edición. Pero Tvardovski se impuso y el cuento salió en el número de diciembre.



En Armenia, Grossman se había encontrado mal, pero a pesar del dolor de espalda y la fatiga, había trabajado con intensidad. Al regresar a Moscú, en la primavera de 1962, notó sangre en la orina. El médico le aconsejó ver a un especialista, pero Grossman no le hizo caso. Padecía cáncer de riñón. De haber acudido antes (según

le reveló a Lipkin un oncólogo) habría podido vivir algunos años más. Como era habitual en aquellos días, el enfermo no llegó a conocer el diagnóstico del cáncer. Grossman, aun así, notaba que se moría. Envejeció con rapidez, volvió a sufrir por el asma, el pelo se le volvió cano y caminaba tambaleándose. [65]

Su vida personal era tan complicada como de costumbre. Vivía con Olga, a la que ya no amaba, y sentía el deseo de ver a Zabolótskaia. En enero de 1962, cuando organizaba el regreso desde Armenia, Grossman escribió a su esposa para decirle que quería pasar por Sochi a visitar a Zabolótskaia, que estaba allí con su familia. Olga se enfureció. «He recibido una carta muy deprimente de O. M. —le contó a Lipkin—. Ay, ¡qué amargura, este malentendido!» [66] Algo antes, su hija Katia —que se había casado y contaba ya treinta y un años— envió a Grossman una carta de felicitación por su quincuagésimo sexto aniversario, que al escritor le pareció fría. Era una carta «escrita con una gran indiferencia. Pero aun así es mejor que el silencio de los cinco meses [precedentes]». [67] El teléfono también guardaba silencio. Durante los últimos años, Grossman estuvo aislado por completo y sin ocasión de publicar su trabajo. Perdía la salud con celeridad. Solo le quedaba la batalla «por una causa justa». Su última novela, *Todo fluye* , se convirtió en su testamento político.

14

Todo fluye

> ¡Qué hermosa es la libertad si basta con evocarla para que su imagen llene de felicidad al hombre!
>
> VASILI GROSSMAN , *Todo fluye* [1]

Durante sus últimos años, Grossman afirmó que no le importaba vivir en un lugar u otro, como si era en una estación de tren. En el pueblo de Begovaia, no obstante, la familia había crecido. Fedia y su esposa Irina se habían instalado en el antiguo estudio del escritor con su hija pequeña, Lena. Grossman trabajaba en el comedor, que por la tarde se usaba como salón para recibir a los invitados. En 1962, después de regresar de Armenia, se mudó a un piso pequeño que la cooperativa de los escritores acababa de construir en el sector norte de Moscú.

En tiempos de la URSS, escribir podía ser un negocio muy provechoso. En 1934, nada más crearse, la Unión de Escritores Soviéticos contaba con mil quinientos miembros. En 1959 la cifra había ascendido a casi cinco mil. En 1989, próximo ya el fin de la URSS, este prestigioso sindicato de las letras sumaba casi diez mil integrantes. Para acceder había que pasar por un riguroso proceso de selección. [2] Los escritores soviéticos eran de hecho propagandistas del gobierno, y el estado los recompensaba generosamente. Según observa Grossman en *Todo fluye* , tales

escritores se aplicaban «con especial esmero» a reproducir detalles «tratando de hacer pasar la mentira por verdad». [3]

Allá por octubre de 1958, Grossman había leído *Los hermanos Yershov* , una novela sobre varias generaciones de obreros soviéticos, empleados en una planta metalúrgica. Los personajes eran de cartón piedra, y las situaciones, inverosímiles. Era obra de un clásico del realismo socialista, el funcionario literario Vsévolod Kóchetov. En carta a Lipkin, Grossman calificó la obra de «creación mezquina y vergonzosa, estructurada sobre una plantilla tan seductora que podría haber surgido de la cabeza de un gallo, una lucioperca o una rana. Han circulado medio millón de ejemplares. El único consuelo: es incompetente». [4] Kóchetov había medrado en tiempos de Stalin, y siguió prosperando durante el Deshielo: Jruschov incluso le concedió la orden de Lenin; con Brézhnev se levantó en su ciudad natal, Nóvgorod, un monumento de granito en su memoria. Como en su gran mayoría los escritores soviéticos eran, en lo esencial, empleados estatales, su producción disfrutaba del subsidio del gobierno. El Fondo Literario, una organización rica e influyente, proporcionaba servicios esenciales a los miembros del sindicato de escritores, y en el distrito de Aeroport, donde se concedió a Grossman un apartamento de una habitación, había una policlínica específica para los escritores y sus familias, economatos de alimentos, una sastrería y otros servicios de calidad.

El nuevo apartamento, que Grossman utilizaba como oficina, estaba en el sexto piso de un edificio de nueve plantas de la calle Krasnoarméiskaia, número 23. Con motivo de la mudanza, repitió con frecuencia: «¡Qué bien! Aquí nadie me conoce». [5] En la nueva vecindad, en efecto, tan solo conocía a un puñado de escritores. Su amigo Lipkin vivía cerca. Por el contrario, la escritora Marietta Shaguinián era una de las vecinas con las que no deseaba encontrarse. Era famosa ante todo por sus biografías de Lenin, pero también había atacado *Por una causa justa* : en marzo de 1953, *Izvestia* le publicó un comentario largo e insultante, titulado «Las raíces de los errores».

Viacheslav Lobodá, que poco antes había regresado de Chukotka junto con su familia, ayudó a Grossman a trasladar la biblioteca al nuevo apartamento. Lobodá, al que las autoridades

hostigaban sin descanso por ser hermano de un «trotskista», no había encontrado la paz ni siquiera en aquel confín remoto del planeta. Cuando en 1952 un ex compañero lo denunció por afán de saldar cuentas personales, se le preparaba ya otro proceso político. Lobodá y su esposa Vera perdieron el trabajo como directores de escuela y se les amenazó con expulsarlos de su casa. La hija menor de la pareja tan solo contaba por entonces dos años de edad. En esta época desesperada, en enero de 1953, Grossman contribuyó a organizar la publicación de un artículo en *Pravda* . Obra del periodista Iván Riábov, amigo del escritor, el texto describía a Lobodá como un etnógrafo y educador desinteresado, y se mofaba del autor de la denuncia. Poco después, la pareja recuperó sus puestos de trabajo. Al volver de Chukotka, en 1961, compraron una casa en la pequeña ciudad de Maloiaroslávets, cercana a Moscú, donde Grossman los visitó y donde se preservaría el manuscrito de *Vida y destino* .

Masha Lobodá, la hija menor de la pareja, sirvió de modelo para la heroína de un relato de Grossman: «En una gran ronda de jardines», de 1963. Masha estuvo un tiempo en el hospital, por una apendicectomía. Compartir la sala con viejas campesinas fue una profunda impresión, que transmitió a su familia; cuando Lobodá refirió aquellas vivencias a Grossman, el escritor quedó insatisfecho con el relato de segunda mano y pidió que llevaran a Masha a su nuevo apartamento. La niña, que contaba once años, se sorprendió de que el «tío Vasia», como lo llamaba, la tratara como una adulta, y se sintió incómoda al enfrentarse a la «mirada seria y penetrante» con la que Grossman formulaba sus preguntas. [6] El escritor, que deseaba escribir un cuento desde la perspectiva de una niña, tenía en la curiosidad uno de sus rasgos más característicos. Mientras vivía en el pueblo de Begovaia era habitual que, cuando los amigos de la universidad venían a visitar a Fedia e Irina, Grossman se sumara a la conversación.

Después de que se confiscara *Vida y destino* Grossman fue sometido a una vigilancia permanente del KGB; secreta, pero no desconocida para sus amigos y vecinos. El nuevo apartamento tenía micrófonos ocultos y, antes de que el escritor se mudara allí, el KGB instaló equipos de escucha en el piso inmediatamente superior. Un

ingeniero de la construcción se lo había confiado a un conocido empleado en la administración del edificio y, a partir de aquí, la noticia acabó llegando a la comunidad de los escritores y alguien se lo contó a Grossman. Cuando los amigos venían de visita, Grossman señalaba la lámpara del techo y hacía un gesto de silencio con el índice frente a los labios. El escritor Yampolski recordaba haber estado en aquel apartamento. Sin devolver el saludo, Grossman lo condujo hasta el estudio, donde escribió, en una hoja de papel: «Boria, recuerda que las paredes pueden tener oídos». [7] También Taratuta y Masha Lobodá han contado que Grossman evitaba hablar en su apartamento y, con gestos, les advertía de los micrófonos.

Yampolski, que ha abordado los últimos años de Grossman en una obra que se cita a menudo, retrata el panorama de un escritor empobrecido, abatido, solo y moribundo. Al describir el estudio en el que trabajaba alude a un sofá desvencijado, una máquina de escribir rota, una mesa de trabajo rallada, libros con las tapas gastadas, una alfombra vieja y descolorida, y una palmera marchita, casi difunta, en un rincón. Extrañamente, añade a la lista un elemento que sin lugar a dudas no estaba allí: la cabeza de un alce disecado, atacada por las polillas. [8] Tanto Masha Lobodá como la familia de Grossman recuerdan con claridad que en el apartamento no había ninguna cabeza de alce. Sin embargo, el autor había descrito una en el cuento «El alce», alusivo a un hombre solo y moribundo. Yampolski recordaba la historia como algo real porque su lectura le había impresionado sobremanera. No era el único: en 1962, después de que el cuento se publicara en una revista literaria de Moscú, un lector le envió a Grossman un bordado con una cabeza de alce, que él sí guardaba en el piso.

Grossman conservaba algunos recuerdos como un tesoro y los guardó en el estudio a lo largo de los años; por ejemplo, un cubo infantil, de un juego de letras, y una lámpara de seguridad para minería, que le habían regalado los carboneros de Smólianka II, en el Dombás. Un elegante conjunto grabado de pluma y tintero ocupaba un lugar central en su escritorio. Grossman escribía con estilográfica, pero aunque apenas la usaba también disponía de una máquina de escribir, de marca Erica. Tenía a la vista una garra de

águila (que había comprado antes de la guerra) y una púa de puercoespín recogida en un zoo al que solía ir con familiares o amigos. También tenía una pequeña escultura de un hombre aterido de frío, regalo de Nikolái Sochevets, un hermano de Olga al que Grossman retrata en *Todo fluye* mediante la figura de Iván. Como el Iván de la novela, Nikolái tenía «talento para la escultura» y hacía figuras de arcilla, vivas y expresivas. [9] (Después de pasar diecisiete años en el exilio, el cuñado de Grossman regresó prácticamente ciego. Quedan esculturas suyas, entre otros lugares, en las casas moscovitas de Masha Lobodá y Katia Korotkova-Grossman.) Otro recuerdo del estudio del escritor era un barómetro alemán con un dibujo simpático, de un asno, y una cola pegada. Grossman se lo había traído de la guerra, junto con una armónica alemana, del tipo que los soldados solían tocar en el frente. [10]

Cuando el escritor aún trabajaba en el pueblo de Begovaia, Olga intentó ponerle en la mesa un reloj de oro que había heredado de su hermana, Yevguenia. Pero Grossman se negó: «Liusia, mientras viva, no quiero tener nada de oro». Quizá esta humildad, junto con sus maneras democráticas, hizo que la asistenta, Darénskaia, comentara: «Vasili Semiónovich, aunque eres judío, estarás en el Paraíso». Grossman le sonrió y preguntó: «¿Y qué me dices de Olga Mijáilovna?». La criada no respondió. [11]

En el nuevo apartamento, Grossman escribió varios cuentos, como «El alce», «En una gran ronda de jardines» y «El camino», terminó «Fósforo» y trabajó en las memorias del viaje a Armenia, *Que el bien os acompañe* . También se esforzó por completar su última novela, *Todo fluye* , que había empezado en 1955, en simultaneidad con el ensayo «La Madonna Sixtina».

Todo fluye se basa en parte en la historia del cuñado de Grossman. En 1930, a los veintitrés años, Nikolái Sochevets fue deportado junto con sus hermanas y sus padres ya ancianos. Vivían en Sochi, junto al mar Negro, y acabaron en tierra de nadie, más allá de los Urales.

Ocurrió durante la campaña de Stalin contra los kulaks. Se acusaba a la familia de haber «difamado» al estado Soviético y de ser «kulaks», todo porque poseían una pequeña finca (que perdieron, como todas sus posesiones). Con la excepción de las tres hermanas mayores, que vivían de forma independiente, se transportó a los expulsados en un vagón para animales, sin calefacción, en pleno invierno. La narración de las deportaciones de los kulaks y sus familias en *Todo fluye* procede, en lo esencial, de los relatos de Nikolái: «El viaje se prolongó más de un mes: las líneas ferroviarias estaban llenas de trenes cargados de campesinos procedentes de todos los rincones de Rusia. Yacían unos encima de otros, ni siquiera había catres en los vagones de ganado. Los enfermos morían durante el viaje, no llegaban a destino». [12] Al llegar, se conducía a los deportados a un bosque en el que improvisaban las cabañas en las que vivirían. No había empleo, ayuda médica ni alojamientos adecuados; muchos desplazados murieron de hambre o por enfermedades. Nikolái, que era economista, pudo encontrar trabajo como contable; el sueldo era escaso, insuficiente para sostener a quienes dependían de él. En 1947, cuando volvió a Moscú, era el único superviviente entre los deportados de su familia. Desde entonces, Grossman lo vio cada domingo, cuando iba a cenar. Nikolái era un hombre de talento, cuya vida había quedado hecha trizas cuando aún era estudiante, antes de que tuviera ocasión de desarrollar sus múltiples capacidades como escultor, poeta, economista e historiador. Estaba fascinado por la historia y el Próximo Oriente. El Iván de *Todo fluye* se interesa por los monumentos y manuscritos de la antigua Partia.

Las vivencias de Nikolái ayudaron a Grossman a crear, en *Todo fluye* , un retrato colectivo de su generación. A Iván, que destacaba entre sus compañeros por superarlos a todos «en inteligencia y talento», lo detienen a consecuencia de una denuncia política y pasa buena parte de su vida en el Gulag. Durante la obra, Grossman habla sobre la vida de jóvenes capaces e idealistas, hombres y mujeres cuya vida y talentos fueron destruidos por el estado estalinista, «a los que no les fue dado pintar sus cuadros y escribir sus libros». [13]

En esta novela final, Grossman también realiza su defensa más tenaz de los derechos humanos y la libertad. Al vivir bajo la vigilancia del KGB, sufría más directamente que nunca la ausencia de la libertad en la Unión Soviética. Su protagonista, Iván, alza la voz contra la dictadura en un círculo de estudios filosóficos. Nos encontramos en la década de 1920, e Iván «declaró que la libertad era un bien igual a la vida misma». Después de que uno de los estudiantes lo denuncie ante las autoridades, expulsan a Iván de la universidad y lo envían al exilio, por tres años, a Kazajistán. Pero la privación no acaba aquí: durante los tres decenios posteriores, Iván «no había pasado más de un año en libertad». [14] En 1936, en la fase culminante de las purgas, lo condenan a diecinueve años en el Gulag. Así se castigaba defender la libertad en el estado Soviético.

Durante el encarcelamiento, Iván es testigo de la muerte de muchas personas de auténtico talento. «¿Cuántos jóvenes físicos, historiadores, especialistas en lenguas antiguas, filósofos, músicos, jóvenes Swift y Erasmos de Rotterdam rusos había visto morir con sus propios ojos, “les habían enfundado en el abrigo de madera” ¿[en un ataúd]?» En los campos podía hallarse a lo más granado de la sociedad soviética: sus mejores científicos, políticos, oficiales de las fuerzas armadas, ingenieros, Viejos Bolcheviques y representantes de los partidos políticos anteriores a la revolución rusa. A estas personas se las detenía por el mero hecho de pertenecer a un estrato social concreto, que el partido consideraba indeseable o potencialmente hostil. «En los campos cumplían pena socialdemócratas y socialrevolucionarios. Muchos de ellos habían sido arrestados cuando habían comenzado a mostrarse leales e inactivos políticamente. No los habían encarcelado porque hubieran luchado contra el Estado soviético sino porque existía una posibilidad de que lo hicieran.» También a los campesinos «los encerraban porque, en determinadas condiciones, habrían podido oponerse» a los koljoses. [15]

Cuando lo detuvieron por primera vez, Varlam Shalámov —quizá Grossman conocía su historia— era un joven escritor y estudiante de Derecho moscovita. Pertenecía a la pequeña minoría de jóvenes a los que sí se había encarcelado por haber luchado de hecho contra el régimen soviético. En 1927, en el décimo aniversario de la

revolución bolchevique, Shalámov participó en una manifestación de la oposición trotskista. También participó en una imprenta clandestina que producía opúsculos titulados «El testamento de Lenin». [16] Dos años más tarde, al ser detenido durante un registro de la imprenta, Shalámov fue condenado a pasar tres años en un campo de trabajo. Pero en 1937 lo arrestaron de nuevo y acabó pasando más de una década preso, en Kolymá, trabajando en las minas de carbón y oro, en unas condiciones horrendas. Por suerte halló trabajo como auxiliar médico y esto le salvó la vida. En 1953 volvió a Moscú y conoció a Pasternak, con el que había mantenido una correspondencia epistolar mientras estaba exiliado en el Extremo Oriente. Pasternak reconoció su talento poético y le guio por los círculos literarios de Moscú. En 1957 *Znamia* publicó una versión —muy censurada— de los poemas de Shalámov en Kolymá. A partir de 1962, el futuro autor de *Los cuentos de Kolymá* trabajó como lector interno de *Novy Mir* , la revista que estaba publicando la prosa de Grossman. Aunque no consta que los dos se conocieran, para nuestros fines no tiene más importancia. Lo cierto es que la novela de Grossman expresa a la perfección el destino de Shalámov, un hombre de talento con la vida rota por haber intentado resistirse a la dictadura.

Todo fluye trata sobre la Rusia posestalinista vista desde la perspectiva de un «hombre de los campos» de concentración. El primer encuentro del lector con Iván se produce en el tren: vuelve del Extremo Oriente a Moscú, donde casi nadie le recuerda ya: solo la familia de su primo. Los demás viajeros del tren —un instructor sindical, un economista del Comité de Planificación Estatal y un jefe de obra que venía de Siberia— son rostros de la Rusia posestalinista. Los dos primeros están empleados en burocracias estatales y, cuando hablan de los koljoses, donde los campesinos trabajan sin salario, expresan la actitud del gobierno (que, en lo esencial, es la de un propietario de esclavos hacia estos): «Por qué hay que pagarle a esa buena gente si no cumple con el plan de entrega?». En la obra siberiana, el jefe controla a «algunos reclusos». Tal es el legado del estalinismo. [17]

Nikolái, el primo de Iván, es biólogo: un investigador destacado del Instituto de Genética de Moscú. Trabaja a las órdenes de Trofim

Lysenko, el pseudocientífico que había provocado la caída, detención y muerte de Nikolái Vavílov, el eminente genetista, criador de plantas y explorador soviético. Aquí la novela introduce el tema de la destrucción trágica de la genética y las ciencias biológicas en tiempo de Stalin. Como director del Instituto de Genética, Vavílov había construido el primer banco internacional de semillas de plantas alimentarias, calificado de «biblioteca viviente de la diversidad genética del mundo». [18] Con ello aspiraba a poner fin a los problemas de hambre en el mundo. Sin embargo, en 1940 lo denunciaron y arrestaron, porque Lysenko no se conformaba con derrotar a sus oponentes: quería destruirlos. Tres años después, Vavílov había muerto de inanición en una cárcel de Sarátov. Lysenko, cuyos discursos políticos fueron elogiados personalmente por Stalin, emprendió un asalto contra la genética de Mendel. Con la caída de Vavílov, Lysenko pasó a dirigir el instituto, un cargo que mantuvo hasta 1965. En 1964, Andréi Sájarov alzó la voz contra Lysenko y le acusó de ser «responsable del vergonzoso atraso de la biología soviética, en particular de la genética, por haber diseminado puntos de vista pseudocientíficos, actuar como un aventurero, degradar el aprendizaje, y calumniar, despedir, detener e incluso causar la muerte de muchos científicos auténticos». [19] De hecho, muchos de los oportunistas y denunciantes que expulsaron a personas de talento de las ciencias y otras esferas de la vida mantuvieron sus puestos destacados en la era posestalinista.

En la novela, Grossman alude con sarcasmo a Lysenko como «el famoso académico agrónomo» que recurría a «métodos policiales» y denunciaba a los científicos que no estaban de acuerdo con él. A Nikolái, el primo de Iván, le resulta «agradable» recibir «una calurosa carta de Lysenko». Se trata de un biólogo mediocre, que ha sobrevivido gracias a la complacencia con el régimen. Pero según lo habitual en la época, tenía «reputación de hombre honesto y de principios». Se enorgullecía «de no haber denunciado nunca a nadie; de que una vez, citado en la Lubianka, se había negado a dar información que comprometiera a un colega arrestado». [20] Sin embargo, había participado en las viles campañas de Stalin, votado a favor de la ejecución de Bujarin y, más adelante, firmado la infame carta contra los médicos judíos. (Grossman también se retrata a sí

mismo, en parte, en la figura de Nikolái. Parece estar confesando su sentimiento de culpa por el conformismo que él mismo había mostrado en el pasado. También parece decir que, en su mayoría, quienes habían logrado vivir relativamente bien en tiempos de Stalin habían dado apoyo al régimen y sus espantosas campañas.)

El regreso de Iván, desde los campos, trastorna a Nikolái. Recibir un telegrama de un primo al que creía muerto hace mucho supone una conmoción: «Su propia vida, llena de verdades y mentiras, se había erguido ante él». Las revelaciones de Jruschov sobre los crímenes de Stalin incomodaron a la mayoría de cuantos habían hecho carrera en la época anterior. A juicio de Nikolái, el estado «no tenía derecho a confesar su culpa». En tiempos de Stalin el estado había asumido la responsabilidad por sus crímenes, «liberaba a los hombres de la quimera de la conciencia». Ahora en cambio cada cuál debía lidiar con la cuestión de la responsabilidad personal. Al repasar su vida y la complicidad con el régimen estalinista, Nikolái recuerda haber cometido muchos actos despreciables, como votar a favor de las penas de muerte durante los juicios de Moscú. Con el despertar de la conciencia siente que «toda su vida consistía en un gran y prolongado acto de obediencia». [21] En el examen de sí mismo halla muchas cosas que reprocharse, como que, en los treinta años que Iván había pasado en los campos, no le había escrito ni una sola carta.

Cuando Iván y Nikolái se encuentran, no tienen muchos temas de conversación. Nikolái intenta hablar de su carrera, pero Iván le plantea una pregunta incómoda: «Dime, ¿firmaste la carta que condenaba a los médicos asesinos? Oí hablar de ello en el campo». Iván no pretende juzgar a su primo, pero a Nikolái, su propia conciencia sí lo somete a juicio: «Sintió que de la angustia se le helaba la sangre en las venas». [22] De hecho, los presos políticos que volvían de los campos eran la conciencia de la nación, y era inevitable que la sociedad, corrupta, los sometiera a ostracismo. Es famoso el comentario de Ajmátova en 1956: «Ahora los detenidos están regresando y dos Rusias se miran mutuamente a los ojos: los que los encarcelaron y los encarcelados». [23] Estas palabras de Ajmátova captan la esencia de la novela de Grossman.

Después del doloroso encuentro con su primo, Iván viaja a Leningrado para ver a su antigua amada, que había dejado de escribirle hacía dieciocho años. Nikolái le ha contado que ella se había casado con un físico, experto en química, que «se dedica a cuestiones nucleares». Pero Iván se queda plantado ante la puerta del edificio donde vive la mujer, con la sensación de que «cuando estaba detrás de la alambrada, esa mujer ... estaba más cerca de su alma que hoy, cuando se había detenido bajo su ventana». [24]

En Leningrado, donde pasa tres días, Iván se encuentra de forma inesperada precisamente con el hombre que le había denunciado a las autoridades, siendo ambos estudiantes universitarios. Este episodio clave de la novela —el encuentro de Iván y Pineguin— se inspira en el encuentro del poeta Zabolotski con su denunciante, el escritor Lesiuchevski. Se sabía que Lesiuchevski había escrito para el NKVD una «reseña» de la poesía de Zabolotski que había pesado en su contra. Al ser liberado del Gulag, Zabolotski, originario de Leningrado, se alojó con unos amigos de Moscú. Hallándose en el restaurante del club de escritores, se acercó un hombre que pidió permiso para sentarse a la misma mesa. Resultó ser Lesiuchevski, el mismo que había «evaluado» la obra de Zabolotski para el NKVD. Cuando los amigos del poeta llegaron al establecimiento, no se podían creer que Zabolotski estuviera compartiendo la mesa con quien le había denunciado. Luego, cuando le pidieron que explicara lo sucedido, Zabolotski dijo: «Bueno, el enigma psicológico lo podéis resolver vosotros mismos. ¿Por qué tenía que venir a sentarse conmigo? Está claro que quería comprobar con sus propios ojos que yo no soy un fantasma, bien al contrario: ¡que soy lo bastante real para tomarme una sopa!». [25]

En *Todo fluye* , Iván y Pineguin se reconocen al instante, pese a que los dos han cambiado. Cuando percibe «el estupor en la cara de Pineguin», Iván observa: «Veo que ya me dabas por muerto». Durante la conversación, el denunciante se pregunta una y otra vez si Iván sabe que él había sido quien le había traicionado. Cuando, para aliviar la conciencia, Pineguin le ofrece dinero, Iván mira a los ojos del Judas «con una curiosidad viva y triste», que le da a entender que lo sabe todo. [26]

Con la historia de Pineguin Grossman vuelve a poner de manifiesto la naturaleza de la sociedad posestalinista. Como era habitual, el estado había recompensado a Pineguin por sus servicios como informador de la policía secreta: le han ascendido, condecorado y otorgado una posición de poder. Tiene una «hermosa mujer» (se sobreentiende que se ha casado con el antiguo amor de Iván) y unos «prometedores hijos que estudiaban física nuclear». Pero esa posición de seguridad la ha obtenido mediante la redacción de denuncias, ayudando al estado a destruir a personas con el talento de Iván. Más adelante, en un exclusivo restaurante para turistas extranjeros, al que Pineguin acude con regularidad, pide con abundancia no porque tenga hambre sino porque esto le ayuda a lidiar con «la confusión y el horror que habían resucitado en él». [27]

Los estalinistas predicaban que solo se debía lealtad al partido y exigían «obediencia ciega» a todos los ciudadanos soviéticos: incluso a los niños se les pedía que denunciaran a sus propios padres como enemigos de clase. Desde la perspectiva del estado Soviético, los delatores eran ciudadanos modélicos. Grossman describe el aprendizaje típico de los miembros jóvenes del partido, concebido para apagar la razón independiente y lograr la sumisión plena del individuo: «Recuerda —le decían sus mentores—, no tienes padre ni madre ni hermanos ni hermanas: solo tienes el Partido». [28] En la fase culminante de las purgas el NKVD recibía un auténtico aluvión de denuncias. Decenas de miles de personas enviaban informes a la policía secreta para condenar a vecinos, amigos, familiares y colegas. Incluso durante la Inquisición, el acusante se enfrentaba a la persona acusada de herejía y, si el tribunal no confirmaba los cargos, podía sufrir represalias legales. En la era estalinista, enviar una carta era suficiente para destruir la vida de alguien. [29]

Un capítulo específico analiza las cuatro categorías de «Judas» de la era estalinista y los diferentes motivos de estos «delatores asesinos». Las notas enviadas a la policía secreta «precedían a la orden de arresto» y ayudaban a las autoridades a recopilar listas de «enemigos del pueblo» y kulaks. Las personas inscritas en tales

listas solían acabar detenidas y sufrir la deportación o la ejecución. [30]

El «Judas número uno» traiciona a los amigos y colegas por miedo. Después de varios días de interrogatorio con torturas y amenazas, firmaba la falsa confesión que se le pedía. Pero esto no impide que lo envíen al Gulag: cumple «doce años de trabajos forzados en un campo del que volvió más muerto que vivo, roto, indigente: una piltrafa. Pero ¡había calumniado!».

El «Judas número dos» delata voluntariamente. Es el caso de Pineguin, en la novela: un hombre culto, acomodado, que informa a la policía secreta por propia voluntad. «Durante años mantuvo conversaciones confidenciales con sus amigos para después plasmarlas por escrito y entregarlas a las autoridades.» Esta clase de delator era la del oportunista que hacía carrera traicionando a los amigos.

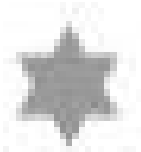
La categoría más vil de los delatores, «el tercer Judas», ayuda al partido a llevar a cabo la Gran Purga y destruir a la generación de los Viejos Bolcheviques: «En 1937 ese hombre escribió de un tirón más de doscientas denuncias». En *Vida y destino* hay un personaje de este tipo: Guetmánov, el funcionario del partido que traiciona al bolchevique Krýmov. Para el tercer Judas, las purgas representaron un «tiempo de victorias»: «su fe irreflexiva» en el partido le había otorgado «una fuerza temible».

Grossman, por último, presenta al tipo de traidor más común, el «Judas número cuatro». Tan solo le interesan los bienes materiales y denuncia a los vecinos para apoderarse de sus propiedades y su espacio vital. Desde el punto de vista de Grossman, la mezquindad de la vida soviética, confinada a míseros apartamentos comunitarios de «terrible estrechez», destruía la naturaleza más humana de las personas.

Nunca ha habido un juicio contra los estalinistas. En *Todo fluye* , Grossman sopesa si tal proceso sería en realidad posible, dado que el régimen había generado una verdadera multitud de criminales. En la novela vemos un juicio paródico, con juez, fiscal y defensor. Como hicieron los nazis en Núremberg, los estalinistas niegan la responsabilidad personal por sus crímenes alegando que habían prestado un servicio al «interés del Estado». El estado determinaba

a qué categorías de personas se les negaba el derecho a vivir: «Los hombres que pertenecían a determinadas capas sociales e ideológicas eran condenados al exterminio. Nosotros nunca delatamos a la gente que pertenecía a la capa sana, que no debía ser destruida». Como los criminales nazis, los «delatores asesinos» del estalinismo afirmaban que toda la culpa «recae sobre el Estado»: «Empiecen por el Estado, júzguenlo a él». [31] Ciertamente Grossman somete a juicio al régimen de Stalin y le acusa de cometer crímenes en una escala masiva: «¿Era aquello el socialismo: los campos de Kolymá, el canibalismo durante la colectivización, la muerte de millones de personas?». [32] La acusación más grave contra el régimen procede de una mujer que ha sido testigo del genocidio de los campesinos durante la colectivización y la Gran Hambruna de Stalin.

Iván se establece en una ciudad del sur de Rusia, donde encuentra trabajo como metalúrgico en un taller que emplea a discapacitados. Por primera vez en tres décadas, experimenta la «sensación insólita, hermosa» de trabajar «como un asalariado libre». [33] La mujer que le ha alquilado el rincón, Anna Serguéievna, ha sido testigo de la hambruna genocida, primero en Kubán (una extensa región del sur de Rusia, entre el mar Negro, las estepas del Don y el norte del Cáucaso) y luego en Ucrania. Le contará su historia a Iván durante «la primera noche de amor». Esta mujer, que recuerda los horrores de la colectivización y el hambre, solo puede compartir su historia personal con un superviviente del Gulag. El relato de Anna sobre su experiencia de la hambruna adquiere rasgos de réquiem.



El tema de la hambruna de la década de 1930 figuraba entre los tabús más estrictos de la era soviética, de modo que su narración tuvo que originarse en Occidente. En 1970 *Todo fluye* llegó de forma clandestina al extranjero, y se publicó en Fráncfort. El capítulo de la hambruna ha servido de fuente de información histórica. Así se

utiliza en *The Harvest of Sorrow* , del historiador británico Robert Conquest, en paralelo a los relatos de testigos presenciales. En palabras de Conquest, el capítulo se cuenta entre «los escritos más conmovedores sobre este período». [34] Un aspecto más importante aún es que Grossman fue de los primeros en afirmar con rotundidad que la hambruna de Ucrania había sido deliberada. La novela ofrecía pruebas en respaldo de la tesis de Conquest en este mismo sentido.

La información de Grossman sobre la hambruna genocida venía de varias fuentes. A través de Yekaterina Zabolótskaia, el escritor había encontrado a un testigo crucial. (Fue la misma Zabolótskaia la que guardó el manuscrito de *Todo fluye* e hizo las gestiones para que terminara llegando a Fráncfort.) [35] Los Zabolotski eran buenos amigos de la familia del escritor Aleksandr Stepánov. El autor de *Port Arthur* , una celebrada novela sobre la guerra ruso-japonesa de 1904-1905, vivía en el pueblo de Begovaia con su esposa, María Aleksándrovna. María, ex ingeniera química, venía de Krasnodar (en la región de Kubán) y en su juventud había vivido la hambruna. [36] Los Stepánov vivían un piso por encima de Grossman, que sin duda tenía que interesarse por su vecino, colega de ingeniería y ex director de una planta química en Podolsk. [37] Como estaba prohibido hablar de los años de inanición, es improbable que Grossman hubiera llegado a conocer la historia de no haber sido por Yekaterina Zabolótskaia, que estaba al tanto de la terrible experiencia de María por efecto de la amistad personal. [38]

La familia cosaca de María —los vecinos, de hecho, la llamaban a ella «cosaca»— era de la zona de Kubán. Durante la guerra civil, estos cosacos kubaneses, en su mayoría de etnia ucraniana, lucharon contra los bolcheviques en el bando de los Blancos; luego se resistieron a la colectivización. Stalin los mató de hambre, deliberadamente, ordenando una incautación excesiva de los cereales. Así, en 1932-1933, Kubán se hallaba entre las áreas más afectadas por la hambruna. Para 1936 los ucranianos habían dejado de representar una mayoría en la región, por efecto de la inanición, las deportaciones y el registro forzoso como rusos. Parece ser que el plan de Stalin, desde el principio, era precisamente este. [39]

El capítulo de la hambruna se presenta como una narración en primera persona, pero no por ello es la historia de un testigo único, como María. El capítulo incorpora otras investigaciones de Grossman, incluidas narraciones sobre los horrores de la colectivización y sobre la campaña para liquidar a los kulaks, de las que tuvo noticia durante la guerra. En la novela, Anna empieza la historia hablándole a Iván de la campaña contra los kulaks, que se había iniciado a finales de 1929 y vivió su fase más feroz («el viraje definitivo») entre febrero y marzo de 1930. El partido hacía una propaganda incesante, que describía a los kulaks como infrahumanos. «Para ellos, todo lo relacionado con los kulaks era repulsivo: no tenían personalidad ni alma, apestaban, eran todos sifilíticos y —lo más importante— eran enemigos del pueblo y explotaban el trabajo de otros.» Los jóvenes eran los más vulnerables a la propaganda gubernamental: muchos se hicieron activistas del partido y trataron a los kulaks y sus familias «como si fueran ganado, cerdos». Anna explica que ella misma se sumó al activismo: «Aquellas palabras también empezaron a surtir efecto en mí, que era una jovencita; en las asambleas y los cursos de instrucción especial nos hablaban de los kulaks. La radio, el cine, los escritores y el propio Stalin repetían lo mismo: los kulaks son parásitos, queman el grano, matan a los niños. Lo declaraban abiertamente, había que levantar las furias de las masas contra ellos, destruirlos a todos en cuanto clase». Grossman está reflejando aquí las vivencias típicas de una generación de fanáticos. [40]

Kópelev, que adquirió fama como disidente, había participado en la incautación de cereales en su juventud. Luego recordaba con remordimiento aquellas «incursiones de saqueo» y escribió: «Como el resto de mi generación, estábamos absolutamente convencidos de que el fin justificaba los medios. Nuestro gran objetivo era el triunfo universal del comunismo y, para hacer realidad ese objetivo, todo era permisible: mentir, robar, destruir a cientos de miles e incluso millones de personas, a todos los que obstaculizaban nuestra labor o podían obstaculizarla, a todos los que se ponían en el camino». [41]

En *Todo fluye* , Anna es testigo de la destrucción de los kulaks en los pueblos cosacos, donde la OGPU empezó «arrestando solo a los cabezas de familia» que pudieran oponer resistencia: «Sobre todo apresaban a aquellos que, bajo las órdenes de Denikin, habían prestado servicio en las unidades cosacas ... A los de la primera redada los fusilaron en bloque, ninguno de ellos quedó con vida». Luego las autoridades pasaron a detener a las familias, ajustándose a un sistema de cuotas, recuerda Anna: «La dirección regional [del Partido] trazaba el plan con el número de kulaks que debían eliminar en cada distrito, los distritos dividían esa cifra entre los diversos sóviets rurales, y los sóviets rurales confeccionaban las listas. Y conforme a esas listas los arrestaban. Pero ¿quién las preparaba? Una troika. Tres personas de dudosa reputación decidían quién debía vivir y quién morir». (Las cuotas de los arrestos se fijaban desde Moscú, por el Politburó, y localmente. A menudo, las autoridades locales superaban con creces las cifras fijadas originalmente desde Moscú.) [42]

Todo fluye quedó inacabada. Sea intencionado o no, el capítulo de la hambruna tiene vestigios de una entrevista. Así, Anna le responde a un interlocutor que no vemos y cuyas preguntas no se incluyen: «No, no había hambruna en el momento de la deskulakización... El hambre llegó en 1932, dos años después». Era fácil tender una trampa por interés: «Escribe contra él, sin firmar siquiera, escribe que tiene braceros trabajando para él y que posee tres vacas, y ya tenéis un kulak». La gente denunciaba a los vecinos para saldar cuentas o para enriquecerse con las propiedades de los kulaks desposeídos.

Anna describe cómo se deportó a las familias kulaks desde su pueblo. «Los obligaron a marcharse a pie», apenas entrada la primavera, llevándose tan solo algo de ropa, entre «tanto fango que les arrancaba las botas de los pies». Las mujeres, que caminaban en fila, se daban «la vuelta para echar un último vistazo a sus isbas»: «Las mujeres lloran, pero tienen miedo de lamentarse en voz alta. Y a nosotros nos daba lo mismo. Teníamos una sola cosa en la cabeza: ser activistas. Los hostigábamos como si fueran una bandada de gansos».

El capítulo del hambre establece paralelismos entre la campaña de Stalin, de aniquilación de los kulaks, y la campaña de Hitler, de exterminio de los judíos. Anna nos está transmitiendo el pensamiento del autor cuando compara la inhumanidad y eficacia de la propaganda de Hitler y Stalin: «Para matarlos, era preciso declarar: los kulaks no son seres humanos. Sí, igual que cuando los alemanes decían que los judíos no eran seres humanos. Lo mismo dijeron Lenin y Stalin: los kulaks no son seres humanos». Después de la purga de los kulaks, las autoridades emprendieron la colectivización forzosa.

Aunque la deskulakización acarreó un descenso tanto de la superficie de tierra cultivada como del rendimiento, Moscú incrementó las cuotas de producción de cereales. Se partía de la premisa de que, sin los kulaks, la agricultura florecería de golpe. Sin embargo, «a nosotros, a nuestro pueblo, nos fijaron una cuota que ni siquiera en diez años habríamos podido cumplir». [43] Cuando los campesinos de los koljoses no pudieron «efectuar las entregas requeridas», se les acusó de esconder el grano. Se envió a destacamentos, formados en su mayoría por activistas locales, a expropiarlo todo, incluso la reserva de semillas. «¿Quién firmó aquel asesinato en masa? A menudo pienso: ¿no sería Stalin? ... Una orden que decía: matar de hambre a los campesinos de Ucrania, del Don, de Kubán ... Entonces lo comprendí: para el poder soviético lo primero de todo era el plan ... En primer lugar, el Estado. La gente: un cero multiplicado por cero.»

La propaganda soviética era implacable en su retrato infrahumano de los kulaks, de forma que los campesinos de los koljoses y sus familias no hallaban compasión. Cuando Kópelev actuaba como activista, requisando todo cuanto pudiera comerse o tuviera algún valor por los pueblos de las proximidades de Járkov, pensaba: «No puedo ceder a la piedad, que me debilita ... Estábamos consiguiendo grano para la patria socialista. Para el Plan Quinquenal ... Alguna clase de fanatismo racionalista se impuso a mis dudas, a mis remordimientos de conciencia, a los simples sentimientos de empatía, compasión y vergüenza». [44] Luego pudo ver a campesinos que se morían por las calles de Járkov.

Stalin y el Politburó eran conscientes de que sus medidas, con la incautación excesiva, estaban produciendo una hambruna general. En 1932 Mólotov visitó varias zonas rurales de Ucrania y los responsables de los distritos le advirtieron de la inanición. Jruschov también admitió, en sus memorias, que el Politburó sabía que «los fallecimientos eran incontables». [45] Aquel mismo año, sin embargo, pese a tener constancia de la inanición, Stalin ordenó que la requisa se intensificara. La decisión de confiscar todos los alimentos comportó una hambruna sin precedentes y la muerte de 3,9 millones de personas, tan solo en Ucrania, y de más de 6 millones en total. En Kubán, el hambre hacía imposible incluso enterrar a los muertos. Los cadáveres se cargaban en trenes y se abandonaban en antiguas canteras. La OGPU, por su parte, controlaba que la operación se desarrollara en secreto. [46]

En *Todo fluye* , no obstante, la hambruna de la región de Kubán solo se menciona al paso. Como joven activista, se envía a Anna a un koljós de Ucrania, que según le dijeron se hallaba a tan solo unas pocas horas en coche desde su pueblo. (Es probable que Grossman hiciera referencia a la región ucraniana de Dnepropetrovsk, que también figuraba entre las más afectadas.) Los activistas requisaron comida, ganado e incluso ropa, «se lo llevaron todo» y dejaron a pueblos enteros sin medios de subsistencia. [47]

El régimen puso todo su empeño en negar la existencia de una inanición generalizada. Cuando los trenes pasaban por las provincias del hambre se ordenaba a los pasajeros que corrieran las cortinas y hasta se les prohibía acercarse a las ventanas. Al empezar a informar la prensa occidental de la hambruna soviética, se reorganizaron algunas granjas colectivas de Ucrania, formando pueblos Potiomkin, para demostrar lo contrario. En la novela, Anna refiere cómo llevan de visita a un ministro francés a un koljós de la región de Dnepropetrovsk. En un jardín de infancia, el ministro pregunta qué les han dado de comer. «Caldo de pollo, empanadillas de carne y croquetas de arroz», responden los niños. Así se pudo leer en un periódico soviético. Anna comenta: «Estaban matando a escondidas a millones de personas y engañaban al mundo entero». [48]

Según Conquest, Grossman se refería a un líder del Partido Radical, Édouard Herriot, que visitó Ucrania en 1933, mientras morían pueblos enteros. Lo llevaron a un asentamiento infantil modélico, próximo a Járkov, y Herriot se creyó en efecto que en la URSS no se pasaba hambre. El 13 de septiembre, *Pravda* anunció que Herriot «negaba categóricamente las mentiras de la prensa burguesa sobre una supuesta hambruna en la Unión Soviética». [49] Conquest también describe los preparativos para recibir a Herriot en un koljós de Brovarý, cerca de Kiev. Antes de que el dignatario acudiera a la granja, se movilizó a los comunistas y activistas locales, para que la limpiaran; se arregló un comedor ficticio que se decoró con muebles del teatro regional. Los campesinos seleccionados para aquella visita vestían ropa tomada en préstamo de las tiendas de Kiev; se les había dicho que un estudio cinematográfico de Odesa rodaría una película en la granja. Se sacrificó una abundancia de novillos y cerdos, para que no faltara carne, y se dio a los campesinos la instrucción de que comieran despacio. A la postre la representación quedó en nada: se canceló la visita del ministro y los campesinos tuvieron que devolver la ropa y los zapatos que les habían cedido para el espectáculo. [50]

Viacheslav Lobodá, el amigo de Grossman, proporcionó otra de las fuentes principales sobre la requisa de cereales y la hambruna de Ucrania. En sus años universitarios se había enviado a Lobodá a dirigir incautaciones en pueblos de los alrededores de Kiev. Le contó al escritor que se adueñaban no solo del grano, sino también del pan ya cocido; esta anécdota aparece literalmente en la novela: «A una mujer le quitaron el pan que había cocido». [51] Luego Lobodá averiguó, y se lo refirió así a Grossman, que los moribundos se arrastraban hacia Kiev por los bosques y pantanos, porque la policía había cerrado los accesos normales. De hecho, las autoridades impidieron que los campesinos hambrientos abandonaran la zona: había destacamentos militares y policiales en las carreteras y las estaciones de tren. Por sí solo, esto bastaría para demostrar el carácter deliberado de aquellos padecimientos, que Grossman fue de los primeros en exponer. En la novela, Anna acusa al estado estalinista de organizar una masacre:

> Las estaciones están acordonadas, se inspeccionan todos los trenes. En las carreteras hay controles de militares por doquier, el NKVD; pero los campesinos siguen llegando a Kiev: se arrastran por prados, tierras vírgenes, pantanos y bosques para evitar los controles en las carreteras ... Ahora ya no pueden caminar, únicamente pueden arrastrarse ... Pero solo los afortunados han logrado arrastrarse hasta allí, uno entre diez mil. Y aun así no hay salvación para ellos ... Por la mañana, los carros de plataforma, tirados por caballos, recogían a los que habían muerto durante la noche. Vi uno de esos carros donde estaban amontonados los niños. [52]

En Kiev había cartillas de racionamiento, pero «para los niños del campo ni siquiera un gramo. Igual que los alemanes, que ahogaban a los niños judíos con gas: no tenéis derecho a vivir, sois judíos». La novela retoma el paralelismo entre la muerte por inanición, impuesta a los ucranianos, y la destrucción de las vidas judías en los campos de exterminio nazis. La prensa soviética publicaba fotografías de los campos alemanes, pero los niños ucranianos eran «idénticos: cabezas pesadas como balas de cañón, cuellos delgados de cigüeña». [53] Sin embargo los periódicos soviéticos tenían vetado informar sobre la hambruna genocida determinada por Stalin.

Hoy sabemos que, en la fase culminante de la hambruna, en las calles de Kiev había que retirar a los cadáveres por cientos; más aún, en los camiones se cargaba por igual a los ya fallecidos y a los moribundos. [54] En la primavera y el verano de 1933 perdieron la vida pueblos enteros. Más adelante, hacia finales de la década de 1930, el régimen intentó borrar las pruebas de la matanza falsificando los resultados censales. También intentó (sin éxito) repoblar aldeas con campesinos rusos de Kursk. Primero las autoridades obligaron a los rusos a enterrar los cadáveres y encalar las isbas. Pero ya nadie podía vivir en aquellas cabañas, que olían a muerte, y los campesinos rusos volvieron a Kursk. (En *Hambruna roja* , Anne Applebaum ofrece una explicación de por qué fracasó el programa de reasentamiento con el que el régimen pretendía repoblar Ucrania. El gobierno había prometido que no gravaría con impuestos a los nuevos colonos; cuando las autoridades rompieron la promesa, miles de campesinos rusos se dieron a la fuga.) [55] El capítulo de la hambruna concluye con una pregunta retórica de

Anna: «¿Es posible que nadie responda por todo aquello? ¿Que todo se olvide, sin una palabra?». [56] Anna comparte su historia —y su clara comprensión de que el desastre tenía causas humanas, no naturales— pocas semanas antes de que le diagnostiquen cáncer de pulmón. (La misma enfermedad que padeció Grossman cuando estaba terminando la novela.)

El libro no se cierra con la muerte de Anna. Antes Iván debe dar sentido al «periplo de los campos»: «Había llegado el momento de ver con claridad, de distinguir las leyes en el caos de los sufrimientos, las contradicciones ... entre la absurdidad de la masacre de millones de seres inocentes y de fieles al Partido y el férreo significado de aquellos asesinatos». [57]

Los capítulos dedicados a Lenin y Stalin muestran cómo el estado del pueblo, fundado sobre las bases teóricas de la libertad y la igualdad de derechos, se convirtió en una de las dictaduras más sangrientas. La revolución popular de febrero de 1917 dio origen a una democracia naciente que, sin embargo, solo duró ocho meses: hasta el golpe de estado bolchevique. Bajo el liderazgo de Lenin los bolcheviques suprimieron «los partidos revolucionarios democráticos que habían luchado contra el absolutismo ruso». Lenin proclamó que solo el Partido Bolchevique era capaz de guiar a la nación por el nuevo camino socialista. Pero se levantaba el socialismo en un país de mayoría campesina y con una tradición de esclavitud y «siglos de gobierno despótico en Rusia». En su mayoría, los rusos no conocían «más que un único derecho: la servidumbre». Para Lenin y los bolcheviques, que despreciaban los derechos humanos y la libertad, lo más sagrado era la pureza de la doctrina marxista. La generación bolchevique no apreciaba la libertad individual. A finales de la década de 1920 se habían destruido los partidos políticos alternativos y se había encarcelado de nuevo a los antiguos revolucionarios que habían luchado contra el zar. Los bolcheviques proclamaron una dictadura en nombre de la humanidad obrera, del proletariado, porque «había comenzado ... la construcción de un nuevo Estado sin precedentes en el mundo». Para esta nueva generación fanática, «estaba claro que un nuevo mundo se construía para el pueblo». El problema era que, para los bolcheviques, «los principales obstáculos que se oponían a la

construcción de aquel mundo nuevo se encontra[b]an en el mismo pueblo». [58]

En tiempos de Lenin y Stalin, «el Estado se convirtió en el amo». La tradición del despotismo explica por qué tuvo éxito su intento de erigir una nueva dictadura en el país. «Rusia había visto muchas cosas en mil años de historia ... La única cosa que Rusia no había visto en mil años era la libertad.»

Los fanáticos del bolchevismo sirvieron de «dinamita» para el partido. Ayudaron a destruir la vieja Rusia y regar la tierra de sangre. Entre los Viejos Bolcheviques, pocos murieron de muerte natural. «El destino de la generación de la revolución comenzó a revelarse de un modo nuevo, lógico y no místico ... El terror y la dictadura devoraron a aquellos que habían puesto los cimientos.» [59]

Incluso recluidos en los campos, los fanáticos del partido seguían pensando que lo principal eran las necesidades del estado Soviético; de las vidas individuales, en cambio, se podía prescindir. Iván encuentra esta actitud en el Gulag, en un ex funcionario del partido que ha sufrido torturas en la Lubianka, pero lo atribuye a un error excepcional: «Cuando se tala el bosque, las astillas vuelan, pero la verdad del Partido es siempre la verdad y está por encima de mi desgracia». El hombre queda desconcertado cuando Iván replica: «Precisamente en eso consiste la desgracia: ¿para qué talar el bosque?». [60]

Stalin eliminó a la generación de los Viejos Bolcheviques porque ya no resultaban de utilidad al estado y el poder desconfiaba de ellos, por ser idealistas cuya motivación iba más allá del medro personal. Eran fanáticos revolucionarios que podían acabar representando un peligro para el estalinismo. En su lugar se situó a meros funcionarios: *apparatchiki* obedientes y sin grandeza, iniciativa ni talento. Por debajo de Stalin, solo esta clase de personas podía prosperar: «Los hombres nuevos no creían en la revolución, no eran hijos de la revolución sino del Estado creado por ella». El estado totalitario suprimió la libertad en todas las esferas para garantizar su propia supervivencia. Los obreros perdieron el derecho a hacer huelga; los campesinos, a cosechar lo que

sembraban. Los escritores, los artistas y los científicos perdieron la libertad de crear y se convirtieron en empleados del gobierno.

El mensaje central de Grossman, en *Todo fluye* , es que «no hay en el mundo objetivo por el cual se pueda sacrificar la libertad del hombre». [61] Esta novela es la más radicalmente antitotalitaria del autor. Aun así, en realidad, su perspectiva política no había cambiado gran cosa: en *Stepán Kolchuguin* , su primera novela, ya defiende los ideales de la libertad, los derechos humanos y la democracia.

Todo fluye se cierra con una alusión a la parábola del hijo pródigo. Iván regresa a la tierra de sus ancestros, junto al mar Negro, donde había tenido su casa. «Por un momento fue como si una luz nunca vista antes, increíblemente viva, inundase la tierra. Unos pasos más aún y en aquella luz vería su casa, y su madre se acercaría a él, hijo pródigo, y él se arrodillaría ante ella, y las jóvenes y bellas manos de ella se posarían sobre su cabeza calva y cana.» Pero la casa ya no existe: «Solo algunas piedras blancas, dispersas en medio de la hierba polvorienta, quemada por el sol». [62] Este pasaje es la despedida de Grossman a la vida: su última visión.

15

«Guardad mis palabras para siempre»

> Guardad mis palabras para siempre, por su sabor a humo y desventura.
>
> ÓSIP MANDELSHTAM

En la primavera de 1963, antes de una operación difícil, en la que le extirparían un riñón, Grossman le llevó un atado de cartas a Yekaterina Zabolótskaia. Le contó que se trataba de las cartas de su madre a su padre y le rogó que las destruyera una vez él hubiera muerto. Zabolótskaia prometió hacerlo así, pero no reunió el coraje necesario para hacer realidad aquel encargo triste.

> Los años han pasado, Vasili Semiónovich ya no está entre nosotros, y yo iba envejeciendo. Era momento de cumplir con la promesa. Pero no es fácil prender una cerilla y entregar un manuscrito al fuego. Le pedí consejo ... a Semión Izraílevich Lipkin [el amigo de Grossman]. Me sugirió leer las cartas antes de quemarlas y copiar las frases alusivas a la obra creativa de Vasili Semiónovich.
>
> Así pues, desaté el atado. Al ver una caligrafía que conocía bien, me quedé asombrada: ¡eran las cartas de Vasili Semiónovich a su padre! Todas las cartas, incluso las notas más insignificantes, recopiladas y preservadas con amor ... Por supuesto, no podía quemarlas. [1]

Zabolótskaia escribió esto en 1990, cuando todas las grandes obras de Grossman ya habían visto la luz en la Unión Soviética, y habían despertado controversia. Dejó la colección de Grossman, unas doscientas cartas, en manos fiables: el Archivo Estatal Ruso

de Literatura y Arte se apresuró a aceptar la donación. Sin embargo, los recuerdos de Zabolótskaia no aclaran por qué Grossman quería que se destruyeran sus cartas, o si en realidad deseaba que se conservaran. Fuera cual fuese su intención real, probablemente contaba con que el KGB, cuando él muriera, se incautaría de toda su correspondencia personal.

A finales de febrero de 1963 Grossman le contó a Lipkin, por carta, que Zabolótskaia había vuelto de Leningrado, donde se había diagnosticado de cáncer a su cuñado, que era oncólogo y cirujano. Al cuñado de Zabolótskaia no le habían revelado la verdad; pero Grossman se preguntaba cómo podía ser que un oncólogo no se hubiera dado cuenta él mismo de qué enfermedad sufría. Eran historias que en aquel momento, ante la inminente operación, interesaban mucho al escritor.

A principios de mayo Fedia lo acompañó andando hasta el hospital Botkin, próximo al pueblo de Begovaia. Grossman compartía habitación con el director editorial de la agencia de noticias TASS, Yákov Javinsón, que escribía artículos con el pseudónimo de «M. Marinin». En 1953, este hombre y el historiador Isaak Mintz habían pedido a numerosas figuras judías (entre ellas, el propio Grossman) que suscribieran la tristemente famosa carta contra los «médicos asesinos». Encontrarse de nuevo con él hizo que Grossman reviviera el asunto una vez más. Sin embargo, Lipkin recuerda que la presencia de Marinin le ayudó a distraerse de la enfermedad. [2]

Antes de la operación, Lipkin visitaba a su amigo cada día. Grossman se hallaba en un estado de ánimo «abatido, resignado». La intervención médica transcurrió sin problemas —lo llevó a cabo un cirujano famoso, Yákov Gudynski—, pero a Lipkin y la familia del escritor se les advirtió de que el cáncer estaba avanzado y quizá se había propagado. El amigo intentó tranquilizar a Grossman alegando que la extirpación obedecía tan solo a un quiste. El escritor le «escuchó con recelo», pero quizá prefirió creerse la mentira piadosa. [3] Poco después, Lipkin emprendió un viaje de trabajo al Asia Central. Zabolótskaia, que visitaba a Grossman con regularidad, prometió escribir para mantenerle informado. La amada y confidente pudo contemplar cómo daba sus primeros pasos por la

habitación. A mediados de mayo le contó a Lipkin que se había acercado a la ventana por primera vez, desde la operación, diciendo que quería «respirar aire fresco y mirar los ventanales del Instituto Oncológico». [4] Este centro se alzaba delante mismo del hospital; el comentario de Grossman parece sugerir que era consciente de qué le aguardaba.

En agosto Lipkin leyó el último borrador de *Todo fluye* , que le pareció una obra acabada. Aun así, Grossman volvió a revisar la novela. Según le contó más adelante Lipkin al escritor Vladímir Voinóvich, Grossman solía decir que en la vida no hay tramas acabadas, y que una obra literaria, como la vida humana, puede concluir de forma abrupta. [5]

En otoño de 1963, cuando Anna Bérzer, editora de Grossman durante muchos años, le visitó en el apartamento familiar del pueblo de Begovaia, el escritor le leyó un capítulo de *Todo fluye* . Luego le dijo que había sido un descuido por su parte; no debería haberlo leído en el piso de la familia, que probablemente también tenía micrófonos ocultos. Estaba «descontento consigo mismo, y también conmigo, por no haberle frenado». Bérzer tranquilizó a Grossman: el vecino del apartamento adyacente había tenido la radio sonando a todo volumen y esto sin duda había apagado el sonido. [6] En otra ocasión, cuando Bérzer visitó a Grossman en el hospital, en junio de 1964, el escritor le entregó, en silencio, el manuscrito completo de la novela. «Después de dejarme leer *Todo fluye* , en el hospital, me dijo: “¡Qué bien! Ya tengo cuatro lectores de esta obra. Tú eres... la cuarta”». [7] Durante la última fase de hospitalización, Grossman guardaba el manuscrito en la mesita de noche. Cuando se lo dejó leer a su editora, no le dijo de qué se trataba. El escritor estaba convencido —no sabemos si con razón o sin ella— de que la vigilancia del KGB no excluía el hospital, con lo que Bérzer debía hablar como una conspiradora. La editora dijo que había recibido un manuscrito por correo que le había resultado fascinante. Grossman comprendió que hablaba de su novela y, satisfecho, la invitó a seguir. «Le dije varias veces que aquel escritor había hecho un trabajo excelente, que había conseguido todo lo que se

proponía ... Yo sabía que era esa “cuarta lectora”, la última; y quería felicitarlo en nombre de todos sus futuros lectores.» [8]

Como editora de Grossman en *Novy Mir* , Bérzer se esforzó con denuedo en lograr que su prosa se publicara, ya fuera en aquella revista o en otro lugar. En septiembre de 1953 logró colocar pasajes de *Que el bien os acompañe* en un suplemento de *Izvestia* , «Nedelia», que era un semanario popular. Por entonces Grossman se estaba recuperando de la extirpación del riñón, realizada en el sanatorio de Arjánguelskoe, próximo a Moscú. El fragmento, titulado «Seván», iba a ocupar una página entera del periódico. Pero tanto la editora como el escritor eran conscientes de que pasar de las pruebas a la imprenta no sería tan fácil. Sus temores resultaron justificados. En la mañana del 22 de septiembre se publicaron dos versiones del suplemento: una con el texto de Grossman, otra sin él. Uno de los subdirectores, Grigori Oshevérov, detuvo la impresión de madrugada e impuso otra pieza en el lugar de «Seván». En los tiempos de Stalin, recuerda Bérzer, había sido frecuente. En realidad el texto de Grossman carecía de relevancia política, pero como su nombre podía provocar descontento en las autoridades, el editor prefirió no arriesgarse. Pese a todo, como algunos quioscos de las afueras de Moscú ya habían recibido los ejemplares, aquel día convivieron dos ediciones, una de ellas con el texto de Grossman.

Grossman se sintió complacido por el hecho de que «Seván» hubiera logrado atravesar el muro de silencio y llegar a algunos de sus lectores, aunque fuera «de un modo ilegítimo». Recibió varias cartas y llamadas de teléfono de lectores. Raisa Orlova, una conocida que era experta en el estudio de la literatura, lo calificó en su carta de «creador de un mundo perdurable». Consideraba que el texto de *Que el bien os acompañe* mostraba «un vínculo genuino entre personas de distintas razas y nacionalidades ... No es una coincidencia que estas ideas hayan nacido en Armenia». [9] Esta publicación, más el cuento «Unos días tristes», que vio la luz en *Novy Mir* , en diciembre de 1963, fueron las últimas ocasiones en las que Grossman pudo imprimir sus textos y conectar con los lectores. (Kópelev y Orlova defendieron su labor en el extranjero. En los

primeros años de la década de 1980, como exiliados soviéticos en Colonia, recomendaron *Vida y destino* a editores alemanes.)

En septiembre de 1963, mientras estaba en el sanatorio, Grossman emprendió una revisión de *Todo fluye* . Como le escribió a Olga —que, según solía, pasaba dos meses de vacaciones en Koktebel—, se dedicaba a trabajar, leer y pasear. El sanatorio, que pertenecía al Ministerio de Defensa, estaba situado en las antiguas propiedades del príncipe Nikolái Yusúpov. El edificio central, un palacio de estilo neoclásico, era principalmente un museo; los pacientes vivían en los edificios menos nobles. A Grossman le gustaba sentarse en un banco y leer en el viejo parque, con sus terrazas y estatuas. «En el parque hay ardillas mansas —le escribió a Olga—, y si golpeas una bellota con otra, bajan de los árboles, te saltan a los hombros y te cogen la comida de las manos. Hay algo muy conmovedor, muy santo, en la confianza de estas criaturitas.» Se preocupaba por la salud de su esposa y le aconsejaba que no saliera de excursión en los días de más calor y que se fuera tomando la presión. [10]

En el sanatorio Grossman no hizo nuevos amigos, aunque pensaba que entre el personal había gente interesante: «Se les ve en la cara ... pero aquí mis contactos se limitan a las conversaciones que se dan a la mesa del comedor. Paso el día trabajando, leyendo y paseando. Al caer la noche veo películas». [11] También recibía visitas: su hijastro Fedia, Yefim Kúguel, Bérzer y su cuñado Nikolái Sochevets fueron a verle a Arjánguelskoe. Ver a Nikolái era «toda una alegría». Las obras del escultor —le contó a Olga— se estaban exhibiendo en varios lugares; si le aceptaban una, se podría ver en el propio Palacio de la Cultura de Moscú. Nikolái había envejecido; en palabras de Grossman, estaba «tan arrugado como un cocodrilo». [12]

Al regresar a Moscú, en octubre, Grossman se sentía algo más fuerte; pero aun así no se arriesgó a viajar a Maloiaroslávets para celebrar el sexagésimo aniversario de Lobodá con sus amigos Kúguel, los hermanos Tumarkin, Guedda Súrits y Nítochkin. Antes de la operación, Grossman era especialmente aficionado a estos festejos; pero ahora debía respetar una dieta especial, vegetariana.

Después de recibir el alta, Grossman acudió a ver al cirujano, Gudynski, en la clínica de Botkin. El personal sanitario lo recibió tan cordialmente que pensó (según le escribió a Olga): «¡Ojalá me hubieran recibido así de bien en los despachos editoriales!». [13] El cirujano estaba satisfecho con la evolución de Grossman, pero en invierno su estado de salud se había deteriorado otra vez. El cáncer se había propagado a los pulmones y en diciembre el escritor tuvo que volver al hospital.

Entre las estancias hospitalarias, Lobodá visitaba al doliente en el pueblo de Begovaia. De camino se paraba a charlar con Zabolótskaia, y luego le transmitía a Grossman sus noticias más recientes. Olga, cierto día que lo oyó desde otra habitación, exclamó enfadada: «¡Los que pasan por *ahí* no son bienvenidos *aquí* !». El escritor se moría, y la expresión de celos de Olga era tan extemporánea que Lobodá fingió no haber oído nada. Grossman solo musitó: «¡Liusia!». [14] Olga acabó reconciliándose con Zabolótskaia, que había sido su amiga; ambas se turnaron en las visitas al hospital.

En el verano de 1964 Grossman recibió quimioterapia en el Primer Hospital de la Ciudad, un viejo edificio de madera, de una sola planta. Los allegados —Olga y Zabolótskaia, su hija Katia, Bérzer, Nikolái Sochevets, Lipkin y Yefim Kúguel— acudieron a visitarlo durante sus últimos meses. Bérzer iba cada día, al salir del trabajo. El escritor ocupaba ahora una habitación en solitario; era pequeña y estrecha, y la propia cama era demasiado estrecha y corta. No había oxígeno para los pacientes (ni siquiera para los enfermos de cáncer de pulmón), el aire acondicionado era por entonces inaudito, y, aunque las ventanas siempre estaban abiertas, Grossman se ahogaba. El poeta popular Mijaíl Svetlov (Shéinkman), también moribundo por un cáncer, ocupaba la habitación contigua. Grossman y Svetlov se habían conocido durante la guerra y trabajaron para el mismo periódico, *Estrella Roja.* Se hizo habitual que preguntaran el uno por el estado del otro; Grossman solía iniciar las conversaciones preguntando al visitante cómo se encontraba Svetlov.

La editora, en sus visitas, solía leerle a Grossman obras de *samizdat* («autoedición»). Luego le leía las actas del juicio del poeta

Joseph (Iósif) Brodski. En febrero de 1964, el tribunal del distrito de Dzerzhinski, en Leningrado, juzgó su causa. La periodista Frida Vigdorova, activista en defensa de los derechos humanos, tomaba notas en la propia sala. Brodski, que sería galardonado con el premio Nobel, fue condenado a cinco años de trabajos forzosos por su «parasitismo social», un plazo que solo cumplió en parte. El informe de Vigdorova, «El juicio de Iósif Brodski», circuló en *samizdat* y más tarde se publicó en Occidente. Grossman se sentía próximo a lo que escuchaba:

> JUEZ : ¿Cómo se gana la vida?
> BRODSKI : Escribo poesía. Traduzco. Supongo que...
> JUEZ : No importa lo que usted «suponga». Aguante en pie como es debido. No se apoye en la pared. Mire a este tribunal. Responda adecuadamente al tribunal. [*A mí (Vigdorova)*]: ¡Deje de tomar notas! Si no, haré que la expulsen de la sala. [*A Brodski*]: ¿Tiene un trabajo normal?
> BRODSKI : Habría dicho que este era un trabajo normal.
> JUEZ : ¡Responda como es debido!
> BRODSKI : Escribía poemas. Pensaba que se publicarían. Supongo que...
> JUEZ : No nos interesa lo que usted «supone». Díganos por qué no trabajaba.
> BRODSKI : Tenía contratos con un editor.
> JUEZ : ¿Tenía suficientes contratos para ganarse la vida? Enumérelos: ¿con quién, en qué fechas, por cuánto dinero? [15]

«Pobre chico —comentó Grossman—. ¡La que le está cayendo!» En ese momento entró una enfermera, una mujer voluminosa, deprimente, malhumorada. A Vasili Semiónovich le soltó tal exabrupto que este, cuando se marchó, comentó: «Me habla como ese juez a Brodski». [16]

Grossman seguía interesándose por las personas y los acontecimientos. Escuchaba con atención a Bérzer mientras esta le leía el libro del biólogo Zhorés Medvédev sobre Vavílov y Lysenko: *Ascenso y caída de T. D. Lysenko* , que, aún inédito, circulaba en *samizdat* . La destrucción de la ciencia genética en tiempos de Stalin era uno de los temas de *Todo fluye* . Bérzer recuerda que el libro de Medvédev interesó tanto a Grossman que se esforzaba por aguantar la tos mientras ella le leía. Cuando llegó a las páginas sobre los últimos días de Vavílov, el escritor escuchaba emocionado

y lloroso. Era un «tormento de lectura», que analizaba con una minuciosidad agotadora la traición de Lysenko y las denuncias de varias personas; pero al escritor le resultaba útil porque le ayudaba a distraerse de sus propios padecimientos. [17]

Los primeros años de la década de 1960 fueron de éxito para muchos poetas y escritores soviéticos, que adquirieron fama internacional. Las lecturas de poetas como Yevtushenko, Bella Ajmadúlina y Andréi Voznesenski atraían a multitudes entusiastas, hasta el punto de llenar el estadio moscovita de Luzhnikí. Para Grossman, por el contrario, fue una época carente de toda oportunidad. Cuando yacía en su pequeña y estrecha habitación solía decir que estaba «emparedado», con una imagen que describía su situación personal, pero también la literaria. [18] Sobrellevaba el aislamiento con dignidad y pedía a Bérzer que le hablara de los autores de *Novy Mir* : qué estaban escribiendo, qué hacían, qué aspecto tenían... Preguntaba a menudo por Solzhenitsyn.

Bérzer llevaba bastante tiempo deseando averiguar si Grossman había podido salvar alguna copia de *Vida y destino* . Como no podía preguntarle directamente, se comunicaba por pistas. Al parecer, Grossman comprendió qué le querían decir. En cierta ocasión, cuando la editora le hizo una visita, el escritor le presentó a su amiga Liolia Kléstova; al día siguiente señaló la silla en la que Liolia había tomado asiento, para dar a entender que ella conservaba un ejemplar.

En septiembre de 1964, durante los últimos días de Grossman, Olga le pidió a Bérzer que hablaran fuera de la habitación, en el patio del hospital. Le dijo que Grossman quería que su amigo Lobodá recuperase el manuscrito del apartamento de Kléstova, que no era un lugar seguro, por ser comunitario. Le rogó que transmitiera la petición a Lobodá, lo que en efecto hizo. [19]

Masha Lobodá y su hermana Liudmila recuerdan el día de septiembre en que su padre llevó el manuscrito de la novela a la casa familiar de Maloiaroslávets. [20] Lo guardaba en la mochila: tres carpetas pesadas, envueltas en un vestido floral, de verano, de Liudmila. Masha se fijó en que sus padres cuchicheaban en la cocina, «entonces mi padre me llamó, me enseñó las carpetas y

dijo: “Esta es la obra que ha escrito el tío Vasia. No tienes que decirle a nadie que está aquí”». Con el tiempo se sorprendió de que su padre le confiara aquella información secreta cuando ella era apenas una adolescente.

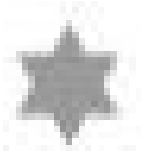
> Por un tiempo, guardamos el manuscrito en el sótano, luego en el armario de un cobertizo. Pero eran dos sitios húmedos, poco adecuados para almacenar papeles. Además los vecinos no paraban de avisar a las autoridades de que no teníamos permiso para residir en Maloiaroslávets. Así que alguien de la milicia venía de forma regular, para comprobar si ya estaba todo en orden. Cuando mi madre veía que se acercaba por la calle, corría a colgar la bolsa del manuscrito en un clavo de un lateral del cobertizo, situado ya en el terreno del vecino. Luego el manuscrito se custodió en el armario de mi propio dormitorio. Lo leí a los dieciséis años. Fue una lectura muy dolorosa; la novela me deprimía por lo que contaba de los campos de concentración, las cámaras de gas. Lo que me impresionó e hizo pensar fue el episodio que describe el bombardeo de Stalingrado, cuando se esconden en una misma trinchera el soldado alemán y el soldado ruso. Eso me hizo verlos como personas, más que como enemigos.
>
> Mi padre y mi madre eran claramente antisoviéticos. Le contaban a Grossman todo lo que pasaba en las zonas rurales y en los campos. La verdad es que mi padre no tenía especial estima por la escritura de Vasili Semiónovich. *Stepán Kolchuguin* no le gustaba. Pero apreciaba los cuentos, hablaba de ellos con entusiasmo. Cuando mi padre criticaba sus obras, Grossman se ofendía. Mi padre no habló nunca de *Vida y destino* . [21]

Solo la familia de Grossman estaba al corriente de que Lobodá guardaba una copia de la novela en Maloiaroslávets. Cuando Masha Lobodá acudía a visitar a la viuda del escritor, Olga le preguntaba, por medio de una hoja de papel: «¿Cómo está el manuscrito?»; y acto seguido corría a destruir la nota. Viacheslav Lobodá y su esposa Vera ponían en peligro la seguridad de la familia al esconder un manuscrito ilegal en su propia casa. Los dos habían sufrido ya la persecución de las autoridades, pero seguían creyendo que era importante preservar una obra que contaba la verdad sobre el estalinismo.

Los mejores amigos de Grossman, Lobodá y Lipkin, tenían cada uno una copia de la novela (de forma independiente y sin saber del otro). Lobodá en concreto tenía el borrador final, con revisiones manuscritas —que son de un valor inestimable para los estudiosos modernos del escritor— mientras que Lipkin guardaba un ejemplar

mecanografiado. (Este no lo conservaba en su propio apartamento porque las autoridades sabían que era amigo de Grossman.) Sin el valor de sus amigos, esta obra maestra se habría perdido.

Durante sus últimos días, Grossman les dijo a Lipkin y Zabolótskaia: «Quiero que mi novela se publique; al menos, en el extranjero». [22] Según palabras del escritor Voinóvich, a Grossman la muerte le hizo sufrir espiritualmente, y no solo físicamente. «No puede haber nada más terrible, para un escritor genuino, que morir sin ver publicada su obra principal; más aún, sin saber si podrá llegar alguna vez a los lectores.» [23] A juicio de Voinóvich, la suerte había sido más benévola con Pasternak, porque aunque se le hostigó e increpó en público, él sabía que la novela no solo había visto la luz, sino que había gozado de un gran éxito. Voinóvich comparó el destino de Grossman con el de Bulgákov, que no tuvo acceso a la imprenta y murió en la oscuridad, sin haber podido tener en las manos ningún ejemplar de su obra maestra, *El maestro y Margarita* . [24] Es preciso recordar aquí, no obstante, que la lista de los mártires de la literatura soviética es extraordinariamente larga. Incluye a cientos de escritores asesinados durante las purgas y otros muchos que nunca pudieron publicar en vida.



Grossman falleció al atardecer del 14 de septiembre de 1964, un día antes del aniversario de la masacre que costó la vida a los judíos de Berdíchev, entre ellos, su madre. Contaba entonces cincuenta y ocho años. Como escribió en *Que el bien os acompañe* : «Cuando una persona muere, sucumbe con ella el mundo único e irrepetible que creó, un universo con sus océanos y montañas, con su propio cielo». [25] Grossman creó un mundo perdurable en su ficción, que le sobrevivió y sigue vivo en nuestros días.

A las pocas horas de su muerte, las autoridades registraron su estudio. Borís Zaks —un vecino de Grossman en el distrito de Aeroport, que vivía en el ala opuesta del edificio— contó lo que pudo ver. Había caído la noche. Zaks estaba en el balcón, mirando hacia

las ventanas oscuras del piso de Grossman, cuando observó círculos de luz en las paredes, aquí y allá, como de linterna. Alguien debía de estar andando por el apartamento sin encender la luz. El examen se prolongó unos veinte minutos. A la mañana siguiente, las autoridades sellaron la puerta de Grossman. [26] Durante dos meses no se permitió entrar ni siquiera a la viuda del escritor.

Según era lo acostumbrado en aquel estado policial, las autoridades soviéticas controlaron todas las disposiciones *post mortem* referidas al escritor disidente: desde el texto de la esquela hasta los discursos del funeral, para los que fue preciso solicitar una aprobación específica de los textos impresos que se iban a leer. Los funcionarios literarios del sindicato de escritores decidieron dónde se debía publicar el obituario de Grossman, qué podía decir y si se acompañaría o no de un retrato. Lipkin, que colaboró con Ehrenburg en la redacción de la esquela, se sorprendió por la exigencia de una censura previa. «Les pregunté: "¿Hay que censurar a Ehrenburg?» «¡Naturalmente que sí», contestó el funcionario. [27] Al final, el texto que se publicó era irreconocible, después de suprimir todos los comentarios personales y espontáneos de Ehrenburg. En la *Gaceta Literaria* se publicó una esquela de redacción impersonal y sin fotografía.

Guedda Súrits recuerda que, aunque la información sobre el funeral escaseó, muchas personas se acercaron a la sala de conferencias del sindicato de escritores. «Allí estaban todos los que lo conocían y recordaban», cuenta Súrits. Según Lipkin había un centenar de personas: familiares, amigos y también escritores tan conocidos como Tvardovski, Aleksandr Bek, Pável Antokolski y Konstantín Paustovski. Mientras esperaban a que se iniciara la ceremonia, el poeta Antokolski, que había colaborado en *El libro negro* , comentó: «Todo lo que debería decirse sobre Grossman, eso nadie lo va a decir. Y mentir ... ¡Él odiaba las mentiras más que nadie!». [28] Antokolski se refería al hecho de que no se permitía que nadie tomara la palabra de improviso: todos los discursos del funeral debían leerse textualmente según habían quedado impresos. Pero algunos oradores desafiaron la exigencia oficial. Yevgueni Vorobiov, un novelista y corresponsal de guerra que había conocido y respetaba a Grossman, expresó su afecto por él. Ehrenburg

pronunció un discurso encendido. Según el recuerdo de Súrits: «Habló sobre los últimos años y meses [de Grossman], tan trágicos. Se refirió con sorna al obituario, que era un insulto para Grossman. Dijo: “Aún no se conoce todo que lo Vasia ha escrito y solo el tiempo, el mejor de los jueces, revelará cuáles han sido sus mejores obras”. Ehrenburg habló de la sinceridad absoluta [de Grossman] y de que esto no siempre le ha ayudado. “Era un hombre difícil —dijo Ehrenburg—. Tuvo una vida dura, ha tenido una muerte dura, pero ha sido íntegro hasta el final; y aunque no es necesario aprender de él *cómo* se escribe, sí es preciso aprender *de qué* se escribe”». [29]

Lipkin, que leyó su discurso en el crematorio, también logró introducir algunas notas improvisadas. Habló de Grossman como un hombre de singular valentía y expresó la esperanza de que «en el futuro próximo todos sus escritos, también los inéditos, queden a disposición del lector». [30] El público entendió la alusión y el funcionario literario del sindicato de escritores abandonó la sala.

Años más tarde, el novelista Grigori Baklánov (Friedman), que tenía a Grossman por su maestro, comentó: «Pasó toda la guerra en el frente. Recuerdo que, en su funeral, uno de los oradores dijo: “Estuvo en Stalingrado durante toda la batalla, pero justo antes del final lo transfirieron a otro frente. Se condecoró a todo el mundo menos a Grossman, porque ya no estaba allí”. Y en literatura fue lo mismo. Pasó muchos años escribiendo *Vida y destino* . Cuando salió *Por una causa justa* [la primera parte de la novela], se desató una campaña destructiva contra el libro y el propio autor ... En vida no fue famoso, no lo apreciaban». [31] Cuando Baklánov —que era una generación más joven— regresó de la guerra, le llevó a Grossman su primera obra de ficción. [32] Más adelante participó en uno de los seminarios creativos que el autor impartía para jóvenes escritores. (Lo hizo desde 1950, a instancias del sindicato.) Durante la glásnost de Gorbachov, después de llegar a la dirección de *Znamia* , Baklánov publicó *Que el bien os acompañe* , los relatos cortos de Grossman y, en 1989, sus diarios de guerra, en edición específica. La publicación de las grandes obras de Grossman, de hecho, tuvo que esperar hasta la era de Gorbachov.

En 1964 se creó una comisión para gestionar la herencia literaria de Grossman, pero apenas dio frutos. Los funcionarios de la Unión

de Escritores impidieron que liberales como Ehrenburg y Paustovski se incorporasen al grupo de trabajo. Tvardovski, y otro escritor que conocía a Grossman, Aleksandr Písmenny, sí formaron parte de la comisión. Consiguieron publicar algunos relatos, extractos de los diarios de guerra y una versión muy censurada de las memorias del viaje a Armenia. Pero como ha escrito Lipkin: «Con lo más importante no tuvimos éxito: publicar una edición, en cinco volúmenes, de las obras completas [de Grossman], o recuperar de la Lubianka el manuscrito de *Vida y destino* y confiárselo al TSGALI [origen del archivo literario RGALI]». [33] Esta comisión del legado literario de Grossman se disolvió en 1970. Cuando en Fráncfort vio la luz una versión abreviada de *Todo fluye* , en la editorial de emigrados rusos Posev, estalló un escándalo político. [34] En la tradición de las campañas estalinistas, el presidente de la comisión literaria, Gueorgui Beriozko, propuso que los miembros redactaran una carta colectiva para denunciar ante la *Gaceta Literaria* «esa sucia y antisoviética novela, *Todo fluye* ». Cuando Lipkin quiso saber si Beriozko había leído la novela (lo que habría sido ilegal, en la URSS), el presidente pareció asustarse. [35]

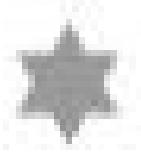
Los funcionarios del partido, al mismo tiempo que impedían a los lectores acceder a las mejores obras de la literatura contemporánea —de Ajmátova, Bulgákov, Mandelshtam, Pasternak y otros—, eran a menudo los primeros en adquirir las ediciones limitadas de estos libros. La hipocresía de la élite soviética y del partido queda de manifiesto en una anécdota del diario de Tvardovski. En noviembre de 1969, Yulián Semiónov, un superventas soviético, le dijo a Tvardovski que había estado en la boda de un antiguo jefe del KGB, el general Vladímir Semichastny. (Este hombre había encabezado la campaña de hostigamiento a Pasternak, calificándolo en público de «cerdo».) Los invitados de Semichastny —incluido un miembro del Politburó, Aleksandr Shelepin— bailaron al son de la música de la película *Doctor Zhivago* . [36] En 1974 Shelepin propuso detener a Solzhenitsyn. Esta camarilla suprimió la libertad de prensa y acosó a los escritores disidentes que criticaban al régimen.

Todo fluye circuló en *samizdat* . Tvardovski leyó la novela en 1969, tras recibirla de manos del escritor Yuri Trífonov, cuya dacha estaba cerca de la suya. Era lógico que Trífonov apreciara la obra

de Grossman porque su propio padre —antiguo revolucionario y luego alto funcionario del Consejo de Comisarios del Pueblo— había sido fusilado en 1938, y la madre —economista de profesión— había pasado varios años en el Gulag por no haber denunciado a su esposo. Trífonov había conocido a Grossman en 1951, en el Segundo Congreso de Jóvenes Escritores, y había asistido a su seminario de escritura creativa. Aquel mismo año fue galardonado con un premio Stalin por la novela *Estudiantes* , una obra tendenciosa de la que más adelante se avergonzó. Poco después lo atacaron por haber ocultado su condición de «hijo de un enemigo del pueblo». Grossman había defendido al joven en una sesión crucial del secretariado del sindicato de escritores, frente a la acometida de Bubennov y otros estalinistas. [37]

A Tvardovski, en cambio —a diferencia de Trífonov—, *Todo fluye* no le gustaba, pues le parecía que reflejaba el pesimismo de un moribundo. Aunque la novela refiere los sufrimientos de los kulaks deportados y desposeídos, y el propio Tvardovski procedía de una familia de este tipo, se mostró crítico con el libro. En su diario lo califica de «tratado»: una «sátira» que presentaba la historia de Rusia como el simple reinado del despotismo y la esclavitud a lo largo de todo un milenio. La época violenta de Stalin se considera una extensión de los años de Lenin. La novela transmitía «el más profundo pesimismo ... Es difícil leerla por el hincapié en los "crímenes de la revolución" y, en particular, porque todo esto es innegable». [38] Siendo como era un editor astuto, Tvardovski ya preveía cuáles serían los argumentos centrales con los que se criticaría la novela en 1989, cuando por fin se publicó en la URSS.

En privado, Grossman se mofaba de los defectos de Tvardovski. En 1961 le había contado a Lipkin que Tvardovski había ido a verle tras la incautación de *Vida y destino* . «Después de beber algo, [Tvardovski] se puso a gritar: "¡Es imposible escribir la verdad en nuestro país! ¡No hay libertad!".» Al poco rato se mostró indignado y reprochó a Grossman que, como un intelectual típico, solo se preocupaba por las purgas de 1937, y no por la destrucción de millones de campesinos durante la colectivización. «Y aquí va y empieza a contarme lo que yo mismo he escrito en *Vida y destino* », se reía Grossman. [39]



Lipkin nunca olvidó su promesa de ayudar a que *Vida y destino* se publicara en Occidente. En 1975 se acercó a su vecino, el escritor satírico Voinóvich, un disidente cuya novela había visto la luz en el extranjero sin el permiso de las autoridades soviéticas. *Vida e insólitas aventuras del soldado Iván Chonkin* , de Voinóvich, circuló en *samizdat* y también había aparecido en un periódico de emigrados, el *Grani* , de Fráncfort. Voinóvich recuerda que Lipkin se le acercó, primero, en nombre de Grossman: «Un día, mientras cruzaba el patio, me encontré con mi vecino Semión Izraílevich Lipkin. Sabía que Lipkin era amigo de Grossman. Había pensado mucho en la novela confiscada [*Vida y destino*], yo sospechaba que no se habían apoderado de todas las copias. Me quedé mirando a Lipkin, inquisitivamente, pero sin preguntarle nada. Y de pronto se me acercó en el patio y me dijo: “Tengo una consulta. Sé que tienes conocidos extranjeros. ¿Podrías enviar un manuscrito al Oeste?”. Yo corrí a preguntarle: “¿De Grossman?”. “Sí”, me dijo. “¡Claro que puedo!”, contesté. Y al día siguiente Semión Izraílevich me trajo este manuscrito». [40]

Voinóvich invitó a otro amigo disidente que publicaba literatura en *samizdat* y le pidió que microfilmara la novela de Grossman. Pero este hombre, en vez de resolver el encargo de una forma rápida y clandestina, estuvo yendo y viniendo de la casa de Voinóvich. Tal imprudencia amenazaba con echar a pique toda la empresa: Voinóvich estaba vigilado por el KGB y, si los agentes sospechaban que se cometían actividades ilícitas, registrarían su casa y confiscarían el manuscrito de Grossman.

En 1975 el propio Voinóvich fotografió *Vida y destino* con su vieja cámara soviética. El resultado fue deficiente. Entonces se acercó a pedir la ayuda de Sájarov y Yelena Bónner: la casa del premio Nobel era segura. En su alojamiento se tomaron nuevas fotografías. Las dos películas —tanto la de Voinóvich como la de Sájarov— viajaron de contrabando hasta París, donde llegaron a manos de Vladímir Maksímov, editor de una influyente revista de emigrados, *Kontinent* .

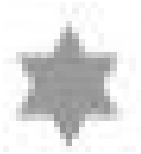
En 1975-1976, Maksímov dio cabida, en varios números sucesivos de su revista, a diversos capítulos de *Vida y destino* . Hacia la misma época aparecieron extractos en otras publicaciones de emigrados rusos, como *Grani* y *Posev* ; pero la obra atrajo poca atención. La novela de Grossman quedó eclipsada por *Archipiélago Gulag* , que salió de la imprenta en diciembre de 1973, y por la deportación de Solzhenitsyn a Occidente, un año después.

Según Voinóvich, Maksímov también envió una copia de *Vida y destino* a Carl Proffer, de la Universidad de Michigan. Este catedrático de lengua y literatura rusa había fundado la editorial Ardis en 1971, junto con su esposa Ellendea. Habían traducido y producido decenas de obras literarias rusas, pero rechazaron la novela de Grossman. En 1985, en una carta abierta a Solzhenitsyn, Kópelev explicó que aunque Carl Proffer era «un apasionado de Rusia y la literatura rusa», tenía unas preferencias literarias claras. «Así, yo no compartía su admiración por [las memorias de] N. Ya. Mandelshtam, las novelas de Sasha Sokolov, y su buen concepto de la prosa de Maramzín. [41] A su vez, él no compartía nuestro aprecio por la prosa [de Solzhenitsyn] ni por *Vida y destino* , de Vasili Grossman (le insistimos en que la publicara, pero se negó).» [42]

Voinóvich, que no estaba al corriente de estos fracasos, seguía sintonizando la BBC y Voice of America con la esperanza de escuchar la noticia de la publicación de *Vida y destino* . Como le explicaría luego a Bónner, al constatar que la radio extranjera no decía nada al respecto, decidió volver a microfilmar la novela y sacarla clandestinamente del país. En 1977 invitó a su apartamento a un editor de *samizdat* de Leningrado, Vladímir Sándler. Hubo que recuperar otra vez la copia mecanografiada de *Vida y destino* y llevarla de su escondite al piso de Voinóvich. La tarea se le confió a la poeta Inna Lisniánskaia, la segunda esposa de Lipkin: *Vida y destino* estaba oculto en el apartamento del hermano de esta. Para Lisniánskaia, según lo describió más tarde, aquel trayecto en taxi con el libro prohibido fue aterrador: «No recuerdo que nada, nunca, me haya asustado más ... Era una responsabilidad colosal. Entonces sabía que era una gran novela y una obra temida: ¿y si se pierde?, ¿y si me la quitan a mí? ¡Entonces todo se habrá acabado!». [43]

Según Voinóvich, Sándler, que disponía de un buen equipo, produjo un microfilm de «una calidad excelente». Voinóvich hizo venir a una conocida, Rosemary Ziegler, una austríaca experta en lenguas eslavas, y le dio la película. «Le expliqué ... que se trata de una novela extraordinaria y que es necesario no solo pasarla al Oeste, sino también encontrar quien la publique.» Un agregado cultural austríaco, Johann Marte, cruzó la frontera con el microfilm y se lo entregó a un filólogo emigrado soviético, Yefim Étkind, y al estudioso de la literatura Shimón Markish (hijo de Pérets Márkish, el poeta ejecutado). [44] Los dos trabajaron de forma infatigable, preparando la novela para la publicación; entre otras tareas tuvieron que leer y cotejar las dos copias microfilmadas de las que disponían. Vladímir Dimitrijević, un refugiado político huido de Belgrado, experto en literatura y fundador de la editorial L'Âge d'Homme, en Lausana (Suiza), también participó en el descifrado del texto. Dimitrijević pasó dos meses y medio en un cuarto oscuro, estudiando el microfilm: «Algunas partes simplemente no se podían leer». [45] Por fin, en 1980, L'Âge d'Homme publicó una edición del texto original, en ruso. Debido a los problemas técnicos no se logró reproducir algunos párrafos y páginas; por lo tanto, las primeras traducciones de Grossman adolecieron de los mismos problemas.

Hicieron falta otros tres años para que *Vida y destino* representara un hito. La edición francesa, lanzada en 1983, llegó a un público amplio: se vendieron 120.000 ejemplares. [46] Esto despertó el interés por la novela en toda Europa y en Estados Unidos. En 1985 vio la luz, en Londres y Nueva York, la traducción inglesa de Robert Chandler. En septiembre de 2011, *Vida y destino* ascendió a los primeros puestos de ventas en Inglaterra, después de que BBC Radio 4 emitiera una adaptación de la novela, con Kenneth Branagh como Víktor Shtrum. [47] Se ensalzó entonces *Vida y destino* como una de las mejores novelas de guerra, más aún: «Un monumento moral, un informe ficticio, pero genuino, desde el mismo corazón de las tinieblas del siglo XX , un acto asombroso de narración de la verdad». [48]



En 1988, cuando Étkind, que había colaborado con la publicación de la novela en Lausana, supo por una fuente fiable que una revista de Moscú no tardaría en dar a la imprenta *Vida y destino* , no dio crédito a la noticia: le pareció una «fantasía». Por su parte, varios disidentes soviéticos instalados en Occidente que habían leído la novela estaban seguros de que nunca se podría leer en la URSS, ni siquiera en la fase de mayor transparencia de Gorbachov. Más adelante Étkind explicó que le parecía más probable que en la URSS se permitiera la formación de un segundo partido político. A fin de cuentas, el Partido Comunista, con sus diecisiete millones de miembros, podía controlar y marginar fácilmente a un partido alternativo, si se llegaba a crear. Pero la novela de Grossman (en este punto, Étkind estaba de acuerdo con Súslov, el ideólogo soviético) suponía una amenaza directa contra la existencia del régimen. [49]

A Étkind, un disidente destacado, lo habían deportado en 1974 por su relación con Solzhenitsyn. Antes había sido testigo del juicio de Brodski y había ayudado a preparar la colección *samizdat* del poeta en la Unión Soviética. Arriesgaba la seguridad personal al tener oculto —enterrado cerca de su dacha de Leningrado— un ejemplar de *Archipiélago Gulag.* Las autoridades sabían que era amigo de Solzhenitsyn y lo hostigaron después de que esta obra se diera a conocer. En palabras del propio Solzhenitsyn, Étkind tuvo que «soportar la conmoción de que lo pusieran públicamente en la picota y luego lo expulsaran del país». [50] Tanto Étkind como su esposa habían perdido a sus padres en los campos carcelarios de Stalin, una situación típica entre los disidentes soviéticos.

Al final no tuvieron que transcurrir dos siglos y medio para que se publicara *Vida y destino* en la URSS: bastaron tres decenios. En 1988 la novela apareció en *Oktiabr* , una revista literaria moscovita con una circulación de 250.000 ejemplares. Desde el punto de vista de Étkind, este hecho sugería por sí solo que en la Unión Soviética

se estaban produciendo «cambios verdaderamente revolucionarios».

Grossman demostró estar en lo cierto cuando argumentaba que solo un editor de reputación conservadora tendría el valor de aceptar y defender su novela. En efecto, el editor de *Oktiabr* , el novelista bélico Anatoli Anániev, no era liberal. Había sido funcionario en el sindicato de escritores y gozaba de una reputación sólida en el mundo oficial, que le ayudó a superar las restricciones de la censura soviética. Al menos, parcialmente, porque en 1988 tan solo consiguió publicar una versión censurada de *Vida y destino* , en la que faltaba, por ejemplo, todo el capítulo de análisis del antisemitismo. También se suprimieron pasajes en los que se hablaba de la ausencia de libertad en Rusia, como el siguiente: «Durante todo un milenio Rusia ha sido libre poco más de seis meses. Su Lenin no heredó la libertad rusa: la mató». [51] Pero que una versión censurada pudiera ver la luz en la URSS fue un gran logro que sirvió para abrir la puerta prohibida. Dos años después se lanzó en Moscú una edición completa de *Vida y destino* . Esta edición, de 1990, incluía también la dedicatoria, un aspecto esencial para el autor: «A la memoria de mi madre, Yekaterina Savélievna Grossman». (Esta dedicatoria falta en las versiones que habían utilizado los primeros editores en la década de 1980. Sin embargo, consta en la redacción final que habían preservado Lobodá y su familia.)

La primera publicación de *Oktiabr* fue acogida en la prensa soviética con un aluvión de reseñas. En el artículo «El universo de Grossman», un crítico señero, Lev Ánninski, escribió que aunque *Vida y destino* solo había podido llegar a su público ruso tres decenios después de haberse escrito, llamaba la atención por ser «una obra muy actual ... La novela no ha envejecido y cabría decir que aparece en un momento idóneo ... Hemos madurado y por fin somos capaces de escuchar su mensaje». [52] Ánninski reinterpretó la referencia de los funcionarios literarios soviéticos que preveían que *Vida y destino* no podría ver la luz durante doscientos cincuenta años, considerándola una muestra de confianza en la longevidad de la novela. El comentarista había sido editor de mesa en *Znamia* cuando se confiscó *Vida y destino* . La descripción del Holocausto

en la novela le afectaba personalmente, dado que, durante la guerra, había perdido a algunos familiares en las cámaras de gas; por otro lado su abuela había perecido durante un pogromo. Ánninski reflexionó sobre la importancia de la novela, considerando que, además de captar toda una época, exponía los principios básicos del totalitarismo, los cimientos sobre los que Rusia se había levantado, y quizá seguiría haciéndolo. [53]

Vida y destino apareció en el culmen de la glásnost, de forma simultánea al *Doctor Zhivago* de Pasternak. En tiempos de Gorbachov —nieto de presos del Gulag— los periódicos y las revistas soviéticas dieron cabida a abundantes revelaciones sobre el estalinismo, y se publicó, en rápida sucesión, una avalancha de obras literarias inéditas hasta el momento. En tales circunstancias, la novela de Grossman no generó el interés explosivo que en otra coyuntura cabría haber esperado.

En 1987 se exhibió también por vez primera una película brillante: *La comisaria* , de Aleksandr Askóldov. Se basaba en el relato grossmaniano «En la ciudad de Berdíchev». Se había rodado veinte años antes, pero el acceso a las pantallas quedó vetado de inmediato; en buena medida, por lo mucho que destacaba el tema judío. Hubo represalias graves: el joven Askóldov —que era un director de talento— fue expulsado del partido, perdió el trabajo, tuvo que abandonar Moscú y nunca más pudo rodar ninguna otra película. En 1988, no obstante, *La comisaria* fue la candidata soviética al Óscar al mejor largometraje en lengua extranjera. El *Chicago Tribune* escribió: «¿Una película de 1968 para un Óscar de 1988? ¿Cómo es posible? Pues bien, como solía decirse en el vodevil, la clave está en el momento ... Por su profundo feminismo y la empatía con las penalidades de los judíos soviéticos (pero no necesariamente con su religión), el régimen de Brézhnev se apresuró a prohibir la película». [54] Desde entonces *La comisaria* goza del reconocimiento internacional y ha obtenido varios premios (aunque no el Óscar).

En 1989 *Oktiabr* publicó la obra más radical de Grossman: *Todo fluye* . Un mes antes de que la novela llegara a las librerías, un grupo de escritores nacionalistas, asociado con la revista conservadora *Sovreménnik* , intentaron abortar el proyecto.

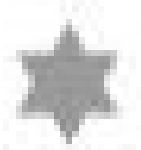
Afirmaban que *Todo fluye* era un insulto a la dignidad nacional y amenazaron con denunciar a *Oktiabr* si la obra veía la luz. [55] Cuando la novela llegó a las mesas, este grupo de autores —el más conocido de los cuales es el famoso matemático Ígor Shafarévich— publicó una carta en el periódico *Rusia Literaria* en la que acusaba a *Oktiabr* de rusofobia y exigía «represalias administrativas». [56] Shafarévich había estado preparando el ataque durante mucho tiempo. En 1983 había dado a conocer el ensayo *Rusofobia* , en el que acusaba a varios escritores judíos —incluidos Bábel, Nadiezhda Mandelshtam y Brodski— de odiar a Rusia. También postulaba la teoría de que una «nación pequeña», la de los judíos, estaba destruyendo a la «nación mayor»: la de los eslavos. A su entender, la «nación pequeña» amenazaba con causar una «catástrofe» capaz de extinguir a la «nación mayor». [57] Shafarévich y el grupo centraron sus ataques fulminantes en *Todo fluye* .

Estos nacionalistas se sintieron ofendidos porque Grossman se había mostrado muy escéptico con la fe de Dostoievski en el singular «poder del alma rusa». En 1880 Dostoievski había expresado la creencia de que Rusia debía desempeñar una misión mesiánica en Europa. Grossman, en cambio, considera que Dostoievski había cometido un «trágico error» al describir un «alma rusa “universal y panhumanista”». «¿Acaso pensaban los profetas de Rusia —se pregunta Grossman en *Todo fluye* — que combinando el rechinamiento de las alambradas de la taiga siberiana y del campo de Auschwitz se cumplirían sus profecías sobre el futuro y el triunfo sagrado del alma rusa?» [58] Desde la perspectiva de Grossman, este legado de esclavitud impidió que Rusia adoptara un papel de liderazgo moral: «¿Qué podía dar al mundo una esclava milenaria, incluso una vez convertida en todopoderosa?». [59] En esta novela se ve a un Grossman pesimista con el futuro de Rusia: sugiere que el fracaso de un país incapaz de enfrentarse a su pasado también le impediría avanzar.

Al exponer las deficiencias de su país, Grossman sigue una tradición de la literatura rusa. Desde Aleksandr Radíschev a Pushkin, Lérmontov, Chéjov y Tolstói, los propios escritores rusos han lamentado el pasado de violencia y esclavitud de su país. En

Todo fluye Grossman cita pasajes de las *Cartas filosóficas* de Piotr Chaadáyev, escritas en la década de 1820. Para Chaadáyev, «la esclavización gradual» del campesinado ruso «no representa más que la consecuencia rigurosamente lógica de nuestra historia». [60] Para nuestro escritor, los comentarios de Chaadáyev sobre el pasado de Rusia son reveladores, en especial cuando sugiere que la aportación nacional al mundo debe consistir en ocupar su «puesto natural entre los pueblos ... no solo con la tiranía, sino también con las ideas». [61]

Con una reacción típica, los nacionalistas hicieron caso omiso del capítulo central de la novela, en el que Grossman aborda dos obras de Stalin: la hambruna y el genocidio de los campesinos. Al negarse a abordar el pasado totalitario del país y recrear el mito de la grandeza de Rusia, estaban invitando a ese pasado a volver.



En 2013 los manuscritos confiscados de *Vida y destino* se devolvieron por fin al dominio público. Aquel año, la directora de cine y periodista Yelena Yákovich estaba rodando un documental sobre Grossman para la televisión. Por entonces nadie sabía si los manuscritos grossmanianos se habían conservado o destruido. Para averiguarlo, Yákovich contactó con Tatiana Goriáieva, directora del Archivo Estatal Ruso de Literatura y Arte (RGALI), y le sugirió que enviara una consulta oficial al FSB (sucesor del KGB). En abril de 2013, Goriáieva mandó en efecto una carta al Archivo Central del FSB de la Federación Rusa, explicando que el RGALI estaba compilando un volumen sobre los escritores soviéticos que habían participado en la segunda guerra mundial y necesitaba información sobre los manuscritos de Grossman. Goriáieva hizo la petición sin excesiva esperanza: no era nada habitual que el KGB devolviera los archivos confiscados a los escritores. Pero en junio recibió una respuesta positiva del teniente general Vasili Jristóforov, a la sazón director del archivo central de los Servicios de Seguridad Federal de

la Federación Rusa. Jristóforov comunicaba que el FSB había decidido devolver todos los documentos de Grossman al RGALI.

La solicitud de Yákovich y Goriáieva se realizó en el momento oportuno: antes de los Juegos Olímpicos de invierno (en Sochi), cuando las autoridades querían cultivar unas buenas relaciones públicas. A juicio de Yákovich intervinieron también otros factores. El FSB tomó la decisión cuando había renacido el interés por la obra de Grossman, gracias a un largometraje de televisión basado en *Vida y destino* , dirigido por Serguéi Ursuliak en 2012. Es posible que el documental de Yákovich contribuyera igualmente a que el FSB optara por liberar los documentos de Grossman de su ubicación secreta.

En junio de 2013, tras recibir la noticia de la Lubianka por medio del RGALI, Yákovich se puso en contacto con el teniente general Jristóforov. Este, que ya se mostraba mucho más colaborativo de lo esperado, la sorprendió aún más al preguntarle: «¿Necesita alguna otra cosa?». «Sí, me gustaría ir con usted al archivo del FSB, para recuperar los documentos de Grossman», contestó Yákovich. [62] Este deseo no se satisfizo, sin embargo: la carpeta grossmaniana se custodiaba en una instalación especial, fuera de Moscú, donde Jristóforov no quiso admitir a la cineasta.

Así pues, cincuenta y dos años después del secuestro de la novela, los documentos de Grossman volvieron al dominio público, con gran despliegue de fanfarrias. El 25 de julio el FSB —una de las instituciones caracterizada de mayor secretismo de Rusia— celebró una ceremonia abierta en un nuevo edificio de la Lubianka. En presencia del ministro de Cultura, Vladímir Medinski, los funcionarios hicieron entrega al RGALI del archivo de Grossman. Fue un acontecimiento con cobertura de la prensa y la televisión nacionales. El FSB afirmó alegremente: «Es un placer entregarles este manuscrito, ahora plenamente accesible, para que los expertos literarios puedan empezar a investigar la obra». [63]

El FSB también organizó una ceremonia más modesta en una sala de lectura propia, en Kuznetski Most, una calle cercana a la Lubianka; este acontecimiento sí se permitió que Yákovich lo grabara. El documental de la cineasta mostró —por vez primera— qué se le había incautado a Grossman durante la confiscación de la

novela. El FSB presentó los documentos en sus carpetas originales: 10.043 páginas de copias mecanografiadas y borradores. «¿Cómo me siento con todo esto?», se pregunta en la película la hija del escritor, Katia Korotkova-Grossman, mientras hojea el borrador de la novela de su padre, con su multitud de correcciones manuscritas. «Lamento que mi padre no esté aquí para ser testigo del momento.» El título del documental de Yákovich, *Vasili Grossman: Comprendí que me había muerto* , emplea palabras pronunciadas por el escritor tras la confiscación.

Yákovich, una directora, periodista y guionista galardonada con varios premios, ha rodado diversos documentales sobre temas que van del Holocausto a figuras de la emigración soviética como Brodski. *Vasili Grossman* se estrenó en 2014, a tiempo para el quincuagésimo aniversario de la muerte del escritor. Según le dijo Yákovich a la autora del presente libro, ella era incapaz de imaginar que *Vida y destino* hubiera podido ver la luz en la URSS de la década de 1960, o cómo habría afectado la publicación a la sociedad soviética de la época. Le parecía en cambio sencillo calcular el impacto de una publicación contemporánea en Occidente. Si *Vida y destino* hubiera aparecido en el extranjero en la misma década de 1960, se habría «convertido en una sensación cultural internacional» y habría afectado al análisis del estalinismo en todo el mundo. La posposición forzada «robó» este impacto a Grossman y su novela. [64]

Mientras que *Vida y destino* apareció al mismo tiempo que *Doctor Zhivago* , la última novela de Grossman, *Todo fluye* , vio la luz en Rusia en 1989, el mismo año que *Archipiélago Gulag* de Solzhenitsyn. La obra colosal de Solzhenitsyn, impresa en *Novy Mir* en la fase culminante de la glásnost, provocó en los lectores soviéticos un efecto menor que su novela corta *Iván Denísovich* . En la década de 1990 Rusia había empezado a perder el interés por las publicaciones que desvelaban los crímenes del estalinismo.

Epílogo

Tras la confiscación de *Vida y destino* , el nombre de Grossman se hizo infrecuente en la prensa soviética. Se escribieron pocas obras que lo recordaran, se perdió buena parte de su correspondencia. Esto resalta aún más la importancia de un descubrimiento reciente de la historiadora germano-ucraniana Tatiana Dettmer. Ha descubierto información sobre el físico nuclear Lev Shtrum, que fue el modelo del personaje principal de Grossman en *Vida y destino* y *Por una causa justa* (*Stalingrado*). Una carta de 1929, de Grossman para su padre, encontrada por la autora de este libro, también menciona a Shtrum y confirma que nuestro escritor había conocido al físico. Shtrum fue fusilado en 1936, junto con treinta y seis científicos ucranianos. Sus obras, con aportaciones originales a la física nuclear, solo se han conservado en Occidente. El descubrimiento de Dettmer contribuye a explicar por qué Grossman se resistió a hacer lo que sus editores le pedían: purgar a Shtrum de la novela. El destino trágico de Shtrum adquiere valor ejemplar para toda una generación de físicos soviéticos sometidos a Stalin.

La historia de Gueorgui Demídov —un superviviente de Kolymá que era físico, ingeniero y escritor de talento— puede servir como posdata al tema de Grossman. Demídov era aún estudiante en la Universidad de Járkov cuando Lev Landáu, su profesor de física teórica, lo reclutó para trabajar en su laboratorio del Instituto de Física y Tecnología, de la misma ciudad. Esta institución se hallaba a la vanguardia de la ciencia en la exploración de los campos de la física nuclear y a bajas temperaturas. En la fase más intensa de las purgas se detuvo a los principales investigadores de este centro de Járkov. En febrero de 1938 Demídov, que contaba entonces treinta años, ingresó en la cárcel; acusado de «actividad terrorista-

trotskista», fue condenado al Gulag, donde estuvo catorce años. Tanto su esposa como su hija de muy corta edad pasaron a una prisión abarrotada, quedaron temporalmente en libertad y, por suerte, las autoridades se olvidaron de ellas.

Mientras estuvo en Kolymá, Demídov trabajó como ingeniero (y, durante una parte de la reclusión, como obrero esclavizado) en las minas de oro. En el hospital central del Gulag en el Extremo Oriente, donde lo operaron a vida o muerte, conoció a Shalámov, que lo incluiría en *Los cuentos de Kolymá* con la figura del ingeniero Kipréiev. En sus memorias, Shalámov califica a Demídov como «el hombre más recto e inteligente que he conocido nunca». [1]

En 1951, cuando se buscaba a físicos que hubieran sobrevivido en el Gulag para incorporarlos al proyecto atómico de Stalin, se trasladó a Demídov —bajo vigilancia— de Kolymá a Moscú. Se contaba que trabajaría en una *sharashka* , con otros científicos privados de libertad. Pero por entonces acumulaba un retraso insalvable en materia de física teórica y, por otro lado, a su condena le faltaba poco para expirar, con lo cual no resultaba de utilidad para la *sharashka* . En consecuencia lo devolvieron al Gulag, para que completara el período de reclusión en la república de Komi, en la región más septentrional de la URSS. En «La vida del ingeniero Kipréiev» Shalámov refiere la historia de Demídov y comenta que las autoridades lo trataban como a un esclavo: inteligente, pero en todo caso esclavo. [2] Tras quedar en libertad, Demídov halló empleo en una fábrica en la que destacó y dejó un buen recuerdo como el mejor inventor de la república de Komi.

En Kolymá, Demídov tomó la firme decisión de sobrevivir para poder contar «todo este infierno» y «la interminable sucesión de mentiras». Escribió varios libros de prosa y reminiscencias en los que se refería a Kolymá como «un Auschwitz sin hornos crematorios». [3] Como escritor disidente cuyas obras circulaban en *samizdat* , Demídov —al igual que su amigo y corresponsal, Shalámov— vivía vigilado por el KGB. En 1980 el KGB registró su casa y las casas de sus parientes y amigos más próximos, e incautó no solo todas sus obras, sino también las máquinas de escribir. Demídov había perdido los dedos por congelación y no era capaz de sostener un bolígrafo; las autoridades, que lo sabían, le privaron,

pues, de todos los medios de completar su testimonio. Como había sucedido antes con Grossman, al KGB no le pareció necesario detener al autor, más aún cuando Demídov contaba ya setenta y dos años y no se esperaba que viviera mucho más. En 1987, tras la muerte del físico, su hija Valentina apeló a Aleksandr Yákovlev —el «padrino de la glásnost» e ideólogo principal en tiempos de Gorbachov— para pedirle que organizara la devolución del archivo confiscado a su padre. Los documentos de Demídov volvieron en efecto a manos de su hija, que más adelante logró publicar una edición limitada de sus obras. Por trágica que resultara, la historia de Demídov no era excepcional, sino típica; Grossman tuvo noticia de muchos casos similares, con la destrucción de personas de talento y mentalidad independiente a las que el estado totalitario soviético consideraba peligrosas.

Aunque los textos de Grossman resultaron inaceptables en vida del autor, más adelante sus ideas ayudaron a abrir camino a otros artistas. La vida de un destacado actor soviético, Leonid Bronevói, sirve de comentario irónico a la comparación que Grossman estableció entre los sistemas soviético y nazi. Bronevói cobró fama nacional por su papel en una serie de la televisión soviética, *Diecisiete instantes de una primavera* . Este *thriller* dramático de 1972, sobre la vida de un espía soviético en la Alemania nazi, seguía siendo sumamente popular en la década de 1990. Ha sido la serie más vista de la historia de Rusia, con un público total estimado de entre 50 y 80 millones de espectadores. (Según el Servicio Ruso de la BBC, es probable que esta producción inspirase en Putin el deseo de ser espía soviético en Alemania.) [4]

Bronevói, que era judío, interpretó el papel de Heinrich Müller, el jefe de la Gestapo. La escenificación establece un paralelismo indirecto entre la Gestapo y el NKVD. Cuando se glorifica el servicio de inteligencia soviético, la Gestapo aparece asimismo bajo una luz relativamente positiva: Bronevói caracteriza un personaje con rasgos humanos.

En su vida posterior, el actor alzó la voz contra el régimen de Stalin y los crímenes de su policía secreta. En 2009 la BBC entrevistó a Bronevói y le preguntó por qué Rusia no estaba preparada para reconocer las semejanzas del estalinismo y el

fascismo. El actor contestó que, a su entender, el Partido Comunista era aún más culpable que el Partido Nazi, porque había iniciado una guerra contra su propio pueblo. Había que someter a juicio al Partido Comunista. [5]

El actor conocía de primera mano los crímenes de Stalin. En las décadas de 1920 y 1930 su padre, Solomón Bronevói (Factoróvich), actuó como instructor e investigador de la OGPU (el NKVD) en Kiev. «Mi padre fue uno de los instructores más brutales de la OGPU de Kiev», escribió el actor en 2014. Como subjefe del «departamento económico» de la institución heredera de la Cheká, su padre apaleaba a las víctimas con salvajismo para extraerles todo el dinero y el oro. [6] (En su relato de 1935 «Cuatro días», donde llama a los comisarios por su nombre real, Grossman retrata a Factoróvich como un fanático instructor de la Cheká kievita que detiene a su propio tío durante la guerra civil. El anciano es enviado a un campo de concentración donde fallece por tifus.)

El padre de Bronevói tuvo una trayectoria típica y acabó en el Gulag: durante la Gran Purga fue detenido por «trotskista» y lo mandaron a Kolymá. Al ser hijo de un «enemigo del pueblo», Bronevói, durante muchos años, no pudo acceder ni a la formación universitaria ni a tener empleo. En 2014 describió el experimento soviético en su conjunto como «una absurda película de terror que se ha prolongado durante más de setenta años». El presidente Putin, por descontado, defendía la idea contraria, y calificó el hundimiento de la Unión Soviética como «la mayor tragedia geopolítica del siglo XX ». Así, en sus comentarios públicos, Bronevói se mostró particularmente directo: «¡Quería que me escucharan! [Quería decir que] el sistema, que aún elogiamos y glorificamos, perseguía a su propio pueblo (en el mejor de los casos los mataba, y en el peor, los obligaba a matar a otros). Debemos recordárnoslo para impedir que el pasado se repita ¡y que nunca surja siquiera el más mínimo pensamiento de que [en tiempos de Stalin] se vivía bien! ¿Qué podría estar bien cuando la mitad del país está en la presidio y la otra mitad es el carcelero?». [7]

La información sobre el verdadero alcance de la represión estalinista se guardó celosamente en secreto durante décadas. Como demuestra el libro de Aleksandr Yákovlev *Un siglo de*

violencia en la Rusia soviética , solo el Politburó —personas como Mólotov, Jruschov, Mikoyán, Kaganóvich, Zhdánov y Súslov, que participaron en persona en las purgas— conocía su dimensión real.

Aunque Yákovlev fue un destacado funcionario del Partido Comunista, que dirigió el Departamento de Propaganda del Comité Central, también iba por libre. En 1972 publicó un artículo «sobre los peligros del chovinismo, nacionalismo y antisemitismo en la URSS». [8] Sin embargo, como el antisemitismo seguía siendo política gubernamental —aunque no declarada—, se apresuraron a apartarle de las labores específicas del partido y lo enviaron a Canadá, como embajador. En tiempos de Gorbachov, que lo trajo de regreso, Yákovlev ingresó en el Politburó. Desde 1989 presidió la Comisión de Rehabilitación de las Víctimas de Represión Política. En el primer año de existencia la comisión revisó 280.000 casos y restituyó el honor a 367.900 nombres. [9] La documentación de los archivos hizo comprender a Yákovlev que el régimen soviético había perpetrado crímenes contra la humanidad. Los documentos hablaban de ejecuciones colectivas, sin juicio, habituales en tiempos de Lenin y Stalin; de los campos de concentración soviéticos, incluidos campos para niños; de las represalias que aplastaron a la intelectualidad; de la destrucción del campesinado, los clérigos y los partidos socialistas no bolcheviques; de las brutales deportaciones de nacionalidades enteras, antes, durante y después de la segunda guerra mundial; de los prisioneros de guerra a los que, al ser liberados de los campos de concentración nazis, se enviaba directamente al Gulag. La historia del estado Soviético estaba escrita con sangre.

Después de leer todos estos documentos Yákovlev describió Rusia como un inmenso cementerio, sus tierras repletas de «las tumbas anónimas de sus ciudadanos, caídos en las guerras, muertos de hambre o ejecutados a capricho del régimen fascista leninista-estalinista». [10]

La práctica de las detenciones masivas ha infligido un daño incalculable a todos los pueblos de Rusia, ha dejado sin aliento a la sociedad, ha provocado un irremediable hundimiento moral. Durante los setenta años de bolchevismo las formas de represión se han ido modificando, pero las causas y la naturaleza del despotismo se han

mantenido inalterables. El régimen y sus líderes principales estaban dispuestos a cometer cualquier crimen contra la humanidad para consolidar su monopolio del poder, la ideología y la propiedad y crear un rebaño sumiso. [11]

En buena parte como Grossman antes de él, Yákovlev comprendió que tanto el régimen soviético como el nazi habían emprendido el asesinato a una escala industrial. En Auschwitz, escribe el político, la gente tenía que morir «por pertenecer a una de las "razas inferiores", y en las cárceles y los campos del Gulag, "por inferioridad de clase"». [12]

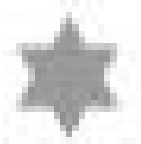
En años posteriores, Yákovlev recorrió el país dando conferencias sobre historia, economía y las represiones soviéticas. Él y su equipo publicaron numerosos volúmenes de materiales de archivo desclasificados, bajo el título general de *Rusia. Siglo xx . Documentos.* «Esta es la nueva historia de Rusia, una historia completamente distinta —dijo en su última entrevista, en 2005—. Es imposible leerla sin llorar ni enfurecerse ... Nos llegan respuestas de los lectores. ¿Y sabe qué nos están escribiendo muchos? Que esto no puede haber sucedido de verdad.» [13]

Yákovlev fue testigo del renacer de la popularidad de Stalin y la nostalgia por la Unión Soviética. En su libro, al explicar la resistencia popular con que chocaron las reformas democráticas de Gorbachov, señala: «Al intentar reformar el país ... subestimamos muchas cosas; sobre todo, la condición psicológica de una sociedad que resultó ser mucho más inerte, indiferente y dependiente de lo que habíamos imaginado. Hasta nuestros días son muchos los que adscriben sus esperanzas a algún gran hombre, algún ídolo, y sueñan con la esclavitud y líderes "más fuertes". Este es el "enigma" del alma rusa. Con los hechos en la mano, nada más que una psicología esclava». Esta mentalidad, a su vez, es responsable de la trayectoria de Rusia, una «secuencia [casi] ininterrumpida de sufrimiento ... y crimen». [14] Yákovlev, el arquitecto de la glásnost y paladín de la democracia, creía que el círculo vicioso solo se podría debilitar proporcionando acceso a la información.

Son ya tres las generaciones soviéticas a las que, en sucesión, se ha engañado sobre su pasado; y en la Rusia de Putin la historia se está reescribiendo otra vez. En 1996, unos años antes de llegar a

la presidencia, Putin declaró: «Cabe la posibilidad de que Rusia vuelva a su pasado totalitario». En sus palabras: «El peligro no procede de los órganos del poder estatal, como el KGB, el MVD [Ministerio del Interior] o incluso las fuerzas armadas. El peligro radica en la mentalidad de nuestro pueblo, nuestra nación, en nuestra propia mentalidad singular». [15] Aunque afirmaba que el totalitarismo no se impone desde arriba, en cuanto llegó al poder actuó con dureza contra los medios de comunicación independientes.

Ante un entrevistador francés, en 1974, Hannah Arendt arrojó luz sobre la conexión entre los regímenes totalitarios y la ignorancia política: «Lo que posibilita que haya un gobierno totalitario, o cualquier otra forma de dictadura, es la falta de información. ¿Cómo se puede tener una opinión propia si se carece de información? Si todo el mundo te miente siempre, la consecuencia no es que des crédito a las mentiras, sino que todos dejan de creer en todo ... Y si la gente ya no puede creer en nada, entonces no se puede decidir. No tan solo se le priva de la capacidad de actuar, sino también de la capacidad de pensar y valorar. Con un pueblo así, puedes hacer cuanto te guste». [16]



En 2014, el difunto Arseni Roguinski, que entonces encabezaba Memorial —la organización rusa pro derechos humanos dedicada a preservar el recuerdo de las represiones soviéticas—, comentó que el mensaje antitotalitario de Grossman «no encaja con la propaganda oficial. Todo lo que se escribe hoy, incluyendo los manuales escolares, aspira a demostrar que tenemos que estar orgullosos de nuestro pasado ... Hoy a Grossman se le publica, incluso figura en el currículo escolar [en una lista seleccionada]. En apariencia todo va bien, pero en realidad no es así. Grossman incomoda al régimen actual». [17]

En Rusia, Grossman sigue siendo una figura conocida solo marginalmente. Entre los intelectuales y los defensores de los

derechos humanos, en cambio, goza de gran respeto. En 2007, Lev Dodin, del Teatro Dramático Maly, de San Petersburgo, llevó a escena una obra basada en *Vida y destino* . En una entrevista el director afirmó: «Creo que nuestra obra contribuye a popularizar esta novela en Rusia, pero, por desgracia, es tan solo una gota en el océano. En Rusia Grossman interesa solo a unos pocos, ante todo porque toda la energía de nuestra sociedad se dirige hoy a negar nuestro propio pasado ... Invertimos esfuerzos colosales en impedir que la nación comprenda [su] responsabilidad trágica por lo que había sucedido, algo de lo que Grossman era profundamente consciente». [18] Por el contrario, cuando la adaptación escénica de Dodin se estrenó en los teatros de Londres, en mayo de 2018, hubo reseñas en todos los grandes periódicos. Los titulares revelaron un enorme interés por los temas de Grossman. *The Guardian* calificó *Vida y destino* como «una notable obra épica sobre el sufrimiento y el horror soviéticos». [19] Para *The Independent* , se trataba de «la *Guerra y paz* del siglo XX ». [20]

En Rusia la historia se ha abordado sin enseñarla bien ni extraer de ella las lecciones oportunas. Mientras que los alemanes vivieron un proceso de desnazificación, acabada la guerra, en cambio el pueblo soviético siguió sometido a Stalin durante casi diez años más. El Deshielo de Jruschov, y sus intentos de desestalinización, carecieron de ambición y consistencia. Jruschov admitió «errores» de Stalin pero suprimió información sobre las purgas masivas y los otros crímenes del régimen. Gorbachov fue el primer líder soviético que denunció en público los «crímenes colosales e inolvidables de Stalin», pero incluso él dejó aparte a Lenin y el Partido Comunista. En la Rusia postsoviética, el sistema comunista no ha sido sometido a un juicio merecedor de tal nombre. A los secuaces de Stalin que firmaron de su puño y letra las listas de ejecución no se les juzgó. En Alemania se encuentran por todas partes monumentos a las víctimas del nazismo, para recordar a los ciudadanos que el pasado no se debe repetir. Pero en Rusia la gravedad de los crímenes de Stalin no ha llegado nunca al conocimiento público y apenas se han erigido unos pocos monumentos a las víctimas del estalinismo. Los supervivientes acabaron sus días en la pobreza y el aislamiento

mientras millones de víctimas del régimen desaparecían tanto de los archivos oficiales como del recuerdo público.

A Putin, en su empeño por recrear el estado policial soviético, le ha resultado muy conveniente rehabilitar a Stalin. Tanto las librerías rusas como internet están llenos de títulos que elogian a Stalin como un gran estadista: *Stalin el Grande* ; *Stalin: padre de una nación* ; *El gran líder calumniado* ; *Mentiras y verdades sobre Stalin* ; *«Represiones estalinistas»: la gran mentira del siglo* xx , entre otros.

En 2009, cuando el Partido Comunista celebró con toda la pompa el 130.° aniversario del nacimiento de Stalin, más de un millar de adeptos depositaron flores en la tumba del dictador, junto a la muralla del Kremlin. En la última década se han vuelto a erigir los monumentos al dictador en muchos lugares; se ha convertido en habitual ver autobuses cubiertos con retratos del dictador, pósteres de Stalin, placas que lo conmemoran. Puede verse un nuevo busto de Stalin en el corazón mismo de Moscú, en el «Paseo de los Líderes»: aquí se exhiben bustos de todos los gobernantes de Rusia anteriores a Putin, para transmitir la imagen de un estado poderoso con una sucesión ininterrumpida de grandes líderes. Esta historia de orgullo respalda la imagen de la Rusia de Putin como heredera tanto del imperio ruso como de la Unión Soviética.

En nuestros días, los estalinistas hacen campaña para que el nombre del dictador recupere presencia en los topónimos: por ejemplo, que Volgogrado vuelva a llamarse Stalingrado. Organizan museos privados sobre Stalin y defienden sus ideas en la televisión estatal y en auditorios universitarios. Recientemente, el cabeza de la Iglesia Ortodoxa rusa, el patriarca Cirilo, pidió a los rusos que no recordaran tan solo las «maldades» de Stalin, sino también sus éxitos como modernizador del país. [21] Esto explica que la popularidad de Stalin esté experimentando un ascenso progresivo. En 2017, según una encuesta organizada por el Centro Levada (una institución de estudios rusa), se destacó a Stalin como el personaje más señero de todos los tiempos, por delante de Putin y de Aleksandr Pushkin. [22]

En 2016, el académico Andréi Vorobiov (ex ministro de Salud de la Federación Rusa) puso de relieve una verdad evidente: «En nuestro país, la desestalinización se ha detenido. Se hace

publicidad del asesino más temible de todos los tiempos y todas las naciones, en películas nuevas que ofrecen una valoración claramente positiva». [23] Vorobiov quedó huérfano a los ocho años, en 1936, cuando se detuvo a sus padres, que habían participado en la revolución de octubre.

Memorial, la más antigua de las organizaciones rusas en defensa de los derechos humanos, hace campaña para que se prohíba glorificar a Stalin y el estalinismo. En 2015, su propuesta fue acogida con protestas ruidosas en la Duma Estatal. (Los políticos la rechazaron alegando que se pretendía limitar la libertad de expresión.) En 2017 —centenario de la revolución bolchevique y octogésimo aniversario del inicio de la Gran Purga de Stalin— se lanzó una petición pública en apoyo de la prohibición.

Como había predicho Grossman en *Vida y destino* , el nombre de Stalin ha quedado asociado a la victoria soviética en la segunda guerra mundial. Este triunfo —escribió— ayudaría a Stalin a borrar el pasado, junto con el recuerdo de los millones de personas que habían perdido la vida durante la colectivización, la hambruna y las purgas. Putin ha utilizado el mito de la victoria bélica de Stalin para fortalecer su propio poder político.

En 2015, cuando se conmemoraban los setenta años del Día de la Victoria, las grandes librerías de Moscú exponían en sus vitrinas numerosas novelas bélicas; pero ninguna de Grossman. Oficialmente, en Rusia se niega la aseveración principal de nuestro autor: que tanto el régimen totalitario nazi como el soviético habían cometido genocidio, crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad. En tiempos de Putin, el recuerdo del terror comunista se ha encubierto con el mito de la magna historia del país. «Rusia nunca ha reconocido el crimen del régimen soviético, los crímenes del régimen de Stalin y los millones de personas que perecieron; no ha habido arrepentimiento», dice Lev Ponomariov, uno de los fundadores de Memorial. [24] En años recientes, esta organización ha sido sometida a un acoso constante, con amenazas de cierre. Su historiador Yuri Dmítriev, que ha dedicado dos decenios a estudiar los archivos del FSB para localizar las zonas de Karelia donde se había masacrado a las víctimas del terror estalinista, fue encarcelado en diciembre de 2016 a consecuencia de una

acusación falsa. Dmítriev había descubierto fosas comunes en los bosques de Sandarmoj y Krasny Bor y había convertido estos lugares en monumentos públicos. Desde 1998 se han producido viajes anuales de familiares que rendían homenaje a los fallecidos en Sandarmoj, la zona central de la masacre. Dmítriev, que ha rescatado la identidad de siete mil quinientas víctimas de la represión política, publicó libros conmemorativos con los nombres de los ejecutados y una breve noticia biográfica. [25] En la década de 1930 se trasladó a numerosos presos del Gulag —muchos, empleados en la construcción del canal del mar Blanco— a Sandarmoj para ejecutarlos de noche, de forma secreta y colectiva. En este bosque de pinos, el NKVD fusiló a personas de sesenta orígenes étnicos y trayectorias vitales diversas: estudiosos, sacerdotes, oficiales de las fuerzas armadas zaristas, ingenieros, campesinos. Según Dmítriev, tan solo en Karelia hay más de cincuenta zonas similares de perpetración de masacres.

Dmítriev y su causa han unido a dos generaciones de disidentes rusos. Mientras se va desarrollando el juicio —a puerta cerrada—, escritores, artistas y figuras públicas dan a conocer vídeos en apoyo del acusado. Natalia Solzhenítsyna, en su grabación, calificó a Dmítriev de «hombre honorable que ha contribuido mucho al recuerdo de las víctimas inocentes». En diciembre de 2017 hubo una noche de solidaridad con Dmítriev que llenó el auditorio del Centro Sájarov de Moscú. Liudmila Ulítskaia, una escritora de fama internacional, que es bisnieta de un preso del Gulag, ensalzó a Dmítriev como «el orgullo de nuestro pueblo, de nuestra generación». [26] En abril de 2018 se absolvió a Dmítriev de todos los delitos, pero no tardó en perder otra vez la libertad recién recobrada.

En San Petersburgo, el historiador Anatoli Rázumov ha invertido tres décadas en rescatar los nombres de cincuenta mil personas ejecutadas por la policía secreta en Leningrado. Los nombres y una breve biografía de las víctimas llenan dieciséis volúmenes del *Martirologio de Leningrado* que ha ido compilando. Rázumov había trabajado antes para Solzhenitsyn, para quien preparó un índice de *Archipiélago Gulag* . La historia familiar —perder a un pariente lejano en las purgas de Stalin— no ha influido en su trabajo. Su

padre, oficial de las fuerzas armadas, estuvo destinado en la Alemania Oriental, y los monumentos alemanes a las víctimas del nazismo sí que sirvieron de inspiración a Rázumov. Cuando en 1991 la Rusia postsoviética abrió los archivos a la investigación, Rázumov empezó a recopilar información sobre las represiones soviéticas. De esta forma descubrió, por ejemplo, qué métodos había empleado el NKVD para perpetrar las ejecuciones masivas de sus propios ciudadanos. Los cadáveres de los fusilados llenaron zanjas gigantescas. Durante muchas décadas, las familias de las víctimas no pudieron conocer esta verdad. [27]

En octubre de 2017 Putin inauguró el Muro del Duelo, el primer monumento de iniciativa estatal a las víctimas del terror soviético. Pero en diciembre el estado celebró asimismo el centenario de la creación de la Cheká, la policía secreta bolchevique, responsable de toda una matanza de ciudadanos soviéticos. El director del FSB, Aleksandr Bórtnikov, declaró que su agencia se consideraba con orgullo la heredera de Cheká, OGPU y NKVD, porque, aunque localmente se habían producido algunos «excesos» en la labor del NKVD, sin embargo en 1938 Beria mejoró la calidad de las investigaciones. [28] En la Rusia moderna conviven dos versiones de la historia soviética, lo que significa que el estado nunca ha asumido la responsabilidad por haber asesinado a millones de personas y nunca ha admitido de forma clara y definitiva sus crímenes. El relato se puede presentar de las dos maneras.

Pero la glásnost no sucedió en vano. Las publicaciones de la era de Gorbachov ayudaron a formar un núcleo de sociedad civil y, en la actualidad, estos grupos resisten la presión gubernamental y los ataques de los neoestalinistas. Aunque la sociedad rusa en su conjunto adolece de una amnesia histórica, miles de personas se han entregado a trabajar por la memoria. En 1990 se instaló frente al edificio de la Lubianka la Piedra de la Solovetski, un monumento simbólico a las víctimas de la represión soviética. Se trata de una roca traída de la isla de Solovetski, donde se emplazaron los primeros campos de concentración de la Unión Soviética. Durante los años del Terror se fusiló, tan solo en Moscú, a 40.000 personas. El 30 de octubre —Día del Recuerdo a las Víctimas de las Represiones Políticas— la genetista Galina Murávnik se acerca a la

Piedra de la Solovetski. Se une a una multitud considerable y espera a su turno para leer nombres de las víctimas del Terror. Estos nombres, extraídos de las listas de ejecución y distribuidos por Memorial, se leen por todo el país durante dos días. La idea se inspira en un verso del poema «Réquiem», de Ajmátova: «¡Cuánto me gustaría poder nombrarlas a todas!». Las palabras de Ajmátova están grabadas en la Solovetski de San Petersburgo, otro monumento de piedra de la misma clase. La extensa familia de Murávnik perdió la vida en la fase culminante de las purgas, incluido el abuelo, un revolucionario que ayudó a levantar el régimen bolchevique. Su padre, por entonces un adolescente, fue el único que sobrevivió.

Murávnik y su padre leyeron las novelas de Grossman a finales de la década de 1980. «Si antes creía que Stalin había distorsionado las ideas de Lenin, Grossman me convenció de que Lenin ya había establecido el mecanismo de las represiones masivas.» Esta idea, que es importante, funciona como un catalizador. Ayuda a librarse de toda ilusión sobre el pasado soviético. Murávnik se encuentra entre el grupo de personas de Rusia que creen necesaria una expiación nacional. En el otoño de 2017 habló en público de su propia familia y expresó arrepentimiento en nombre de su abuelo. [29] Pero solo unos pocos son capaces de actuar así. Afrontar la verdad requiere coraje.

Grossman sigue siendo impopular en Rusia por esta misma razón. Es más fácil creer en un pasado glorioso que admitir que estalinismo y nazismo fueron un espejo el uno del otro.

Bibliografía [1]

COLECCIONES ARCHIVÍSTICAS

Archivo Estatal Ruso de Literatura y Arte (RGALI), Moscú
F. 613: Editora Literaria Estatal
F. 618: revista *Znamia*
F. 631: Unión de Escritores Soviéticos
F. 1702: revista *Novy Mir*
F. 1710: Vasili Grossman
F. 2863: Aleksandr Bek
F. 3112: Aleksandr N. Stepánov
Museo Estatal V. I. Dahl de Historia de la Literatura Rusa (Museo Literario Estatal Ruso), Moscú
F. 76: Vasili Grossman
Archivo privado de Fiódor Gúber
Archivo privado de María Kárpova (Lobodá)
Archivo privado de Yekaterina Korotkova-Grossman
Archivo privado de Yelena Makárova
Archivo privado de Korneli Zelinski

FUENTES PRIMARIAS

Ehrenburg, Iliá [*s. n.* Ilya], y Vasili Grossman (eds.), *The Complete Black Book of Russian Jewry,* John Glad y James Lavine (trads.), New Brunswick, NJ, Transaction, 2002. [Hay trad. cast. del original ruso de Jorge Ferrer, *Chornaia Kniga. El libro negro* , Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011.]
Grossman, Vasili, «Alexander Roskin», en RGALI, 1702/2/933.
—, *An Armenian Sketchbook* , Robert Chandler y Elizabeth Chandler (trads.), Nueva York, New York Review Books, 2013. [Hay trad. cast. de Marta Rebón del original ruso

Dobro vam! , *Que el bien os acompañe* , Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2019.]
—, «Berdichev ne v shutku, a vser'yoz», *Ogoniok* 51-52 (1929).
—, «Esli verit' pifagoreitsam», *Znamia* 7 (1946).
—, *Everything Flows* , Robert Chandler y Elizabeth Chandler (trads.), Nueva York, New York Review Books, 2009. [Para la traducción cast., véase *Vsyo techyot* .]
—, *Glückauf* , Moscú, Sovetski Pisátel, 1935.
—, *Gody voiny* , Moscú, OGIZ, 1946. [Hay trad. cast. (revisión de una versión publicada por Ediciones en Lenguas Extranjeras en Moscú en el mismo 1946, que no siempre coincide del todo con las citas seleccionadas por la autora), *Años de guerra* , Marta Rebón (trad.), Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2009, de la que luego se han publicado selecciones: *El infierno de Treblinka* , 2014, y *Stalingrado: crónicas desde el frente de batalla* , 2018.]
—, *Gody voiny* , ed. Biblioteka Zhurnala Znamya, Moscú, Pravda, 1989.
—, *Life and Fate* , Robert Chandler (trad.), Nueva York, Harper and Row, 1985. [Para la traducción cast., véase *Zhizn' i sud'ba* .]
—, «Na rubezhe voiny i mira", *Znamia* 7 (1945).
—, «Pis'ma Lipkinu», *Znamia* 6 (2016).
—, *The Road: Stories, Journalism, and Essays* , Robert Chandler y Elizabeth Chandler (trads.), con Olga Mukovnikova, Nueva York, New York Review Books, 2010. [Para otra antología en castellano, de relatos y ensayos, véase *Eterno reposo y otras narraciones* , en la adición final a esta sección.]
—, «The Safety Inspector», en *Great Soviet Short Stories* , Sam Driver (trad.), Nueva York, Dell, 1962.
—, *Sobranie sochinenij* , 4 vols., Moscú, Agraf, 1998.
—, *Stepán Kolchuguin* , 2 vols., Moscú, Sovetski Pisátel, 1947.
—, «Ukraina bez evreev», RGALI, 618/14/355.
—, *Vsyo techyot ... Povesti, rasskazy, ocherki* , Moscú, Eksmo, 2010. [Hay trad. cast. de Marta Rebón del título central de

este libro, en versión directa del ruso, *Todo fluye* , Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2008.]
—, *Za pravoe delo* , Moscú, Voenizdat, 1954.
—, *Za pravoe delo* , Moscú, Sovetski Pisátel, 1989. [Hay trad. cast. de Andréi Kozinets, *Por una causa justa* , Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011.]
—, *Zhizn' i sud'ba* , Moscú, Slovo, 1999. [Hay trad. cast. del ruso, de Marta Rebón, *Vida y destino* , Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2007, más una traducción indirecta anterior, de un original francés y con algunas omisiones debidas a la difícil historia editorial de la novela, en Barcelona, Seix Barral, 1985.]
[En castellano puede leerse también *Eterno reposo y otras narraciones* , traducción de Andréi Kozinets, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2013 (que incluye el relato «Tiergarten», publicado también por separado en 2018). De *El infierno de Treblinka* , además de la versión citada arriba, consta en las bases de datos una traducción de Marc Turkow, Collado Villalba, Sefarad, 2014.]

FUENTES SECUNDARIAS

Adamova-Sliozberg, Olga, *Put'* , Moscú, Vozvraschenie, 2002.
Aléichem, Shólom, *Favorite Tales of Sholom Aleichem* , Julius Butwin y Frances Butwin (trads.), Nueva York, Avenel Books, 1983.
Altman, Iliá [*s. n.* Ilya], y Joshua Rubenstein (eds.), *The Unknown Black Book: The Holocaust in the German-Occupied Soviet Territories* , Christopher Morris y Joshua Rubenstein (trads.), Bloomington, Indiana University Press, 2008.
Andronikashvili-Pilniak, Borís, «Dva izgoya, dva muchenika: Boris Pilnyak i Evgeny Zamyatin», *Znamia* 9 (1994).
Ánninski, Lev, «Mirozdan'e Vasiliya Grossmana», *Druzhba narodov* 10 (1988).
Applebaum, Anne, *Gulag: A History* , Nueva York, Doubleday, 2003. [Hay trad. cast. de Magdalena Chocano, *Gulag.*

Historia de los campos de concentración soviéticos , Barcelona, Debate, 2004.]
—, *Red Famine: Stalin's War on Ukraine* , Toronto, Signal, 2017. [Hay trad. cast. de Nerea Arando Sastre, *Hambruna roja: la guerra de Stalin contra Ucrania* , Barcelona, Debate, 2019.]
Arad, Yitzhak, Belzec, Sobibor, *Treblinka: The Operation Reinhard Death Camps* , Bloomington, Indiana University Press, 1987.
—, *The Holocaust in the Soviet Union* , Lincoln, University of Nebraska Press; Jerusalén, Yad Vashem, 2009.
Baklánov, Gregori, *Sobranie sochinenij* , 5 vols., San Petersburgo, Propaganda, 2003.
Beevor, Antony, *Stalingrad. The Fateful Siege, 1942-43* , Londres, Penguin Books, 1999. [Hay trad. cast. de Magdalena Chocano, *Stalingrado* , Barcelona, Crítica, 2000.]
— (ed.), *A Writer at War: Vasily Grossman with the Red Army 1941-1945* , Antony Beevor y Luba Vinogradova (trads.), Londres, Harvill, 2005. [Hay trad. cast. de Juanmari Madariaga, *Un escritor en guerra: Vasili Grossman en el Ejército Rojo* , 1941-1945, Barcelona, Crítica, 2006.]
Bérzer, Anna, *Proshchanie* , Moscú, Kniga, 1990.
Bit-Yunan, Yuri, y David Feldman, *Vasily Grossman v zerkale literaturnyh intrig* , Moscú, Forum, 2015.
Björkegren, Hans, Alexandr Solzhenitsyn, *A Biography* , Kaarina Eneberg (trad.), Nueva York, Third Press, 1972.
—, *The Black Book: The Nazi Crime against the Jewish People* , Nueva York, Jewish Black Book Committee, 1946.
Bocharov, Anatoli, «Bolevye zony», *Oktyabr'* 2 (1988).
—, «Pravoe delo Vasiliya Grossmana», *Oktyabr'* 1 (1988).
—, *Vasily Grossman: Zhizn,' tvorchestvo, sud'ba* , Moscú, Sovetski Pisátel, 1990.
Böll, Heinrich, *Sobranie sochinenij* , 5 vols., Moscú, Khudozhestvennaya Literatura, 1996.
Borschagovski, Aleksandr, «Obvinyaetsya krov'», en *Novy Mir* 10 (1993).

Brent, Jonathan, y Vladímir Naúmov, *Stalin's Last Crime: the Plot against Jewish Doctors* , *1948-1953* , Nueva York, HarperCollins, 2003.
Bulgákov, Mijaíl, *A Dead Man's Memoir. A Theatrical Novel* , Andrew Bromfield (trad.), Londres, Penguin Books, 2007. [Hay trad. cast. de José Lain, *Novela teatral* , Madrid, Alianza Editorial, 1967.]
Bullock, Alan, *Hitler and Stalin: Parallel Lives* , Toronto, McClelland and Stewart, 1993. [Hay trad. cast. de Pedro Gálvez, *Hitler y Stalin: vidas paralelas* , Madrid, Kailas, 2016.]
Bullock, David, *The Russian Civil War* , 1918-22, Oxford, Osprey, 2008.
Calusio, Maurizia, Anna Krasnikova y Pietro Tosco (eds.), *Grossman Studies: The Legacy of a Contemporary Classic* , Milán, EDUCat, 2016.
Chéjov, A. P., *Polnoe sobranie sochinenij i pisem* , 17 vols., Moscú, Nauka, 1987.
Chukovski, Kornéi [*s. n.* Korney Chukovsky], *Diary, 1901-1969* , Michael Henry Heim (trad.), New Haven, Yale University Press, 1991.
Cohen, Stephen, *Bukharin and the Bolshevik Revolution: A Political Biography, 1888-1938* , Nueva York, Vintage Books, 1975. [Hay trad. cast. de Vicente Romano García, *Bujarin y la revolución bolchevique: biografía política 1888-1938* , Madrid, Siglo XXI, 2017.]
Conquest, Robert, *The Great Terror: A Reassessment* , Oxford: Oxford University Press, 2008. [Se había traducido una versión anterior a esta revisión, *El gran terror: Las purgas stalinianas de los años treinta* , Barcelona, Luis de Caralt, 1974.]
—, *The Harvest of Sorrow: Soviet Collectivization and the Terror-Famine* , Nueva York, Oxford University Press, 1986.
—, *Reflections on a Ravaged Century* , Nueva York, Norton, 2000.
—, *Tyrants and Typewriters: Communiqués from the Struggle for Truth* , Lexington (MA), Lexington Books, 1985.

Courtois, Stéphane *et al., The Black Book of Communism: Crimes, Terror, Repression* , Jonathan Murphy y Mark Kramer (trads.), Cambridge (MA), Harvard University Press, 1999. [Hay trad. cast. de César Vidal *et al., El libro negro del comunismo* , Barcelona, Planeta, 1998.]
Curtis, J. A. E., *Manuscripts Don't Burn: Mikhail Bulgakov, A Life in Letters and Diaries* , Londres, Bloomsbury, 1991.
Daniel, Aleksandr, y Arseni Roguinski, «Arestu podlezhat zheny», en *Uznitsy «Alcira»* : *Spisok zhenshchin zaklyuchennyh Akmolinskogo i drugih otdelenij Karlaga* , Moscú, Zven'ya, 2003.
Dawisha, Karen, *Putin's Kleptocracy: Who Owns Russia* , Nueva York, Simon and Schuster, 2014.
Dedkov, Ígor, «Zhizn' protiv sud'by», *Novy Mir* 11 (1988).
Demídov, Gueorgui, *Ot rassveta do sumerek: Vospominaniya i razdum'ya rovesnika veka* , Moscú, Vozvraschenie, 2014.
Dóbrenko, Yevgueni [*s. n.* Dobrenko, Evgeny], *Political Economy of Socialist Realism* , New Haven, Yale University Press, 2007.
Dolmatovski, E. A., *Ochevidets: Kniga dokumental'nyh rasskazov o zhizni avtora i ego sovremennikov v XX veke, v sovetskoe vremya* , Nizhni Nóvgorod, DEKOM, 2014.
Dostoievski, Anna, *Dostoevsky: Reminiscences* , Beatrice Stillman (trad.), Nueva York, Liveright, 1975.
Dwork, Deborah, y Robert Jan Van Pelt, *Flight from the Reich: Refugee Jews, 1933-1946* , Nueva York, Norton, 2012.
Ehrenburg, Iliá, *Lyudi, gody, zhizn'* , *Vospominaniya* , 3 vols., Moscú, Sovetski Pisátel, 1990. [Hay trad. cast. de Marta Rebón, *Gente, años, vida (memorias 1891-1967)* , Barcelona, Acantilado, 2014.]
— [*s. n.* Ilya], *Memoirs, 1921-1941* , Tatania Shebunina e Yvonne Kapp (trads.), Cleveland, World Publishing, 1964.
—, *Sobranie sochinenij* , 9 vols., Moscú, Khudozhestvennaya Literatura, 1962-1967.
—, *The War, 1941-45, en Men, Years, Life* , Tatania Shebunina e Yvonne Kapp (trads.), Londres, Macgibbon and Kee, 1964.

Ehrenburg, Iliá [*s. n.* Ilya], y Konstantín Símonov, *In One Newspaper: A Chronicle of Unforgettable Years* , Anatol Kagan (trad.), Nueva York, Sphinx, 1985.
Elina, Nina, *Vasily Grossman* , Jerusalén, 1994.
Ellis, Frank, *Vasily Grossman: The Genesis and Evolution of a Russian Heretic* , Oxford, Berg, 1994.
Ellman, Michael, «Stalin and the Soviet Famine of 1932-33 Revisited», en *Europe-Asia Studies* 4 (2007).
Erickson, Ljubica, y Mark Ericsson (eds.), *Russia: War, Peace and Diplomacy: Essays in Honour of John Ericsson* , Londres, Weidenfeld and Nicolson, 2005.
Étkind, Yefim, «Zhizn' i sud'ba knigi», *Vremya i my* 101 (1988).
Fitzpatrick, Sheila, *The Russian Revolution* , Oxford, Oxford University Press, 1994. [En castellano puede leerse otro estudio de Fitzpatrick que abunda en uno de los temas del presente libro: la corresponsabilidad del círculo de Stalin en los crímenes del dictador. Véase *El equipo de Stalin: los años más peligrosos de la Rusia soviética, de Lenin a Jrushchov* , Gonzalo García (trad.), Barcelona, Crítica, 2016.]
Freese, Barbara, *Coal: A Human History* , Nueva York, Penguin Books, 2003.
Freidin, Gregory (ed.), *The Enigma of Isaak Babel: Biography, History, Context* , Stanford, Stanford University Press, 2009.
Frezinski, Borís, *Pisateli i sovetskie vozhdi* , Moscú, Ellis Lak, 2008.
Fritzsche, Peter, *Life and Death in the Third Reich* , Cambridge (MA), Harvard University Press, 2008. [Hay trad. cast. de Luis Noriega, *Vida y muerte en el Tercer Reich* , Barcelona, Crítica, 2009.]
Garrard, Carol, y John Garrard, *The Bones of Berdichev: The Life and Fate of Vasily Grossman* , Nueva York, Free Press, 1996. [Hay trad. cast. de Lázaro Sanz Velásquez, *La vida y el destino de Vasili Grossman* , Madrid, Encuentro, 2010.]
Gessen, Masha, *The Future Is History: How Totalitarianism Reclaimed Russia* , Nueva York, Riverhead Books, 2017. [En castellano puede leerse un estudio relativamente próximo de

Gessen, *El hombre sin rostro: el sorprendente ascenso de Vladímir Putin* , J. M. Ibeas y M. Pérez Sánchez (trads.), Barcelona, Debate, 2012.]
Geyer, Michael, y Sheila Fitzpatrick, *Stalinism and Nazism Compared* , Cambridge, Cambridge University Press, 2009.
Guínzburg, Yevguenia [*s. n* . Evgenia Ginzburg], *Within the Whirlwind* , Ian Boland (trad.), Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1981. [Hay trad. cast. de F. Gutiérrez y E. Sordo, Evgenia Ginzburg, *El vértigo* , Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2012.]
Gorelik, Gennady, «The Top-Secret Life of Lev Landau"», 1997, en https://www.scribd.com/document/167244875/The-Top-Secret-Life-of-Lev-Landau, verificado el 28 de abril de 2018.
Gorki, Maksim, *Sobranie sochinenij* , 30 vols., Moscú, Goslitizdat, 1955.
Goriáieva, Tatiana, *Politicheskaya tsenzura v SSSR, 1917-1991* , Moscú, ROSSPEN, 2009.
Gúber, Fiódor, *Pamyat' i pis'ma* , Moscú, Probel, 2007.
Hamm, Michael, *Kiev: A Portrait* , Princeton, Princeton University Press, 1993.
Hellbeck, Jochen, *Stalingrad: The City That Defeated the Third Reich* , Nueva York, Public Affairs, 2015. [Hay trad. cast. de A. Pradera y V. E. Gordo del Rey, *Stalingrado, la ciudad que derrotó al Tercer Reich* , Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2018.]
Jlevniuk [*s. n.* Khlevniuk], Oleg, *The History of the Gulag: From Collectivization to the Great Terror* , Vadim Staklo (trad.), New Haven, Yale University Press, 2004.
—, *Stalin: New Biography of a Dictator* , Nora Seligman Favorov (trad.), New Haven, Yale University Press, 2015.
Jones, Michael, *Stalingrad: How the Red Army Triumphed* , Barnsley, Pen and Sword, 2007.
Jruschov, Nikita [*s. n.* Khrushchev], *Memoirs of Nikita Khrushchev* , 3 vols., Serguéi Jruschov (ed.), George Shriver (trad.), University Park, Pennsylvania State University Press, 2004-2007.

—, *Khrushchev Remembers: The Last Testament* , Strobe Talbott (ed. y trad.), Boston, Little, Brown, 1974. [Hay trad. cast. de Jorge Edwards, *Memorias: El último testamento* , Barcelona, Euros, 1975.]
Kershaw, Ian, y Moshe Lewin (eds.), *Stalinism and Nazism: Dictatorships in Comparison* , Cambridge, Cambridge University Press, 1997.
Kling, Daria, *Tvorchestvo Vasiliya Grossmana v kontekste literaturnoi kritiki* , Moscú, Dommuzei Mariny Tsvetaevoi, 2012.
Kópelev, Lev [*s. n.* Kopelev], *The Education of a True Believer* , Gary Kern (trad.), Nueva York, Harper and Row, 1980.
—, *To Be Preserved Forever* , Anthony Austin (trad.), Filadelfia, J. B. Lippincott, 1977. [Hay trad. cast. de José Martínez, *Consérvese a perpetuidad* , Barcelona, Noguer, 1977.]
Korotkova-Grossman, Yekaterina, *Vospominaniya: Rasskazy bes vymysla* , Moscú, Novyi Hronograf, 2014.
Kotkin, Stephen, *Stalin: Paradoxes of Power, 1878-1928* , vol. 1, Nueva York, Penguin, 2014.
Kowalski, Ronald, *The Bolshevik Party in Conflict: The Left Communist Opposition of 1918* , Londres, Macmillan, 1991.
Kozlov, V., *Neizvestnyi SSSR: Protivostoyanie naroda i vlasti, 1953-1985* , Moscú, Olma-Press, 2006.
Laqueur, Walter, y Judith Tydor Baumel (eds.), *The Holocaust Enciclopedia* , New Haven, Yale University Press, 2001.
Lázarev, Lázar, «Duh svobody", *Znamia* 9 (1988).
—, *Zapiski pozhilogo cheloveka: Kniga vospominanij* , Moscú, Vremya, 2005.
Lieven, Dominic, *Nicholas II, Emperor of All the Russias* , Londres, John Murray, 1993.
Lipkin, Semión, Kvadriga, Moscú, Knizhnyi sad-Agraf, 1997.
—, *Zhizn' i sud'ba Vasiliya Grossmana* , Moscú, Kniga, 1990.
Lyandres, Semion, *The Fall of Tsarism: Untold Stories of the February 1917 Revolution* , Oxford, Oxford University Press, 2013.
MacKenzie, David, y Michael Curran, *A History of Russia, the Soviet Union, and Beyond* , Londres, West/Wadsworth,

1999.
Mandel, David, *The Petrograd Workers and the Soviet Seizure of Power: From the July Days 1917 to July 1918* , Londres, Macmillan, 1984.
Mandelshtam, Nadiezhda [*s. n* . Nadezhda Mandelstam], *Hope Abandoned* , Max Hayward (trad.), Nueva York, Atheneum, 1974. [Hay trad. cast. de Lydia Kúper, *Contra la desesperanza* , Barcelona, Círculo de Lectores, 2007.]
—, *Hope against Hope* , Max Hayward (trad.), Nueva York, Modern Library, 1999. [Hay trad. cast. de Lydia Kúper, *Contra toda esperanza* , Barcelona, Acantilado, 2012.]
Mandelshtam, Ósip [*s. n.* Osip Mandelstam], *Journey to Armenia* , Sidney Monas (trad.), San Francisco, George F. Ritchie, 1979. [Véase Ósip Mandelstam, *Armenia en prosa y en verso* , edición, traducción y notas de Helena Vidal, Barcelona, Acantilado, 2011.]
—, *The Noise of Time: The Prose of Osip Mandelstam* , Clarence Brown (trad.), San Francisco, North Point, 1986.
—, *Sochineniya* , 2 vols., Moscú, Khudozhestvennaya Literatura, 1990.
Márkish, Shimón, *Na evreiskie temy: Primer Vasiliya Grossmana* , 2 vols., Jerusalén, Biblioteka-Aliya, 1985.
Mawdsley, Evan, *The Russian Civil War* , Edimburgo, Birlinn, 2011. [Hay trad. cast.: *Blancos contra rojos: la guerra civil rusa* , Madrid, Desperta Ferro, 2017.]
Meir, Natan M., *Kiev, Jewish Metropolis: A History* , Bloomington, Indiana University Press, 2010.
The Memoirs of Count Witte , Sydney Harcave (trad.), Londres, M. E. Sharpe, 1990. [Hubo una trad. cast. ya muy añeja, *Memorias de Sergio Yulyevich Witte, conde Witte* , Madrid, Saturnino Calleja, 1921.]
Merridale, Catherine, «Stalin's Order No. 227: "Not a Step Back"», 28 de julio de 2011, en http://www.thehistoryreader.com/modern-history/stalins-order-227-step-back/, verificado el 28 de abril de 2018.
Montefiore, Simon Sebag, *Stalin: The Court of the Red Tsar* , Londres, Weidenfeld and Nicolson, 2003. [Hay trad. cast. de

Teófilo de Lozoya, *La corte del zar rojo* , Barcelona, Crítica, 2004.]
Mossman, Elliot (ed.), *The Correspondence of Boris Pasternak and Olga Freidenberg, 1910-1954* , Elliot Mossman y Margaret Wettlin (trads.), Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1982.
Nekrásov, Víctor, «Vas. Grossman», en *Victor Nekrasov v zhizni i v pis'mah* , Moscú, Sovetski Pisátel, 1971.
—, *Zapiski zevaki* , Fráncfort, Posev, 1976.
Nóvikova, Irina, «O stat'e G. Kalihmana "Vasily Grossman, pisatel' i chelovek"», *Partnyor* 4 (2011).
—, *Nyurnbergskij protsess: voennye prestupleniya i prestupleniya protiv chelovechnosti* , 8 vols., Moscú, Gosudarstvennoe izdatel'stvo yuridicheskoi literatury, 1958.
Órtenberg, David, *God 1942* , Moscú, Politizdat, 1988.
—, *Iyun'- dekabr' sorok pervogo* , Moscú, Sovetski Pisátel, 1984.
—, *Sorok tretij* , Moscú, Politizdat, 1991.
—, *Vremya ne vlastno: Pisateli na voine* , Moscú, Sovetski Pisátel, 1979.
Pennington, Reina, «Women and the Battle of Stalingrad», en *Russia: War, Peace and Diplomacy. Essays in Honour of John Erickson* , Ljubica Erickson y Mark Ericsson (eds.), Londres, Weidenfeld and Nicolson, 2004.
Poltorak, A. I., *Nyurnbergskij epilog* , Moscú, Voenizdat, 1965.
Pringle, Meter, *The Murder of Nikolai Vavilov: The Story of Stalin's Persecution of One of the Great Scientists of the Twentieth Century* , Nueva York, Simon and Schuster, 2008.
Radkey, Oliver, *Russia Goes to the Polls: The Election to the All-Russian Constituent Assembly, 1917* , Ithaca, Cornell University Press, 1989.
Rajchman, Chil, *Treblinka: A Survivor's Memory, 1942-1943* , Solon Beinfeld (trad.), Londres, Maclehose, 2011. [Hay trad. cast. del yídish, por Jorge Salvetti, y con epílogo de Vasili Grossman, *Treblinka* , Barcelona, Seix Barral, 2014.]
Rayfield, Donald, *Stalin and His Hangmen: An Authoritative Portrait of a Tyrant and Those Who Served Him* , Londres,

Viking, 2004. [Hay trad. cast. de A. Diéguez Rodríguez y M. Martínez-Lage, *Stalin y los verdugos* , Madrid, Taurus, 2003.]
Redlich, Shimon, *War, Holocaust and Stalinism: A Documented History of the Jewish Anti-Fascist Committee in the USSR* , Luxemburgo, Harwood Academic, 1995.
Reeder, Roberta, *Anna Akhmatova: Poet and Prophet* , Nueva York, Picador USA, 1994.
Robin, Régine, *Socialist Realism: An Impossible Aesthetic* , Catherine Porter (trad.), Stanford, Stanford University Press, 1992.
Ro'i, Yaacov (ed.), *Jews and Jewish Life in Russia and the Soviet Union* , Ilford (RU), Frank Cass, 1995.
Róskina, Natalia, *Chetyre glavy: Iz literaturnyh vospominanij* , París, YMCA-Press, 1980.
Rubenstein, Joshua, *The Last Days of Stalin* , New Haven, Yale University Press, 2016.
—, «The Night of the Murdered Poets», 1997, en http://web.archive.org/web/20070827145945/http://www.joshuarubenstein.com/stalinsecret/intro.html, verificado el 28 de abril de 2018.
—, *Tangled Loyalties: The Life and Times of Ilya Ehrenburg* , Nueva York, Basic Books, 1996. [Hay trad. cast. de Esther Gómez Parro, *Lealtades enmarañadas. Vida y época de Iliá Ehrenburg* , Madrid, Siglo XXI, 2012.]
Rubenstein, Joshua, y Vladímir Naúmov (eds.), *Stalin's Secret Pogrom, The Postwar Inquisition of the Jewish Anti-Fascist Committee* , Laura Esther Wolfson (trad.), New Haven, Yale University Press, 2005.
Sájarov, Andréi [*s. n* . Andrei Sakharov], *Memoirs* , Richard Lourie (trad.), Nueva York, Knopf, 1990.
Sands, Philippe, *East West Street: On the Origins of «Genocide» and «Crimes against Humanity»* , Nueva York, Knopf, 2016. [Hay trad. cast. de Francisco J. Ramos Mena, *Calle Este-Oeste: sobre los orígenes de «genocidio» y «crímenes contra la humanidad»* , Barcelona, Anagrama, 2017.]

Sarnov, Benedikt, *Imperiya zla. Sud'by pisatelei* , Moscú, Novaya Gazeta, 2011.
Segev, Tom, *Simon Wiesenthal: The Life and Legends* , Nueva York, Doubleday, 2010.
Service, Robert, *Trotsky: A Biography* , Cambridge (MA), Belknap Press, Harvard University Press, 2009. [Hay trad. cast. de Francesc Reyes Camps, *Trotski: una biografía* , Barcelona, Ediciones B, 2010.]
Shalámov, Varlam, *Kolymskie rasskazy, stikhotvoreniya* , Moscú, Slovo, 2000.
Sharov, Aleksandr, «Iz vospominanij o Vasilii Grossmane», en *Okoyom, Povesti, vospominaniya* , Moscú, Sovetski Pisátel, 1990.
Shentalinski, Vitali [*s. n.* Vitaly Shentalinsky], *Arrested Voices: Resurrecting the Disappeared Writers of the Soviet Union* , John Crowfoot (trad.), Nueva York, Free Press, 1993. [Hay trad. cast. de R. Altés Molina, J. Ferrer y M. Rebón, *La palabra arrestada,* Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2018.]
Shifman, M. (ed.), *Physics in a Mad World* , James Manteith (trad.), Hackensack (NJ), World Scientific, 2016.
Shrayer, Maxim (ed.), *An Anthology of Jewish-Russian Literature: Two Centuries of Dual Identity in Prose and Poetry* , Armonk (NY), M. E. Sharpe, 2007.
Sisir, Kumar Das (ed.), *The English Writings of Rabindranath Tagore* , Nueva Delhi, Sahitya Akademi, 1994.
Slezkine, Yuri, *The House of Government: A Saga of the Russian Revolution* , Princeton, Princeton University Press, 2017.
—, *The Jewish Century* , Princeton, Princeton University Press, 2004.
Snyder, Timothy, *Bloodlands: Europe between Hitler and Stalin* , Nueva York, Basic Books, 2010. [Hay trad. cast. de Jesús de Cos, *Tierras de sangre: Europa entre Hitler y Stalin* , Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011.]
Solzhenitsyn, Aleksandr, «Dilogiya Vasiliya Grossmana", *Novy Mir* 8 (2003).

—, *Invisible Allies* , Alexis Klimoff y Michael Nicholson (trads.), Washington D. C., Counterpoint, 1995.
—, *The Oak and the Calf* , Harry Willetts (trad.), Londres, Collins and Harvill, 1980. [Hay trad. cast. de V. Lamsdorff, *Memorias (Coces al aguijón)* , Barcelona, Argos, 1977.]
Stangneth, Bettina, *Eichmann Before Jerusalem: The Unexamined Life of a Mass Murderer* , Ruth Martin (trad.), Londres, Bodley Head, 2014.
Súrits, Guedda, «Neliteraturnye druz'ya. Iz vospominanij"», *Dialog* 2 (1997-98).
Svirski, Gregori, «Vosem' minut svobody», *Grani* 136 (1985).
Taratuta, Yevguenia, «Chestnaya zhizn' i tyazhkaya sud'ba», *Ogoniok* 40 (1987).
—, *Kniga vospominanij* , Moscú, Yanus, 2001.
Tvardovski, Aleksandr, *Dnevnik: 1950-1959* , Moscú, Prozaik, 2013.
—, *Novomirskij dnevnik: 1961-1966* , 2 vols., Moscú, Prozaik, 2009.
—, «Ya v svoyu hodil ataku...», en *Dnevniki. Pis'ma. 1941-1945* , Moscú, Vagrius, 2005.
Voinóvich, Vladímir, *Avtoportret: Roman moei zhizni* , Moscú, Eksmo, 2010. [En castellano puede leerse su novela más famosa, *Vida e insólitas aventuras del soldado Iván Chonkin* , Antonio Samons García (trad.), Barcelona, Libros del Asteroide, 2006.]
—, «Zhizn' i sud'ba Vasiliya Grossmana i ego romana», *Posev* 11 (1984).
Waife-Goldberg, Marie, *My Father, Sholom Aleichem* , Nueva York, Simon and Schuster, 1968.
Wiernik, Yankel, *A Year in Treblinka* , Nueva York, American Representation of the General Workers' Union of Poland, 1945, en http://www.zchor.org/treblink/wiernik.htm#chapter 1, verificado el 28 de abril de 2018.
Wiesel, Elie, *Souls on Fire* , Marion Wiesel (trad.), Nueva York, Random House, 1972.
Yákovlev, Aleksandr [*s. n.* Yakovlev, Alexander], *A Century of Violence in Soviet Russia* , Anthony Austin (trad.), New

Haven, Yale University Press, 2002.
Yampolski, Borís, «Poslednyaya vstrecha s Vasiliem Grossmanom», en *Kontinent* 8 (1976).
Yedlin, Tovah, *Maxim Gorky: A Political Biography* , Londres, Westport, 1999.
Zabolotski, Nikita [*s. n* . Zabolotsky], *The Life of Zabolotsky* , R. R. Milner-Gulland y C. G. Bearne (trads.), Cardiff, University of Wales Press, 1994.
Zabolotski, Nikolái, «Istoria moego zaklyucheniya», en http://www.lib.ru/POEZIQ/ZABOLOCKIJ/istoriya.txt, verificado el 28 de abril de 2018.
Zaks, Borís, «Nemnogo o Grossmane", *Kontinent* 52 (2013).
Zemtsov, Iliá [*s. n.* Ilya], *Encyclopedia of Soviet Life* , New Brunswick, Transaction, 1991.
Zola, Émile, *Germinal* , Peter Collier (trad.), Oxford, Oxford University Press, 1993. [Véase por ejemplo la traducción española de Mauro Armiño, *Germinal* , Madrid, Austral, 2010.]
Zweig, Stefan, *The World of Yesterday* , Anthea Bell (trad.), Lincoln, University of Nebraska Press, 2009. [Hay trad. cast. de J. Fontcuberta y A. Orzeszek, *La vida de ayer* , Barcelona, Acantilado, 2002.]

Notas

1 . Los datos de edición de los textos y estudios de los que conocemos versión en español se recogen en «Bibliografía». Como se ha podido comprobar, los títulos ingleses usan su propio sistema de transliteración (Vasily, en lugar de Vasili, por ejemplo). (N. del t.)

2 .1. Patrick Finney, introducción a «Vasily Grossman: Ruthless Truth in the Totalitarian Century», número especial del Journal of European Studies, 43 n.º 4 (2013), en http://journals.sagepub.com/doi/full/10.1177/0047244113501746 , consultado el 22 de julio de 2018.

1 . Vasili Grossman, *Everything Flows* , Robert Chandler y Elizabeth Chandler (trads.), Nueva York, New York Review Books, 2009, p. 67. El derecho de copia de esta traducción inglesa (así como de las demás versiones del mismo traductor) pertenece a Robert Chandler. [Hay traducción española, directa del ruso, de Marta Rebón: *Todo fluye* , Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2008 p. 96.]

2 . Vasili Grossman, «The Hell of Treblinka», en *The Road: Stories, Journalism, and Essays* , Robert Chandler, Elizabeth Chandler y Olga Mukovnikova (trads.), Nueva York, New York Review Books, 2010, p. 123. [Hay traducción española: *El infierno de Treblinka* , Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014, p. 17, reproducido antes en un recopilatorio general de los reportajes bélicos de Grossman: *Años de guerra* , Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2009, cuya traducción es la versión revisada de una publicada en Moscú, por Ediciones en Lenguas Extranjeras, en 1946.]

3 . Vasili Grossman, *Life and Fate* , Robert Chandler (trad.), Nueva York, Harper & Row, 1985, p. 581. [Hay traducción española de Marta Rebón, *Vida y destino* , Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2007, II, cap. 54, p. 739.]

4 . Grossman, *Everything Flows* , *op. cit.* , p. 164. [*Todo fluye* , p. 228.]

5 . *Ibid* ., p. 153. [*Todo fluye* , p. 212.]

6 . Robert Conquest, *The Harvest of Sorrow: Soviet Collectivization and the Terror-Famine* , Nueva York, Oxford University Press, 1986, p. 9.

1. EN LA CIUDAD DE BERDÍCHEV

1 . Vasili Grossman, «Berdichev ne v shutku, a vser'yoz», en *Ogoniok* , n.º 51-52 (1929). Salvo que se especifique otra cosa, las traducciones son de la autora.

2 . Más conocida entre nosotros como Brest-Litovsk, aunque el topónimo se simplificó cuando la ciudad quedó integrada en la República Soviética de Bielorrusia, después de la segunda guerra mundial. (*N. del t.*)

3 . *Favorit Tales of Sholom Aleichem* , Julius Butwin y Frances Butwin (trads.), Nueva York: Avenel Books, 1983, p. 1.

4 . Marie Waife-Goldberg, *My Father, Sholom Aleichem* , Nueva York: Simon and Schuster, 1968, p. 127.

5 . Natan M. Meir, *Kiev, Jewish Metropolis: A History* , Bloomington, Indiana University Press, 2010, pp. 1, 45.

6 . Robert Service, *Trotsky: A Biography* , Cambridge, MA, Belknap Press, Harvard University Press, 2009. [Cuando se han publicado traducciones españolas de las fuentes secundarias, como en este caso, se indican en la sección bibliográfica.]

7 . Elie Wiesel, *Souls on Fire* , Marion Wiesel (trad.), Nueva York, Random House, 1972, p. 90.

8 . Vasili Grossman, *Stepán Kolchuguin* , Moscú, Sovetski Pisátel, 1947, vol. 2, p. 292.

9 . «Berdychiv», en *Encyclopedia Britannica* , edición del 12 de agosto de 2016, http://www.britannica.com/place/Berdychiv , consultada por última vez el 22 de julio de 2018.

10 . Meir, *Kiev* , *op. cit.* , pp. 110-111.

11 . Yuri Slezkine, *The Jewish Century* , Princeton, Princeton University Press, 2004, p. 122.

12 . *Ibid* ., pp. 119-121.

13 . *The Memoirs of Count Witte* , Sydney Harcave (trad.), Londres, M. E. Sharpe, 1990, p. 93.

14 . Slezkine, *Jewish Century* , *op. cit.* , p. 115.

15 . Joshua Rubenstein, *Tangled Loyalties: The Life and Times of Ilya Ehrenburg* , Nueva York, Basic Books, 1996, p. 10.

16 . Slezkine, *Jewish Century* , *op. cit.* , pp. 105, 116.

17 . Yekaterina Korotkova-Grossman, *Vospominaniya: Rasskazy bez vymysla* , Moscú, Novyi Hronograf, 2014, pp. 11-12.

18 . Ósip es una variante típica de Iósif. Semión es propiamente nuestro Simeón, no Salomón; pero como se ha visto también en el caso de Malka/Yekaterina, y en el contexto de antisemitismo ya descrito por la autora, era frecuente que las familias judías, en particular las asimiladas, adoptaran antropónimos de apariencia menos hebraica, directamente relacionados o no. A ello se añade que en Rusia, como se verá de forma recurrente en este mismo libro, es particularmente habitual emplear hipocorísticos. (*N. del t.*)

19 . Slezkine, *Jewish Century* , *op. cit.* , p. 125.

20 . *Memoirs of Count Witte* , *op. cit.* , pp. 377-379.

21 . *Ibid* ., p. 715.

22 . Service, *Trotsky* , *op. cit.* , p. 199.

23 . Slezkine, *Jewish Century* , *op. cit.* , p. 148.

24 . *Ibid* ., p. 169.

25 . Grossman, *Life and Fate* , *op. cit.* , p. 300. [*Vida y destino* , I, 70, p. 378.]

26 . Grossman, *Stepán* , *op. cit.* , vol. 1, p. 104.

27 . Grossman, «In the Town of Berdichev», en *The Road* , pp. 24, 18.

28 . Carta de Grossman (VG) a Semión Osipóvich (SeOs), 3 de noviembre de 1929, Archivo Estatal Ruso de Literatura y Arte (en adelante, RGALI), F. 1710. Salvo que se indique otra cosa, todas las cartas de Grossman a su padre proceden de esta fuente. La traducción es de la autora.

29 . Semión Lipkin, *Zhizn' i sud'ba Vasiliya Grossmana* , Moscú, Kniga, 1990, p. 41.

30 . Slezkine, *Jewish Century* , *op. cit.* , p. 127.

31 . *Ibid* ., p. 129. La expresión procede de Vladímir Iojelsón.

32 . Gregory Freidin (ed.), *The Enigma of Isaak Babel: Biography, History, Context* , Stanford, Stanford University Press, 2009, p. 34.

33 . Ósip Mandelshtam, *Shum vremeni* , en *Sochineniya v dvuh tomah* , Moscú, Khudozhestvennaya Literatura, 1990, vol. 2, p. 13.

34 . Grossman, *Life and Fate* , *op. cit.* , pp. 210-211. [*Vida y destino* , I, 49, pp. 256-257.]

35 . Lipkin, *Zhizn'* , *op. cit.* , p. 30. [*Vida y destino* , I, 14, p. 70: «Una vez comí pescado relleno en Bobruisk...».]

36 . Citado en Slezkine, *Jewish Century* , *op. cit.* , p. 137.

37 . Entrevista de la autora con Yekaterina Korotkova-Grossman, 2015.

38 . Vasili Grossman, «Chetyre dnya» («Cuatro días»), en *Vsyo techyot ... Povesti, rasskazy, ocherki* , Moscú, Eksmo, 2010, p. 14.

39 . *Ibid* ., pp. 17-18, 34

40 . Slezkine, *Jewish Century* , *op. cit.* , p. 124.

41 . Service, *Trotsky* , *op. cit.* , p. 37.

42 . Meir, *Kiev* , *op. cit.* , p. 109.

43 . Grossman, *Stepán* , *op. cit.* , vol. 1, pp. 299-300.

44 . Carta de Yekaterina Savélievna (YeSa) a VG, 9 de abril de 1941, en Fiódor Gúber, *Pamyat' i pis'ma* , Moscú, Probel, 2007, pp. 73-74.

45 . Grossman, «Cuatro días», en *Vsyo techyot* , *op. cit.* , p. 28.

46 . Michael Hamm, *Kiev: A Portrait, 1800-1917* , Princeton, Princeton University Press, 1993, p. 221.

47 . Grossman, *Stepán* , *op. cit.* , vol. 2, p. 222.

48 . Yitzhak Arad, *The Holocaust in the Soviet Union* , Lincoln, University of Nebraska Press; Jerusalén, Yad Vashem, 2009, p. 11.

49 . La información procede de David MacKenzie y Michael M. Curran, *A History of Russia, the Soviet Union, and Beyond* , Belmont, CA, West/Wadsworth, 1999, p. 375.

50 . Dominic Lieven, *Nicholas II, Emperor of All the Russias* , Londres, John Murray, 1993, p. 204.

51 . Grossman, *Stepán* , *op. cit.* , vol. 2, p. 235.

52 . Hamm, *Kiev* , *op. cit.* , p. 221.

53 . Natan Meir, «Beilis, Mendel», en *YIVO Encyclopedia of Jews in Eastern Europe* , en http://www.yivoencyclopedia.org/article.aspx/Beilis_Mendel , verificado el de abril de 2018.

54 . Mijaíl Kalnitski, «Yushchinskij Andrei», 2013, en http://www.m-necropol.ru/yushinskiy-andrei.html , y «Pamyat' otroka-muchenika Andreya Yushchinskogo», en http://zembin.by/pravoslavnyie-novosti/pamyat-otroka-muchenika-andreya-yushhinskogo.html , ambos enlaces verificados el 25 de abril de 2018.

55 . Grossman, *Stepán* , *op. cit.* , vol. 1, p. 303.

56 . «Anti-Semitism: History of the “Protocols of the Elders of Zion”», en Jewish Virtual Library, en http://www.jewishvirtuallibrary.org/the-ldquo-protocols-of-the-elders-of-zion-rdquo , verificado el 25 de abril de 2018. Véase también Arad, *The Holocaust* , *op. cit.* , pp. 6-7.

57 . Grossman, *Stepán* , *op. cit.* , vol. 1, p. 205.

58 . Antoine Prost, «War Losses», en *International Encyclopedia of the First World War* , http://encyclopedia.1914-1918-online.net/article/war_losses , verificado el 25 de abril de 2018.

59 . La capital era aún, aunque ya por poco tiempo, San Petersburgo, que desde 1914 se llamaba Petrogrado. (*N. del t.*)

60 . Usaremos aquí el sistema de datación según el calendario gregoriano. A diferencia de la Europa occidental, Rusia todavía empleaba por entonces el calendario juliano, lo que explica que se hable de la «revolución de febrero»: con el sistema antiguo, se produjo entre el 23 y el 27 de febrero, que equivalen a los días del 8 al 12 de marzo del calendario moderno.

61 . Hubo tres gobiernos provisionales sucesivos. En el tercero la mayoría recayó en el bando menchevique y miembros del Partido Social-Revolucionario.

62 . Semion Lyandres, *The Fall of Tsarism: Untold Stories of the February 1917 Revolution* , Oxford, Oxford University Press, 2013, pp. 238, 220.

63 . Stéphane Courtois *et al* ., *The Black Book of Communism: Crimes, Terror, Repression* , Jonathan Murphy y Mark Kramer (trads.), Cambridge, MA, Harvard University Press, 1999, p. 44.

64 . Grossman, *Everything Flows* , *op. cit.* , 181. [*Todo fluye* , p. 250.]

65 . Arad, *The Holocaust* , *op. cit.* , p. 12.

66 . Grossman, *Stepán* , *op. cit.* , vol. 2, pp. 369-370.

67 . Grossman, *Everything Flows* , *op. cit.* , p. 177. [*Todo fluye* , p. 246.]

68 . Oliver Radkey, *Russia Goes to the Polls: The Election to the All-Russian Constituent Assembly, 1917,* Ithaca, Cornell University Press, 1989, pp. ix-x, 87-96.

69 . Aleksandr N. Yákovlev, *A Century of Violence in Soviet Russia* , Anthony Austin (trad.), New Haven Yale University Press, 2002, p. 66.

70 . Stephen Kotkin, *Stalin: Paradoxes of Power, 1878-1928* , Nueva York, Penguin, 2014, vol. 1, p. 440.

71 . Grossman, *Everything Flows* , *op. cit.* , pp. 172, 181. [*Todo fluye* , pp. 239 y 251.]

72 . Courtois *et al* ., *Black Book of Communism* , *op. cit.* , p. 68.

73 . Service, *Trotsky* , *op. cit.* , p. 357.

74 . Grossman, *Everything Flows* , *op. cit.* , p. 181. [*Todo fluye* , p. 250.]

75 . Courtois *et al* ., *Black Book of Communism* , *op. cit.* , p. 78.

76 . Conquest, *Harvest of Sorrow* , *op. cit.* , pp. 46-48.

77 . *Ibid* ., pp. 53-54.

78 . Yákovlev, *Century of Violence* , *op. cit.* , p. 234.

79 . David Bullock, *The Russian Civil War, 1918-22* , Oxford, Osprey, 2008, p. 133.

80 . Carta de YeSa a SeOs, junio de 1941, archivo de Yekaterina Korotkova-Grossman.

81 . Evan Mawdsley, *The Russian Civil War* , Edimburgo: Birlinn, 2011.

82 . Slezkine, *Jewish Century* , *op. cit.* , p. 173.

83 . Arad, *The Holocaust* , *op. cit.* , p. 13.

84 . Nadiezhda Mandelshtam, *Hope Abandoned* , Max Hayward (trad.), Nueva York, Atheneum, 1974, p. 515.

85 . Grossman, *Stepán* , *op. cit.* , vol. 2, p. 403.

86 . Grossman, «In the Town of Berdichev», art. cit., pp. 30-31, 29.

87 . Grossman, «Cuatro días», en *Vsyo techyot* , pp. 27, 16.

88 . Ivan Bakalo *et al* ., «Education», en *Internet Encyclopedia of Ukraine* , reproducida de la *Encyclopedia of Ukraine* , Volodymyr Kubijovyc (ed.), Toronto, University of Toronto Press, 1984, vol. 1., en http://www.encyclopediaofukraine.com/display.asp?linkpath=pages%5CE%5CD%5CEducation.htm , verificado el 28 de abril de 2018.

89 . «Institutes of People's Education», en *Internet Encyclopedia of Ukraine* , reproducida de la *Encyclopedia of Ukraine* , Volodymyr Kubijovyc (ed.), Toronto, University of Toronto Press, 1988, vol. 2, http://www.encyclopediaofukraine.com/display.asp?linkpath=pages%5CI%5CN%5CInstitutesofpeopleseducation.htm , verificado el 28 de abril de 2018.

90 . Cálculo de la Comisión Estadounidense de Ayuda a Rusia, en 1922; Conquest, en *Harvest of Sorrow* , p. 56.

91 . Grossman, *Stepán* , *op. cit.* , vol. 1, p. 304.

1 . Se cita por Rabindranath Tagore, *El cartero del rey y otros cuentos* , A. Navarro (trad.), Santiago de Chile, Andrés Bello, 1988, 4.ª ed. (*N. del t.*)

2 . Grossman, *Stepán* , *op. cit.* , vol. 1, p. 204.

3 . *Ibid* ., vol. 1, p. 310, 204-206.

4 . Entrevista de la autora con Korotkova-Grossman.

5 . Grossman, *Stepán* , *op. cit.* , vol. 2, p. 135.

6 . Entrevista de la autora con Korotkova-Grossman.

7 . J. A. E. Curtis, *Manuscripts Don’t Burn: Mikhail Bulgakov, A Life in Letters and Diaries* , Londres, Bloomsbury, 1991, p. 48.

8 . Grossman, *Stepán* , *op. cit.* , vol. 2, pp. 102-103. Wilhelm Bölsche (1861-1939) fue un escritor alemán, que escribió sobre historia natural e impulsó en su país un naturalismo humanista. Ernst Heinrich Philipp August Haeckel (1834-1919) fue un biólogo, naturalista, filósofo y artista alemán. Herbert Spencer fue un filósofo, biólogo y antropólogo inglés, destacado también entre los teóricos políticos del liberalismo clásico de la era victoriana. Se le recuerda en particular por la expresión «la supervivencia de los más aptos», que le inspiró la lectura de Darwin.

9 . Nadiezhda Mandelshtam, *Hope Abandoned* , *op. cit.* , p. 206.

10 . Grossman, *Life and Fate* , *op. cit.* , pp. 524-525. [*Vida y destino* , II, 39, pp. 669 y 670.]

11 . Varlam Shalámov, «Moskva 20h-30h godov», en *Novaya kniga. Vospominaniya, zapisnye knizhki, perepiska, sledstvennye dela* , Moscú, Eksmo, 2004, http://www.booksite.ru/fulltext/new/boo/ksh/ala/mov/5.htm , verificado el 22 de julio de 2018.

12 . Bulgákov, citado en Curtis, *Manuscripts* , *op. cit.* , pp. 36-37, 45.

13 . Grossman, «Fósforo», en *Vsyo techyot* , p. 374. [Se cita por la traducción de Andréi Kozinets, *Eterno reposo y otras narraciones* , pp. 196-197.]

14 . Entrevista de la autora con María Kárpova (de soltera, Lobodá), 2017.

15 . «Súrits Yákov», en *Elektronnaya Evreiskaya Entsiklopediya* , reproducida de *Kratkaya Evreiskaya Entsiklopediya* , Jerusalén, Biblioteka-Aliya, 1996, vol. 8, pp. 655-656, http://www.eleven.co.il/article/13977 , verificado el 25 de abril de 2018.

16 . Iliá Ehrenburg, *Lyudi, gody, zhizn'* , en *Sobranie sochinenij* , Moscú, Khudozhestvennaya literatura, 1962-1967, vol. 9, pp. 711-712.

17 . Entrevista de la autora con Serguéi Nítochkin, 2017.

18 . Guedda Súrits, «Neliteraturnye druz'ya. Iz vospominanij», en *Dialog* 2 (1997-1998), p. 422.

19 . Grossman, *Everything Flows* , *op. cit.* , 156. [*Todo fluye* , p. 217.]

20 . Yevguenia Taratuta, *Kniga vospominanij* , Moscú, Yanus, 2001, p. 96, http://www.sakharov-center.ru/asfcd/auth/?t=page&num=7719 , verificado el 25 de abril de 2018.

21 . Carta de VG a Taratuta, 10 de diciembre de 1961, en *Ogoniok* 40 (1987).

22 . Grossman, *Stepán* , *op. cit.* , vol. 2, p. 340.

23 . Carta de VG a SeOs, 8 de octubre de 1927.

24 . *Ibid.* , 2 de diciembre de 1925.

25 . *Ibid.* , 8 de octubre de 1927.

26 . *Ibid.* , 21 de septiembre de 1928.

27 . *Ibid.* , 10 de abril de 1929.

28 . *Ibid.* , 2 de diciembre de 1925.

29 . *Ibid.* , 22 de enero de 1928.

30 . Grossman, *Stepán* , *op. cit.* , vol. 2, p. 125.

31 . Carta de VG a SeOs, 8 de octubre de 1927.

32 . *Ibid.* , 12 de abril de 1928.

33 . *Ibid.* , 22 de enero de 1928.

34 . Yuri Bit-Yunan y David Feldman, *Vasily Grossman v zerkale literaturnyh intrig* , Moscú, Forum, 2016, p. 44.

35 . Carta de VG a SeOs, 30 de marzo de 1928.

36 . *Carta de VG a SeOs, 30 de marzo de 1928* .

37 . Gorro *puntiagudo* y con orejeras, típico de la caballería que dirigía Semión Budionny. (*N. del t.*)

38 . Grossman, *Everything Flows* , *op. cit.* , pp. 150-151. [*Todo fluye* , p. 209.]

39 . Carta de VG a SeOs, 12 de abril de 1928.

40 . *Ibid.* , 25 de abril de 1928.

41 . *Ibid.* , 1 de junio de 1928.

42 . *Ibid.* , 27 de junio de 1928.

43 . *Ibid.* , 22 de enero de 1928.

44 . *Ibid.* , 25 de abril de 1928.

45 . *Ibid.* , 26 de mayo de 1929.

46 . Carta de YeSa a SeOs, 12 de mayo de 1930, archivo privado de Fiódor Gúber.

47 . *Ibid.* , 27 de abril de 1929.

48 . Carta de VG a SeOs, 21 de septiembre de 1928.

49 . *Ibid.* , 6 de octubre de 1928.

50 . *Ibid.* , 3 de noviembre de 1929.

51 . *Ibid.* , 21 de septiembre de 1928.

52 . *Ibid.* , 1929.

53 . *Ibid.* , 26 de enero de 1929.

54 . *Ibid.* , 30 de enero de 1929.

55 . *Ibid.* , 1929.

56 . *Ibid.* , 26 de enero de 1929.

57 . *Ibid.* , 14 de marzo de 1929.

58 . *Ibid.* , 27 de febrero de 1929.

59 . *Ibid.* , 14 de marzo de 1929.

60 . *Ibid.* , 8 de mayo de 1929.

61 . *Ibid.* , otoño de 1929.

62 . *Ibid* .

63 . Bit-Yunan y Feldman, *Vasily Grossman* , *op. cit.* , p. 82.

64 . Carta de VG a SeOs, 1929.

65 . *Ibid.* , 19 de mayo de 1929.

66 . «Revelations from the Russian Archives: Collectivization and Industrialization», Biblioteca del Congreso de Estados Unidos, en https://www.loc.gov/exhibits/archives/coll.html , verificado el 25 de abril de 2018.

67 . Conquest, *Harvest of Sorrow* , *op. cit.* , p. 97.

68 . Donald Rayfield, *Stalin and His Hangmen: An Authoritative Portrait of a Tyrant and Those Who Served Him* , Londres, Viking, 2004, p. 159.

69 . Carta de VG a SeOs, 1929.

70 . *Ibid.* , 7 de enero de 1941.

71 . *Ibid.* , otoño de 1929.

72 . Grossman, «Fósforo», *op. cit.* , p. 372.

73 . Carta de VG a SeOs, 10 de abril de 1929. [El poema se cita en castellano según Rabindranath Tagore, *El cartero del rey y otros cuentos* , A. Navarro (trad.), Santiago de Chile, Andrés Bello, 1988, 4.ª ed.]

1 . *Que el bien os acompañe* , Marta Rebón (trad.), Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2019, pp. 80-81. En adelante, si no se indica lo contrario, las citas de este título remiten a esta edición. (*N. del t.*)

2 . Grossman, «Fósforo», *op. cit.* , p. 372.

3 . Vasili Grossman, *Glückauf* , Moscú, Sovetski Pisátel, 1935, p. 17.

4 . Anne Applebaum, *Red Famine: Stalin's War on Ukraine* , Toronto, Signal, 2017, pp. 114-115.

5 . MacKenzie y Curran, *History of Russia* , *op. cit.* , p. 474.

6 . Barbara Freese, *Coal: A Human History* , Nueva York, Penguin Books, 2003, pp. 3, 48-50.

7 . Grossman, *Glückauf* , *op. cit.* , pp. 229-230.

8 . *Ibid.* , p. 37.

9 . Vasili Grossman, «The Safety Inspector», en *Great Soviet Short Stories* , Sam Driver (trad.), Nueva York, Dell, 1962, pp. 155-156.

10 . Carta de VG a SeOs, 27 de agosto de 1931.

11 . Grossman, «Fósforo», *op. cit.* , p. 373. [*Eterno reposo y otras narraciones* , p. 195.]

12 . *Ibid.* , p. 380. [*Eterno reposo* , p. 209.]

13 . Grossman, *Glückauf* , *op. cit.* , p. 259.

14 . Carta de VG a SeOs, 10 de julio de 1931.

15 . Rayfield, *Stalin and His Hangmen* , *op. cit.* , p. 119.

16 . Carta de VG a SeOs, 1931.

17 . *Ibid.*

18 . *Ibid.* , 10 de julio de 1931.

19 . Conquest, *Harvest of Sorrow* , *op. cit.* , p. 151.

20 . *Ibid.* , p. 152.

21 . Applebaum, *Red Famine* , *op. cit.* , p. 280.

22 . Para una breve biografía de Gareth Jones, escrita por su sobrina Margaret Siriol Colley (y reproducida por Margaret Siriol Colley, *Gareth Jones-A Manchukuo Incident* , publicación en CD-ROM, 2001-2002, véase en http://www.garethjones.org/overview/mainoverview.htm (verificado el 25 de abril de 2018). El sitio incluye vínculos con los artículos de prensa de Jones.

23 . Applebaum, *Red Famine* , *op. cit.* , p. 315.

24 . Conquest, *Harvest of Sorrow* , *op. cit.* , p. 312.

25 . Applebaum, *Red Famine* , *op. cit.* , p. 306.

26 . Nadiezhda Mandelshtam, *Hope against Hope* , Max Hayward (trad.), Nueva York, Modern Library, 1999, p. 159.

27 . Vasili Grossman, «The Sistine Madonna», en *The Road* , *op. cit.* , p. 171. Konotop es una ciudad situada en el noreste de Ucrania, la región fronteriza con Rusia. [*Eterno reposo y otras narraciones* , p. 195.]

28 . Carta de VG a SeOs, 1 de agosto de 1931.

29 . Korotkova-Grossman, *Vospominaniya* , *op. cit.* , p. 46.

30 . Carta de VG a SeOs, 1 de agosto de 1931.

31 . Conquest, *Harvest of Sorrow* , *op. cit.* , p. 185.

32 . Ósip Mandelshtam, *Journey to Armenia* , Sidney Monas (trad.), San Francisco, George F. Ritchie, 1979, p. 54.

33 . Carta de VG a SeOs, invierno de 1932.

34 . *Ibid.*

35 . *Ibid.*

36 . RGALI, F. 1710/1/70.

37 . *Ibid.*

38 . *Ibid.* , 1710/1/98.

39 . Grossman, *Glückauf* , *op. cit.* , pp. 11-13.

40 . Entrevista de la autora con Elena Súrits, 2016.

41 . Carta de YeSa a SeOs, década de 1930, archivo privado de Fiódor Gúber.

42 . *Ibid.* , 26 (¿13?) de agosto de 1932.

43 . Conquest, *Harvest of Sorrow* , *op. cit.* , p. 248.

44 . Carta de VG a SeOs, 13 de agosto de 1932.

45 . Iliá Zemtsov, *Encyclopedia of Soviet Life* , Nueva Brunswick, Transaction, 1991, pp. 297-299.

46 . Carta de VG a SeOs, 6 de julio de 1932.

47 . Grossman, *Glückauf* , *op. cit.* , p. 5.

48 . Curtis, *Manuscripts* , *op. cit.* , p. 52.

49 . Carta de VG a SeOs, 26 (¿13?) de agosto de 1932.

50 . Aleksandr Sharov, «Iz vospominanij o Vasilii Grossmane», en *Okoyom: povesti, vospominaniya* , Moscú, Sovetski Pisátel, 1990, p. 400. Se desconoce si el manuscrito original de *Glückauf* se ha conservado. En cualquier caso, no se encuentra en el Archivo Estatal Ruso de Literatura y Arte, con los demás documentos de Grossman.

51 . Bit-Yunan y Feldman, *Vasily Grossman* , *op. cit.* , pp. 176-177. Grossman falseaba la verdad al afirmar que había trabajado en las minas durante tres años; exageró la realidad con la intención de impresionar a Gorki.

52 . Carta de Maksim Gorki a VG, 7 de octubre de 1932, en Maksim Gorki, *Sobranie sochinenij* , Moscú, Goslitizdat, 1955, vol. 30, pp. 261-263.

53 . Grossman, *Glückauf* , *op. cit.* , p. 5.

54 . Ken Howard y Rauf Israfilov (eds.), *Current Problems of Hydrogeology in Urban Areas, Urban Agglomerates and Industrial Centers* , Springler, NATO Science Series, 2002, vol. 4, p. 366.

55 . «Ecology», en Visit Donetsk, http://visitdonetsk.com/ecology -donetsk-has-reputation-city-roses%E2%80%A6 , verificado el de abril de 2018. [Enlace roto durante el período de traducción.]

56 . *Vospominaniya o Babele* , Moscú, 1989, en http://www.lib.ru/PROZA/BABEL/about_wospominaniya.txt , verificado el 25 de abril de 2018.

1 . Conquest, *Harvest of Sorrow* , *op. cit.* , pp. 124, 170.

2 . Grossman, *Life and Fate* , *op. cit.* , p. 122. [*Vida y destino* , I, 24, p. 146.]

3 . Carta de VG a SeOs, 21 de abril de 1933.

4 . *Ibid.*

5 . *Ibid.* , 16 de mayo de 1933.

6 . Sheila Fitzpatrick, «Memoirs of a Revolutionary by Victor Serge», en *The Guardian* , 17 de agosto de 2012, https://www.theguardian.com/books/2012/aug/17/memoirs-revolutionary-victor-serge-review , verificado el 25 de abril de 2018.

7 . Chandler, introducción a *The Road* , *op. cit.* , p. 7.

8 . Bit-Yunan y Feldman, *Vasily Grossman* , *op. cit.* , p. 133.

9 . Carta de VG a SeOs, 2 de febrero de 1933.

10 . Vasili Grossman, «Tseilonskij grafit», 1935, en http://lib.ru/PROZA/GROSSMAN/r_grafit.txt , verificado el 25 de abril de 2018.

11 . Los depósitos de grafito de Ceilán (Sri Lanka), únicos por presentarse en filones, tienen un contenido de carbón de más del 90 %.

12 . Conquest, *Harvest of Sorrow* , *op. cit.* , p. 248.

13 . Carta de VG a Olga Rodánevich, 11 de junio de 1933, RGALI, F. 1710/3/73.

14 . Grossman, *Everything Flows* , *op. cit.* , pp. 134-135. [*Todo fluye* , pp. 187-189.]

15 . Carta de VG a SeOs, 1933.

16 . *Ibid.* , 19 de febrero de 1934.

17 . *Ibid.* , 19 de julio de 1933. La frase de Chéjov puede verse en A. P. Chéjov, *Polnoe sobranie sochinenij i pisem* , Moscú, Nauka, 1987, vol. 17, p. 177.

18 . Carta de VG a SeOs, 3 de agosto de 1933.

19 . El *edelweiss* (leontopodio, flor de las nieves) es una flor alpina resistente, que se ha usado como símbolo del alpinismo y es asimismo símbolo nacional de Austria, Suiza, Bulgaria y Rumanía.

20 . Yuri Slezkine, *The House of Government: A Saga of the Russian Revolution* , Princeton, Princeton University Press, 2017, p. 428.

21 . Conquest, *Harvest of Sorrow* , *op. cit.* , p. 237.

22 . Applebaum, *Red Famine* , *op. cit.* , p. 197.

23 . Carta de VG a SE Os, 17 de noviembre de 1933.

24 . *Ibid.* , 1933.

25 . *Ibid.* , 8 de enero de 1934.

26 . *Ibid.* , 24 de enero de 1934.

27 . *Ibid* .

28 . *Ibid.* , 17 de abril de 1934.

29 . *Ibid.* , 8 de enero de 1934.

30 . *Ibid.* , 26 de marzo de 1934.

31 . *Ibid.* , 3 de abril de 1934.

32 . Lipkin, *Zhizn'* , *op. cit.* , p. 5.

33 . Freidin, *The Enigma of Isaak Babel* , *op. cit.* , p. 70.

34 . Gúber, *Pamyat'* , *op. cit.* , pp. 40-41.

35 . Grossman, «In the Town of Berdichev», *op. cit.* , p. 16.

36 . *Ibid.* , pp. 25, 26.

37 . Carta de VG a SeOs, 17 de abril de 1934.

38 . Maksim Gorki, «Russia and the Jews», A. Yarmolinsky (trad.), en http://www.online-literature.com/maxim-gorky/4430/ , verificado el 25 de abril de 2018.

39 . Citado en Slezkine, *Jewish Century* , *op. cit.* , pp. 164-165.

40 . Freidin, *The Enigma of Isaak Babel* , *op. cit.* , p. 30.

41 . Slezkine, *Jewish Century* , *op. cit.* , p. 134.

42 . Carta de VG a SeOs, 8 de mayo de 1934.

43 . *Ibid.* , 11 de junio de 1934.

44 . Rayfield, *Stalin and His Hangmen* , *op. cit.* , p. 220.

45 . Súrits, «Neliteraturnye druz’ya», *op. cit.* , p. 428.

46 . Carta de VG a SeOs, 26 de abril de 1934.

47 . *Ibid.* , 1933.

48 . Hubo grandes ejecuciones colectivas de presos del Gulag en Prokópievsk. Véase «Spisok lagerei gulaga», en http://chort.square7.ch/Pis/Gulag.pdf , verificado el 25 de abril de 2018.

49 . Korotkova-Grossman, *Vospominaniya* , *op. cit.* , pp. 201-202.

50 . Natalia Semiónova, «Verili v pobedu svyato», en *Institut russkoi literatury Rossijskoi Akademii Nauk* , San Petersburgo, Pushkinskij Dom, 2015, p. 71.

51 . Se trata de unas tortitas planas, similares a los *blinis* , con relleno dulce o salado y fritas en aceite. Parece ser que en la actualidad aún se venden en la estación del nudo ferroviario de Konotop.

52 . Yevgueni Dóbrenko, *Political Economy of Socialist Realism* , New Haven, Yale University Press, 2007, p. 60.

53 . Régine Robin, *Socialist Realism: An Impossible Aesthetic* , Catherine Porter (trad.), Stanford, Stanford University Press, 1992, p. 212.

54 . Gúber, *Pamyat'* , *op. cit.* , p. 30.

55 . Applebaum, *Red Famine* , *op. cit.* , p. 136.

56 . Gúber, *Pamyat'* , *op. cit.* , p. 31.

57 . Rayfield, *Stalin and His Hangmen* , *op. cit.* , p. 239.

58 . Slezkine, *House of Government* , *op. cit.* , p. 717.

59 . Carta de VG a SeOs, 30 de junio de 1934.

60 . *Ibid.* , 1934.

61 . *Ibid.*

62 . *Ibid.* , 16 de diciembre de 1934.

63 . *Ibid.* , 23 de septiembre de 1934.

64 . *Ibid.* , 8 de septiembre de 1934.

65 . *Ibid* .

66 . *Ibid.* , 23 de noviembre de 1934.

67 . *Ibid.* , 5 de febrero de 1935.

68 . *Ibid.* , 15 de abril de 1935.

69 . «Aleksey Stakhanov», en Russiapedia, http://russiapedia.rt.com/prominent-russians/history-and-mythology/aleksey-stakhanov/ , verificado el 25 de abril de 2018.

70 . Dóbrenko, *Political Economy of Socialist Realism* , *op. cit.* , p. 169.

71 . Grossman, *Glückauf* , *op. cit.* , p. 16.

72 . Carta de VG a SeOs, 4 de agosto de 1935.

73 . Gúber, *Pamyat'* , *op. cit.* , p. 29.

74 . Grossman estaba enamorado de Guedda Súrits. A mediados de la década de 1950 tuvo una relación con una mujer más joven de la que solo sabemos que era una científica y era judía. El escritor quiso presentarle a su hija, pero algo interfirió y esta no llegó a conocer a la nueva compañera de Grossman. En 1998 Katia escribió una breve nota de recuerdo sobre esta mujer misteriosa: «Yo ya estaba casada, y mi padre pasaba de los cincuenta. Me pareció que este último sentimiento, de gran potencia y profundidad, lo consumía ... Esta mujer me despertaba una viva curiosidad ... Mi padre me contó bastantes cosas sobre su nueva compañera. No era nada de quedarse en casa. Había hecho una carrera brillante, con un doctorado en Química y una reputación sólida. Era una conductora audaz. En realidad era audaz en todas las facetas de su vida». Korotkova-Grossman, «Iz tsikla “Okruzhenie”», en *Dialog* 2 (1997-1998).

75 . Olga Matvienko, «Ostat'sya chelovekom», en *Sochinskij kraeved* , 21 de febrero de 2016.

76 . Entrevista de la autora con Yelena Kozhíchkina, 2015.

77 . John Garrard y Carol Garrard, *The Bones of Berdichev: The Life and Fate of Vasily Grossman* , Nueva York, Free Press, 1996, p. 121.

78 . Carta de YeSa a SeOs, 3 de noviembre de 1935.

79 . Carta de VG a SeOs, 27 de noviembre de 1935.

1 . Grossman, *Life and Fate* , *op. cit.* , p. 457. [*Vida y destino* , II, 27, p. 581. El epígrafe inicial sobre las personas «célebres o anónimas» se encuentra en el párrafo siguiente de la misma página.]

2 . Courtois *et al* ., *Black Book of Communism* , *op. cit.* , parte 1.

3 . Nadiezhda Mandelshtam, *Hope against Hope* , *op. cit.* , p. 161.

4 . Varlam Shalámov, «Vospominaniya», en https://www.booksite.ru/fulltext/new/boo/ksh/ala/mov/5.htm , verificado el 20 de junio de 2018.

5 . Borís Andronikashvili-Pilniak, «Dva izgoya, dva muchenika: Boris Pilnyak i Evgeny Zamyatin», en *Znamia* 9 (1994), p. 126.

6 . Vitali Shentalinski, *Arrested Voices: Resurrecting the Disappeared Writers of the Soviet Union* , John Crowfoot (trad.), Nueva York, Free Press, 1993, p. 24.

7 . Citado en Cynthia Ozick, introducción a *The Complete Works of Isaak Babel* , Nathalie Babel (ed.), Peter Constantine (trad.), Nueva York, Norton, 2002, p. 23.

8 . Carta de VG a SeOs, 12 de noviembre de 1936.

9 . Gúber, *Pamyat'* , *op. cit.* , p. 35.

10 . Grossman, *Life and Fate* , *op. cit.* , pp. 117, 116. [*Vida y destino* , I, 23, pp. 137 y 138.]

11 . Simon Sebag Montefiore, *Stalin: The Court of the Red Tsar* , Londres, Weidenfeld and Nicolson, 2003, p. 166.

12 . Kornéi Chukovski, *Diary, 1901-1969* , Michael Henry Heim (trad.), New Haven, Yale University Press, 1991, p. 326.

13 . Grossman, *Everything Flows* , *op. cit.* , p. 135. [*Todo fluye* , pp. 188-189.]

14 . Anne Applebaum, *The Gulag: A History* , Nueva York, Doubleday, 2003, pp. 564-565.

15 . Citado en Tovah Yedlin, *Maxim Gorky: A Political Biography* , Londres, Westport, 1999, pp. 203-204.

16 . Montefiore, *Stalin* , *op. cit.* , p. 167.

17 . Rayfield, *Stalin and His Hangmen* , *op. cit.* , p. 270.

18 . Grossman, *Life and Fate* , *op. cit.* , p. 526. [*Vida y destino* , II, 39, p. 671.]

19 . Citado en Oleg Jlevniuk, *The History of the Gulag: From Collectivization to the Great Terror* , Vadim Staklo (trad.), New Haven, Yale University Press, 2004, p. 141.

20 . Archivo de Aleksandr N. Yákovlev, «Lubianka», documento 152, 31 de julio de 1937, en http://www.alexanderyakovlev.org/fond/issues-doc/61134 , verificado el 25 de abril de 2018.

21 . Oleg Jlevniuk, *Stalin: New Biography of a Dictator* , Nora Seligman Favorov (trad.), New Haven, Yale University Press, 2015, pp. 150-151.

22 . Según los datos dados a conocer por Memorial, en 1937, en la fase más intensa de las purgas, se condenó por delitos políticos a 860.160 personas, cerca de la mitad, a la pena capital. En 1938, cuando las detenciones empezaron a reducirse, hubo aún 625.680 condenas y 372.210 ejecuciones. *Véase* N. G. Ojotín y A. B. Roguinski, «O masshtabe politicheskih repressij v SSSR pri Staline: 1921-1953», en *Demoscop* 313-314, 10 a 31 de diciembre de 2007, http://demoscope.ru/weekly/2007/0313/analit01.php#1 , verificado el 25 de abril de 2018.

23 . Robert Conquest, *The Great Terror: A Reassessment* , Oxford, Oxford University Press, 2008, p. 205.

24 . Alan Bullock, *Hitler and Stalin: Parallel Lives* , Toronto, McClelland and Stewart, 1993, p. 717.

25 . Grossman, *Life and Fate* , *op. cit.* , p. 627. [*Vida y destino* , III, 5, p. 797.]

26 . Grossman, *The Road* , *op. cit.* , p. 301.

27 . Gúber, *Pamyat'* , *op. cit.* , pp. 31-33.

28 . *Ibid.* , p. 33.

29 . Jlevniuk, *History of the Gulag* , *op. cit.* , p. 169.

30 . *Ibid.* , p. 147.

31 . Grossman, *Life and Fate* , *op. cit.* , p. 288. [*Vida y destino* , I, 67, p. 363.]

32 . La genetista moscovita Galina Murávnik le contó a esta autora que se acusó a sus abuelos —que habían participado en la revolución bolchevique— de actividades trotskistas, lo que les costó la destrucción física, en la fase culminante de las purgas. El padre de Galina, que en 1937 contaba diez años, pidió que lo admitieran en un orfanato: la abuela no se atrevía a acogerlo.

33 . Citado en Bit-Yunan y Feldman, *Vasily Grossman* , *op. cit.* , p. 251.

34 . Lipkin, *Zhizn'* , *op. cit.* , p. 8.

35 . Shentalinski, *Arrested Voices* , *op. cit.* , pp. 192-193.

36 . Grossman, *Life and Fate* , *op. cit.* , pp. 621-622. [*Vida y destino* , III, 4, p. 791.]

37 . Shentalinski, *Arrested Voices* , *op. cit.* , p. 27.

38 . Citado en Bit-Yunan y Feldman, *Vasily Grossman* , *op. cit.* , p. 247.

39 . Grossman, *Life and Fate* , *op. cit.* , p. 623. [*Vida y destino* , II, 4, p. 791.]

40 . En referencia a la fecha local del Día de los Inocentes, cuyas bromas, como en Francia o el Reino Unido, se *celebran* en Rusia el 1 de abril. (*N. del t.*)

41 . Entrevista de la autora con Yelena Kozhíchkina, 2016. Grossman se dirigía a Olga con el nombre cariñoso de Liúsenka.

42 . En su *Vasily Grossman* , Bit-Yunan y Feldman conjeturan que Grossman pudo contar con la ayuda de la esposa de Yezhov, Yevguenia. Sin embargo, ella no ejercía ninguna influencia sobre el marido y se había negado incluso a la petición de Bábel de interceder a favor de un amigo.

43 . Rayfield, *Stalin and His Hangmen* , *op. cit.* , p. 319.

44 . Shentalinski, *Arrested Voices* , *op. cit.* , pp. 187-193.

45 . Véase «Sviato-Yekaterininski muzhskoi monastyr'», en http://www.ekaterinamon.ru/index.php3?id=128 , verificado el 25 de abril de 2018.

46 . Nadiezhda Mandelshtam, *Vospominaniya* , Moscú, Soglasie, 1999, pp. 382-383.

47 . Lipkin, *Zhizn'* , *op. cit.* , p. 77.

48 . Vasili Grossman, «Mama», en *The Road* , *op. cit.* , p. 206. [*Eterno reposo y otras narraciones* , pp., 148, 150-152.]

49 . Vasili Grossman, «Mama», en *The Road* , *op. cit.* , p. 211. [*Eterno reposo* , pp. 155, 159-160.]

50 . *Ibid.* , pp. 213-214. [*Eterno reposo* , pp. 162, 163.]

51 . Vasili Grossman, «A Young Woman and an Old Woman», en *The Road* , p. 47.

52 . *Ibid.* , p. 48.

53 . Bit-Yunan y Feldman, *Vasily Grossman* , *op. cit.* , pp. 240, 256.

54 . Vera Ivánovna Danko, «Reminiscencias». Se trata de un texto inédito, que la hija de Vera, María Lobodá (Kárpova), confió a la autora.

55 . Grossman, «Mama», en *The Road* , *op. cit.* , p. 211. [*Eterno reposo* , pp. 155, 159.]

56 . Grossman, *Life and Fate* , *op. cit.* , pp. 174-175. [*Vida y destino* , I, 39, p. 213.]

1 . Arad, *The Holocaust* , *op. cit.* , pp. 36-37.

2 . Bullock, *Hitler and Stalin* , *op. cit.* , p. 608.

3 . Arad, *The Holocaust* , *op. cit.* , p. 38.

4 . Iliá Ehrenburg, *Memoirs, 1921-1941* , Tatania Shebunina e Yvonne Kapp (trads.), Cleveland, World Publishing, 1964, p. 474.

5 . Nikolái Sokolov, «Sovetskie gazety 1939 goda: Mesto “fashistov” zanyali “germanskie voiska”», 1 de septiembre de 2009, en http://ria.ru/politics/20090901/183144226.html , verificado el 25 de abril de 2018.

6 . Ehrenburg, *Memoirs* , *op. cit.* , p. 475.

7 . Timothy Snyder, *Bloodlands: Europe between Hitler and Stalin* , Nueva York, Basic Books, 2010, p. 119.

8 . Sokolov, «Sovetskie», *op. cit.*

9 . *Izvestia* , 9 de enero de 1939.

10 . Snyder, *Bloodlands* , *op. cit.* , p. 153.

11 . Carta de VG a SeOs, 12 de abril de 1940.

12 . Ehrenburg, *Memoirs* , *op. cit.* , p. 498.

13 . *Ibid* .

14 . *Ibid* .

15 . Vasili Grossman, *Si tuviéramos que creer a los pitagóricos* , en *Znamia* 7 (1946).

16 . Voltaire definió con el epigrama de *tigre-singe* («tigre-mono») a sus compatriotas durante el Período del Terror.

17 . Grossman, *Stepán* , *op. cit.* , vol. 2, p. 308.

18 . RGALI, F. 1710/3/54.

19 . Carta de VG a SeOs, 1939.

20 . *Ibid.* , 12 de enero de 1941.

21 . Yevguenia Taratuta, «Chestnaya zhizn’ i tyazhkaya sud’ba», en *Ogoniok* 40 (1987).

22 . Lipkin, *Zhizn'* , *op. cit.* , p. 10.

23 . Véase Maxim D. Shrayer (ed.), *An Anthology of Jewish-Russian Literature: Two Centuries of Dual Identity in Prose and Poetry* , Armonk, NY, M. E. Sharpe, 2007, vol. 1, p. 539.

24 . Solomón Vólkov, *Shostakovich and Stalin: The Extraordinary Relationship between the Great Composer and the Brutal Dictator* , Antonina Bouis (trad.), Nueva York, Knopf, 2004, p. 160.

25 . Lipkin, *Zhizn'* , *op. cit.* , p. 6.

26 . Anatoli Bocharov, *Vasily Grossman: Zhizn', tvorchestvo, sud'ba* , Moscú, Sovetski Pisátel, 1990, p. 12.

27 . En italiano en el original. (*N. del t.*)

28 . Carta de YeSa a VG, diciembre de 1940, archivo Korotkova-Grossman.

29 . Carta de VG a SeOs, diciembre de 1940.

30 . Lipkin, *Zhizn'* , *op. cit.* , p. 8.

31 . Carta de VG a SeOs, 12 de abril de 1940.

32 . Grossman, «Aleksandr Roskin», RGALI, F. 1702/2/933.

33 . *Ibid* .

34 . Vasili Grossman, *Za pravoe delo* , Moscú, Voenizdat, 1954, p. 117. [*Por una causa justa* , I, 36, p. 226.]

35 . N. G. Ojotín y A. B. Roguinski, «O masshtabe politicheskih repressij v SSSR pri Staline: 1921-1953», 10-31 de diciembre de 2007, en http://demoscope.ru/weekly/2007/0313/analit01.php#1 , verificado el 25 de abril de 2018.

36 . Citado en Bullock, *Hitler and Stalin* , *op. cit.* , p. 685.

37 . *Ibid* ., p. 689.

38 . Ehrenburg, *Memoirs* , *op. cit.* , p. 506.

39 . Carta de YeSa a VG, 9 de abril de 1941.

40 . Discurso de Mólotov ante el Octavo Congreso Extraordinario de los Sóviets de la URSS, 25 de noviembre de 1936, en *Pravda* , 30 de noviembre de 1936. Véase también http://www.yadvashem.org/yv/ru/education/learning_environments/families/memory.asp , verificado el 23 de julio de 2018.

41 . Arad, *The Holocaust* , *op. cit.* , pp. 532-533.

42 . Lipkin, *Zhizn'* , *op. cit.* , p. 59.

43 . Grossman, *Life and Fate* , *op. cit.* , p. 72. [*Vida y destino* , I, 15, p. 84.]

44 . Grossman, *Za pravoe delo* , *op. cit.* , p. 116. [*Por una causa justa* , I, 35, p. 226.]

1 . Bullock, *Hitler and Stalin* , *op. cit.* , p. 701.

2 . *Ibid* ., p. 713.

3 . Grossman, *Za pravoe delo* , *op. cit.* , pp. 68-69. [Véase *Por una causa justa* , I, 21, p. 128.]

4 . Bullock, *Hitler and Stalin* , *op. cit.* , p. 716.

5 . *Ibid.* , p. 717.

6 . Ehrenburg, *Memoirs* , *op. cit.* , p. 507.

7 . Iliá Altman y Joshua Rubenstein (eds.), *The Unknown Black Book: The Holocaust in the German-Occupied Soviet Territories* , Christopher Morris y Joshua Rubenstein (trads.), Bloomington, Indiana University Press, 2008, p. 6.

8 . Arad, *The Holocaust* , *op. cit.* , p. 80.

9 . Iliá Ehrenburg y Vasili Grossman (eds.), *The Complete Black Book of Russian Jewry* , John Glad y James Lavine (trads.), New Brunswick, NJ, Transaction, 2002, pp. 12-20.

10 . Según Yitzhak Arad (*The Holocaust* , *op. cit.* , p. 80), logró escapar un tercio del total de los veinticuatro mil judíos de Berdíchev.

11 . Carta de YeSa a SeOs, 25 de junio de 1941.

12 . Las cartas de Yekaterina Savélievna a su hijo proceden del archivo privado de Yekaterina Korotkova-Grossman.

13 . Carta de VG a SeOs, 9 de septiembre de 1941.

14 . *Ibid.* , 1 de octubre de 1941.

15 . *Ibid.* , 15 de mayo de 1942.

16 . Arad, *The Holocaust* , *op. cit.* , p. 347.

17 . Grossman, *Za pravoe delo* , *op. cit.* , p. 120. Se ha utilizado [para el texto original] la traducción de Robert Chandler, tomada de su versión inglesa de *Stalingrad* , publicada en 2019 (este era el título inicial de Grossman para la novela). [*Por una causa justa* , I, 36, p. 232.]

18 . Carta de VG a SeOs, 1 de noviembre de 1942.

19 . David Órtenberg, *Vremya ne vlastno: Pisateli na voine* , Moscú, Sovetski Pisátel, 1979, p. 314.

20 . Grigori Baklánov, *Sobranie sochinenij* , Moscú, 2003, vol. 5, p. 32.

21 . MacKenzie y Curran, *History of Russia* , *op. cit.* , p. 528.

22 . Bullock, *Hitler and Stalin* , *op. cit.* , p. 703.

23 . Baklánov, *Sobranie* , *op. cit.* , vol. 5, p. 34.

24 . *Vasily Grossman* , «Cuadernos», en *Gody voiny* , Moscú, Pravda, 1989, pp. 244, 251. Salvo indicación distinta, la información sobre los cuadernos de Grossman se toma de esta edición.

25 . *Ibid.* , p. 247.

26 . Vasily Grossman, «Cuadernos», en Gody voiny, op. cit., p. 249, p. 249.

27 . *Ibid.* , p. 253.

28 . Bullock, *Hitler and Stalin* , *op. cit.* , p. 726.

29 . Altman y Rubenstein, *The Unknown Black Book* , *op. cit.* , p. 6.

30 . Snyder, *Bloodlands* , *op. cit.* , pp. 182, 184.

31 . Bullock, *Hitler and Stalin* , *op. cit.* , pp. 726-728.

32 . Anthony Beevor (ed.), *A Writer at War: Vasily Grossman with the Red Army, 1941-1945* , Anthony Beevor y Luba Vinogradova (trads.), Londres, Harvill, 2005, p. 38.

33 . Grossman, «Cuadernos», *op. cit.* , p. 277.

34 . Grigori Baklánov, «Vse knigi o voine», en *Delovoi vtornik* , 6 de mayo de 2003.

35 . Grossman, «Cuadernos», *op. cit.* , p. 279.

36 . *Ibid.* , p. 280.

37 . *Ibid.* , p. 281.

38 . *Ibid.* , p. 287.

39 . *Ibid.* , p. 289.

40 . *Ibid.* , pp. 290-291.

41 . Bullock, *Hitler and Stalin* , *op. cit.* , p. 728.

42 . Grossman, «Cuadernos», *op. cit.* , p. 290.

43 . Carta de Tvardovski a María Tvardóvskaia, 13 de diciembre de 1941, en Aleksandr Tvardovski, «Ya v svoyu hodil ataku ...», en *Dnevniki. Pis'ma. 1941-1945* , Moscú, Vagrius, 2005, p. 51.

44 . Carta de VG a Olga Gúber (OlMi), 14 de octubre de 1941, en *Voprosy literatury* 3 (2005).

45 . Iliá Ehrenburg, *Vospominaniya* , Moscú, Sovetski Pisátel, 1990, vol. 2, p. 348.

46 . Bullock, *Hitler and Stalin* , *op. cit.* , p. 691.

47 . *Ibid.* , p. 730.

48 . Carta de VG a OlMi, 20 de diciembre de 1941. Salvo que se indique otra cosa, las cartas de Grossman a su esposa se toman de Gúber, *Pamyat'* , *op. cit.*

49 . *Ibid.*

50 . Iliá Ehrenburg, «The War, 1941-45», en *Men, Years, Life* , Tatania Shebunina e Yvonne Kapp (trads.), Londres, Macgibbon and Kee, 1964, vol. 5, p. 38.

51 . Beevor, *A Writer at War* , *op. cit.* , p. 63.

52 . Grossman, «Cuadernos», *op. cit.* , p. 314.

1 . *Vida y destino* , Marta Rebón (trad.), Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2007, III, 61, p. 1090. En adelante, si no se indica lo contrario, las traducciones de este título remiten a esta edición. (*N. del t.*)

2 . Carta de VG a SeOs, 25 de febrero de 1942.

3 . *Ibid.*

4 . Beevor, *A Writer at War* , *op. cit.* , p. 98.

5 . Vasili Grossman, *Zhizn' i sud'ba* , Moscú, Slovo, 1999, p. 129. [*Vida y destino* , I, 36, p. 195.]

6 . Carta de VG a SeOs, 7 de marzo de 1942.

7 . Grossman, «Cuadernos», *op. cit.* , p. 294.

8 . Carta de VG a SeOs, 1 de febrero de 1942.

9 . Catherine Merridale, «Stalin's Order No. 227: "Not a Step Back"», 28 de julio de 2011, en http://www.thehistoryreader.com/modern-history/stalins-order-227-step-back/ , verificado el 25 de abril de 2018.

10 . Grossman, «Cuadernos», *op. cit.* , p. 296.

11 . Michael Geyer y Sheila Fitzpatrick, *Stalinism and Nazism Compared* , Cambridge, Cambridge University Press, 2009, p. 387. Véase también Merridale.

12 . Carta de VG a SeOs, 1 (¿6?) de marzo de 1942.

13 . Carta de María Tvardóvskaia a Tvardovski, 29 de abril de 1942, en «Ya v svoyu hodil ataku», *op. cit.* , pp. 92-93.

14 . Carta de VG a SeOs, 17 de junio de 1942.

15 . Bullock, *Hitler and Stalin* , *op. cit.* , pp. 771-772.

16 . Vasili Grossman, «Narod bessmerten», en *Gody voiny* , Moscú, 1946, pp. 137-138. [*El pueblo es inmortal* puede leerse traducida dentro de *Años de guerra* .]

17 . *Ibid.* , p. 30 [*El pueblo es inmortal* , pp. 45-46.]

18 . *Ibid.* , pp. 26-31 [*El pueblo es inmortal* , pp. 38-48.]

19 . *Ibid.* , p. 25. [*El pueblo es inmortal* , p. 38.]

20 . David Órtenberg, «God 1942», en http://militera.lib.ru/memo/russian/ortenberg_di2/07.html , verificado el 25 de abril de 2018.

21 . Carta de VG a SeOs, 12 de julio de 1942.

22 . *Ibid.* , 18 de agosto de 1942.

23 . Beevor, *A Writer at War* , *op. cit.* , p. 124.

24 . Bullock, *Hitler and Stalin* , *op. cit.* , p. 777.

25 . Grossman, *Life and Fate* , *op. cit.* , p. 382. [*Vida y destino* , II, 13, p. 484.]

26 . En 1925 se rebautizó Tsaritsyn en honor de Stalin.

27 . Bullock, *Hitler and Stalin* , *op. cit.* , p. 773.

28 . Beevor, *A Writer at War* , *op. cit.* , p. 150.

29 . Grossman, *Life and Fate* , *op. cit.* , p. 388. [*Vida y destino* , II, 14, p. 493.]

30 . Grossman, «Cuadernos», *op. cit.* , p. 340.

31 . *Ibid.* , p. 343.

32 . Reina Pennington, «Women and the Battle of Stalingrad», en *Russia: War, Peace and Diplomacy; Essays in Honour of John Erickson* , Ljubica Erickson y Mark Erickson (eds.) Londres, Weidenfeld and Nicolson, 2005, pp. 169-211.

33 . Grossman, «Cuadernos», *op. cit.* , p. 344.

34 . *Ibid.* , pp. 344-345.

35 . Grossman, *Za pravoe delo* , *op. cit.* , p. 361. [*Por una causa justa* , II, 32, pp. 627-628.]

36 . Beevor, *A Writer at War* , *op. cit.* , p. 119.

37 . Bullock, *Hitler and Stalin* , *op. cit.* , p. 775.

38 . Grossman, «Stalingradskij front», en *Gody voiny* (1946), *op. cit.* , p. 280. [«En el frente de Stalingrado», en *Años de guerra* , p. 376.]

39 . Grossman, «Cuadernos», *op. cit.* , p. 345.

40 . Antony Beevor, *Stalingrad: The Fateful Siege, 1942-43* , Londres, Penguin Books, 1999, pp. 174-175.

41 . Beevor, *A Writer at War* , *op. cit.* , pp. 168-169.

42 . Grossman, «Stalingradskaia bitva», en *Gody voiny* (1946), *op. cit.* , p. 194. [«La batalla de Stalingrado», en *Años de guerra* , *op. cit.* , p. 275.]

43 . Beevor, *A Writer at War* , *op. cit.* , p. 151.

44 . *Ibid.* , p. 155.

45 . Grossman, *Life and Fate* , *op. cit.* , pp. 430-431. [*Vida y destino* , II, 22, p. 547.]

46 . *Ibid.* , pp. 436-437. [*Vida y destino* , II, 23, p. 555.]

47 . Grossman, «Glazami Chekhova», en *Gody voiny* (1946), *op. cit.* , p. 227. [«Con los ojos de Chéjov», en *Años de guerra* , p. 310.]

48 . Grossman, *Za pravoe delo* , *op. cit.* , p. 258. [Véanse las pp. 455-456 de *Por una causa justa* .

49 . Órtenberg, *Vremya ne vlastno* , *op. cit.* , p. 317.

50 . Carta de VG a OlMi, 28 de junio de 1943.

51 . Gúber, *Pamyat'* , *op. cit.* , p. 54.

52 . Carta de VG a OlMi, 10 de septiembre de 1942.

53 . Grossman, «Stalingradskoe voisko», en *Gody voiny* (1946), *op. cit.* , p. 269. [«El ejército de Stalingrado», en *Años de guerra* , pp. 361-362.]

54 . Beevor, *A Writer at War* , *op. cit.* , p. 171.

55 . Grossman, *Life and Fate* , *op. cit.* , p. 39. [*Vida y destino* , I, 9, pp. 37-38.]

56 . Beevor, *A Writer at War* , *op. cit.* , p. 174.

57 . Grossman, *Gody voiny* (1946), *op. cit.* , p. 233. [«El eje de la fuerza principal», en *Años de guerra* , p. 318.]

58 . *Ibid.* , , p. 240 [«El eje...«, en *Años de guerra* , pp. 327-328.]

59 . *Ibid.* , p. 238 [«El eje...«, en *Años de guerra* , pp. 325-326.]

60 . http://zema.su/blog/mamaev-kurgan-i-rodina-mat-v -volgograde-opisanie-i-fotoekskursiya-foto , verificado el 25 de abril de 2018.

61 . Grossman, *Life and Fate* , *op. cit.* , p. 440. [*Vida y destino* , II, 24, p. 559.]

62 . *Ibid.* , pp. 435-436. [*Vida y destino* , II, 23, pp. 552-554.]

63 . Beevor, *Stalingrad* , *op. cit.* , p. 195.

64 . Beevor, *A Writer at War* , *op. cit.* , p. 175.

65 . Grossman, *Life and Fate* , *op. cit.* , p. 427. [*Vida y destino* , II, 21, pp. 542-543.]

66 . Grossman, «Napravlenie glavnogo udara», en *Gody voiny* (1946), *op. cit.* , p. 242.

67 . Grossman, «Po dorogam nastupleniya», en *Gody voiny* (1946), *op. cit.* , p. 248. [«Por los caminos de la ofensiva», en *Años de guerra* .]

68 . *Ibid.* , p. 246. [«Por los caminos de la ofensiva», en *Años de guerra* , p. 348.]

69 . Grossman, «El nuevo día», en *Gody voiny* (1946), *op. cit.* , pp. 251-255.

70 . Erich Maria Remarque, *All Quiet on the Western Front* , A. W. Wheen (trad.), Boston, Little, Brown, 1929, p. 74. [Se traduce aquí a partir del original alemán.]

71 . Eclesiastés, I, 5 (Biblia del Rey Jacobo).

72 . Carta de VG a OlMi, 15 de noviembre de 1942.

73 . Grossman, «Cuadernos», *op. cit.* , p. 400.

74 . Grossman, *Gody voiny* (1946), *op. cit.* , p. 258.

75 . *Ibid.,* p. 264. [«El ejército de Stalingrado», en *Años de guerra* , pp. 353 y 355.]

76 . *Ibid.* , p. 278.

77 . Esta canción vigorosa recibió nuevos arreglos en la Rusia soviética. Andréi Globa (1888-1964), un dramaturgo, poeta y traductor ruso que compuso la nueva letra, desdeñaba los versos originales. Por lo demás, la música de Beethoven se interpretaba a ritmo lento, con lo que el cántico festivo irlandés se asemejaba más a una melancólica balada eslava. La versión rusa de la canción empieza con las palabras: «Aúlla una nevasca». En tiempos de Grossman era sumamente popular.

78 . Grossman, «Stalingradskoe voisko», en *Gody voiny* (1946), *op. cit* ; Ehrenburg, pp. 267-268. [«El ejército de Stalingrado», en *Años de guerra* , pp. 359-360.]

79 . El socialista alemán Liebknecht fue confundador (junto con Rosa Luxemburgo) del Partido Comunista de Alemania; cobró fama por oponerse a la primera guerra mundial en el Reichstag. En su juventud, Grossman lo había idealizado, y menciona su nombre en *Stepán Kolchuguin* .

80 . Ehrenburg, *Vospominaniya* , *op. cit.* , vol. 2, p. 349.

81 . Grossman, *Life and Fate* , *op. cit.* , pp. 372, 376. [*Vida y destino* , II, pp. 11 y 12.]

82 . Ehrenburg, *Vospominaniya* , *op. cit.* , vol. 2, p. 350.

83 . Grossman, «Cuadernos», *op. cit.* , p. 365.

84 . Beevor, *A Writer at War* , *op. cit.* , p. 205.

85 . Gúber, *Pamyat'* , *op. cit.* , p. 56.

86 . Carta de VG a OlMi, 17 de agosto de 1943.

87 . *Ibid.* , 5 de diciembre de 1942.

88 . David Órtenberg, *Iyun'-dekabr' sorok pervogo* , Moscú, Sovetski Pisátel, 1984, en http://militera.lib.ru/memo/russian/ortenberg_di 1/01.html , verificado el 25 de abril de 2018.

89 . Ehrenburg, *Vospominaniya* , *op. cit.* , vol. 2, p. 349.

90 . Carta de VG a OlMi, 17 de agosto de 1943.

91 . David Órtenberg, *Sorok tretij* , Moscú, Politizdat, 1991, p. 217.

92 . Gúber, *Pamyat'* , *op. cit.* , p. 64.

93 . Beevor, *A Writer at War* , *op. cit.* , p. 225.

1 . «El viejo profesor», *en Años de guerra* , Marta Rabón (trad.), Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2009, p. 225. (*N. del t.*)

2 . Altman y Rubenstein, *The Unknown Black Book* , *op. cit.* , p. xvii.

3 . *Ibid.* , p. 3.

4 . Shimon Redlich, *War, Holocaust and Stalinism: A Documented History of the Jewish Anti-Fascist Committee in the USSR* , Luxemburgo, Harwood Academic, 1995, p. 96.

5 . Altman y Rubenstein, *The Unknown Black Book* , *op. cit.* , p. xxi.

6 . Redlich, *War* , *op. cit.* , p. 95.

7 . Altman y Rubenstein, *The Unknown Black Book* , *op. cit.* , p. 21.

8 . Beevor, *A Writer at War* , *op. cit.* , p. 105.

9 . Grossman, «Cuadernos», *op. cit.* , p. 367.

10 . Arad, *The Holocaust* , *op. cit.* , p. 289.

11 . *Ibid.* , pp. 287-288.

12 . Carta de VG a SeOs, 20 de marzo de 1943.

13 . Este concepto de las «alternativas sin alternativa», de Lawrence Langer, se establece en *Versions of Survival: The Holocaust and the Human Spirit* (1982), en https://www.jewishvirtuallibrary.org/langer-lawrence-l , verificado el 27 de junio de 2018.

14 . Vasili Grossman, «El viejo profesor», en *The Road* , *op. cit.* , p. 90. [Traducción propia. Puede leerse en *Años de guerra* , pp. 207-244.]

15 . *Ibid.* , p. 93.

16 . *Ibid.* , p. 109.

17 . *Ibid.* , p. 111.

18 . *Ibid.* , pp. 102, 109.

19 . *Ibid.* , p. 114.

20 . *Ibid.* , p. 104.

21 . Órtenberg, *Sorok tretij* , *op. cit.* , p. 399.

22 . Rubenstein, *Tangled Loyalties* , *op. cit.* , p. 205.

23 . Altman y Rubenstein, *The Unknown Black Book* , *op. cit.* , p. 18.

24 . Bullock, *Hitler and Stalin* , *op. cit.* , p. 794.

25 . Beevor, *A Writer at War* , *op. cit.* , pp. 236-237.

26 . Citado en *ibid.* , p. 234.

27 . Grossman, «Iyul’ 1943 goda», en *Gody voiny* (1946), *op. cit.* , p. 327.

28 . Órtenberg, *Sorok tretij* , *op. cit.* , p. 357.

29 . Bullock, *Hitler and Stalin* , *op. cit.* , p. 794.

30 . Grossman, «Iyul’ 1943 goda», en *Gody voiny* (1946), *op. cit.* , p. 319.

31 . Grossman, prefacio a Ehrenburg y Grossman, *The Complete Black Book of Russian Jewry* , *op. cit.* , p. xxix.

32 . Grossman, «Oriol», en *Gody voiny* (1946), *op. cit.* , p. 332.

33 . Grossman, «Ukraina», en *Gody voiny* (1946), *op. cit.* , p. 346. [Traducción propia. Puede leerse en *Años de guerra* , pp. 431-444.]

34 . Grossman, «Ukraina», en *Gody voiny* (1946), *op. cit.* , p. 345.

35 . *Ibid.,* pp. 345-354. [La cita de los «ojos seniles» se toma de *Años de guerra* , pp. 443-444.]

36 . Arad, *The Holocaust* , *op. cit.* , p. 175.

37 . Ehrenburg y Grossman, *The Complete Black Book of Russian Jewry* , *op. cit.* , p. 11.

38 . Grossman, «Ukraina», en *Gody voiny* (1946), *op. cit.* , p. 354.

39 . Arad, *The Holocaust* , *op. cit.* , p. 350.

40 . *Ibid.* , p. 347.

41 . *Ibid.* , pp. 347-348.

42 . El texto completo de «Ukraina bez evreev» («Ucrania sin judíos») se conserva en RGALI, F. 618/14/355. En 2011 Polly Zavadivker publicó una traducción de este artículo que partía de suponer que la revista de Riga *VEK* (*Vestnik Evreiskoi Kultury* 4, 1990) había reproducido con fidelidad la versión rusa. Sin embargo, no era así. Al comparar la traducción de Zavadivker con el original de Grossman se constata que *VEK* no fue fiel y eliminó párrafos. Anteriormente, «Ucrania sin judíos» se había publicado en 1985, en una versión rusa trasladada por Rojl Báumvol desde la versión en yídish. Véase Shimón Márkish (ed.), *Na evreiski temy: Primer Vasiliya Grossmana* , Jerusalén, Biblioteka-Aliya, 1985, vol. 2, pp. 333-340. Aún no contamos, en suma, con una traducción inglesa completa de «Ukraina bez evreev».

43 . Arad, *The Holocaust* , *op. cit.* , p. 190.

44 . Altman y Rubenstein, *The Unknown Black Book* , *op. cit.* , p. 5.

45 . Ehrenburg, *Vospominaniya* , *op. cit.* , vol. 2, p. 347.

46 . Redlich, *War* , *op. cit.* , p. 97.

47 . Altman y Rubenstein, *The Unknown Black Book* , *op. cit.* , p. xx.

48 . Beevor, *A Writer at War* , *op. cit.* , p. 251.

49 . Gúber, *Pamyat'* , *op. cit.* , p. 77.

50 . La carta de Grossman se cita según la traducción de Robert Chandler, publicada en *The Road* , *op. cit.* , pp. 265-266.

51 . Ehrenburg y Grossman, *The Complete Black Book of Russian Jewry* , *op. cit.* , pp. 12-20. Según el Museo Judío de Moscú, en Berdíchev perecieron más de dieciséis mil judíos.

52 . RGALI, F. 1710/1/110.

53 . Ehrenburg y Grossman, *The Complete Black Book of Russian Jewry* , *op. cit.* , pp. 12-20.

54 . Carta de Rosa Menáker a VG, 2 de junio de 1946, en Gúber, *Pamyat'* , *op. cit.* , pp. 77-78.

55 . Grossman, «Mysli o vesennem nastuplenii», en *Gody voiny* (1946), *op. cit.* , pp. 357-371. [Traducción propia. Puede leerse, con el título «La ofensiva de primavera (*Pensamientos*)», en *Años de guerra* , pp. 447-468.]

56 . Ehrenburg y Grossman, *The Complete Black Book of Russian Jewry* , *op. cit.* , p. 59.

57 . Altman y Rubenstein, *The Unknown Black Book* , *op. cit.* , p. 14.

58 . En los «Cuadernos» de Grossman figura el nombre de Amnón, no Simón, como en Beevor, *A Writer at War, op. cit.* Véase Grossman, «Cuadernos», *op. cit.* , p. 433.

59 . Beevor, *A Writer at War* , *op. cit.* , p. 271.

60 . Grossman, «Bobruiskij “kotyol”», en *Gody voiny* (1946), *op. cit.* , p. 380. [Traducción propia. «La “bolsa” de Bobruisk» puede leerse en *Años de guerra* , pp. 480-494.]

61 . *Ibid.* , p. 388.

62 . Grossman, «Dobro sil'nee zla», en *Gody voiny* (1946), *op. cit.* , p. 397. Karáchev es una antigua ciudad rusa de la región de Briansk. Durante la segunda guerra mundial se destruyó la mayor parte de la arquitectura local. [Véase «El bien es más fuerte que el mal», en *Años de guerra* , *op. cit.* , pp. 495-507.]

63 . Beevor, *A Writer at War* , *op. cit.* , p. 272.

64 . Grossman, «Dobro sil’nee zla», en *Gody voiny* (1946), *op. cit.* , p. 390. [Se cita por «El bien es más fuerte que el mal», *Años de guerra* , p. 495.]

65 . Rubenstein, *Tangled Loyalties* , *op. cit.* , pp. 221-222.

66 . Grossman, «V gorodah i selah Pol’shi», en *Gody voiny* (1946), *op. cit.* , p. 406.

67 . Julian Tuwim, «We, Polish Jews», Krystyna Piórkowska (trad.), agosto de 1944, http://www.polish-jewish-heritage.org/Eng/RYTM_Tuwim_Eng.htm , verificado el 25 de abril de 2018. El manifiesto de Tuwim también se encuentra en el archivo de Grossman en RGALI, F. 1710/1/147.

68 . Michał Sobelman, «Zionists and “Polish Jews”: Palestinian Reception of We, Polish Jews», en *Folia Litteraria Polonica* 6, n.º 36 (2016).

69 . Judith Tydor Baumel, «Extermination Camps», en *The Holocaust Encyclopedia* , Walter Laqueur y Judith Tydor Baumel (eds.), New Haven, Yale University Press, 2001, p. 177.

70 . Majdanek, http://www.majdanek.eu/en/history , verificado el 25 de abril de 2018.

71 . Konstantín Símonov, «Extermination Camp», en Iliá Ehrenburg y Konstantín Símonov, *In One Newspaper: A Chronicle of Unforgettable Years* , Anatol Kagan (trad.), Nueva York, Sphinx, 1985, p. 419.

72 . *Ibid.* , pp. 411-412.

73 . RGALI, F. 1710/3/10.

74 . E. A. Dolmatovski, *Ochevidets: Kniga dokumental'nyh rasskazov o zhizni avtora i ego sovremennikov v XX veke, v sovetskoe vremya* , Nizhni Nóvgorod, DEKOM, 2014, pp. 122-126.

75 . Bettina Stangneth, *Eichmann Before Jerusalem: The Unexamined Life of a Mass Murderer* , Ruth Martin (trad.), Londres, Bodley Head, 2014, pp. 142, 175-176, 269.

76 . Philippe Sands, *East West Street: On the Origins of «Genocide» and «Crimes against Humanity»* , Nueva York, Knopf, 2016, p. 271.

77 . *La destrucción de los judíos europeos* se publicó originalmente en 1961.

78 . Todas las citas de «El infierno de Treblinka» proceden de Grossman, *The Road* , *op. cit.* , pp. 116-162. [En castellano puede leerse dentro del compendio *Años de guerra* , *op. cit.* , pp. 508-562, y como volumen independiente, en una edición posterior. Se traduce a partir de la versión utilizada por la autora porque en ocasiones es o suena bastante distinta a la publicada en castellano (que, recordemos, recoge una traducción moscovita de 1946). La extensa cita de los altramuces, por ejemplo, es en esta edición española mucho más breve: «Y las vainas de altramuz suenan sin cesar, golpean las semillas como si verdaderamente desde la profundidad de la tierra llegara el sonido fúnebre de incontables pequeñas campanas. Y parece como si el corazón se parara oprimido por una tristeza, por una pena, por una nostalgia tales como el hombre no puede soportar» (*Años de guerra* , *op. cit.* , p. 561).]

79 . Itzhak Arad, *Belzec, Sobibor, Treblinka: The Operation Reinhard Death Camps* , Bloomington, Indiana University Press, 1987, p. 37.

80 . *Ibid.* , p. 186.

81 . *Ibid.* , p. 212.

82 . *Ibid.* , p. 186.

83 . Yankel Wiernik, *A Year in Treblinka* , Nueva York, American Representation of the General Workers' Union of Poland, 1945, http://www.zchor.org/treblink/wiernik.htm , verificado el 25 de abril de 2018.

84 . Bocharov, *Grossman* , *op. cit.* , p. 116.

85 . Rubenstein, *Tangled Loyalties* , *op. cit.* , p. 425.

86 . Súrits, «Neliteraturnye druz’ya», *op. cit.*

87 . Beevor, *A Writer at War* , *op. cit.* , pp. 319, 311.

88 . United States Holocaust Memorial Museum, «Warsaw», en *Holocaust Encyclopedia* , https://www.ushmm.org/wlc/en/article.php?ModuleId= 10005069 , verificado el 25 de abril de 2018.

89 . *Ibid.*

90 . Grossman, «Cuadernos», *op. cit.* , p. 438.

91 . *Ibid.*

92 . *Ibid.* , p. 447.

93 . Beevor, *A Writer at War* , *op. cit.* , p. 326.

94 . Grossman, «Cuadernos», *op. cit.* , p. 447.

95 . *Ibid.* , p. 452.

96 . Aleksandr Bek, «O Vasilii Grossmane» (comentarios en el funeral, 17 de septiembre de 1964), RGALI, F. 2863/1/176.

97 . Grossman, «Cuadernos», *op. cit.* , p. 453.

98 . *Ibid.*

99 . *Ibid.* , p. 456.

100 . Vasili Grossman, «Na rubezhe voiny i mira», en *Znamia* 7 (1945).

101 . Órtenberg, *Vremya ne vlastno* , *op. cit.* , p. 328.

102 . Dolmatovski, *Ochevidets* , *op. cit.* , p. 127.

103 . A. I. Poltoratski, *Nurnbergskij epilog* , Moscú, Voenizdat, 1965, p. 37.

104 . Rubenstein, *Tangled Loyalties* , *op. cit.* , pp. 220-221.

105 . *Ibid.*

1 . Vasili Grossman, «Budushchie knigi», en *Gaceta Literaria* , 3 de febrero de 1945.

2 . Grossman, *Life and Fate* , *op. cit.* , p. 665. [*Vida y destino* , III, 20, p. 848.]

3 . *Ibid* ., pp. 646-647. [*Vida y destino* , III, 11, p. 824.]

4 . Anna Bérzer, *Proshchanie* , Moscú, Kniga, 1990, p. 122.

5 . Vasili Grossman, «En memoria de los caídos», en *Gaceta Literaria* , 22 de junio de 1946.

6 . La cifra ascendió a 20 millones en tiempos de Jruschov y 27 millones con Gorbachov. En mayo de 2017 la Duma de Putin citó información desclasificada del Comité de Planificación Estatal soviético (el Gosplán), según la cual murieron 19 millones de militares y 23 millones de civiles. Con esto, el total de soviéticos fallecidos en la segunda guerra mundial asciende a 42 millones. Véase Pável Gutióntov, «Pobeda pred'yavlyaet schyot», 22 de marzo de 2017, en https://www.novayagazeta.ru/articles/2017/03/22/71864-pobeda-pred-yavlyaet-schet , verificado el 28 de abril de 2018.

7 . La declaración del Presídium del Sóviet Supremo de la URSS que hizo del 9 de mayo un día laborable se publicó en *Izvestia* el 24 de diciembre de 1947.

8 . Iliá Ehrenburg, «Glazami Vasiliya Grossmana», en *Gaceta Literaria* , 23 de febrero de 1946.

9 . Gúber, *Pamyat'* , *op. cit.* , p. 40.

10 . Roberta Reeder, *Anna Akhmatova: Poet and Prophet* , Nueva York, Picador USA, 1994, p. 292.

11 . Andréi Zhdánov, «On the Errors of the Soviet Literary Journals, *Zvezda* and *Leningrad* », 20 de agosto de 1946, en http://soviethistory.msu.edu/1947-2/zhdanov/zhdanov-texts/the-zvezda-affair/ , verificado el 28 de abril de 2018.

12 . Yelena Ilýnskaia, «Zabytyi Poet», 14 de febrero de 2012, en https://www.proza.ru/2012/02/14/1654 , verificado el 28 de abril de 2018.

13 . Grossman, *Everything Flows* , *op. cit.* , p. 18. [*Todo fluye* , p. 28.]

14 . Archivo de Aleksandr N. Yákovlev, «Stalin i kosmopolitism», documento 100, 28 de enero de 1949, en http://www.alexanderyakovlev.org/fond/issues-doc/69512 , verificado el 28 de abril de 2018.

15 . Lipkin, *Zhizn'* , *op. cit.* , p. 80.

16 . Borís Zaks, «Nemnogo o Grossmane», en *Kontinent* 52 (2013).

17 . RGALI, F. 613/7/841.

18 . Grossman, *Life and Fate* , *op. cit.* , p. 281. [*Vida y destino* , I, 66, pp. 353-354.]

19 . Bérzer, *Proshchanie* , *op. cit.* , pp. 126-127.

20 . RGALI, F. 1710/1/123.

21 . Redlich, *War* , *op. cit.* , p. 103.

22 . Joshua Rubenstein y Vladímir Naúmov (eds.), *Stalin's Secret Pogrom: The Postwar Inquisition of the Jewish Anti-Fascist Committee* , Laura Esther Wolfson (trad.), New Haven, Yale University Press, 2005, pp. 225-226.

23 . Altman y Rubenstein, *The Unknown Black Book* , *op. cit.* , p. xxxi.

24 . Redlich, *War* , *op. cit.* , *op. cit.* , p. 103.

25 . Rubenstein y Naúmov, *Stalin's Secret Pogrom* , *op. cit.* , pp. 225-226.

26 . *Ibid.* , pp. 226-227.

27 . RGALI, F. 1710/1/123.

28 . Rubenstein y Naúmov, *Stalin's Secret Pogrom* , *op. cit.* , p. 227.

29 . Gúber, *Pamyat'* , *op. cit.* , p. 72.

30 . Carta de VG a SeOs, 14 de agosto de 1946.

31 . Altman y Rubenstein, *The Unknown Black Book* , *op. cit.* , p. xxxii.

32 . Altman y Rubenstein, *The Unknown Black Book* , *op. cit.* , p. xxxii.

33 . *Ibid.* , pp. xxxii-xxxiii.

34 . *Ibid.* , pp. xxxiii-xxxiv.

35 . *Ibid.*

36 . *Ibid.* , p. xxxvii.

37 . RGALI, F. 1710/1/123.

38 . N. S. Vovsi-Mijóels, *Moi otets Solomon Mikhoels: Vospominaniya o zhizni i gibeli* , Moscú, Vozvrashchenie, 1997, en https://www.sakharov-center.ru/asfcd/auth/?t=page&num=2310 , verificado el 28 de abril de 2018.

39 . Lipkin, *Zhizn'* , *op. cit.* , p. 80.

40 . Nikita Jruschov, *Memoirs of Nikita Khrushchev* , Serguéi Jruschov (ed.), George Shriver (trad.), University Park, Pennsylvania State University Press, 2006, vol. 2, pp. 53, 55.

41 . Aleksandr Borshchagovski, «Obvinyaetsya krov'», en *Novy Mir* 10 (1993), http://magazines.russ.ru/novyi_mi/1993/10/borsh.html , verificado el 28 de abril de 2018.

42 . Redlich, *War* , *op. cit.* , p. 129.

43 . *Ibid.* , pp. 128-129.

44 . *Ibid.* , p. 148.

45 . Rubenstein y Naúmov, *Stalin's Secret Pogrom* , *op. cit.* , p. 43.

46 . *Ibid.* , p. 45.

47 . *Ibid.* , pp. 46-47.

48 . Rubenstein, *Tangled Loyalties* , *op. cit.* , pp. 257-258.

49 . Jruschov, *Memoirs* , *op. cit.* , vol. 2, pp. 54-55.

50 . *Ibid.* , vol. 2, p. 52.

51 . *Ibid.* , vol. 2, p. 47.

52 . Yákovlev, *Century of Violence* , *op. cit.* , p. 210.

53 . Víktor Nekrásov, «Vas. Grossman», en *Viktor Nekrasov v zhizni i v pis'mah* , Moscú, Sovetski Pisátel, 1971, pp. 150-152.

54 . Elliott Mossman (ed.), *The Correspondence of Boris Pasternak and Olga Freidenberg, 1910-1954* , Elliott Mossman y Margaret Wettlin (trads.), Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1982, p. 295.

55 . *Ibid.* , p. 279.

56 . RGALI, F. 1710/1/115.

57 . RGALI, F. 1710/2/1. Salvo que se indique otra cosa, la información sobre el proceso de publicación de *Por una causa justa* procede del diario de Grossman, conservado en RGALI.

58 . RGALI, F. 1710/1/106.

59 . Estos diarios vieron la luz, en su primera edición, en Berna en 1946.

60 . La información sobre la investigación de Grossman se toma de RGALI, F. 1710/1/149.

61 . Wolfgang Saxon, «Curt Riess, Author and Journalist, 90; Expert of Nazi Era», en *New York Times* , 21 de mayo de 1993, http://www.nytimes.com/1993/05/21/obituaries/curt-riess-author-and-journalist-90-expert-on-nazi-era.html .

62 . Las memorias de Guderian aparecieron en ruso en 1954.

63 . Grossman, *Za pravoe delo* , *op. cit.* , p. 585.

64 . RGALI, F. 1710/1/152.

65 . Tvardovski, «Ya v svoyu hodil ataku», *op. cit.* , pp. 83, 85.

66 . RGALI, F. 1710/3/10.

67 . Grossman, *Life and Fate* , *op. cit.* , p. 342. [*Vida y destino* , II, 4, p. 430.]

68 . Zaks, «Nemnogo o Grossmane», *op. cit.*

69 . Redlich, *War* , *op. cit.* , pp. 146, 150.

70 . M. Shifman (ed.), *Physics in a Mad World* , James Manteith (trad.), Hackensack, NJ, World Scientific, 2016, pp. 18-19.

71 . Tatiana Déttmer, «Fizik Lev Shtrum. Neizvestnyi geroi znamenitogo romana», Radio Svoboda, 30 de septiembre de 2018, en https://www.svoboda.org/a/29512819.html , verificado el 3 de octubre de 2018. La carta de Grossman a su padre se conserva en RGALI, F. 1710/3/65.

72 . Lipkin, *Zhizn'* , *op. cit.* , p. 22.

73 . RGALI, F. 1710/1/154.

74 . Grossman, *Za pravoe delo* , *op. cit.* , pp. 352-354. [*Por una causa justa* , pp. 604-607.]

75 . Redlich, *War* , *op. cit.* , pp. 147-148, 150.

76 . *Ibid.* , p. 142.

77 . Lipkin, *Zhizn'* , *op. cit.* , p. 31.

78 . RGALI, F. 1710/1/111.

79 . *Ibid.*

80 . Redlich, *War* , *op. cit.* , p. 145.

81 . *Ibid.* , p. 152.

82 . RGALI, F. 1710/1/114. La carta de Grossman a Fadéiev es un borrador con fecha del 12 de julio de 1951.

83 . En un principio, Grossman quería dar a toda la novela el título conjunto de *Vida y destino* . Más adelante la primera parte recibió el título de *Stalingrado.* Sin embargo, como los editores soviéticos temían la responsabilidad que podía asociarse a tal título, se buscó otro «más seguro».

84 . La novela se ha publicado en castellano como *Por una causa justa* , lo que es correcto, pero en el original el título se traduce como *For the Right Cause* , que quizá refleja mejor aún el clima ideológicamente opresivo que se ha descrito en estas páginas: *Por la causa justa* . (*N. del t.*)

85 . RGALI, F. 1710/2/1.

86 . Fiódor Gúber, «Iz arhiva Vasiliya Grossmana», en *Voprosy literatury* 4 (1997).

87 . Rubenstein y Naúmov, *Stalin's Secret Pogrom* , *op. cit.* , pp. 50-51.

88 . *Ibid.* , p. 52.

89 . *Ibid.* , pp. 229, 231.

90 . *Ibid.* , p. 204.

91 . Altman y Rubenstein, *The Unknown Black Book* , *op. cit.* , pp. 42-43.

92 . Bocharov, *Grossman* , *op. cit.* , p. 172.

93 . Altman y Rubenstein, *The Unknown Black Book* , *op. cit.* , p. 62.

94 . Archivo de Aleksandr N. Yákovlev, «Stalin i kosmopolitism», documento 262, 13 de enero de 1953, en http://www.alexanderyakovlev.org/fond/issues-doc/69982 , verificado el 28 de abril de 2018.

95 . RGALI, F. 1710/1/111.

96 . Lipkin, *Zhizn'* , *op. cit.* , p. 178.

97 . Lipkin, *Zhizn'* , *op. cit.* , p. 32.

98 . Grossman, *Life and Fate* , *op. cit.* , pp. 835, 837. [*Vida y destino* , III, pp. 55, 1060 y 1062-1063.]

99 . Ehrenburg, *Sobranie sochinenij* , *op. cit.* , vol. 9, p. 729

100 . Rubenstein, *Tangled Loyalties* , *op. cit.* , pp. 274-275.

101 . Ehrenburg, *Sobranie sochinenij* , *op. cit.* , vol. 9, p. 730.

102 . Borís Frezinski, *Pisateli i sovetskie vozhdi* , Moscú, Ellis Lak, 2008, p. 577.

103 . RGALI, F. 1710/2/1.

104 . Lipkin, *Zhizn'* , *op. cit.* , p. 34.

105 . Joshua Rubenstein, *The Last Days of Stalin* , New Haven, Yale University Press, 2016, pp. 15-16.

106 . *Ibid.* , p. 95.

107 . Bérzer, *Proshchanie* , *op. cit.* , p. 208.

108 . Rubenstein, *Last Days of Stalin* , *op. cit.* , p. 136.

109 . RGALI, F. 1710/1/111.

1 . *Vida y* destino, *op. cit.* , III, 41, p. 964. (*N. del t.*)

2 . Yevguenia Guínzburg, *Within the Whirlwind* , Ian Boland (trad.), Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1981, p. 357.

3 . Grossman, *Everything Flows* , *op. cit.* , pp. 25-26. [*Todo fluye* , pp. 38-39.]

4 . *Ibid* ., pp. 26-27. [*Todo fluye* , pp. 39-40.]

5 . Andréi Sájarov, *Memoirs* , Richard Lourie (trad.), Nueva York, Knopf, 1990, pp. 163-164.

6 . Ehrenburg, *Sobranie sochinenij* , *op. cit.* , vol. 9, p. 731.

7 . Rubenstein, *Last Days of Stalin* , *op. cit.* , p. 109.

8 . Grossman, *Everything Flows* , *op. cit.* , p. 27. [*Todo fluye* , p. 40.]

9 . Rubenstein, *Last Days of Stalin* , *op. cit.* , p. 109.

10 . Nikita Jruschov, *Khrushchev Remembers: The Last Testament* , Strobe Talbott (ed. y trad.), Boston, Little, Brown, 1974, p. 79.

11 . Guínzburg, *Within the Whirlwind* , *op. cit.* , p. 363.

12 . Rubenstein, *Last Days of Stalin* , *op. cit.* , p. 137.

13 . Grossman, *Everything Flows* , *op. cit.* , p. 153. [*Todo fluye* , pp. 212-213.]

14 . Jruschov, *Memoirs* , *op. cit.* , vol. 2, p. 189.

15 . Sájarov, *Memoirs* , *op. cit.* , pp. 166-167.

16 . *Ibid.* , pp. 167-168.

17 . Rubenstein, *Last Days of Stalin* , *op. cit.* , p. 225.

18 . Yá. Étinguer, «Beria: palach v roli “reformatora”?», en *Mezhdunarodnaya Evreiskaya Gazeta* , n.º 25-26 (2003), en *Historicus* , http://www.historicus.ru/beriya_palach/ , verificado el 28 de abril de 2018.

19 . Rubenstein, *Last Days of Stalin* , *op. cit.* , p. 225.

20 . Nadiezhda Mandelshtam, *Hope against Hope* , *op. cit.* , p. 301.

21 . Grossman, «The Sistine Madonna», en *The Road* , *op. cit.* , p. 170.

22 . *Ibid.* , p. 173.

23 . Guínzburg, *Within the Whirlwind* , *op. cit.* , p. 346.

24 . *Ibid.* , p. 248.

25 . Varlam Shalámov, *Kolymskie rasskazy, stikhotvoreniya* , Moscú, Slovo, 2000, p. 568.

26 . Nikita Zabolotski, *The Life of Zabolotsky* , R. R. Milner-Gulland y G. G. Bearne (trads.), Cardiff, University of Wales Press, 1994, p. 321.

27 . *Ibid.* , p. 282.

28 . Nikolai Zabolotski, «Istoriya moego zaklyucheniya», en http://www.lib.ru/POEZIQ/ZABOLOCKIJ/istoriya.txt , verificado el 28 de abril de 2018.

29 . Zabolotski, *Life of Zabolotsky* , *op. cit.* , pp. 168-182.

30 . *Ibid.* , p. 135.

31 . *Ibid.* , p. 342.

32 . Zabolotski, «Istoriya», *op. cit.*

33 . Grossman, *Life and Fate* , *op. cit.* , pp. 783 y 786. [*Vida y destino* , III, 43, pp. 994, 995 y 998.]

34 . *Ibid* ., p. 786. [*Vida y destino* , III, 43, p. 999.]

35 . Zabolotski, *Life of Zabolotsky* , *op. cit.* , p. 166.

36 . Grossman, *Life and Fate* , *op. cit.* , p. 627. [*Vida y destino* , III, 5, p. 797.]

37 . Según información personal de Natalia Zabolótskaia, hija del poeta.

38 . Grossman, *Everything Flows* , *op. cit.* , p. 95. [*Todo fluye* , p. 133.]

39 . Peter Fritzsche, *Life and Death in the Third Reich* , Cambridge, MA, Harvard University Press, 2008, p. 101.

40 . Zabolotski, *Life of Zabolotsky* , *op. cit.* , p. 203.

41 . *Ibid* ., p. 202.

42 . Carta de los Zabolotski a Stepánov, 26 de enero de 1945, RGALI, F. 3112/1/93.

43 . RGALI, F. 3112/1/93.

44 . Carta de Zabolotski a Stepánov, 20 de junio de 1945, RGALI, F. 3112/1/93.

45 . «Gody uhodyat, uhodit iskusstvo», de la carta de Zabolotski a Stepánov, 4 de julio de 1945, RGALI, F. 3112/1/93.

46 . Grossman, «Cuadernos», *op. cit.* , p. 457.

47 . Grossman, «Tiergarten», en *Vsyo techyot* , *op. cit.* , p. 285. [Se cita por la traducción de Andréi Kozinets, incluida en *Eterno reposo y otras narraciones* , p. 52.]

48 . Grossman, *Life and Fate* , *op. cit.* , p. 635. [*Vida y destino* , III, 6, p. 807.]

49 . Grossman, «Tiergarten», en *Vsyo techyot* , *op. cit.* , p. 287. [*Eterno reposo* , p. 56.]

50 . RGALI, F. 1710/2/1.

51 . Carta de VG a Lipkin, 22 de julio de 1954. La correspondencia de Grossman con Lipkin procede de *Znamia* 6 (2016), con traducción de la autora.

52 . RGALI, F. 1710/1/125.

53 . Carta de VG a Lipkin, 22 de julio de 1954.

54 . Yevguenia Taratuta, *Kniga vospominanij* , Moscú, Yanus, 2001, vol. 2, en http://www.sakharov-center.ru/asfcd/auth/?t=page&num=7721 , verificado el 28 de abril de 2018.

55 . *Ibid.*

56 . Citado en Daria Kling *, Tvorchestvo Vasiliya Grossmana v kontekste literaturnoi kritiki* , Moscú, Dommuzei Mariny Tsvetaevoi, 2012, p. 37.

57 . Ósip Mandelshtam, *The Noise of Time: The Prose of Osip Mandelstam* , Clarence Brown (trad.), San Francisco, North Point, 1986, p. 181.

58 . Carta de VG a Lipkin, 16 de julio de 1955.

59 . Guínzburg, *Within the Whirlwind* , *op. cit.* , pp. 404-412.

60 . Zabolotski, *Life of Zabolotsky* , *op. cit.* , p. 313.

61 . Nadiezhda Mandelshtam, *Hope Abandoned* , *op. cit.* , pp. 573-574.

62 . Yákovlev, *Century of Violence* , *op. cit.* , p. 7.

63 . Carta de VG a Lipkin, 25 de enero de 1959.

64 . Citado en Lázar Lázarev, *Zapiski pozhilogo cheloveka: Kniga vospominanij* , Moscú. Vremya, 2005, p. 167.

65 . Olga Adámova-Sliozberg, *Put'* , Moscú, Vozvrashchenie, 2002, pp. 7, 59.

66 . Grossman, *Everything Flows* , *op. cit.* , pp. 91-92. [*Todo fluye* , pp. 128-129.]

67 . L. F. Konsón, *Kratkie povesti* , París, La Presse Libre, 1983, http://www.sakharov-center.ru/asfcd/auth/?t=book&num=1510 , verificado el 28 de abril de 2018.

68 . Carta de VG a Lipkin, 18 de mayo de 1955.

69 . Carta de SeOs a Galia, 1953-1954, Museo Estatal V. I. Dahl de Historia de la Literatura Rusa, F. 76/1/10.

70 . Según Korotkova-Grossman, las cartas y fotografías de su padre se destruyeron estando ella ausente. Lo descubrió en 1955, en Járkov, donde vivía en compañía de su madre y su padrastro. Los libros de Grossman, dedicados por el escritor, también se perdieron. Quizá lo hizo la madre, o quizá el padrastro, Víktor Baránov; sin embargo, la relación de Víktor con Grossman era cordial, mientras que Galia seguía enfadada por el divorcio e intentó a menudo hacer daño a Grossman.

71 . Zabolotski, *Life of Zabolotsky* , *op. cit.* , p. 321.

72 . Súrits, «Neliteraturnye druz’ya», *op. cit.*

73 . Lipkin, *Zhizn'* , *op. cit.* , pp. 52-53.

74 . Grossman, *Life and Fate* , *op. cit.* , p. 825. [*Vida y destino* , III, 54, pp. 1047-1048.]

75 . Grossman, *Everything Flows* , *op. cit.* , p. 115. [*Todo fluye* , pp. 163-164.]

76 . Grossman, *Life and Fate* , *op. cit.* , p. 703. [*Vida y destino* , III, 26, p. 893.]

77 . Súrits, «Neliteraturnye druz’ya», *op. cit* .

78 . Archivo privado de Fiódor Gúber.

1 . Stefan Zweig, *El mundo de ayer* , «Prefacio», J. Fontcuberta y A. Orzeszek (trads.), Barcelona, Acantilado, 2002. (*N. del t.*)

2 . Entrevista de la autora con Liudmila Lobodá-Yefrémova, octubre de 2017.

3 . Vasili Grossman, «The Sistine Madonna», en *The Road* , *op. cit.* , pp. 163-174. [Puede leerse, en traducción de Andréi Kozinets, en *Eterno reposo y otras narraciones.*]

4 . Anna Dostoievski, *Dostoevsky: Reminiscences* , Beatrice Stillman (trad.), Nueva York, Liveright, 1975, p. 117.

5 . Grossman, *Life and Fate* , *op. cit.* , p. 410. [*Vida y destino* , II, 16, p. 520.]

6 . *Ibid* ., p. 554. Salvo que se especifique otra cosa, todas las citas de este capítulo proceden de *Vida y destino.*

7 . Vida y destino, op. cit., I, 50, p. 261. (N. del t.)

8 . Ibid., I, 18, p. 110, y I, 19, p. 112. (N. del t.)

9 . Vida y destino, op. cit., I, 1-2, pp. 11-15; I, 5, p. 30. (N. del t.)

10 . Vida y destino, op. cit., I, 4, p. 25; II, 16, pp. 517 y 520. (N. del t.)

11 . Para esta conversación sobre la carta, véase Vida y destino, op. cit., II, 15, passim. (N. del t.)

12 . Grossman, Zhizn’ i sud’ba, op. cit., p. 146. [Vida y destino, II, 49, p. 707.]

13 . Véase Vida y destino, op. cit., I, 41, pp. 235-236. (N. del t.)

14 . Ibid., I, 66, p. 356, y I, 67, p. 366. (N. del t.)

15 . Vida y destino, op. cit., III, 20, p. 848; II, 20, p. 538, y II, 19, pp. 530-532. (N. del t.)

16 . Vida y destino, op. cit., II, 21, pp. 541-544; II, 3, p. 417; III, 6, pp. 800-801. (N. del t.)

17 . Vida *y destino* , *op. cit.* , I, 52, pp. 267 y 275. (*N. del t* .)

18 . Arad, *Belzec* , *op. cit.* , p. 166.

19 . *Vida y destino, op. cit.* , II, 31, p. 613. (*N. del t.*)

20 . *Eichmann Before Jerusalem* , de Bettina Stangneth, se redactó en forma de diálogo con Arendt, que había dado crédito al testimonio de Eichmann, que se presentaba como un engranaje menor de la maquinaria de exterminio de Hitler. Stangneth proporciona pruebas abrumadoras de que Eichmann no era tan solo un nacionalsocialista fanático, sino el hombre que estuvo detrás del Holocausto.

21 .*Ibid.* , II, 44, pp. 683-684. (*N. del t.*)

22 . *Ibid.* , III, 6, p. 807. (*N. del t.*)

23 . *Vida y destino, op. cit.* , I, 50, pp. 262 y 260. (*N. del t.*)

24 . *Ibid.* , II, 44, p. 684; III, 26, pp. 889-890. (*N. del t.*)

25 . *Vida y destino* , *op. cit.* , III, 56, pp. 1066-1067. (*N. del t.*)

26 . Heinrich Böll, «Sposobnost' skorbet', O romane Vasiliya Grossmana *Zhizn' i sud'ba* », en Böll, *Sobranie sochinenij* , Moscú, Khudozhestvennaya Literatura, 1996, vol. 5, pp. 615-624.

27 . Carta de VG a Lipkin, 29 de marzo de 1958.

28 . http://www.litfund.ru/auction/63s1/300/ , verificado el 16 de julio de 2018.

29 . Lipkin, *Zhizn'* , *op. cit.* , pp. 72-73.

30 . Gúber, *Pamyat'* , *op. cit.* , p. 88.

31 . Jruschov, *Khrushchev Remembers* , *op. cit.* , p. 76.

32 . «CIA Declassifies Agency Role in Publishing *Doctor Zhivago* », Central Intelligence Agency, 14 de abril de 2014, en https://www.cia.gov/news-information/press-releases-statements/2014-press-releases-statements/cia-declassifies-agency-role-in-publishing-doctor-zhivago.html , verificado el 28 de abril de 2018.

33 . Carta de VG a Lipkin, 29 de marzo de 1958.

34 . Carta de Pasternak a Ariadna Efrón, 19 de octubre de 1952, http://magazines.russ.ru/znamia/2003/11/paster.html , verificado el 28 de abril de 2018.

35 . Lipkin, *Zhizn'* , *op. cit.* , pp. 73-74.

36 . Entrevista de la autora con Korotkova-Grossman, 2016.

37 . Bit-Yunan y Feldman, *Vasily Grossman* , *op. cit.* , p. 302.

38 . Carta de VG a Lipkin, 25 de enero de 1959.

39 . *Ibid.* , 24 de octubre de 1959.

40 . *Ibid.*

41 . *Ibid.*

42 . *Vida y destino* , *op. cit.* , I, 12, pp. 55-56. (*N. del t.*)

43 . Lipkin, *Zhizn'* , *op. cit.* , pp. 42, 40.

44 . *Ibid* ., p. 42.

45 . Lázarev, *Zapiski* , *op. cit.* , p. 165.

46 . Lipkin, *Zhizn'* , *op. cit.* , pp. 57-58.

47 . Carta de VG a Lipkin, 25 de enero de 1959.

48 . Lázarev, *Zapiski* , *op. cit.* , p. 162.

49 . *Ibid.*

50 . Gúber, *Pamyat'* , *op. cit.* , p. 93.

51 . Aleksandr Tvardovski, *Novomirskij dnevnik: 1961-1966* , Moscú, Prozaik, 2009, vol. 1, p. 528.

52 . *Ibid.* , vol. 1, p. 529.

53 . *Ibid.*

54 . Lipkin, *Zhizn'* , *op. cit.* , p. 60.

55 . Lipkin, *Zhizn'* , *op. cit.* , p. 59.

56 . Berta Selvínskaia era esposa del poeta Iliá Selvinski.

57 . Lipkin, *Zhizn'* , *op. cit.* , p. 59.

1 . Carta de VG a Kozhévnikov, 19 de diciembre de 1960, en Gúber, *Pamyat'* , pp. 95-96.

2 . Citado en el documental ruso *Vasili Grossman: comprendí que me había muerto* , de Yelena Yákovich (2014), http://www.liveinternet.ru/users/rinarozen/post315826030/ , verificado el 28 de abril de 2018.

3 . Bocharov, *Grossman* , *op. cit.* , pp. 178-179.

4 . Carta de Viacheslav Katinov a VG, 5 de enero de 1961, en Gúber, *Pamyat'* , p. 96.

5 . Lipkin, *Zhizn'* , *op. cit.* , p. 63.

6 . Carta de VG a Lipkin, 1 de febrero de 1961.

7 . Citado en «Vasily Grossman, Pis'ma Semyonu Lipkinu, publikatsiya Eleny Makarovoi», en *Znamia* 6 (2016).

8 . Gúber, *Pamyat'* , *op. cit.* , p. 97.

9 . RGALI, F. 1710/2/17.

10 . Entrevista de la autora con Irina Nóvikova, 2016.

11 . Lipkin, *Zhizn'* , *op. cit.* , p. 61.

12 . Tvardovski, *Novomirskij dnevnik* , *op. cit.* , p. 18.

13 . Aleksandr Solzhenitsyn, *The Oak and the Calf* , Harry Willetts (trad.), Londres, Collins and Harvill, 1980, p. 101.

14 . Entrevista de la autora con Yekaterina Korotkova-Grossman, 2016.

15 . Carta de Grossman a su madre difunta, 15 de septiembre de 1961, en *The Road* , p. 267.

16 . Borís Yampolski, «Poslednyaya vstrecha s Vasiliem Grossmanom», *Kontinent* 8 (1976), pp. 138-139.

17 . Lipkin, *Zhizn'* , *op. cit.* , p. 81.

18 . Carta de VG a Lipkin, 11 de diciembre de 1961.

19 . *Ibid.* , 4 de noviembre de 1961.

20 . Vasili Grossman, *An Armenian Sketchbook* , Robert Chandler y Elizabeth Chandler (trads.), Nueva York, New York Review of Books, 2013, p. 3. Se cita siempre de esta edición. [En castellano se recurre, cuando así se indica, a la traducción de Marta Rebón, *Que el bien os acompañe* , Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2019; en este caso, p. 7.]

21 . Cartas de VG a Lipkin, 22 de noviembre y 11 de diciembre de 1961.

22 . Grossman, *An Armenian Sketchbook* , *op. cit.* , p. 7. [*Que el bien os acompañe* , pp. 9, 12, 11 y 13.]

23 . Para más detalles, V. Kozlov, *Neizvestnyi SSSR: Protivostoyanie naroda i vlasti, 1953-1985* , Moscú, Olma-Press, 2006.

24 . *Que el bien os acompañe* , M. Rebón (trad.), Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2019. pp. 17-18 y 15. (*N. del t.*)

25 . Nadiezhda Mandelshtam, *Hope Abandoned* , *op. cit.* , p. 549.

26 . Ósip Mandelshtam, *Journey to Armenia, op. cit.* , p. 42.

27 . *Ibid.* , pp. 7-8.

28 . *Ibid.* , p. 11.

29 . *Que el bien os acompañe* , *op. cit.* , pp. 41 (Mandelshtam) y 39 (alusión a *Vida y destino*). (*N. del t.*)

30 . Carta de VG a Lipkin, 15 de noviembre de 1961.

31 . Grossman, *Armenian Sketchbook* , *op. cit.* , p. 102. [*Que el bien os acompañe* , p. 122.]

32 . Carta de VG a Lipkin, 9 de noviembre de 1961.

33 . *Ibid.* , 15 de noviembre de 1961.

34 . *Que el bien os acompañe* , *op. cit.* , pp. 48 y 45. (*N. del t.*)

35 . *Ibid.* , 22 de noviembre de 1961.

36 . *Ibid.* , 2 de diciembre de 1961.

37 . *Ibid.* , 13 de octubre de 1961.

38 . Grossman, *Armenian Sketchbook* , *op. cit.* , p. 113. [*Que el bien os acompañe* , citas de pp. 119, 122, 121, 128-129, 131, 134 y 135; sobre la boda. Véase en general el capítulo 12.]

39 . Carta de VG a Lipkin, 29-30 de diciembre de 1961.

40 . *Ibid.* , 11 de enero de 1962.

41 . *Ibid.* , 2 de diciembre de 1961.

42 . Grossman, *Armenian Sketchbook* , *op. cit.* , p. 30. [*Que el bien os acompañe* , pp. 39-40.]

43 . *Ibid.* , pp. 44-45. [*Que el bien os acompañe* , pp. 58-59.]

44 . Tvardovski, *Novomirskij dnevnik* , *op. cit.* , p. 134.

45 . Grossman, *Armenian Sketchbook* , *op. cit.* , p. 15. [*Que el bien os acompañe* , p. 22.]

46 . Tvardovski, *Novomirskij dnevnik* , *op. cit.* , p. 129.

47 . Lev Kópelev, *To Be Preserved Forever* , Anthony Austin (trad.), Filadelfia, J. B. Lippincott, 1977, pp. 13-14.

48 . Lipkin, *Zhizn'* , *op. cit.* , pp. 70-71.

49 . *Ibid.* , p. 71.

50 . Sájarov, *Memoirs* , *op. cit.* , pp. 408-409.

51 . Aleksandr Solzhenitsyn, «Dilogiya Vasiliya Grossmana», en *Novy Mir* 8 (2003).

52 . Lipkin, *Zhizn'* , *op. cit.* , p. 41.

53 . Archivo Marxista de Internet/Archivos Soviéticos, en http://marxism.halkcephesi.net/soviet%20archives/Congre%20reports/congress%2022.htm , verificado el 28 de abril de 2018.

54 . Hans Björkegren, *Alexandr Solzhenitsyn: A Biography* , Kaarina Eneberg (trad.), Nueva York, Third Press, 1972, p. 43.

55 . Lipkin, *Zhizn'* , *op. cit.* , p. 67.

56 . RGALI, F. 1710/2/17. Traducción de la autora.

57 . Redlich, *War* , *op. cit.* , pp. 69-70.

58 . Jruschov, *Khrushchev Remembers* , *op. cit.* , p. 76.

59 . Gúber, *Pamyat'* , *op. cit.* , pp. 103-104.

60 . RGALI, F. 1710/2/17.

61 . Lipkin, *Zhizn'* , *op. cit.* , p. 69.

62 . Vasili Grossman, «El camino», en *The Road* , *op. cit.* , p. 232. [*Eterno reposo y otras narracione* , p. 187.]

63 . *Ibid.* , p. 234. [*Eterno reposo* , p. 190.]

64 . Bérzer, *Proshchanie* , *op. cit.* , p. 253.

65 . Lipkin, *Zhizn'* , *op. cit.* , pp. 69-70.

66 . Carta de VG a Lipkin, 11 de enero de 1962.

67 . *Ibid.* , diciembre de 1961.

1 . *Todo fluye* , Marta Rebón (trad.), Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2008, p. 285. En adelante, si no se dice lo contrario, las citas de este título remiten a esta edición. (*N. del t.*)

2 . «Soyuz pisatelej SSSR-soyuz fal'sifi katorov istorii i rastlitelej sovetskogo naroda», *LiveJournal* , 25 de julio de 2016, http://cat-779.livejournal.com/89447.html , verificado el 28 de abril de 2018.

3 . Grossman, *Everything Flows* , *op. cit.* , p. 89. Salvo donde se especifica lo contrario, todas las citas de este capítulo proceden de esta obra y edición. [En castellano se cita por la traducción de Marta Rebón, en las páginas que se van especificando en nota; aquí, *Todo fluye* , *op. cit.* , pp. 124-125.]

4 . Carta de VG a Lipkin, 2 de octubre de 1958.

5 . Entrevista de la autora con María Lobodá, 2017.

6 . *Ibid* .

7 . Yampolski, «Pospednyaya vstrecha», *op. cit.* , p. 146.

8 . *Ibid* ., p. 138.

9 . *Todo fluye* , *op. cit.* , pp. 48-49. (*N. del t.*)

10 . La información sobre el estudio de Grossman procede de Yelena Kozhíchkina. Una de las habitaciones del apartamento de Yelena se ha convertido en un estudio en memoria de Grossman.

11 . Entrevista de la autora con Irina Novikova, 2015.

12 . Grossman, *Everything Flows* , *op. cit.* , p. 122. [*Todo fluye* , p. 171.]

13 . *Todo fluye* , *op. cit.* , pp. 47 y 123. (*N. del t.*)

14 . *Todo fluye* , *op. cit.* , p. 49. (*N. del t.*)

15 . *Ibid.* , pp. 122 y 127. (*N. del t.*)

16 . Varlam Shalámov, «Biografija», en https://shalamov.ru/biography/ , verificado el 28 de abril de 2018.

17 . *Todo fluye* , *op. cit.* , pp. 12 y 10. (*N. del t.*)

18 . Peter Pringle, *The Murder of Nikolai Vavilov: The Story of Stalin's Persecution of One of the Great Scientists of the Twentieth Century* , Nueva York, Simon and Schuster, 2008, p. 2.

19 . Sájarov, *Memoirs* , *op. cit.* , p. 234.

20 . *Todo fluye* , *op. cit.* , pp. 35, 22 y 43. (*N. del t.*)

21 . *Todo fluye, op. cit.,* pp. 18, 46, 41, 43. (*N. del t.*)

22 . *Ibid.* , p. 64. (*N. del t.*)

23 . Reeder, *Anna Akhmatova* , *op. cit.* , p. 318.

24 . *Todo fluye* , *op. cit.* , pp. 60 y 76. (*N. del t* .)

25 . Zabolotski, *Life of Zabolotsky* , *op. cit.* , p. 230.

26 . *Ibid.* , pp. 80 y 82. (*N. del t.*)

27 . *Todo fluye, op. cit.* , pp. 82 y 105. (*N. del t.*)

28 . *Ibid.* , p. 91. (*N. del t* .)

29 . Leonid Rybakovski, *Politicheskij terror 1937-38 godov* , Moscú, 2013, en http://rybakovsky.ru/demografia5a8.html, verificado el 28 de abril de 2018.

30 . Para la sección de los Judas, véase *ibid.* , capítulo 7, pp. 83-94, *passim* . (*N. del t* .)

31 . Para la sección del juicio, véase *Todo fluye* , *op. cit.* , capítulo 7, pp. 95-101, *passim* . (*N. del t.*)

32 . *Ibid.* , p. 45. (*N. del t* .)

33 . *Ibid.* , p. 113. (*N. del t.*)

34 . Conquest, *Harvest of Sorrow* , *op. cit.* , p. 9.

35 . Información proporcionada a la autora por María Lobodá (Kárpova), que se había visto con Zabolótskaia.

36 . Carta de Natalia Zabolótskaia a la autora, 18 de enero de 2017. El yerno de los Stepánov, Gennadi Grigórievich, reveló a la autora la carrera de María Aleksándrovna como ingeniera química.

37 . Durante la guerra María quedó atrapada en Krasnodar y estuvo a punto de perder allí la vida (con su hija, Inga) cuando los nazis ocuparon la zona. Como todos los que habían vivido en los territorios ocupados, luego las autoridades soviéticas sospecharon de la lealtad de María, a la que impidieron continuar la carrera.

38 . En contra de lo que se había creído hasta ahora, Grossman no entrevistó a Polina, la criada de los Zabolotski sobre la hambruna. Polina Semiónova era originaria de Lijodéievo, un pueblo próximo a la ciudad de Kalinin (o Tver), situada a unos 180 kilómetros al noroeste de Moscú; durante la hambruna no había vivido ni en Kubán ni en Ucrania. La información procede de una carta de Natalia Zabolótskaia a la autora, 2017.

39 . Michael Ellman, «Stalin and the Soviet Famine of 1932-33 Revisited», en *Europe-Asia Studies* 54, n.º 4 (junio de 2007), pp. 663-693, http://www.paulbogdanor.com/left/soviet/famine/ellman1933.pdf , verificado el 28 de abril de 2018.

40 . Para esta sección de la hambruna, véase *Todo fluye* , *op. cit.* , capítulo 14; aquí en concreto, pp. 164-170. (*N. del t.*)

41 . Kópelev, *To Be Preserved Forever* , *op. cit.* , p. 11.

42 . Jlevniuk, *History of the Gulag* , *op. cit.* , pp. 10-12.

43 . Para esta sección, véase *Todo fluye* , *op. cit.* , pp. 173-177. (*N. del t.*).

44 . Lev Kópelev, *The Education of a True Believer* , Gary Kern (trad.), Nueva York: Harper and Row, 1980, p. 235.

45 . Jlevniuk, *History of the Gulag* , *op. cit.* , p. 324.

46 . *Ibid* ., pp. 279-280.

47 . Kópelev, *Education* , *op. cit.* , p. 234.

48 . *Todo fluye* , *op. cit.* , pp. 184-185. (*N. del t.*)

49 . Conquest, *Harvest of Sorrow* , *op. cit.* , p. 314.

50 . *Ibid* ., pp. 314-315.

51 . *Todo fluye* , *op. cit.* , p. 175. (*N. del t.*)

52 . Grossman, *Everything Flows* , *op. cit.* , pp. 134-135. [*Todo fluye* , pp. 187-188.]

53 . *Todo fluye, op. cit.* , pp. 181, 182. (*N. del t.*)

54 . Applebaum, *Red Famine* , *op. cit.* , p. 201.

55 . Para más detalles al respecto, véase *ibid* ., pp. 300-302.

56 . *Ibid.* , p. 192. (*N. del t.*)

57 . *Ibid.* , pp. 134-135. (*N. del t.*)

58 . *Todo fluye* , *op. cit.* , pp. 226, 225, 208, 212. (*N. del t.*)

59 . *Todo fluye* , *op. cit.* , pp. 228, 71-72, 225-227. (*N. del t.*)

60 . *Ibid.* , pp. 126-127. (*N. del t.*)

61 . *Ibid.* , pp. 227, 228. (*N. del t.*)

62 . *Todo fluye* , *op. cit.* , p. 288. (*N. del t.*)

1 . RGALI, F. 1710/3/64.

2 . Lipkin, *Zhizn'* , *op. cit.* , p. 105.

3 . *Ibid.*

4 . *Ibid.* , p. 106.

5 . Yákovich, *Vasili Grossman: Comprendí que me había muerto* , *op. cit.*

6 . Bérzer, *Proshchanie* , *op. cit.* , p. 249.

7 . *Ibid.* , p. 259

8 . *Ibid.* , p. 268.

9 . Gúber, *Pamyat'* , *op. cit.* , pp. 115-116.

10 . Carta de VG a OM, 17 de septiembre de 1963.

11 . *Ibid.* , 20 de septiembre de 1963.

12 . *Ibid.* , 30 de septiembre de 1963.

13 . *Ibid.* , 9 de octubre de 1963.

14 . Esta información procede de una entrevista de la autora, en 2017, con María Kárpova (de soltera, Lobodá).

15 . Frida Vigdorova, «The Trial of Joseph Brodsky», acta del juicio traducida por Michael R. Katz, 2014, en http://www.nereview.com/files/2014/01/NER-Vigdorova.pdf , verificado el 28 de abril de 2018.

16 . Bérzer, *Proshchanie* , *op. cit.* , p. 255.

17 . *Ibid.* , pp. 256-257.

18 . *Ibid.* , p. 251.

19 . *Ibid.* , pp. 268-269.

20 . Las dos hermanas creen que esto ocurrió en septiembre de 1960, no de 1964. La autora ha confiado en el recuerdo de Anna Bérzer.

21 . Entrevista de la autora con María Lobodá (Kárpova), 2017.

22 . Lipkin, *Zhizn'* , *op. cit.* , p. 119.

23 . Vladímir Voinóvich, «*Zhizn' i sud'ba* Vasiliya Grossmana i ego romana», en *Posev* 11 (1984), p. 54.

24 . *Ibid.* , p. 55.

25 . Grossman, *Armenian Sketchbook* , *op. cit.* , p. 21. [*Que el bien os acompañe* , p. 29.]

26 . Zaks, «Nemnogo o Grossmane», art. cit., p. 362.

27 . Lipkin, *Zhizn'* , *op. cit.* , p. 110.

28 . Súrits, «Neliteraturnye druz’ya», art. cit., p. 439.

29 . *Ibid.* , p. 440.

30 . Lipkin, *Zhizn'* , *op. cit.* , p. 111.

31 . Citado en Natalia Kochetkova, «Vasya, ty zhe Hristos», en *Izvestia* , 13 de diciembre de 2005.

32 . La novela de Grigori Baklánov *Iyul' 41 goda* («Julio de 1941») se publicó en 1964 y luego fue proscrita durante más de una década. En inglés se han publicado *Forever Nineteen* y *The Moment between the Past and the Future* . [En castellano, la novela corta *Un palmo de tierra* , Moscú, Ráduga, La Habana, Arte y Literatura, 1989.]

33 . Lipkin, *Zhizn'* , *op. cit.* , p. 113.

34 . También aparecieron pasajes en la revista de emigrados *Grani* .

35 . Lipkin, *Zhizn'* , *op. cit.* , p. 113.

36 . Tvardovski, *Novomirskij dnevnik* , *op. cit.* , vol. 2, p. 427.

37 . Yuri Trífonov, *Zapiski soseda. Vospominaniya* , 3 de diciembre de 2014, http://www.litmir.me/br/?b=226906&p=6 , verificado el 28 de abril de 2018.

38 . Tvardovski, *Novomirskij dnevnik* , *op. cit.* , vol. 2, 9 de noviembre de 1969.

39 . Lipkin, *Zhizn'* , *op. cit.* , p. 60.

40 . Citado en Kochetkova, «Vasya, ty zhe Hristos», en *Izvestia* , 13 de diciembre de 2005.

41 . A Sasha Sokolov se le conoce ante todo por su novela paradójica *Escuela para idiotas* . Vladímir Maramzín, un escritor disidente, fue detenido en 1974, en Leningrado, por haber compilado una edición *samizdat* de Joseph Brodski. Entre los libros de Maramzín figuran la colección de cuentos *Habitantes de la ciudad* y la novela *El país llamado Emigración* .

42 . Lev Kópelev, «Letter to Solzhenitsyn», en *Syntaxis* 37 (2001), Colonia, 30 de enero-5 de febrero de 1985, pp. 87-102, http://imwerden.de/pdf/syntaxis_37_pismo_kopeleva_solzhenicynu.pdf , verificado el 28 de abril de 2018.

43 . Yákovich, *Vasili Grossman: Comprendí que me había muerto* , *op. cit.*

44 . Vladímir Voinóvich, *Avtoportret: Roman moei zhizni* , Moscú, Eksmo, 2010, pp. 843-844.

45 . Yuri Bit-Yunan y David Feldman, «Istoriya sohraneniya i publikatsii romana *Zhizn' i sud'ba* : protivorechiya v istochnikah», en *Grossman Studies: The Legacy of a Contemporary Classic* , Maurizia Calusio, Anna Krasnikova y Pietro Tosco (eds.), Milán, EDUCat, 2016.

46 . Yefim Étkind, «Zhizn’ i sud’ba knigi», en *Vremya i my* 101 (1988).

47 . Blake Eskin, «Vasily Grossman's *Life and Fate* », en *New Yorker* , 13 de diciembre de 2011, http://www.newyorker.com/culture/culture-desk/the-year-in-listening-vasily-grossmans-life-and-fate , verificado el 28 de abril de 2018.

48 . Francis Spufford, «*Life and Fate* by Vasily Grossman», *Guardian* , 31 de agosto de 2011, https://www.theguardian.com/books/2011/aug/31/life-fate-vasily-grossman , verificado el 28 de abril de 2018.

49 . Etkind, «Zhizn’ i sud’ba knigi», *op. cit.* , pp. 198-199.

50 . Aleksandr Solzhenitsyn, *Invisible Allies* , Alexis Klimoff y Michael Nicholson (trads.), Washington, D. C., Counterpoint, 1995, p. 186.

51 . Grossman, *Life and Fate* , *op. cit.* , p. 301. [*Vida y destino* , I, 70, p. 380.]

52 . Lev Ánninski, «Mirozdan’e Vasiliya Grossmana», en *Druzhba Narodov* 10 (1988), pp. 253-263.

53 . *Ibid.* , p. 263.

54 . Johanna Steinmetz, «1968 Film *The Komissar* a Timely Oscar Entry for USSR», en *Chicago Tribune* , 18 de noviembre de 1988, http://articles.chicagotribune.com/1988-11-18/entertainment/8802180029_1_soviet-jews-san-francisco-film-festival-commissar , verificado el 28 de abril de 2018.

55 . Kling, *Tvorchestvo* , *op. cit.* , pp. 166-167.

56 . *Ibid.* , pp. 166-167.

57 . Ígor Shafarévich, «Russofobia» 1999, https://malchish.org/lib/politics/shaf_rusofobia.htm , verificado el 28 de abril de 2018.

58 . Grossman, *Everything Flows* , *op. cit.* , p. 184. [*Todo fluye* , p. 254.]

59 . *Ibid* ., p. 176. [*Todo fluye* , p. 244.]

60 . *Ibid* ., p. 175. [*Todo fluye* , p. 243.]

61 . *Ibid* . [*Todo fluye* , p. 242.]

62 . Entrevista de la autora con Yelena Yákovich, 2017.

63 . Rossijskij Gosudarstvennyi Arhiv Literatury i Iskusstva [RGALI], «Arhiv novostej», 31 de julio de 2013, http://www.rgali.ru/object/262403205#!page:1/o:262403205/p:1 , verificado el 28 de abril de 2018.

64 . Entrevista de la autora con Yelena Yákovich, febrero de 2017.

1 . Varlam Shalámov, «Vospominaniya. Dvadtsatye gody», en https://shalamov.ru/library/30/ , verificado el 28 de abril de 2018.

2 . Varlam Shalámov, «Zhitie inzhenera Kipreeva», en V. T. Shalámov, *Sobranie sochinenij* , Moscú, Vagrius, 1998, vol. 2, p. 150-163, https://shalamov.ru/library/5/14.html , verificado el 28 de abril de 2018.

3 . Gueorgui Demídov, *Ot rassveta do sumerek: Vospominaniya i razdum'ya rovesnika veka* , Moscú, Vozvraschenie, 2014, p. 8.

4 . «BBC ispugalos': Rossiyane schitayut Putina nastoyashchim Shtirlitsem», en *Pravda* , 11 de mayo de 2017, https://www.pravda.ru/news/society/11-05-2017/1333508-putin-0/ , verificado el 28 de abril de 2018.

5 . Leonid Bronevói, «KPSS vinovata ne men'she, chem natsistskaia partiia v Germanii i dazhe bol'she», en *LiveJournal* , 9 de diciembre de 2017, https://philologist.livejournal.com/9868340.html, verificado el 28 de abril de 2018. Véase también Leonid Bronevói, «Ya stal aktyorom ponevole», *BBC News* , servicio ruso, 4 de noviembre de 2009, https://www.bbc.com/russian/interactivity/2009/11/091103_bronevoy_interview , verificado el 23 de julio de 2018.

6 . Leonid Bronevói, «Ya, ch'yo detstvo ispoganeno...», en *Bul'var Gordona* n.º 48 (500) (diciembre de 2014), http://bulvar.com.ua/gazeta/archive/s48_66997/8889.html , verificado el 28 de abril de 2018.

7 . *Ibid* .

8 . Yákovlev, *Century of Violence* , *op. cit.* , p. 211.

9 . Masha Gessen, *The Future Is History: How Totalitarianism Reclaimed Russia* , Nueva York, Riverhead Books, 2017, p. 143.

10 . Yákovlev, *Century of Violence* , *op. cit.* , p. 233.

11 . *Ibid* ., p. 25.

12 . *Ibid* ., p. 22.

13 . Aleksandra Samarina, «Rodonachal'nik glasnosti-o kontrreformah», en *Nezavisimaya Gazeta* , 19 de abril de 2005, http://www.ng.ru/ideas/2005-04-19/1_yakovlev.html , verificado el 28 de abril de 2018.

14 . Yákovlev, *Century of Violence* , *op. cit.* , p. 24.

15 . Karen Dawisha, *Putin's Kleptocracy: Who Owns Russia* , Nueva York, Simon and Schuster, 2014, p. 207.

16 . Thomas B. Edsall, «The Self-Destruction of American Democracy», en *New York Times* , 30 de noviembre de 2017, https://www.nytimes.com/2017/11/30/opinion/trump-putin-destruction-democracy.html , verificado el 28 de abril de 2018.

17 . Comentarios de Roguinski en el Congreso Internacional sobre Grossman celebrado en Moscú en 2014.

18 . Galina Yuzéfovich, «Vspomnit' vsyo», en *Itogi* , 3 de octubre de 2011, http://www.itogi.ru/literatura/2011/40/170349.html , verificado el 28 de abril de 2018.

19 . Michael Billington, «*Life and Fate* Review-A Remarkable Epic of Soviet Horror and Heartbreak», en *Guardian* , 9 de mayo de 2018, https://www.theguardian.com/stage/2018/may/09/life-and-fate-review-a-remarkable-epic-of-soviet-horror-and-heartbreak , verificado el 27 de julio de 2018.

20 . Paul Taylor, «*Life and Fate* , Theatre Royal Haymarket, London, Review: Maly Drama Theatre Stage “the 20th Century’s *War and Peace* ”», en *The Independent* , 10 de mayo de 2018, https://www.independent.co.uk/arts-entertainment/theatre-dance/reviews/life-and-date-review-maly-drama-theatre-russian-theatre-royal-haymarket-vasily-grossman-a8344646.html , verificado el 27 de julio de 2018.

21 . Borís Vishnevski, «Vynesti Stalina iz obshchestvennoi zhizni», en *Novaya Gazeta* , 10 de noviembre de 2015, https://www.novayagazeta.ru/articles/2015/11/10/66310-vynesti-stalina-iz-obschestvennoy-zhizni , verificado el 28 de abril de 2018.

22 . Levada-Tsentr, «Vydayushchiesya lyudi», 26 de junio de 2017, https://www.levada.ru/2017/06/26/vydayushhiesya-lyudi/ , verificado el 28 de abril de 2018.

23 . Andréi Vorobiov, «V Rossii est' pytki, a pravosudie v strane otsutstvuet», en *LiveJournal* , 14 de diciembre de 2016, http://philologist.livejournal.com/8932900.html, verificado el 28 de abril de 2018. Publicado originalmente como Andréi Vorobiov, «Poka est' pytki, pravosudiya v strane net», en *Novaya Gazeta* , 14 de diciembre de 2016, https://www.novayagazeta.ru/articles/2016/12/14/70897-poka-est-pytki-pravosudiya-v-strane-net , verificado el 23 de julio de 2018.

24 . Michael Birnbaum, «Russia's Justice Ministry Targets Memorial, a Human Rights Defender», en *Washington Post* , 13 de octubre de 2014, https://www.washingtonpost.com/world/europe/russias-justice-ministry-targets-memorial-a-human-rights-defender/2014/10/13/8d20755a-52e0-11e4-b86d-184ac281388d_story.html?utm_term=.90eb248a0a9f , verificado el 28 de abril de 2018.

25 . Shura Burtin, «Delo Hottabycha», 30 de mayo de 2017, https://les.media/articles/406627-delo-khottabycha , verificado el 28 de abril de 2018.

26 . Otkrýtaia Rossiia, «Vecher solidarnosti s Yuriem Dmitrievym v Sakharovskom tsentre», 9 de diciembre de 2017, https://www.openrussia.org/notes/717134 , verificado el 28 de abril de 2018.

27 . Irina Tumakova, «Tridtsat' let s pravom perepiski», en *Novaya Gazeta* , 21 de diciembre 2017, https://www.novayagazeta.ru/articles/2017/12/21/74999-tridtsat-let-s-pravom-perepiski , verificado el 28 de abril de 2018.

28 . Vladislav Fronin, «FSB rasstavlyaet aktsenty», entrevista con Aleksandr Bórtnikov, en *Rossijskaya Gazeta* , 19 de diciembre de 2017, https://www.rg.ru/2017/12/19/aleksandr-bortnikov-fsb-rossii-svobodna-ot-politicheskogo-vliianiia.html , verificado el 28 de abril de 2018.

29 . Galina Murávnik, «Moi dedushka ne mozhet prinesti pokayanie. Ya prinoshu», 6 de octubre de 2017, https://s-t-o-l.com/istoriya/moj-dedushka-ne-mozhet-prinesti-pokayanie-ya-prinoshu/ , verificado el 28 de abril de 2018.

1 . En esta sección de Bibliografía, como en la de Notas, se utilizan para las referencias bibliográficas (títulos de artículos y libros, nombres de revistas o periódicos) las transliteraciones de la autora, salvo que se hayan citado con anterioridad en el cuerpo central del libro. Los nombres y apellidos de los autores siguen adecuándose a los usos castellanos. (*N. del t.*)

Vasili Grossman y el siglo soviético
Alexandra Popoff

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Vasily Grossman and the Soviet Century*

© Alexandra Popoff, 2019

© de la traducción, Gonzalo García, 2020

© del diseño de la cubierta, Yale University Press
© de la fotografía de la cubierta, Moscow Photo Museum (House of Photography) / Album

© Editorial Planeta S. A., 2020
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.ed-critica.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2020

ISBN: 978-84-9199-237-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

La biografía del autor de *Vida y destino*

VASILI GROSSMAN

Y EL SIGLO SOVIÉTICO

ALEXANDRA POPOFF

CRÍTICA